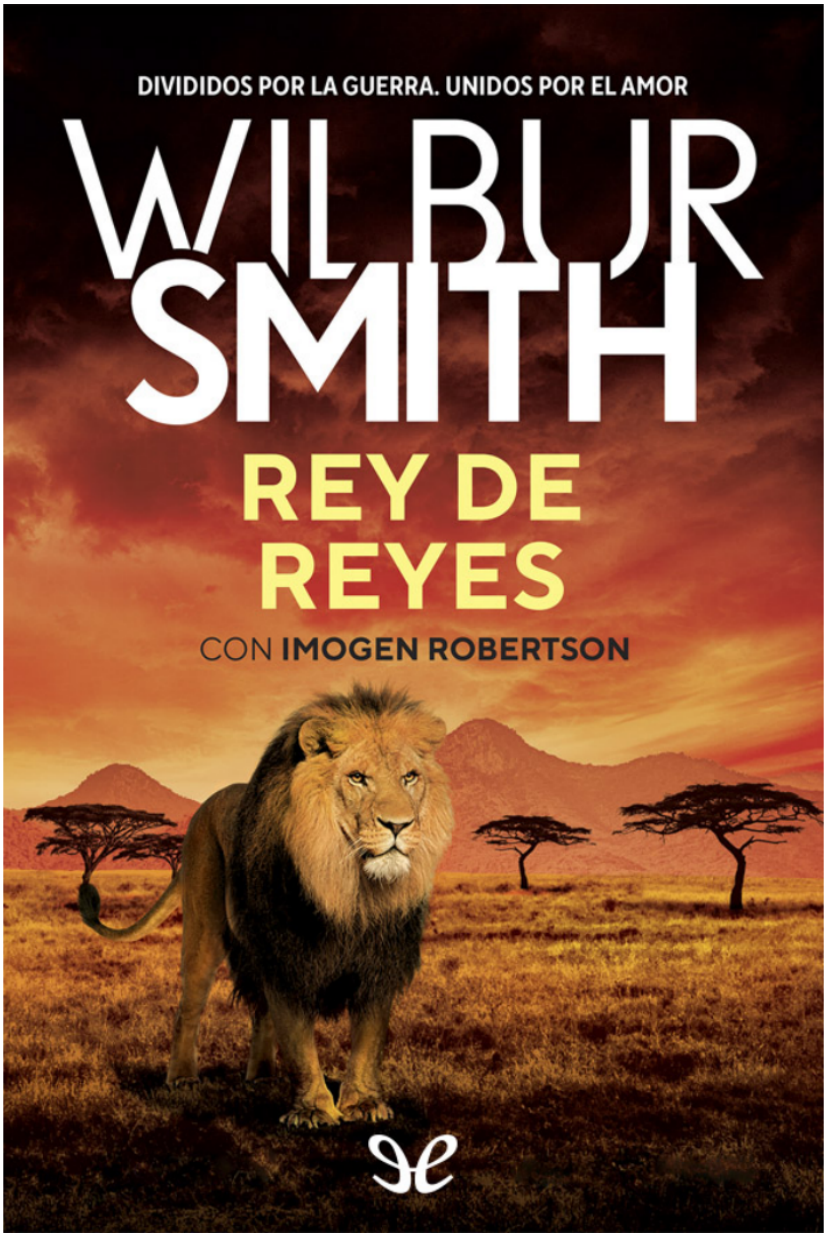
DIVIDIDOS POR LA GUERRA. UNIDOS POR EL AMOR

WILBUR SMITH

REY DE REYES

CON **IMOGEN ROBERTSON**



El Cairo, 1888. Penrod Ballantyne y Amber Benbrook disfrutan de su amor. El futuro parece pertenecerles. Hasta que una antigua amante despechada de Penrod siembra la discordia y el proyecto de una vida en común tambalea. Amber decide poner distancia y viaja a Abisinia con su melliza, Saffron, y su cuñado, el aventurero Ryder Courtney, con el propósito de establecer una mina de plata. Pero, ya en Addis Abeba, comprenden que se arriesgan a perderlo todo en manos del poderoso Menelik II, Rey de Reyes.

Mientras tanto, en El Cairo, un devastado Penrod busca consuelo en los fumaderos de opio que infestan la ciudad. De allí lo rescata un viejo amigo, que le ofrece unirse a las fuerzas militares italianas. Se rumorea que Italia planea invadir Abisinia y Penrod ve allí una oportunidad de recuperarse. Cuando la guerra estalla, encuentra a Penrod y Amber en lados opuestos.

¿Podrán hallar el camino que los vuelva a unir, pese a todos los obstáculos?

Esta nueva novela de aventuras de Wilbur Smith reúne a las dos poderosas familias de sus célebres sagas —los Courtney y los Ballantyne— en una cautivante historia de amor, lealtad y coraje que se despliega sobre una tierra dividida entre dos enemigos.

Wilbur Smith & Imogen Robertson

Rey de reyes

Saga Ballantyne: 06

Saga Corutney: 18

ePub r1.0

Titivillus 08.03.2023

Título original: *King of Kings*
Wilbur Smith & Imogen Robertson, 2019
Traducción: Julio Sierra

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Dedico este libro a la chica que amo, mi Nisojon.
Tú mantienes mi mente y mi corazón en llamas,
contigo a mi lado, nada temo.

PRIMERA PARTE

Enero de 1887

Amber Benbrook quedó encandilada por un momento al salir de la fresca sombra del Club Gheziera al sol de El Cairo. Perdió el equilibrio en los escalones angostos que conducían al sendero de grava y, por instinto, tomó el brazo de su prometido, el mayor Penrod Ballantyne. Este la sostuvo y la miró con cariño a los hermosos ojos. Ella le devolvió esa mirada con una sonrisa.

—Creo que aún no me acostumbro a estas botas nuevas, Penny. La empleada del negocio me dijo que eran la última moda, y son sumamente caras, pero parece que en realidad no están hechas para caminar. —Suspiró y sacó un pie por debajo de los largos pliegues de su falda a rayas, a la vez que movía un poco el tobillo para examinar sus pulcras botitas de gamuza con delicados tacones bajos y elaborados cierres de ganchos, ojales y cintas—. En el harén andaba descalza casi todo el tiempo.

Penrod apretó la mandíbula. El capitán Burnett y el teniente Butcher, de los guardias de Coldstream al servicio de Su Majestad, estaban de pie detrás de ellos, en la sombra del pórtico. Seguramente escucharon las palabras de Amber, y su comentario sobre el harén se habría difundido por todo el club antes de la cena.

Penrod admiraba a Amber, e incluso la amaba, pero tendría que explicarle de nuevo que la prometida de un oficial superior no debía hablar de ciertas cosas en público, y el tiempo que pasó viviendo en el harén de Osman Atalan, uno de los mayores enemigos del Imperio británico, era sin duda una de ellas.

En los quince días pasados desde su compromiso, Penrod había descubierto que estar ligado a una jovencita tan famosa tenía tantos inconvenientes como placeres. Amber era, en muchos sentidos. Una piedra preciosa de primera calidad. Era hermosa, asombrosamente bella. Su antigua niñera en Sudán la llamaba al-Zahra, la Flor, y ese apodo le sentaba muy bien. A los dieciséis años, su figura era juvenil, delgada y a la vez femenina, y aunque había vivido la mayor parte de su vida en África, su piel era del color de la crema.

Tenía el pelo rubio y los ojos azules de un ángel en una postal navideña. También poseía un encanto inocente, era inteligente sin ser obstinada y cordial sin ser atrevida. Hasta aquí, ella la candidata ideal para un hombre como Penrod, un ambicioso oficial ya condecorado por su valentía que, sin embargo, tenía la tendencia a chocar con sus superiores de vez en cuando y un temperamento que no siempre podía controlar. Una esposa tan encantadora y amable sería una ventaja política perfecta que podía ayudarlo en su ascenso como oficial hasta el alto mando.

Pero no era solo la belleza de Amber lo que la hacía famosa. Su historia también la convertía en objeto de fascinación. Ella era uno de los pocos sobrevivientes del sitio de Jartum, esa terrible mancha para el orgullo imperial británico. Durante diez meses, el general Gordon, héroe de las campañas británicas en China, había defendido la ciudad de los guerreros rebeldes de Sudán. A su líder espiritual, sus seguidores lo aclamaban como el Madhi, el Profeta renacido, pero los horrorizados periodistas de los diarios británicos lo llamaban el «Loco Mahdi». Mientras los miembros del Parlamento en Westminster y los principales columnistas de la prensa londinense exigían que se salvara a Gordon, los ministros del gobierno dudaban y la ciudad quedó librada a su suerte hasta morir de hambre. Penrod fue el único oficial de inteligencia que pudo atravesar las líneas enemigas y llevar los mensajes y las órdenes de su gobierno a Gordon y al cónsul británico en la ciudad, David Benbrook. Fue entonces cuando Penrod conoció a las hermosas niñas Benbrook. La mayor, Rebecca, que actuaba como anfitriona en la empobrecida mesa de su padre, y las hermanas gemelas, Amber y Saffron, que pasaban la mayor parte del tiempo moliendo algas de río para alimentar al pueblo. Penrod había luchado en las murallas de la ciudad para defenderla de los repetidos asaltos de los guerreros del Mahdi y, luego, condujo a las tropas del gobierno por el desierto traicionero a fin de levantar el asedio, pero el alivio llegó demasiado tarde. Antes de que las fuerzas británicas pudieran llegar a Jartum, los derviches lanzaron un ataque final desde el otro lado del río. En medio del aturdimiento por el hambre y la fiebre, Amber Benbrook vio cómo mataban a Gordon y decapitaban a su propio padre en la calle mientras trataba de llevar a su familia a un sitio seguro.

La gemela de Amber, Saffron, había escapado con un comerciante que había quedado atrapado en el asedio, un hombre llamado Ryder Courtney, con quien luego se casó, pero Amber y su hermana mayor, Rebecca, fueron tomadas como botín de guerra. Primero las retuvo el propio Mahdi y, luego, su más poderoso señor de la guerra, Osman Atalan. Penrod se negó a abandonar a las hermanas, aunque lo traicionaron cuando se infiltró en el campamento de Osman, y luego lo hicieron esclavo de Osman y lo torturaron durante muchos meses.

Rebecca decidió convertirse en la concubina favorita de Osman y lo convenció de que Amber aún era demasiado joven para su cama. En cambio, ella se convirtió en su amante para satisfacer sus apetitos. Por un tiempo, pareció que las habían olvidado, pero Saffron y Ryder Courtney y los amigos árabes de Penrod organizaron un osado rescate por el río, justo cuando la belleza en desarrollo de Amber comenzaba a llamar la atención de Osman. Rebecca, por su parte, se negó a huir. Estaba embarazada. Segura de que sería un varón, ella decidió criarlo bajo la protección de Osman, su padre musulmán, en lugar de exponerlo al desprecio de su propia gente por ser mestizo.

Amber pasó las semanas posteriores a su rescate escribiendo todo lo que podía recordar sobre lo que había sucedido, y descubrió que tenía talento para escribir relatos. El resultado, el libro *Esclavas del Mahdi*, se convirtió en un éxito internacional. Todo el mundo lo leyó, desde el primer ministro de Gran Bretaña hasta el último empleado, el más incompetente, peor pagado, más manchado de tinta al servicio del gobierno en El Cairo. Amber viajó a Inglaterra para la publicación, pero no podía estar lejos de África por mucho tiempo. Regresó a El Cairo y a Penrod a tiempo para su decimosexto cumpleaños, y lo celebró en el Hotel Shepheard con su gemela. El compromiso de Penrod y Amber parecía un final apropiado para el cuento de hadas.

Al principio, la sociedad de El Cairo le había dado la bienvenida a Amber, pero Penrod era cada vez más consciente de que su prometida no actuaba como debía hacerlo una joven inglesa, y, por ello, estaba provocando algunos comentarios. No temblaba ni se desmayaba ante alguna mención de Jartum, contaba con entusiasmo que le había disparado a un cocodrilo o a un kudú, y en

lugar de negarse a hablar del terrible destino de su hermana mayor, Amber decía abiertamente que lamentaba mucho no conocer a su sobrino y que esperaba que su hermana mayor, Rebecca, fuera feliz con sus amigas en el harén. Y agregaba que era seguro que el bebé era mucho más bonito que la mayoría, ya que Rebecca era bella y Osman Atalan, muy guapo. Todas las madres blancas en El Cairo se sentían profundamente insultadas por sus comentarios. Esos comentarios sobre su comportamiento, susurrados por toda la ciudad, angustiaban y avergonzaban a Penrod. Si Amber no aprendía a seguir los códigos no escritos del club y del ejército, ella bien podría no ser tan valiosa para su carrera como él esperaba. También tenía en cuenta la poco feliz relación con Ryder Courtney. Penrod era el hijo menor de un barón y contaba con un importante ingreso privado proveniente del fideicomiso familiar, además de su sueldo como militar. Se había educado en Harrow y descubrió su talento para los idiomas viajando por Europa antes de incorporarse al ejército. Era un oficial y un caballero, nacido para mandar y leal a la reina y al Imperio. Courtney era un comerciante, un hombre hecho desde abajo que había luchado por cada centavo que poseía y despreciaba abiertamente todas las formalidades militares. Por cierto, había luchado contra los derviches con gran valentía personal y fue una pieza clave en aquel rescate de las manos de Osman Atalan, pero Penrod hubiera preferido que la hermana de su prometida se hubiera casado con un guardabosques.

Mientras Amber examinaba su bota, Penrod levantó la vista y vio que lady Agatha Woodforde los observaba desde el balcón superior, con una leve sonrisa en los labios. Sintió un tirón en las entrañas. Ella cruzó la mirada con la de él e hizo una ligera mueca de desdén. En seguida, Penrod se encontró recordando el cuerpo desnudo de Agatha en un nudo de finas sábanas de algodón en su habitación en el Hotel Shepheard. Pero apartó esa imagen de su mente. Por ahora, al menos, iba a ser fiel a su joven y bastante difícil prometida.

—¡Ballantyne! ¡Cuidado con los bolsillos!

Era el grito de uno de los oficiales, que todavía sonreía por el comentario de Amber sobre el harén. Penrod se dio vuelta y miró fijo a la cara de un niño de piel oscura de unos diez años. El chico ya tenía la mano delgada en el bolsillo de la chaqueta de Penrod. Se

alejó dando unos breves saltos cuando Penrod intentó agarrarlo y abrió el puño para mostrar el reloj de bolsillo de media saboneta de oro de 18 quilates en la palma de la mano, luego dio media vuelta y echó a correr. Los conductores y sirvientes que estaban amontonados frente al club se abalanzaron sobre él, pero el muchacho se agachó y se retorció, deslizándose entre sus manos como una anguila. Penrod miró a Amber.

—No te preocupes por mí, Penny —le dijo Amber y apartó el brazo—. Y ve a recuperar tu reloj.

Penrod le guiñó un ojo y luego se echó a correr en busca del joven ladronzuelo.

Amber lo vio alejarse y sintió que se ruborizaba. Era tan guapo; verlo hizo que se le secara la boca y se le acelerara el corazón de una manera que era a la vez deliciosa y turbadora. Aunque la sutil maniobra de su hermana logró que Amber saliera del harén intacta, había oído lo suficiente mientras vivía allí como para saber lo que podía esperar en su noche de bodas. Solo pensar en hacer tales cosas con su amado Penrod la asustaba y, a la vez, la ponía ansiosa por casarse lo antes posible.

—¿Señorita Benbrook? —El capitán Burnett se dirigió a ella desde la sombra del pórtico—. Tal vez pueda serle de ayuda. ¿Quiere un carruaje para regresar a su hotel?

Ella parpadeó al mirarlo.

—¿Por qué podría necesitar su ayuda, y para qué? Hablo árabe mucho mejor que usted.

Detrás de ella, en las sombras del vestíbulo de entrada, Amber escuchó una sonora risa femenina. Se dio vuelta y vio a una mujer rubia bastante hermosa que caminaba hacia ellos atravesando el suelo ajedrezado blanco y negro del vestíbulo con la gracia ligera y animal de un gato. Amber creyó reconocerla, pero sabía que nunca habían sido presentadas.

—¡Eso sí que lo pone a usted en su lugar, Burnett! —dijo la mujer a la vez que le tendía la mano a Amber—. Querida, soy lady Agatha Woodforde y estoy *tan* encantada de conocerla. Como usted sabe, soy una vieja amiga del mayor Ballantyne. Permítame invitarla a tomar un té mientras él se ocupa de perseguir criminales.

Amber pensó con añoranza en su suite de habitaciones en el Hotel Shepheard. Quería cambiarse aquellos horribles botines.

—Quiero saberlo todo acerca de su romance, querida. —Y lady Agatha agregó con suavidad—: Y yo le contaré todos los detalles dramáticos de la carrera del mayor Ballantyne.

Amber recordó en qué ocasión la había visto. Fue cuando Amber pasó junto a un grupo de damas y caballeros en los jardines del club, sintió su mirada sobre ella y luego escuchó una carcajada precisamente después de su paso. Eso la puso incómoda, se sintió expuesta. Se dio vuelta más de una vez y vio a lady Agatha en el centro del grupo, observándola. Aunque ahora parecía bastante amistosa.

—¡Venga conmigo! Y es una lástima que Penrod tuviera que correr dejándola así solo por un reloj de bolsillo.

—Yo le regalé ese reloj —dijo Amber con simpleza—. Está grabado.

Lady Agatha volvió a reír, mostrando los dientes blancos y parejos.

—¡Eso lo explica! Tenía que ir, por supuesto, si *usted* se lo regaló.

Sonrió y le tocó la manga a Amber. Era demasiado tentador. Amber nunca se cansaba de hablar de Penrod, y hasta Saffron, que era una hermana indulgente la mayor parte del tiempo, ponía los ojos en blanco cuando Amber empezaba a hablar de él y de sus planes de boda. Una sospecha cruzó por la mente de Amber, y miró a Agatha con los ojos entrecerrados. Era hermosa, pero era bastante vieja, calculó Amber. Debía tener al menos veinticinco años. Tranquilizada, le dio la mano a lady Agatha y permitió que ella la llevara.

El chico pronto le sacó bastante ventaja, pero Penrod notó que no ponía demasiado esfuerzo en su escape. Penrod se sintió casi insultado. Mientras atravesaban el puente y corrían hacia la ciudad, esquivando a los aguateros vestidos con sus *galabiyas* celestes y los odres hinchados sobre los hombros, y a los carruajes de los europeos que iban al club, a la oficina y a sus casas, el chico se detuvo y miró hacia atrás, y cuando vio que Penrod seguía persiguiéndolo a toda velocidad, sonrió antes de seguir corriendo de nuevo. Tan pronto como salieron del puente, Penrod esperaba que el chico se metiera en el laberinto de callejuelas estrechas y

retorcidas que formaban el barrio árabe, pero en lugar de eso continuó por el ancho bulevar principal, para pasar ante la hermosa fachada de la Casa de la Ópera y los jardines Esbekeeyah. El niño se movió casi danzando entre los grupos de abisinios y de turcos, y de turistas europeos que se balanceaban torpemente en burros pacientes, de albanos con sus fajas multicolores y de los orgullosos y distantes beduinos.

—¿A qué estás jugando, muchacho? —se preguntó Penrod en voz alta y aumentó su velocidad. El niño fue insultado en una docena de idiomas mientras, con un elegante movimiento, saltaba un seto de boj ornamental como un caballo campeón de equitación y atravesaba el césped y luego saltaba de nuevo a la calzada, se agachaba por debajo del hocico de un camello ofendido y se dirigía a las estrechas sombras de los edificios de enfrente. Penrod aspiró el aire caliente y perfumado de especias de la ciudad más profundamente, hasta llenar los pulmones, y sintió que el sudor le picaba debajo del cuello de la camisa. El placer de la persecución le había encendido la sangre, y aceleró el paso.

El chico miró hacia atrás por encima del hombro. La carita mostró sorpresa y preocupación cuando se dio cuenta de que Penrod lo estaba alcanzando. Dejó caer la cabeza, levantó las rodillas y aceleró la marcha para luego girar de repente a la derecha hacia el bazar de la seda. Penrod dejó escapar una maldición y se obligó a ir más rápido, pues sabía que el laberinto de callejones retorcidos sería un escondite perfecto para el ladrón. No debía perderlo de vista ni por un segundo; el reloj tenía un valor especial para él. Cuando la calle se hizo más estrecha, dos hombres, que llevaban una gran jaula de mimbre llena de pavos vivos y colgada de un palo que sostenían entre ambos, comenzaron a cruzarse delante del chico que corría. Este se agachó y se deslizó sobre los talones de sus sandalias de cuero por debajo de la jaula que se balanceaba. Perplejos, los dos hombres dejaron su carga para mirarlo. Penrod gritó una advertencia mientras saltaba por encima de la jaula, tocó con la mano el suelo polvoriento cuando aterrizó, para luego dar otro salto y seguir corriendo tras el chico.

Se lanzaron veloces por delante de la larga fila de tiendas minúsculas, llenas de tejidos de seda en oro y púrpura allí colgados, mientras los tenderos rápidamente sacaban sus mercaderías fuera

del camino de aquellos dos que corrían. Penrod se le iba acercando al muchacho cuando este giró bruscamente a la derecha, hacia un patio estrecho, y un repentino rayo de luz le dio a Penrod como un golpe después de la sombra profunda del bazar principal. El muchacho se agarró de la fuente central y usó su impulso para dar la vuelta y girar a la izquierda. El cambio de dirección casi le dio resultado, pero Penrod dejó que lo guiaran sus instintos, entrenados por años de triunfar en la cancha de polo y en el campo de batalla, y se apoyó en la base de la fuente con el pie izquierdo para lanzarse de costado y seguir detrás del jovencito. El ladronzuelo comenzó a ponerse nervioso y miraba hacia atrás para comprobar el avance de su perseguidor con demasiada frecuencia. Los viejos árabes con turbantes blancos y verdes levantaron las delicadas tazas de café, protegiéndolas con sus largos dedos, y comenzaron a hacer apuestas sobre el resultado de aquella carrera. El chico volvió a mirar atrás, tropezó con las piezas de un hojalatero y esparció las mercaderías por el suelo con gran estrépito, pero antes de que el tendero pudiera poner sus manos en los andrajos del jovencito, este ya se había levantado para seguir corriendo. Penrod se colgó de la pared derecha, se trepó por una precaria pila de finas cajas de té para evitar los objetos de metal dispersos y luego se arrojó hacia el niño como un águila que se lanza sobre un conejo. Su presa giró una vez más y pareció que, al fin, la suerte del chico se había acabado. Aquel era un callejón sin salida, un hueco entre casas lleno de basura y barriles rotos. El muchacho se precipitó a la izquierda a través de una puerta de madera medio abierta bajo un arco de piedra. Penrod lo siguió justo a tiempo para verlo subir corriendo las escaleras de piedra desde el patio hasta una puerta de cedro tachonada que conducía al interior de un edificio. Se zambulló tras él en la súbita oscuridad de la vieja construcción y siguió el sonido de los pies del chico que subía. Una mujer salió a un rellano y gritó, cubriéndose la cara mientras Penrod se precipitaba por la escalera. Los escalones se volvían más toscos e inacabados a medida que subían, niños pequeños y gatos curiosos los observaban desde puertas estrechas, hasta que, de repente, Penrod estuvo fuera, a la luz y el calor del sol de la tarde una vez más, en una azotea plana, con algunos contenedores esparcidos por allí y cuerda para tender la ropa lavada. Observó al chico por entre las sábanas de algodón

que se movían y corrió una vez más sobre el rompecabezas retorcido e irregular del techo. El niño se detuvo repentinamente frente a él, moviendo con fuerza los brazos. Estaba en el borde del techo, mirando por encima del parapeto bajo que daba en fatal verticalidad otra vez a uno de los zigzagueantes callejones. Ya no tenía adónde huir. Entre el chico y el siguiente tejado había un abismo de unos dos metros y medio de ancho. Penrod sintió un momento de satisfacción, luego vio al chico dar un paso hacia atrás y agacharse.

—¡No lo hagas, muchacho! —gritó Penrod, pero el muchacho ya se había lanzado hacia adelante y estaba en el aire, agitando las extremidades.

Penrod patinó hasta detenerse en el borde del techo, preparado para la imagen horrible del cuerpito roto del chico debajo de él. Pero no, el chico casi había saltado el vacío. Estaba colgado de una mano de un ligero voladizo en el techo opuesto. Pero no había balcón ni toldo debajo de él para amortiguar la caída, ni un lugar para que sus pies golpeados encontraran un apoyo. Un hombre gritó desde abajo y, de repente, las profundidades del callejón estaban llenas de caras que miraban hacia arriba. Ninguna de ellas se reía; estaban hipnotizadas por la inminencia de la muerte. Por un momento, Penrod estuvo tentado de abandonar al jovencito, dejarlo caer y tomar su reloj del cadáver. El muchacho obviamente no tenía la fuerza para levantarse de nuevo; podía ser solo una cuestión de segundos hasta que perdiera el agarre y cayera. Un poco de yeso se desmoronó debajo de la mano del chico, y este se deslizó unos centímetros, dejando escapar un ligero grito de miedo. Penrod pensó en Amber. ¿Cómo le diría que no había hecho nada para tratar de salvar a este muchacho? Podía mentir, por supuesto, pero ya estaba guardando suficientes secretos en ese momento. Lanzó un suspiro, dio media vuelta y retrocedió una docena de pasos desde el borde del techo, luego bajó los hombros y corrió. En el borde del techo, se empujó con todas sus fuerzas y velocidad. Escuchó un grito, una oración balbuceada debajo de él, y luego aterrizó con fuerza, aunque limpiamente, en el techo opuesto. El chico volvió a gritar; la sacudida del aterrizaje de Penrod lo había movido, y perdió su último y desesperado agarre. Empezó a caer, pero una mano fuerte le agarró la muñeca, y Penrod lo arrastró hasta la

azotea. El niño habría tratado de correr incluso entonces, sin embargo, Penrod lo sujetó con firmeza y lo levantó tomándolo por los delgados hombros.

El muchacho se recuperó rápidamente. Mientras Penrod lo mantenía suspendido en el aire, dejó escapar un torrente de insultos y quejas en árabe. Hablaba tan bien como corría. Pero no se molestó en pronunciar palabras de agradecimiento a Penrod por su rescate; en cambio, invocó a Alá como testigo de la crueldad de los *ferengi*, los extranjeros abusadores, y luego les rogó a todos los espíritus *djinn* que estuvieran en ese momento en El Cairo que se compadecieran de él y acudieran en su ayuda para defenderlo de la monstruosa acusación de robo que era un gran insulto a su honor, el honor de sus antepasados y el honor de la propia ciudad. Penrod sonrió al escucharlo, bajó al ladronzuelo a la mitad de aquella diatriba y, al mismo tiempo, con mano firme, evitó que escapara, se sacudió el polvo de los pantalones y se alisó el pelo con la mano libre. Entonces, cuando parecía que el jovencito nunca iba a quedarse sin aliento, le dijo, en la misma lengua:

—Vacía tus bolsillos, honorable hijo de El Cairo, o juro por el Profeta, la paz sea con él, que te volveré a poner donde te encontré, colgando del borde del techo.

El muchacho se quedó en silencio de repente. Miró a los ojos de Penrod, y todo lo que vio en ellos lo convenció de que sería mejor obedecer en lugar de discutir por más tiempo. Metió la mano en la túnica, sacó el reloj y se lo ofreció a Penrod con la palma de la mano abierta.

Penrod lo tomó y lo metió en el bolsillo, pero no soltó al chico.

—Y el resto.

Esto provocó otro gemido de protesta, pero Penrod lo levantó y lo dejó de puntillas, con la túnica apretándole la garganta, y comenzó a arrastrarlo hacia el borde del techo. El muchacho chilló, metió otra vez la mano entre los pliegues de la túnica y sacó un puñado de monedas de plata, que arrojó a los pies de Penrod. Y en el acto comenzó a llorar.

Las lágrimas de las mujeres o de los niños no tenían demasiado efecto en Penrod, aunque se sorprendió. Él esperaba que un ladrón como este tuviera una serie de pequeños artículos, como monederos o joyas, pero no un puñado de chelines ingleses recién acuñados

como esos. Frunció el ceño al verlos brillar en el suelo en medio de las sombras en movimiento de las sábanas de algodón, que se secaban colgadas de las cuerdas por encima de ellos.

El chico vio que sus lágrimas no surtían efecto. Entonces resopló y empezó a hablar de nuevo. Esta vez habló de su pobreza, de la enfermedad de su madre, de cómo él trataba de mantenerla y se ofrecía a ser guía de un honorable *effendi* como él por todo El Cairo. Por supuesto, se daba cuenta de que Penrod no era un turista común, pero él, Adnan, hijo de Mohammed, conocía todos los lugares secretos de El Cairo donde un hombre rico podría pasarlo bien: juegos de azar, mujeres, bebida y lugares para el deleite, empapados de opio, sacados directamente de las páginas de *Las mil y una noches*.

Penrod lo sacudió hasta que el chico se quedó callado otra vez. Pensó en la forma en que este le había mostrado el reloj justo después de haberlo robado, en la manera en que, al principio, había corrido más despacio por el ancho bulevar donde Penrod podía seguirlo fácilmente, en la expresión en su rostro al inicio de la carrera, cuando miraba hacia atrás para comprobar si Penrod todavía lo seguía.

Penrod giró sobre sí y usó las dos manos para levantar a Adnan del suelo y acercó su cara a la del muchacho.

—¿Quién te pagó para robarme, Adnan?

La galería para señoras del Club Gheziera era un triunfo del diseño más elegante; unía lo mejor de la arquitectura de Europa y de Egipto para crear un Edén fresco y tranquilo en el calor de la tarde. Sirvientes vestidos con impecables caftanes blancos, bordados con hilos de oro en el cuello y las muñecas, todos con un fez de fieltro rojo, se movían entre las mesas bajas llevando bandejas de café negro amargo, teteras de plata y montículos de delicada pastelería que sería la envidia de los mejores hoteles parisinos. Para los oficiales y soldados llevaban copas con diferentes cócteles, cuajadas de gotas de condensación, y el hielo que crujía al entrechocarse. Para las damas, limonada que sabía agridulce y resultaba tan refrescante como bañarse en el agua pura de un manantial.

Lady Agatha llevó a Amber hasta un par de sofás bajos en un rincón, protegidos por las delicadas hojas de unas palmeras jóvenes.

En el otro extremo de la sala, un cuarteto de cuerdas tocaba algo relajante y suave, y por debajo del murmullo de la conversación general, Amber podía escuchar la música que brotaba de la fuente central, donde una diosa de piedra vertía el agua del Nilo sin descanso en un pilón poco profundo, revestido de brillantes mosaicos color turquesa.

Mientras lady Agatha pedía por ambas, puso su pequeño bolso de mano sobre una rodilla y la observó. Amber no sabía mucho sobre ropa, aparte de si le gustaba o no, y aunque había aprendido a peinarse con estilos muy elaborados en el harén, estos no eran los aprobados en El Cairo. De todos modos, sabía lo suficiente como para decir que el vestuario de lady Agatha era espléndido. El corte de su ceñida chaqueta de raso sugería sofisticación y modestia a la vez que destacaba las curvas y formas de su cuerpo. La ancha y larga falda era de un blanco sorprendente, y la cinta de raso más los detalles de encaje color escarlata le daban un toque original. Sin embargo, lo que era más notable en sus prendas era la forma en que lady Agatha parecía no prestarles ninguna atención. Amber no podía evitar acomodar las suyas y estirarlas todo el tiempo. El corsé le apretaba, el encaje alrededor del cuello le picaba. Estaba siempre tratando de aflojar o de ajustar una cosa u otra, pero hiciera lo que hiciese, nunca terminaba de sentirse cómoda. Poca o ninguna ayuda había recibido de su gemela, Saffron. Cuando andaba por los senderos de las tierras salvajes de África Oriental, llevaba pantalones anchos y camisas largas de su marido y, para ocasiones formales, sacaba de su baúl algún elaborado vestido de noche de su propio diseño. Estos vestidos provocaban murmullos de asombro y envidia entre todas las mujeres en la sala, pero Saffron se sentía tan cómoda con ellos como con su ropa de viaje. Pero ese estilo no le sentaba nada bien a Amber. Una vez se había probado uno de esos vestidos y cuando salió del vestidor del hotel, Saffron se había reído tanto de ella que hasta tuvo hipo. Así pues, Amber quedó condenada a las modistas de Bond Street y las guardianas de la alta costura formadas en París que movían sus agujas en el barrio europeo de El Cairo.

—Ahora podemos tener nuestra charla —dijo lady Agatha cuando el camarero les trajo la limonada, los pasteles y el té, servidos a la manera inglesa.

Durante un rato, Amber escuchó encantada. Lady Agatha conocía toda suerte de detalles interesantes de la carrera temprana de Penrod, y Amber quedó fascinada por el relato de la lucha y la retirada del desastre en El Obeid, y de la recepción que tuvo cuando regresó a El Cairo. Amber se olvidó de su ropa incómoda y de la risa sospechosa de los amigos de lady Agatha, y contó sus historias sobre Jartum, sobre el tiempo que Penrod pasó como cautivo de Osman Atalan y las humillantes privaciones que soportó.

—Y ahora vamos a casarnos. No creo que alguien nunca haya estado más feliz que yo.

Lady Agatha inclinó la cabeza.

—¡Mi querida niña! ¡Qué romántica! —Pareció vacilar—. ¿Mejor no digo nada? Oh, ojalá pudiera quedarme en silencio y dejarla disfrutar de esta felicidad.

Amber pensó de repente en la cobra con la que una vez había tropezado en los matorrales en las afueras de Jartum, cómo se había levantado y la había mirado fijamente, balanceando su hermosa cabeza de un lado a otro. Sintió el mismo miedo instintivo y enfermizo que había sentido entonces, la misma sensación de estar congelada e indefensa.

—Amber… supongo que puedo tutearte y llamarte Amber, querida, debo preguntarte: ¿estás segura de que conoces al mayor Ballantyne *tan* bien como crees conocerlo?

—Por… por supuesto que sí… —respondió Amber con un hilo de voz.

La voz de lady Agatha se convirtió en un suave ronroneo.

—*Me* alegro. Entonces no te sorprenderá nada de lo que él haya dicho y hecho. ¡Tú ya debes saberlo todo! Verás, él me contó todo en confidencia cuando estuviste en Inglaterra por la publicación de tu muy *emocionante* librito. *Por supuesto*, nada, pero nada, de lo que yo pueda decir sobre Penrod te va a sorprender, querida, pero por el bien de mi conciencia debo asegurarme de que estés al tanto de lo que me dijo sobre tu familia y sobre tu hermosa y trágica hermana mayor, en particular. Rebecca es su nombre, ¿no?

Durante los siguientes veinte minutos, Agatha habló con su encantadora y melodiosa voz mientras el mundo de Amber se derrumbaba a su alrededor. Cada palabra de aquella mujer atravesó el corazón ingenuo de Amber como una daga hecha del más fino

acero de Damasco. Cuando Agatha finalmente dejó de hablar y le soltó las manos, Amber se puso de pie de inmediato. Agatha parecía un bello gato en el sofá con sus pasteles y crema, su serenidad y elegancia.

—Debo… debo irme —dijo Amber.

—Creo que es lo mejor —contestó lady Agatha sin siquiera molestarse en levantar la vista. Seguía mirando sus cuidadas uñas. Su voz sonó fría.

Amber se dio vuelta y se dirigió veloz y a ciegas hacia la puerta, incapaz de comprender lo que acababa de escuchar, pero al mismo tiempo creyendo cada palabra. Tenía que escapar antes de estallar en llanto delante de toda esa gente. Casi lo logra, pero sus botitas de moda la traicionaron otra vez y resbaló en las baldosas de mármol cerca del umbral del vestíbulo. Uno de los camareros le tendió el brazo, pero llegó tarde y era torpe, de modo que ambos cayeron juntos, y la bandeja de copas vacías que llevaba en su otra mano se estrelló contra el suelo. Hasta el cuarteto de cuerdas dejó de tocar para volverse y mirarlos mientras Amber trataba de ponerse en pie.

—Lo siento, lo siento… —Apartó las manos que se extendían para ayudarla, y corrió hasta bajar los escalones y salir a la brillante luz del sol y hasta el primer carruaje a la espera. Logró decir que la llevara al Hotel Shepheard y, luego, se reclinó sobre el asiento tapizado.

Desde la galería del Club Gheziera, la flor y nata de la sociedad anglo-egipcia la vio irse, seguida por la risa ligera y musical de lady Agatha.

Cuando Penrod se enteró de que una bella dama inglesa rubia le pagó a Adnan para que le robara el reloj y lo llevara a una larga carrera de persecución, se le heló el corazón.

Soltó al muchacho y se dirigió al oscuro hueco de la escalera por donde iba a volver a la calle. Adnan recogió las monedas del suelo y lo siguió.

—¡Ella dijo que era una broma! ¿A los ingleses les gustan las bromas? —Adnan estaba practicando su inglés. La voz resonó de forma inesperada mientras bajaban por las sombras. El lugar estaba extrañamente silencioso después del ruido de la calle.

—¡Aléjate de mí! —le espetó Penrod, pero el chico se quedó

cerca, saltando escalones detrás de él. Penrod llegó al pie de la escalera y salió al patio principal.

—¿No hará que me arresten? ¿Entonces usted piensa que fue una buena broma también?

La gente que había visto la persecución y el rescate desde abajo se amontonó alrededor de ellos. Adnan recibió una serie de suaves coscorrones en la cabeza, y Penrod fue elogiado y felicitado en árabe, en inglés y en francés. Escuchó que lo llamaban guerrero, un milagro, y manos invisibles le quitaban el polvo de su uniforme, algunos le tomaban las muñecas, otros daban palmaditas en la espalda, otros lo bendecían. Penrod siguió avanzando hasta que la multitud se disolvió y se dirigió al bazar principal. No vio nada, ni oyó nada hasta que otra mano le agarró una manga. La impaciencia lo superó y levantó un puño para golpear al ofensor.

—¡Vamos, amo, sea bueno con Yakub!

Penrod bajó el brazo. Su visión se aclaró un poco y se dio cuenta de que estaba mirando a la cara a un viejo amigo y aliado. Yakub lo había guiado por el desierto hasta Jartum y había arriesgado su vida para ayudar a Penrod a escapar de la esclavitud de Osman Atalan. Penrod logró hacer un gesto de saludo. Yakub lo observó y frunció el ceño, luego volvió su atención a Adnan, que todavía seguía trotando al lado de Penrod. Al parecer, la noticia de la persecución ya había llegado a los oídos de Yakub.

—¿Le robaste a Ababdan Riji? ¿Estás loco, renacuajo?

¿Por qué crees que lo llamamos «El que nunca vuelve atrás»?

—Nadie me dijo su nombre —explicó Adnan en tono sombrío.

—¿Qué debo hacer con él, amo? —preguntó Yakub—. ¿Lo arrojo al río? ¿Hago que lo encierren en la cárcel? Si los otros ladrones no se lo comen, se lo comerán las cucarachas.

—Consíguele un trabajo honesto, si puede hacerlo —respondió Penrod. Su voz sonaba quebrada y hueca—. Y ahora déjenme solo. Los dos.

Los tenderos a lo largo del estrecho camino levantaban sus tazas en dirección a él, pero Penrod los ignoró a todos. Apartó a un lado los rollos de seda que le ofrecían y pensó en cambio en la última noche que había pasado con lady Agatha. Hacía apenas un mes, mientras Amber todavía estaba en Inglaterra. Agatha había sugerido que fumaran opio juntos, y él, un tanto adormecido después del

hacer el amor, estuvo de acuerdo. Había sido hermoso verla con sus pesados pechos blancos balanceándose libres bajo la bata de seda mientras preparaba cuidadosamente la droga, una bolita marrón que burbujeaba en la cazoleta de la pipa. Él pensaba que se exageraban los efectos de esa droga, aunque le produjo una agradable neblina e introdujo una nota de mayor lentitud y sensualidad a las caricias que se prodigaban. Era más fácil ir lento, saborear el cuerpo pleno y maduro de ella bajo esa influencia. Y entonces… ¿Qué pasó entonces? Se recostaron juntos en la fresca sombra, bebieron un buen brandy añejo y él le contó sus aventuras en Jartum, cómo sedujo a la hija mayor de David Benbrook, Rebecca, y le quitó su virginidad con la facilidad con que uno arranca un higo maduro en una higuera al borde del camino. Le contó a Agatha que cuando se dio cuenta de que Rebecca también había hecho el amor con Ryder Courtney, decidió que no tenía ninguna obligación con ella. Desde entonces, por supuesto, Rebecca se había convertido en la puta del propio Mahdi y luego, después de la muerte de este, del enemigo mortal de Penrod, Osman Atalan. ¿Había usado esa palabra, *puta*? Sí, la había usado.

Caminó de regreso por el bulevar hacia el barrio Zamalek y el Club Gheziera en la isla en medio del Nilo, pero las vistas y los ruidos le eran ajenos. Solo podía pensar en aquella noche que había hablado con lady Agatha y le había contado todo. ¡Qué tonto había sido! Sabía que lady Agatha era una serpiente envidiosa, pero la droga le había soltado la lengua sin remedio. Penrod comprendía que Rebecca había desempeñado el papel de concubina para salvar la vida de su hermana y la suya propia, pero no le había explicado eso a lady Agatha. No. En cambio, le había dicho:

—Osman Atalan puede tener la puta, y yo tomaré a la novia virgen.

Tenía la boca seca. ¿Acaso lady Agatha se había estremecido cuando él había dicho eso? Quizás. Era posible que Agatha todavía esperara ser la esposa de Penrod hasta que pronunció ese comentario fatal. Poco después, Amber regresó a El Cairo para celebrar su cumpleaños junto con su melliza. Estaba exultante por el éxito de su libro, por ser rica de repente y por derecho propio y por estar tan obviamente enamorada de él. Ya habían anunciado su compromiso. Penrod no había hecho ningún esfuerzo por avisarle

antes a Agatha.

Estaba ya casi en el club. Llevaba el reloj rescatado en la mano cerrada. El oro estaba frío al tacto. Conocía la inscripción sin tener que mirarla: «Para Penrod, siempre, Amber». Una declaración tímida y sencilla. Quizá lady Agatha no había querido decirle nada ofensivo a Amber, tal vez ella solo había sentido curiosidad. Tal vez las iba a encontrar a ambas hablando de modas y de los preparativos de la boda, y el único castigo por sus indiscreciones sería aquella mirada astuta y sensual de su examante. Comenzó a caminar más rápido, y esa llamita de esperanza trató de cobrar vida, a pesar de que sabía que era falsa.

Saffron Courtney, de soltera Benbrook, ya estaba cansada de El Cairo. Les había tomado dos semanas llegar a la ciudad, viajando por las tierras altas de Etiopía en burros malhumorados, luego en barco de vapor desde Yibuti por el mar Rojo hasta Suez y, luego, hasta allí. Pasada la primera emoción por volver a ver a Amber, Saffron se sintió apática y aburrida. Si hubiera tenido un atelier allí, una casa, habría sido más llevadero, pero encerrada en el hotel en medio de la ciudad, no tenía nada con qué llenar sus días. Ryder estaba fuera desde la mañana hasta la noche, y Penrod seguía llevando a Amber al estúpido Club Gheziera. A Ryder Courtney no lo consideraban digno de ser miembro, por lo que Saffron se negaba a ir siquiera cerca del lugar. Penrod, que, por supuesto, jugaba al polo en el club, llevaba todo el tiempo a Amber a la islita en la que se encontraba la sede. Saffron resopló. Hasta habían hecho que los jardines se parecieran a los de una residencia inglesa. Idiotas. ¿Para qué venir a África si uno quería fingir que todavía vivía en Chelsea?

A Saffron le gustaban los bazares y las calles estrechas de El Cairo, la manera en que suavizaban la luz los balcones de las casas antiguas, tan juntos en algunos lugares que las mujeres podían compartir dulces por encima de los callejones, las grandes pilas de brillantes artículos de metal, las montañas de dátiles, de almendras y de sacos abiertos llenos de especias rojas y amarillas. Ella salía a pintar lo que veía, pero pronto se encontraba rodeada y acosada por los hombres. Una vez se vistió de muchacho y deambuló con su cuaderno de bocetos. Estaba encantada con los dibujos que hizo ese día, pero hasta los amigos de Ryder se horrorizaron ante la sola idea de una mujer europea paseando vestida con ropa de hombre y le habían hecho prometer que no lo iba a hacer nunca más. En su lujosa suite del Hotel Shepheard, lo único que podía hacer era pintar naturalezas muertas: cuencos de frutas y flores que la irritaban tanto que, cuando Ryder le dijo que lo que estaba haciendo era «muy bonito», ella le arrojó las naranjas.

También estaba aburrida sobremanera de estar embarazada y cada vez que se sentía descompuesta, se enojaba. Cuando Ryder le dijo que podrían tener que quedarse en la ciudad varios meses más mientras él hacía los arreglos para su próxima empresa, ella se echó a llorar. No era una mujer que llorase a menudo, y el incidente la sorprendió tanto como a Ryder. Él dijo algo sobre mudarse a una casa, algo pequeño y que no estuviera en el barrio europeo para que se sintiera menos confinada, pero ella se puso tan mal y deprimida en ese momento que nunca supo si él realmente lo dijo en serio. La gente que se reunía en el Club Gheziera podría no aprobar que los Courtney estuvieran en ese lugar, pero a Saffron eso le importaba un comino. En su propia casa, ella podría recibir a los amigos árabes de su esposo y hacer que sus hijos posaran para ella. Estaba ansiosa y deseaba mucho que Ryder lo hubiera dicho *en serio*. De todos modos, él tenía muchas cosas en su mente en ese momento.

Cando cazaba ñalas de montaña en las colinas al este de Adigrat hacía unos años, Ryder había descubierto señales de lo que podía ser un gran yacimiento de mineral de plata. Había enviado una muestra a la oficina de ensayos de Colonia de El Cabo y cuando escaparon de Jartum y se dirigieron a la corte del emperador Juan en Abisinia, encontraron el informe que esperaban. Este confirmaba que el mineral era rico en el metal precioso. Tanto ella como Ryder eran bienvenidos en la corte abisinia. Ryder le había llevado al emperador noticias de las actividades de los derviches en sus fronteras, y la emperatriz había convertido a Saffron en su favorita, quien lucía con orgullo los vestidos diseñados por ella. Obtuvieron todos los permisos correspondientes, acordaron qué porcentaje de la plata extraída iría al tesoro del emperador y enviaron agentes para comprar la tierra y negociar con los jefes locales. Desde entonces, Saffron había sabido que cada pensamiento de su esposo era sobre el descubrimiento y cómo explotarlo. Ahora que estaban en El Cairo, él pasaba todo su tiempo con ingenieros de minas y expertos en metalurgia.

Saffron sabía que Ryder amaba las tierras altas de Tigray. El paisaje era una serie asombrosa de altas llanuras y valles empinados salpicados de antiguas iglesias excavadas en las rocas y monasterios en los picos más altos, solo accesibles por desvencijadas escaleras de cuerda. Igual que en el desierto, hacía un calor ardiente durante el

día y de noche hacía frío, pero su belleza era más llamativa que la austera grandeza del Sahara. Era exuberante después de las lluvias, sus prados se llenaban de animales de caza, pájaros exóticos y extrañas flores moradas y blancas. En la estación seca, cuando el paisaje adquiere el color de la piel del león, los pueblos se destacaban como vívidas manchas verde esmeralda. La gente que vivía en esos lugares eran agricultores que medían su riqueza en cantidad de amigos y de ganado, y también narraban historias y cantaban con ingenio y gracia, la herencia de una cultura rica en mitos y misterios. El sitio de la futura mina estaba en un valle aislado y deshabitado a unos cinco kilómetros del pueblo más cercano, y Saffron deseaba estar allí con su marido. Todas las noches, después de hacer el amor, le pedía a Ryder que le describiera todo de nuevo y le explicara cada detalle de cómo iba a ser el complejo minero, dónde iban a cultivar los alimentos y a ocuparse de los animales, cómo iban a ser las chozas de los trabajadores y los edificios necesarios para procesar el mineral. Después de años de comerciar en África, Ryder quería construir algo permanente. Creía que la mina podía hacerlo muy rico y, también, quería producir riqueza para la gente de Tigray. Hablaba de formar ingenieros y trabajadores metalúrgicos entre la población local, de manera que las ganancias de la mina pudieran protegerlos a todos de las vicisitudes de la hambruna y de la guerra. Saffron no podía imaginar mayor felicidad que ayudarlo y criar a sus hijos a medida que la mina crecía, y estaba desesperada por que ese emocionante futuro comenzara de una vez. Pero semejante empresa necesitaba mucha planificación. Ryder quería reclutar un puñado de expertos mineros estadounidenses y europeos. Necesitaba hombres con experiencia de trabajo en lugares aislados, de modo que comenzó por buscar veteranos de la gran veta de plata de Comstock, en el oeste de Utah. También necesitaba tiempo a fin de reunir el equipo necesario para procesar el mineral. A Safffron no le interesaban demasiado los detalles de la maquinaria. Cuando Ryder empezaba a hablar de mercurio, de crisoles de amalgama, de alimentadores y de pisones, dejaba de escuchar. Todo parecía muy caro y pesado, muy difícil de transportar hasta las montañas, pero ella tenía plena confianza en la capacidad de su marido para arreglar todo a la perfección. Ella solo deseaba que no le tomara demasiado tiempo.

Mientras tanto, miraba soñadora por la ventana. Entonces fue ella quien vio a Amber regresar al hotel desde la isla Zamalek. A pesar de verla de lejos, Saffron pudo notar que algo no estaba bien con su hermana. Lo sintió en el pecho, una repentina aceleración del corazón. Se puso de pie de un salto, se olvidó de sus propios problemas y corrió a las habitaciones de Amber.

Penrod preguntó por su prometida a las puertas del club. Todos los sirvientes conocían a la señorita Benbrook. Era una chica inglesa que parecía una flor nacida en las primeras lluvias y que también podía hablar con fluidez árabe clásico, lo que los hacía sentir como si todos fueran poetas. No era una joven fácil de olvidar. Penrod también pudo darse cuenta, por sus ojos entrecerrados y sus respuestas breves, de que Amber no parecía feliz cuando se fue y de que ellos, sus admiradores, lo culpaban a él. Que piensen lo que quieran. Mientras les estaba preguntando, el capitán Burnett pasó por ahí. El hombre se detuvo junto a Penrod para encender un cigarrillo. La llama osciló un poco.

—La señorita Benbrook salió corriendo otra vez, Ballantyne —dijo, arrastrando las palabras—. Estaba tomando el té con lady A, luego salió corriendo de una manera de lo más peculiar. —Dejó escapar una bocanada de humo azul grisáceo en el aire de la tarde y se rio entre dientes—. Trató de arrojarse a los brazos de uno de los sirvientes árabes en su salida. Supongo que se puede sacar a la chica del harén, pero ¡cuesta dejar viejas costumbres!

La mano de Penrod fue a la empuñadura de su sable, pero el teniente Butcher apartó a Burnett a un lado.

—Cállate, idiota —le susurró a su amigo antes de volverse a Penrod—. Discúlpelo, mayor. El hombre ha tomado demasiado sol. —Empujó a Burnett hacia la sombra, sin dejar de inclinarse y sonreírle servil a Penrod.

Penrod los vio alejarse y luego subió al primer carruaje de la fila. Con brusquedad, le ordenó al cochero que lo llevara al Hotel Shepheard. El conductor se puso en marcha con una fuerte sacudida, que Penrod estaba seguro fue deliberada.

Cuando condujeron a Penrod a la sala de estar privada de la *suite* de Amber, su prometida estaba sola. Su carita estaba muy pálida, pero su actitud era tranquila. Demasiado tranquila. Amber era una

joven de sonrisas prestas, una aguda e ingeniosa observadora del mundo que la rodeaba. En ese momento, en el que la expresión de ella era tan vacía que podía haber sido esculpida en mármol, se dio cuenta de cuánto amaba aquella vivacidad, aquel entusiasmo por la vida que ella lucía de la misma manera en que algunas mujeres llevaban joyas. Joyas. Un destello de diamantes atrajo su atención. Era el anillo de compromiso que le había entregado hacía muy poco tiempo, un simple anillo de diamantes pequeños pero perfectamente tallados, que estaba en la mesita de palisandro frente a la chimenea vacía. Había enviado a Yakub a comprarlo y Ballantyne apenas lo había mirado, pero recordaba la mirada en los ojos de Amber cuando se lo entregó. Ella brillaba de felicidad.

—Mayor Ballantyne, por favor tome el anillo. Nuestro compromiso se ha terminado. —Ella habló en voz baja, sin inflexiones ni énfasis en su voz.

Penrod forzó una risa indulgente y afectuosa y le tendió las manos.

—Mi querida niña, no tengo idea de qué basura venenosa te ha dicho esa mujer, pero por favor ignórala. Agatha mandó a ese carterista para que me robara y así tener la ocasión de hablar a solas contigo y calumniarme. Está celosa, eso es todo.

Amber se alejó rápido de él para que la mesita de café quedara entre ellos.

—Ya lo sé, Penrod. Ella era tu amante, ¿verdad?

Él no respondió, pero dejó caer las manos a los costados.

—Eso pensé —continuó Amber—. Lo haya dicho por celos o no, sigo pensando que todo lo que me dijo es verdad. No lo habría disfrutado tanto si hubiera estado mintiendo. De modo que no puedo casarme contigo.

Penrod había tenido miedo muy pocas veces en su vida, pero esta vez sí lo sentía. Lo contuvo.

—Es ridículo.

Amber se volvió hacia Penrod. Él vio en los ojos de ella un destello de súbita rabia, y sus mejillas estaban sonrojadas.

—¿Ridículo? ¿Sedujiste o no a mi hermana Rebecca?

La ira de ella despertó la de él, y se aferró a ella como a un amigo.

—Sí. Así fue. Tu hermana, mi querida niña, era bastante fácil de

seducir. Ryder Courtney también la poseyó antes de que la metieran en un harén. Un lugar para el que tiene un talento natural, te lo aseguro.

—¡Eres un monstruo! ¡Ella me salvó la *vida*! Si ella no me hubiera protegido… —Apoyó una mano en la repisa de la chimenea y apartó la mirada de él. Penrod podía ver sus delgados hombros temblando mientras ella se esforzaba para controlarse—. Sé lo que pasó con mi hermana y el señor Courtney, así que no puedes sorprenderme con eso. Ryder Courtney es un mejor hombre que tú. *Él* le contó todo a Saffron. *Él* sintió que Saffron debía saberlo todo antes de casarse con ella. *Él* le pidió a Rebecca que se casara con él, pero ella esperaba que tú regresaras, así que lo rechazó. Ryder le contó todo a Saffron porque es un buen hombre, no como tú y tus estúpidos amigos en ese estúpido club, donde todos se creen tan superiores. ¿Oficiales y caballeros? Había más moral en el harén.

La voz de Penrod sonó helada.

—Yo regresé. Volví por ustedes dos.

—Pero para entonces ya habías decidido que nunca podrías casarte con ella, ¿verdad, Penrod? ¿Porque ella sería una vergüenza para ti? Apuesto que te sentiste aliviado cuando supiste que ella se quedaba allí y que había elegido permanecer en manos de ese monstruo de Osman Atalan para proteger a su bebé. Ella hizo todo para salvarme. Para salvarme *a mí*, Penrod. Entonces te vas a la cama de esa víbora que es lady Agatha y te atreves a llamar puta a mi hermana Rebecca. —No hizo ningún intento por ocultar su disgusto.

Él trató de suavizar su voz.

—Rebecca se entregó a mí. De muy buena gana. ¿Se suponía que yo debía sentirme contento de estar atado a una concubina? Sé que eres apenas una niña y no puedes entender ciertas cosas, Amber, pero sí, me alegro de que ella se quedara alli. Si me hubieran obligado a casarme con ella, habría arruinado mi carrera. Vamos, un poco de sensatez, mi niña tonta, y ponte otra vez el anillo.

Él había dado vuelta la cara un poco hacia el otro lado mientras hablaba. Quería ocultarle a ella su propia emoción que iba en aumento. Cuando se volvió hacia ella, se encontró con el cañón de un revólver Webley. La mano de Amber ya estaba firme, y el dedo estaba en el gatillo.

—Usted, mayor Ballantyne, nunca fue digno de tocar siquiera un pelo de la cabeza de mi hermana. Usted no es digno ni de lamerle el polvo de los pies. Y usted tampoco es digno de mí. ¿Fui una niña tonta cuando le quité la mugre mientras usted agonizaba, después de las torturas a que lo sometió Osman Atalan? ¿Fui una niña tonta cuando maté al derviche que estuvo a punto de partirlo al medio junto al río en Jartum? ¿Piensa que soy una tonta ahora? —Amartilló el revólver con el pulgar. David Benbrook les había enseñado a todas sus hijas a ser expertas con las armas de fuego.

—Salga de esta habitación, mayor Ballantyne, o le juro por Dios, y por Rebecca, que lo mataré a tiros ahí donde está. —Lo miraba con una expresión de absoluto desprecio. Se mostraba valiente, hermosa e implacable.

Penrod respiró hondo y se inclinó ante ella.

—Veo que ya lo has decidido y nada de lo que yo pueda decir cambiará eso. Te dejo entonces con mis mejores deseos de felicidad. —Salió de la habitación y cerró la puerta con calma detrás de sí cuando se alejó.

Amber bajó el arma, la desamartilló con cuidado y le sacó las balas, como su padre le había enseñado, antes de dejarlo en su estuche sobre la repisa de la chimenea. Entonces su fuerza finalmente cedió, y cayó de rodillas llorando en silencio.

Penrod bajó por la amplia escalera de caoba hasta el vestíbulo del hotel en una especie de estupor. Ella no lo dijo en serio, se decía a sí mismo. Estaba molesta. Agatha la había sorprendido, pero una vez que Amber se hubiera tomado el tiempo para pensar, iba a volver a él. Nadie tenía por qué haberse enterado de nada. Seguro, una nota lo iba a estar esperando en el club o en su casa antes del anochecer.

Cuando su bota lustrada tocó una baldosa del vestíbulo, escuchó que lo llamaban por su nombre. Era Ryder Courtney. Estaba apoyado en el bar con sus compinches de las minas. Ryder era un hombre alto, de hombros anchos, de pelo grueso, negro y enmarañado; su piel estaba intensamente bronceada. Mientras que todos los demás ingleses de la ciudad usaban uniforme, o llevaban cuellos altos almidonados y corbatas, Ryder se vestía con su habitual desinterés por las costumbres o la moda. Llevaba un pañuelo a modo de corbata suelta y una larga chaqueta de cuero, de

las que se usan para viajar. Parecía que todavía tenía polvo de las tierras altas de Abisinia en las botas.

—¡Ballantyne, ven y levanta una copa con nosotros! Saffy y yo tenemos una casa aquí. Nuestras esposas podrán ocuparse de las bodas y los bebés y, luego, cuando empiecen a pelear, Saffy y yo nos iremos a Axum. Vamos a explotar una mina de plata y estos elegantes caballeros van a darme la experiencia y los materiales. Ven a brindar por la empresa Courtney más reciente.

Penrod cruzó el espacio que los separaba con tres zancadas cortas. Agarró a Courtney por el cuello de la chaqueta y acercó su rostro al de él.

—No podías mantener la boca cerrada sobre la hermana, ¿no?

Ryder dejó de sonreír, dejó su vaso con cuidado sobre el bar y miró a Penrod con calma.

—Le dije a mi esposa la verdad sobre lo que pasó entre Rebecca y yo, si es que a eso te refieres. Saffy merecía saberlo. Si le mentiste a Amber y te descubrió, ese es tu problema, soldadito.

Los hombres a ambos lados de ellos pudieron escuchar un bajo gruñido de amenaza en la voz de Ryder. Tomaron sus bebidas y se alejaron en silencio a una distancia discreta.

Penrod sintió que la ira crecía en él como una oscura flor.

—Eres una vergüenza, Courtney. Haces que me avergüence de ser inglés. Contando todo sobre una mujer. Bueno, esta vez te luciste. Amber ha decidido que ya no quiere casarse conmigo, así que supongo que vas a cargar con ella.

Ryder se movió con rapidez. Levantó las manos y se liberó del agarre de Penrod en el cuello de la chaqueta, y lo apartó con la explosiva fuerza de sus antebrazos anchos y musculosos. Penrod se tambaleó hacia atrás, y Ryder encogió los hombros y dobló un poco las rodillas, listo para responder. Uno de los camareros interrumpió la limpieza de los vasos y se quedó mirándolos boquiabierto. Su colega, obviamente más hábil para detectar mejor las señales de un problema inminente, estaba sacando con rapidez las mejores botellas de champán de los estantes de vidrio tallado detrás del bar para resguardarlas debajo del mostrador de caoba.

—Amber es una buena chica, mejor de lo que tú te mereces, y siempre tendrá un hogar conmigo y Saffy, si ella lo quiere. Va a respirar aire más puro en las tierras altas que contigo en ese

pantano que es tu club.

Penrod se lanzó contra él. Ryder estaba esperando que el otro se moviera y él era el hombre más grande, pero pudo ver una rabia asesina en los ojos de Penrod que lo sobresaltó. Penrod le propinó a Ryder un explosivo gancho a la mandíbula. Ryder sintió que el dolor le explotaba en un estallido blanco a través del cráneo, y se dio cuenta con asombro de que Penrod iba a tratar de matarlo con sus propias manos. Bloqueó el siguiente golpe que con el puño izquierdo le daba Penrod y concentró su propia fuerza en un puñetazo en los riñones de Penrod. Fue un golpe que habría enlentecido la velocidad de un elefante macho; levantó a Penrod por el aire y lo lanzó a una pirámide de copas de champán. Estas explotaron en una tormenta de astillas de vidrio que se esparcieron por el suelo de mármol. Penrod ni siquiera pareció sentirlo. Se agarró a la barandilla de bronce que corría a lo largo del borde superior de la barra del bar y lo usó para lanzarse en una patada voladora al pecho de Ryder. Le hizo salir con fuerza todo el aire de los pulmones y Rider se tambaleó hacia atrás. Penrod agarró un sólido sifón de soda detrás de él y se levantó para aplastarlo en la sien de Ryder. En algún lugar, una mujer gritó. Ryder esquivó el golpe girando hacia un lado, pero le pegó en la frente. La piel se le abrió y la sangre le corrió hasta los ojos, pero confió en su instinto y su gancho de izquierda como respuesta dio en el blanco. El sifón cayó de la mano de Penrod y rodó por el suelo, pero Penrod saltó hacia adelante como un león que ataca a un búfalo. Ryder cayó pesado sobre la espalda, con Penrod encima de él, y sintió que las manos del mayor se le cerraban sobre la garganta. Ryder liberó la mano izquierda y golpeó a Penrod una y otra vez en las costillas. Sintió que un hueso se rompía debajo de su puño, pero el agarre en la garganta por parte de Penrod no se debilitó. Ryder miró a Penrod a los ojos y observó en ellos la furia asesina de un animal carnívoro. Por primera vez en su vida, Ryder tuvo miedo de estar dando sus últimos suspiros. Le aparecieron puntos negros en la vista, y sintió que la fuerza se le escapaba de las extremidades.

De repente, el mundo pareció estallar alrededor de ellos. La araña de cristal, que estaba colgada en el techo alto por encima de ellos, en ese momento se precipitó sobre ambos. Los camareros saltaron para ponerse a cubierto. Penrod soltó su agarre, y ambos

hombres envolvieron los brazos alrededor de la cabeza y rodaron para salir de la trayectoria. Aquella masa brillante explotó sobre las baldosas blancas y negras, y Ryder quedó cubierto de fragmentos de vidrio. Se dio vuelta y vio a su esposa con la escopeta, que acababa de disparar al techo ya roto, colgada en el hueco del brazo. Estaba mirando a Penrod y la boca formaba una apretada línea; sus ojos color miel brillaban como si reflejaran los restos de la araña destrozada del Hotel Shepheard. El completo silencio solo se rompió por el crujido de los vidrios cuando uno de los camareros se levantó de su escondite para ver lo que había sucedido. Todavía llevaba el paño con el que secaba los vasos en la mano izquierda.

Ryder se puso de pie con cuidado y tosió, y se frotó la garganta magullada. Podía sentir el sabor de su propia sangre en la boca, dulce y metálico, y el aire apestaba a alcohol derramado. Se quitó el pañuelo del cuello y lo presionó contra la herida en el cuero cabelludo.

—Lamento interrumpir, mayor Ballantyne, caballeros —dijo Saffron secamente. Los compinches de Ryder le sonrieron con debilidad—. Pero yo quisiera tener unas palabras con mi marido en privado. ¿Les importaría disculparnos por un momento?

Penrod se puso de pie y se sacudió los vidrios de la chaqueta. Luego alisó el espeso cabello rubio para ponerlo en su lugar. La mano le temblaba un poco mientras lo hacía, aunque esa mirada de frenesí animal en sus ojos se había desvanecido.

—Por supuesto, señora Courtney. Que tenga usted un buen día. —Se inclinó ante ella y, a cambio, recibió un microscópico movimiento de cabeza. Luego se dio vuelta y abandonó el hotel.

Se abrió una puerta al final de la barra, con un cartel que decía «Gerente», y por ella emergió un hombre europeo, delgado, de mediana edad. Señaló la araña, y se le movió la boca como si tratara de decir algo. Pero no salió nada.

—¡Perdón por el desorden, señor Simpson! —dijo Saffron con alegría—. Agréguelo a nuestra cuenta. —Miró a su marido mienntras uno de sus amigos le devolvía su vaso e inclinaba la cabeza a un lado—. Ryder, ahora que lo pienso, será mejor que le diga unas palabras a Amber. ¿Tendrás tiempo para hablar conmigo después?

—Claro que sí, cariño.

Gracias. Ella se alejó con la escopeta todavía colgada del brazo. Él la miró, admirando el balanceo de las caderas dentro de su larga falda marrón. No pudo resistirse.

—Supongo que la boda entre Penrod y Amber se canceló, ¿no? —le dijo a la distancia.

Ella llegó al final de las escaleras antes de responder:

—Parece una suposición razonable.

—Encontré una casa para nosotros, Saffy.

Ella se volvió y lo miró por encima del hombro delgado, su mirada parpadeante sobre los restos del bar del hotel.

—No podría ser en un momento más adecuado, debo decir, mi amor.

La casta superior de la sociedad angloegipcia no volvió a ver a la señorita Benbrook ni a la señora Courtney después de eso. Todo el mundo sabía que todavía estaban en la ciudad, y que el compromiso entre la señorita Benbrook y el mayor Ballantyne había llegado a su fin, pero Amber ya no aparecía en los partidos de polo ni en la plaza de armas. Algunos la extrañaban, otros pensaban que para el mayor Ballantyne era mejor que aquel compromiso se hubiera roto, y aunque la manera en que alardeaba de su renovado romance con lady Agatha tal vez no era del mejor gusto, bueno, lady Agatha era hermosa, rica y una verdadera aristócrata, por lo que los demás aprobaban todo lo que hacía.

Mientras tanto, el señor Simpson del Hotel Shepheard presentó una factura por la araña que hizo que Ryder silbara entre dientes, pero la pagó sin discutir.

La residencia Courtney, en la parte no elegante de la ciudad, se había convertido en un hogar alegre y animado. El ambiente estaba lleno de voces de mujeres que charlaban en inglés, árabe y, de vez en cuando, en tigriña y en amárico. Saffron y Amber habían contratado a profesores de idiomas de la población diversa de El Cairo para enseñarles. Saffron pintaba con alegría en su atelier y parecía florecer mientras sus náuseas matinales iban desapareciendo y su vientre crecía. Amber se sumergió en el estudio de nuevas lenguas y en el cuidado de su hermana. En dos ocasiones, Saffron embaló su trabajo y se lo envió al abogado de la familia en Londres, Sebastián Hardy. Este respondió con felicitaciones y, más tarde, con recortes de varios periódicos que elogiaban una exposición pequeña que él había montado con las obras de Saffron en Cork Street, Londres. Todos los lienzos se vendieron en una semana. También le informó a Amber que había autorizado una adaptación teatral de *Esclavas del Mahdi* a cargo de la compañía del Teatro Haymarket. Fue la sensación de la temporada, y el saldo bancario del fondo de fideicomiso de las hermanas Benbrook

continuó en aumento.

Las mellizas no veían a Ryder casi nunca. O estaba en los muelles para recibir los envíos de varias fundiciones europeas o estaba escribiendo cartas en su oficina. Para el verano de 1887, Ryder había reclutado a los hombres que necesitaba y había reunido un enorme cargamento de equipos para minería en Suez, listo para ser enviado a Massawa, el puerto más cercano a Tigray. Los ingleses habían dejado que los italianos tomaran el control de Massawa para evitar que la influencia francesa se extendiera demasiado a lo largo de la costa del mar Rojo, una decisión que había irritado al emperador de los abisinios. En enero, uno de los representantes de mayor confianza del emperador, Ras Alula, había masacrado a quinientos soldados italianos en Dogali cuando consideró que se habían desviado demasiado hacia el interior de las tierras abisinias, pero en ese momento había una paz incómoda en la región, y Ryder estaba seguro de que, con un poco de diplomacia, iba a poder transportar sus equipos por el territorio italiano hasta las montañas donde él iba a dedicarse a la minería. De todos modos, por el momento, solo esperaba el nacimiento de su hijo y que terminaran las lluvias a principios de septiembre para partir.

El 9 de agosto, Saffron dio a luz a un niño saludable al que llamaron Leon. Amber fue la madrina del bebé, por supuesto, y Sebastian Hardy aceptó el honor de convertirse en el padrino del pequeño y envió desde Londres una hermosa taza de plata de bautismo. Saffron se recuperó rápidamente del parto y, al final del mes, estaban por fin todos listos para abandonar El Cairo.

Los tres hombres que jugaban a las cartas en el salón del barco a vapor *Iona*, que avanzaba a buen ritmo por el mar Rojo desde Suez hasta Massawa, parecían hermanos. Estaban vestidos con ropa de viaje desgastada pero bien remendada de cuero y tweed desteñido, que mostraba signos de días y días bajo el sol caliente y noches al aire libre. Aquellos hombres también tenían la forma sólida y musculosa de las personas que trabajaban duro para ganarse la vida. Ninguno de ellos estaba afeitado, y sus maldiciones ocasionales por la suerte —o la falta de ella— con las cartas sugerían que no era gente acostumbrada a una sociedad educada. La mayoría de los otros pasajeros de primera clase en el vapor, una

mezcla de esposas de militares, diplomáticos y algún que otro hombre de negocios, los evitaba, y ellos tomaron ese rincón de la cantina como propio durante todo del viaje.

Sin embargo, si uno se tomaba el tiempo para examinarlos, no eran tan parecidos como sugería una primera mirada. Uno era algunos años mayor que los otros. Su barba corta y cabello negro tenían abundantes mechones blancos, y las arrugas en su rostro bronceado eran profundas y abundantes. De todos modos, la suya era la espalda más ancha, y los otros dos lo trataban con amistosa deferencia. De los otros dos hombres, uno era más delgado, con ojos color avellana pálido y una espesa cabellera pelirroja, visible bajo su sombrero de ala ancha. Cada tanto, interrumpía su juego para sacar de un bolsillo un diario encuadernado en cuero, muy ajado, y escribía algunas notas con el cabo de un lápiz. El otro, un hombre rubio cuya piel se había quemado hasta adquirir un color escarlata después de años y años de trabajo al aire libre, gruñía cada vez que se interrumpía el juego. Podría haber sido guapo, pero las grandes cicatrices en el lado derecho del rostro lo hacían parecer casi monstruoso y, además, llevaba un parche sobre un ojo.

—¿Para qué estás tomando notas ahora, Rusty? —preguntó—. Si lo que estás haciendo es una lista de las compras, olvídalo. Lo que no tengas ahora no podrás conseguirlo luego. Solo hay burros y mujeres en Massawa. Courtney ya compró todos los burros, y tú no puedes pagarte esas mujeres.

El hombre más delgado, Matt Tompkins, al que llamaban Rusty, terminó su anotación y metió el diario en el bolsillo de su abrigo. Hablaba con la cadencia fluctuante de los irlandeses que viven en Estados Unidos.

—Anoto ideas, eso es todo, Patch. Cosas para hablar con el señor Courtney. Si vamos a procesar plata en esas tierras salvajes sin ayuda capacitada y con la mitad del agua que se necesita, hay que pensar en todo. Y pienso mejor cuando escribo las cosas. —Volvió a tomar sus cartas y se rascó la nariz—. Veo y subo dos.

—Veo —respondió el hombre de la barba canosa—, y tú, Rusty, toma las notas que quieras, pero no debes hablar en público de la naturaleza de nuestro emprendimiento.

Rusty miró alrededor del salón vacío y luego se encogió de hombros.

—Esto no es Utah, Dan. Aquí nadie va a agarrar un pico y nos va a seguir. Courtney tardó meses en conseguir los permisos y eso que él habla estas lenguas salvajes. Cualquier tonto que trate de seguirnos se va a encontrar con una lanza en el vientre antes de que llegar siquiera a cien kilómetros de la veta.

—Me retiro —dijo Patch y se recostó en su silla. Encendió un fósforo para su cigarro a medio fumar—. Puede que tengas razón, tal vez, Rusty. Aun así, Dan también tiene razón. No está bien andar parloteando. Está todo tan silencioso aquí arriba que les aseguro, caballeros, tengo la sensación de estar en un campamento raro en las colinas, nosotros solos. Courtney aprende rápido, hay que reconocerlo, pero todavía sabe muy poco de minería y él es el único que ha visto la veta.

—Ha puesto su dinero en ello. —Rusty se encogió de hombros y miró fijamente sus cartas—. Veo y subo dos, Dan. Juraría que ha metido hasta el último centavo en esta empresa, y me gusta un hombre que apuesta fuerte.

Dan no respondió de inmediato; lo distrajo un movimiento de afuera. Los tres hombres se dieron vuelta para mirar a Saffron Courtney y Amber Benbrook, que pasaban por el otro lado de los grandes ventanales del salón. Iban hablando con las cabezas muy cerca una de otra. La melena rubia oscura de Saffron y las trenzas más rubias de Amber parecían mezclarse, como si las moviera la brisa del mar. Los tres hombres suspiraron.

—Le dije que dejara a las mujeres y al bebé en El Cairo —dijo Patch—. ¿Qué demonios van a ser sino un problema a mil quinientos kilómetros de la civilización? —Exhaló una nube de humo con la satisfacción de un conocedor—. No es que no sean placenteras de ver.

—Veo y subo cinco.

—Veo —aceptó Rusty—. Yo le dije lo mismo. Se me rio en la cara y dijo que su esposa lo iba a seguir sin importar lo que él dijera. Y yo, por mi parte, no discutiría con esa chica, y menos después de ver cómo modificó la decoración en Shepheard. —Dan puso las cartas sobre la mesa.

—Full, ases sobre dieces.

Rusty arrojó sus cartas.

—Maldición, ¿nunca mientes, Dan?

—No cuando te rascas la nariz. No, señor Tompkins. —Dan recogió el montón de billetes egipcios gastados del pozo—. Supongo que para lo único que esto nos va a servir en el lugar adonde vamos es para jugar. Aun así, me da placer ganarlo. ¿Alguien sabe qué pasó con ese soldado que quería destrozarlo a Courtney?

Patch bostezó.

—Me dijeron que sus superiores suavizaron las cosas en El Cairo, pero volvió directamente a la cama de lady Agatha y empezó a tratarla como a una puta. —Miró otra vez por la ventana por donde habían pasado Amber y Saffron—. Pobre chica. ¿Leíste su libro? Parece que ha sufrido bastante.

Rusty se rascó la nariz y luego se miró las manos, como si ellas lo hubieran traicionado, y asintió con la cabeza.

—¿*Esclavas del Mahdi*? Lo leí en el barco al salir de San Francisco, como todos los demás. Ver que los hombres del Mahdi mataban a su padre en Jartum… Te juro que esos tipos son peores que los indios… —Silbó entre dientes—. ¿Y con su hermana todavía en el harén? Yo hubiera pensado que los ingleses saldrían y les darían una o dos lecciones. Apoderarse de mujeres blancas…

Dan terminó de contar su dinero y lo dobló cuidadosamente para guardarlo en el bolsillo.

—Los ingleses están bastante ocupados en otros lugares, y los hombres del Mahdi son reyes solo de la arena. Oye, ¿sabes si son cristianos o paganos donde vamos?

—¿Y cuál sería la diferencia? Cuando entras a un pueblo, Dan Matthews, no es a la iglesia adonde te diriges —dijo Rusty y comenzó a barajar los muy usados naipes—. Hay paganos cristianos en Abisinia, me han dicho. Pero los hombres tienen espaldas fuertes y las mujeres… Oh, he oído historias sobre las mujeres.

Empezó a repartir. Patch tomó sus grasientas cartas con recelo.

—Será mejor que tengan algo más que burros a la venta en Massawa. Si vamos a estar atrapados en las montañas, cavando año tras año, vamos a necesitar otra baraja de cartas.

Ryder Courtney estaba en el camarote mientras sus expertos en minería parloteaban durante el juego. Estaba en mangas de camisa, con un puro entre los dientes y rodeado por todos lados de libros y documentos, diagramas y diarios. Iban a atracar en Massawa al día

siguiente y tenía que estar listo. Ya tenía la mayor parte de las tres toneladas de equipos de minería y procesamiento en la bodega del vapor y tenía que llevar todo al interior, hasta las tierras altas, a más de ciento cincuenta kilómetros al oeste de la antigua capital de Axum. Para cualquier otra persona, una empresa semejante habría sido un suicidio financiero, pero Ryder tenía ventajas, así como también cerebro y espaldas anchas. Por un lado, había viajado por Abisinia muchas veces y era uno de los pocos hombres blancos que lo había hecho, además hablaba amárico y tigriña con la misma fluidez con que hablaba árabe o inglés. El emperador Juan, Rey de Reyes y soberano de Abisinia, había sido el invitado de honor en su boda con Saffron hacía poco más de un año. Ryder también conocía y respetaba al gobernante local y general del ejército del norte de Juan, Ras Alula, y había cultivado la amistad de los sacerdotes que ejercían gran influencia sobre la gente del lugar.

Ryder entrelazó los dedos detrás de la cabeza y se reclinó en su silla. Junto a él, en su moisés mecedor, el bebé bostezaba abriendo mucho la boca y parpadeaba ante los dibujos de luz que se proyectaban sobre el techo del camarote. Con suavidad, Ryder puso el moisés en movimiento usando el borde de la bota, y el bebé resopló y cerró de nuevo los ojos. Era hora de hacer algo, dejar una marca en los mapas vacíos. Ryder había comerciado con marfil, sorgo y goma arábiga en África oriental desde que era poco más que un niño. Había amasado una fortuna y mantenía la reputación de hombre honesto. Había llegado el momento de poner parte de la riqueza acumulada a trabajar. Podrían pasar años antes de que la mina produjera las ganancias que esperaba, pero Ryder estaba dispuesto a invertir tiempo y dinero para crear algo duradero.

Recordó cuando entró en la habitación de Saffron, justo después de que dio a luz a Leon, y vio a su hijo por primera vez, sintió el agarre de sus diminutos deditos y se asombró ante el milagro del aleteo de su respiración. Sonrió para sí. Creía ser un hombre antes del sitio de Jartum, pero el matrimonio y la paternidad lo habían hecho madurar. Le había preocupado que el amor que sentía por Saffron pudiera debilitarlo, pero ya sabía que lo había hecho más fuerte. Lo unía al mundo, a la vida, al futuro.

Ryder también había tenido el cuidado de contratar a los tres mejores hombres disponibles en el mundo occidental para el trabajo

por delante. Dan Matthews había hecho y perdido una fortuna en California en 1849, cuando era poco más que un niño, y luego hizo otra fortuna explotando la gran riqueza de Comstock, la veta de plata en las tierras salvajes de Utah. La esposa y el hijo de Dan habían muerto en un brote de cólera en la ciudad de Virginia, en el gran auge de la ciudad que creció en torno a la explotación, y él desapareció por un tiempo. Cuando regresó, aseguraba no tener nada más que la ropa que llevaba puesta y su pico. El hombre conocía la roca, podía ver sus puntos fuertes y sus fallas, percibía dónde podían colapsar los túneles y dónde iban a resistir. Se decía que salvó veinte vidas en 1880 porque olfateó el aire y supo que venía el agua, y que venía con fuerza. Ryder se enteró de esas historias, hizo sus averiguaciones y decidió que era el mejor hombre para el trabajo, así que le escribió apenas tuvo los permisos en su mano, le envió el croquis de donde esperaba abrir la mina y le ofreció a Dan el pasaje y una buena suma de dinero para que fuera a ayudarlo. Dan debía haber abordado un barco ese mismo día y ya estaba esperando en El Cairo en un albergue barato infestado de pulgas cuando llegó Ryder. Resultó que podría haberse hospedado en el Shepheard si hubiera querido. Pero dijo que prefería la compañía del albergue y que tenía el cuero tan duro que las pulgas habían dejado de picarlo en 1876.

Matt Tompkins, Rusty, era su experto en fundición y procesamiento. Él también era un veterano de Comstock, arrastrado al desierto cuando era niño por su padre… uno de los miles a los que la mala suerte y el exceso de bebida habían llevado al fracaso aun cuando vivían una ocasión única en la vida. La madre del niño se fue con el primer hombre que quiso llevársela, y su padre murió en un accidente de caza antes de que Rusty cumpliera doce años. Rusty encontró trabajo en los molinos, donde vio cómo se muele la mena hasta convertirla en arena para luego obligarla a entregar sus tesoros en los patios de amalgama y hornos de fusión. El muchacho tenía una mente aguda y estaba fascinado por los procesos que hacían y deshacían la piedra. Antes de cumplir los veinte años, hombres que le doblaban la edad pagaban mucho dinero por sus consejos. Sin embargo, parecía tener poco interés en él. Era el desafío de la roca lo que Rusty amaba. Sus compañeros mineros lo consideraban un tanto simplón, a pesar de toda su inteligencia, pero

las mujeres del campamento lo miraban con buenos ojos. Por recomendación de Dan, Ryder le había escrito a la dueña del Hotel Homestead en Virginia para que le buscara un hombre con las habilidades de Rusty. Ella le respondió con su nombre y le dijo que era uno de esos hombres que siempre miraba hacia las colinas como si quisiera saber qué había al otro lado de ellas, y parecía no volverse loco por las mujeres ni por la bebida. Un lugar nuevo en la naturaleza podría resultarle atractivo. Ryder le escribió y, dos meses después, fue a recibirlo al puerto de Alejandría. Su cuaderno ya estaba lleno de preguntas e ideas.

Por último, estaba Tom Western, a quien llamaban Patch, otro veterano de la veta de Comstock. Pero no se había quedado mucho tiempo en Utah y pronto dejó Estados Unidos para trabajar en el Transvaal. Ryder le escribió a su sobrino Sean, que había hecho una fortuna en los yacimientos de oro de Witwatersrand, y le preguntó si conocía a algún un hombre digno de confianza que pudiera liderar un equipo de nativos sin convertirse en un tirano ni en una vergüenza, y que además supiera de explosivos e ingeniería subterránea. Sean le dijo que tomara a Patch sin pensarlo más. La cicatriz en carne viva en su rostro era un recuerdo de la última vez que había estado borracho y dejado que su asistente supervisara una explosión. El ayudante había muerto aplastado bajo el desprendimiento de rocas, y Patch había perdido el ojo y su hermosura en la explosión. Sean le escribió a su tío que Patch no había vuelto a beber desde entonces, era feroz pero leal con los hombres que trabajaban con él y no le molestaba condenar a sus superiores al infierno ida y vuelta si ellos lo presionaban demasiado.

Cuando el bebé estuvo durmiendo de nuevo, Ryder tomó unos cuantos documentos y recorrió las columnas de cifras, haciendo rápidos cálculos mentales. Los tres mineros que estaban en la cantina se equivocaban: no había invertido hasta el último centavo de su fortuna en aquel emprendimiento. De vuelta en El Cairo y custodiado por su lugarteniente árabe de confianza, Bacheet, Ryder había dejado una reserva en bienes comerciables y oro, pero el hambre por hacer algo con esa mina había implicado que invirtiera más de lo que se había propuesto en un principio. No tenía noticias de los hombres que había enviado a comprar la tierra y a comenzar

la instalación del complejo minero antes de las lluvias. Eso era de esperar, por supuesto —nada se movía durante el período de esas feroces tormentas diarias—, pero ¿sobre qué iba a brillar el sol cuando estas se terminaran? Ryder había oído rumores en El Cairo de que los italianos abastecían al rival sureño de Juan, Menelik, rey de Shoa, con fusiles modernos y grandes cantidades de municiones. Ryder creía que los italianos estaban entrando en un juego peligroso. Menelik era un hombre astuto con territorios en expansión y patriotismo etíope. Si los italianos pensaban que podrían usarlo a él para controlar Abisinia, se equivocaban. ¿El apetito de los italianos por Abisinia se agudizaría por los rumores de grandes yacimientos de plata en las montañas de Tigray, una tentación tan cercana a su base en Massawa? Era posible.

Las penalizaciones si Ryder fallaba en esta empresa eran claras: perdería quince años de ganancias y tendría que empezar a construir su fortuna de nuevo, solo que esta vez tenía una esposa y un hijo que mantener. Pero si tenían suerte al explotar el filón… En ese momento un pensamiento le cruzó por la mente, como un ave de rapiña que atravesaba un alto cielo azul entre picos distantes: ¿cuál podría ser la penalización por el éxito?

En cubierta, mientras veía pasar la costa, Saffron evaluaba el dominio del amárico de su hermana.

—Los traductores de la corte del emperador Juan son bastante amables, pero nunca se molestan en traducir las cosas con precisión —comentó Saffron y encogió los hombros—. Ryder dice que hace años aprendió que cerrar con un apretón de manos un trato hecho a través de ellos es una receta para el desastre.

Su hermana no respondió y Saffy la miró de reojo. Ella sabía que hablaba demasiado de Ryder, pero no lo podía evitar. Saffron se había enamorado de él bajo los muros de la sitiada Jartum con la devoción incuestionable y sincera de una niña. Ese amor se profundizó y maduró a medida que fue creciendo, y seguía siendo el centro absoluto de su existencia. Cuando pensaba en las manos de él sobre ella, en su cintura, en su cabello, Saffron se estremecía y se sonrojaba. Cuando estaba embarazada, tuvo miedo de que no le quedara amor por el bebé, pero cuando Leon nació, se dio cuenta de que el amor no era algo que a uno se le acaba, como el combustible de una lámpara. Ella también tenía mucho para darle a su hijo, y

aunque era consciente de que nunca iba a ser el tipo de madre que dedica cada respiro y cada palabra a su hijo, sabía que su corazón tenía espacio suficiente para él. De hecho, tener un hijo de su Ryder hizo que lo amara aún más, cosa que nunca había creído posible.

Amber había sentido lo mismo por Penrod, Saffron lo sabía. Ella sabía que cada fibra del ser de su melliza era así, de modo que nunca había intentado engañarse a sí misma pensando que la devoción de Amber por Penrod había sido menos intensa de lo que ella sentía por Ryder. Cuando trataba de imaginar lo que sería perder la confianza en su marido, el corazón casi se le detenía en el pecho y le aterrorizaba su propia buena suerte.

Saffron vivía su vida corriendo hacia ella, arrojándose en cada esfuerzo y aventura con total abandono. Apenas se sentía aburrida o infeliz, rápidamente encontraba el siguiente desafío y lo abrazaba. Desde aprender a disparar hasta aprender a montar a caballo, desde alimentar a multitudes hambrientas en Jartum hasta aprender a pintar o a diseñar sus propios y elaborados vestidos de noche, había sobresalió en todo lo que había hecho. Y sentía que también sobresalía en ser esposa. Amber tampoco había fallado nunca en nada. Disparaba tan bien como Saffron y la primera vez que se puso a escribir un libro, se convirtió en un éxito de ventas internacional. Y entonces ella rompió su compromiso con Penrod. No es que Amber hubiera fallado. Fue Penrod quien lo arruinó todo, pero una vocecita en la cabeza de Saffron le decía que Amber podría percibirlo como un fracaso personal.

Se habían quedado en silencio, mirando la costa rocosa, mientras el apuesto y gallardo soldado al que Amber amaba estaba en los pensamientos de ambas. Llegaba a todas partes, pensó Saffron, como la arena en el viento del desierto.

—¿Qué te dijo exactamente Ryder? —preguntó Amber, sus ojos azules todavía mirando sin ver la costa.

Saffron entendió lo que quería decir. Las mellizas no habían mencionado el nombre de Penrod Ballantyne desde aquel día en el Hotel Shepheard. No necesitaban hacerlo, y Saffron sabía que cualquier mención de él mientras todavía estuvieran en la misma ciudad habría sido como un cuchillo en el corazón de Amber. Ella había sido muy valiente, por la forma en que sobrellevó esos meses antes de que naciera Leon.

—No más de lo que te dije después de que Agatha habló contigo. Que aquello sucedió apenas unos días antes de que Osman Atalan liderara el ataque a Jartum y te atraparan a ti y a Rebecca. Ryder y Rebecca hicieron el amor en su oficina en el recinto, y Ryder le pidió que se casara con él. Ella no le dio una respuesta porque esperaba que Penrod volviera por ella. —El solo hecho de decir aquellas palabras hizo que Saffron se sintiera un poco asqueada—. Ryder me lo dijo el día después de que le propuse que nos casáramos. Dijo que yo tenía que saberlo.

—¿Ryder pensó que Rebecca era una puta?

Saffron se volvió y se apoyó contra la barandilla del barco.

—Ryder dijo que trató de pensar mal de ella después de darse cuenta de que había estado con Penrod, pero no funcionó. Dijo que pensaba que ella era muy valiente y hermosa, y si hubiera podido rescatarla, se habría casado con ella de todos modos y habría creído que era un hombre afortunado.

Amber bajó la cabeza, se inclinó sobre la barandilla y se quedó mirando las agitadas aguas del mar Rojo con fijeza mientras el vapor las atravesaba. El ritmo constante del motor hacía que las tablas de teca de la cubierta crujieran bajo sus pies.

—¿Qué dijiste?

Saffron no respondió de inmediato.

—Me puse a gritar y a dar golpes. Luego me agarró de las muñecas, así que traté de patearlo. Había guardado con llave mi revólver y mi cuchillo de caza en la caja fuerte del dinero antes de decírmelo, y había escondido la llave. —Consideró esto por un momento—. Lo que probablemente fue una buena idea.

Amber sonrió de mala gana.

—¿Y luego qué pasó?

—¿Después de las patadas y los gritos? Me mantuvo agarrada de las muñecas, así que no pude sacarle los ojos, hasta que estuve demasiado cansada como para seguir peleando. Entonces me soltó. Supongo que lloré hasta quedarme dormida al final. No le hablé durante tres días. Ni siquiera lo miré, ni siquiera cuando le puse el whisky de la tarde delante de él. —Su voz adquirió un cierto tono de satisfacción—. Eso hizo que se sintiera *terrible*. Creo que fue entonces cuando descubrió cuánto me amaba. —Volvió a girar para mirar el agua y le tomó el brazo a su hermana—. Cuando pasaron

tres días, fui a verlo y le dije que me daba cuenta de que yo era demasiado joven para que él me amara de esa manera en aquel momento, y sí, Rebecca era valiente y hermosa, así que entendí por qué podría gustarle. Le dije que era bueno que me lo hubiera dicho y que si podía prometerme que me amaba ahora más de lo que nunca había amado a Rebecca, entonces seguía dispuesta a casarme con él.

Amber se acercó más a ella.

—¿Y él te prometió eso?

—Claro que sí. Estaba tan aliviado que cayó de rodillas y me propuso matrimonio de la manera adecuada. Eso estuvo bien, porque la primera vez fui yo quien se lo propuso. Bueno, en realidad le dije que iba a seguirlo por todos lados hasta morirme, de modo que bien podía casarse conmigo, que viene a ser casi lo mismo. Me alegro de que terminara pidiéndomelo él a mí también, y parecía decirlo de verdad, de lo contrario, yo podría haber pensado que se casaba conmigo porque no sabía cómo hacer que me alejara. —Suspiró—. De todas maneras, me alegra que el lugar donde hicieron el amor se haya quemado hasta los cimientos.

Amber apoyó la cabeza en el hombro de Saffron.

—¿Y todavía amas a Rebeca?

Saffron miró hacia las costas orientales del mar Rojo. Rebecca estaba en algún lugar de Sudán, en el harén de Osman Atalan, ocupándose de sus hijos, yendo a todas partes con la mirada baja.

—Sí. Aunque creo que tal vez ella ya no sea la Rebecca que conocíamos, si es que aún vive.

—¿Crees que volveremos a verla?

Saffron besó la cabeza de su melliza con rapidez. Sintió que Amber estaba llorando, y esperó que eso le hiciera bien.

—No, cariño, no creo que eso ocurra. Viva o muerta, nuestra hermana ahora pertenece al desierto.

El clima era amable con ellos, cálido, pero no salvajemente caluroso, con una brisa constante para refrescarlos, y sin chubascos repentinos. El barco avanzaba a velocidad constante por las tranquilas aguas. Esa noche, Ryder, con la mirada perdida en la oscuridad, seguía pensando en la manera de transportar la maquinaria que necesitaba fuera de Massawa. Saffron apoyaba la cabeza sobre su amplio pecho, con una delgada pierna cruzada

sobre la de él. Ryder podía ver la línea de la clavícula de ella a la luz de la luna que entraba por el ojo de buey con borde de bronce. Podía sentir el peso de sus senos sobre su pecho, y el deseo por ella comenzó a crecer. A ella no le iba a importar que la despertara ni salir de sus sueños para encontrar la mano de él que subía por su delicado muslo. Ya podía imaginar el gemido de placer como respuesta cuando lo sintiera duro contra ella. No. Luchó contra la tentación. Su esposa necesitaba descansar. Saffron tenía pesadillas con demasiada frecuencia. Los horrores que había visto en Jartum, los hombres y mujeres hambrientos asesinados cuando invadieron el campamento de Ryder, la cabeza de su padre que llevaban en alto los verdugos derviches, todo eso regresaba a menudo a ella en la oscuridad. Tres o cuatro noches de cada siete, Ryder se despertaba y la encontraba sudando y temblando a su lado. Ella nunca lloraba y nunca hablaba de sus pesadillas durante el día. Pero Ryder lo sabía y comprendía. Esa noche Saffron sonreía mientras soñaba, sus dedos descansaban ligeros como plumas sobre el pecho de él. Por mucho que la deseara, no iba a despertarla. Salió con cuidado de abajo de ella, y ella dejó escapar un suave gemido de lamento y se volvió hacia la pared del camarote, siempre sumergida en sus sueños.

Ryder se vistió y tomó su cartera de cuero con documentos y cálculos para trasladarse al área privada de la cubierta fuera de su camarote. Con la luna llena y las estrellas tan brillantes y numerosas en el cielo se podía leer a la luz de ellas. Comenzó a revisar los papeles una vez más. El riesgo y el desafío de aquel emprendimiento lo entusiasmaban y se dio cuenta de que sonreía mientras trabajaba. Después de media hora, prendió un fósforo para encender su cigarro y lo arrojó, todavía humeante, por encima de la baranda. Cerca, en la cubierta, alguien tosió.

—¿Quién está ahí? —preguntó en voz baja.

Una carita blanca se inclinó hacia adelante desde las sombras.

—Soy yo, Ryder —respondió Amber—. No quería molestarte y me gusta el olor de los puros. Pero el olor de los fósforos siempre me hace toser. Qué tonto, ¿no?

—¿Has estado allí todo este tiempo, al-Zahra? —dijo con ternura y en voz baja en árabe, idioma que fluía de su lengua con la misma facilidad con que fluía de la de ella.

—Estaba aquí pensando; No quería molestarte.

La puerta detrás de ellos se abrió, y apareció Saffron en la cubierta, descalza y con el camisón cubierto solo por el largo abrigo de cuero de Ryder. Le llegaba hasta más abajo de las rodillas y las mangas escondían sus manos por completo. Bostezó y se estiró.

—¿Qué están haciendo los dos despiertos? Santo Dios, qué hermosa noche. Ryder, ¿necesitas algo?

Ryder le tomó una mano y le besó la palma.

—Todo está bien, Filfil. —La niñera de las mellizas solía llamar a Saffron «pimienta» en árabe—. Vuelve a dormir.

—Oh, está bien, pero me parece una pena hacerlo cuando las estrellas están tan hermosas.

La última palabra casi se perdió en otro bostezo. Se dio vuelta y se fue arrastrando los pies a la cama, cuando de repente, debajo y detrás de ellos, se oyó un ruido sordo y ahogado, y luego otro. El barco crujió de un modo estremecedor y se tambaleó con fuerza. Ryder se puso en pie de un salto y atrapó a Saffron antes de que cayera. Ella lo agarró del brazo.

—¡Ryder! ¿Qué fue eso, por Dios…?

—No tengo idea. Voy a ver. Prepárense. No vayan abajo y si bajan los botes, muévanse rápido. Toma a Leon. Prométeme que no esperarás.

Ella se había puesto pálida a la luz de la luna, pero su esposa no era el tipo de mujer que entra en pánico. Podía ver que su mente ya estaba trabajando, calculando qué tomar y qué dejar. Él le puso la mano sobre la cálida mejilla por un momento.

—Te lo prometo, Ryder. Ve. No te olvides de regresar.

Ryder había capitaneado un barco de vapor que iba y venía por el Nilo antes de la caída de Jartum. Le había tocado su turno de atizar los hornos de la caldera, de controlar la presión de las calderas y de aprender a obtener la vital potencia adicional del motor cuando necesitaba moverse o maniobrar más rápido que algún enemigo en un río caudaloso y caprichoso. Había aprendido a conocer el poder y el peligro del vapor en esos años. El barco en el que se encontraba en ese momento era de una escala muy diferente al *Ibis Intrépido*. El *Iona* tenía casi ciento veinte metros de largo, y podía transportar hasta trescientos pasajeros además de la carga. Estaba aparejado

como con un bergantín, pero se movía por las aguas con un motor de vapor compuesto que podía brindar quinientos caballos de fuerza. El ingeniero jefe les había hecho recorrer la nave a Ryder y sus compañeros mientras estaban esperando para zarpar en Suez. El ingeniero era un joven australiano que le cayó muy bien a Ryder. Le mostró a Ryder la sala de máquinas como una novia que muestra su nuevo hogar conyugal. Los fogoneros que alimentaban los hornos eran grupos de lascares, marineros indios muy valorados por su arduo trabajo y su habilidad para manejar una pala en temperaturas sofocantes. Las calderas superaban las sesenta toneladas cada una, y estaban hechas de placas de acero remachadas, lo suficientemente gruesas como para contener el vapor presurizado que impulsaba la marcha de los motores. Ryder vio que la tripulación sabía lo que hacía y trataba con respeto la fuerza que controlaba, pero también sabía por su propia experiencia que los accidentes ocurren, incluso a las mejores tripulaciones, y cuando se trata de semejantes fuerzas explosivas, los accidentes podrían convertirse en desastres con rapidez.

Ryder bajó por la estrecha escalera al nivel inferior. Los pasajeros de segunda clase, atontados por el sueño y la confusión, seguían en las puertas de sus camarotes. Parecían corderos con sus camisones y camisas de algodón. Las caritas de los niños espiaban desde detrás de las rodillas de sus padres, con los ojos muy abiertos. Un joven indio, vestido con traje gris estilo europeo, lo llamó cuando pasó corriendo frente a él.

—Señor, ¿qué está pasando? ¿Señor?

Ryder se volvió a medias, tratando de decidir si debía enviarlos de vuelta a la cama, tranquilizarlos y evitar el pánico, pero recordó sus propias instrucciones a su esposa.

—Que suban todos a cubierta. Vestidos, sin equipaje. Puede que no sea nada, pero…

El joven ya estaba golpeando las manos, instando a los pasajeros a vestirse y a subir.

—Entiendo, señor. Vamos, todos, rápido y tranquilos… ¡No, señora, deje eso! Solo usted y los más pequeños…

Ryder corrió hacia atrás y se deslizó por la siguiente escalera hacia las entrañas del barco.

Saffron se puso su ropa de viaje, falda, cinturón, calcetines y botas.

Luego levantó a Leon de su cuna. Él niño gimoteó y se desperezó. Si tenían que subirse a un bote salvavidas, ella debía tener las manos libres. Volvió a acostar al bebé, sacó el cuchillo de caza de la vaina en su cintura y cortó una de las sábanas de algodón blanco como la nieve en gruesas tiras. Luego acomodó a Leon sobre el pecho y lo sujetó con ella de forma segura y cómoda para luego atar las tiras sobre la cadera. Por último, se envolvió con el pesado abrigo de Ryder, lo abrochó y se arremangó. Miró alrededor del camarote. Metió la caja de cigarros de Ryder en el abrigo, luego abrió uno de los baúles y sacó la bolsa llena de táleros de María Teresa de plata. Era la única moneda que tenía sentido llevar a Abisinia. Santo cielo, sí que eran pesados. Si terminaba en el agua, la arrastrarían a ella y a Leon a las profundidades en pocos momentos. Vaciló y sintió un toque en el hombro. Amber estaba a su lado, vestida y lista con una cartera de cuero colgada de forma segura en la espalda.

—Divide la bolsa y dame una parte, Saffy. ¿Tienes el cuchillo? —Saffron asintió. Repartieron la plata, tomaron la mitad cada una y ataron las pesadas bolsas de cuero debajo de las faldas. Dejaron las correas que las cerraban expuestas en la cintura para poder cortarlas rápidamente si necesitaban alivianar la carga. Oyeron voces afuera, en el pasillo, un curioso intercambio de preguntas y respuestas, y una risa masculina.

—¿Qué más? —preguntó Amber rápidamente—. Ryder tiene su carpeta de documentos. Vi cuando se la metió en el chaleco.

—Bien. ¿El revólver de papá?

—Lo tengo. —Amber palmeó su bolso de cuero.

—Esto, entonces. —Saffron tomó la gran petaca plateada de Ryder y la llenó con el contenido de la licorera en el escritorio. Se alegró de ver que la mano estaba firme.

Amber tomó sus propias decisiones. Agarró el cuaderno de bocetos de Saffron y la caja de lápices de la litera superior sin usar, los envolvió en un paño impermeabilizado y metió el paquete en el morral.

—La Estrella de Salomón —dijo Saffron de repente. Abrió otro baúl de cuero y, por un minuto, el aire estuvo lleno de encajes y lino a medida que arrojaba sus camisones y enaguas por encima del hombro—. ¡Aquí está! —Sacó una caja de madera con delicadas tallas y la abrió. Dentro había un adorno, una especie de emblema

de plata engastado en una elaborada red de cadenas y cubierto con cintas. Lo sacó, se abrió el abrigo y trató de meterlo ahí.

—Déjame. Te ayudo. —Saffron levantó la barbilla y Amber la ayudó a sujetar el adorno en forma segura y luego volvió a acomodar el abrigo sobre su sobrino que dormía. En la cama había un fino chal de seda verde y dorada y que aún olía un poco al aire perfumado de especias de los bazares de El Cairo. Amber lo envolvió alrededor del cuello de su hermana y metió los extremos entre la ropa. Las borlas rozaron la nariz de Leon y este estornudó, pero siguió durmiendo.

Desde la cubierta se oía un gran traqueteo y ruidos de golpes, y, luego, un nuevo coro de gritos.

—Amber, están bajando los botes. Tenemos que ir a ellos como dijo Ryder.

Amber miró a su alrededor en el cómodo y tranquilo camarote. Las lámparas de gas todavía seguían ardiendo detrás de sus protectores de vidrio grabado, ahuyentando las sombras.

—¿Y si no es nada, Saffy? Podríamos podía esperar y ver qué pasa.

—Si no es nada, nos recogerán de nuevo.

Amber asintió con brusquedad. Una última mirada por el camarote y lo abandonaron. En el corredor, vieron a la esposa de un coronel, una corpulenta dama envuelta en una bata blanca acolchada que la hacía parecer como un caro pastel de crema.

—¿Adónde van tan apresuradas, mis queridas niñas? —Bostezó.

—A la cubierta de botes, señora Cobbett, y usted debería venir también —sugirió Saffron.

—Oh, tonterías, querida. Es solo un pequeño problema con el motor.

Amber puso una mano en el brazo de la mujer. Olía a jabón de lavanda.

—El señor Courtney ha ido a ver qué está pasando, señora Cobbett. Pero dijo que deberíamos ir a los botes. Vamos, venga con nosotras. —Miró a la señora Cobbett a la cara con expresión apremiante. Saffron le tiraba de la muñeca, apartándola.

La mujer mayor se rio entre dientes.

—Después de leer *Esclavas del Mahdi*, querida, puedo entender por qué ve usted el desastre en cada pequeña situación, pero se va a

sentir una tonta por la mañana, señorita Benbrook, se lo aseguro.

Amber lo intentó de nuevo.

—¡Por favor, venga, señora Cobbett!

Saffron le dio un fuerte tirón de la muñeca. La señora Cobbett se limitó a saludar con la mano y volvió a entrar en su camarote.

Amber se dejó arrastrar por el salón para luego salir al aire frío de la noche. Varios de los pasajeros varones de primera clase estaban en cubierta, aprovechando para fumar y conversar un poco. La escena parecía muy en desacuerdo con la sensación de creciente urgencia en su propia sangre. Ninguno de los caballeros parecía alarmado, pero Amber observó las caras de la tripulación que se movía a su alrededor. Ellos sí parecían preocupados.

—¡Mira! —exclamó Saffron y señaló. Uno de los botes salvavidas de doble proa en el lado de estribor estaba casi listo para que lo bajaran. Le habían retirado la cubierta de lona, lo estaban cargando con suministros de la caja de seguridad de la cubierta y, mientras observaban, subieron cuatro marineros lascares, al tiempo que otros cuatro se ocupaban de las cuerdas, listos para bajarlo al agua desde los pescantes de hierro fundido.

Incluso desde aquel rincón oscuro de la cubierta, ellas podían ver que el bote salvavidas estaba medio vacío, y la tripulación se preparaba para liberarlo. Uno de los oficiales vio a las dos jóvenes corriendo hacia ellos.

—¡Esperen! —les gritó a los tripulantes en las cuerdas, y les ofreció la mano a Amber y Saffron como si las estuviera ayudando a subir a un carruaje en St. James's Park.

—¡No está lleno! —observó Saffron.

El oficial habló con prisa:

—Si la caldera explota, el barco podría hundirse en pocos minutos, señora Courtney. Lo mejor es echar algunos botes al agua lo más rápido posible. Si hay que recoger sobrevivientes, lo haremos. ¡Listo!

Los tripulantes en cubierta comenzaron a trabajar con las manivelas en la base de los pescantes de los que colgaba el bote salvavidas. El bote se balanceó mientras los brazos de metal resonaban y se colocaban en posición, hasta que el bote salvavidas estuvo en el agua.

Una sombra pasó sobre la luna llena, y los nudillos de Saffron se

pusieron blancos mientras se aferraba a los costados oscilantes del bote. Por un momento todo estuvo extrañamente tranquilo, pero la noche ya no parecía tan hermosa.

—¡Ya basta! —gritó el oficial en cubierta—. ¡Suéltenlo!

Ryder llegó a la sala de calderas a los pocos minutos de las primeras explosiones. Uno de los tripulantes trató de detenerlo en la puerta, pero él se abrió paso a empujones sin siquiera reducir la velocidad. Las campanillas del telégrafo seguían sonando. Mientras Ryder se abría paso para entrar, uno de los ingenieros puso el mango de madera en posición y gritó la orden de «Paren los motores». Ryder escuchó el repiqueteo de botas en la pasarela de metal de arriba, y el jefe de máquinas, con la chaqueta del uniforme puesta a medias y el rostro todavía marcado por la almohada, se deslizó por la escalerilla.

—¿Qué diablos sucede? —gritó antes de llegar al suelo.

—Explosiones en las cajas de fuegos de las calderas tres y cuatro.

Ryder miró a su alrededor. Era un infierno: hacía calor y estaba oscuro. La puerta de la caja de fuegos del medio, en el lado de popa, había volado por los aires, y la estrecha abertura por donde se alimentaba a la gran caldera del barco con carbón se había desgarrado. La explosión había sido suficiente como para destrozar el metal hacia atrás y al costado. El piso debajo de sus pies estaba resbaladizo con sangre, y el aire apestaba a polvo de carbón y metal caliente.

El ingeniero jefe agarró al hombre que había hablado por el cuello de la camisa.

—¿Qué carajo quieres decir con «explosiones»?

Alguien estaba gritando. Un fragmento de metal que había sido despedido desde la puerta de la caja de fuegos le había atravesado el brazo a uno de los fogoneros, a la altura del codo. Aturdido por el dolor y la conmoción, el hombre estaba sentado en un charco de su propia sangre con la mirada fija en el miembro cortado que yacía, con los dedos suavemente curvados hacia arriba, a un metro hacia la izquierda. Gemía y balbuceaba. Uno de los otros tripulantes, con un turbante azul cielo, trataba de atar el muñón sangrante con un trapo aceitoso, y él mismo ya estaba empapado en sangre.

—¡Explotaron! —exclamó el hombre a la cara del furioso gesto

del ingeniero—. El palero Khan trajo una carga del depósito y la volcó entre las cámaras tres y cuatro, donde se necesitaba, y entonces, dos minutos más tarde, ¡bum, bum!

Uno de los tripulantes gritó por el tubo acústico:

—¡Patrón, el capitán quiere saber qué está pasando!

—Dile que yo también quiero saberlo. —Ryder sintió que lo tironeaban de la manga. Miró abajo y vio la cara de un niño de unos doce años. Su piel era mucho más oscura que la de los lascares; bien podría ser zulú, pensó Ryder.

—Señor —susurró en inglés—. Señor, mire…

—¿Dónde carajo está el palero Khan? —bramó el ingeniero—. ¿Qué metió en mis cajas de fuegos? —El hombre que había perdido el brazo volvió a gritar—. ¡Y saquen a ese hombre de aquí!

—Ese es el palero Khan —respondió el hombre, a la vez que señalaba hacia un cuerpo en el suelo. Brasas al rojo vivo le habían quemado la cara. Era difícil decir que aquella carne humeante hubiera sido alguna vez un hombre.

—¡Por favor, señor! —El niño tironeó el brazo de Ryder de nuevo, y este miró en la dirección que señalaba el chico. Era el indicador del nivel del agua en el costado de la segunda caldera, y la flecha se hundía con rapidez.

—¡Jefe! —gritó Ryder—. ¡Controle el indicador!

El ingeniero soltó al hombre al que había estado interrogando y cayó de rodillas cerca del cuerpo humeante del palero. Empezó a tener arcadas. El jefe observó el indicador, y su rostro se puso blanco como la piedra.

—Cristo, sálvanos, el cuerpo de la caldera debe haberse quebrado. ¡Abran las válvulas! Inunden las calderas, ahora.

—¡Es demasiado tarde, hombre! —gritó Ryder—. Haga lo que haga, va a explotar. Hay que escapar.

—Dije que abriera las válvulas. Debemos intentarlo. ¡No puedes hacer nada aquí, Courtney! Sal y salva a todos los que puedas. ¡Y todos los demás, también! ¡Salgan!

Los fogoneros sobrevivientes empezaron a amontonarse en la escalerilla. El hombre del turbante azul trataba de levantar al fogonero con el brazo amputado. Ryder corrió unos pocos pasos hacia él y buscó el pulso del hombre herido. Nada, y sus ojos estaban abiertos y miraban fijo.

—Está muerto… sálvate tú.

El hombre murmuró algo, podría haber sido «gracias» o una palabra de oración en su propio idioma, luego corrió hacia la escalerilla.

Ryder bajó la cabeza y enderezó los hombros, luego se acordó del chico. Estaba congelado donde Ryder lo había dejado, entre la sangre y las cenizas, el silbido del vapor y la luz espantosa que brotaba de las cajas de fuegos destrozadas, el último ángel en el infierno.

—¡Ven aquí! —El chico parpadeó, sobresaltado, y luego obedeció. Ryder se agachó—. Súbete a mi espalda, chico.

Al chico le quedaba suficiente instinto como para envolver los brazos alrededor del cuello de Ryder y las piernas alrededor de su cintura. Ryder se puso de pie, el chico era ligero como una pluma, y subió corriendo las escaleras de hierro fundido. Detrás de él escuchó al ingeniero que seguía gritando órdenes, luego un gran ruido metálico y un traqueteo cuando se forzó la rueda de la válvula, un gemido de la caldera, y el rugido de succión de las llamas. Podía imaginar la flecha y el indicador frente a él. Un minuto, dos como máximo. Los hombres que quedaban abajo morirían de manera instantánea, pero la explosión haría más que eso… iba a destrozar la nave por completo. No miró hacia atrás.

Cuando llegó a las cubiertas inferiores de pasajeros en el lado de estribor del barco, gritó la orden de abandonar el barco mientras corría por el estrecho pasillo. El sonido rebotó por las paredes pintadas simplemente de blanco. Familias nerviosas de todos los colores y credos lo miraban a él y a los fogoneros en plena huida con ojos confundidos y sin expresión. Gritó la orden en todos los idiomas que conocía y se arrojó por las siguientes escaleras. El hedor de la sangre y el carbón lo sofocaban, pero pudo percibir el olor del aire de la noche. Iba contando los segundos, imaginando aquella flecha cada vez más abajo a medida que los contaba. Le ardían los músculos y se le acalambraban, pero él avanzaba con más fuerza, como si tratara de ganarle al mismo diablo. Debajo de él, el barco se estremeció y tembló. Se arrastró hasta los últimos escalones. Delante podía ver el salón de primera clase, con las puertas abiertas, y más allá la cubierta de proa iluminada por la luna.

Saffron se daba vuelta hacia todos lados, tratando de ver a Ryder en la oscuridad y la confusión en cubierta. El bote salvavidas se balanceó con violencia cuando el barco se estremeció y los motores se detuvieron. Estiró una mano para sostenerse y, entonces, sintió una mano que la agarraba con fuerza por el hombro, lo que evitó que cayera hacia adelante con todo mi peso.

—Tranquila, señora Courtney.

—¡Dan! —Miró hacia las sombras que se balanceaban—. ¿Patch y Rusty están con usted?

—Por supuesto. Estábamos jugando a las cartas en el salón. Pensamos que íbamos a dar un paseíto.

—Entonces, ¿no cree que estemos en peligro?

Lo vio sacudir la cabeza.

—Creo que el peligro es la manera en que estos muchachos se las arreglan para meter esta cosa en el agua. Seguro que no es más que un tubo reventado en el motor. ¿Sabe nadar, señora Courtney?

Saffron asintió a medias. Había nadado para salvar su vida al escapar de Jartum, pero eso no fue más que chapotear para mantener la cabeza fuera del agua y esperar a que Ryder la sacara antes de que los cocodrilos del Nilo o los disparos de fusil de los derviches la alcanzaran primero.

—Bueno, mi cuerpo está hecho para hundirse como una piedra, así que, si nos vamos al agua, no se agarre de mí.

Alguien gritó en cubierta, y la proa del bote salvavidas cayó pesado de repente. Saffron jadeó y se encontró mirando directo a la oscuridad de las aguas a la medianoche. El estómago se le retorció descompuesto, y la cabeza le dio vueltas. Amber gritó. Se estaba alejando de ella. Saffron se aferró con fuerza a una cuerda de agarre colgando de la borda, en el mismo momento en que estiraba la mano derecha hacia su melliza. Amber le agarró el antebrazo, y Saffron jadeó cuando su hombro cargó con el peso de su hermana. Amber buscó presurosa un apoyo para el pie y lo encontró empujando contra las costillas con borde de bronce del bote salvavidas. El bolso Gladstone de uno de los otros pasajeros se precipitó hacia ellos. Amber giró hacia la derecha para esquivarlo, y le pasó a un par de centímetros de la cabeza, luego cayó los últimos diez metros hasta el agua y desapareció después de salpicar con fuerza.

Por encima de ellos, se gritaban órdenes, precisas y rápidas. El bote fue enderezado y volvió a bajar de inmediato con una, dos o tres sacudidas, dejándolos caer hasta dar un fuerte golpe sobre las suaves aguas del mar. Saffron sintió que el bebé Leon se movía contra su pecho. Ella lo envolvió con el brazo y trató de controlar el miedo enfermizo que crecía en su cabeza y su cerebro. Su atención se agudizó hasta tener el filo de un cuchillo. Los tripulantes que habían abordado el bote salvavidas preparaban los remos. Eran cuatro lascares con turbantes azul regio, y un europeo con el uniforme blanco de oficial de cubierta. Los lascares pusieron los toletes en sus lugares. Saffron notó que eran de bronce pulido y brillaban a la luz de la luna. Los lascares deslizaron los remos en su sitio y miraron al oficial de cubierta a la espera de las órdenes.

—¡Adelante!

Saffron necesitó todo su autocontrol para no gritarles que no lo hicieran, que necesitaba estar cerca de Ryder. Miró hacia atrás, al barco. Parecía perfecto e ileso, a cuatro metros, a seis, a diez. Con los motores del barco detenidos, la noche estaba en silencio, aparte del parloteo y el crujido de los remos mientras los lascares realizaban aquellos movimientos fáciles y perfectamente coordinados. El aire era salado y frío. Ella acomodó el grueso abrigo de cuero alrededor de Leon para mantener la humedad lejos del bebé, y luego se dio vuelta de nuevo para mirar el barco. Podía ver que más pasajeros subían a cubierta y trató de observar si Ryder estaba entre ellos. Habían bajado otro bote; el ruido que hizo al golpear el agua les llegó con claridad. Siguió su misma línea, alejándose del barco. El corazón de Saffron latía con rapidez, el miedo le corría por las venas y se le hacía difícil respirar. Intentó calmarse antes de que el bebé percibiera su miedo.

«¿Por qué nos alejamos?», pensó Saffron confundida. «Nos están haciendo señas. Deberíamos volver. Yo podría haber dejado caer todo nuestro dinero en el mar, o Amber podría haber resultado herida, y todo porque no nos quedamos en el barco con la gente sensata como la señora Cobbett». Respiró tan despacio como pudo, pero su mente se sentía pesada. «Quizás he estado en peligro demasiadas veces», pensó. «Y ahora lo veo por todas partes». Escuchó una exclamación de Amber.

—¿Qué pasa?

Amber señaló hacia el barco. Saffron solo pudo distinguir siluetas humanas que caían por un costado. Pasajeros. Los pasajeros estaban saltando al agua.

Saffron se sintió mareada.

—¿Por qué saltan? —se preguntó—. Debe ser terriblemente peligroso.

Una tremenda y ensordecedora explosión atravesó el aire al explotar la popa del barco. La fuerza levantó a medias del agua el bote de ellas y, por un momento, pareció que podían naufragar. Saffron oyó que los restos del barco chocaban con el mar a su alrededor, y las salpicaduras de agua salada le empaparon el cabello y la piel. Sintió un dolor agudo y unas náuseas que parecían venir de dentro y de fuera de ella al mismo tiempo.

—¡Ryder! —exclamó, luego el mundo se oscureció.

Amber sintió la explosión más que escucharla, y su primer instinto fue proteger a Saffron y al bebé Leon. Envolvió a su melliza con los brazos y la arrastró hacia un costado, tratando de poner su propio cuerpo entre ellos y el barco. La explosión la encegueció. El bote salvavidas volvió a golpear contra las olas y osciló de manera tan violenta que la borda de estribor se sumergió en el agua. Los pasajeros gritaban y se amontonaban a babor. Por un momento, pareció que el bote se iba a dar vuelta.

—¡Agárrense fuerte! —rugió el oficial de cubierta mientras una cortina de agua salada y fría caía sobre la espalda de Amber.

Los lascares ayudaban a los pasajeros aterrorizados a volver a sus lugares y hundían los remos en el agua para estabilizar la embarcación.

—¡Achicar! —ordenó el oficial—. ¡Los cubos están debajo de los bancos!

Amber escuchó a Patch, Dan y Rusty que intercambiaban gruñidos mientras desataban los cubos de madera poco profundos y comenzaban a sacar el agua fría del bote para devolverla al mar, donde debía estar. Trabajaban rápido.

Amber mantuvo abrazada a su hermana. Le pesaban los brazos. «Debe haberse desmayado», pensó Amber, y se alegró por ello. Era mejor, mucho mejor, que Saffron no viera la catástrofe y el caos detrás de ellos.

La popa del barco estaba en llamas, y la primera gran explosión

fue seguida por otras explosiones más pequeñas. Las llamas subían unos diez metros por el aire, y la luna y las estrellas parecieron desaparecer, borradas del cielo por aquella repentina luz. La proa del barco comenzó a elevarse. Caían cuerpos de las cubiertas; algunas siluetas saltaban, otras rodaban. En la confusión de las llamas en la popa, Amber vio gente que corría con la ropa y el pelo en llamas para luego tropezar y caer al agua. Sus terribles gritos les llegaban con demasiada claridad. En el bote salvavidas, uno de los pasajeros comenzó a orar en voz alta, mientras que otro se volvió y vomitó en el agua cuando el olor a carne y madera quemadas los alcanzó.

—¡Debemos volver! —le gritó Amber al oficial—. ¡Hay gente!

Pudo verle el rostro, horrible por la luz del infierno en el barco que proyectaba sombras sobre sus rasgos demacrados.

—No podemos. El barco se hunde y, si no nos alejamos más, nos va a hundir a nosotros.

—Pero…

—Por Dios, ¿cree usted que no quiero hacerlo? —Su voz era casi un gemido—. Debemos esperar un poco y luego iremos a recoger a los sobrevivientes. Iremos tan pronto como podamos. —Se quitó la gorra y se pasó la mano por el cabello rubio desgreñado. Amber se dio cuenta de que era probable que fuera apenas uno o dos años mayor que ella. La máscara del oficial inglés desapareció por un momento y pareció muy joven—. Tengo amigos en ese barco.

Amber sintió lágrimas en los ojos y se las secó con el dorso de la mano. Detrás de ellos, Rusty lanzó una palabrota cuando un cadáver pasó flotando en el agua junto a ellos. Tenía la cara aplastada en una horrible sonrisa. Amber jadeó, pero logró no gritar.

—Oh, Ryder —susurró—. Por favor, que esté vivo.

Apretó el cuerpo inconsciente de Saffron contra ella y sintió a Leon, que pateaba con sus piernitas entre ellas. Las hombreras del abrigo que llevaba puesto Saffron estaban empapadas. Amber sintió que el agua se le filtraba por entre los dedos. Un temor frío se apoderó de ella; algo en la sensación que le producía el líquido no estaba del todo bien. Sacudió a su hermana tomándole el hombro.

—¿Saffy? ¡Saffy, abre los ojos! —Detrás de ella, se produjo otra sorda explosión y un estallido de luz. Amber se miró la palma de la

mano. Estaba cubierta de sangre.

—¡Saffy! ¡Saffron! ¡Oh, Dios, Rusty! Algo la alcanzó. Está sangrando.

Se encendió un fósforo.

—Sosténgala, señorita Benbrook. Lo veo, en la parte superior del brazo. ¡Maldita sea! —Apagó la llama cuando le quemó los dedos—. Necesito una luz. Que alguien consiga un farol. Tú, en la popa, abre ese compartimento. Busca un farol y algo para hacer vendas. ¡Vamos, amigos, dejen de mirar y muévanse! —Amber sintió la mano de él que se cerraba alrededor de la suya—. Ahora, señorita. Presione hacia abajo aquí, y con fuerza.

Amber apretó donde Rusty le había puesto la mano, sobre la parte superior del brazo de su hermana, y sintió que la sangre le burbujeaba entre los dedos. Un ajetreo de actividad tuvo lugar en las sombras cuando alguien encontró y encendió los faroles del bote. El pasajero que rezaba en la oscuridad se quedó en silencio. Amber casi deseó que la oración empezara de nuevo, porque ahora podía oír con mayor claridad los gritos y los gemidos que venían de la oscuridad que los rodeaba. Rusty se inclinó hacia adelante de nuevo, sostenía la luz por encima de su cabeza. Amber miró hacia el barco. La proa se alzaba muy alta fuera del agua, las últimas luces en la cubierta parpadearon y el barco quedó iluminado solo por los restos en llamas que lo rodeaban. Había siluetas en el agua, cuerpos, otros que parecían estar nadando y alejándose del vapor que se hundía. Con un estruendoso rugido de agua, la popa se hundió completamente en la oscuridad. El resto del barco fue arrastrado en segundos con una violencia tan repentina que parecía que un monstruo marino lo hubiera tomado para hundirlo en las profundidades. Las olas envolvieron con su espuma las aguas alrededor de Amber en un gran movimiento de succión, y el bote salvavidas se meció con fuerza. Con una sensación de impotencia, vio que los cuerpos flotantes, los restos del naufragio y los que nadaban más cerca del barco eran arrastrados hacia el buque que se hundía. Levantaban los brazos, gritando, pidiendo auxilio a gritos para luego desaparecer como los condenados al infierno. Amber bajó la cabeza y empezó a llorar.

Oyó el ruido de la tela rasgada y parpadeó ante un farol que en ese momento sostenía Patch, medio de pie, medio agachado detrás

de Rusty, y que le hacía arder los ojos.

—Señorita Benbrook, tiene que sacar la mano ahora, y vamos a sacar el brazo de la manga para que podamos ver lo que está pasando —le dijo él con calma, sin prestar atención a sus sollozos —. Actuemos rápido, porque ella esta perdiendo mucha sangre. A la cuenta de tres. Uno, dos, tres.

Amber apartó la mano y empujó la pesada manga del abrigo de cuero de Ryder hacia abajo, liberando el brazo de Saffron. Saffron gritó, pero no pareció despertarse. Leon comenzó a llorar y Amber le puso la mano sobre la cabeza para protegerlo y consolarlo. Rusty se inclinó para acercarse. La blusa que llevaba Saffron estaba de color escarlata. Rusty la arrancó por la costura del hombro. Amber apoyó a su hermana contra el pecho. Pudo sentir que el pañuelo de seda alrededor del cuello de Saffron estaba empapado y rígido a medida que la sangre comenzaba a endurecerse con el aire frío.

Rusty sacó agua del mar con sus manos ahuecadas y la usó para limpiar la herida. Una herida profunda y dentada que corría por el brazo de Saffron pareció dejar de sangrar. Y, de inmediato se volvió a llenar de sangre. Rusty metió la mano en la chaqueta y sacó una petaca de un cuarto de litro. Sacó el corcho con los dientes, y Amber sintió el fuerte olor a whisky. Lo vertió generosamente sobre la herida. Saffron se retorció y gimió, y el bote se sacudió.

—Vendas —pidió Rusty, y desde algún lugar en las sombras le llegó un manojo de tiras de tela limpia. Rápido, juntó tres para hacer una compresa y comenzó a atarlas alrededor de la herida. Tiró de los extremos con fuerza, con los músculos de la mandíbula tensos mientras lo hacía.

—Eso debería haberla despertado. ¿Puedes acercar la luz, Patch?

—Tenemos que llegar hasta los sobrevivientes —indicó el oficial de cubierta—. Ahora.

—Un minuto más, amigo —sugirió Rusty con los dientes apretados. Tocó el cuero cabelludo de Saffron en el lado de su cabeza que estaba por encima de la sucia herida en el brazo—. Sea lo que fuere que la hirió en el brazo, también la golpeó aquí.

—¿Está fracturada? —preguntó Patch, hablando en voz baja.

—No podría decirlo. De todos modos, no hay sangre fresca. —Miró a Amber—. Señorita Benbrook, eso es todo lo que podemos hacer ahora. Manténgala lo más inmóvil y tranquila que pueda.

—De acuerdo —respondió Amber—. Gracias. —Por sobre el hombro de su hermana, contempló la pesadilla parpadeante. Gritos y gemidos atravesaban la oscuridad, el ruido de hombres y mujeres que se movían en el agua, destellos de rostros desesperados iluminados por restos del naufragio en llamas, cuerpos que flotaban en silencio sobre las aguas oscuras como hojas de otoño caídas entre los botes de un lago.

La fuerza de la explosión había arrojado a Ryder a la cubierta. Por un momento permaneció sobre las tablas de teca pulida, aturdido. Sacudió la cabeza con fuerza en un intento de recuperar los sentidos. El estallido había arrancado al niño de sus hombros. Se acercó a él, y este le agarró el antebrazo y lo miró con los ojos muy abiertos de terror.

Ryder sintió que la cubierta comenzaba a inclinarse debajo de él casi al mismo tiempo. Se puso en cuclillas y se lanzó hacia adelante, aferrándose a la fría barandilla de metal en la proa antes de que quedara fuera de su alcance, y balanceó todo el peso del niño hacia arriba en un arco que pareció arrancarle el hombro. El chico estaba asustado, pero también era rápido e inteligente de sobra como para darse cuenta de lo que tenía que hacer. Enganchó una pierna y un brazo sobre la misma barandilla a la que se aferraba Ryder, y se levantó sobre ella cuando la proa del barco comenzó a subir en el aire. Ryder se arrastró junto a él.

—¿Cómo te llamas, hijo?

—Tadesse —contestó el niño, jadeante, y miró hacia atrás para ver que los pasajeros y la tripulación que no habían encontrado un agarre caían gritando hacia la oscuridad y las llamas abajo.

—Escúchame, Tadesse. Tenemos que saltar al agua ahora, y nadar lo más lejos que podamos. ¿Sabes nadar?

El chico asintió.

—Sí, señor. Crecí junto al lago Tana.

—Vamos ahora. —Ryder tomó la mano del niño y, sin que ninguno de los dos tuviera tiempo para pensar en la caída o en lo que los esperaba abajo, Ryder se empujó con fuerza desde la barandilla y saltó a la oscuridad. Llegaron al agua con los pies adelante, con las rodillas dobladas, rompieron la pared que era la superficie del agua y siguieron hacia abajo. Ryder ya podía sentir el arrastre de la gran nave detrás de ellos. Por un momento, estuvo

demasiado aturdido por la caída y el frío del mar que lo envolvía como para mover los miembros. La oscuridad por encima de él parecía interminable. Entonces algo lo golpeó en un lado. Una mano le agarró el tobillo y sintió unos dedos desesperados que trataban de trepar por su cuerpo. El peso lo arrastraba hacia abajo. Pateó con fuerza en el agua y sintió que su pie se soltaba. El agarre lo liberó. La presión en los pulmones era una agonía y las luces estallaban detrás de sus ojos, pero otra fuerza lo empujó hacia arriba. Empujó con fuerza, luchando contra el horrible deseo de abrir la boca y aspirar el agua hacia sus pulmones desesperados. Una patada más, y la cabeza salió a la superficie. Jadeó y escupió, recién entonces se dio cuenta de que todavía estaba tomando la mano del chico. Tadesse se atragantó y tosió. Le soltó la mano a Ryder para poder mantenerse a flote. Por un momento, el mundo pareció girar a la izquierda y a la derecha mientras Ryder luchaba por entender que todavía estaba vivo. Escupió más agua de mar y miró a su alrededor, luego señaló a la oscuridad, en un ángulo que lo alejaba del barco. El niño asintió y comenzó a nadar con brazadas fuertes y seguras. Ryder agradeció a sus estrellas que el chico pudiera arreglárselas solo y, entonces, lo siguió. Detrás de sí, oyó un gran crujido de acero y madera astillada, y luego un fuerte estruendo cuando el barco finalmente apuntó su proa hacia las estrellas para luego hundirse en las profundidades. Ryder sintió que ese peso lo arrastraba hacia atrás y empujó con toda su fuerza. Le ardían los músculos de sus anchos hombros como si estuvieran envueltos en fuego, y sentía los muslos fríos y pesados como si fueran de plomo. Apretó la mandíbula y se obligó a alejarse del arrastre del barco. Entonces sintió la liberación; el barco había perdido el control que tenía sobre él.

Se mantuvo a flote y miró de nuevo a su alrededor.

—¡Tadesse! —llamó. Era una noche tranquila, el mar se calmó rápido, de todos modos, la boca se le llenó de agua salada y de oscuridad. El frío le apretaba con fuerza el pecho—. ¡Tadesse!

—Aquí estoy.

El chico apareció en medio de la luz de la luna junto a él.

—¿Puedes ver algún bote?

Estaban rodeados, a izquierda y derecha, por los restos que volaron del barco. Estos ardían y los enceguecían en la oscuridad.

—¡Señor, mire! —señaló Tadesse.

Justo a tiempo, Ryder vio un bote salvavidas que se dirigía veloz hacia ellos por el agua. Estaba en llamas; grandes llamaradas sucias eran todo lo que llevaba. Ryder y Tadesse dieron una, dos, tres brazadas para apartarse de su camino. Pasó junto a ellos, todavía impulsado por alguna fuerza diabólica producida por la explosión y el hundimiento del barco. Colgados a medias sobre el costado había un par de cuerpos en llamas, que ya eran apenas siluetas negras y retorcidas en medio de las llamas.

Ryder percibió el hedor de la carne quemada y sintió que las náuseas le subían a la garganta. El calor le quemaba los ojos, lo que convirtió a la noche en un manto blanco, y luego el bote terminó de pasar, llevándose impasible su grotesca tripulación. Ryder parpadeó y se limpió el agua de mar de los ojos. Detrás había una luz, no un fuego furioso, sino un farol sostenido en lo alto, y oyó una voz. No fue un grito de dolor o miedo, sino alguien que llamaba a los sobrevivientes. Eso quería decir que algunos de los botes salvavidas habían logrado alejarse, y ahora estaban regresando.

—¿Señor? —lo llamó Tadesse.

Ryder usó toda su fuerza de voluntad para hacer que las extremidades se movieran una vez más y comenzó a nadar junto al niño hacia ese farol y aquella voz.

Algunos brazos se estiraron hacia ellos.

—El chico primero.

Una vez que alzaron a Tadesse a bordo, Ryder tomó la mano que le ofecían, y lo sacaron del agua. El bote salvavidas estaba cargado y su línea de flotación era baja, pero nadie estaba en pánico. Alguien le puso una manta sobre los hombros, otra persona le ofreció una botella y sintió la caricia áspera del aguardiente barato. Se limpió el agua de los ojos y miró hacia el farol. Lo mantenía en alto el hombre indio que había visto por última vez en el corredor haciendo que los pasajeros fueran a cubierta. ¿Hacía cuánto tiempo de eso? Veinte minutos, como máximo. Escudriñaba el agua en busca de algún sobreviviente cuando vio a alguien que todavía se movía en el agua, les indicó a los hombres de los remos hacia dónde ir. «Dios bendiga al Servicio Civil indio», pensó Ryder, y ajustó la manta a su alrededor de nuevo cuando un escalofrío le atravesó el cuerpo.

Todavía estaba completamente oscuro cuando el Romeo, un vapor que venía de Adén, llegó al lugar de la explosión. La nave pareció materializarse en la noche como un fantasma. En cuestión de minutos, el aire estaba lleno del repiqueteo de los remos y los gritos de los rescatistas mientras bajaban sus propios botes salvavidas para recoger a los supervivientes de las aguas. Desplegaron escaleras de cuerda por el costado y, pronto, las cubiertas estuvieron ocupadas por aquellos recuperados del mar.

A medida que iban llegando a este sitio seguro, Ryder comenzó a forzar la vista en la oscuridad previa al amanecer en busca de alguna señal de su esposa. Otros dos botes salvavidas llegaron al pie de la escalera al mismo tiempo que ellos. Ambos estaban medio vacíos, y en ninguno estaba su esposa. Sintió que el pecho se le tensaba por el miedo. Sobre ellos, bajaron una red para subir a los que estaban demasiado heridos como para subir la escalera. Tadesse trepó delante de Ryder. Estaba a mitad de camino, siguiendo al niño, cuando escuchó un grito y miró hacia arriba, al rostro de Amber, que oteaba desde encima de la barandilla.

—¡Ay, Ryder! ¡Gracias a Dios! Ven rápido.

Se abrió paso entre la gente en la cubierta hasta que llegó al pequeño grupo de sus amigos. Habían encontrado un lugar junto a la gran chimenea. Su esposa yacía entre ellos en una cama hecha de mantas, con los abrigos de sus empleados sobre ella. Estaba blanca como la nieve, incluso a través de la piel bronceada. Rusty le entregó torpemente el bebé a Amber, quien lo ubicó contra su hombro.

Estaba irritable y lloraba. Ryder cayó de rodillas junto a su esposa, con un terror que nunca había conocido antes y que hacía que sus pensamientos se le volvieran densos y pesados. Le puso la mano en la garganta y sintió el pulso, débil y rápido, pero podía sentirlo, y dio gracias al Señor por sentirlo latir bajo la punta de sus dedos.

—¿Qué pasó? —preguntó.

—Algo de la explosión la golpeó. En el hombro y en la cabeza —explicó Rusty en voz baja—. Detuvimos la hemorragia, pero no ha vuelto en sí.

Ryder ni siquiera se había dado cuenta de que Tadesse lo había seguido. El chico se arrodilló y comenzó a tocar suavemente la

cabeza de Saffron con sus largos y delicados dedos.

—¿Qué estás haciendo, hijo? —susurró Ryder.

—Mi familia era una familia de sanadores —respondió—. Puedo ayudar. —Levantó la mirada—. ¿Alguien tiene una aguja?

Una mujer de mediana edad con un bebé en el regazo, que miraba desde una corta distancia, metió la mano en su abrigo y sacó un porta-agujas de fieltro. Se lo pasó a ellos sin palabras. Ryder notó que estaba bordado con letras verdes que decían: «Con felices recuerdos de Irlanda».

Tadesse lo abrió con cuidado, luego sacó la más delgada de las agujas de acero que contenía. La examinó a la luz del amanecer y se la puso entre los labios y la chupó con cuidado. Luego se inclinó de nuevo sobre Saffron.

—Será mejor que sepas lo que estás haciendo —dijo Ryder con un gruñido.

—Por supuesto. —Tadesse no levantó la vista y tanteó cuidadosamente con sus dedos detrás de la oreja derecha de Saffron en el borde del cráneo. Asintió para sí y le apartó el cabello, de forma muy suave al principio y, luego, con un poco más de presión, empujó la aguja en el lugar que había encontrado. Cambió apenas su posición, luego Ryder vio que los músculos alrededor de su cuello y hombros se relajaban, y sacó la aguja. Un hilo de sangre acuosa corrió por el cuello y el mentón de Saffron. Tadesse apartó el líquido con la manga, después limpió la aguja y la volvió a meter en el estuche.

—Ahora se va a despertar. —Le tocó la mejilla con los nudillos, y la reacción fue inmediata: ella abrió los ojos.

—Tadesse, te debo la vida —dijo Ryder.

—¿Ryder? Por fin estás aquí —murmuró Saffron—. ¿Dónde está Leon?

—Está aquí, Saffy. Y Amber también. Todos estamos a salvo. —Le acarició la frente con infinito cuidado.

—Bien. ¿Qué pasó, Ryder? ¿Por qué explotó el barco?

—No lo sé, querida. —Pareció satisfecha y cerró otra vez los ojos. Ryder le echó un vistazo rápido a Tadesse.

—Mejor dejarla que duerma, señor —indicó el niño—. Ella debe quedarse tranquila por un rato, para que su cabeza sane. Pero ahora puede dormir. Yo la voy a vigilar.

Ryder se acomodó en la cubierta y cerró los ojos mientras el cansancio se apoderaba de él. Volvió a mirar al chico, observándolo con más atención. Su piel era muy oscura, pero sus facciones eran casi europeas. Quizás era mayor de lo que Ryder había pensado en un principio, pero no podía tener más de doce años. El chico se estremeció levemente cuando el aire del amanecer le enfrió el algodón húmedo de la camisa y el pantalón hasta la rodilla. Ryder se quitó la manta que tenía sobre los hombros y la puso sobre los hombros del niño. Tadesse le agradeció sin apartar la mirada de su paciente.

Amber estaba teniendo problemas con su sobrino. Este estiró las extremidades y le gritó al amanecer. Saffron se movió mientras dormía, y Tadesse frunció el ceño mirando al bebé. Ryder se acercó para tomarlo del brazo de su cuñada, pero, aunque Leon dejó de llorar durante el tiempo suficiente como para mirar a su padre por un momento, pronto empezó de nuevo.

—Tiene hambre —explicó la mujer que les había dado la aguja. Tadesse le devolvió el estuche de fieltro verde—. No creo que me agrade tener la que le metiste en la cabeza a esa niña, hijo —comentó mientras miraba la aguja con desconfianza.

Tadesse sacó la aguja y la pinchó en su camisa, luego cerró el estuche y se lo entregó a la mujer.

—Gracias. —Ella se volvió hacia Ryder—. Y ya que le estoy haciéndole favores a tu familia, ¿qué tal si me das ese bebé? Todavía estoy amamantando a mi hijo menor, y a ese pequeño demonio le vendría bien aprender a compartir.

Ryder depositó a su hijo en sus brazos y ella se apartó un poco y empezó a desabrochar los botones de su pechera. Los ingenieros tosieron y miraron hacia el mar, y la mujer se reacomodó el chal sobre el hombro y sobre el bebé Leon.

—Esa es la idea, tesoro —le dijo. El llanto se detuvo de inmediato y la mujer empezó a cantarle una nana, muy bajito. Ryder puso su mano sobre la de su esposa dormida y vio que ella sonreía de nuevo.

Rusty se arriesgó a darse vuelta y al ver que todo se veía decente, sacó su mazo de cartas del bolsillo y comenzó a repartir cartas entre él, Patch y Dan. Amber estaba sentada con las piernas cruzadas en la cubierta, mirando al cielo mientras el sol comenzaba

a subir. Ryder miró a su alrededor. Era un extraño momento de paz. Por un segundo pensó en lo que había perdido, la fortuna en equipos y bienes que se habían hundido con el barco, y luego se detuvo. Ya habría tiempo suficiente después para hacer las cuentas. Al menos, pensó con ironía, ya no necesitaba averiguar cómo llevar todo ese equipo pesado de minería a las montañas. Rusty hizo una pausa en su juego para darle a Ryder un puro y sus fósforos. Ryder lo encendió e inspiró hondo. El muchacho abisinio se instaló en la sombra, desde donde también podía vigilar a Saffron, que seguía durmiendo.

—Tadesse —le dijo Ryder—, ¿hablas los idiomas de Tigray?

—Sí. Es el país de mi madre.

—Estamos viajando hacia allí. ¿Te gustaría unirte a mi familia?

El chico miró con lentitud al grupo, luego entrecerró los ojos y miró de lado a Ryder.

—¿Cómo se llama usted?

—Ryder Courtney. Acabas de salvar a mi esposa, Saffron. —Nombró a los demás miembros de su grupo, señalándolos con el extremo brillante de su cigarro—. ¿Y bien?

Tadesse negó con la cabeza.

—Fui a El Cairo al servicio de un hombre blanco, señor Ryder. Él perdió su dinero en las cartas y me dejó allí. Le agradezco que me haya sacado del barco, pero serviré a mi propia gente ahora.

—Como quieras —aceptó Ryder—. Estaré en Massawa por algunos días si cambias de opinión.

En un primer momento, Penrod pensó que los golpes en la puerta eran parte de su sueño de disparos lejanos. Luego pensó que eran tan solo los sirvientes de lady Agatha, que querían asegurarse de no sorprender a su ama en cuatro patas, con sus encantadoras nalgas rosadas levantadas y temblorosas mientras Penrod la poseía con fuerza por detrás. Una vez confirmado eso, se pondrían a limpiar los restos del desenfreno de la noche anterior para luego retirarse de nuevo en silencio. Pero los golpes a la puerta no cesaban, y abrió los ojos. Por supuesto, la noche anterior habían regresado a la casa de él. Penrod había sufrido privaciones sin quejarse mientras viajaba por el desierto. Podía dormir sobre una piedra tan profundamente como lo haría entre sedas, y podía cenar pan seco y gachas, así como también faisán de la propiedad de su hermano en Escocia y *foie gras* importado de París. Y cuando había lujos disponibles, Penrod tenía los medios y el gusto necesarios para disfrutar de lo mejor, y sus propios sirvientes eran tan discretos y eficientes como los de Agatha.

—¡Váyanse! —gritó. En un primer momento, pensó que lo habían obedecido, pero no fue así. La puerta chirrió al abrirse poco a poco, y un pequeño rostro se asomó para mirarlo. Sus ojos se abrieron grandes como platos al ver silueta dormida de Agatha. Ella estaba completamente desnuda, acostada sobre la espalda, con los brazos extendidos. Las curvas de sus grandes pechos blancos como la leche habrían hecho que Rubens se ahogara de entusiasmo. Penrod no hizo ningún intento de cubrirla.

—¿Qué quieres, Adnan? —Había visto al muchacho una o dos veces en los meses transcurridos desde su encuentro en el bazar. Yakub obviamente le había encontrado algún trabajo… el chico se veía mejor vestido y mejor alimentado que antes. Entró a la habitación y, con visible dolor, apartó los ojos de lady Agatha y miró directo a Penrod. Por fortuna para él, Agatha resopló en sueños y se dio vuelta. Aunque quizá su suerte no fue tanta, ya que,

en ese momento, Adnan tuvo que resistir la tentación de mirar aquel culo redondo como un melocotón.

—Habla, muchacho, o vete de aquí. —A Penrod le latía la cabeza. Nunca había tenido resaca en su vida, pero desde que Agatha le había hecho conocer el opio, sus mañanas se fueron convirtiendo en algo más pesado y opaco.

El chico dio un paso adelante. Le mostró un periódico, y Penrod se lo arrebató. El artículo de primera plana anunciaba la llegada a Massawa del vapor *Romeo*, que llevaba a los sobrevivientes de un terrible desastre marítimo. El editor lamentaba informarles a sus lectores que las calderas del barco de vapor *Iona* habían estallado en la oscuridad de la noche, y la pérdida de vidas había sido terrible. Penrod sabía perfectamente que este era el barco en el que Amber estaba yendo a Abisinia con ese comerciante, Courtney. No porque él hubiera hecho averiguación alguna, sino porque que sus colegas en el club siempre encontraban la manera de hacerle saber cualquier noticia que se refiriera a Amber y a todos aquellos relacionados con ella. Le habían informado acerca del éxito de la versión teatral de *Esclavas del Mahdi*; de los exagerados elogios prodigados a las pinturas de Saffron y del nacimiento de Leon Courtney. Aunque no había visto a ninguno de ellos desde aquel día en el Hotel Shepheard, cada fragmento de chisme le había carcomido el alma como si fuera ácido.

No se movió ni respiró. Adnan comenzó a hablar:

—Mi amo, el sabio y valiente Yakub, su leal compañero de muchas aventuras, le envía saludos y desea hacerle saber que por la gran estima que le tiene a usted, se rebajó hasta el punto de hablar con Bacheet, el patán mercenario, esclavo y secuaz de Ryder Courtney, y le preguntó por el destino de al-Zahra, a quien usted alguna vez amó. Aunque este Bacheet le dirigió graves insultos, mi amo insistió en saber todo lo que ese pérfido monstruo tenía para contar. Bacheet recibió un telegrama de Massawa. Al-Zahra está bien y sobrevivió al desastre sin daño alguno. Su hermana resultó herida, pero, *insha'allah*, se recuperará rápidamente, y el señor Courtney y su hijo escaparon ilesos. Su leal Yakub no tiene ningún deseo de molestarlo a usted ni de sugerir que usted aún pueda sentir algún amor por al-Zahra, pero por la estima que Yakub siente por usted, le ofrece estas pocas migajas de noticias, por si a usted le

pudiera interesar.

Todo esto lo dijo a borbotones en un discurso fluido, ensayado y a gran velocidad. Penrod podía imaginarse a Yakub haciendo que el niño ensayara y lo repitiera. Hasta podía imaginar a Yakub dirigiéndose majestuoso a Bacheet en la cafetería que ambos frecuentaban, donde la mayor parte del tiempo se complacían grandemente en negarse a reconocer la existencia del otro.

«Respira», se dijo Penrod. «Respira». Levantó la cabeza y miró al chico.

—Mis saludos a mi honorable amigo, tu amo, y con ellos mi agradecimiento. Si bien no tengo ningún interés particular en el destino de Ryder Courtney o sus secuaces, siempre es una ventaja tener la mejor información, y le agradezco las molestias que se tomó para conseguirla. —Penrod habló en el mismo estilo cortés del discurso que el chico había pronunciado—. Ahora vete —agregó.

Adnan no necesitó que se lo dijeran dos veces. Dio media vuelta y corrió. Penrod oyó el golpeteo de sus sandalias en el suelo de piedra del pasillo.

A su lado, Agatha se volvió hacia él y bostezó.

—¿Quién era ese?

—Nadie —respondió Penrod y dejó caer el periódico al suelo. Pasó la mano con firmeza por el costado de ella, siguiendo la curva de su cuerpo. ¿Fue idea suya, o de verdad el cuerpo de ella se puso tenso cuando él la tocó? Ese pensamiento lo excitó. La acercó a él, debajo de él, luego se inclinó y tomó uno de sus grandes pezones rosados con la boca, lo chupó y, después, cuando este se endureció, mordió apenas con un cierto exceso de brusquedad. Ella gimió y luego gritó. Sus manos lo agarraron a él por la parte superior de sus brazos, y él no supo ni le importó si ella lo estaba atrayendo hacia ella o lo estaba rechazando. Él tomó un mechón del espeso cabello rubio de ella, todavía despeinado y enmarañado por los encuentros sexuales de la noche anterior. Ella cerró los ojos y dejo escapar un leve gemido. Él pensó en el brillo de placer que había visto en sus ojos el día en que Amber rompió su compromiso, con qué entusiasmo ella regresó a su cama, colgada de su brazo: Se sentía victoriosa.

Él bajó la cara de modo que su bigote apenas rozara el hermoso lóbulo rosado de su oreja.

—Ten cuidado con lo que deseas, querida —le susurró, y luego la penetró.

—¡Señor Ryder! —La voz atravesó el caos del muelle como una campana de iglesia—. ¡Señor Ryder!

Ryder se dio vuelta, sin apartar su brazo de la cintura de Saffron mientras el hombre que lo había llamado avanzaba a grandes zancadas hacia ellos por entre la multitud de pasajeros, funcionarios, changarines y los confundidos náufragos sobrevivientes del *Iona*. Era un abisinio muy alto, vestido con una túnica blanca como la nieve que le caía en suaves pliegues hasta las rodillas. Llevaba un bastón de ébano con empuñadura de plata. Aunque no parecía necesitarlo para caminar, ya que su paso era ágil y fluido, pero contribuía a su aire de autoridad. La multitud parecía separarse milagrosamente delante de él.

«Santo Cielo», pensó Amber, «nos está recibiendo el mismo Moisés».

Ryder tendió la mano, y el caballero abisinio la tomó en la suya. Ambos se inclinaron hasta que sus hombros se tocaron.

—¡Ato Bru! —saludó Ryder—. ¿Estás bien?

—Gracias a Dios, estoy bien. ¿Y tú?

Amber había aprendido cuál era la manera correcta de intercambiar saludos con un nativo de Abisinia. Este caballero, sin duda, sabía que Ryder lo había perdido todo en el desastre del *Iona* y podía ver con sus propios ojos que el grupo estaba exhausto y con la ropa hecha jirones, pero durante los siguientes minutos, mientras Ryder y Bru mantenían sus manos entrelazadas, se preguntaron mutuamente por las familias de cada uno, por las cosechas y los negocios, cada vez dando gracias a Dios por su bondad, y solo hablaron de la salud, la riqueza y el bienestar. Amber escuchaba atentamente. Oía el amárico hablado por una voz nueva. Tenía un ritmo y fluidez que le recordaba al árabe, pero también tenía un peso propio. «Una lengua delicada y sutil para contar aventuras épicas alrededor de una fogata de campamento», pensó.

Dan se inclinó hacia adelante y le susurró:

—¿Qué noticias hay, señorita Benbrook? ¿Puede entender algo de lo que están diciendo?

—Sí. Entiendo —confirmó ella en un susurro—. Y aún no hay

noticias. Siguen saludándose.

—¡Dios mío, Dios mío! —exclamó Dan y empezó a mirar a su alrededor, protegiéndose los ojos del sol brillante. El calor era abrasador. Habían atracado en la isla que le brindaba a Massawa el mejor puerto de aguas profundas entre Suakin y Yibuti. Todo un pueblo había crecido para servirlo y explotarlo, y se conectaba con el continente por carreteras elevadas hechas de enormes losas de pálida piedra amarilla. En la distancia, envuelta en una neblina color lavanda, se alzaban las estribaciones y la larga y casi invisible subida a las tierras altas de Abisinia y el reino del emperador Juan. Las empinadas laderas parecían atrapar el calor a su alrededor. Las aguas del puerto eran de un azul sorprendente, y las arenas de la orilla eran blancas como el marfil. Sobre el fuerte que vigilaba el puerto, la bandera italiana colgaba sin flamear, como agotada por el calor. El minarete de piedra de la mezquita se alzaba dominante sobre el pueblo, que parecía estar formado en su mayor parte por chozas de mimbre dispuestas a lo largo de la orilla.

—¿Qué clase de lugar es este? —preguntó Rusty en voz baja.

—Massawa mismo es una isla de coral —respondió Amber, feliz de ser la guía en ese momento—. No tienen agua dulce. El agua de lluvia se recoge en cisternas, y el resto se trae del continente.

—¿Y siempre hace tanto calor?

Amber asintió con la cabeza.

—Oh, sí, por eso las casas son todas de mimbre. No se podría respirar en una casa de piedra. —Ella vio la mirada perpleja de él mientras observaba los edificios de piedra dispersos entre lad chozas—. Esos son para los depósitos. En caso de incendio.

Ryder y Ato Bru parecían haber terminado su conversación.

—Tenemos una casa —les dijo Ryder—. En Talud.

—Pero al diablo con lo que tenemos para meter ahí —dijo Rusty en voz baja.

Ato Bru les había conseguido dos sirvientes locales, así como también una casa. La casa era, en realidad, un gran patio con un depósito de piedra en un extremo y cuatro chozas de mimbre con techo de paja cerca de la orilla, ubicadas para aprovechar cualquier sombra o brisa. Saffron había rechazado todo ofrecimiento de un burro para llevarlos esa corta distancia del puerto a su nuevo hogar, pero al llegar se la veía exhausta. Los dos hombres que Bru había

contratado hablaban árabe y, por primera vez desde que había roto su compromiso, Amber pensó que podría ser de utilidad. Conversó con el mayor de los sirvientes, un hombre de mediana edad y muy correcto que por su vestimenta parecía ser mahometano, para decidir donde iban a dormir los diferentes miembros del grupo. Él la escuchó con los ojos bajos, sorprendido al principio al escucharla hablar su idioma tan bien y, luego, comenzó a asentir con la cabeza ante las sugerencias de ella y a hacer algunas él mismo. Amber las recibió con entusiasmo, y antes de que hubieran pasado diez minutos juntos, estaba claro que ambos se aprobaban gustosos uno al otro.

Luego, Amber hizo que Saffron entrara en la cabaña que iba a compartir con su marido y su hijo. Saffron parecía estar a punto de discutir; estaban usurpando su papel celosamente custodiado de portadora de todas las bondades domésticas. Amber le ordenó que se sentara en el sofá de mimbre que era el único mueble y, para dar por terminado el asunto, le entregó el bebé Leon a Saffron. Y luego se sentó a su lado.

—¡Deja que te ayude, Saffy! Te voy a consultar en todo, por supuesto, pero estás herida y tienes que recuperarte lo más rápido posible. —Saffron todavía se mostraba malhumorada y recelosa—. Después de todo, yo solo podré arreglármelas aquí, donde todos hablan al menos algo de árabe, pero no seré de ninguna utilidad cuando lleguemos al interior, así que tienes que estar en forma para ese momento.

Saffron pareció serenarse. Asintió rápido con un gesto, luego llevó la diminuta mano de Leon a su boca, y le sopló la palma hasta que el rostro del bebé se iluminó y se rio.

—Ahora bien, el señor Ibrahim está preparando algo para que comamos, pero ¿qué nos vamos a poner, Saffy? Solo tenemos lo que llevamos puesto ahora. ¿Usaremos la ropa que usan los nativos?

—De ninguna manera —aseguró Saffron con voz cantarina, para que el bebé siguiera balbuceando con alegría—. Los abisinios tienen ideas bastante definidas sobre los europeos que se aparecen como si fueran a una fiesta de disfraces, ¿verdad, Leon? —Ella bostezó—. Tal vez Leon y yo podamos dormir un poco. Ryder dijo que aquí hacía calor, pero creo que se quedó corto.

Una sombra apareció en la puerta. Amber se dio vuelta y vio que

Tadesse esperaba a que advirtieran su presencia. Tenía un cuenco de agua a sus pies y una bolsa de tela colgada del hombro.

—La herida, señorita Amber, en el hombro de la señora Saffron… hay que lavarla y… —Hizo un gesto como de coser algo con las manos, luego palmeó la bolsa de tela—. Traigo todo lo necesario.

Amber se mostró un tanto vacilante.

—Por supuesto que hay que ocuparse de eso, pero Saffy, ¿no te gustaría que fuera a buscar un médico italiano? Seguro que encontraremos alguno.

Saffron resopló y puso a Leon en los brazos de Amber antes de sacar con cuidado su brazo vendado del abrigo de Ryder.

—Cualquier médico italiano de aquí seguro es un borracho. No, creo que estoy mejor con el señor Tadesse. —El chico se mostró complacido—. Puedes dejarme con él, Amber.

Amber se apartó para que Saffron pudiera ubicarse con más comodidad en el sofá de mimbre y acostó al bebé a su lado. Los grandes ojos de Leon seguían los patrones de luz y sombra sobre ellos, y estiró las manitas como si tratara de atrapar el pesado aire. El calor no parecía molestarlo en absoluto y seguía haciendo burbujitas con la boca. Amber le acarició el suave cuero cabelludo y sintió una punzada de envidia y anhelo en sus entrañas. Luego suspiró. No recordaba a su madre, que había muerto cuando las mellizas eran muy pequeñas, pero sí conocía la reputación de la que disfrutaba su madre, de saber arreglárselas y administrarlo todo en cualquier remoto rincón del imperio donde enviaran a su marido. Amber esperaba tener en ella algo de ese espíritu emprendedor en su propia sangre.

Tadesse empezó a ordenar los vendajes y un par de pequeños potes de arcilla que fue tomando de su saco de tela, y Amber salió de la cabaña para ocuparse de la vestimenta femenina con el señor Ibrahim.

Cuando Ryder vio que Amber se hacía cargo de la organización de la casa y del cuidado de Saffron, se despidió por el momento de Ato Bru y regresó al muelle para hablar con el agente naviero del lugar. La compañía naviera le debía un dinero del seguro, aunque de ninguna manera sería suficiente para compensarlo por sus pérdidas. Firmó una gran cantidad de documentos y el agente accedió a

retener algunos fondos hasta que él los reclamara.

Alguien lo saludó desde un lugar con sombra a unos pocos metros a su izquierda, y vio al caballero indio que los había ayudado a él y a Tadesse a salir del agua. Estaba sentado en un banco a la sombra y bebía té. Todavía llevaba puesto el traje gris que llevaba en el *Iona* y, de alguna manera, se las había arreglado para mantener la ropa inmaculada a pesar del naufragio y del rescate. Bien podría haber acabado de salir de una oficina del gobierno en El Cairo.

Ryder fue a darle la mano y aceptó su ofrecimiento de sentarse en la relativa frescura de los aleros de la casa de té y de un vaso de lo que sabía a polvorienta agua tibia. De todos modos, fue bienvenida. El hombre se presentó como Sanjay Guptor y le contó a Ryder que había estado estudiando leyes en Inglaterra y que estaba regresando a su país.

—¡Aunque sin mis libros! —Levantó las manos y luego guiñó un ojo y se tocó la frente—. Solo espero que algo de lo aprendido haya quedado aquí. En fin… Cuando lo vi por primera vez, señor Courtney, usted corría hacia la sala de máquinas, creo. Dígame qué fue lo que vio.

Era bastante extraño. El hombre parecía haber salido bastante alegre del desastre. Ryder estaba impresionado, así que describió lo que había visto y oído en la sala de máquinas sin reservas.

El señor Guptor se quedó pensativo.

—¿Explosiones en las cajas de fuegos? Que yo sepa, el carbón no explota, ¿no, señor Courtney?

Ryder tomó un sorbo de té y contempló los bulliciosos muelles. Todavía estaban sacando a algunos heridos del barco de rescate.

—Correcto, señor Guptor. —Varios hombres con uniformes del ejército italiano estaban organizando el transporte al hospital militar para los heridos más graves, reuniendo a las familias, y organizando ayuda para los demás—. Alguna vez leí algo sobre una cosa llamada torpedo de carbón, que se usó en la guerra de Secesión en los Estados Unidos —continuó Ryder.

Guptor frunció los labios por un momento.

—Yo también oí hablar de esas cosas. Se hace un agujero en un trozo de carbón, o en muchos trozos si se tiene la paciencia y el tiempo suficiente, luego se llenan los agujeros con pólvora. Un poco

de cera y polvo de carbón y ya tiene una bomba que espera su momento de actuar. Pero ¿quién querría destruir al *Iona*? ¿Usted cree que alguna naviera rival haría algo así?

Ryder sacudió la cabeza.

—No.

Ambos se quedaron en silencio por un rato.

—Usted perdió mucho más que libros cuando se hundió el *Iona*, ¿verdad, señor Courtney? —preguntó Guptor.

—Así es.

—Dígame, cuando usted se preparaba para esta aventura, ¿experimentó tal vez retrasos inusuales, más confusiones y dificultades de las que podría haber esperado?

Ryder frunció el ceño.

—Hace muchos años que hago negocios en África, señor Guptor. Estoy acostumbrado a los retrasos y las confusiones. —De todos modos, mientras hablaba, repasó en su mente los acontecimientos de las últimas semanas. Un pedido extraviado de vez en cuando, otro incidente cuando, en apariencia, las especificaciones en su carta habían sido mal interpretadas, el enojo de Rusty por una entrega fallida de productos químicos desde Londres. ¿Y no había dicho también algo sobre un inglés que hacía demasiadas preguntas en el Hotel Lamb? En medio de la furia de los preparativos y de la emoción por el nacimiento de Leon, Ryder había desestimado cada uno de esos incidentes, pero en ese momento, a la luz de la explosión en el mar, parecían seguir una pauta.

Se aclaró la garganta.

—Siento lo de sus libros, señor Guptor.

El indio se encogió de hombros.

—Puedo comprar otros. Me sentaré aquí a esperar el próximo barco que me lleve a casa, y a pensar de qué manera voy a contarle mis emocionantes relatos de aventuras a mi familia cuando llegue. Londres me resultó bastante aburrido, solo trabajo y niebla, así que me alegro de tener una historia que valga la pena contar. —Dejó su vaso en el banco a su lado—. He hablado con mucha gente del *Iona* en las últimas horas, señor Courtney. Puedo decirle lo que yo pienso, si a usted le interesa escucharme.

—Por favor. Lo escucho.

—La única carga inusual que se transportaba en ese barco era la

suya. Lo habitual es que los cargamentos incluyan los artículos de lujo y las mercaderías de siempre. Y esos cargamentos pasan por el mar Rojo unas veinte veces al mes. Por lo tanto, mi conclusión es que, si el barco no fue saboteado por una empresa naviera rival, debe haber sido su carga lo que querían enviar al fondo del mar. Veamos esto. Pienso que, si yo fuera alguien que quisiera destruir o retrasar un cargamento inusual, y no quisiera estar cerca para cuando ocurriera esta destrucción, entonces podría usar este torpedo de carbón. —Volvió a tomar un sorbo de té y mantuvo la mirada fija en la actividad del muelle—. Y creo que una persona dispuesta a hundir un barco para detenerlo a usted, puede intentarlo de nuevo, a menos que usted abandone estos proyectos.

Ryder respiró hondo y dejó que el aire caliente le llenara los pulmones.

—Podría ser. Gracias por el té, señor Guptor, y por sus pensamientos.

El otro se encogió de hombros.

—De nada. Tal vez fue solo un accidente extraño, y no tiene nada por qué preocuparse, pero tenga cuidado, señor Courtney. Si esto fue un acto de sabotaje contra su empresa, entonces tiene un enemigo que está dispuesto a matar a muchos hombres, mujeres y niños inocentes solo para frustrarlo a usted. —Ryder sintió que se le erizaban los pelos en la nuca—. Yo no tendría un enemigo así. Rezaré por usted cuando regrese a casa, señor Courtney.

—Mi agradecimiento de nuevo.

El señor Guptor le dio la mano, y Ryder se la estrechó afectuosamente para luego alejarse hacia la luz resplandeciente.

Tadesse limpió la herida de Saffron y le aplicó un poco de aceite de uno de sus potes de barro. En ese momento estaba enhebrando su aguja. El olor del aceite era fuerte y medicinal. Ese olor le hizo pensar a Saffron en verdes prados. El dolor de la herida fue reemplazado por una sensación de frío, y sintió un cansancio placentero.

—No es que mi cerebro se está apolillando, ¿no? —le preguntó a Tadesse.

—No, señora Saffron. Creo que su cabeza va a sanar muy bien si descansa unos días. El aceite adormece el dolor y nos tranquiliza y aletarga. —Chupó la aguja, luego frotó más aceite sobre ella y a lo

largo del hilo hasta que brilló—. Pero debo cerrar la herida ahora, y le va a doler un poco mientras lo hago. ¿Está preparada?

Ella asintió y estiró el brazo.

—Puede mirar hacia otro lado, si lo desea.

—Quiero estar segura de que sepas coser bien.

Él se rio en silencio.

—Creo que le va a quedar una cicatriz.

—No me importa. Las cicatrices muestran que hemos vivido. Ahora, sigue con lo tuyo.

Ella no pudo evitar sisear de dolor cuando la aguja le atravesó la carne, pero no se movió ni se apartó. Tadesse ató y cortó el primer punto y comenzó con el siguiente.

—¿Está bien así, señora Saffron? —dijo él, sin apartar la mirada de su trabajo.

—Bastante bien, mi amigo.

Saffron deseó tener su cuaderno de bocetos a mano. La forma en que la luz feroz se abría paso a través de las paredes de mimbre, destacando las sombras en el rostro del muchacho, habría sido un hermoso estudio. Se preguntó si ella sería capaz de conseguir ese matiz en óleo. Casi todos sus elementos estaban ya en el fondo del mar Rojo, todos los hermosos colores que había pedido le enviaran desde Londres: amarillo cadmio y rosa de garanza, azul de Prusia y verde viridiana. Imaginaba los elegantes tubos moviéndose por el agua. Tadesse ya había terminado otro punto. El dolor se hizo distante. Era solo otro color del día.

—¿Cuál es tu historia, Tadesse? ¿Cómo terminaste en el barco?

Cortó el hilo con un par de tijeritas de acero.

—Tal vez yo sea un príncipe perdido, señora Saffron.

—Estoy segura de que eres un príncipe, pero no pareces perdido.

Él cambió un poco la posición del brazo herido para que la luz cayera sobre la parte de la herida que estaba cerrando en ese momento.

—Nací en el lago Tana. Mi padre era de aquellos lados, mi madre de Tigray. Fueron mi padre y mis tías quienes me enseñaron medicina. Luego, cuando tenía diez años, unos ingleses vinieron al lago. Me gustaban. Pero traían una enfermedad con ellos. Viruela. Mi madre, mi padre y mis tías murieron todos por eso.

—Lo siento, Tadesse.

Él se encogió de hombros y puso un poco más de aceite en la aguja y el hilo antes de comenzar su último punto.

—Uno de los ingleses, Jones, sintió pena por mí. Fui como su sirviente hasta Suez, pero luego perdió su dinero en una partida de cartas y tuvo que vender su reloj para pagar su pasaje a Londres. Me consiguió trabajo en un vapor que pudiera llevarme a mi casa. Muy bien, señora Saffron, ya está listo.

Saffron miró la fila de prolijos puntos en el brazo. Los bordes de la herida estaban rosados y limpios. Ella casi podía sentir que la carne estaba uniéndose de nuevo.

—Ahora, la vendaré de nuevo, para que el bebito no trate de sacarlos. —Leon balbuceó junto a ellos como si los hubiera escuchado, y ambos sonrieron. Tadesse recogió las tiras preparadas de tela limpia.

—¿Dónde encontraste todos estos elementos, Tadesse?

El muchacho se encogió de hombros.

—Conocí a un hombre de mi pueblo en el mercado. Él conocía el nombre de Ryder Courtney y me regaló todo esto para tratarla a usted.

Saffron lo observó de cerca. Ella había escuchado a su esposo cuando le ofreció un trabajo al chico y la negativa de este. Sin embargo, aquí estaba en ese momento, atendiéndola a ella.

—¿Has cambiado de idea, Tadesse? ¿Vendrás con nosotros?

Él le lanzó una mirada, pero parecía avergonzado de mirarla a los ojos. Saffron se preguntó si su amigo en el mercado también le había dicho que tenía pocas posibilidades de trabajar para otra persona.

—Sí, trabajaré para usted y el señor Ryder. Aunque tal vez decidan volver a El Cairo.

La herida empezaba a doler de nuevo. Con cuidado, el niño colocó almohadillas de tela sobre su trabajo y comenzó a atarlas un poco sueltas alrededor del brazo de Saffron.

Ella frunció el ceño.

—¿Por qué dices eso?

—Escuché a los hombres del señor Ryder cuando hablaban. Decían que ya no tenían ninguna razón para ir a Tigray ahora. —Terminó y la ayudó a ponerse otra vez el abrigo de Ryder sobre el hombro.

Saffron entrecerró los ojos.
—Ya lo veremos.

Ya de regreso a la casa en Talud, Ryder caminó con lentitud por el patio hasta la choza donde habían alojado a su equipo de mineros. Dado que su esposa ya se estaba recuperando y su hijo estaba a salvo, era hora de calcular sus recursos y decidir qué hacer después. Pensó con irónica nostalgia en sus instalaciones en Jartum, el lugar donde, antes de que los derviches del Mahdi llevaran el caos y la destrucción, él había acumulado tesoros. Marfil y oro, mercaderías adquiridas en los territorios de África Oriental más ricos e inexplorados, una biblioteca encuadernada en cuero sobre la flora y la fauna de este continente que amaba, una colección de bestias exóticas que aullaban, rugían y trinaban desde sus instalaciones y su propio vapor fluvial, el *Intrepid Ibis*, amarrado en el muelle, listo para llevar todo aquello a El Cairo. Eso había sido antes de que el general Gordon lo requisara, por supuesto, y antes de que las victorias de los mahdistas hicieran imposible que él continuara con sus negocios en un ancho tramo del Nilo.

Y en ese momento, casi todo lo que había recuperado y adquirido estaba en el fondo del mar Rojo. Por otro lado, Amber le había dicho que ella y Saffron habían rescatado su provisión de valiosos táleros de María Teresa de plata, y que Saffron todavía tenía su sello de Judea pinchado en el interior de su abrigo. No tenía gran valor en sí mismo, pero era una señal de la consideración en la que lo tenían en la corte abisinia, y como tal valía más que los diamantes. En su propia cartera de papeles, protegidos por su estuche de cuero impermeabilizado, aún tenía las cartas de presentación del emperador Juan, las cuales solicitaban que al señor Ryder se le diera total asistencia e, incluso, señalaban el pago diario que se le debía a cualquier súbdito del emperador a quien él pudiera emplear. A la carpeta también se agregaron los permisos para explotar la mina y las escrituras de los terrenos en las montañas sobre Adigrat que habían sido gestionadas por Ato Bru. Estos trozos de pergamino, cargados de sellos y cada uno escrito en cuatro idiomas, le habían salido caros, pero ¿de qué valían sin el equipo necesario? ¿Iba a tener que volver a sus actividades comerciales hasta que pudiera permitirse el lujo de reponer lo que

se había perdido y estaba oxidándose en el fondo del mar? ¿Podía arriesgarse a continuar con el emprendimiento si, como el señor Guptor había sugerido, alguien lo estaba saboteando? No tenía miedo por sí mismo, pero la sola idea de que le sucediera algo malo a su esposa y a su hijo era un gran peso en su corazón. Las hermanas eran ricas gracias a las ventas del libro de Amber. Por un momento, consideró enviarlas a Inglaterra, y ordenarles que vivieran solas en una comodidad respetable hasta que él se recuperara otra vez. Sacudió la cabeza. Saffron nunca se iría a Inglaterra sin él. Ella ni siquiera recordaba el país y se había quedado con él en Abisinia cuando Amber fue a visitar la tierra donde había nacido. Su hogar era dondequiera que ellos estuvieran juntos.

Miró las colinas más allá del puerto. Al otro lado estaba Abisinia, el techo de África. Casi podía sentir su aire y se dio cuenta de que sus manos se habían cerrado en puños. Se negaba a regresar arrastrándose derrotado a El Cairo. Él iba a encontrar la forma.

Se agachó para entrar en la choza. Rusty, Dan y Patch estaban descansando sobre alfombras extendidas en el suelo de tierra apisonada. Uno de los sirvientes les había traído café y pan sin levadura, más la versión local de la cerveza. Esta tenía un sabor ligero y ácido, pero era más seguro que tomar agua sin hervir. Ryder se sentó con ellos y le ofrecieron un vaso de esa bebida. Aquel día la cerveza sabía a néctar, mucho mejor que el té con gusto a polvo que había disfrutado con Guptor, y sintió una nueva energía que fluía por sus cansados músculos.

—Señor Courtney, un barco con rumbo a Suez va a hacer escala aquí dentro de tres días —informó Dan—. Calculo que voy a estar a bordo de él.

—Yo también —dijo Patch, rascándose la barba con las uñas—. Fue una aventura audaz, Courtney, pero los dioses están en su contra. Si hubiéramos podido subir ese equipo a esas colinas, y la veta hubiera sido tan buena como usted esperaba, podríamos haber tenido un golpe de suerte. Pero ahora todo se fue a pique y su dinero con ello. Nada tenemos para apostarlo a la suerte.

Ryder no respondió, solo miró a Rusty y levantó las cejas. La pierna del ingeniero rebotaba arriba y abajo.

—No estoy tan seguro —dijo al fin. Los dos hombres mayores

gruñeron, y Ryder supuso que habían estado hablando de esto sin él.

—Ahora escuchen, muchachos… —Rusty trató de continuar.

Patch agitó la mano con desdén.

—¡Basta, Rusty! Se necesitaron seis meses y todo el dinero de Courtney para reunir ese equipamiento cuando estábamos en El Cairo. Nunca se conseguirán los reemplazos aquí en menos de un año, aun cuando Courtney pudiera permitírselo. E incluso si tú pudieras hacerlo, yo no pienso pudrirme en este horno esperando mientras lo haces.

—Lo sé, lo sé —intervino Rusty y se inclinó hacia adelante—. Pero esta gente ha estado excavando tesoros en colinas más altas que estas desde que Salomón era rey. Si ellos pudieron hacerlo, ¿por qué nosotros no? —Se rascó la cabeza—. Claro, será difícil y los rendimientos serán bajos al principio, extraeremos lo que podamos hasta que tengamos el equipo necesario para procesar el mineral como es debido. Pero el señor Courtney ya me ha pagado por un año, y no quiero devolverle el dinero. —Rusty se cruzó de brazos—. Así que creo que eso significa que me quedo y estoy dispuesto a ser útil hasta que termine ese año.

Ryder miró a Patch. Se encogió de hombros.

—Es una idea loca, pero si usted lo decide… Yo ya gasté su dinero para pagar mis deudas en el Transvaal, así que supongo que estoy en sus manos.

Dan bebió su cerveza en silencio durante un minuto completo.

—A mi modo de ver, usted va a gastar más dinero inútilmente, Courtney. Ahora bien, dicho esto, si usted quiere llevar a su familia a esas tierras salvajes, iré con ustedes y les mostrarte dónde cavar.

Ryder tomó aliento para hablar, pero antes de que pudiera hacerlo, Saffron ya se había agachado para pasar por la puerta.

—¡*No* nos vamos a casa! —aseguró y golpeó con el pie. Los hombres tomaron sus vasos de cerveza del suelo antes de que se derramaran—. Ryder, no te atrevas a decirme que lo has pensado, aunque más no sea por un minuto.

—Saffy…

El pañuelo al cuello de ella aún estaba manchado de sangre. La hacía parecer un guerrero, salvaje con el espíritu de la batalla.

—No, Ryder, escucha. Ellos han estado explotando minas aquí

durante cientos de años. Podemos comprar palas, ¿no?

—Querida, te vas a abrir la herida —observó él en voz baja.

—Ah, no. Vino Tadesse y me cosió. A propósito, cambió de opinión y viene con nosotros, por cierto, y deja de reírte de mí… Si estos muchachos son demasiado cobardes para subir a las montañas…

Los tres hombres gruñeron y protestaron, y antes de que Saffron pudiera terminar de decirles que se callaran y la dejaran terminar, Amber apareció en la puerta con rollos de tela azul y verde sobre el hombro.

—¿Qué pasa? Los gritos podían oírse desde el mercado —inquirió.

—Amber, estos tontos creen que deberíamos ir arrastrándonos de vuelta a El Cairo, ¡solo porque perdieron su ridículo equipamiento!

—¿Por qué haríamos tal cosa? —quiso saber Amber, y sus ojos azules brillaban en la penumbra de la choza—. ¡La mitad del ejército italiano está en Massawa! Seguro que tienen pólvora para volar la roca y todo el equipamiento necesario para levantar las instalaciones que necesitamos. ¿Tadesse te cosió la herida, Saffy?

—Sí, y muy prolijamente también. ¡Oh, qué tela más bonita! —respondió con una sonrisa y luego se volvió hacia los hombres—. ¡Ven! Eso es exactamente lo que yo decía. Bueno, casi. Ryder, no nos harás volver a casa, ¿verdad? Tan pronto como mi brazo esté curado, podré cavar y…

Ryder se puso de pie y con un rápido movimiento tomó a su esposa por la cintura y la besó con fuerza. Ella se apartó con brusquedad.

—Ryder, todavía estoy hablando… —Él la besó de nuevo, con más fuerza, y ella cedió. Luego la soltó y la besó en la frente con más delicadeza.

—No, esposa-niña mía, no nos vamos a casa. Vamos a Axum y luego a las colinas, y te juro que no vamos a volver de allí hasta que tengamos suficiente plata como para levantarte una casa con ella.

—¡Oh, Ryder, me alegro! —exclamó Saffron. Le puso el brazo sano alrededor del cuello y se puso de puntillas para besarlo en la mejilla.

—Gracias a Dios por eso —acotó Amber con alegría—. Iré a

ocuparme de la cena.

Cuando el mayor Penrod Ballantyne llegó al segundo piso del Consulado Británico en El Cairo para ver al coronel Sam Adams, el ayudante le pidió que esperara unos minutos en la antesala. Penrod frunció el ceño.

—Lo reconozco. Usted estaba con Evelyn Baring en 1884.

—Así es, señor —dijo el joven, mostrando sorpresa en su rostro suave y rosado—. Pero apenas nos vimos un momento, y eso fue hace tres años. Tiene usted una memoria extraordinaria.

Penrod no respondió de inmediato, solo se dio vuelta para mirar por las altas ventanas la gran actividad humana a lo largo de las orillas del Nilo. El agua estaba llena de pequeñas embarcaciones de vela. Las mujeres se reían mientras lavaban la ropa en la orilla, intercambiando bromas con los aguadores y los pescadores. Penrod era un oficial de inteligencia excepcional, de modo que, por supuesto, tenía una memoria notable. Durante muchos años, eso había sido una gran ventaja para él en su trabajo. Se le podía confiar la información más confidencial y compleja, el más sutil de los mensajes diplomáticos, y él los llevaba en la mente a través de desiertos y cadenas montañosas. Pero su memoria también tenía sus desventajas. Por ejemplo, podía recordar con perfecta claridad cada momento que había pasado en compañía de Amber Benbrook. Podía repetir cada palabra que ella había hablado con él, ver cada sonrisa y, con una precisión que no se desvanecería, podía recordar la expresión exacta de disgusto en su rostro cuando ella le dijo que la moral del harén era superior a la del Club Gheziera. Solo el opio embotaba esos recuerdos. Estos seguían siendo sus compañeros constantes, pero cuando fumaba se teñían de una dulce nostalgia, en lugar de causarle un dolor inconmensurable.

En Sudán, Penrod había sido torturado por Osman Atalan y atado a un dispositivo llamado *shebba*, diseñado para castigar a los esclavos desobedientes. El *shebba*, simple y terrible en su diseño, consistía en una horqueta cortada de un árbol de acacia, y los

hombres de Osman le ataban los brazos de modo que la base de la horqueta presionara con fuerza contra la garganta. Penrod solo podía aliviar la presión en la tráquea levantando todo su peso con los brazos extendidos, o arrodillándose en un estupor de dolor, con el tronco apoyado en un ángulo sobre el suelo hasta que uno de los secuaces de Osman lo pateaba a un lado y enviaba a Penrod al suelo, ahogándose en el polvo. Era una crucifixión sin el alivio final de la muerte. No podía comer ni beber, ni limpiar sus desechos corporales. Seis días atados a eso casi lo mataron, pero si soportar tal cosa de nuevo durante un mes pudiera curar a Penrod del dolor que había experimentado cuando terminó su compromiso con Amber, lo abrazaría como a un amigo.

—Mucho ha pasado desde entonces —le dijo al fin Penrod al joven, todavía mirando por la ventana.

—Desde luego, señor. —Algo en el tono de voz del hombre hizo que Penrod se diera vuelta para mirarlo. El ayudante se sonrojó y se apresuró a salir de la habitación. La pesada puerta se cerró con suavidad detrás de él, y Penrod pudo oír los pasos que se alejaban por el vestíbulo de mármol.

Un retrato de la joven reina Victoria y una pintura de su apuesto consorte que hacía juego colgaban en cada habitación de importancia de aquel edificio. Penrod recordó haber observado con detenimiento el retrato del difunto príncipe Alberto en 1884 mientras esperaba que lo enviaran a la ciudad sitiada de Jartum. En ese entonces, Penrod creía que se parecía bastante al apuesto príncipe. Mientras esperaba a Baring, se había mantenido muy erguido para no estropear su uniforme del Séptimo Regimiento de Húsares con feas arrugas, con su sombrero de piel de oso bajo el brazo y su dolmán colgado sobre el hombro. Todo en él era perfecto, desde los bigotes recortados con precisión hasta el brillo de sus botas de equitación. Levantó en ese momento la vista hacia el retrato del príncipe Alberto, eterno en la muerte. Penrod estaba más delgado de lo que estaba en 1884, más duro, y su cuerpo estaba lleno de cicatrices, recuerdos de los meses que pasó con Osman Atalán. Ya no vestía el magnífico uniforme de los húsares, tampoco. Mientras estuvo cautivo, sir Charles Wilson, un oficial de inteligencia que quedó al mando de la columna de socorro a Jartum después de que sir Herbert Stewart había sido herido de muerte,

hizo de Penrod un conveniente chivo expiatorio de su propia incompetencia. Después de la victoria de Abu Klea, fue Penrod quien había retrasado su avance hacia Jartum, aseguraba Wilson. A su regreso a El Cairo con Amber Benbrook, ya liberada del Mahdi, Penrod descubrió la traición. Estaba disgustado, pero el coronel Sam Adams lo convenció para acceder a una solución conciliatoria a fin de evitar un tribunal militar, que sería escandaloso. Los altos mandos estaban desesperados por evitar llevar todo el lamentable asunto del general Gordon y Jartum otra vez a los periódicos. A sir Charles lo enviaron a toda prisa a un cómodo trabajo en el servicio civil, y a Penrod, con una reputación heroica adornada por sus apariciones en *Esclavas del Mahdi*, se le pidió que armara una brigada de guerreros del desierto para el ejército egipcio, un papel prestigioso que sus compañeros vieron como otra señal de que era el hijo favorito de la fortuna. Penrod aceptó, pero encontró que el trabajo no le representaba ningún desafío.

En ese momento, mientras esperaba que Sam Adams solicitara su presencia, Penrod no intentó mantenerse erguido. Su levita de sarga gris y los pantalones de montar de color beis estaban bellamente hechos a la medida, y sus sirvientes se habían asegurado de que el cuero de sus botas y su cinturón ancho estuvieran pulidos y con un brillo suave, aunque a él ya no le importaban tanto esas cosas como a su sastre o a sus sirvientes. Por un momento, se preguntó si su consumo habitual de opio en los últimos meses no sería parte de la razón de esta indiferencia, pero descartó esa idea de inmediato. Podía dejar de fumar opio cuando quisiera. Ya había dejado de consumir la droga dos veces durante una semana o dos, solo para demostrarle a lady Agatha que él tenía un control que ella no. Había sufrido muy poco, con síntomas parecidos a los de la gripe, pero pasaron rápido. Pero cuando dejó de lado la pipa, los recuerdos de Amber lo torturaron. El opio, al igual que Agatha, estaba disponible, así que ¿por qué no hacer uso de él? El Cairo estaba lleno de tranquilos establecimientos de lujo y comodidad donde uno podía disfrutar de esos dulces placeres si la vista de los propios muros se volvía aburrida. Casi podía sentir la seda entre los dedos, escuchar la suave música tocada en el patio para arrullar y animar a los ricos soñadores de las lujosas habitaciones privadas en el piso de arriba.

La puerta interior se abrió y Sam Adams se asomó.

—¡Ballantyne! Pase. Lamento haberlo hecho esperar.

Penrod lo siguió y entró a su oficina. Era otra elegante habitación de techo alto, un reflejo de la alta estima en que tenían a Sam todos los oficiales y el mando central del ejército. Penrod había ganado la Cruz Victoria que llevaba prendida al pecho por salvar a Sam del desastre de El Obeid en 1883. Las heridas que Sam había recibido entonces lo molestaban un poco, incluso en ese momento, y caminaba con cierta rigidez, pero aún proyectaba la fuerza física serena de un soldado por naturaleza, tanto en la silla de montar como de regreso a su lugar detrás del escritorio de roble lustrado, que estaba libre de todo desorden. Solo había una hoja de papel delante de Sam sobre la superficie de cuero verde. Penrod pudo ver, aun boca abajo y a esa distancia, que se trataba del informe más reciente sobre él.

Sam se acomodó en su silla y tomó el papel.

—Parece que le está yendo muy bien a usted, Ballantyne. Sus superiores están impresionados con los guerreros que ha encontrado y el sistema de entrenamiento que ha organizado para ellos.

—Gracias, señor.

Sam siguió mirando el papel mientras hablaba.

—Yo mismo he podido verlos ejercitarse una o dos veces. Al igual que el comandante en jefe. Ambos quedamos impresionados, como dije. —Al fin levantó la vista—. Pero me sorprendió que usted no estuviera presente para guiarlos en sus maniobras.

—A menudo me es imposible estar con ellos tanto como me gustaría, debido a mis actividades en la ciudad, señor —explicó Penrod con soltura—. Además, creo que es importante que mis oficiales tengan la oportunidad de conocer a los hombres sin que yo esté encima de ellos.

La cara de Sam de repente se sonrojó.

—¿Actividades en la ciudad? Pues bien, todos sabemos cuáles son esas actividades. No tengo idea de por qué terminó su compromiso con la encantadora señorita Benbrook, pero la forma en que usted se mostró con lady Agatha del brazo apenas unos días después resulta desagradable. ¿Y qué le está haciendo usted a esa mujer? Ha envejecido diez años desde que volvió con usted.

—¿Me habla usted ahora como mi amigo o como mi oficial

superior?

—Como amigo, por supuesto.

—Entonces ocúpate de tus propios asuntos.

Sam golpeó la mesa con el puño. Penrod no se amilanó.

—Entonces ahora te hablo como tu superior. Eres un oficial del Ejército Británico de Su Majestad, un representante del imperio, y dañas nuestros intereses cuando frecuentas los fumaderos de opio en El Cairo con esa mujer del brazo. Maldita sea, Ballantyne, ni siquiera te molestas en ocultar el hecho de que la tratas como a una puta. En el club se están haciendo apuestas sobre si ya la vendiste o no a los árabes en esas chozas miserables para tu propia diversión. ¡Por Dios, hombre! ¡Ella es la hija del duque de Kendal!

Penrod sintió que una calma deliciosa y helada descendía sobre él.

—Y un adorno para cualquier establecimiento que ella frecuente. Y Sam, nunca fumamos en chozas miserables. Los lugares que elige lady Agatha hacen que el Club Gheziera parezca una granja.

—No te burles de mí, mayor Ballantyne. Yo soy el único amigo que te queda en El Cairo, e incluso tú necesitas amigos de vez en cuando. ¡Maldición! Es propio de tu arrogancia que no lo entiendas. Presta atención a lo que digo. La señorita Benbrook se ha ido. Los últimos telegramas de nuestros contactos en Massawa me dicen que aun después del desastre del *Iona*, los Courtney no volverán a El Cairo por un buen tiempo. Te he tolerado todo lo posible desde que terminaste ese compromiso, pero como digo, la señorita Benbrook ya no está, y es hora de que te olvides de ella. Deja la pipa, dedícate a tus obligaciones y deja en paz a lady Agatha. Ya la has hecho sufrir bastante.

Penrod no habló ni se movió.

—Al menos esa tontería se solucionará pronto. Su padre se ha enterado de los rumores y viene a buscarla. Yo te aconsejaría que no te interpongas en su camino cuando llegue.

El rostro de Penrod no mostró reacción alguna. No sintió pena ni alivio ante la idea de que lady Agatha abandonara El Cairo. Ella le había hecho un gran daño, y él se había vengado tomando su amor y volviéndolo contra ella como un veneno. Si ella se quedaba en Egipto, él iba a continuar con su juego. Si ella se iba, él ya iba a

encontrar otra amante. Para él casi todas las mujeres eran muy parecidas unas a otras a esa altura.

—Que se la lleve —dijo—. Y Sam, por favor, no te preocupes. Como tú mismo dijiste, los altos mandos están contentos con el trabajo que hemos estado haciendo, y puedo dejar de usar la pipa en el momento que quiera.

Sam suspiró profundamente y luego señaló la silla frente a él.

—Siéntate un momento.

Penrod lo hizo y cruzó sus largas piernas. Sacudió una invisible mota de polvo de sus pantalones.

—Ballantyne, eres un buen oficial, y tus logros y aventuras en los últimos años han sido de verdad asombrosos.

—Sam, ¿me vas a proponer matrimonio?

—Cállate. Pero también has sufrido mucho. He leído sobre lo que te pasó en el campamento de Atalan y aunque puede que yo no sea muy imaginativo, sí puedo imaginar lo suficiente. Luego volviste y te confrontaron con las mentiras egoístas de un oficial como Charles Wilson, y después la mujer a la que amas te dejó prácticamente en el altar.

Por primera vez en la conversación, Penrod se estremeció, y Sam se dio cuenta.

—Te conozco lo suficiente como para estar seguro de que estabas muy enamorado de esa niña notable. No muestras signos de sufrimiento, por supuesto que no, pero sé que debes sufrir.

Penrod no respondió ni lo miró. La voz de Sam bajó mientras seguía hablando.

—Pero no subestimes el poder del opio. Una vez vi morir a un hombre por eso. Fue en la India… uh… hace casi veinte años. Trabajaba en los depósitos, pero era un tipo escurridizo. Por supuesto, uno espera que algunas cosas desaparezcan, aunque sus robos se convirtieron en una vergüenza. Me ordenaron encerrarlo hasta que confesara a quién le estaba vendiendo la mercadería. Luego resultó que la había estado vendiendo al hombre que le suministraba la droga y, para entonces, ya dependía tanto de ella que su traficante de opio era la última persona en el mundo a la que estaba dispuesto a entregar.

—Sam —suspiró Penrod—. Ya te lo dije, no soy…

—Oh, quédate tranquilo y escucha. Al final del primer día estaba

gimiendo y temblando. Sabíamos que quería la droga, por supuesto, pero mantenerlo encerrado parecía la mejor manera de conseguir la información que queríamos. Al día siguiente empezó lo peor. Comenzó a vomitar y a cagarse encima, luego de un par de horas ya estaba demasiado débil como para llegar al cubo. Fue entonces que comenzó a gritar. Solo Dios sabe cómo tuvo la fuerza para hacer un sonido tan horrible, pero lo hizo. Yo le pedía a mi comandante una vez por hora que me autorizara a llamar al médico, pero él me respondía siempre lo mismo: «¿Ya nos ha dado algún nombre?». Y cada vez que yo decía que no, me respondía: «No hay médico, entonces».

Sam se frotó la barbilla. Parecía tan perdido en sus recuerdos que Penrod se preguntó si sabía que seguía hablando en voz alta.

—Al amanecer de la mañana siguiente, hice que limpiaran la celda y le dieran mantas limpias. Por Cristo, el hedor… hacía que un campo de batalla de tres días oliera como un jardín de rosas. Dos de mis hombres le arrojaron baldes de agua tibia a él y a su celda hasta que la mayor parte de la inmundicia desapareció, pero seguía produciendo mierda líquida y bilis, y los gritos… Así fue como supimos que finalmente había muerto, cuando cesaron los gritos. Algo en sus intestinos debía haberse roto. Envolvimos su cadáver en una manta y lo enterramos en una tumba sin nombre en un rincón del cementerio del regimiento. Su cuerpo casi no pesaba. Era de mi estatura y ya era delgado antes de que lo encerráramos. Estos adictos al opio siempre se convierten en fantasmas vivientes. No quedaba casi nada de él cuando lo enterraron. Estaba vaciado. Mi comandante simplemente dijo: «Será una lección para los demás» y siguió con su papeleo. Pedí mi traslado esa misma tarde. Pero todavía escucho sus gritos algunas noches. Prefiero enfrentarme a mil derviches yo solo que pasar otra hora cerca de aquel hombre que gritó y se cagó encima hasta morir.

Penrod levantó la cabeza. Sam Adams, el hombre al que tuvo que sacar del campo de batalla, lo estaba comparando con un sirviente enloquecido por el opio. Sintió que una brisa fría de ira lo invadía.

—¿Eso es todo, señor?

Sam le devolvió la mirada. Había una profunda tristeza en sus ojos, lo que hizo que Penrod quisiera darle una patada.

—Así son las cosas, entonces, ¿verdad? Sí, Ballantyne. Puede retirarse.

Una semana después, Penrod recordó esta conversación y en lugar de enojarlo, le resultó divertida. El contraste entre él y Agatha y el demonio aullador de las pesadillas de Sam no podría ser más marcado. En ese momento, se hospedaban en una habitación reservada y mantenida solo para ellos en una hermosa casa no muy lejos de los Jardines Esbekeeyah. El sol era suavizado y filtrado por una celosía con intrincados ornamentos tallados que cubría las ventanas sin cristales, lo que dejaba al lugar en un perpetuo crepúsculo. Tanto Agatha como Penrod vestían túnicas sueltas de algodón peinado, suave y blanco como la nieve, bordado con delicados dibujos de hojas y flores. El suelo donde se recostaban estaba cubierto con gruesas alfombras de colores y suaves almohadas de seda. Agatha estaba preparando otra pastilla de opio para él. Él la miraba con atención mientras ella trabajaba. La gran melena rubia de ella caía por encima de sus delgados hombros. Él sintió el estremecimiento y la comezón de la excitación. Y los saboreó. Lo saboreaba todo cuando fumaba. Con delicioso placer, se pasó los dedos por el pelo y se rascó el cuero cabelludo. ¿Agatha había perdido algunas de sus curvas? Quizá. Pero su delgadez le sentaba bien. Se rio con suavidad. Él y el opio estaban quitándole el pecado. Ella solía ser una mujercita intensa, la estrella central de la alta sociedad de El Cairo, pero en estas circunstancias apenas se preocupaba por las recepciones, los conciertos, las cenas en el club y las partidas de naipes que alguna vez habían sido tan importantes para ella. En ese momento, ella solo quería estar ahí. Sin ninguna duda, él le había arrancado las garras.

Cuando ella pasó en su carruaje por la casa de él para solicitarle su compañía —¿fue esa misma mañana o el día anterior?— él le dijo que sabía que pronto iba a llegar su padre, y agregó:

—Entonces esta breve y encantadora relación entre nosotros debe terminar.

Ella se vio obligada a sofocar un sollozo y se llevó la mano a la boca, apartándose de él. La angustia de ella le provocó una puñalada de satisfacción a Penrod.

—¿Qué ocurre? ¿Sigues esperando casarte, Agatha? ¿O solo temes que tu padre no esté satisfecho con lo que has estado

haciendo en tus viajes?

Su sollozo se había convertido en una especie de risa ahogada.

—Yo antes te gustaba, Penrod. Sé que te gustaba. Hasta que vino *ella*.

Penrod se apartó, con su satisfacción estropeada. Y ella siguió hablando:

—Te gustaba cuando yo contaba chismes y decía crueldades. Eso te excitaba. Pero ella había pasado por un infierno y además era una jovencita dulce y confiada. Yo me enfurecí. Estaba enamorada de ti que nunca, y tú me apartabas y me olvidabas. Por supuesto que hice lo que hice. Está en mi naturaleza.

Ya fuera del carruaje, Penrod escuchó el comienzo de la llamada a la oración, que comenzaba y se esparcía por la ciudad. El gran dios le pedía a su pueblo que le demostrara su amor.

—Y yo supe, cuando ella rompió el compromiso, que volverías a mí solo para castigarme por desearte —continuó lady Agatha—. Y lo hiciste. Lo haces. Tal vez yo esperaba, tal vez todavía espero, que algún día te cansaras de torturarme, de torturar toda esa pasión y crueldad para sacarlas de mí, y entonces tal vez te ibas a cansar o aburrir lo suficiente como para casarte conmigo. —Se secó las lágrimas que se le acumulaban en los rabillos de los ojos—. Pero no me has perdonado, y todavía no estás cansado de torturarme, ¿verdad?

Él la miró fijo, y una leve mueca le atravesó su hermoso rostro.

—No. Todavía no, lady Agatha.

Ella sacudió la cabeza.

—Qué extraño… el opio hace que todo sea casi soportable, un poco de placer refinado a partir del dolor. Y hace que la tortura sea más deliciosa para ti, ¿no? Quizá me vas a prostituir con tus amigos árabes, como dicen en el club que haces conmigo.

Penrod tuvo una súbita visión de su exprometida, de pie en los escalones, tal como la había dejado aquel luminoso día fuera del club. La última vez que Amber Benbrook lo había mirado con su cara brillante de amor y confianza.

—No voy a insultar a mis amigos árabes haciendo que tú los toques, lady Agatha.

De nuevo ella soltó eso que era mitad risa, mitad sollozo.

—Ah, muy bien, Penrod. Eres un gran espadachín; siempre sabes

dónde la hoja va a entrar más profundamente, donde va a hacer más daño. —Se mordió el labio—. Yo solía tener miedo de mi padre. Es el hombre vivo más frío y cruel que conozco. El más implacable, el más despiadado. Supongo que tiene algún sentido, entonces, que me haya enamorado de ti.

Penrod no dijo nada.

—Y mi padre ya está aquí, creo. Uno de sus hombres, uno de sus esbirros, Wilson Carruthers, lleva aquí varias semanas. Lo he visto de vez en cuando a la distancia.

El carruaje se detuvo suavemente delante de la casa donde los esperaba la droga y la paz. Ella miró desde el interior de la calesa por la ventana cerrada.

—Gracias a Dios, ya llegamos.

Agatha no volvió a hablar de la presencia de su padre, ni de su inminente llegada a El Cairo, por lo que Penrod dejó de pensar en ello. Cuando fumaba, se sentía envuelto en una suave nube gris oscuro de indiferencia y placer. Cuando estaba lejos de la droga y veía con claridad el vacío de su vida sin Amber, simplemente castigaba a Agatha para distraerse del dolor. Penrod había vivido una vida de ensueños hasta que había perdido a Amber. Había nacido en una familia rica y con influencia, y desde pequeño fue bendecido con su apariencia, coraje, inteligencia y una destreza física que lo convirtió en un prodigio tanto en la escuela como en el ejército. El mundo le había brindado laureles una y otra vez, y él los había aceptado como algo bien merecido. Las mujeres caían ante su mano extendida y había disfrutado de sus favores sin haber sentido jamás las punzadas del amor. Hasta ese momento. El momento en que Amber había desaparecido en Abisinia, con el aventurero Courtney, dejándolo a él allí. No entendía los sentimientos que lo invadían, de modo que reaccionó con la rabia de una bestia herida y acorralada… a menos que la pipa estuviera lista para calmarlo.

No fue hasta que la puerta de su santuario se partió en pedazos que Penrod pudo apartarse lo suficiente de su ensueño de opio y darse cuenta de que algo estaba mal. Si uno lo piensa bien, debió haber ruidos cuando llegaron aquellos hombres, discusiones en la casa, pero obnubilado y adormecido, Penrod no había oído nada hasta ese momento. Enmarcados en la luz que provenía del pasillo, Penrod vio a cuatro hombres. Tres parecían nativos de El Cairo, y el

último vestía con ropa europea, pero la luz era demasiado tenue como para distinguir sus facciones. Vacilaron, tratando de ver quién estaba en la habitación y dónde. El europeo dio unas órdenes bruscas en árabe básico. Uno de los hombres atravesó la habitación hacia lady Agatha, donde ella yacía soñando en medio de un montón desordenado de almohadones de seda. Apartó de una patada la lámpara de opio en su camino, y esta chisporroteó y se apagó. El pie calzado con sandalias aplastó el delgado extremo de la pipa con un fuerte chasquido. El hombre se inclinó para agarrar a Agatha por debajo de los brazos y la forzó a ponerse de pie. Ella quiso resistirse y se puso a gritar. Luchó con fuerza en medio de la neblina de la droga, pero el hombre la tomó de las muñecas con sus gruesas manos y comenzó a arrastrarla fuera de la habitación. Ella cayó sobre las rodillas y trató de soltarse de él, pero él se volvió y la sujetó por la cintura para manejarla como si fuera apenas una muñeca. A los otros dos hombres se les había ordenado que impidieran que Penrod interfiriera. Se acercaron con cautela, sin saber si estaba despierto o dormido. Él los dejó acercarse, luegó extendió la mano derecha y cerró los dedos en la empuñadura de media canasta de su sable de caballería y lo sacó de su vaina a la vez que se puso de pie de un salto. El más joven de los dos hombres que se acercaban sacó un revólver de los pliegues de su *galabiya*.

«Idiota», pensó Penrod. Su mente estaba tan clara y fría como un manantial de montaña. Se dio vuelta a la vez que levantaba su espada.

—Has llegado demasiado cerca de mí para que eso te sirva.

Balanceó un poco su propio peso hacia adelante y la hoja brilló al trazar un arco perfecto y cortó la muñeca del hombre. Durante un segundo, el agresor de Penrod quedó demasiado conmocionado como para hacer otra cosa que no fuera mirar fijo su propia mano, que todavía sostenía el revólver pero ya no era parte de él, caída entre los cojines azul regio a sus pies. Luego comenzó a gritar, tambaleándose hacia atrás mientras la herida comenzaba a dejar brotar un flujo de sangre arterial que llegaba hasta los tapices bordados en las paredes.

El segundo hombre tenía su cuchillo en la mano y se acercó con rapidez. Era el ataque comprometido de un verdadero guerrero. Penrod vio el brillo de la hoja, levantó su espada y detuvo el filo de

la daga de su oponente con la empuñadura, a un par de centímetros de su garganta. Penrod observó que el hombre sonreía levemente mientras dejaba que el impulso del bloqueo de Penrod lo llevara a la derecha. Se agachó por debajo del brazo de la espada de Penrod mientras pasaba el cuchillo de la mano derecha a la izquierda y apuntó al lado derecho de Penrod, que había quedado expuesto. Aquel hombre era un experto.

Penrod bajó la daga con el sable, otra vez casi en la empuñadura, y lanzó un gancho de izquierda con el puño contra la mandíbula derecha del hombre. La cabeza de su oponente se echó hacia atrás, pero el desconocido arrojó el cuchillo de nuevo a su mano derecha y se agachó, con el objetivo de pasar por debajo y por detrás de la espada de Penrod, en busca de la arteria femoral de este. Había encontrado el golpe mortal, pero al tratar de darlo, dejó el cuello indefenso por una fracción de segundo, y la protuberancia de la nuez de Adán quedó en línea con la espada de Penrod.

Este se lanzó rápido y con fuerza contra la garganta del hombre, y la hoja atravesó la carne con la misma facilidad con la que vibraba a través del aire perfumado. Sintió un leve chasquido y una pausa cuando la espada cortó hacia arriba a través de las vértebras, mientras la daga le rozaba el muslo. La cabeza del hombre del cuchillo se separó de su cuerpo, y Penrod sintió que la sangre caliente y salada le golpeaba el rostro y los ojos mientras el cuerpo caía de espaldas sobre los cojines.

Penrod miró a su alrededor. El hombre que había sacado el revólver estaba inconsciente, si no ya muerto, pero por lo demás, la habitación estaba vacía. Lady Agatha, el europeo y el resto de sus secuaces árabes se habían ido. Con la espada apuntando hacia abajo y un poco por delante de él, Penrod salió corriendo hacia la balconada interior que rodeaba el patio central y bajó las escaleras. La puerta en arco que daba a la calle estaba bloqueada por mujeres y hombres confundidos que lloraban y gritaban. Cuando lo vieron a él, las mujeres gritaron, y Penrod recordó el calor de la sangre del hombre del cuchillo en su rostro. Se lanzó hacia la gente y se abrió paso a través de la puerta con la empuñadura de la espada. Afuera, la calle estaba desierta y tranquila. Entonces vio un carruaje en el extremo sur que en ese momento giraba hacia el bulevar y avanzaba rápidamente. ¿Podría alcanzarlo? Tuvo por un momento

el *flash* de una imagen de sí mismo, vestido con su túnica y descalzo, empapado en sangre de pies a cabeza, corriendo por el centro de El Cairo.

—Yo no creo que sea una idea muy buena, ¿verdad? —Una voz, masculina y, sin dudas, aristocrática, salió de la oscuridad.

Se encendió un fósforo, y Penrod hizo una mueca ante la repentina luz. El hombre entró en el halo pequeño que proyectaban las antorchas sobre las puertas de la casa. Llevaba traje de noche, pero estaba con la cabeza descubierta. Su cabello castaño estaba peinado hacia atrás, apartado del rostro, y aunque tanto el pelo como el bigote mostraban algunos grises, ciertamente tenía menos de cincuenta años. Era delgado, pero el corte de su chaqueta mostraba los fuertes músculos de los hombros. Un físico muy parecido al de Penrod, el de un jinete y jugador de polo.

—La imagen del mayor Ballantyne empapado en sangre, corriendo por Esbekeeyah, haría que las damas en la terraza del Shepheard dejen su champán.

—¿Y usted es…? —preguntó Penrod.

—Ah, creo que usted sabe quién soy. Y yo lo sé todo sobre usted.

—¿En serio?

—Ahora, mayor, cuide sus modales. Al dirigirse a un duque es costumbre hacerlo como «Su Excelencia». —Exhaló. El perfume de un cigarro verdaderamente magnífico brotó en la oscuridad. Entonces, su mirada se desvió un poco hacia la izquierda e hizo un microscópico movimiento de cabeza. Penrod no tuvo tiempo de evitar el golpe. Algo duro, un garrote o una porra, lo golpeó por detrás, y todo se volvió negro.

Penrod despertó en su propia casa. Saltó de la cama y se acercó al espejo para afeitarse que formaba parte del lavabo de caoba en un rincón de la habitación. La brisa de la mañana movía las delgadas cortinas de algodón en la ventana, y pudo escuchar el traqueteo de los carruajes afuera y los gritos de los aguadores. Alguno de sus sirvientes debió haber tratado de limpiarlo antes de acostarlo, pues la mayor parte de la sangre que lo cubría había desaparecido, aunque su rostro todavía estaba embadurnado de ella. Le dolía la cabeza, pero cuando tocó con las yemas de los dedos el lugar donde lo habían golpeado, no encontró ninguna herida abierta ni

indicación alguna de que su cráneo estuviera roto. Sin embargo, se sentía como si se lo hubieran destrozado. Estaba desnudo y era de suponer que le estaban lavando la túnica o la habían quemado. Su uniforme, recién planchado, estaba colgado en la puerta del guardarropa, y la espada, envainada, colgada de su habitual gancho de bronce en la blanca pared pintada con cal. Abrió la puerta y pidió un baño caliente y, cuando le trajeron el agua y llenaron la bañera, se hundió en el agua con un suspiro antes de comenzar a limpiar los restos de la sangre del hombre del cuchillo en la piel y debajo de las uñas. El sirviente estaba junto a la puerta, con las toallas en el brazo, listo para proporcionarle lo que fuera necesario.

—¿Quién me trajo a casa? —preguntó Penrod en árabe.

El sirviente miró al frente.

—Dos caballeros. Uno de aquí, el otro europeo, señor.

—¿El europeo usaba traje de noche? ¿Un inglés de cuarenta y tantos años?

El sirviente negó con la cabeza.

—No, *effendi*. El europeo era más joven.

Penrod recordó al «esbirro» que Agatha había mencionado… seguramente ese era el europeo en la puerta que daba órdenes.

—¿Hicieron o dijeron algo para explicar… —Penrod pensó en cómo debía verse él mismo, inconsciente y empapado en sangre— mi situación?

—Dijeron que usted había derrotado a una banda de ladrones, *effendi*, que los habían atacado en la calle, pero que lo venció uno de ellos en el momento mismo en que usted estaba ganándoles. También nos dijeron dónde ir a recoger su uniforme y su espada.

—¿En serio? —murmuró Penrod.

El dolor de cabeza empeoraba y le ardían los ojos como si les hubiera entrado arena. Una ligera «gripe» debida al opio. Bueno, ya que a Agatha la había rescatado su padre, tal vez ese era el momento de abandonar la pipa y buscar alguna otra diversión.

—¿Algo más?

—El europeo dejó una carta de agradecimiento de su amo para usted.

«Eso podría ser interesante», pensó Penrod.

—Muy bien, la leeré durante el desayuno.

El sirviente se sobresaltó.

—¿Quiere desayunar, señor?

¿Había pasado tanto tiempo sin hacer todas las comidas? Ciertamente era el momento de dejar la pipa, entonces.

—Así es —dijo con calma, y luego extendió la mano para tomar la toalla.

La carta era interesante pero breve. Le informaba a Penrod que habían arreglado el desorden en el fumadero de opio y que Penrod ya no iba a tener comunicación alguna con lady Agatha. Era asombroso lo condescendiente e insultante que el duque lograba hacer que sonaran esas pocas líneas. Penrod nunca había tenido la intención volver a ver a Agatha, pero en ese momento cuestionó tal decisión. ¿Por qué se le permitía a ella regresar a los privilegios de la protección de su padre? Le divertía pensar en la frustración de aquel gentil caballero al descubrir que Agatha se iba a escapar por la ventana de cualquier residencia que le hubieran asignado si Penrod llegara a mover un dedo. Dio algunas órdenes y se vistió, luego montó su corcel y fue a visitar la plaza de armas donde se entrenaban sus tropas. El día pasó de manera bastante agradable, y su dolor de cabeza se desvaneció. Pudo ocultar sin dificultades los efectos de la resaca de opio. Pasó la noche en sus habitaciones leyendo *Narrative of the Indian Revolt* [Relato de la rebelión india], de sir Colin Campbell, libro que hacia tiempo tenía intención de leer, y una botella de un excelente whisky escocés. Hizo una serie de notas al margen y se durmió profundamente.

A la mañana siguiente, Penrod desayunó higos y miel con verdadero placer, y después de haber bebido dos tacitas de café negro, hecho exactamente a la manera egipcia, salió a la calle y se preparó para montar su caballo. Cuando iba a tomar las riendas que le alcanzaba su sirviente, una delgada niña árabe dijo su nombre. La reconoció. Era Akila, la criada de lady Agatha. Penrod nunca había hablado de forma directa con ella, pero la había visto revoloteando nerviosa por las habitaciones de Agatha, y siempre desaparecía en las sombras cada vez que él estaba en la casa. Era como un bonito fantasma. En ese momento, la niña estaba temblando. Lo primero que pensó Penrod fue que iba en busca de dinero. Era probable que el duque hubiera despedido a todos los sirvientes de Agatha. Ella le dijo su nombre, y él esperó la inevitable palma abierta. Después de

uno o dos segundos de silencio, él se aburrió.

—¿Qué quieres?

—Están torturando a mi señora —respondió la niña a toda prisa. Lo miró a la cara. Penrod pudo ver que sus grandes ojos castaños estaban llenos de lágrimas.

—No seas tonta, niña. —Él comenzó a darse vuelta para irse, pero ella le agarró la manga con la manita. Él levantó las cejas. La niña retiró la mano y miró nerviosa a un lado y otro de la calle para ver si alguien la había visto cometer el acto de inmodestia de tocar a un hombre.

—No, espere —susurró ella—. No le van a dar la droga, *Af-yun*, y ahora ella está enferma. Está muy enferma. Por favor.

—Puedes hablar en árabe, niña. —Él siguió hablando en ese idioma—. Su padre se ocupará de que nada malo le ocurra a ella, y a mi señora le gustaba demasiado la pipa.

Akila sacudió la cabeza con fuerza.

—Han traído un médico inglés, pero él no sabe nada de esta enfermedad. El primo de mi amiga trabaja en la casa. Mi señora está enferma y grita todo el tiempo. Lo único que hace el médico es alimentarla con sopas inglesas.

Penrod recordó la vívida descripción de Sam de los efectos de la abstinencia de opio. Agatha fumaba a diario desde hacía ya mucho tiempo.

—Usted tiene que ir —le dijo Akila—. A mí no me van a escuchar. Dígales que le den la droga antes de que se muera porque le falta, por favor, por el amor de Alá, que todo lo ve y todo lo sabe.

Penrod vaciló. Su caballo, irritado por la demora, relinchó, y Penrod le acarició el ancho hombro.

—No puedo.

Otra vez aquella manita lo agarró, pero esta vez no le soltó la manga.

—Debe ir. Es culpa *suya*. Suya. Antes de que usted trajera a su niña inglesa a la ciudad, ella había fumado tal vez una vez, dos veces. Ella pensó que eso podría divertirlo a usted. Luego, cuando llegó la niña inglesa, mi señora comenzó a fumar más, mucho más. Cuando usted se separó de la niña, pensé que entonces mi señora iba a ser feliz y dejaría de hacerlo, pero fue mil veces peor. ¡Usted! Usted la llevó a esto. Ella grita como un alma en el infierno, y usted

tiene la culpa. ¡No me dejan verla! ¡Quienes se ocupan de ella son extraños! ¡Ellos le lavan su pobre cuerpo! Usted debe ayudar.

Penrod sintió que su conciencia se agitaba con fuerza en su pecho, como un animal que ha estado dormido por mucho tiempo.

—Le escribiré al duque, a su padre, niña.

La jovencita dejó escapar un gran sollozo de alivio, y él estiró la mano para tocarle el hombro y darle algún consuelo, pero ella se dio vuelta y salió corriendo calle arriba. Los dedos de él solo tocaron el aire cálido del lugar donde ella había estado.

—Hazlo caminar un poco —le dijo al sirviente y le devolvió las riendas—. Tardaré unos minutos más… —Volvió a la casa, se quitó los guantes de montar, y pidió papel y tinta.

Cuando Penrod regresó a su casa al anochecer, no le sorprendió ver el sobre que lo esperaba en la bandeja de plata junto a la puerta. Lo abrió. Contenía la carta que le escribió al duque, y una nota en una tarjeta de visita.

«Su Excelencia el duque de Kendal rechaza cortésmente toda correspondencia con el mayor Ballantyne», decía, y estaba firmada por una letra extraña y prolija, casi infantil: «Carruthers». Penrod la arrojó de nuevo a la bandeja y salió al patio.

Yakub lo estaba esperando. Se saludaron con el afecto de los viejos amigos y se sentaron en el patio bajo el jazmín en flor a beber té. Una vez cumplido el ritual sin prisas de las preguntas por la salud de cada uno, por sus familias y por la actividad comercial de Yakub, pasaron al asunto en cuestión.

—¿Quién es este hombre, *effendi*? —preguntó Yakub mientras tomaba la taza con sus largos y nudosos dedos para llevársela a los labios y luego suspirar con elaborado placer al sorber aquella infusión delicadamente perfumada.

—El duque de Kendal, James Woodforde —respondió Penrod—. Su familia es antigua y disfruta desde hace mucho tiempo de un gran poder político en mi país. También hizo muchísimo dinero cuando se descubrió carbón en una de sus propiedades en el norte. Desde entonces ha invertido en la extracción de oro y diamantes en África del Sur, y está explorando la riqueza mineral de África Oriental y del Norte.

Yakub asintió con lentitud.

—Alquiló una casa en la orilla occidental. Es una residencia muy hermosa, con jardines propios. Una casa de la que un rey estaría orgulloso. Tiene muchos sirvientes. Uno o dos europeos. Uno de ellos es una serpiente y hace de todo para él. Ese es Carruthers. Está en El Cairo desde hace algún tiempo. Al otro le dicen doctor. Es un hombre tembloroso como una hoja.

—¿Qué tipo de sirvientes locales contrató?

Yakub torció el labio y lanzó una gran escupida al suelo.

—Contrató mercenarios y los puso con uniforme de sirvientes.

Después de pagarles, despidió a todos los sirvientes de su hija. Ella tiene una mujer que la atiende ahora. Una mujer vieja, cruel y estúpida a la que yo no dejaría ocuparse del burro más terco y lleno de pulgas de mi propiedad. —Bebió su té con gran delicadeza—. La criada de la señora… Akila… la espera a las puertas de la casa y no quiere retirarse, tal es el amor que tiene por su ama.

Penrod nunca había pensado en Agatha como alguien que pudiera inspirar lealtad en sus sirvientes.

—¿Cuándo piensa partir el duque rumbo a Inglaterra?

Yakub se encogió de hombros.

—Creo que no tiene la intención de irse por ahora. La casa está alquilada por tres meses. —Hizo una pausa y Penrod esperó a que continuara.

Aquella era una noche perfecta. El pesado y lánguido calor del día había cesado. Los aromas en el jardín eran dulces sin ser empalagosos, y en el centro del jardincito la fuente cantaba, un sonido suave y alegre. Sin embargo, Yakub parecía infeliz, su cara fea pero amistosa estaba atravesada por arrugas de preocupación y profundos pensamientos.

—¿Qué más, mi viejo amigo?

—Envié al jovencito, Adnan, a hablar con algunos de los sirvientes que trabajan en el jardín. No saben nada de lady Agatha, pero le dijeron que se fuera rápido porque el duque tiene un *djinn* atrapado en la casa, un espíritu que grita todo el día y toda la noche para que lo liberen.

Penrod sintió que se le secaba la boca.

—Muy bien. Yakub, te lo agradezco, y te pido que tú y Adnan se mantengan alejados de esa casa y de esos hombres a partir de ahora.

—Como usted quiera, *effendi*. Mi único deseo es servirlo.

Yakub era un árabe jaaliní, expulsado de su tribu por un enfrentamiento mortal entre familias, con una cojera producto de una vieja herida, lo cual implicaba que nadie lo iba a tomar a su servicio. Él había guiado a Penrod por el desierto sudanés muchas veces, y la valentía, la resistencia y la habilidad militar que había mostrado su amo hizo que Yakub alimentara una devoción por él rayana en la veneración. Penrod no dudó en arriesgarse a morir torturado con tal de ayudar a Amber a escapar del harén y, sin él, nunca se habrían liberado de las garras de Osman Atalan. Después de aquel triunfo, Yakub recibió su recompensa, se compró una casa de pensión en la ciudad e hizo una serie de otras inversiones astutas, desde cafés hasta lujosos *dhows* adaptados para transportar turistas en lugar de carga, a lo largo del curso inferior del Nilo. Más allá de sus éxitos, su devoción por Penrod nunca había disminuido. Y solo por un momento en ese jardín, Penrod vio otra expresión que le cruzaba el rostro, rápida como la sombra de un pájaro en la arena del desierto. Compasión.

Penrod encontró a Sam Adams en el Club Gheziera, por supuesto. Penrod no respondió a ninguno de los saludos que ofrecieron sus compañeros oficiales o los dignatarios locales que utilizaban el club como una segunda oficina, y solo saludó con un ligero movimiento de cabeza a los generales llenos de condecoraciones con los que Sam estaba cenando.

—Debo hablar contigo. Ahora —dijo Penrod, y lo dijo de tal forma que Sam se excusó de inmediato y lo siguió fuera del comedor a un rincón tranquilo del vestíbulo.

—¿Y bien? —preguntó con brusquedad.

Penrod lo explicó de la manera más rápida y concisa que pudo.

—¿Y exactamente qué es lo que esperas que yo haga? —replicó Sam y se encogió de hombros.

—¡Lo que haya que hacer! —respondió Penrod—. Háblale, y si no puedes hacerlo entrar en razón, envía a la policía.

El rostro de Sam se puso de un rojo oscuro.

—¿Hace una semana odiabas a esa mujer y ahora quieres que le diga al duque de Kendal cómo cuidar a su propia hija? ¿Y con qué acusación vas a enviar a la policía? ¿Mantener a su hija alejada del

opio?

Penrod se inclinó hacia él.

—Sam, tú sabes lo que podría pasarle si no haces nada.

—El proceso de abstinencia no mata a todos los adictos al opio.

—Eso no es suficiente.

Sam Adams levantó la voz. Sus palabras resonaron por todo el vestíbulo de baldosas blancas y negras y rebotaron en las columnas de mármol. Los hombres uniformados que pasaban por allí se dieron cuenta de la situación y apresuraron sus pasos.

—¿Te atreves a decirme qué eso no es suficiente? ¿Tú?

Penrod no se movió y le sostuvo la mirada. La voz de Sam bajó de nuevo.

—Maldito seas. El duque va a cenar aquí esta noche. Hablaré con él. Sal y aléjate de mí, Ballantyne. No soporto verte cerca.

Regresó al comedor, y Penrod quedó solo en medio de las frías sombras del vestíbulo. Respiró hondo, con lentitud. Sam iba a hablar con el duque, Penrod estaba seguro de ello, pero ¿podría persuadir al duque para que entrara en razón a tiempo para salvar a Agatha? Penrod no tenía idea de cuánto tiempo podría sobrevivir en el estado en que estaba. Cada hora que pasaba era importante. Si Sam no podía actuar de inmediato, Penrod tendría que hacer algo él mismo.

A las dos horas, había cambiado su uniforme por un sucio turbante y una *galabiya* manchada, y sus botas de montar por ásperas sandalias de cuero de camello. Una vez que pudo moverse por las calles de la ciudad sin llamar la atención, se dirigió a la residencia temporaria del duque. No tardó mucho en encontrar a Akila. Ella permanecía atenta frente al portón que conducía a la entrada de los sirvientes, en el muro norte del elegante jardín de la casa. Él le silbó con suavidad desde las sombras, y ella se acercó con cautela, se detuvo a unos tres metros de él y le mostró, a la luz de una de las antorchas que se alineaban en las paredes, el brillo de un cuchillo en la mano.

—Si eres un ladrón, no tengo nada. Si vienes a burlarte de la pena de una mujer leal, te voy a cortar la risa desde el vientre.

—Tranquila, mi niña. No vengo a burlarme ni a robar. —Penrod dio un paso adelante y levantó la cabeza.

Ella abrió la boca.

—¿Usted?

—El duque no quiere escucharme. ¿Tienes más noticias?

Ella envainó el cuchillo y se encogió entre las sombras.

—Soborné a los guardias para que me envíen un mensaje. Eso me costó hasta la última moneda que tenía, y solo me dicen que ella se está debilitando y sigue gritando. La anciana que dice cuidarla la deja que se revuelque en su propia inmundicia, mi pobre y hermosa señora.

Penrod la siguió y salieron de la luz, después metió la mano en la bolsa de cuero escondida en los pliegues de su túnica sucia y sacó un frasquito de vidrio.

—Tienes que hacer que esto le llegue a tu ama. Es la droga en su forma líquida. Con una o dos gotas debajo de la lengua, los dolores van a desaparecer.

La chica se lo arrebató con un grito de alegría, y luego miró hacia los altos muros.

—Pero ¿cómo?

Penrod le entregó un bolso; el peso la sobresaltó.

—Debes sobornar a los guardias para que te dejen entrar. El duque está cenando en el club, así que ahora es el mejor momento para intentarlo.

Akila asintió moviendo la cabeza y se dio vuelta para irse. Luego vaciló.

—¿Tiene algún mensaje para mi señora, si puedo llegar a ella?

Penrod pensó en la última conversación que había mantenido con Agatha, antes de hacer el amor en medio del dulce humo, antes de que llegaran los secuaces del duque y se la llevaran.

—Dile que Penrod Ballantyne la perdona y que reza por ella.

La jovencita asintió con un movimiento de cabeza y lo dejó en las sombras.

Penrod esperó hasta justo antes del amanecer. Había visto el carruaje del duque cuando llegó poco después de la medianoche, pero Akila no salió por la puerta lateral. Finalmente, Penrod regresó a su casa, se lavó y se puso su uniforme con esmero, antes de presentarse en la oficina de Sam.

Este llegó minutos después que él. No se mostró complacido al ver a Penrod, pero lo saludó con un movimiento de cabeza.

—El duque no quiso escucharme —comenzó Sam sin

preámbulos—. Es un personaje muy frío, sin duda. No me gustaría ser su hijo. —Golpeó los nudillos contra el borde de su lustrado escritorio—. Ojalá nunca te hubiera contado esa historia. Esa mujer no es más que un problema, pero debo decir, Penrod, que anoche no pude dormir pensando en el estado en el que ella debe estar. De verdad. Bueno, será mejor que nos vayamos. El mejor médico que conozco en El Cairo para este tipo de cosas nos va a estar esperando y tengo a media docena de mis mejores hombres abajo, así que vamos a salvar a la doncella.

—Gracias, Sam.

—Será un escándalo desagradable si tenemos que entrar por la fuerza. Nos meterán en la cárcel si tenemos suerte, pero no puedo hacer otra cosa. —Miró directo a los ojos de Ballantyne—. Pero no te engañes. No hago esto por ti, Penrod.

Cuando llegaron a la casa, el médico, un egipcio vestido a la europea, los estaba esperando. Era un hombre joven, de piel oscura y con un apretón de manos suave. Penrod no le prestó demasiada atención y no hizo preguntas. Sam les ordenó a sus hombres que se quedaran en la puerta y se acercó a la entrada principal con Penrod y el médico.

Antes de llegar a ella, la gran puerta lustrada se abrió y los recibió un joven inglés de cabello color arena, quien les dio la bienvenida con solemne cortesía y se presentó como Carruthers. Les informó que el duque los iba a recibir en su estudio. Si Sam estaba desconcertado por esto, no lo demostró, de modo que siguieron a Carruthers hasta una habitación alta y elegante. Estaba tapizada con libros encuadernados en cuero en tres de las paredes; el cuarto consistía en puertas de vidrio que conducían a un porche umbroso con vistas a los jardines. El efecto era una combinación curiosa y agradable de un club de caballeros y la galería de una mansión solariega.

El duque estaba de pie delante del escritorio, ubicado en ángulo en un rincón. Alfombras persas cubrían el suelo, y había algunos sillones de cuero bien distribuidos. El duque tenía las manos entrelazadas por detrás y no invitó a sus visitantes a sentarse. Se lo veía bien descansado y vestido con la misma elegancia de la habitación en la que estaban.

—Buenos días, coronel Adams y… —Sus ojos color avellana

apuntaron a Penrod y al médico— amigos.

Sam dio un paso adelante, pero el duque levantó la mano.

—Un momento, coronel. Usted está aquí para continuar la conversación que tuvimos con respecto a lady Agatha anoche, supongo. Eso ya no tiene sentido. Mi hija murió hace poco más de una hora.

Penrod no esperó a oír nada más. Se volvió y salió de la habitación dando grandes zancadas y gritando el nombre de Agatha. El eco rebotaba en las paredes blancas. Subió las escaleras saltando los escalones de dos en dos. Luego comenzó a abrir las puertas del primer piso. Uno o dos sirvientes, tan inmaculados y dignos como la mansión, lo miraron con alguna curiosidad, pero no hicieron nada para detenerlo. Después de hallar que cada cámara luminosa y elegante estaba vacía, subió corriendo hasta el segundo piso y reinició la búsqueda.

Encontró el cuerpo de Agatha detrás de la puerta de la segunda cámara, una habitación estrecha y escondida en los aleros de la casa. Todo era tablones desnudos, paredes lisas y un calor sofocante. El hedor lo golpeó como una fuerza física. Habían despojado la habitación de casi todos sus muebles, salvo una cama estrecha y un cubo en un rincón, lleno de residuos corporales. El suelo estaba manchado con lo que parecía ser vómito, salpicado de sangre. Había barras en la ventana abierta. El único lugar limpio era la sábana blanca que cubría lo que fuera que yacía en la cama individual. Apenas Penrod atravesó la puerta, con un pañuelo sobre la boca y la nariz, vio una pesada cadena con candado que la sujetaba al marco de la cama y que continuaba por debajo del blanco lino. Levantó una esquina de la sábana por donde desaparecía la cadena y miró el delicado arco curvo del pie de lady Agatha. La cadena estaba unida a una atadura de cuero unida al tobillo, y aunque la atadura estaba acolchada, la piel alrededor estaba magullada, con manchas color púrpura, rojo y amarillo. Las uñas de los pies estaban pintadas color carmesí. Penrod tuvo una súbita visión de Agatha inclinándose para pintarlas, una moda, dijo, que había aprendido de algunas de las cortesanas parisinas más atrevidas. En el ojo de su mente, ella se dio vuelta y lo miró, con una sonrisa triste y retorcida en el bello rostro.

Penrod fue al otro extremo de la cama y corrió la sábana para

poder mirarla a la cara. Pobre Agatha, la piel era gris y parecía de cera. Le tocó la mejilla y sintió la carne fría y muerta, ya no era humana. Tenía los labios estirados hacia atrás en una horrible mueca, y la carne alrededor de la boca estaba llena de costras de saliva y sangre seca. Los ojos azules todavía estaban abiertos, con la mirada fija; la esclerótica blanca se veía densamente atravesada por líneas rojas, y la piel alrededor de las cuencas se veía amoratada. Su hermoso cabello estaba lacio y sucio. Penrod le cerró suavemente los ojos, y los dedos le temblaron un poco. Su monstruoso padre se había tomado el tiempo para vestirse de luto, pero nadie se había ocupado todavía del pobre cadáver de Agatha. Le acarició la fría mejilla. Él la había odiado, pero era un odio nacido de la pasión, del deseo y del dolor, ¿y esos sentimientos eran acaso otra cosa que los elementos oscuros del amor? Agatha tenía razón, estaba en su naturaleza decir lo que le había dicho a Amber, y de pie en el silencio de aquel cuarto mugriento, Penrod se dio cuenta de que había estado castigando a Agatha por sus propias fallas. Había sido él, Penrod, quien había seducido a la mayor de las hermanas Benbrook para luego llamarla puta. Fue él quien hizo el amor con Agatha cuando le convenía y la ignoró cuando no era así. Fue él quien le había permitido a Amber, esa valiente y hermosa niña, creer que él era un héroe, y él aceptó esa fe y esa devoción como algo que se le debía.

—Oh, Alá, perdona a nuestros vivos y a nuestros muertos —recitó en voz baja, en árabe, una de las oraciones de un hádiz. Luego volvió a taparle la cara y bajó las escaleras.

Cuanto más se acercaba al duque, más sentía una ira oscura que crecía en su sangre. Para el momento en que llegó a la planta baja y abrió la puerta del estudio, tenía ya la mano en la empuñadura de su sable de caballería.

—¡Perro asesino! —Avanzó hacia el duque dando grandes zancadas por las brillantes baldosas—. Te mataré ahí donde estás.

El duque no se inmutó. Un destello de acero a su izquierda, y Penrod encontró que lo detenía la parte plana de la espada de Sam Adams sobre el pecho.

—Quédese donde está, mayor Ballantyne —lo detuvo Sam—. Es una orden.

Penrod siguió mirando al elegante duque vestido con su

impecable traje negro.

—Él la asesinó, Sam. La dejó morir, y la han dejado en medio de sus excrementos.

La hoja permaneció sobre su pecho, pero Penrod sintió el temblor de la conmoción de Sam.

El duque parecía un poco aburrido.

—Se ocuparán del cuerpo a su debido tiempo.

—¿Cuerpo? —exclamó Penrod—. Esa era su hija.

El duque enarcó las cejas.

—Sí, mayor. Mi hija. A mi cargo y bajo mi responsabilidad, y usted es una visita en mi casa. —Se volvió hacia Sam—. Trataré de perdonar esta desagradable e impertinente intrusión suya, coronel Adams, y de su amigo. —El duque miró al médico egipcio—. Al menos, dejó usted a su banda de simios uniformados en la puerta. Bueno, todos menos a uno.

Penrod trató de avanzar, pero Sam lo detuvo empujando con fuerza la hoja de su espada.

—Pero a usted, mayor Ballantyne —prosiguió el duque—, no lo voy a perdonar.

—No quiero su perdón.

Penrod echó su peso apenas hacia atrás. Era la promesa a Sam de que no iba a atacar. Sam bajó el sable y lo envainó.

—El mayor Ballantyne solo actuó llevado por su justificada preocupación por lady Agatha, y acudió a mí…

—Pero él no acudió a usted sin más, ¿verdad, coronel Adams? —interrumpió el duque. Señaló con la cabeza a uno de los sirvientes antes de continuar—. El mayor Ballantyne, además de acosarnos a ambos, a usted y a mí, sobornó a una exsirvienta de mi hija para meterse sigilosamente en mi casa y proporcionarle a mi desafortunada hija la misma droga que la estaba matando.

—Buena idea —apostilló alguien en voz baja.

Penrod se dio cuenta de que era el médico egipcio quien había hablado. Tenía una expresión de tristeza y simpatía, y cuando Penrod se encontró con su mirada, el hombre inclinó levemente la cabeza. Los otros europeos en la habitación lo ignoraron por completo.

Sam se puso blanco.

—¿Es eso cierto? —le preguntó a Penrod.

Antes de que Penrod pudiera responder, se oyó el llanto de una mujer en el pasillo exterior. Las puertas se abrieron de nuevo y dos de los sirvientes con aspecto de matón arrastraron a Akila dentro de la habitación. Le habían arrancado el pañuelo de la cabeza, y su cabello negro colgaba debajo de los hombros. La sujetaban por las muñecas y le torcieron los brazos hacia atrás para forzarla a ponerse de rodillas. La niña logró levantar la cabeza, y Penrod le vio la cara. Tenía el labio cortado y no podía abrir el hinchado ojo derecho.

—¡Estuve tan cerca, *effendi*! —jadeó—. Entré en la habitación, la toqué, pero antes de que pudiera darle la droga, me encontraron. —Volvió a dejar caer la cabeza. Penrod se encontró sin poder moverse.

—Le di su mensaje, *effendi*. Murió con esas palabras en su oído y en su corazón.

—Que Alá te bendiga, hermana —le dijo Penrod con voz ronca.

Akila comenzó a llorar en silencio.

—Sáquenla de aquí —ordenó el duque.

Sam dio un paso adelante.

—Su Excelencia…

El duque levantó la mano.

—Pero no le hagan daño —agregó con expresión de cansancio.

Obligaron a Akila a ponerse de pie y la arrastraron fuera de la habitación. El duque tomó un fajo pequeño de papeles de su escritorio.

—Estoy seguro de que usted dará los pasos adecuados para disciplinar al mayor Ballantyne, Adams. Ahora, si me disculpan, me espera un día bastante ajetreado.

Las palabras que intercambiaron el coronel Adams y el mayor Ballantyne fuera de la residencia del duque fueron brutales e implacables por ambas partes. Sin duda, Sam estaba consternado por el comportamiento del duque, pero se sentía traicionado y humillado por las acciones que Penrod había hecho a sus espaldas. Este, dominado por una mezcla tóxica de rabia y culpa, acusó a su amigo de cobardía. Se separaron ambos con suma amargura. Sam declaró su intención de degradar a Penrod, de enviarlo a Suakin, un miserable puesto de avanzada en el mar Rojo, hasta que aprendiera

a tratar a sus superiores con respeto y a comportarse como un caballero en sociedad. Penrod, que apenas si había pensado en otra cosa que servir a su reina y a su país desde la infancia, entendió esto como una prueba más de la indigna actitud servil de Sam ante un hombre que era poco mejor que un asesino. Y así se lo dijo. Cabalgó de regreso a su casa a una velocidad temeraria y escribió de inmediato la renuncia a su cargo militar. Luego se vistió de civil y se metió por los estrechos callejones de la ciudad vieja en busca de la droga que de repente ansiaba más que cualquier otra cosa. Llevaba con él su negro y herido corazón.

Lady Agatha fue enterrada en una discreta ceremonia privada. El duque permaneció en la ciudad, aparentemente atento a una serie de oportunidades de inversión. A menudo se lo veía en el club, con su secretario siempre cerca y una constante provisión de champán frío en su mesa. Penrod Ballantyne parecía haber desaparecido. Había cerrado su casa y despedido a sus sirvientes. Sus compañeros oficiales, cansados de que los superara en el juego, en las peleas y en sus razonamientos, se alegraron de librarse de él. Una serie de rumores volaban a la deriva en la brisa. Que lo habían visto en Bombay, o almorzando en su club en Londres. Que se había ido al desierto, donde se había convertido en místico. Que lo habían ejecutado durante un ataque al campamento de Osman Atalan.

Bacheet, socio de Ryder Courtney y guardián de la riqueza que le quedaba a aquel aventurero, sabía que nada de eso era cierto. Él observaba y escuchaba. A Yakub se lo veía a menudo en lugares extraños de la ciudad. El chico Adnan y una banda de ratas callejeras pagadas por él parecían estar en todas partes. Llegaban cartas y paquetes de Inglaterra, de Sudáfrica, dirigidos a nombres desconocidos. Bacheet sabía que Penrod Ballantyne estaba en algún lugar de la ciudad, en el interminable crepúsculo de un fumadero de opio, y que desde ese lugar hacía planes por todo el Imperio de Victoria con la paciencia reforzada de la rabia fría.

SEGUNDA PARTE

Enero de 1888

Horatio Gardner no parecía estar disfrutando de su estadía en Egipto; no se adaptaba al clima. Era un hombre corpulento, de cara roja, cabello ralo y una constante expresión de sorpresa. Al bajarse del tren en El Cairo en los primeros días de 1888, parecía sobresaltado, alarmado cuando llegó al Hotel Shepheard y algo desconcertado cuando cenaba esa noche y le presentaron a varios invitados que especialmente habían pedido conocerlo.

Gardner era una persona bien conocida, y un bien informado ciudadano de El Cairo sabía que detrás de esos parpadeantes ojos verdes había una mente excepcional. Se había hecho famoso cuando excavaba sitios antiguos en Palestina y en la costa de los Balcanes, y había adquirido, junto con su reputación como experto en artefactos arqueológicos griegos y romanos, una considerable fortuna personal. No estaba claro de dónde provenía en concreto esa fortuna, pero era sabido que las colecciones de varios monarcas europeos, banqueros y magnates industriales incluían artículos de rara belleza y valor que solo podían provenir de aquellas excavaciones y gracias a sus manos.

Su presencia en la ciudad solo podía implicar que estaba tras la pista de algo interesante, pero nadie pudo obtener de él ni la menor pista de qué podía ser aquello. Los cazadores de chismes le sirvieron copa tras copa de champán. Él parpadeaba, bebía lo que se le ofrecía y no les decía nada. Se quedó apenas una noche en el Shepheard, luego desapareció durante una semana. Cuando regresó, se lo veía más sobresaltado y sudoroso que nunca, y un observador cercano podría haberle visto un pulso en las venas gruesas de la sien y darse cuenta del nerviosismo de un hombre que tenía un gran premio en sus manos, pero que tenía miedo de quemarse con él.

Carruthers, el secretario del duque de Kendal, fue uno de esos cuidadosos observadores. Hizo una serie de discretas averiguaciones y, como resultado, pudo hacer que cuando Horatio terminara su encuentro con el director del Museo de Antigüedades, el duque

estuviera por casualidad en el museo y lo viera cuando salía de las oficinas del director.

El duque se apartó del gabinete que estaba observando y saludó a Horatio con amabilidad. Horatio pareció alarmarse. Kendal le habló con suavidad para calmarlo:

—Me alegra verte, Horatio. Siento que me has descuidado un poco. Estoy ansioso por ampliar mi colección, pero nunca me escribes.

Horatio se sonrojó con un color escarlata intenso.

—Excelencia, apenas el año pasado lo ayudé a adquirir los jarrones sirmios. Son piezas dignas de un museo para ellas solas.

Kendal abrió una pitillera de plata y le ofreció a Horatio uno de los cigarrillos negros y dorados, adornados con el escudo de su familia. Este lo tomó y se inclinó hacia adelante cuando el duque encendió una cerilla para encenderlo, observando sus facciones rosadas y sudorosas.

—Sé que son espléndidos, pero yo soy, como tú, Horatio, un cazador de tesoros. Tengo hambre de cosas nuevas. —Tomó un cigarrillo para sí y lo colocó entre sus labios pálidos, luego cerró el estuche de golpe, y el sonido se repitió en un eco por los altos techos y los pisos de mármol.

Horatio parpadeó y tosió.

—Me enteré de la muerte de tu hija. Lo lamento mucho —dijo, cuando se recuperó.

—Sí, pobre Agatha —respondió Kendal con cierta indiferencia y encendió su cigarrillo—. Pero dime, Horatio. ¿Qué puedo hacer por ti?

Horatio miró a su alrededor con nerviosismo. No había nadie en el museo, aparte del duque y uno o dos guardias egipcios, pero a Horatio le pareció que las brillantes estatuillas verdes en sus vitrinas lo vigilaban con atención.

—¿Hacer algo por mí, Excelencia?

—Sí, Horatio —respondió el duque—. Me gustaría mucho que me debieras algún favor para que la próxima vez que encuentres algo muy hermoso y raro, pienses primero en mí.

El duque se dirigió a una colección de amuletos de bronce en exhibición y se inclinó para examinarlos. Horatio lo siguió.

—Como ya sabes, tengo una casa aquí, en El Cairo —continuó el

duque—. Una casa muy bien vigilada y un excelente sistema de seguridad. Hice que el propio William Pinkerton se ocupara de todos los arreglos. Mira Horatio, si adquiriste algo en tu reciente viaje por el Nilo que preferirías no llevar contigo, ni confiar a esa caja fuerte bastante débil en el Shepheard, tal vez yo pueda serte útil.

Horatio se puso blanco, lo que con su tez tan rojiza le dio un color rosa pálido.

—¿Cómo lo supo, Excelencia?

—Una simple conjetura —respondió el duque, y se apartó de la vitrina de los amuletos para dirigirse a una con puntas de lanza de bronce, que estaba un poco más cerca de la puerta. Horatio lo siguió, su cara rosada tan a la expectativa como un niño antes de Navidad.

—¿Los arreglos los hizo el propio Pinkerton? ¿De la Agencia de Detectives Pinkerton? Conozco su reputación, por supuesto. —Se mordió el labio superior pensativamente, luego habló con una repentina firmeza—: Tengo algo —anunció—, algo bastante especial que viene de un comerciante que sé que trabaja en el territorio de los mahdistas y es un verdadero tesoro. No se lo puedo vender. Ya se lo prometí… a otro caballero y estoy esperando que su agente llegue a El Cairo para entregárselo. Pero si usted pudiera guardármelo hasta entonces, juro por mi honor que el próximo objeto de semejante hermosura que encuentre se lo reservo para usted.

El duque salió del vestíbulo para meterse en el brillo color miel del sol.

—Entonces estamos de acuerdo.

—Excelencia, me disculpo, pero el valor del objeto es tal que yo mismo tendría que verificar los arreglos —agregó Horatio con nerviosismo.

Kendal hizo una ligera reverencia.

—Naturalmente, Horatio. Ven, mi carruaje está esperando afuera. Déjame invitarte a almorzar y te diré todo lo que quieras saber.

Antes de sentarse a almorzar, Horatio fue invitado a hacer el recorrido completo de la residencia del duque en El Cairo y le hicieron conocer los detalles de los arreglos de seguridad. Con cada

frase que pronunciaba el duque, cada detalle elaborado con sumo cuidado que le mostraba a Horatio, este corpulento personaje fue sintiéndose más tranquilo. Los jardines estaban amurallados y la parte superior de los muros estaba cubierta con vidrios rotos incrustados. Los guardias patrullaban la propiedad día y noche, y siempre había un hombre vigilando directamente la entrada del estudio del duque. La habitación podía parecer vulnerable a primera vista, dada su pared de vidrio con vistas a los jardines, pero los paneles individuales eran demasiado pequeños como para que nada más grande que un ratón pudiera atravesarlos, y los cristales estaban separados por hierro pintado. Después de almorzar salmón y papines a la menta, el duque condujo a Horatio al estudio y lo invitó a sentarse. El duque se dirigió a la parte posterior del escritorio y metió la mano debajo del borde de uno de los estantes en ese rincón de la habitación, y sus delgados dedos pasaron junto a una elegante edición de *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano* de Gibbon. Los volúmenes estaban todos encuadernados en cuero verde y estampados en el lomo con el escudo de armas del duque.

Horatio escuchó un clic suave y una sección de la estantería, de un metro y medio cuadrado, giró suavemente hacia afuera. El duque la abrió por completo para revelar una caja fuerte de hierro negro con una cerradura de tambor.

—Es un modelo de Herring and Company —precisó—. A prueba de incendios, por supuesto. —La palmeó como si fuera un perro de caza bien educado.

Horatio se aclaró la garganta.

—Excelencia, cómo… ¿Puedo preguntar por qué ha instalado semejantes medidas en una residencia temporaria? Yo estoy encantado, en lo que a mí se refiere, de que lo haya hecho. Debe ser el lugar más seguro de El Cairo, y no quiero ser indiscreto, pero estos arreglos deben haber costado mucho dinero.

El duque asintió con un gesto.

—En efecto, así fue. Le doy mucha importancia a la seguridad, Horatio. Tengo muchos intereses comerciales en todo el mundo, y hay algunos documentos que debo tener conmigo en todo momento. Organizar su seguridad requiere mucho tiempo y es caro, pero se trata de tiempo y dinero bien gastado. Y si gracias a ello puedo

hacerte un favor, tanto mejor. Ahora bien, ¿quieres hacer uso de ella?

Horatio metió una mano torpe en el bolsillo del pecho y sacó un paquete con envoltura de tela de algodón del tamaño de un puño y lo puso sobre el escritorio. El duque observó sus movimientos como un gato que mira a un pájaro saltando con inocencia por el césped delante de él.

—Debo repetir, Excelencia, que no puedo venderle esto a usted. A ningún precio, pero dada su amabilidad en este asunto, y sabiendo que usted es un conocedor de lo antiguo y lo bello, me siento justificado al mostrárselo.

Horatio iba desenvolviendo los delicados envoltorios blancos mientras hablaba. Por fin, apartó el velo final. Se trataba de la cara de un hombre tallada en marfil. El duque no emitió sonido alguno, pero su atención era intensa y concentrada. Horatio giró la talla hacia él y la empujó sobre su lecho de envolturas por el cuero que era parte de la superficie del escritorio.

—Puede examinarlo, aunque le ruego que tenga cuidado.

El duque se alejó de la caja fuerte y se sentó en el escritorio. Apoyó la barbilla en sus manos y miró fijamente la talla, sus labios ligeramente separados. Tenía unos veinte centímetros de alto y quince de ancho. Era delgada como si fuera una máscara en miniatura. La cara era la de un hombre de edad madura y el escultor había marcado las arrugas finas alrededor de los ojos y la boca, pero la cara, con sus apretados rizos, pómulos altos y nariz larga y aguileña era bella. Tal era el detalle de la talla, que casi daba la impresión de ser una fotografía.

Había sufrido algunos leves daños en el borde superior derecho, pero, por lo demás, parecía perfecta e intacta. Restos de colores todavía eran visibles en la delicada superficie, una sugerencia de cabello oscuro y un tinte rojizo en las mejillas. El duque la tomó y la levantó contra la luz, ahuecando ambas manos tal como hace un obispo al sostener el cáliz de la comunión. La pasó de la mano derecha a la izquierda para ver cómo la luz caía sobre ella, luego la bajó y la dio vuelta. En la parte de atrás, se veían ligeras marcas. Kendal metió la mano en su escritorio y sacó una lupa de joyero que ajustó a su ojo derecho, y acercó la talla a la lupa.

Horatio pudo escuchar los suaves pasos de un sirviente en el

pasillo. Finalmente, el duque suspiró, bajó la talla y la lupa, y volvió a dejar la pequeña obra de arte sobre los envoltorios.

—Es un milagro, Horatio —dijo al fin.

—¿Pudo leer la inscripción en la parte de atrás?

—Sí, la leí, pero parece imposible.

—Una imagen de César dada como regalo a la propia Cleopatra. —Horatio parpadeó deprisa—. Yo también pensé que era improbable, pero el director del Museo de Antigüedades y yo volvimos a examinarla esta mañana. No pudimos encontrar nada que pudiera indicar que la inscripción hubiera sido añadida en una fecha posterior y comparamos la talla con otros bustos de César que se hicieron durante su vida. El parecido es sorprendente.

El duque seguía mirando.

—No hace falta decirlo, Horatio, yo pagaré lo que pidas. Cualquier cosa.

Horatio se mostró solemne.

—Lo entiendo, pero se la he prometido a otra persona.

—¿A quién?

—No puedo decirlo. Espero que no se oponga, Excelencia, y me entregue una nota manuscrita por usted que confirme que he puesto este objeto en sus manos para su custodia.

—Te pagaré el doble de la suma acordada. Podrías vivir toda tu vida en el lujo, Horatio, si me dejas poseer esto.

Horatio negó con la cabeza. Se inclinó hacia delante y arrastró la talla hacia él y comenzó a envolverla de nuevo.

—Muy bien —dijo el duque—. ¿Y tampoco me dirás quién es el comprador? —Horatio no respondió, y Kendal tomó un trozo de papel del cajón de su escritorio y comenzó a escribir—. Por supuesto que no. Pero creo que ya lo sé. Por un lado, pocas personas en el mundo podrían permitirse esto y, por otro, tú, Horatio, eres un esnob.

—¡Excelencia! —protestó Horatio y levantó la vista de inmediato.

—No es un insulto, Horatio… tú eliges a tus amigos sabiamente. Creo que, si se la estuvieras vendiendo a algún banquero o magnate estadounidense, no estarías tan decidido a honrar tu compromiso original, así que debes estar vendiéndoselo a alguien de un rango superior al mío. Eso reduce bastante las posibilidades. Y se supone

que es un retrato de César, el gran héroe de Roma. Concluyo entonces, mi querido Horatio, que tu comprador es algún miembro de la realeza italiana. Muy probablemente, el rey mismo. Él es el coleccionista de la familia.

La boca de Horatio se abrió y se cerró como la de un pez, y una nueva capa de sudor le brotó en la frente.

—Yo… no podría confirmar ni negar…

El duque parecía complacido. Se reclinó en su silla.

—Dame cuarenta y ocho horas, Horatio. He tenido tratos con la familia real italiana en el pasado… con algunos de los miembros más jóvenes, por lo menos. Si antes de que pasen esas cuarenta y ocho horas, puedo darte una carta del cónsul italiano aquí en El Cairo que confirme que el rey Umberto está de acuerdo en que me vendas este tesoro a mí y no a él…

Firmó su nota con una rúbrica y se la entregó a Horatio. Este la leyó, asintió rápido, luego la dobló y la guardó en un bolsillo.

—Si puede mostrarme una carta así, entonces, por supuesto, Excelencia, la talla es suya. Pero perdóneme, es una esperanza vana.

—Quizá, quizá no. Ahora pondré esta maravilla en mi caja fuerte, y tú puedes pasar uno o dos días en El Cairo sin preocuparte más sobre esto. Por favor, serías tan amable de darte vuelta.

El duque tomó la talla envuelta y esperó a que Horatio se pusiera de pie y se volviera hacia la puerta. Escuchó los tics de la rueda de la combinación, el cerrojo que se soltó, y se volvió justo a tiempo para ver cuando el duque colocaba la talla sobre una gruesa pila de carpetas en el interior de felpa roja. El duque luego cerró la puerta de acero y la sección de la estantería sobre ella. Horatio quedó maravillado por el diseño. Si no la hubiera visto abierta, jamás la habría descubierto.

—Gracias, gracias, Excelencia.

Dos días después, cuando Horatio volvió a la mansión, todavía tenía la expresión de un hombre feliz. Pero cuando vio la carta del consulado italiano, se mostró sobresaltado otra vez.

—Nunca lo hubiera creído… ¡Y sin embargo aquí lo tiene! El Rey está de acuerdo en que le venda la talla, Excelencia. De todos modos, me aseguraron que la compra era de gran interés personal para él.

El duque no intentó dar explicaciones.

—El precio que acordaste con el rey fue, según tengo entendido, de veinte mil libras. Con mucho gusto te haré un cheque por cuarenta mil, según lo acordado, pero como ambos somos hombres de negocios, me pregunto si aceptarías tomar veinte mil en papel moneda y otros diez en diamantes. No es lo que se acostumbra, lo sé, pero creo que el arreglo te puede convenir. Tengo los diamantes y los billetes ya listos.

Horatio se puso escarlata. Iba a perder diez mil, pero la fortuna restante sería suya en moneda más discreta e inmediata.

—De acuerdo, Excelencia.

—Entonces, aquí tienes tu dinero. —El duque tomó un maletín que estaba en el suelo, a su lado, lo colocó sobre el escritorio, lo abrió y lo dio vuelta para que Horatio lo viera. Este tomó la bolsita de terciopelo que estaba encima de los prolijos fajos de billetes, tiró del cordón y dejó caer los diamantes en la mano. Brillaban en la palma de Horatio. Cada uno era un racimo de arco iris.

—¿Te gustaría que se confirmara su valor, Horatio? —preguntó el duque con un brillo de diversión en el rostro.

Horatio tragó saliva y volvió a meterlos en la bolsa. La metió en el bolsillo del pecho, cerró el maletín y lo puso en el suelo junto a él.

—Eso no será necesario, Excelencia. Está bien así. Pero ¿puedo pedir un último favor? Cuando deposité esa talla a su cuidado, no sabía que esa sería mi última oportunidad de verla. ¿Puedo mirar esa cara una vez más antes de irme? Creo que un hombre comprensivo como usted sabrá lo que significa para mí tener la oportunidad de decirle adiós.

El duque lo miró de soslayo y luego se echó a reír.

—Por supuesto, Horatio. Es tu amor por cosas tan bellas lo que ha hecho de ti un hombre muy útil para conocer. Si fueras tan amable, date vuelta otra vez.

Horatio lo hizo y, cuando el duque lo dispuso, se volvió para mirar una vez más el rostro de César. Tocó la talla con el dedo índice.

—Gracias, Excelencia.

Parpadeó rápido y se agachó para recoger el maletín con el dinero. Se dio vuelta y salió de la habitación sin mirar atrás.

Horatio abandonó El Cairo cuatro horas después. El compartimiento

de primera clase en el tren con destino a Alejandría estaba maravillosamente fresco, pero él todavía brillaba por el sudor y se mordía la piel alrededor de las uñas como una colegiala nerviosa. El billete de tren lo había estado esperando en un sobre grueso en la recepción del Hotel Shepheard, junto con la noticia de que le habían reservado un pasaje en el próximo barco de regreso a Londres desde Alejandría. El sobre también contenía una breve nota, escrita en una fluida caligrafía masculina. Le decía que sus deudas de juego más apremiantes en Londres habían sido pagadas y estaba firmada solo con las iniciales P. B.

Los hombres que custodiaban los portones de ingreso de la residencia del duque de Kendal en El Cairo se habían acostumbrado en las últimas semanas a la presencia de Abdul, un mendigo local y borracho gracioso. Aparecía tarde por la noche y contaba chistes procaces e historias indecentes por el precio de una bebida. De vez en cuando, llevaba una baraja de cartas sucias que mostraban mujeres exuberantes en diversos estados de desnudez, que él vendía por un monto similar. A veces los guardias tomaban las cartas sin pagarle, y golpeaban a Abdul por ser el viejo quejumbroso pecador que era. De todos modos, él los seguía divirtiendo. Aquella noche, iba hacia ellos cantando y tambaleándose por el sendero, y los dos hombres en la puerta se sonrieron uno al otro mientras el mendigo se acercaba. Tropezó y se chocó con ellos.

—¡Mis amigos, mis hermanos! ¿Tienen lo que vale un trago para el buen amigo Abdul?

—Ya has tenido suficiente, pagano —respondió el más corpulento de los dos hombres—. Vete, o te romperé las costillas otra vez.

Abdul gimoteó y se encogió para apartarse.

—Oh, tú, monstruo, todavía tengo esos moretones, han florecido sobre mí como rosas. —Se humedeció los labios y se inclinó hacia adelante de nuevo—. Pero ¡tengo un secreto para contarles! ¿Conocen a Asha, la pequeña belleza que trabaja en las cocinas? ¿Les gustaría saber algo jugoso sobre esa chica tan atrevida y encantadora?

El guardia no estaba muy seguro, pero no pudo resistirse y asintió.

—Te lo voy a susurrar. —Abdul se acercó a él con sigilo y puso una sucia mano en el hombro del guardia. Se inclinó un poco para que Abdul pudiera acercarle la boca a la oreja—. Ella piensa que eres un matón y un cobarde, y un abusador que golpea a los ancianos. Yo le dije que te iba a mandar al infierno, y tal fue su

alegría que me besó la mano.

—¿Qué…? —El guardia comenzó a alejarse. La hoja que usó Abdul en su cuello estaba tan afilada que ni siquiera supo que le habían cortado la tráquea hasta que trató de gritar. El otro guardia se volvió mientras su colega se derrumbaba en el suelo y soltaba una maldición. Antes de que el segundo guardia pudiera desenvainar la espada, Abdul ya había usado su cuchillo otra vez. El segundo guardia se agarró desesperadamente el cuello, como si pudiera sellar la herida con sus dedos, y cayó junto a su amigo en el polvo, escupiendo su propia sangre. Abdul esperó a que estuviera muerto, luego emitió un silbido grave mientras tomaba la llave del portón del cinturón del cadáver. Por el otro extremo del sendero aparecieron otros dos hombres. Vestían túnicas marrón oscuro y pantalones holgados muy similares a los que llevaban los guardias muertos. Entre ambos arrastraron los cadáveres a la sombra en el otro lado del muro y, luego, los recién llegados tomaron sus posiciones.

Uno de los hombres entregó una cartera de cuero y un rollo de tela a Abdul.

—*Effendi*, que Alá el Misericordioso sea contigo.

—Gracias, Yakub —dijo el mendigo y le entregó la llave—. Daré la señal cuando esté seguro.

Yakub lo vio desaparecer en las sombras y, momentos antes de perderse de vista, Abdul se transformó como si fuera un *djinn*. El mendigo borracho desapareció para ser reemplazado por un joven, de poco más de un metro ochenta de alto, rápido y ágil como un leopardo. La postura encorvada se desvaneció. Justo antes de desaparecer detrás de una esquina de la casa, se volvió, y Yakub podría jurar que observó un destello de esos ojos azules como el hielo. Yakub observó el sendero como debe hacerlo un buen guardia, feliz de haber elegido servir a un hombre como Penrod Ballantyne.

Penrod había estado observando los arreglos de seguridad de la casa con sumo cuidado mientras interpretaba el papel de Abdul. Sabía que tenía entre doce y quince minutos antes de que los guardias de la patrulla volvieran a pasar por ahí. Desenrolló el bulto de tela y sacó un arco corto de esas envolturas, lo armó y luego, desde las

sombras, disparó una flecha hacia arriba y por sobre la rama superior de un sicómoro, que daba sombra a los senderos alrededor de la casa para protegerlos del calor del día.

Las ramas más bajas estaban podadas por consejo de Pinkerton, sin duda, pero la flecha que disparó Penrod tenía un largo rollo de sedal de pesca unido a ella. La flecha trazó un arco por encima de una rama sólida a unos seis metros del suelo y cayó queda a tierra, de nuevo en el otro lado, para clavar la punta bien profunda en el suelo.

Penrod la recuperó y utilizó la tanza a fin de levantar una escala de cuerda de cáñamo por sobre la rama para que colgara hasta el suelo en ambos lados. La agarró justo por encima de la altura de la cabeza y enganchó los dos extremos entre los pies, para sujetarlos, luego se impulsó hacia arriba y recogió la cuerda detrás de sí cuando llegó a la rama.

Había elegido una habitación desocupada en el primer piso como punto de entrada. Uno de los sirvientes de Yakub, el mismo hombre que en ese momento fingía vigilar la puerta principal, había seducido a una joven sirvienta de la casa de forma deliberada. Gracias a ella, Penrod se había enterado de quiénes estaban en la casa y dónde dormían. Las únicas habitaciones ocupadas en el primer piso eran las del duque y su secretario Carruthers. El duque pasaba sus noches en el club, donde cenaba a las ocho, y rara vez regresaba antes de las tres de la mañana. Carruthers, sin compañía, comía una cena ligera y apagaba su lámpara de lectura antes de la medianoche. Esta cámara, a mitad de camino bajando por el flanco oriental de la casa, estaba vacía, y debajo de la ventana estaba el techo inclinado de uno de los ventanales salientes de la planta baja.

Había una distancia de unos tres metros desde el extremo de la rama hasta al techo liso, pero Penrod tenía la ventaja de la altura. Aterrizó con suavidad y esperó un momento para ver si alguien lo había oído. La casa permaneció en silencio.

La ventana estaba cerrada con una traba. Penrod aflojó uno de los cristales pequeños quitando la masilla con la navaja, y lo tomó con cuidado por los bordes cuando se soltó. Luego levantó la parte móvil y se deslizó adentro. Cerró la ventana con cuidado, por si a alguno de los guardias de patrulla se le ocurría mirar hacia arriba.

La siguiente etapa de su plan era la más peligrosa. La oficina del

duque siempre estaba bien cerrada, y solo dos personas tenían la llave: Carruthers y el propio duque. Yakub había querido persuadir a la criada para que hiciera una copia de la llave, o que la robara mientras Carruthers dormía, pero Penrod no quería arriesgarse, no después de ver la paliza que había recibido la doncella de Agatha. Cuando dormía, Carruthers la ponía sobre la mesa junto a su cama junto con su reloj y los lentes con montura metálica.

Penrod entró en la habitación de Carruthers al otro lado del rellano. El secretario parecía dormir plácido en su cama con dosel y la luna menguante apenas arrojaba alguna luz en la habitación. En el rellano y el pasillo, las luces de gas se mantenían encendidas hasta que el duque se fuera a la cama, por lo que Penrod esperó a que sus ojos se acostumbraran a la penumbra.

Caminó sin hacer ruido hasta la mesa de luz al lado de la cabeza del hombre dormido. Carruthers se movió, y Penrod sintió su aliento ligero en las yemas de los dedos cuando tomó la llave. Hizo clic en el enchapado de nogal.

—¿Hay alguien ahí? —Su voz sonó pesada y somnolienta. Penrod permaneció inmóvil y fue desapareciendo poco a poco en el cálido silencio de la habitación como un faquir. Carruthers dio una vuelta en la cama y pronto su respiración reanudó los suaves ritmos del sueño.

El guardia fuera de la oficina estaba sentado de espaldas a la puerta del estudio, lo que le daba una vista sin obstrucciones del vestíbulo de entrada y del pasillo que conducía a la parte trasera de la casa. Sería imposible llegar a él con un cuchillo. Un disparo despertaría a toda la casa. Penrod se agachó en lo alto de la escalera, tomó el arco que llevaba en la espalda y le puso una flecha. El hombre que hacía esas flechas era un artista. El astil era de cedro de grano recto, de apenas poco más de un centímetro de diámetro con una afilada punta, y el emplumado de plumas de ganso estaba atado al astil con una apretada espiral de seda. El arco era de fresno inglés, y por un momento fugaz, cuando Penrod sacó la flecha, tuvo una visión de bosques, orillas cubiertas de musgo, corrientes de agua y oscuros cuentos de hadas. La soltó, y la flecha voló a través de las barandillas de hierro forjado con un silbido bajo y clavó su punta metálica profundamente en la garganta del hombre. Este jadeó y se ahogó con su propia sangre. Apenas tuvo tiempo de levantar las

manos hacia el asta antes de que los ojos se le pusieran vidriosos, las manos se le aflojaran y su cuerpo se desplomara hacia adelante.

Penrod se colgó el arco en el hombro, corrió veloz escaleras abajo, abrió con la llave y entró al estudio sin mirar al guardia, y cerró la puerta detrás de sí. Puso la mano sobre la fila de volúmenes de cuero verde de *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano* y tocó el resorte que iba a dejar a la vista la caja fuerte. La sección falsa de la estantería se abrió.

Le había costado mucho tiempo y esfuerzo encontrar a Horatio, un experto que conocía al duque, y que además tenía la inteligencia para desempeñar el papel que Penrod tenía en mente para él y una debilidad por el juego, lo que implicaba que Penrod podía sobornarlo para que cumpliera. Una vez que Penrod descubrió la marca y el modelo de la caja fuerte del duque gracias a un asistente descuidado, deseoso de hacer una venta, en la oficina de Pinkerton en El Cairo, contactó a Horatio y lo confinó a una habitación encima de un taller clandestino en Limehouse con un ladrón de cajas fuertes de Londres durante cinco horas al día para que escuchara los diales que giraban de un modelo equivalente. Cuando el ladrón de cajas fuertes informó que Horatio podría proporcionar una estimación precisa de cuánto giraría el dial entre un número y otro durante la secuencia de la combinación, Penrod envió más instrucciones y un billete para El Cairo al vendedor de curiosidades. La máscara de César había sido adquirida por la examante de Penrod, Bakhita. Había sido la esposa de un comerciante de granos y se había convertido en una comerciante de antigüedades a lo largo de los tramos superiores del Nilo. A medida que su reputación crecía, los viajeros del desierto compartían sus noticias con ella, así como los pequeños artefactos arqueológicos que encontraban perdidos en las arenas del desierto. Esta información se la había comentado a Penrod, y él había aprendido a confiar en su habilidad y su discreción. La talla era bastante genuina. Penrod sabía que necesitaba algo que provocara el interés del duque, y nada menos que algo así podía atraer su atención.

Después de su primer encuentro con el duque, Horatio se había ido a deambular por el bazar de especias, según las instrucciones. Tan pronto como Yakub estuvo seguro de que no lo estaban siguiendo, se acercó y lo interrogó. Horatio estaba confiado y en

calma. El golpeteo de los clics del dial al marcar la combinación se había convertido en una música muy familiar para él durante sus semanas de entrenamiento, y pudo transmitir lo que sabía sobre la distancia entre los números de dos dígitos que formaban la secuencia de la combinación, aunque no podía proporcionar ninguno de los propios números. La información parcial que le había proporcionado Horatio había creado un elegante problema para Penrod, y él lo había apostado todo a su habilidad para resolverlo. Recostado entre los vapores de opio en su habitación en una de las pensiones de Yakub, dejó que los números jugaran en su cabeza. Estaba seguro de que no habían sido escogidos al azar. Después de todo, el duque era un hombre de pañuelos de seda con monogramas y libros y cigarrillos estampados con su escudo de armas. Los números de la combinación debían ser algo personal y con algún indicio de vanidad. Cuando por fin la solución se cruzó por su mente, se demostró que Penrod tenía razón. 13 48 18 75. Los pares de números indicaban el año de la creación del ducado y el del acceso al título del actual duque. La segunda visita de Horatio proporcionó una confirmación y, luego, Penrod lo dejó libre, confundido por esa aventura, pero rico y jurando nunca más apostar. Horatio y Penrod jamás se habían encontrado antes, y nunca se conocieron en persona. La única comunicación directa entre ellos había haba sido la nota final de despedida que Horatio había leído en el tren que lo llevaba a Alejandría.

Los discos se ubicaron obedientemente en su lugar, y Penrod abrió la puerta de acero. El interior era tal como se lo había descrito Horatio a Yakub y a Adnan. La máscara, aún en su níveo envoltorio, estaba sobre una pila de carpetas y tres libros de contabilidad.

Penrod se había enterado enseguida de que el duque sostenía y apoyaba sus empresas internacionales de minería y procesamiento de minerales gracias al uso sistemático del soborno, el chantaje y la coerción. Durante varios meses, Penrod hizo discretas averiguaciones sobre el pasado del duque y, en general, solo encontraba miedo y silencio. Pero muy de vez en cuando, se topaba con algún hombre o alguna mujer sin nada que perder y dispuestos a compartir lo que sabían de las redes y las actividades del duque. Kendal pronto había descubierto que las inversiones en burdeles de clase alta y en antros de juegos de azar producían más que

beneficios financieros. A los hombres poderosos e influyentes, o los miembros de sus familias, se los atraía para que frecuentaran los establecimientos del duque. Allí sus peores excesos eran documentados y fotografiados, de modo que luego, cuando el duque necesitaba permisos y autorizaciones, tratos aduaneros favorables, o reducir la fuerza de sus rivales, Carruthers hacía una visita cortés al caballero que tomaba la decisión con su expediente de depravación bajo el brazo y le explicaba a su tembloroso interlocutor lo que había que hacer. Los ataques a los trabajadores que intentaban sindicalizarse no eran investigados, los asesinatos de los rivales eran silenciados, los informes sobre accidentes libraban de toda culpa a la empresa, los gobiernos de toda Europa pagaban los sobreprecios de las materias primas que se vendían, y todos los detalles de cada uno de los negocios corruptos eran cuidadosamente documentados en los libros de contabilidad que Penrod tenía ahora en sus manos. El duque había construido un imperio sobre la sangre y la necedad de otros. Penrod puso los libros de contabilidad y las carpetas sobre el escritorio, luego, con una sonrisa sombría, puso otra vez la máscara envuelta en la caja fuerte abierta. Penrod metió los libros de contabilidad y las carpetas en su maletín, cerró la caja fuerte y giró el dial, y luego cerró la falsa biblioteca que la ocultaba.

En algún lugar en el piso de arriba, sonó una campana. Penrod escuchó pasos afuera, en el corredor, luego un grito. Habían descubierto el cuerpo junto a la puerta de la oficina. Ruidos de alarma fueron extendiéndose por toda la casa. No tenía sentido intentar escapar por la ventana, pues, gracias a Horatio, sabía que allí había seguros de hierro. Solo tenía una salida, y esta era volver por el camino por el que había venido.

Abrió la puerta. Wilson Carruthers estaba arriba de las escaleras con su bata de seda a rayas, todavía confundido y somnoliento. Uno de los sirvientes de la casa estaba inclinado sobre el cuerpo desplomado en su silla, dos más estaban en la puerta principal, pidiendo ayuda en la oscuridad a los guardias que patrullaban.

Penrod corrió hacia la izquierda, en dirección a la parte trasera de la casa, hacia las cocinas. Uno de los sirvientes que dormía en el suelo hizo un valiente intento de agarrarle el tobillo, pero Penrod lo pateó con el talón y sintió el crujido de la nariz del hombre al romperse. Las puertas a los jardines seguramente estaban trabadas,

pero las ventanas ahí no estaban reforzadas. Corrió a la cocina trasera, saltó del suelo a la mesa, luego al aparador que llegaba hasta el alto techo. Trepó, pateó el cristal de las altas y estrechas ventanas y se lanzó de cabeza por esa abertura, rodando hacia adelante para amortiguar su caída del otro lado. Cruzó el jardín y siguió el muro perimetral hasta la caseta de vigilancia, luego le silbó a Yakub, quien abrió la puerta en silencio, incluso mientras les gritaba a los guardias de la casa que había visto una sombra que corría hacia la parte trasera del jardín. Entonces él y su hombre soltaron sus armas, siguieron a Penrod en silencio por el sendero y cerraron el portón al salir.

Los otros guardias tardaron diez minutos en darse cuenta de que no había nadie en la puerta principal, y otros diez para encontrar los cuerpos de sus camaradas.

De inmediato le avisaron al duque en el Club Gheziera, quien llegó justo después de que la búsqueda por la casa y los terrenos había terminado y los sirvientes y guardias ofrecían tartamudeando sus informes a Carruthers. Kendal ignoró el grupo de sirvientes en el vestíbulo y entró inmediatamente al estudio, seguido por Carruthers, quien le pisaba los talones.

—Mataron a los dos hombres de la puerta principal, Excelencia. Quien hizo esto los reemplazó con sus propios hombres. Los cuerpos estaban fríos, pero los guardias en los terrenos vieron dos hombres en su puesto apenas un momento antes de que sonara la alarma. No falta nada en la casa, no tocaron nada. Yo vi a un hombre con ropa árabe huyendo de aquí, pero como usted ve —hizo un gesto señalando todo el estudio en perfecto orden—, parece que no tocaron nada.

—¿Revisaste la caja fuerte? —preguntó Kendal en voz baja.

Carruthers sacudió la cabeza con una sonrisa perpleja.

—No veo señal alguna de que el ladrón la haya descubierto, y solo usted tiene la combinación.

Kendal tocó el pestillo oculto y la puerta secreta en la biblioteca se abrió. De forma automática, Carruthers le dio la espalda mientras el duque giraba el dial. Silencio. Se volvió otra vez y vio que, aparte de un bulto de envolturas de tela de algodón, la caja fuerte estaba vacía.

—Pero eso es imposible —balbuceó Carruthers.

—Aparentemente no, Carruthers —respondió el duque.

—¿Cómo podría alguien…? —Carruthers logró dominarse—. Señor, no sé exactamente qué había en la caja fuerte. Solo que eran elementos de vital importancia.

—Contenía lo suficiente como para arruinarme una docena de veces. —El duque sacó su pitillera de plata de la chaqueta, sacó uno de sus cigarrillos negros y lo encendió antes de continuar—. Me temo, Carruthers, que subestimé a Penrod Ballantyne.

—Pero el hombre es un adicto, un petimetre —protestó Carruthers—. Nadie lo ha visto en meses. ¿Por qué cree que fue él, señor?

El duque rio casi sin hacer ruido.

—Oh, solo algo en sus ojos cuando nos vimos por última vez. Algo que reconocí en el espejo. Pensé que podría intentar asesinarme, y tomé precauciones, pero no pensé que haría esto. —El tono de voz del duque era de admiración—. Y esto es mucho mejor que simplemente matarme.

—Pondremos El Cairo patas arriba, lo encontraremos a él y a los documentos desaparecidos antes de que pueda hacer algún daño.

—No lo encontrarás a tiempo, Carruthers —observó el duque—. Me imagino que el contenido de la caja fuerte va a encontrar su camino hacia los periódicos muy rápido. No hay esperanza alguna. Se terminó.

—Siento que le he fallado, señor —dijo Carruthers con voz ahogada.

El duque se alejó al fin de la caja fuerte.

—Me has servido fielmente durante muchos años, Carruthers. No te culpo por esto. Me han superado. Pero tal vez podrías hacer una última cosa para mí esta noche.

—Cualquier cosa.

—Gracias. ¿Podrías traerme mi escopeta Batchelor de la sala de armas? —El duque sonrió y apagó el cigarrillo en un cenicero de cristal.

El contenido de la caja fuerte mantuvo a Penrod, Yakub y Adnan ocupados hasta la mitad del día siguiente. Al caer la tarde, varios jóvenes, amigos de Adnan, se distribuyeron por la ciudad con paquetes debajo del brazo. Uno fue al edificio del consulado británico y se negó a entregar su paquete a nadie salvo al propio

Sam Adams. Otro fue al Hotel Sheridan, donde se alojaba un empresario veneciano, conocido amigo íntimo de la familia real italiana. Otro fue a la oficina del telégrafo y envió dos mensajes idénticos y muy extensos a los editores de *The New York Times* y del *Pall Mall Gazette*. Y después de eso, se enviaron extractos de los libros de contabilidad negros convertidos en paquetes postales. Los operadores parpadeaban mientras tecleaban los mensajes a los periódicos, en los que se detallaban los delitos y la corrupción del duque, y susurraban entre sí cuando un sirviente con librea trajo un montón de telegramas para ser enviados a diversas direcciones en toda Europa y América. Todos estaban firmados por Kendal y contenían el mismo mensaje: «Quemen todo y váyanse».

A más de mil quinientos kilómetros de distancia, Ryder Courtney observó cómo el kudú levantaba la cabeza para olfatear el aire de la mañana, y la mancha blanca en la frente brilló por un momento en las sombras. Sus cuernos espiralados parecían formar parte de la rizada red de ramas de acacia detrás de él, y su piel gris suave, con marcas en forma de rayas más oscuras que bajaban por los flancos, lo hacían casi invisible. Medía poco más de un metro y medio a la cruz, y pesaba unos 230 kilos, sin embargo, al primer soplo de alarma podía correr más rápido que un semental y saltar para ponerse a cubierto entre los matorrales como si tuviera alas.

A doscientos metros de él, Ryder respiraba con suavidad, dejando que la enorme bestia volviera a ocuparse de su alimentación. El rifle que sostenía era relativamente nuevo para él, un Vetterli italiano comprado en Massawa. Tenía tendencia a desviarse hacia la derecha, cosa que estaba seguro de que su propio rifle, en ese momento oxidándose en el fondo del mar Rojo, nunca había hecho, pero ese día sintió que él y este nuevo modelo habían llegado a un entendimiento. Exhaló una vez más y dejó que su cuerpo se relajara, luego apretó el gatillo. El agudo crujido resonó por el valle, y los otros kudúes lanzaron sus advertencias y se dispersaron para ponerse a cubierto, pero la gran bestia en la mira de Ryder solo levantó la cabeza al cielo una última vez y se desplomó. Los muchachos que acompañaban a Ryder para ayudarlo a llevar su botín lanzaron grandes gritos de admiración y deleite. Ato Asfaw, el *chiqa shum*, jefe de distrito y exsoldado en el ejército del emperador, y además amigo de Ryder, les habló con brusquedad y golpeó al que tenía más cerca.

—¡Qué, niños! ¿Van a asustar al resto para que vuelvan a Adigrat? ¿Acaso una bestia sola va a poder alimentar todas las bocas en la mina Courtney?

Los chicos quedaron en silencio, pero no pudieron evitar sonreírle a Ryder. Este les guiñó un ojo y luego se puso de pie.

Comenzó a caminar por el prado hasta donde había caído el kudú. Las breves lluvias habían pintado la meseta y los valles de verde esmeralda y, en ese momento, cuando el rocío comenzaba a levantarse de la hierba, las flores silvestres abrían sus flores moradas y amarillas hacia el sol.

Encontraron el cuerpo del kudú entre las sombras. Ryder se arrodilló junto a él, complacido al ver que su tiro había sido exacto y había dado en el blanco, en una limpia línea con el corazón del animal. Había muerto antes de tocar el suelo. En verdad era una gran bestia, suficiente para ser la pieza central del banquete de la noche, pero Ryder estaba disfrutando de la libertad y del desafío de la caza. Palmeó el flanco aún tibio del animal y le sonrió a Ato Asfaw.

—¿Qué dices, amigo mío? ¿Los seguimos un poco más, hasta el próximo desfiladero, para ver si podemos conseguir otro?

Asfaw miró al horizonte, a los desordenados picos y valles del paisaje que unían sus bordes con el azul pálido del cielo sin nubes.

—Por supuesto —respondió—. El siguiente tiro es mío.

Cinco horas más tarde llegaron a la cima de la cresta montañosa y se detuvieron un momento para echar una mirada al complejo minero. Asfaw le puso una mano en el hombro a Ryder.

—Has progresado, amigo mío.

—Un poco —respondió Ryder.

La mina y el complejo de chozas de Courtney estaban en las laderas más bajas de un valle ancho y empinado, que se retorcía y se abría por entre las montañas en el este de Tigray. Las viviendas y la mina estaban separados por la imponente altura de la Madre, un gran afloramiento de roca sedimentaria e ígnea que obligaba al río a desviarse y donde se había descubierto la veta de plata. Cuando se lo preguntaban, Courtney decía que «Madre» era el nombre local. Y, en efecto, así era. Los pocos trabajadores locales lo habían llamado de ese modo cuando Dan había visto por primera vez el tamaño de la veta de mineral y había arrojado al aire su sombrero de ala ancha curtido por la intemperie, a la vez que pronunciaba una serie de fluidos insultos estilo norteamericano que resonó por todo el valle. La única palabra que los trabajadores locales retuvieron fue «madre» y así llamaron a aquel afloramiento.

Desde donde Ryder observaba, las actividades de la mina

quedaban ocultas. Al mirar hacia abajo solo vio el complejo donde vivían los trabajadores y sus familias. Las tradicionales chozas redondas de zarzo y barro de la zona, con sus techos cónicos de juncos tejidos, todavía tenían un destello de frescura, pero eran pocas y estaban dispersas. Además, la mitad de ellas todavía estaban vacías. A su alrededor, subiendo por la ladera y al otro lado del río, estaban las terrazas donde cultivaban sus alimentos: *teff*, porotos y centeno en el sur, y en las escarpaduras orientales, los nuevos jardines frutales de Amber. Un huerto apenas plantado esperaba para madurar, con esporádicas colmenas de paja esparcidas entre los retoños y racimos de bayas de rápido crecimiento, espino cerval de hoja brillante o *gesho*, como lo llaman los lugareños, y arbustos de frutos secos.

La cuñada de Ryder había creado los jardines a pura fuerza de voluntad, sobornando, engatusando y rogando a las esposas de los mineros para que la ayudaran, para luego trabajar junto a ellas. Tomaban el suministro de agua de un afluente del río principal. Lo habían desviado y controlado con represas que hacían que no se inundara por las repentinas y violentas lluvias, ni quedara sin agua en las largas estaciones secas. Había sido un proceso agotador de prueba y error, pero al final parecía que sus esfuerzos daban frutos, y los retoños débiles y los arbustos de follaje ralo empezaban a hacerse más espesos, a echar raíces y a alzarse por el sereno aire azul.

Saffron había supervisado la construcción de las chozas y los barracones. Ella, Ryder y Leon tenían uno; Dan, Patch y Rusty compartían alojamiento; y Amber y Tadesse tenían una choza de dos habitaciones cerca de la familia de Ryder. Todas las noches, cuando Ryder regresaba de la mina por el río, encontraba a su esposa cubierta de barro y pálida por el trabajo. Ella le ofrecía una copa de su preciosa reserva de whisky y hablaban sobre métodos de construcción, sobre dónde debían conseguirse los materiales y sobre cómo la población local organizaba sus hogares, hasta que él se dormía con la suave música de la charla de ella. En algún momento, al parecer, él accedió a que se construyera una pequeña iglesia en el complejo y se llamó a un sacerdote para que se ocupara de ella. Lo primero que supo de él fue cuando llegó a casa un anochecer y descubrió que Saffron había conseguido jabón y lo obligó a usarlo.

Una hora más tarde, presidía un modesto banquete de bienvenida a su nuevo sacerdote. Se sirvió cabrito asado y *tej*, el fuerte vino de miel. El joven agasajado mostraba tanto desconcierto como Ryder. Por su parte, Saffron estaba convencida. Un sacerdote en el campamento traería suerte, y la gente del lugar, que consideraba el trabajo en las minas como de baja categoría o peor aún, le atribuían mala suerte y la sospecha de brujería, iba a cambiar de opinión.

En ocasiones, se persuadía a los mercaderes para que viajaran desde Adigrat a fin de traer semillas, cuero, clavos y agujas. Amber y Saffron, cada una por su parte, les daban una bienvenida principesca, con la esperanza de que contaran historias favorables de la Mina Courtney en las aldeas de los alrededores. Así, presumían que infundirían poco a poco, en las mujeres y los niños, un fuerte orgullo de independencia. Los hombres iban a trabajar más duro y más de buena gana. Ato Asfaw tenía razón, habían progresado, pero era un progreso lento y difícil de consolidar, y el recuerdo de la fortuna en equipos que se había hundido en el fondo del mar Rojo hacía que Ryder apretara los dientes con rabia y lamentos.

Al mirar hacia el complejo minero, Ryder pudo ver que avanzaban los preparativos para las celebraciones de esa noche y su esposa estaba en el centro de ellos. Se había encendido una hoguera en el centro de la plaza y había esteras de paja tejida a su alrededor. Amber estaba de pie detrás de una de las esposas de los trabajadores, ayudándola a trenzar su gruesa melena de pelo negro en una serie de intrincadas trenzas, mientras que Saffron llevaba leña al fuego. Él observó que ella se daba vuelta y le decía algo a una de las mujeres que molía fuera de su casa, y escuchó una risa como respuesta. Una de las niñas mayores cuidaba a los niños más pequeños junto al río. Estaban construyendo torres de guijarros. Ryder vio a su hijo de extremidades regordetas entre ellos. Este se agachó para agarrar las piedras y se rio cuando repiquetearon al caer. Saffron había visto a Ryder y lo estaba saludando, luego señaló a la fogata. En ese momento, el resto de los cazadores se unió a Ryder y Asfaw en la cima de la escarpa. Los muchachos llegaban en parejas, y cada pareja llevaba un palo largo sobre los hombros, del cual colgaban para enfriarlo el cuerpo de un gordo *dik-dik*, esas pequeñas criaturas parecidas a ciervos que se

alimentaban en las montañas. Los muchachos mayores tenían el honor de llevar el kudú. Saffron levantó las manos y aplaudió cuando lo vio. Ryder hizo una reverencia.

—¿Vienes a comer con nosotros, Asfaw? —preguntó Ryder.

El hombre mayor vaciló, luego, negó con la cabeza. Se despidieron y Ryder lo miró alejarse balanceando su bastón. En ese momento, tuvo una conocida sensación de resentimiento. Los granjeros, esparcidos por todo el distrito, seguían sin visitar la Mina Courtney. Eran un pueblo conservador, profundamente tradicionalista, convencido de que quienes trabajaban con metal estaban infectados con el mal de ojo. Cualquiera que trabajara en la mina era mirado con la misma desconfianza. Ryder se vio obligado a viajar de un mercado a otro, engatusando y negociando para conseguir trabajadores. Poco a poco, las noticias de que había un complejo de chozas y del extraño trabajo disponible en él atrajeron a familias curiosas de toda la región. Algunos eran expertos en el trabajo del metal o de la cerámica, otros solo habían heredado tierras pobres, muchos tenían que entregar la mayor parte de sus cosechas a la iglesia, así que, cuando se enteraron de esas nuevas, salieron de sus dispersos poblados para investigar, y muchos se quedaron. Ryder les caía bien y aunque el trabajo en la mina era duro, la paga prometida era buena y las viviendas les resultaban cómodas. Los que conocían de metales construyeron pequeños hornos. Los hombres que habían sido agricultores tomaron picos, palas y carretillas.

Ryder estaba orgulloso del trabajo realizado hasta el momento, pero había un problema. Aunque el Complejo Minero Courtney ya estaba estableciéndose de forma lenta y penosa en las altas laderas, la Mina Courtney apenas producía un mínimo de mineral vendible. La riqueza encerrada en esas laderas estaba fuera de toda duda, pero necesitaban mercurio para liberarla, y no lo tenían. Hasta ese momento.

Tranquila al ver que los preparativos para la fiesta estaban bien encaminados, Amber decidió tomar el sendero que bajaba hasta la orilla del río y pasar un rato con su sobrino.

El banquete que se iba a realizar esa noche era una celebración importante. El día anterior, Rusty había regresado de la costa agitando su gorra por encima de la cabeza y gritando sus novedades

como un colegial. Contra todo pronóstico, había hecho arreglos para que un nuevo suministro de mercurio fuera entregado en Massawa en recipientes de hierro, y logró que luego llevaran esa preciosa carga desde el puerto hasta las tierras altas en mula. Ryder le había dicho, rotundo, que eso iba a ser imposible, que debían contentarse con calentar y fundir el mineral durante un año por lo menos, pero Rusty no se dejó disuadir. Sabía —podía darse cuenta de ello por la sensación del mineral en sus manos— que si conseguía azogue y sulfato de cobre, podía obtener un flujo constante de plata de la montaña. Continuó planificando, dibujando diseños y marcando diagramas en su cuaderno de notas. Dan supervisaba el calentamiento y la fundición del mineral de mejor ley, pero producía poco. Ryder pasaba horas con los trabajadores metalúrgicos que había reclutado, con Dan y Patch doblados sobre hornos y fraguas, pero una y otra vez sus esfuerzos fracasaban. Mercurio, insistía Rusty. Había que usar mercurio y se solucionaría todo.

Los hombres discutieron. Dan pensaba que Rusty estaba siendo testarudo, y así lo dijo. Ryder alegó que no tenía más capital para arriesgar. Patch resolvió la pelea. Resultó que todavía tenía algo del dinero del contrato y los salarios que Ryder le había adelantado. Arrojó la bolsa de cuero a los pies de sus amigos.

—¿Cuánto mercurio puedes obtener por eso?

Así comenzó la gran búsqueda de Rusty. Pasó semanas moviéndose por Massawa, y se convirtió en parte del mobiliario en la oficina del telegrafista, buscando proveedores y organizando la entrega. Pasaba tanto tiempo allí que le dieron su propio lugar para sentarse. Las tensiones entre el emperador Juan y el gobierno italiano significaban que los cables de transmisión zumbaban con mensajes diplomáticos, pero cada vez que el operador tenía un momento para hacer una pausa y descansar, Rusty se abalanzaba sobre él, lleno de entusiasmo, con el puño lleno de mensajes en una mano y una caja de los cigarros favoritos del operador en la otra.

Ryder lo había recibido como a un hermano a su regreso y había anunciado un banquete para el día siguiente. Juntos apilaron los recipientes de mercurio en el depósito y, ansiosos por ver lo que habían traído, llenaron el tanque de almacenamiento. Luego enviaron los recipientes de hierro a los trabajadores metalúrgicos en

la colina, que los usaron para una docena de otras necesidades.

Amber estaba a punto de cruzar a la orilla de guijarros donde los niños pequeños estaban jugando cuando vio que Dan estaba sentado a la sombra de una higuera. Era extraño verlo sin hacer nada. Al igual que los demás hombres, él solo trabajaba, comía y dormía, nada más. Ella habría supuesto que él estaría con Patch. Dado que Rusty había regresado triunfante, ya podían empezar los trabajos para el procesamiento, y eso requería una cuidadosa planificación y un intenso estudio de los diseños de Rusty. Recién entonces todo el mineral que, con mucho esfuerzo, habían logrado extraer de la tierra durante los últimos meses, iba por fin a empezar a dar su recompensa.

Dan tenía en sus manos lo que parecía ser una carta y dirigía su mirada a los niños que jugaban entre los guijarros. Amber estuvo a punto de hablarle, de hacer algún comentario sobre el éxito de Ryder sobre la caza y la calidad del banquete que los esperaba, pero algo en la forma en que estaba sentado mirando a los niños la hizo vacilar.

Él, de todos modos, la vio y muy rápido se puso de pie. Después de dirigirle un brevísimo saludo con la cabeza, se alejó de ella para ir hacia la mina. Ya estaba en la curva del río cuando Amber vio que había dejado caer algo. Ella fue a recogerlo. Era la fotografía de una mujer y un niño, convertida en una especie de tarjeta postal. La mujer era hermosa, tal vez de unos treinta años, y el chico, un lindo muchacho que se veía rígido e incómodo de traje y cuello apretado, tenía cerca de diez años.

Amber le dio la vuelta en sus manos. El estudio había impreso su propio nombre en el reverso, Hamiltons of San Francisco, y los nombres de los fotografiados: señora Gloria Martin y su hijo James. Luego, con mano algo temblorosa, alguien había escrito «dependemos de ti».

El primer impulso de Amber fue correr tras Dan y devolverle la foto, pero él nunca, en todos los meses que llevaban juntos, había mencionado a esta mujer, ni a ese niño. Decidió que debía ser un asunto privado de él, así que llamó a la niña mayor que cuidaba a los niños pequeños en la orilla.

—¡Arsema! —Esta se dio la vuelta, sonrió y se acercó a Amber —. A Ato Dan se le cayó esto en la orilla. ¿Serías tan amable de

alcanzarlo y dárselo?

Ella lo tomó, hizo un movimiento de cabeza y salió tras el estadounidense con un trote firme, mientras Amber iba a tomar su lugar entre los niños. Su sobrino balbuceó de placer al verla y levantó los brazos hacia ella.

Más tarde esa noche, Rusty caminaba inseguro por las aguas poco profundas del río con una antorcha en alto y maldecía cuando tropezaba, para luego volver a sonreír en las sombras. El señor Ryder Courtney, un hombre al que había llegado a respetar mucho, había pronunciado un discurso en su honor en el banquete y había declarado que él era el salvador de la Mina Courtney. Estaba más orgulloso de sí mismo de lo que nunca había estado en su vida, y más feliz. Una ingente tarea le esperaba, sin duda, pero en ese momento supo, lo supo con la misma seguridad con que sabía que su nombre era Rusty Tompkins, que iba a tener éxito y la mina los haría ricos a todos.

Había sido una celebración maravillosa, luego, como un premio, uno de los artistas que deambulaban por los senderos de Tigray se sumó a ellos y cantó para ganarse la cena. Era el primer trovador que llegaba al complejo minero, y todos, europeos y abisinios por igual, tomaron eso como un buen augurio.

Rusty se rio entre dientes. Amber Benbrook quedó fascinada con la explicación del juglar acerca de aquellos poemas llamados de «cera y oro», esos breves poemas con ingenioso doble sentido (la «cera» es el sentido aparente, el «oro» el sentido profundo y verdadero) tan populares entre la gente de aquellos lugares. El músico le aseguró que le tomó años de estudio llegar a dominar sus formas y sus ritmos, pero nada de eso iba a detenerla. Una hora más tarde, ella ya trataba de crear su propio poema y como tema lo eligió a él, a Rusty, y a su búsqueda de mercurio. Por muy hermosa que se viera a la luz del fuego, recitando sus agudas rimas, Rusty nunca sintió deseo por ella. Él nunca había sentido esa pasión por una mujer, ni por un hombre. Sabía que eso era, de alguna manera, una carencia, pero eso no lo alteraba demasiado. Sus mejillas pálidas solo se enrojecían con sangre ante la idea del trabajo que lo esperaba. Pronto comenzarían a usar su preciosa reserva de mercurio para extraer la plata de la mena. Ryder Courtney iba a estar construyendo sus casas de plata en cuestión de meses. Rusty

volvió a reírse, pensando en Ryder sentado en la plaza del complejo en un trono de plata, con una corona de plata sobre su cabeza. Imaginó a Saffron poniendo cascabeles de plata a todas las cabras, y todo gracias a él, y se rio a carcajadas.

Sabía que en ese momento debería estar durmiendo como todos los demás, llenos de carne de kudú, de *injera* —ese pan plano hecho de harina de *teff* fermentada muy usado por allí— y el ardor de la miel resplandeciente del *tej*. Le dolían los pies de tanto bailar y no tenía urgencia para llegar al tanque donde se almacenaba el mercurio, pero él solo quería ir a verlo. Quería detenerse por un momento sobre ese líquido brillante con su antorcha en alto y observarlo. Aquel depósito era como una iglesia para él. Dan les había enseñado a los hombres a hacer y montar los marcos de madera cuadrados que iban a sostener la instalación; Patch les había enseñado a abrir las rocas de un golpe con un mínimo de riesgo y, luego, diseñaron las carretillas para transportar el mineral a la superficie. Traer el mercurio hasta ahí era la gran contribución de Rusty, y no pudo evitar entregarse a un momento de orgullo privado. Le iba a ofrecer sus plegarias por el éxito en las semanas siguientes, y luego volvería a la cama y a dormir. Casi se cayó otra vez. Qué diablos, iba a dormir en la boca de la excavación principal sobre un lecho de mineral, y así estaría listo por la mañana.

Dobló la esquina y miró bien dónde ponía los pies cuando subió por la orilla hasta el depósito de mercurio. Era una subida empinada. Ninguna inundación repentina del río iba a llegar hasta su precioso mercurio. Entonces escuchó algo. No era el llamado de los búhos ni el canto de los arrendajos, ni los crujidos y chirridos de los insectos. Era un sonido humano. Levantó la vista de sus pies, perplejo. Había alguien en el galpón del depósito. Podía ver la luz de un farol de mano en la ventana. Quizá Ryder también había decidido acercarse a mirar el mercurio, aunque dada la forma en que había estado mirando a su esposa junto al fuego, parecía poco probable.

Rusty resopló, un poco triste por no poder estar a solas con su hermoso mercurio, pero todavía demasiado embriagado por la bebida y el éxito inminente como para sentir otra cosa que no fuera felicidad. Empujó la puerta de madera. Habia un hombre inclinado en la base del tanque de azogue. En un primer momento, Rusty no

pudo darse cuenta muy bien de qué era lo que estaba mirando. El hombre jugueteaba con la llave del fondo del tanque de piedra.

—¡Oye! ¡No hagas eso! Se va a derramar. —El hombre levantó la cabeza, y Rusty sonrió ante aquel rostro familiar. Se relajó—. Por un momento me asusté. —Tuvo un hipo—. ¿Por qué no estás en la cama?

El hombre se movió rápido. Antes de que Rusty pudiera reaccionar, se puso de pie de un salto y cargó contra él. Rusty cayó hacia atrás y se quedó sin aire en los pulmones. Dejó caer la antorcha y la oscuridad se hizo intensa. Lo único que podía ver era el brillo del azogue, iluminado por la oscilante lámpara de mano. Rusty se echó a reír. Todo el asunto era ridículo.

—¿A qué estás jugando?

Fuertes brazos lo levantaron por el cuello y se dio cuenta de que lo estaban arrastrado hacia el tanque.

—¿Qué estás haciendo? —jadeó. Entonces sintió que lo levantaban. Darse cuenta de lo que estaba sucediendo hizo que reaccionara de repente su conciencia aturdida.

—¡No! ¡Por el amor de Dios, hombre! ¡No!

Fue arrojado de espaldas por sobre el borde alto, y el metal líquido se movió a su alrededor. Buscó salir a la superficie, todo su cuerpo resistía, envuelto en un terror blanco.

—¡No! ¡Por favor! ¡Sácame! ¡Sácame! —Se agarró el costado del tanque con la mano derecha, luego gritó desesperado y se soltó cuando algo pesado y de hierro se estrelló contra sus dedos. Cayó hacia atrás y sintió que el metal se le metía en la boca. Escupió y gritó de nuevo. El metal lo rechazaba, lo empujaba hacia arriba. Resbaló, sacudió brazos y piernas, y cayó hacia atrás. Pudo gritar. Una mano lo agarró por los tobillos y lo arrastró hacia arriba. Rusty golpeaba a izquierda y derecha, pero su cabeza era empujada hacia abajo en el mercurio. Podía sentirlo, frío y ágil, metiéndose por entre la ropa, en las orejas, apretándole la piel del pecho, abriéndose paso por entre los párpados y helando la suave materia húmeda de los ojos. No podía agarrarse de los lados del tanque. Recordó haber visto cómo se hacían aquellos muros, de darles instrucciones a los obreros para que los hicieran bien lisos a fin de que no quedara allí atrapado nada del precioso mercurio. Recordó el calor del sol de Abisinia, el ruido de las herramientas de piedra,

el movimiento de la hierba por la brisa junto al río, el sonido de los picos que llegaba desde más arriba en la pendiente y alguien que gritaba su nombre. Sintió que se daba vuelta y sonreía mientras Ryder caminaba hacia él por la orilla del río, llevando agua para él y sus trabajadores. Le puso el recipiente en la mano y le sonrió. Rusty lo tomó y bebió. Su boca se abrió y el azogue se derramó en él y a través de él. En esos momentos finales de dolor indescriptible, parecía que existía otro Rusty, que observaba, un poco triste, con el agua fresca en la mano y el brazo de Ryder Courtney descansando sobre sus hombros, de qué manera este otro hombre mortal se estaba deshaciendo por el metal, partido como el mineral en el que había trabajado durante tantos años, separando su base de los elementos preciosos.

Rusty escuchó, como en un sueño, a su asesino, llorando y diciendo una y otra vez:

—Lo siento, lo siento.

Su cuerpo dejó de agitarse. En su visión desvanecida miró al cielo africano, y su último pensamiento fue para su implacable belleza.

Amber se había ido a dormir soñando con lo aprendido con el cantante sobre el estilo «cera y oro». Haber obtenido el aplauso suave de aquel hombre errante le había producido una explosión de orgullo que le dio calor a medida que la noche se hacía más fría.

Cuando se despertó sobresaltada en la oscuridad, su primer pensamiento fue: «¿Por qué tengo miedo?». Bajó las piernas de la plataforma para dormir y se echó a los hombros un chal. Luego fue hasta la puerta de la choza. Vio a Ryder en el centro del complejo junto a los cálidos restos del fuego. Tenía una antorcha levantada más arriba de la cabeza. Las llamas se movían y se encogían como si no quisieran enfrentarse a las frías brisas de la noche.

—¿Escuchaste eso? —preguntó él.

—Algo me despertó —explicó ella y señaló hacia la curva del río —. Venía de la mina.

Ryder coincidió con un movimiento de cabeza.

—Quédate aquí, al-Zahra.

—¿No quieres que despierte a algunos de los hombres?

—Puede que no sea nada. Quédate aquí y espera a que yo diga algo. Gritaré si necesito ayuda. —Se fue de inmediato, dando pasos largos y seguros. Amber lo observó alejarse. Apenas un par de horas antes había estado cantando y contando historias, riendo con sus hombres hasta que Saffron lo apuntó con el dedo. Él la levantó y la llevó a su cama, todavía riéndose y fingiendo que podría dejarla caer, por lo que Saffron también comenzó a chillar y a reír como tonta. Y, en ese momento, se movía como un hombre que jamás hubiera tocado una bebida fuerte en su vida. Desapareció en la oscuridad más allá del recodo del río, y Amber caminó despacio hacia el lugar donde el sendero bajaba abrupto hacia el agua. Por ahí había una media docena de tocones y troncos de árboles, desenterrados cuando estaban haciendo y rehaciendo los jardines, o sustraídos de los trabajos en la mina. Aquel espacio se había convertido en el lugar de reunión no oficial de las mujeres del

campamento, un rincón para descansar y chismorrear entre una obligación y otra. Llegó de memoria hasta uno de los troncos y acercó las rodillas a su cuerpo para envolverlas a ellas también con el chal. Los días en esos lugares eran calurosos, pero las noches eran frías. Podía sentir que llegaba la mañana, aunque la noche aún era muy negra. Pronto el repentino amanecer africano se derramaría por el valle, y se iban a ir encendiendo los fuegos para cocinar.

El río canturreaba con suavidad sobre las piedras, y un súbito pavor le apretó el corazón. Supo que algo muy malo había ocurrido.

Escuchó el chapoteo de las botas de Ryder en las aguas poco profundas.

—¡Tadesse! —gritó él cuando apareció después de la curva. Ella pudo ver que Ryder cargaba a alguien sobre los hombros. Amber se puso de pie de un salto y corrió hacia él. Detrás de ella escuchó los ruidos de la gente que salía de sus casas, gritos y súbitas plegarias. Ryder pasó junto a ella, y ella gimió y estiró la mano cuando reconoció el cabello rojo y la delgada figura de Rusty.

Ryder lo depositó junto a las cenizas del fuego. El amanecer se iba haciendo más brillante segundo a segundo, y Amber vio que la primera luz del sol atrapaba los brillos del mercurio en gotas entre la ropa de Rusty, en el cabello, alrededor de la nariz. Cuando Ryder lo dejó en el suelo, unas gotitas resbalaron por sus mejillas como lágrimas de plata. Tadesse llegó corriendo, descalzo y con el pecho desnudo. Patinó hasta detenerse junto a Rusty para quedar en cuclillas. Ryder le dijo algo urgente y en voz baja en amárico. Demasiado rápido para que Amber pudiera entender. Tadesse tomó el pulso y sacudió la cabeza. Se inclinó y respiró en la boca de Rusty. Ryder tenía las manos en su propio cabello y se agarraba los lados de la cabeza como quisiera aplastar su propio cráneo. Tadesse apoyó todo su peso en el pecho de Rusty, y Amber observó con horror que el mercurio manchado con sangre negra brotaba y salía de la boca de Rusty. Tadesse giró la cabeza de Rusty hacia un lado y la mezcla cayó al suelo, pero sus ojos permanecieron inertes, con la mirada fija.

Tadesse le golpeó el pecho y respiró en su boca otra vez. Una vez, dos veces. Luego se apartó y escupió. Alguien le alcanzó un vaso de *tej* y Tadesse se enjuagó la boca. Escupió otra vez en el suelo. Volvió a tomarle el pulso a Rusty, luego se dio vuelta y se

sentó con los brazos alrededor de las rodillas.

Ryder dejó escapar un rugido, un grito de tanta ira y dolor que Amber se tapó los oídos. Todos en el complejo de viviendas estaban ya despiertos, y el suelo se iluminaba con una luz color miel. Entre los allí reunidos se oyeron murmullos y exclamaciones de consternación. Algunas de las mujeres comenzaron a llorar y, al verlas, los niños hicieron oír sus gemidos. Saffron salió de su choza, con Leon que se movía en sus brazos, y al mirar a su marido y al cuerpo, soltó un repentino sollozo y se tapó la boca. Dan y Patch se abrieron camino a los empujones por entre los trabajadores y se quedaron mirando horrorizados. Dan cayó de rodillas y Patch golpeó la pared de la iglesia con tal fuerza que la rompió, y el ruido resonó como un disparo de rifle. El sol naciente iluminó a la gente reunida alrededor del cadáver, haciendo brillar el plateado del mercurio, la sangre negra era una sombra en la piel brillante.

Lo enterraron ese mismo día. El joven sacerdote encabezaba el cortejo. Ryder, Patch, Dan y los dos aprendices y asistentes de Rusty llevaban el cuerpo, envuelto en tela blanca y cargado en un tejido de mimbre, colina arriba, en el otro lado del valle. Por alguna razón sintieron que querían enterrar a Rusty en lo alto y frente a Madre, desde donde podría vigilar todo el complejo minero, tanto las viviendas como la mina. Detrás de ellos, iba una media docena de mineros con palas al hombro, y luego todos los demás. Amber y Saffron caminaban juntas en medio del grupo, sin decir nada. La subida era empinada y, a mitad de camino, Tadesse tomó a Leon de los brazos de su madre y lo montó sobre sus propios hombros. Todos vestían de blanco, y parecían un rebaño de cabras subiendo la colina. En un pequeño sector llano cerca de la cima, con sombra y verde por las lluvias recientes, los hombres cavaron la tumba de Rusty y lo colocaron en ella, todo acompañado por las oraciones del sacerdote y las respuestas de los demás. La tierra roja manchó el algodón de las túnicas de los sepultureros, de modo que parecían ribeteadas con sangre seca. Los niños arrojaron flores sobre el cuerpo, azul profundo y púrpura sobre el blanco sudario y, con suma delicadeza, fueron echando la tierra sobre él.

Cuando todo terminó, la gente se dio vuelta y comenzó a hacer el camino de regreso por la ladera, Amber y Saffron entre ellos. Pero Ryder no hizo ningún movimiento para irse. En cambio, se

sentó sobre la hierba, sacó un cigarro del bolsillo y lo encendió. Una vez que soltó la primera bocanada de humo en la brisa, dijo:

—Está bien, muchacho, puedes venir a hablar conmigo.

La cabeza de Tadesse se asomó por encima del pronunciado declive de la colina.

—Ahora puedo entender por qué el kudú no puede esconderse de usted, señor Ryder.

Ryder no respondió, solo expulsó otra nube de humo y la vio alejarse.

—Quería hablar con usted a solas, señor Ryder, pero no al lado de la tumba del señor Rusty.

Ryder se apoyó en los codos e inclinó la cabeza hacia atrás para que el sol le diera en la cara.

—Si has venido a hablarme de su muerte, creo que este es un lugar tan bueno como cualquier otro, Tadesse.

El delgado jovencito se sentó a su lado, con las piernas cruzadas, y comenzó a trenzar hierbas delante de él.

—Dicen que fue un accidente. Que estaba borracho y se cayó en el tanque y no pudo salir.

—¿Y tú qué dices? —preguntó Ryder.

El chico pasó otra vez los dedos por entre la hierba y, luego, la soltó.

—Yo ayudé a preparar su cuerpo para el entierro. Lo observé. Los dedos de su mano derecha estaban quebrados, como si… —Hizo el gesto de algo que corta el aire.

Ryder sintió un nudo en la garganta.

—¿Como si los hubieran golpeado con algo cuando trató de salir del tanque?

—Algo como una… palanca de hierro —supuso Tadesse.

Ryder no dijo nada. Cuando volvió a inspeccionar el depósito de mercurio, encontró que la llave estaba medio abierta y la mayor parte del precioso metal líquido se escurría hacia el interior de la tierra. Él y un par de los otros hombres habían regresado para recuperar lo que pudieran cuando se dieron cuenta de que Rusty estaba muerto, y pensaron que la llave se había abierto cuando Rusty se había caído en el tanque. Pero en ese momento había que considerar otra escena más oscura. Un acto de sabotaje interrumpido por Rusty y luego por la propia llegada de ellos. Se

pasó las manos por el pelo espeso y oscuro. Había hecho y descartado una serie de planes desde que había llevado el cuerpo de Rusty al complejo, pero todos se reducían a una sola cosa. Sin el conocimiento y la experiencia de Rusty, iba a ser casi imposible usar siquiera el azogue que habían dejado. Se había quedado junto a la tumba porque necesitaba pensar cómo les explicaría a su familia y sus trabajadores que la muerte de su amigo les haría retroceder meses, tal vez años.

—Señor Ryder, creo que las colinas no quieren renunciar a su plata para dársela a usted.

Tadesse se puso de pie, y cada vez que Ryder pensaba en Tigray después de ese día, esa era la primera imagen que le venía a la mente: Tadesse, con el cayado en una mano, su chal blanco sobre los hombros, la mirada fija en los picos de imposibles subidas y bajadas en medio del ligero aire de la montaña. Un niño pobre con el porte digno de un rey.

Ryder apretó los puños.

—La voy a sacar, Tadesse. Por Rusty, por mi familia, por mi. No voy a permitir que me saquen de este lugar con amenazas y acosos. Esto es mío, y yo seré el amo.

Tadesse miró hacia atrás por un momento. Su mirada era fría y muy analítica. Luego emprendió el camino de regreso a las chozas.

Para cuando Ryder lo siguió de regreso al río y a su hogar, su mente ya se había aclarado. Estaba seguro de que los trabajadores que había reclutado para la mina eran leales, pero si alguno de ellos había llevado consigo al campamento las supersticiones relacionadas con el trabajo del metal, y estas eran la causa del sabotaje y la muerte de Rusty, él lo iba a descubrir. Iba a interrogar a cada uno de los hombres y a sus esposas, y ante la menor sospecha, el trabajador y su familia serían despedidos de inmediato. Él exigía la total lealtad de aquellos que trabajaban para él, y la iba a tener. También tenía que volver a completar sus reservas de mercurio y encontrar una manera de usarla. Ryder sabía que un hombre de la inteligencia de Rusty no podía reemplazarse, pero su amigo había hablado a menudo y en detalle sobre el proceso mientras elaboraban sus planes. El único problema era el tiempo. No pensaba abandonar el complejo hasta haber interrogado a los trabajadores y estar seguro de su lealtad, pero necesitaba ese

azogue de inmediato.

—Iré yo a Massawa —se ofreció Patch, dejando el cuerno lleno de *tej* sobre la tosca mesa de madera en la choza de Ryder cuando este terminó de comunicarles a él, a Dan, a Saffron y a Amber su decisión—. El único problema es el idioma. Y el dinero en efectivo.

Amber estaba acurrucada en el banco de tierra más alejado del fuego. Cuando Patch terminó de hablar, se puso de pie y se acercó a los otros en la mesa.

—Yo iré contigo. Conozco la lengua y tengo el dinero.

Ryder frunció el ceño.

—No aceptaré dinero de mi cuñada. Sabes que no lo haré.

Ella se apoyó en la mesa, y la luz del fuego proyectó suaves sombras sobre su cara.

—No es caridad. Es una inversión en la mina. Tú y Saffron pueden redactar los papeles mientras estemos de viaje. No te preocupes, Ryder. Es solo una participación minoritaria. Yo no sabría decirte cómo manejar las cosas aquí, y ni siquiera lo intentaría, pero creo en ti y en lo que estás haciendo. Los jardines pueden arreglárselas sin mí durante unas semanas.

Ryder miró a su esposa. Leon estaba acurrucado en su regazo durmiendo plácido.

—Ella puede, Ryder —aseguró Saffron. Y a ti te necesitamos aquí.

—Entonces eso haremos —respondió él y vació su jarro.

—¡Santo Cielo! —exclamó Evelyn Baring, el cónsul general de Egipto, mientras revisaba la gruesa carpeta que Sam Adams había depositado sobre su escritorio—. Creía que ya pocas cosas en el mundo podrían sorprenderme, coronel. Pero veo que me equivocaba.

Estaba mirando una fotografía con atención. Era una de un paquete de varias docenas dentro de la carpeta. Mostraba a una mujer corpulenta, desnuda, salvo por su extravagante sombrero de plumas, zapatos de tacón alto y medias, que estaba siendo servida por un hombre de mediana edad. Su rostro y su figura eran bien conocidos por todos los súbditos de la reina Victoria. No estaban solos en la fotografía. Al parecer, vitoreaba al hombre una media docena de hombres y mujeres en diversos estados de desnudez. Una de esas figuras estaba vestida con una amplia falda y blusa ceñida, y también tenía barba. Era un rostro bien conocido para todos los estudiosos de la política.

—No es de extrañar que el duque de Kendal siempre haya conseguido las mejores condiciones que ofrece el gobierno —comentó Baring, y volvió a poner la fotografía en el paquete.

Sam estaba de pie, con las manos atrás y la mirada fija en el retrato de la reina sobre la cabeza de sir Evelyn.

—Sí, señor. Al recorrer el… material proporcionado, parece que el duque era el propietario en las sombras de varios burdeles en París, los más exclusivos de su tipo. Las cámaras fotográficas estaban, sin duda, escondidas entre las paredes. Solo eran necesarios uno o dos espejos falsos, una mirilla, y así él podía hacer los arreglos para obtener estas imágenes cuando la víctima elegida decidiera visitar sus establecimientos.

—Me pregunto a quién más habrán atrapado —reflexionó Evelyn. Sacó otra fotografía del paquete y empalideció de forma notoria—. Dios mío, ¿es eso…? ¿Y eso es un…? —Rápido, la volvió a poner en su lugar—. ¿Y eso se supone que es placentero?

—No sabría decirlo, señor. —El tic tac del reloj se oía muy fuerte. Después de una intensa pausa, Sam se aclaró la garganta—. En cuanto a otros personajes que pudieran haber sido atrapados, señor, me informaron que salió una cantidad significativa de mensajes codificados de los consulados de Italia, Alemania y Estados Unidos poco después de que me entregaron esto.

Evelyn Baring cruzó las piernas y miró por la ventana hacia el azul ardiente del cielo de El Cairo.

—Y usted cree que esto es obra de Ballantyne, ¿verdad?

—Así es.

—¿Por qué no nos dio todo el material a nosotros directamente? Habría sido muy útil para el gobierno, una vez que se hubieran destruido estos horrores, por supuesto, tener semejante material sobre nuestros primos europeos —reflexionó sir Evelyn.

Sam sacudió la cabeza.

—Ballantyne no trabaja para nosotros. Su objetivo era destruir al duque de Kendal. Tengo entendido que se han enviado a los periódicos las pruebas de algunos de los delitos del duque (el asesinato y el chantaje a dirigentes sindicales y otros). Penrod nos envía este material a nosotros y a los demás consulados para demostrar que no le interesa ni le sirve para nada. —Sam se movió incómodo. Las viejas heridas en sus piernas parecían dolerle mucho más cuando pensaba en Penrod Ballantyne—. Su intención es tranquilizarnos.

—Qué magnánimo de su parte —dijo Baring con frialdad—. ¿Y qué hay del duque?

—Con su permiso, me gustaría pasar por su residencia en persona y tan pronto como sea posible.

Baring asintió y cerró la carpeta. La empujó hacia Sam.

—Por supuesto. Pero antes, me gustaría que primero quemara esas fotografías. Hágalo usted mismo, Sam. Y entierre las cenizas.

Sam hizo lo que se le pedía y, luego, acompañado solo por su ayudante, se dirigió a la residencia del duque. No había guardias en los portones de ingreso, y ya desde el camino Sam pudo ver que las ventanas estaban cerradas. Atravesó los jardines sin que lo detuvieran y subió la amplia escalinata, pensando en la ocasión en que había estado ahí con Ballantyne. La puerta estaba entreabierta. Sam gritó para anunciarse, pero la casa estaba en silencio. Pudo ver

que habían saqueado el lugar, había un espejo roto en el suelo, los cajones de las pesadas mesas auxiliares del recibidor estaban desparramados y vacíos. Se veían algunas ropas esparcidas por las escaleras. Imaginó a todos los solemnes sirvientes del duque agarrando todo lo que pudieran y huyendo de allí.

Se volvió hacia su ayudante.

—Vuelve a la calle. Busca a ver si puedes encontrar a alguien que haya visto lo que pasó aquí.

La puerta del estudio del duque estaba cerrada con llave. Sam vio las manchas de sangre en la pared y encontró un cuerpo con una flecha en la garganta que habían llevado rodando hasta el salón. Aquella habitación también había sido saqueada. No quedaba allí ningún objeto de valor. Sam pensó en los sirvientes yendo y viniendo por encima del cadáver.

Su ayudante fue rápido. Un aguador había visto a dos criados de la casa llevándose uno de los corceles del duque. El caballo iba cargado con sacos de ropa empacados con prisa y, molesto por verse tratado como una bestia de carga, se soltó y galopó hacia las afueras de la ciudad. Los sirvientes lo siguieron y luego se detuvieron para recoger los tesoros que el animal había logrado quitarse del lomo.

—Muy bien —dijo Sam—. Ahora derriba la puerta del estudio.

Encendió un cigarro mientras el hombre pateaba la cerradura hasta que se rompió y cedió. El ayudante entró a la habitación a los tumbos por el impulso de su patada final. Sam lo escuchó maldecir y contener arcadas. Aspiró otra bocanada de su cigarro, luego empujó la puerta para terminar de abrirla. Sentado en uno de los sillones de cuero verde, ante la puerta, había un cuerpo. Llevaba puesto un traje de noche, y había una escopeta caída sobre la alfombra turca a su lado. Tenía el rostro borrado, no era más que un montón de piel y fragmentos de huesos. La pared detrás de la silla estaba salpicada con una gran columna de sangre y restos de sesos.

—Si va a vomitar, capitán, hágalo afuera —sugirió Sam, y luego se acercó al cadáver. Las manos descansaban sobre las rodillas, con las palmas hacia arriba. Eran manos blancas y delicadas, con un anillo de sello, de oro, en el dedo meñique. Sam dio vuelta la mano izquierda, sintiendo la rigidez de la muerte, y miró el escudo del

duque grabado en el anillo. Levantó la solapa de la chaqueta y palpó con cuidado el bolsillo interior. Una billetera con monograma y unas cien libras en ella. Sam no encontró nota alguna de ningún tipo. Solo vio la caja fuerte oculta, que ya no lo estaba. Estaba abierta y vacía, lo cual era, en cierto modo, supuso Sam, una nota suficiente. Fumó una larga pitada y se dio vuelta para dirigirse a su descompuesto ayudante.

—Informe a las autoridades civiles y ponga un guardia afuera para evitar más saqueos. ¿Cómo se llamaba el secretario del duque?

El ayudante todavía estaba pálido, pero logró responder.

—Carruthers, señor.

—Ah, sí. A ver si puedes averiguar dónde se ha metido.

El ayudante saludó y luego salió de la habitación a la mayor velocidad posible. Sam examinó el rostro destrozado del cadáver.

—Me alegro de nunca haberte hecho enfadar en serio, Penrod —dijo, hablando a esa habitación sin vida. Luego se retiró para preparar su informe al consulado.

Amber no se dio cuenta de lo sola que había estado en el complejo minero hasta que se encontró de vuelta en Massawa. Ella y Patch habían viajado con el hijo de Ato Asfaw, Fassil, para que los guiara, y con la esposa de este, Subira, para actuar como asistente y acompañante de Amber. Amber había insistido en que no necesitaba a ninguno de los dos, pero Asfaw se mostró firme. Su sentido del decoro no podía permitir nada menos que eso. Los ojos de Subira se abrieron enormes al ir acercándose a la ciudad, que brillaba a la orilla del agua en aquel calor como un espejismo en el desierto. Y se abrieron más todavía cuando vio a las mujeres italianas, las esposas de los oficiales destinados en esa ciudad, con sus corsés y sus botitas de tacón, y el pelo recogido en lo alto de sus cabezas.

Ato Bru les dio una cálida bienvenida, y cuando se enteró de la muerte de Rusty, bajó los ojos y unió las manos para ofrecer una oración silenciosa por el alma de su amigo. Insistió en que se hospedaran ellos y sus guías en sus propias y bien equipadas instalaciones. Después de descansar y alimentarse, Amber y Patch se pusieron a trabajar. Arreglar una línea de crédito con las cuentas de Amber en Inglaterra era bastante sencillo, luego Patch comenzó la tarea de aprovechar toda la buena voluntad que Rusty había creado

en la oficina de telégrafos para encontrar otro proveedor de mercurio y organizar su transporte.

—Esto va a llevar un mes, señorita Benbrook —dijo al regresar después de su primer día en el telégrafo, ya acomodado en un sillón de mimbre en la terraza del comedor de Ato Bru—. Al menos los hombres allí hablan inglés, así que no necesito que usted me traduzca.

—Entonces buscaré a alguien que entienda sobre mercurio —anunció jovial Amber y tomó un sorbo de té. Sintió que Patch la observaba, con la boca ligeramente abierta, y levantó la vista otra vez—. ¿Qué pasa, Patch?

Respiró hondo y se rascó las cicatrices rosadas en el lado derecho de la mandíbula.

—Es que… No puedo dejar de preguntarme, señorita Amber. Usted ganó todo este dinero con su libro. ¿No le gustaría irse de este país y vivir su propia vida? Sé que ama a su hermana, y que ella y Ryder van a quedarse en Tigray, pase lo que pase, pero ¿por qué usted debería quedarse enterrada en estas desoladas tierras?

Amber pensó en el salvaje sobresalto de placer y excitación que había sentido al entrar de nuevo a una ciudad, incluso a una tan pequeña y alejada del mundo como Massawa. Luego pensó en los paisajes y los sonidos de El Cairo, y en la efervescencia del champán en la lengua. Patch tenía razón, tenía el dinero suficiente como para ir a cualquier lugar, y su libro le había brindado admiradores en todas las capitales europeas. Por un momento la idea brilló llena de promesas, luego pensó en Penrod. Él estaba por ahí en alguna parte, lo más probable, ya casado con lady Agatha. No podría soportar verlos juntos, y el temor de llegar a verlos arrojaba sombras profundas sobre cualquier vida fantástica en El Cairo, en Londres o en París que su mente pudiera evocar. En Tigray, al menos estaba libre de ese miedo.

Sacudió la cabeza.

—No te preocupes por mí, Patch. Tengo muchas cosas que hacer.

Transcurrieron tres semanas de pacientes averiguaciones hasta encontrar al hombre que Amber necesitaba. Stefano Di Moze era un comerciante que se había criado en el pueblo de minas de plata de Argentiera, en Cerdeña y había estudiado ingeniería química

durante algunos años antes de dedicarse a su actual profesión. Amber no pudo persuadirlos ni a él ni a su esposa para que se trasladaran a Tigray, pero se las arregló para comprarle unas cuantas obras técnicas, recuerdos de sus estudios, que incluían informes y tablas útiles sobre el uso del azogue. Amber estaba tan encantada de tenerlas, junto con un montón de viejos diarios y un volumen llamado *Metalurgia entre los antiguos*, que el hecho de que todos estuvieran escritos en italiano parecía apenas una dificultad menor. La esposa de Stefano, Valentina, insistió en regalarle a Amber un diccionario italiano-inglés. La esposa inglesa de un oficial le regaló una *Gramática de la lengua italiana organizada en veinte lecciones*, y un par de otros libros bastante usados. Valentina también puso en sus manos un ejemplar de *Los novios* de Alessandro Manzoni en italiano.

—Porque es imposible —le dijo, moviendo las manos en el aire — que aprendas mi hermoso idioma leyendo solo libros como *Nuovo trattato di chimica industriale*.

Estaban tomando el té juntas y hablaban de los últimos arreglos para el viaje de Amber de regreso a la Mina Courtney cuando Valentina le puso en las manos un periódico inglés.

—Amber, espero que no pienses que soy una entrometida. Leí tu libro con mucho placer y tengo amigos en El Cairo que me contaron algunas cosas de esta lady Agatha y de qué modo estuvo… enredada en tus asuntos. Pensé que tal vez no te enteraste del triste final de ella y de su papá.

Amber no respondió y dejó la taza de café. Le temblaban las manos cuando tomó el periódico de su anfitriona. Tuvo que leer tres veces antes de que las palabras empezaran a tener sentido. Lady Agatha estaba muerta, su padre se había suicidado y su imperio se había derrumbado en medio del escándalo. ¡Agatha muerta! Tuvo una extraña sensación de lástima. Después de todo, Amber no podía culpar a su bella rival por amar a Penrod.

—¿Te sientes bien, Amber? ¿Hice mal en mostrarte esto?

Amber apartó los ojos del periódico. La cara de su anfitriona se veía tensa, preocupada.

—No, no. Gracias, Valentina. Me alegro de que me lo hayas mostrado. Pero debo admitir que es un impacto muy grande.

Tuvo que leer el artículo de nuevo antes de llegar a entender lo

que aquellos párrafos redactados con sumo cuidado insinuaban: que lo que había hecho el duque de Kendal había llevado a la muerte de lady Agatha, y que el derrumbe de sus negocios parecía ser el acto de algún ángel vengador. Amber no tenía duda alguna en cuanto a la identidad de ese ángel vengador. Aquello era obra de Penrod. Nadie que no fuera él podría haberlo logrado. Sintió un estallido de orgullo en el pecho, luego una confusión de dolor al pensar en que aquello tan notable lo hizo por Agatha. Se mordió el labio. ¿Dónde estaría él en ese momento? Sin poder evitarlo, se imaginó a sí misma sentada en la galería, no de esa casita en la hacinada y reseca Massawa, sino en la del Hotel Shepheard, observando a Penrod que pasaba por ahí, y el momento en que él se daba vuelta para mirarla.

«Saffron lo entenderá», pensó para sí. «Además, Ryder es tan bueno para los idiomas que al final va a entender esos libros. Ojalá pudiera ver a Penrod una vez más…»

—¿Puedo quedarme con esto? —dijo por fin, y Valentina asintió.

Durante otra media hora estuvieron hablando acerca de los mejores lugares en Massawa para comprar semillas para el jardín de Amber, hasta que llegó el momento de despedirse con un apretón de manos y alegre cordialidad. Amber emprendió el regreso a las instalaciones de Ato Bru moviéndose entre los parloteos y el bullicio del mercado. Solo se detuvo para reservar su pasaje en el siguiente barco que regresara a El Cairo.

La noche antes de zarpar, Amber le escribió una larga carta a su hermana y otra más breve a Ryder, donde le explicaba los libros que había comprado y dónde debían sembrar las semillas que le enviaba adjuntas. No porque Ryder fuera a hacerlo él mismo, sino porque estaba segura de que él pondría a alguien responsable a cargo de sus jardines… Tadesse, tal vez. Luego tuvo una alegre cena de despedida con Patch y Ato Bru. Una hora antes de que el vapor zarpara, estaba sentada en el salón de primera clase, con un vaso helado de agua mineral delante de ella, su bolso de viaje bien guardado y una sensación de alegre entusiasmo que le burbujeaba en la sangre. Había estado observando la actividad en la costa durante un rato cuando un camarero con librea le ofreció una ejemplar doblado del *Pall Mall Gazette*. Ella lo recibió y le encantó

el contacto con las crujientes páginas impresas sin leer. Todos los periódicos que les llegaban a las tierras altas habían pasado por cien manos antes de que ellos los vieran, de modo que tener un ejemplar limpio solo para ella le pareció un lujo extravagante. Pasó algunas páginas, tarareando con suavidad por lo bajo mientras lo hacía, hasta que se detuvo de repente.

«¿Otra víctima?», decía el titular. El informe era de apenas unos pocos párrafos. Una mujer, la señora Gloria Martin, y su hijo habían sido asesinados en las afueras de la ciudad de San Francisco. La casa donde fueron encontrados había sido alquilada por un hombre que trabajaba para el duque de Kendal, y se decía en el barrio que no habían visto ni a la madre ni al hijo en varios meses. El periodista especulaba que podrían haber estado cautivos por alguna razón. Una minuciosa inspección de la casa no reveló pista alguna sobre el destino del asesino, aparte de un telegrama desde El Cairo fechado el mismo día en que Kendal se voló los sesos. Decía: «Quemen todo y váyanse».

Amber se sintió descompuesta. Recordó dónde había visto antes el nombre de la víctima, Gloria Martin: en el reverso de la postal fotográfica que se le cayó a Dan justo antes de que Rusty fuera asesinado. La postal tenía un mensaje que decía: «dependemos de ti», escrito con letra temblorosa en el reverso. Amber tuvo una extraña sensación, como si una llave acabara de girar en su mente y se abriera una puerta que arrojaba una luz clara y brillante sobre todo lo sucedido en los últimos meses. Era Dan. Habían chantajeado a Dan para asegurarse de que la mina fallara y habían utilizado a esa mujer para obligarlo a cumplir. Él había intentado convencerlos de que la misión estaba condenada al fracaso, y cuando Rusty logró llevar el mercurio, con lo que la mina podía llegar a ser un éxito, entonces —Amber casi se atragantó cuando se dio cuenta—, él lo había asesinado.

El camarero de librea oyó un estruendo detrás de sí y miró hacia atrás. La hermosa joven a quien le había entregado el periódico hacía solo unos minutos había desaparecido, derribando su silla en su prisa por irse. Levantó las cejas y se acercó a la mesa para volver a poner la silla sobre sus patas. El hielo en el vaso de agua mineral crujió, y un movimiento en la pasarela del barco le llamó la atención. La joven bajaba corriendo de regreso a tierra y sostenía su

ancho sombrero de paja en la cabeza con la mano enguantada. La gente que esperaba para abordar le abrió paso y ella desapareció para volver a la ciudad.

Ryder exigió mucho a su gente en las semanas posteriores a la muerte de Rusty, y como nadie trabajaba con más dedicación que él mismo, los hombres se allanaron y respondieron a la tarea que tenían por delante con una determinación que coincidía con la de él. A dos hombres que él creía que pensaban que la mina estaba maldita les ordenó que abandonaran el lugar. Estaba seguro de que podía confiar en los hombres que se quedaron con él.

Se suspendieron las operaciones bajo tierra y todos los esfuerzos se centraron en la construcción de las instalaciones de procesamiento de acuerdo con lo que recordaban de las instrucciones de Rusty. Lo primero fue la arrastra, el molino que consistía en un pozo circular poco profundo de unos tres metros y medio de diámetro, donde el mineral triturado y clasificado sería molido para luego agregarle azogue y agua. Dan subió por las colinas para encontrar las rocas adecuadas para revestir el pozo y las enormes piedras de moler que las mulas iban a arrastrar por sobre el mineral hasta reducirlo a una pasta fina. Regresó a los tres días, después de encontrar un lugar más arriba en el valle de donde podían sacar los bloques de pórfido de cuarzo para luego llevarlos en balsas a la mina a medida que se necesitaran. Ryder envió una docena de sus mejores hombres y comida para una semana río arriba a fin de buscar los bloques.

Mientras estuvieron ausentes, Ryder dirigió la construcción de un canal que descendía desde la presa del León. Su diseño incluía una serie de compuertas y desvíos para que el agua pudiera distribuirse entre los trabajos de procesamiento cuando fuera necesario. El río debajo de ellos era demasiado cambiante en su flujo y su fuerza como para ser útil para lo que necesitaban, pero la pequeña presa que habían construido antes de las lluvias en un valle más alto iba proporcionar un recurso confiable para los trabajos. Durante una semana, el complejo minero resonó con el ruido de las hachas que golpeaban madera en lugar de piedra, y los

hombres regresaban a sus hogares oliendo a aserrín y resina.

Mientras se construían y probaban los canales, mientras se terminaba el revestimiento del pozo de la arrastra y se ajustaban las piedras para moler a la altura y el ángulo correctos, se empezó a trabajar en el patio, donde se iba a mezclar el mineral molido con sal, sulfato de cobre y más azogue. Los hombres y los animales iban a tener revolverlo y pisotearlo por hombres y animales cada dos días durante al menos un mes, y cuando esas semanas terminaran, la pulpa desechada se descartaría para dejar una amalgama de plata y mercurio.

A partir de entonces, el proceso se iba a convertir en uno de fuego en lugar de agua. La amalgama se transportaría al otro lado del valle, donde estaban los hornos, construidos en el lugar en el que las brisas podían dispersar las emanaciones de gases, cerca de las laderas boscosas donde se fabricaba el carbón vegetal necesario. El calor haría que el mercurio soltara la preciosa plata. Lo que quedaba se refinaba aún más a través de retortas y hornos. Entonces, y recién entonces, después de semanas de trabajo y de las reacciones del mercurio, del agua y del calor, la Mina Courtney iba a producir su primer lingote de plata. Esto sería así siempre y cuando Patch y Amber regresaran con más azogue y pudieran calcular las proporciones en que debía usarse con el mineral que se había recuperado.

Cuando estuvo seguro de que había hecho todo lo posible para estar preparado, Ryder puso a los hombres a excavar más mineral y se dedicó a observar el horizonte en busca de Patch, Amber y su precioso cargamento.

Gebre, el jefe de metalurgia de la mina que supervisaba la construcción de los hornos, y quien convertía en su propia fragua su precioso suministro de hierro en soportes, remaches, grapas y cadenas, esa noche fue a ver a Ryder en su choza.

Saffron lo recibió con amabilidad y le puso un trago en la mano, luego volvió a jugar con Leon en el rincón más alejado de la habitación; madre e hijo se pasaban guijarros y palitos con gran solemnidad. Después de una breve charla sobre el trabajo que quedaba por hacer, Gebre le entregó a Ryder un pesado rollo de tela.

Ryder lo abrió y encontró en sus suaves pliegues un sello de

hierro.

—¿Qué es esto, Ato Gebre? —preguntó mientras lo observaba a luz del fuego.

En lugar de responder, Gebre se lo quitó de las manos y apartó un poco algunos de los juncos en el piso de tierra a sus pies, luego presionó el sello en la superficie. El sello era un simple círculo alrededor de las iniciales entrelazadas «M» y «C».

—Para la Mina Courtney —explicó Gebre con timidez—. Debes estamparlo en los lingotes a medida que se enfrían. La señorita Amber me mostró las letras antes de partir.

—¿Te gusta? —quiso saber Saffron, sonriendo mientras jugaba con Leon.

—Sí —respondió Ryder y tomó el sello de las manos de Gebre—. Claro que sí. Me gusta mucho.

Oyó algo en la puerta y se dio vuelta. Dan estaba mirando desde las sombras, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Alguna noticia de Massawa, señor Courtney? —preguntó.

—Todavía no, Dan —respondió Ryder sin alterarse. Dan se había ido poniendo cada vez más malhumorado en las semanas posteriores a la muerte de Rusty y estaba comenzando a poner a prueba la paciencia de Ryder con su constante pesimismo.

—Tal vez no tengan mucha suerte por allá —agregó Dan.

Saffron se rio.

—No seas tonto, Dan. Ya conoces a Amber. Ella va a aparecer por aquí cualquier día con el mercurio y con algún hombre que sepa qué hacer con él. —Abrió grandes los ojos y se inclinó hacia adelante, hacia Leon—. ¡Y quizá también con un juguete para su sobrino!

Dan parpadeó.

—Supongo que sí. Señor Courtney, quiero mostrarle un lugar en el flanco este de Madre. Creo que puede haber otra veta allí, por lo que no habrá escasez de mineral cuando la señorita Amber y Patch regresen.

—Podemos ir con las primeras luces, Dan. —Ryder se puso de pie y le dio la mano a Gebre—. Gracias, Ato Gebre. Muy pronto vamos a necesitar este sello. Lo presiento en mis huesos.

Acompañó a los dos hombres a la salida y miró a su esposa. Había acomodado a Leon en su cuna y se estaba dando vuelta para

ir hacia él. Había un conocido brillo de deseo en sus ojos.

—¿Cómo llenaremos las horas hasta que Amber llegue a casa, Filfil? —preguntó él.

Ella avanzó coqueta sobre el suelo de tierra hacia él y le puso los brazos alrededor del cuello.

—Estoy segura de que algo se nos va a ocurrir, Ryder.

El mensajero llegó a media mañana. Saffron escuchó que la llamaban por su nombre y salió del relativo fresco de la sombra junto a la iglesia y se protegió los ojos. Un joven se acercaba corriendo por el camino al otro lado del valle con un paquete de diarios en la mano. Saffron recogió las faldas y atravesó el río chapoteando en el agua poco profunda para encontrarse con él. Lo reconoció. Era uno de los hijos de Ato Asfew, el guía de Amber en Massawa.

—¿Y mi hermana? —gritó tan pronto como él estuvo a una distancia como para oírla.

—Ya está en camino con el señor Patch —respondió el joven, jadeando, y le puso los periódicos en sus manos—. Ella fue quien me dijo que me adelantara corriendo. Para darle estos periódicos. Ella me dijo: «Dile a la señora Saffron que la mujer del artículo, la señora Martin, es la amada del señor Dan». Ella dijo: «Saffy, lee rápido. Dile a Ryder».

Saffron desdobló las hojas del diario. Primero leyó el artículo sobre el duque de Kendal, luego el segundo sobre el asesinato de la mujer y el niño cerca de San Francisco. Luego su confusión se convirtió en una terrible y fría claridad que le corrió por las venas. No necesitó preguntarse cómo era que Amber sabía acerca de la relación entre la señora Martin y Dan. Si Amber decía que esa mujer era importante para él, con eso era suficiente para ella.

—¡Oh, Ryder! —susurró. Entonces, con los periódicos en la mano, corrió hacia el río y hacia la mina.

El primer hombre que encontró fue Tesfaye, quien estaba probando el arnés en la mula que iba a arrastrar las piedras de moler en la arrastra.

—Señora Saffron, ¿está todo bien?

—Sí, sí, ¿dónde está Ryder, Tesfaye? Tengo que verlo ya mismo. ¿Y dónde está el señor Dan?

Tesfaye estaba perplejo. Habían visto tragedias y desastres en las

minas, pero nunca había visto a Saffron tan alterada.

—Están juntos, allá —respondió y señaló hacia el otro lado de la ladera—. El señor Dan llevó a su marido para mostrarle un lugar donde cree que ha encontrado más mineral.

Saffron se recogió las faldas y corrió.

El sendero que llevaba al otro lado de la ladera era rocoso y estaba llenos de espinas. Se enredaban en el cabello y la ropa de Saffron, pero ella las arrancaba y seguía subiendo, luego medio se cayó, exhausta y magullada. El sendero caía de forma brusca otra vez. Miró a su alrededor. Dan y Ryder estaban tal vez a diez metros de distancia, donde el camino se ensanchaba en otro estrecho sector llano, como un escalón gigante cortado en la ladera de la montaña. Ryder estaba agachado junto a la roca, examinando un montón de piedras, para luego mirar hacia arriba, al lugar de donde habían caído. Incluso desde donde estaba ella, Saffron pudo ver que el color de la roca era diferente, era del gris azulado del mineral que contenía plata, en lugar del color rojizo de la arenisca que lo rodeaba, pero no fue la piedra lo que le llamó la atención y le estrujó el corazón. Dan estaba parado a unos tres metros de la espalda expuesta de Ryder y ya había sacado el revólver del cinturón.

Saffron gritó y se puso de pie, luego corrió. Ryder se volvió cuando escuchó el grito de ella. Pudo ver que su esposa avanzaba con dificultad hacia ellos y, entonces, también vio a Dan con el revólver levantado, amartillado y apuntándole directamente al pecho.

Dan siguió apuntando con el arma y se dio vuelta de modo que la pared vertical del acantilado quedó a su espalda. Le gritó a Saffron por encima del hombro.

—¡Quédese donde está! Y mire hacia otro lado, señora Courtney. No puede llegar hasta aquí a tiempo. Usted lo sabe. Y lamentaría que usted viera morir a su hombre. Pero debe morir.

Saffron corrió y pasó junto a él para caer en los brazos de su esposo.

Ryder le gritó.

—¡Saffy, apártate! No te atrevas a ponerte delante de un arma por mí —exclamó.

—No me aparto. Si quiere matarte, tendrá que matarme a mí

primero —aseguró jadeando.

Dan seguía apuntándoles con su arma. Parecía lamentarlo, pero estaba decidido.

—No quiero dispararle a usted, señora. Pero lo haré.

—¡Dan! ¡Se acabó! —gritó Saffron—. Ellos están muertos y matar a Ryder no va a salvarlos.

Dan se echó hacia atrás, como si ella lo hubiera golpeado.

—Por favor, Dan, si alguna vez has sentido algo de aprecio por nosotros, escúchame. —Saffron apenas podía hablar, apenas podía pensar. Sentía que sus palabras le estaban destrozando los pulmones. Solo podía ver esa pistola. Sintió las manos de Ryder sobre los hombros. Ella sabía que él la iba a hacer a un lado apenas viera que el dedo de Dan apretaba el gatillo, que el disparo de la poderosa pistola iba a darle a él en el pecho y lo iba a destrozar a menos que Dan la escuchara a ella en ese momento.

—¿Qué está diciendo? —reaccionó Dan, todavía mirando por encima del hombro de ella a Ryder.

—Gloria Martín y su hijo James. Los encontraron asesinados en San Francisco. ¿Quiénes son?

—Mi hermana y su hijo —dijo Dan con voz apagada.

—¡Oh, Danny! —exclamó Saffron y se tapó la boca.

Dan volvió a levantar el revólver, pero le temblaba la mano.

—¡Usted miente! ¡Trata de engañarme! No pueden estar muertos. Me lo prometieron. Se me acercaron en Massawa, después de que el vapor se hundió. Dijeron que tenían a Gloria, pero si hacía lo que ellos me decían… —Apuntó el arma directamente a Saffron —. Usted lo descubrió de alguna manera, señora. Y ahora trata de engañarme para salvar a su hombre. No lo logrará.

—Amber hizo que un mensajero llegara antes que ella, Dan, con estos periódicos. Dijo que la señora Martin era tu amada. No se cómo se enteró ella, pero ¡mira! —Levantó la mano con el periódico apretado en el puño, como si de ese modo pudiera detener la bala.

—La fotografía —dijo Dan en voz baja—. Yo tenía su fotografía, y una de las chicas me la devolvió… La señorita Amber debió haberla visto… —El revólver tembló un poco.

—¿Qué demonios está pasando? Explícame esto, Saffy —exigió Ryder con urgencia. Él le puso el brazo alrededor de ella y ella se aferró a él. Pudo sentir los gruesos músculos del antebrazo de su

esposo.

—¡Alguien se los llevó, Ryder! —le explicó ella, sin soltarlo y sin apartar la vista de la boca del arma que oscilaba—. Creo que por eso Dan hizo lo que le hizo a Rusty. Para salvarlos. Pero ahora están muertos, Dan. Lo dice el periódico. Los mataron de todos modos.

—¿Dan asesinó a Rusty? —murmuró Ryder entre dientes—. Las piedras rotas, el derrumbe el mes pasado… ¿nos has estado saboteando todo este tiempo?

—Léamelo —ordenó Dan.

Saffron alisó el papel con dedos temblorosos, pero no podía ver lo que estaba escrito. Aspiró hondo y se secó las lágrimas que la enceguecían con el dorso de la mano y logró tartamudear el contenido del párrafo: gargantas cortadas, desaparecidos por algún tiempo, asesinato brutal, sospecha de secuestro y chantaje. Mientras leía, ella vio que Dan se apoyaba contra la pared detrás de él a la vez que dejaba el revólver colgando a un lado.

—¿Quién se los llevó, Dan? —quiso saber Ryder. Su voz estaba llena de oscura rabia y Saffron pudo sentir el dolor de él por la traición, que su amargura y conmoción vibraban a través de sus músculos.

Dan tenía la cabeza echada hacia atrás, a medias desplomado contra la roca, como si ya no tuviera fuerzas para mantenerse erguido.

—No lo sé. Pero si yo quería que Gloria y James vivieran, esta mina nunca debía producir plata. Ese era el trato.

—Algo salió mal —reflexionó Saffron—. Los mataron para impedir que fueran a la policía.

—¿Cuándo? —pregunto Dan. La palabra fue un susurro.

Saffron, ensordecida por el latido de la sangre en los oídos, apenas pudo escucharlo.

—¿Cómo dices, Dan?

Esta vez él rugió:

—¿Estaban muertos cuando maté a Rusty?

Saffron gimió.

—No lo sé, Dan.

—¿Cuándo se imprimió ese diario? —gritó—. ¿Ellos ya estaban muertos cuando maté a mi amigo?

Saffron trató de mirar el periódico. La brisa lo agitó, como si

alguien tratara de sacárselo de entre los dedos como en un juego. Las manos le temblaban tanto aún que apenas pudo leer lo escrito. Dejó escapar una maldición y lo sostuvo con fuerza. Se centró en la fecha —29 de abril de 1888—, luego verificó la redacción del artículo.

—Sí. Sí, oh, Dan. Fueron asesinados el día anterior.

Dan pareció colapsar desde dentro. Gimió y se dejó caer al suelo, los brazos sueltos a su lado, la cabeza caída.

Saffron comenzó a temblar sin control. Si Ryder no la hubiera estado sosteniendo, habría caído al polvo. Le tomó un momento darse cuenta de que Dan estaba hablando.

—Apenas los conocía. A mi hermana y a su hijo. Pero cuando me enteré que habían sido secuestrados… Dios, ¿qué es eso? ¿Ese tirón en la sangre que significa que uno haría cualquier cosa por su familia? Me dieron una carta de ella cuando estábamos en Massawa, y una fotografía de ella y el chico. Incluso lograron que el chico me enviara una nota. Me decía que le habían contado que yo era un gran hombre y que los iba a salvar. Y lo intenté, por Dios, lo intenté. ¿Y para qué? ¿De qué sirvió si los mataron? Yo estaba haciendo lo que… por Dios, Rusty… vendí mi alma para salvarlos y no sirvió de nada.

—Los hombres que los secuestraron estaban atando cabos sueltos. ¿Quién te entregó las cartas? ¿Quién hizo el trato? —quiso saber Ryder.

—Un hombre llamado Carruthers. Llegó en el siguiente vapor de El Cairo y dijo que trabajaba para un inglés interesado en esta veta. Quería detenerlo a usted para poder hacerse cargo él, cuando llegara el momento. Dios, ellos lo sabían todo.

Saffron miró a su marido.

—Ryder, fue el duque de Kendal. Es un gran escándalo. Era un corrupto y, de alguna manera, quedó expuesto. Dicen que se suicidó. Todo está en el periódico.

Las manos de Ryder que la sostenían eran firmes como el hierro.

Dan levantó con lentitud el arma cargada hacia la sien y comenzó a mover el dedo sobre el gatillo. Ryder soltó a su esposa y se lanzó sobre él. Le agarró la muñeca y tiró hacia atrás para que el disparo fuera directamente al cielo. Dan gritó y dejó caer el arma. Saffron saltó hacia adelante en el polvo para agarrarla y abrir la

recámara. Las balas sin usar hicieron ruido al chocar con las rocas.

Dan se dio vuelta para mirar a Ryder.

—Déjame morir.

—No —dijo Ryder. Levantó el puño y golpeó a Dan una vez en la mandíbula con tal fuerza que hizo rodar al hombre sobre el polvo.

Ryder se puso de pie junto a Dan con los puños apretados.

—Ryder, no… —suplicó Saffron.

Él la ignoró, mirando a Dan con tal intensidad de odio, que Dan se encogió para alejarse de él. Ryder solo le habló a él:

—No antes de que le hayas dado explicaciones a la gente de aquí. Ellos merecen algo mejor que la verdad de segunda mano que yo pueda darles.

Saffron le dio a Ryder el pañuelo que llevaba en el cuello y él lo usó para atarle atrás las manos a Dan. Luego hizo que este caminara delante de ellos rumbo al complejo de chozas. Amber y Patch habían llegado en su ausencia, y Saffron se precipitó a los brazos de su hermana, mientras Ryder obligaba a Dan a ponerse de rodillas delante de la iglesia.

—Oh, Dios, ¡Amber! ¡Gracias! Llegué justo a tiempo.

Amber sintió que su aliento se liberaba en un trémulo suspiro cuando apretó el cuerpo tembloroso de Saffron contra el suyo.

—Estoy aquí, Filfil. Estoy aquí. Y tenemos mercurio. Estará aquí en unos días.

Llevaron a cabo el juicio de Dan, si es que se podía llamar así, esa tarde. Lo presidía el sacerdote. Los trabajadores y sus familias estaban todos reunidos en el terreno abierto frente a la iglesia. Dan seguía atado para evitar que volviera a atentar contra su vida. Estaba sentado al lado del sacerdote. Delante de ellos, había un montón de guijarros, unos blancos, otros negros. Los niños los habían recogido en el río y pensaban que todo era un gran juego.

Ryder no creía poder controlar sus sentimientos, así que dejó el papel de intérprete a Tadesse. Amber y Saffron estaban sentadas con las mujeres, mientras que algunas de las niñas mayores se llevaron a los niños pequeños a jugar a una cierta distancia, donde sus preguntas y pedidos no iban a molestar a sus mayores. El sacerdote se mostraba un tanto inseguro. Primero dio su bendición a los presentes, luego le preguntó a Dan si deseaba confesar delante

de la gente. Este asintió con la cabeza. Amber escuchaba tanto las palabras de Dan como la traducción de Tadesse. La historia sonaba mejor en amárico, de alguna manera más simple y trágica, como una epopeya antigua contada junto al fuego. Dan no intentó negar su culpabilidad de ninguna manera, ni tampoco de excusarse, aparte de decir que nunca tuvo la intención de matar a Rusty. Él solo quería derramar el mercurio para retrasar la amalgama del mineral, pero cuando Rusty tropezó con él, sintió que no tenía otra opción. A Amber le alegró que confesara, aunque apenas podía creerlo, incluso en ese momento. Para ella Dan siempre había sido un amigo. Él era como un tío para ella y para Saffron. Él la había ayudado con el jardín, con las represas y los cursos de agua. No entendía cómo pudo haber hecho tal cosa, cargar con toda esa sangre en su conciencia.

El sacerdote le preguntó a Dan sobre su hermana y el hijo de ella. Él le dijo que sus cartas, las que le entregó el chantajista en Massawa, estaban escondidas debajo de su litera. Uno de los trabajadores de Dan fue a buscarlas, y Tadesse los tradujo para los presentes, mientras la fotografía de la mujer y el niño pasaba de mano en mano. Se pudo escuchar un murmullo de conmiseración entre las mujeres, pero los hombres permanecieron inmutables. Se le pidió a Amber que relatara lo que se había enterado sobre el duque en Massawa y de qué manera se había dado cuenta de la importancia de los nombres de la mujer asesinada y el niño en el segundo artículo que leyó. Luego Saffron les habló de la escena en la saliente de la montaña. Ryder habló solo para confirmar lo que ella dijo. El sacerdote preguntó si alguien deseaba hablar en defensa de Dan. Alem y Silas, que habían estado aprendiendo con Dan la manera de asegurar los túneles, se pusieron de pie y declararon que había sido un jefe justo, un buen maestro que se preocupaba por la seguridad de sus hombres y había evitado herirlos incluso mientras saboteaba las instalaciones. Lo hicieron sin levantar la mirada del suelo, impulsados por un sentido de justicia, tal vez, pero estaba claro que no les gustaba mucho tener que defenderlo. Entonces el sacerdote preguntó si alguien deseaba hablar en su contra y Patch se puso de pie.

—Lamentamos la muerte de la hermana de este hombre y de su sobrino —dijo en inglés y Tadesse tradujo en voz baja—. Todos

tenemos familia. Todos en nuestras vidas hemos perdido personas que amamos. Sabemos que el hombre que se llevó a Gloria y a su niño hizo un gran daño, y obligó a Dan a hacer lo que hizo para luego quitarles la vida de todos modos. —En ese momento todos tenían las miradas fijas en él, miradas tranquilas y serias—. Pero Rusty Tompkins también era mi amigo. Era un buen hombre y murió con los pulmones llenos de azogue, no a manos de algún agente en Massawa, sino por esas manos —señaló a Dan—, las manos de un hombre por el que él habría puesto las suyas en el fuego. Un hombre en quien confiaba y al que quería como a un hermano. Dan dice que él no sabía qué hacer. Yo sí sé lo que debería haber hecho. —Patch se volvió directo hacia Dan—. Deberías habérnoslo dicho, Dan. Deberías habérselo dicho a Ryder, deberías habérmelo dicho a mí, deberías habérselo dicho a Rusty. Ese hombre tenía poder, ese duque. Es cierto. Pues bien, Ryder también tenía dinero en ese entonces. Y entre nosotros, teníamos mil amigos en San Francisco. Podríamos haberlos salvado. Podríamos haber inventado alguna mentira para hacerle creer a este duque que habías cumplido sus órdenes. Todos hemos puesto nuestro corazón en esta mina, en este complejo minero. Eso nos ha convertido en familia y habríamos hecho cualquier cosa para salvarte, pero tú has tratado de destruir todo nuestro trabajo desde el principio.

Dan bajó la cabeza y se quedó mirando el polvo bajo sus botas.

—No podía arriesgarme, Patch. No podía arriesgarme a tener la sangre de ellos en mis manos.

La cara de Patch se puso roja, lo que hizo que las cicatrices hicieran más visibles. Apretó los puños.

—¿No podías arriesgar sus vidas? ¿No podías arriesgar *sus* vidas y entonces mataste a Rusty? Para no arriesgar a tu hermana, lo asesinaste a él y habrías asesinado a Ryder también. Todo porque no querías arriesgar las vidas de dos personas que ya estaban muertas.

Se apartó de Dan y se dirigió a la gente.

—Siento pena por esa mujer y su hijo. Pero no tendré piedad para este hombre. No la tendré. Y solo un castigo es apropiado para su crimen. Hay que colgarlo. Hay que colgarlo como el Judas que es sobre la tumba de Rusty.

Regresó a su lugar entre la gente y se sentó. Los hombres más cercanos a él le apretaron el hombro y un susurro de aprobación atravesó a toda aquella gente como una brisa. Amber se estremeció.

El sacerdote se mostró solemne.

—¿Qué dice usted, señor Ryder?

Ryder no se levantó.

—En estos asuntos soy solo una voz más entre ustedes —respondió—. Pero estoy de acuerdo con Patch. Yo digo que hay que colgarlo.

—Votemos —anunció el sacerdote—. Ha confesado su culpabilidad. Si votan por la misericordia, será expulsado. Podrá llevar comida y agua suficiente para un día y un cuchillo, pero nada más. Si cualquiera de nosotros lo ve a una distancia de un día de caminata moviéndose por aquí después de la salida del sol en el segundo día, cualquiera puede matarlo como un lobo que se acerca demasiado al ganado. Si votan en contra de la misericordia, será ahorcado mañana al amanecer en el lugar donde enterramos al señor Rusty. —Levantó las manos—. Que todo trabajador y toda mujer casada emita su voto como su corazón les dice que deben hacerlo. Los guijarros blancos significan misericordia; los negros, la muerte.

Todos se levantaron, eligieron su guijarro del montón para luego dejarlos caer en el chal doblado del sacerdote. El único ruido era el clic de los guijarros. Una vez reunidos todos, los votos se contaron en silencio. Más abajo, apartados del complejo, se podían oír las risas de los niños que chapoteaban en el río. Al fin, Tadesse le susurró algo al sacerdote. Este se puso de pie una vez más.

—Dan Matthews será ahorcado mañana con los primeros rayos del sol.

Todos los presentes suspiraron a la vez.

—Lo encerraré en la iglesia esta noche para que pueda estar cerca de Dios y le suplique el perdón por sus muchos y graves pecados.

Amber tenía la mirada fija en el suelo. El sacerdote miró a todos los que allí estaban y volvió a hablar.

—Este es un día denso. Ayunemos esta noche. Que nadie encienda el fuego. Callen a los niños y guárdense en sus propias casas. Ofrezcan su hambre a Dios y oren por los muertos.

Levantó su cruz de plata, la insignia de su cargo, y casi todos los trabajadores se detuvieron un momento para besarla y recibir la bendición del sacerdote. Nadie protestó por el ayuno ordenado. Parecía que todos estaban agradecidos, de alguna manera, por poder cargar con una parte del dolor.

Llevaron a Dan a la iglesia y trabaron las puertas. Hombres y mujeres comenzaron a dirigirse cada uno a su casa sin mirarse. Amber tomó el brazo de Saffron.

—Saffy, esto no puede pasar —susurró.

—¿Qué? ¿Por qué no? —Saffron la miró a los ojos—. Eso fue lo que se votó. Mató a Rusty y casi mata a Ryder. Si ellos quieren que alguien haga el nudo de la cuerda, yo lo haré.

—Pero ¡Saffy! ¿Es así como queremos que sea el comienzo del complejo minero? ¿Con un ahorcado? ¿Cómo podremos ser felices aquí si cada vez que miremos ese lugar veremos el sitio donde colgamos a Dan? ¡Quiero que sea el espíritu de Rusty quien nos cuide, no el fantasma de Dan!

Saffron se apartó de su brazo.

—Esto no es un cuento de hadas, Amber. No hay nadie que sea feliz para siempre.

—Cada centavo que produzca esta mina estará manchado con sangre.

Saffron no le respondió, solo se volvió y se alejó. Amber se detuvo. Estaba temblando y sola delante de la iglesia. Apenas un momento después, se dio cuenta de que Tadesse seguía esperando a la sombra del techo voladizo de caña de la iglesia.

—¿Cuál fue el resultado de la votación, Tadesse?

—Se supone que es secreto, señorita Amber.

—Tú dímelo.

—Setenta y cinco votos por el exilio y la misericordia. Por su ahorcamiento, setenta y seis —informó Tadesse. Hacía dibujos imaginarios en la pared blanca de cal de la iglesia, sin mirarla.

—¿Qué votaste tú, Tadesse?

Se encogió de hombros.

—Todavía no cumplo dieciséis años, ni estoy casado, así que no voto.

—Pero si hubieras podido votar…

—Por misericordia… —Dejó de dibujar, apoyó la palma de su

mano en el muro de la iglesia y miró hacia el lugar en que Rusty estaba enterrado—. Pero no es tanto por misericordia, señorita Amber, como por fe. Dan merece ser castigado y el señor Patch tenía razón. El señor Dan podría haber pedido ayuda, y él habría recibido esa ayuda. Pero sigo pensando que el señor Dan no es malvado. Tengo fe en que, si lo echaran de aquí, lo haría con gran aflicción. Sufriría más por lo que hizo y por lo que tendría que expiar o se volvería loco. Es un tipo extraño de misericordia, pero es fe.

Amber se le acercó y apoyó la espalda contra el muro de la iglesia. La noche avanzaba en torno a ellos, y todo estaba en una serenidad extraña. Sin el crepitar de los fuegos, sin el parloteo, sin el olor a guiso de frijoles y especias, sin el sabor agrio de la *injera* por todos lados. Pronto la luz iba a desaparecer.

Amber habló de nuevo.

—No estoy casada. Yo tampoco voté, Tadesse. Y nosotros dos merecemos emitir nuestro voto.

La iglesia no estaba cerrada con llave. Solo habían colocado una barra a través de las puertas para evitar que Dan escapara, y Amber tuvo la fuerza suficiente como para levantarla ella sola. Se deslizó y encendió su farol. Dan estaba arrodillado ante el altar, y ella lo había interrumpido en sus oraciones al abrir la puerta. Él se dio vuelta, protegiéndose los ojos de la luz y tratando de ver quién había entrado. Ella acercó la luz a su rostro para que él pudiera verla.

—¿Señorita Amber?

—Shh, Dan.

—Pensé que tal vez eran algunos que no podían esperar hasta el amanecer y venían para colgarme ahora.

La iglesia era pequeña. En realidad, era demasiado pequeña para aquella población en crecimiento, pero ya era un templo amado. Las paredes y el techo bajo estaban pintados con escenas de la Biblia y los santos tradicionales de Tigray, vírgenes y cristos con rostros de piel aceitunada, un San Jorge ataviado como guerrero del emperador Juan en el momento de matar a un sorprendido dragón con ondulantes escamas color esmeralda. La luz del farol de Amber las hizo revivir y moverse. San Cristóbal apareció y se desvaneció

por encima de ellos, sosteniendo al niño Jesús sin ceremonia sobre el hombro.

—No, Dan —explicó Amber—. He decidido que debes quedar libre.

Se quitó un bulto del hombro y se lo entregó. Él se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, y ella lo observó mientras examinaba su contenido. Las botas y el abrigo de Dan, una botella de agua y un cuchillo, un poco de pan *injera* envuelto en tela y uno de los últimos táleros de María Teresa de Courtney.

—Debo pagar por lo que he hecho, señorita Amber.

—Sí. Debes pagar. —Ella se sentó con las rodillas cerca del pecho y se puso el chal sobre los hombros—. Pero es una gran deuda, Dan. Se necesita más de una noche para pagarla.

Él empezó a llorar y se tapó los ojos. Eran los sollozos sofocados de un hombre que no estaba acostumbrado a llorar. Amber miró a los santos que la observaban desde las paredes y deseó que ellos pudieran darle la necesaria inspiración. Solo parecían callados y curiosos.

—Creo que ahorcarte sería fatal para el complejo minero, Dan —dijo ella al fin—. Es lo que creo. Podría ser un buen lugar, pero no necesita sangre en sus cimientos. Creo que la misericordia es un mejor sacrificio. Sé que preferirías más bien morir. Pero eso sería una maldición para nosotros. Quiero que te vayas. No quiero tu sangre en las manos de Ryder o en las de Saffron.

Él todavía no la miraba, pero ella sabía que la estaba escuchando.

—Si quieres reparar algo de lo que nos has hecho, vete. Eso es todo. —Se levantó de nuevo y tomó el farol—. Y no creo que a Rusty le gustaría. Que te ahorquen, quiero decir. Ryder es un toro, un león. Él carga contra lo que está delante de él, y eso, en este momento, eres tú. Pero el pensamiento de Rusty iba tres pasos adelante. Siempre. Creo que estaría de acuerdo conmigo. Pero es tu decisión, Dan. Cárgalo sobre tus hombros y haznos un favor, o quédate y que te ahorquen, deja que tu culpa envenene este lugar.

Tomó el farol y se fue, dejando la puerta sin llave al salir. De allí, volvió a su cama y se durmió.

Los gritos despertaron a Amber con las primeras luces de la

mañana. Salió trastabillando de la choza. Varios hombres, Ryder entre ellos, estaban reunidos a la puerta de la iglesia. Ryder gritaba y el sacerdote trataba de calmarlo.

—¿Qué pasó? —preguntó Amber a una de las mujeres que tenía cerca. Era Selam, esposa de uno de los miembros del equipo de Dan.

—Un milagro —sentenció Selam, ocultando a medias su cara debajo de su chal blanco. Su voz denotaba apenas su asombro—. O eso es lo que el cura dice. La iglesia estaba cerrada esta mañana, tal como debía estar, pero el señor Dan se ha ido.

Amber regresó a su casa y se vistió como correspondía, luego subió la pendiente hacia el este para ver su jardín. Llevaba consigo un trozo de pan para desayunar. Hacía una hora que estaba sola, ocupándose del más fuerte de los arbustos de frutos secos que había logrado hacer crecer un poco, cuando Ryder la encontró.

—¡Amber!

Ella se puso de pie con lentitud. La tierra estaba reseca y pedía a gritos una lluvia. Había polvo en las faldas de ella.

—Ryder. ¿Qué puedo hacer por ti?

La agarró por los hombros y la empujó contra el tronco del enebro que daba sombra a su jardín.

—¿Qué has hecho? ¿Cómo te atreviste? ¿Con qué derecho?

Semejante velocidad y violencia la estremeció y la corteza del árbol le marcaba la espalda. Levantó la cabeza y lo miró con calma. El hermoso y amigable rostro de él estaba distorsionado por la furia.

—Decidí que debía votar. Y resultó que fue el voto decisivo —le respondió.

Él levantó el puño y, por un segundo, ella pensó que la iba a golpear y se preparó para ello, pero Ryder simplemente desvió el golpe y le dio al árbol en cambio, luego la apartó de él.}

—¿Lo hiciste porque te enoja no tener voto, Amber? —Él habló más bajo ahora. Ella le miró los nudillos. Le sangraban.

—No. No del todo. Tú sabes por qué lo hice. Este lugar tiene la oportunidad de ser algo bueno. No das comienzo a algo bueno con una ejecución.

Él la había asustado, pero ella no quería que él se diera cuenta. Ella se acuclilló de nuevo para tocar el suelo y continuó con su trabajo. Estaba plantando un retoño en su nuevo hogar. Un poco de sol, un poco de sombra, un poco de agua de una de sus reservas, y

este iba a echar raíces y crecer esta vez. Solo había que hacerlo bien.

La sombra de Ryder aún se alzaba sobre ella.

—Hay que hacer justicia —sentenció él con la voz ronca.

—Esto es justicia, Ryder. Y tú lo sabes.

Él no dijo nada más, pero comenzó a alejarse de ella pendiente abajo. Ella golpeteó el suelo para afirmarlo.

—Y sé que él piensa igual —le habló al brote recién plantado—. De lo contrario, habría puesto un guardia en la puerta de la iglesia.

Dos días después, Ato Bru llegó con el nuevo suministro de mercurio y el paquete de libros de Amber. Si Ato Bru notó la tensa atmósfera en el complejo, la ignoró, y solo se quedó una noche con ellos antes de emprender el viaje de regreso.

Amber se puso a trabajar. Comenzó a traducir los libros que había comprado con constante diligencia, la gramática y el diccionario a su lado. Había aprendido algo de italiano en la escuela. Había llegado a la familia un rumor sobre la posibilidad de que su padre fuera enviado a Roma, pero luego el gobierno le pidió en cambio que asumiera el puesto fatal en Jartum, y ella empezó a aprender árabe. Después de escapar del harén de Osman Atalan, supo que Penrod hablaba con fluidez el italiano y amaba ese país, de modo que ella trató de aprender un poco más durante su estancia en Europa. No pudo evitar pensar en él mientras se hundía de nuevo en ese idioma. De todos modos, aquellos libros sobre minería y amalgamación le daban dolor de cabeza. Todas las tardes escribía sus traducciones y se las entregaba a Ryder. Él todavía seguía sin dirigirle la palabra más allá de lo indispensable, pero de algún modo le agradeció por el esfuerzo. Una noche se olvidó de que estaba enojado con ella desde hacía bastante tiempo y le dijo que, sin el trabajo de ella, habrían desperdiciado la mitad de la nueva carga de azogue.

Por las noches, estudiaba la novela en italiano y, a medida que su italiano mejoraba, comenzó a leer capítulos en voz alta ante cualquiera que quisiera escuchar y los traducía al amárico. Al poco tiempo, todo el campamento estaba fascinado por las aventuras de los amantes desafortunados y las fuerzas viles que se alineaban contra ellos. A Amber le dolía el corazón mientras leía, y un observador cuidadoso podría haber notado que el héroe terminó

pareciéndose bastante más a Penrod en su traducción que el original italiano, pero la historia los unía, y se podía escuchar a los niños ensayando sus escenas favoritas juntos mientras observaban las cabras en las laderas de los cerros. Amber estaba susurrando algunas líneas para sí misma mientras terminaba de sembrar en su jardín en la altura, disfrutando de la música de las palabras en sus labios, cuando sintió que una gota fría y pesada le cayó sobre el cuello. Se sentó y miró hacia el valle. Un repentino agrupamiento de nubes se levantó como una ola a través del vasto cielo. Estaban llegando las lluvias. Rezó para que estuvieran todos listos.

Lucio Angelo Carlo Zola no fue el primer hombre que llegó a El Cairo en busca de Penrod Ballantyne en los meses siguientes a la caída del duque de Kendal. Los rumores que vinculaban al misterioso oficial de inteligencia británico con el duque habían llegado a las cortes de Europa muy rápido. Las familias reales europeas habían reaccionado con vergüenza y alivio cuando les devolvieron aquellas imágenes y, al darse cuenta de que ya no los iban a chantajear, todos sintieron curiosidad por saber quién era su anónimo salvador. Pronto se susurró el nombre de Penrod Ballantyne en todos los pasillos del poder en Roma, Berlín y Londres y, al principio, el nombre era lo único que tenían. Después de unas discretas investigaciones, a los jefes de estado de toda Europa se les presentaron informes mecanografiados de los descubrimientos de sus agentes. Estos comprendían la educación y la familia del exmayor, además de relatos completos y, a veces, floridos de su valentía desinteresada en el campo de batalla de El Obeid y su heroísmo en Jartum, donde llevó y trajo información durante el sitio de 1884. Todos incluían un resumen de los hechos conocidos en El Cairo: el noviazgo con la joven escritora Amber Benbrook, su fin, y la aventura de Penrod con la desafortunada lady Agatha. Pero a partir del momento de la muerte de Agatha, cesaba toda información sobre él. Un agente en Londres descubrió que habían vaciado la cuenta de Penrod Ballantyne en el banco Coutts. Los jefes de los países europeos miraban hacia El Cairo y se hacían preguntas. Los gobiernos francés y alemán enviaron a sus mejores oficiales de inteligencia a la ciudad, pero regresaron desconcertados y con las manos vacías. La ciudad de los rumores los había recibido con el silencio.

Lucio, sin embargo, tenía una gran ventaja sobre sus homólogos franceses y alemanes. Conocía a Penrod Ballantyne en persona. Lucio había pasado algún tiempo estudiando en Inglaterra y había compartido un estudio con el apuesto joven. Ambos habían

descubierto su amor por la esgrima y pasaban muchas horas practicando con la espada mientras sus compañeros iban en busca de mujeres al pueblo más cercano. Cuando Penrod decidió no ir a Oxford, visitó a Lucio en Italia, y pasaron un verano en feroz competencia cazando en las colinas de Florencia y practicando sus habilidades con la espada. Lucio fue testigo de la casi mágica capacidad de su amigo para aprender otro idioma casi de inmediato. Penrod conocía apenas una docena de palabras en italiano cuando llegó, pero cuando se fue, cuatro meses después, podía cautivar con su conversación a un guardabosques o a una duquesa en su lengua materna para que le contaran sus secretos, y podría hablar de caballos o de política internacional con una fluidez que haría que cualquiera pensara que había nacido y se había criado en Italia, si no fuera por su cabello rubio y sus ojos azules. Más de una prima de Lucio volvió al latín después de una velada en su compañía, repitiendo las palabras del papa Gregorio cuando vio a los rubios esclavos ingleses en el mercado de Roma: *non angli, sed angeli*, «no son ingleses, sino ángeles».

Pero los dos hombres no se habían visto ni hablado durante al menos diez años. Mientras que Penrod ganaba sus medallas, Lucio se había dedicado a las necesidades de su propio país y su rey. Su trabajo le valió menos renombre público, pero en ocasiones era tan peligroso como el trabajo de Penrod. Fue de los primeros en saber que habían devuelto el material que el duque de Kendal tenía sobre el hermano del rey. Leyó el archivo sobre la carrera de Penrod antes de que se lo entregaran al rey y permaneció en la Cámara Real mientras el rey lo leía él personalmente.

—¿Y él no pide nada?

—Parece que no, Majestad —respondió Lucio.

—Estamos en deuda con él. No quisiera yo que él pensara que somos desagradecidos. Haz el intento.

—Majestad —respondió Lucio y se retiró de la cámara de audiencias. Partió hacia El Cairo esa misma noche.

Lucio no hablaba árabe, pero además de su conexión personal con Penrod, tenía otra ventaja sobre los otros agentes que llegaron a la ciudad buscándolo a él. Los italianos y sus antepasados estaban en Egipto desde hacía más de un milenio. Constituían una comunidad de comerciantes y artesanos, y aunque la mayoría vivía

en el barrio veneciano de la ciudad y conservaban su fe cristiana, muchos habían adoptado la vestimenta y las costumbres de los egipcios. Conocían la ciudad de forma tan íntima como cualquier cairota, y comprendían los lenguajes no hablados y los ritmos de la calle.

De todos modos, Lucio tardó un mes antes de encontrar a Penrod. Primero se enteró de la existencia de Yakub, luego de la de Adnan. Luego empezó a observar. Sus superiores podrían haber calculado que, una vez descubierto el paradero de Penrod, iría a él de inmediato. Pero no fue eso lo que hizo. En cambio, Lucio volvió a su hotel y pasó la noche pensándolo muy bien, evaluando de qué manera podría expresarse mejor la gratitud de su rey dadas las circunstancias. Al amanecer ya lo había decidido. Los arreglos requirieron una semana más.

Penrod Ballantyne no volvió a hablar nunca más en su vida sobre los hechos de la noche del 15 de agosto de 1888. Más tarde iba a asegurar que apenas si tenía algún vago recuerdo de ellos. Pero la verdad era que los recordaba muy bien. Derribar al duque le había costado su fortuna. Había alquilado una habitación en la muy pobre casa de huéspedes de su viejo amigo Yakub y esperaba que el opio lo matara. Sabía que eso podría llevar años, pero abotargado y protegido por la droga, el tiempo no significaba gran cosa para él. La destrucción del duque le había brindado satisfacción, aunque no paz. La angustia y la frustración de Yakub y Adnan no lo afectaban. Adelgazó mucho, pensaba en Amber, y solo esperaba que su cuerpo le fallara.

Esa noche la pasó yendo y viniendo entre el sueño y la vigilia, muy sumergido en su embriaguez. Poco a poco, se dio cuenta de una presencia desconocida en la habitación. Era un egipcio vestido con ropas occidentales. Levantó la cabeza del cojín en el que estaba reclinado.

—Te conozco —dijo. Su voz sonó ronca por la falta de uso.

—Nos encontramos una vez en la casa del duque de Kendal —explicó el egipcio—. Me llamo Farouk al-Rahmi y me han enviado para sacarte del infierno.

—Ya estoy acostumbrado. Déjame aquí.

—No —dijo el egipcio con simpleza y sonrió.

El ataque vino por la espalda. Alguien le puso un paño sobre la

cara, y Penrod olió el poderoso aroma del cloroformo.

—Perdóname, *effendi*. —Oyó Penrod que decía la voz de Yakub —. Pero por el bien de mi propia alma, debo hacer esto.

Penrod se despertó en una habitación desnuda y blanqueada con cal. Resultaba brillante de una manera atroz. Trató de taparse los ojos, pero se dio cuenta de que tenía las muñecas atadas. Recordó la cama en la que murió Agatha y cómo había estado allí encadenada. Ya le dolían los miembros, que se retorcían con calambres. Era el presagio del sufrimiento por la abstinencia de opio. Movió un poco la cabeza. Sentado en un sillón al lado de su cama, había un hombre joven de traje gris claro. Estaba leyendo. Al ver que Penrod abría los ojos, cerró el libro y lo dejó a un lado.

—Ah, amigo mío. Estás despierto.

—¿Lucio? ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

El italiano sonrió.

—Vine a decirte que has sido condecorado con la Orden de los Guardianes del Rey de Roma. Es algo sumamente prestigioso. Una pequeña muestra de un monarca agradecido. Pero luego me di cuenta de que tal vez podríamos agradecerte de una manera más… concreta.

—Suéltame de una vez.

Lucio se acomodó en su silla y tomó de nuevo el libro.

—Sabes que no haré tal cosa. Nuestro estimado doctor está atendiendo a sus otros pacientes en este momento. ¿Quieres que te lea mientras esperas? ¿No? Bueno, voy a hacerlo de todos modos. Pensé que, dado el día que es probable que tengamos, Dante sería lo apropiado.

—Te mataré cuando esté libre.

—Tomaré eso como una señal de que no estás contento conmigo, más que con mi elección de material de lectura. Y ahora comencemos por el principio. —Se aclaró la garganta y empezó a leer. Los versos en italiano medieval flotaron en el aire, brillantes como aceite sobre el agua—. «A mitad del camino de la vida, / en una selva oscura me encontraba / porque mi ruta había extraviado…»

Una oleada de náuseas envolvió a Penrod y, al mismo tiempo, los calambres en las extremidades se hicieron más intensos. El dolor

fue repentino y de ardiente calor. Sintió que el cuerpo se le doblaba y tiró de sus ataduras.

Lucio siguió leyendo:

—«Es tan amarga casi cual la muerte…»

Penrod sintió que desaparecía en su martirio y comenzó a gritar.

Penrod no sabía muy bien cuánto tiempo estuvo consciente. Sentado en la silla donde estuvo Lucio, había un muchacho. Apenas Penrod abrió los ojos, el chico se puso de pie y salió corriendo. Penrod tuvo la fugaz impresión de que había algo raro en la cara del muchacho, como si las facciones se le hubieran derretido de alguna manera, y, también, se había movido de manera extraña al salir veloz de la habitación. Penrod supuso que estaba en una suerte de hospital. Tal vez el chico era víctima de quemaduras. La habitación estaba fresca. A Penrod le dolían las extremidades, pero era un dolor muscular profundo y no la tortura ardiente de los calambres que había sentido antes. Sabía que tenía fiebre y su percepción parecía nublada. Los tiempos parecían superponerse, de alguna manera.

Recordó al médico egipcio que había llegado a verlo en la casa de huéspedes y el ataque justo cuando el mismo hombre apareció ante él en ese momento, como si la imagen en su memoria se hubiera materializado.

—Farouk al-Rahmi —dijo Penrod, y el hombre asintió con la cabeza. No vestía ropa occidental, sino una simple *galabiya* azul pálido, como las que usaban los aguadores.

—Lo recordaste bien, Penrod —sentenció el hombre.

Penrod estaba tan acostumbrado a que se dirigieran a él como *effendi*, o por los títulos honorarios que le otorgaban sus amigos árabes, que el uso de su nombre le hizo fruncir el ceño. El médico se dio cuenta, y eso pareció divertirlo. Penrod trató de moverse, pero descubrió que seguía estando atado.

—¿Cómo te sientes? Te he estado tratando por tu adicción al opio, pero estoy seguro de que de eso ya te has dado cuenta tú solo. No te voy a dar la droga, pero tenemos una serie de brebajes que se sabe que alivian los dolores.

—¿Cuánto tiempo he estado aquí? —quiso saber Penrod. Su voz se escuchaba débil y quebrada.

—Cuatro días —dijo Farouk. Se acercó a la cabecera de la cama y se sentó en la silla que Lucio y luego el muchacho habían ocupado antes que él.

—Insisto en que me sueltes de inmediato.

—Todavía no, Penrod. Lucio estará aquí en un ratito para leerte algo. Puedes decirle que deseas irte. Él también se negará a dejarte ir, pero tal vez te sientas mejor cuando le hayas gritado un poco más. —La idea pareció animarlo—. Mira, cuando empezó a leerte a Dante, me pregunté si eso no estaría demasiado cerca de la verdad, pero ahora él está siguiendo a Dante hacia el Paraíso, prefiero disfrutar de esa simetría.

Penrod escuchó la voz del médico, la elección de aquellas palabras.

—Fuiste educado en Inglaterra.

—Oxford. Pero no solo ahí. Estudié filosofía en Teherán y medicina con los maestros locales aquí, en El Cairo.

—¿Entonces todavía estamos en El Cairo?

Farouk se puso de pie y llenó un vaso con una jarra que estaba sobre una mesita al lado de la cama de Penrod. Este giró la cabeza en la almohada para observarlo. Sobre la mesa había un libro, un ejemplar de la *Divina comedia* de Dante, con un señalador cuidadosamente ubicado a la mitad del viaje del poeta. Farouk acercó el vaso a los labios de Penrod, y este bebió. El líquido tenía un sabor amargo y complejo, pero pareció enfriarle la garganta cuando tragó.

—Bastante cerca. ¿Tienes hambre?

Farouk retiró el vaso y volvió a dejarlo sobre la mesa. Penrod calculó que tendría unos treinta y tantos años, un poco más que él mismo. Los pómulos altos, los ojos grandes y las largas pestañas le daban una apariencia casi femenina.

—Sí. Tengo hambre. ¿Significa eso que estoy curado? —Penrod no pudo evitar el tono burlón de su voz.

—Debo ocuparme de mis otros pacientes. No, todavía no estás curado. Debes pasar un poco más de tiempo en el purgatorio. —Golpeteó con los dedos el ejemplar de Dante—. Este momento… este momento, Penrod, es como el momento en que un hombre que se está ahogando llega a la superficie del agua por un momento, saborea el aire y la luz. Y luego se hunde de nuevo. Pero al final te

sacaremos de las profundidades. De todos modos, sufrirás más dolor antes de que podamos arrastrarte a tierra.

—No tengo miedo —dijo Penrod con amargura. Le resultaba difícil formar las palabras. Le salían un poco arrastradas. Se dio cuenta de que no podía enfocar bien la cara del médico.

—Deberías tenerlo —dijo Farouk con tristeza, y el mundo desapareció.

Los días y las noches se volvieron confusos y fragmentados. A veces, Penrod era consciente de un sufrimiento que le destrozaba el alma, como si estuviera atado a algún potro diabólico. En ocasiones, sabía que Lucio estaba sentado junto a él y podía escuchar la poesía del siglo catorce de Dante, que hablaba de ángeles y demonios. En otras ocasiones, figuras semihumanas se inclinaban sobre él con las manos derretidas por el fuego del infierno. Le ponían entre los labios tazones con líquidos de olor extraño para obligarlo a beber. A veces los aceptaba, a veces les escupía a los demonios. Farouk aparecía y desaparecía. Luego, muy lento, el tiempo pareció ir reparándose y la noche seguía al día de la manera adecuada. Podía escuchar y entender lo que decía Lucio durante largos períodos. Los demonios que lo atendían, que le lavaban la carne, que le manipulaban el cuerpo, comenzaron a parecer más humanos.

Una tarde, mientras Lucio leía, Penrod se humedeció los labios e intentó hablar.

—Esto es una colonia de leprosos.

Lucio cerró el libro de inmediato y lo dejó a un lado.

—Sí lo es. Una vez que están curados, pocos de los pacientes de Farouk se atreven a volver a sus pueblos; el estigma es demasiado grande. Muchos se quedan aquí. Incluso tenemos una granja. Un molino. Está muy bien organizado. Con altos muros alrededor, pero no estoy seguro si eso es para mantener a los leprosos adentro o para mantenerlos a salvo.

—Pregúntale a Faruk.

—Creo que él tampoco lo sabe. Y él es un sufí, y uno muy bien considerado, así que es probable que me cuente alguna historia enigmática sobre un burro, cuya moraleja podría ser que todo es lo mismo.

Lucio esperó, pero Penrod se quedó en silencio durante tanto tiempo que tomó su libro de nuevo y se aclaró la garganta.

—¿Bajo la autoridad de quién estoy aquí, Lucio?

Lucio miró al techo y lo pensó.

—Mía. Del Rey de Italia. O algo entre ambas. Penrod, sé por qué destruiste al duque de Kendal, y fue un gesto muy gallardo liberar a la mitad de las familias reales de Europa de sus garras sin pedir nada a cambio. Hasta tengo una idea bastante acertada de como lo lograste. Pero ¿por qué, una vez que lo lograste, no te pusiste tu mejor atuendo y te fuiste a descorchar una botella de champán en el Club Gheziera? Quizás hasta podías haber recuperado tu fortuna en la mesa de juego esa misma noche, y luego volver a tu grado militar al día siguiente. ¿Por qué en lugar de eso, y no es mi intención ofender a nuestro querido amigo, Yakub, te encerraste en un cuchitril y trataste de fumar hasta morir? —Se inclinó hacia delante con las manos en las rodillas, la cabeza inclinada hacia un lado, y parpadeó ante Penrod con la curiosidad de un búho.

—No lo sé —respondió Penrod y se dio vuelta.

Lucio se recostó en su silla y cruzó las piernas.

—Muy extraño comportamiento, amigo. Es todo.

—Puedo hacer lo que me plazca.

—Eso es verdad. Y yo también. Y me complació tenerte encadenado aquí. Quizá Farouk tenga otra historia sobre un burro para explicártelo, también. Has tenido intrigada a la mitad de Europa. —Levantó las manos—. Por supuesto, nunca vas a admitir lo que le hiciste al duque, lo entiendo, pero serás recompensado, lo quieras o no.

—Y estar encadenado entre los leprosos es una recompensa, ¿verdad? —Penrod tiró de sus ataduras. Le dolían los músculos y se sentía débil como un niño. La frustración hizo que le picaran los ojos y la piel.

Lucio se rascó la nuca.

—Son unos leprosos muy agradables, Penrod. Y muy amables contigo, me he dado cuenta. Sabes tan bien como yo que la enfermedad no es tan contagiosa como se creía antes, y solo los que están curados cuidan de ti. —Respiró hondo por la nariz—. Y considerando las circunstancias en que te encontré, no intentes convencerme de que te preocupas por tu salud. —Volvió a tomar el libro—. ¿Hemos charlado lo suficiente? Veamos si la poesía puede levantarte un poco el ánimo. —Hizo una pausa—. Me casé, sabes.

Una chica adorable. Murió al dar a luz a mi hijo. Yo estaba terriblemente enojado. Les grité a los sacerdotes, maldije a mi propio hijo como a un asesino. Fue la lectura de Dante lo que me devolvió la cordura. Ahora mi niño está creciendo, y vive con sus cariñosos abuelos, y está aprendiendo a cazar y a montar en las mismas tierras donde pasamos aquel verano juntos.

—¿Entonces tu plan es leerme hasta que recupere la cordura?

—Creo que vale la pena intentarlo.

—Tendrás que soltarme en algún momento. ¿Qué es lo que me va a impedir volver a mi cuchitril y a mi pipa, entonces?

Lucio arrugó su delicada nariz romana.

—Estarás demasiado débil para caminar por un tiempo. Con suerte, habrás cambiado tu manera de pensar antes de que recuperes las fuerzas. Y ahora, ¿dónde estábamos?

Penrod suspiró. La habitación estaba fresca y limpia, y a pesar de su debilidad y del dolor de los huesos y de la cabeza, sus pensamientos eran más claros de lo que habían sido durante muchas semanas.

—¿Cómo encontraste a Farouk?

Lucio resopló.

—Mis antepasados han estado en Egipto por mucho tiempo, Penrod. Cleopatra llevó todo el país a Roma como dote mientras ustedes, los ingleses, todavía se pintaban de azul y se sacrificaban unos a otros en honor a los robles. Nosotros no olvidamos el pasado. Ahora sí… aquí estábamos…

Más o menos una semana después, Lucio anunció que se iba de El Cairo. Penrod se sorprendió al descubrir que la idea lo inquietó. Había insultado a Lucio cada vez que lo visitaba y juraba que tan pronto como pudiera escapar, volvería a sus viejas costumbres en la ciudad, pero cuando Lucio le dijo que esa visita sería la última, Penrod sintió que la cuerda que lo remolcaba a una orilla segura se cortaba. Creyó no haber dado señal alguna de ello, pero Lucio seguro notó algo en su expresión.

—Después de todo, ya terminamos de leer *Paradiso*, Penrod. Y yo debo regresar a Italia. Aunque esto fue agradable, mis jefes en Roma quieren que vuelva y tengo deberes ineludibles.

—Entonces me dejas aquí, atado a una cama.

Lucio estiró la mano y la puso sobre el hombro de Penrod. Era la primera vez que lo tocaba.

—No. Farouk me ha dicho que estás en condiciones de que te desaten. La droga ha abandonado tu cuerpo, Penrod. Seguro que lo sientes. Ahora es tu alma la que debe repararse, y dejo eso en manos de Farouk.

—¿Mi alma?

—Tu alma —insistió Lucio con gran seriedad—. Pero primero voy a cobrar *mi* recompensa.

Se puso de pie y, sin más ceremonia, soltó y quitó las ataduras de cuero acolchado de las muñecas y los tobillos de Penrod.

—Ahora, si te ayudo, ¿puedes sentarte?

No esperó una respuesta, sino que puso el brazo debajo del hombro de Penrod y lo levantó. Para Penrod todo a su alrededor daba vueltas, y una terrible náusea hizo que se aferrara al colchón. Nunca en su vida había sentido esa impotencia absoluta. Se estremeció.

—Muy bien —dijo Lucio en voz baja. Se sentó a su lado en la cama y apoyó el delgado cuerpo de Penrod sobre su hombro—. Ahora, Penrod Charles Augustus Ballantyne, te entrego el enorme

agradecimiento de mi rey. En reconocimiento a tu valor, tu honor y buen carácter… —dijo, y Penrod casi se rio, pero Lucio continuó con cuidadoso énfasis— tu gran y buen carácter, te convierto en Caballero de la Orden de los Guardianes de Roma de Su Majestad y te concedo todos los privilegios y honores sagrados a esa orden. Se ha dicho. Puedes volver a acostarte, mi querido.

Ayudó a Penrod a volver a acostarse en la cama y le arregló la sábana sobre él, como una cuidadosa niñera. Penrod se sentía como si hubiera luchado contra gigantes, tal era el dolor de su cabeza y el agotamiento en sus miembros. «Dios mío», pensó, «¿alguna vez volveré a sentirme bien?».

Lucio tomó su libro, pero luego lo volvió a dejar.

—Te dejo esto… un recuerdo de este tiempo juntos. Espero que vuelvas a leerlo cuando te recuperes. Esta poesía ha durado más que los imperios por alguna razón.

—Lucio… —Penrod quería darle las gracias, pero su orgullo parecía llenarle la boca de piedras. Después de todo, aún no sabía muy bien si alegrarse o lamentarse de que su amigo le hubiera salvado la vida.

—¿Sí, Penrod?

—¿Hay algunos beneficios entre esos derechos y privilegios?

Lucio echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—¡Ah, mi amigo Penrod anda ya por ahí, en alguna parte! Lo sabía y me alegro de ello. Déjame pensar. Ah, sí, estoy casi seguro de que tienes derecho a vender queso de cabra en el foro el primer sábado de cada mes.

—¿Queso?

—Sí, pero solo de cabra. Adiós, Penrod. Espero que nos volvamos a encontrar. —Se tocó la frente con los dedos a modo de saludo. Y salió de la habitación.

Penrod comenzó a recuperarse. Cada mañana al despertar se obligaba a sentarse y luego a ponerse de pie. Quienes cuidaban de él recién se enteraban de estos ejercicios cuando veían los moretones que aparecían en sus brazos y muslos debidos a sus frecuentes caídas. No dijeron nada, pero la comida que le daban se fue haciendo más sustanciosa y, antes de que pasara una semana, él ya lograba caminar hasta un extremo de la habitación y volver a la cama sin que se le doblaran las piernas. Trataba de no olvidar que

cuando estuvo en manos de Osman Atalan también lo habían llevado casi a la muerte por los golpes y el hambre, pero se había recuperado. Y eso iba a hacer esta vez. Todavía no tenía idea de lo que podría ser su vida fuera de estos muros, pero se concentró solo en sus músculos. Aparte de eso, solo cabía esperar.

Una mañana, cuando Farouk entró, le preguntó a Penrod sin rodeos hasta dónde podía caminar en ese momento.

—Puedo recorrer diez veces la habitación —respondió Penrod, con voz neutral y equilibrada.

Farouk se mostró un tanto impresionado.

—Te he traído un regalo, Penrod. —Levantó la mano y Penrod vio que sostenía un par de sandalias baratas de cuero de camello—. Siéntate, por favor.

Penrod lo hizo y Farouk se agachó para ponerle las sandalias y luego lo ayudó a ponerse de pie. Penrod llevaba puesto su habitual camisón blanco. Farouk le entregó una *galabiya* como la suya y lo ayudó a ponérsela.

—Te mostraré la colonia —dijo Farouk y le ofreció el brazo.

Penrod se llevó la mano a la cara y sintió la espesa barba crecida.

—Debo parecer Juan el Bautista —señaló, y Farouk se rio.

—¡Eso es lo que pareces! Aquí no le hemos dicho a nadie quién eres. Tal vez te presente como Juan.

Farouk llevó a Penrod fuera de la habitación que había sido su mundo durante tantas semanas. Esta daba a un amplio corredor blanqueado con cal, con varias puertas abiertas de otras tantas habitaciones. Penrod las miró mientras caminaban con lentitud hacia la puerta abierta en el otro extremo. Notó que la mayoría de aquellos espacios eran del mismo tamaño que el suyo, pero cada uno tenía al menos una docena de camas. En algunos casos, los pacientes yacían inmóviles en sus lechos, pero en otros, charlaban y reían entre ellos, reunidos en pequeños grupos. Penrod escuchó el ruido de los dados dentro del cubilete y, luego, los gritos de placer o de angustia cuando caían los dados. Farouk vio que Penrod observaba todo aquello.

—Tu amigo Lucio hizo arreglos para que tuvieras un poco de intimidad y nosotros estuvimos más que encantados de complacerlo. Su generosidad nos permitió hacer varias mejoras en

la colonia. Desde hoy tendrás una habitación más pequeña, pero será solo para ti, y harás tus ejercicios al aire libre. Ahora, protégete los ojos. Vas a necesitar un momento para acostumbrarte a la plena luz del día.

Mientras hablaba, atravesaron la puerta al final del pasillo y salieron a una calle de grava. Penrod quedó encandilado en un primer momento, y Farouk esperó con paciencia mientras la vista del otro se adaptaba y comenzaba a distinguir lo que había delante de él. A unos cien metros de distancia, por un camino de grava bordeado de palmeras jóvenes, se podía ver lo que debían ser los portones de la colonia. Eran altos y estaban hechos con grandes tablones de madera. Colgada en la parte de adentro había una pequeña campana, y habían abierto una escotilla en la madera. Una prolija portería se alzaba junto a ellos. A ambos lados, se extendía un muro de piedra, de poco más de tres metros de alto, también blanqueado con cal. Minetras Penrod observaba, sonó la pequeña campana, y un anciano salió de la portería y abrió la escotilla de comunicación. Estaban demasiado lejos como para escuchar lo que decían. Y una vez que cerró la escotilla, el anciano abrió un panel empotrado en la pared y deslizó un cajón grande. Tomó un saco de él y se lo entregó a uno de los varios niños que esperaban, que salió corriendo con el bulto por otro sendero.

—Donaciones —explicó Farouk—. El prejuicio contra los leprosos es profundo y fuerte en mi país, pero mucha gente local nos paga una especie de diezmo. Gran parte de nuestra comida llega de esta manera. ¿Caminamos un poco?

Penrod se dejó llevar, y Farouk le mostró la colonia con un sereno orgullo. El recinto amurallado se extendía sobre unas dos hectáreas y contenía el edificio del hospital donde había estado Penrod, una mezcla de barracones y casas más pequeñas para leprosos que se habían recuperado, pero no deseaban dejar la seguridad del lugar, y una pequeña oficina de piedra para Farouk y sus lugartenientes de mayor confianza. Farouk también señaló la cafetería y el molino de la colonia, la tiendita donde los miembros de la colonia podían comprar suministros y otras cosas que necesitaran, y el gran comedor comunitario donde comía la mayoría de los residentes.

—Mi consultorio en El Cairo ayuda a financiar este

establecimiento. He ayudado a muchos de los europeos que vienen aquí con la esperanza de que el clima cure sus enfermedades, y me alegra decir que no hay benefactor más generoso que un hombre o una mujer que siente que su recuperación ha sido milagrosa.

—Yo ya no tengo dinero propio. De modo que tus leprosos tendrán que arreglárselas sin mi ayuda —manifestó Penrod.

Empezaba a cansarse, y el orgullo de Farouk lo irritaba. Y a pesar de ello, los leprosos obviamente lo querían mucho. Todos los que los veían les ofrecían bendiciones, y algunos de los niños llegaban corriendo hasta él para saludarlo en un lenguaje confuso o con noticias sobre algunas disputas entre sus compañeros. Algunos de los niños parecían saludables. A otros les faltaban narices, orejas o dedos. Entre la población que se movía de un lugar a otro, algunos tenían deformidades similares, otros tenían las muñecas, las manos o los pies vendados. Penrod sintió un visceral desagrado por el lugar; un rechazo animal, instintivo, a la enfermedad y a quienes la sufrían.

—Ya te dije que fuimos bien recompensados por cuidarte —explicó Farouk—. Aun así, ahora que ya estás lo suficientemente bien, te llegó el turno de trabajar aquí.

—No tengo ningún deseo de convertirme en residente. Apenas recupere mis fuerzas, me iré.

Farouk no se mostró enojado ni decepcionado. Y habló con calma:

—Y puedes hacerlo. Pero, por el momento, no podrías siquiera llegar a la salida sin ayuda, y mucho menos caminar los quince kilómetros de regreso a El Cairo, y te aseguro que los lugareños son muy reacios a ayudar a cualquier persona que vean acercarse por el camino que viene de la colonia. Ahora te voy a mostrar tu nueva habitación. Desde mañana, trabajarás en la enfermería y si deseas comer, lo harás en el comedor, Penrod.

Penrod se puso tenso.

—Y eso sanará mi alma, ¿verdad?

—Quizá.

Farouk no dijo nada más y llevó a Penrod a una pequeña habitación, casi una celda, en uno de los barracones. Ahí había una cama, una silla y un pequeño escritorio, y la luz entraba por una ventana de buen tamaño en lo alto de una pared. Alguien ya había

puesto el ejemplar de Dante que le había dejado Lucio en el escritorio. Al lado, había otro libro que Penrod no reconoció. Farouk se dio cuenta de que lo miraba.

—Un regalo de mi parte. ¿Has leído las obras de Rumi?

—No.

—Ah, bueno, es muy hermoso. Es mejor en farsi, por supuesto, pero la traducción al árabe que te dejo es un muy buen intento. Creo que has logrado grandes cosas, Penrod, pero tu ira casi te mata. Este es un libro sobre la compasión.

Aquella fue la caminata más larga que Penrod había hecho desde que había irrumpido en la residencia del duque de Kendal. Se sentía débil y estaba temblando, pero apartó su brazo del de Farouk y no respondió. Farouk esperó un momento y, luego, se fue sin decir nada más. Apenas se cerró la puerta, Penrod se sentó con fatiga en la cama.

Muy bien. Iba a trabajar hasta estar con la fuerza suficiente como para caminar de vuelta a El Cairo. Los leprosos parecían bien alimentados, y comiendo bien y haciendo ejercicios, debería estar suficientemente repuesto como para partir en una semana, más o menos. Su alma podría estar deshilachada y oscura, pero era su propia alma, y no quería que nadie más se ocupara de ella.

Uno de los jóvenes que cuidaron a Penrod durante su enfermedad fue a buscarlo a primera hora del día siguiente. Era una criatura de extraño aspecto, la enfermedad le había quitado la nariz y tres dedos de la mano derecha, pero él no hacía nada para ocultar sus deformidades. Hablaba en el árabe de un pilluelo de la calle y describió con alegría sus deberes y las personalidades de los otros que trabajaban en la enfermería. Y esta era manejada, se enteró Penrod, por una mujer llamada Cleopatra, que al parecer lo hacía con mano de hierro. Este joven, Hamon, y otros dos trabajaban a las órdenes de ella. Se ocupaban del cambio regular de vendajes y de la limpieza de las llagas y heridas infectadas de sus compañeros allí internados. Penrod ignoró la mayor parte de lo que escuchó y, después de lavarse con el agua tibia que le trajo Hamon, se dirigió a la enfermería guiado por él. Una ordenada fila de enfermos y mutilados ya estaba esperando junto a las puertas.

Entraron. La enfermería propiamente dicha consistía en dos habitaciones: una donde se atendía a las mujeres, y otra, a los

hombres. Cleopatra era una mujer resentida, carnosa, de rasgos toscos, con ojos pequeños, un pie ortopédico de madera y cuero, y nada de parloteo. Estaba sentada en un enorme sillón de mimbre, que le permitía ver ambos cuartos y también el área de espera. Desde esa posición, enviaba a los pacientes a un lado de la enfermería o al otro. Hamon le mostró su lugar a Penrod, que consistía en un par de taburetes y un gabinete que contenía una docena de frascos con un ungüento de olor astringente. Había un balde y un cuenco para lavar las heridas y, arriba del gabinete, había un montón de vendajes. Era obvio que eran usados, pero habían sido hervidos y planchados. Hamón le explicó a Penrod que ese día se iba a sentar con él para observar su trabajo. Y a partir del día siguiente, estaría solo.

Se abrieron las puertas, y Cleopatra saludaba a cada uno que llegaba por su nombre, le preguntaba por su salud y luego indicaba a la persona que iba a vendarle las heridas. El primer hombre que le envió a Penrod se sorprendió cuando vio que iba a ser atendido por un europeo y tuvo una feroz discusión susurrada con Cleopatra. El resultado no dejó dudas. El hombre se acercó nervioso a Penrod y se sentó. Hamon se las arregló para mantener una conversación con el paciente, a la vez que le daba instrucciones a Penrod sobre cómo quitar la venda de la ulceración en su pierna y lavar la carne. El olor no era tan malo como Penrod había imaginado, pero aun así, le revolvió el estómago. Lavó, puso ungüento y vendó otra vez a su paciente, y apenas llegó al fregadero de piedra en la parte trasera de la habitación para vaciar el cuenco, la mujer le envió otro paciente. Hamon demostró ser un instructor capaz, y la mañana pasó bastante rápido. Por la tarde, algo que dijo uno de los pacientes le recordó a Penrod una historia que había escuchado en las callejuelas de El Cairo y la contó. El paciente, un anciano que había sido un comerciante de seda antes de que comenzara a mostrar los signos de la enfermedad, al principio se quedó en silencio al escuchar al extranjero hablar en árabe con tanta fluidez, pero, al fin, se atrevió a hacerle a Penrod algunas preguntas sobre dónde había estado en Egipto. Penrod le nombró algunos de los lugares y esto condujo a una feroz discusión sobre cuáles eran las mejores cafeterías de Alejandría y dónde un viajero podía esperar encontrar un buen jugador de ajedrez. La discusión duró más que el

vendaje. Cleopatra hizo que el comerciante se retirara cuando se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo, y pronto otro paciente ocupó el taburete.

Esa noche, Penrod cenó en el comedor. Hamon le mostró dónde ir a buscar la comida y dónde podía sentarse. Luego, cuando consideró que su deber estaba cumplido, Hamon fue a sentarse con otros hombres de su misma edad. A Penrod no le importó; no deseaba compañía. Sin embargo, justo cuando terminaba de comer, el mercader de seda apareció a su lado, con un tablero bajo el brazo y una caja de piezas de ajedrez en la mano sana.

—Juguemos —dijo con simpleza, y preparó el juego. Eran jugadores del mismo nivel, pero Penrod estaba exhausto y, en un momento fatal, no vio la trampa del mercader de seda y perdió.

—Debes dormir, Juan —dijo el comerciante en árabe—. Pero me alegra encontrar un oponente así aquí. Juego con el Maestro Farouk, pero en general él está muy ocupado.

Penrod ayudó a poner las piezas en su estuche. Eran piezas con tallas de una belleza extraordinaria, las torres envueltas con enredaderas, la reina representada por una rosa en su plenitud.

—¿Maestro Farouk? Sí, me dijeron que es un maestro sufí.

El comerciante de seda suspiró.

—Un hombre de muchos talentos. Entregaría otra vez lo que esta enfermedad me quitó con tal de poseer solo la mitad de esos talentos. Pero doy gracias a Alá por sus muchas bendiciones. Me enojé cuando supe que tenía la enfermedad. Me costó mi negocio, mi familia. Pero ahora doy gracias a Alá por guiarme, en su misericordia, hacia Farouk. Soy un hombre mejor, más capaz de amar al mundo ahora, aunque este me rechace. Aprendí que debía renunciar a todo lo que tenía voluntariamente, para dejar entrar en mí la verdadera gracia. Ahora soy mucho más rico de lo que nunca fui.

Penrod se rio.

—Bueno, yo no tengo nada. ¿Eso cuenta como una bendición?

—Eres orgulloso, Juan. Supongamos que te dijeron que Farouk sugirió que yo jugara contigo. Que yo tratara de brindarte alguna sanación. ¿Tu orgullo bufa como un gato? Creo que sí. Creo que esperabas que el mismo Farouk intentara ayudarte. Tu intención era rechazar esa ayuda, por supuesto, pero esperabas que te la ofreciera

Farouk. Después de todo, eres un inglés importante.

Penrod se dio cuenta de que el comerciante de seda tenía razón. Incluso enfermo e indigente como se encontraba, esperaba ser tratado con cierta deferencia. Saber eso lo sorprendió y lo desconcertó. No era él un hombre dado a la introspección, pero sabía que siempre había recibido lo mejor de todo como si eso fuera lo que le correspondía. Sintió una picazón incómoda en el corazón al preguntarse por qué había considerado a Amber como suya por derecho propio. Nunca se había preguntado si él se la merecía. Cuando ella le apuntó con aquella pistola y le dijo que él no la merecía, él se enojó. Esa ira lo había enviado a Agatha, y luego aquello se convirtió en amargura, en culpa y en opio. Lo había llevado a arruinarse, a arruinarse gustosamente, para destruir al duque de Kendal.

Se aclaró la garganta.

—Entonces Farouk desea domar mi orgullo, ¿no?

—¡Ay, amigo mío, no eres un caballo! No, Juan. Lo que deseamos es darte un gran regalo para moderar tu orgullo: la compasión. —Penrod resopló y el comerciante sonrió—. Eso te hará más fuerte, no más débil, y aprenderás a controlar tu orgullo y tu ira en el futuro. Esta es la herramienta que pondremos en tus manos. El modo en que la uses será tu decisión.

Mientras el viejo hablaba, pareció que había abierto un agujerito en el velo oscuro que envolvía el alma de Penrod. Pero él no vio la luz enceguecedora de la santa revelación detrás de él, solo confusión, y en algún lugar de esa confusión, el más leve soplo de esperanza.

Penrod se levantó de la mesa y miró a su alrededor, a los hombres y las mujeres de la colonia.

—¿Jugamos de nuevo mañana?

El comerciante de seda levantó la mano.

—*Inshallah*.

Ese año, las lluvias en las tierras altas de Etiopía habían sido irregulares y malhumoradas. Después de los aguaceros repentinos y furiosos que amenazaban con inundar el Complejo Minero Courtney y la mina misma, se sucedían días de calor sofocante, de modo que cuando volvía a llover, el suelo se lavaba en lugar de refrescarse. Amber pasaba su tiempo reparando las presas alrededor de sus jardines, un trabajo urgente y fatigoso que la dejaba medio enloquecida por el agotamiento. Ella había elegido a la esposa de uno de los mejores hombres de Patch en la fundición para ayudarla, pero aun con Belito a su lado, aquello era una lucha difícil. Las plántulas que comenzaban a brotar eran arrastradas por el agua y vueltas a plantar mientras los relámpagos resonaban en el cielo. El río se movía lento en un momento dado hasta que, súbitamente, se convertía en un torrente. Muy pocos viajeros pasaban por el valle, y las provisiones de pimienta y sal disminuían de manera alarmante.

La mina se inundó dos veces, y la segunda vez se llenó tan rápido de agua que un hombre se ahogó antes de llegar a la superficie. Fue una pérdida dolorosa. Ryder aprendía con rapidez leyendo y releyendo las páginas que Amber había preparado para él, pero el proceso de amalgamar el mineral era delicado. A veces las reacciones en el patio eran demasiado rápidas y calientes; otras veces, la mezcla estaba tan diluida por la lluvia que se detenían por completo. A finales de septiembre, perdieron la mitad del azogue que les quedaba cuando los torrentes de agua que bajaban por la ladera de la montaña arrasaron los cimientos del depósito.

Luego cesaron las lluvias y la tierra empezó a dar flores. Patch fue a Massawa nuevamente y, siguiendo las instrucciones de Saffron, compró más mercurio con los últimos fondos en su cuenta del banco en Londres. Le preguntó a Amber si quería volver a la ciudad con él, pero ella se negó. Su trabajo en el jardín la ataba a la tierra, y esos pocos minutos que había pasado sentada en el vapor de El Cairo en ese momento parecían un sueño. Necesitaba ver los

frutos de su trabajo antes de irse de Tigray.

Patch regresó más rápido de lo que esperaban. Se había acordado una inestable tregua entre el emperador etíope Juan y los italianos en la costa, lo que facilitó la adquisición del azogue y, además, Patch ya conocía bien la ciudad y su gente.

Para la fiesta de San Juan, cesaron las lluvias, y para Navidad, los contenedores del campamento se estaban llenando de a poco con granos, nueces y arvejas. Los niños disfrutaron de los primeros y preciosos frutos de los árboles de Amber.

Ella trabajaba en los jardines o en las chozas de la cocina con las otras mujeres y se involucró en sus vidas y esperanzas. Patch había estado mirando durante algún tiempo con buenos ojos y tímida admiración a la hija mayor de uno de sus principales capataces. La niña, Marta, lo sabía, y estaba encantada. Le gustaba Patch. Pero tenía miedo de entregarse a un hombre con la cara arruinada y sin ganado. Amber se convirtió en la confidente de ambos. Ella le enseñaba inglés a Marta mientras trabajaban juntas moliendo grano, y Patch hizo un esfuerzo por aprender mejor el amárico, además de las palabras de mando y elogios que le resultaban necesarias en la mina. Luego Amber lo encontró una noche antes de la cena enseñándole a Marta y a su hermano a jugar al póquer, y se dio cuenta de que ya no tenía nada más que hacer en ese asunto.

Avanzaban con lentitud en la obtención de la plata a partir del mineral, y luego, justo después de Año Nuevo, tuvieron su primer éxito.

El día en que se fundió el primer lingote de plata, todo el complejo minero fue a ver el metal que salía del horno para que se vertiera en el molde. Tesfaye y Alem lo sacaron del molde, y el lingote golpeó el polvo rojo del suelo fuera del edificio del horno con un fuerte golpe. La gente allí reunida dejó escapar un suspiro. Se veía sucio y negro, como un trozo de carbón. Pero Ryder lo recogió cuando estuvo lo suficientemente frío como para manejarlo y, a pesar del pequeño maullido de protesta de Saffron, comenzó a pulirlo con un extremo de su última camisa buena. La gente observaba y luego se rio cuando lo sostuvo en alto. Debajo de la cubierta de cenizas el destello de plata pura fue claro para todos.

La barra de plata fue pasando de mano en mano entre la gente. Todos los hombres y todas las mujeres lo frotaban un poco, algunos

porque querían ver más de ese rico brillo, otros porque pensaban que traía buena suerte. Cuando terminó de pasar por las manos de todos los hombres, las mujeres y los niños del complejo, brillaba por completo. Amber fue una de las últimas en sostenerlo. Le asombró su peso. Ella lo frotó con un extremo de la falda y luego se lo devolvió a su cuñado.

—Felicitaciones, Ryder.

Él apenas le agradeció con un movimiento de cabeza.

Amber se preguntó si él habría oído los mismos rumores que ella, sobre un hombre blanco convertido en monje que vivía en uno de los monasterios en las alturas. Ella esperaba que los rumores fueran ciertos, que ese monje fuera Dan y que él los recordara en sus oraciones.

Los breves chaparrones iban y venían. Un lingote se convirtió en dos, y luego fueron cinco. Ryder calculó lo que le había costado cada uno y se estremeció. Debían encontrar una manera de mejorar el rendimiento sin usar tanto mercurio.

Patch se casó con Marta, y las celebraciones fueron generosas, aunque a Saffron le preocupaba que la alegría de su esposo fuera forzada. Los niños montaron una representación de *Los novios*, y esta vez, el héroe llevaba un parche en el ojo.

Una semana después de la boda, Amber estaba trabajando con su hermana, ayudándola a hacer *injera*, supervisadas de cerca por las mujeres mayores del complejo, Selma y Tena. Mientras extendían la masa sobre la sartén y la veían burbujear, Saffron de repente dejó escapar un quejido debido a una fuerte molestia y se puso de pie. Amber parpadeó y metió el pan en la canasta que le correspondía, y se puso también ella de pie. Selma miró con desdén el trabajo de Amber y ocupó su lugar junto al fuego.

—¿Saffy? ¿Qué pasa, cariño? —Amber miró con atención el rostro de su melliza. Los rizos de su cabello se veían diferentes, y algo en la curva de su mejilla había cambiado—. Estas embarazada.

Saffron arrugó la nariz.

—Sí, quiero pensar que sí.

Amber rio con placer, y Selma y Tena se dieron vuelta para ver qué estaba pasando.

—El señor Ryder excavó en busca de tesoros y aumentó las

riquezas entre nosotros —dijo Amber en amárico, con una mirada cómplice al vientre de Saffron.

Las mujeres comprendieron ambos significados a la vez y las cubrieron de felicitaciones: a Saffron por el hijo y a Amber por su lengua rápida y hábil.

El verso de Amber recorrió el campamento con la noticia de que Ryder iba a ser padre de nuevo. Menos de un cuarto de hora después, Ryder llegó corriendo al campamento y levantó a su esposa y la hizo girar entre los aplausos de las mujeres. Cuando la bajó, le hizo señas a Amber para que se acercara y sonrió.

—Excavó en busca de tesoros, ¿verdad, Amber? Te has convertido en una bruja ingeniosa desde que te conocí.

Ella le hizo una elaborada reverencia y, mientras se levantaba de nuevo, él la agarró por la muñeca, la acerco a él y luego le dio un beso en la cabeza.

—Supongo que ahora tendré que dejar de estar enojado contigo, al-Zahra.

Ella levantó la vista y sintió una explosión de afecto por él, un repentino florecimiento después de una lluvia muy esperada. Entonces ella vio algo sobre el hombro de él y frunció el ceño. Ryder notó el cambio en la expresión de ella y siguió su mirada. Arriba, en la alta meseta, pudieron ver la silueta de un hombre. Sostenía vertical una larga lanza de guerrero en su mano derecha, y la silueta del escudo redondo tradicional en el brazo izquierdo era claro. En ese momento, mientras lo miraban, el hombre cayó al suelo.

—¿Ryder? —preguntó Saffron.

—Tadesse, ven conmigo. Saffy, trae a Geriel y Maki. Diles que preparen una camilla y nos sigan.

Antes de haber terminado de dar sus órdenes, Ryder ya estaba corriendo por el sendero que subía al lugar donde el guerrero había caído.

Ryder reconoció al joven cuando estuvieron a cinco metros. Tadesse, que trepaba por el camino como una cabra detrás de él, también lo reconoció.

—¡Es Iyasu! Hijo de Asfaw.

Ryder no habló. Se arrodilló en el suelo seco y le sostuvo la cabeza al guerrero caído, luego trató de darle agua del recipiente de

cuero que siempre llevaba en la cintura. Los ojos del hombre se abrieron por un momento y luego se cerraron de nuevo. Era un milagro que hubiera podido mantenerse en pie. Tenía las ropas rotas y duras por la sangre; a Ryder le pareció que el gran corte en el pecho musculoso era la herida de una espada derviche. Alguien le había hecho un precario vendaje, pero la atadura se había soltado. Otra herida profunda era visible en la parte exterior del muslo de Iyasu. Ryder hizo a un lado el escudo de cuero del hombre y dejó escapar un chasquido con la lengua. La mano izquierda de Iyasu había sido cortada. El muñón estaba envuelto de forma tosca y apestaba a carne podrida. Los vendajes estaban negros y rígidos con pus seco.

Tadesse había hecho su propia evaluación de las heridas del hombre. Aspiró aire entre los dientes.

—No puedo hacer nada aquí. Deberíamos llevarlo a una choza sin que se le abran de nuevo las heridas. Solo allí podremos limpiarlo y tratarlo. ¿Por qué ha venido solo? ¿Qué ha pasado para que un guerrero aparezca solo tan lejos?

Iyasu gimió y se movió. Ryder pudo oír el ruido que hacían Geriel y Maki acercándose por el empinado sendero. Trató de recordar cuántos años tenía este chico. ¿Veinte, tal vez? El muchacho era un atleta y el orgullo de su pueblo, y había ido a conquistar la gloria en el ejército del emperador.

—Iyasu, estás en el Complejo Minero Courtney. Te cuidaremos y mandaré llamar a tu padre. Tienes mi palabra. ¿Qué pasó? —preguntó saber Ryder.

Los ojos del herido se abrieron de nuevo, enormes y oscuros. Ryder sabía lo que era esa mirada. Aquellos eran los ojos de un hombre que reproducía los horrores en su propia mente en lugar de ver lo que tenía enfrente de él.

—Señor Ryder, está muerto. El emperador Juan, el rey de reyes, está muerto.

Llevaron a Iyasu con cuidado hasta el poblado, a la propia choza de Ryder, y lo acostaron sobre un jergón de paja junto al fuego abierto. Apenas Ryder envió al mensajero más rápido del pueblo para informar sobre el regreso de Iyasu a su padre, se reunió con Tadesse junto al hombre herido.

La oscuridad había caído rápidamente. Ryder sostenía un farol

sobre Iyasu mientras Tadesse trabajaba, examinando las heridas y suturando con sumo cuidado las del pecho y el muslo del guerrero. Iyasu no había recobrado la conciencia.

—¿Cuánto tiempo crees que le tomará a Ato Asfaw llegar hasta acá? —preguntó Tadesse.

Ryder hizo un cálculo rápido. El pueblo de Asfaw estaba a poco menos de cinco kilómetros —no muy lejos para un viejo guerrero como él—, pero era terreno áspero. Y eso si lo encontraban en su casa. El hombre tenía muchas obligaciones como jefe comunitario, lo cual lo llevaba a menudo a las aldeas y los mercados periféricos.

—Algunas horas todavía, Tadesse.

El chico se sentó sobre los talones.

—Debe tomar una decisión. La muñeca está infectada, señor Ryder. Si solo hago lo necesario para tratar de aliviar sus dolores, vivirá hasta el amanecer. Si hacemos lo otro, o sea cortar el brazo más arriba, donde la infección aún no ha llegado, debemos hacerlo ahora, de una vez. El *shock* podría matarlo, pero si sobrevive, podría vivir hasta hacerse viejo.

Ryder miró a Iyasu, tan fuerte y tan cerca de la muerte.

—¿Que posibilidades tiene? —preguntó.

—¿Cómo se llama eso que le he visto hacer? —dijo Tadesse, y entrecerró los ojos sin dejar de mirarlo—. Tirar una moneda al aire. Es así.

Ryder trató de imaginar a su propio hijo pequeño convertido en un hombre, un hombre herido y sufriendo así. ¿Qué querría Ryder que hicieran los extraños que estuvieran alrededor de la cama de su hijo? Por un momento, como en un sueño, vio a Leon como ya hombre, como un soldado de la edad de Iyasu, acostado en un piso de tierra y al cuidado de otros. La respuesta era clara.

—Debe tener la oportunidad de vivir.

Tadesse asintió.

—Será aquí. La infección ya se ha extendido al resto. —Señaló un lugar justo por encima del codo del brazo izquierdo de Iyasu—. Señor Ryder, no tengo la fuerza necesaria. Si puede usted hacerlo de un solo golpe, puede salvarlo.

—Prepáralo, Tadesse. Lo haré.

Tadesse se puso de pie, pero Ryder lo detuvo.

—La señora Saffy está embarazada. Si necesitamos más ayuda,

pídesela a la señorita Amber.

Tadesse lo pensó un momento.

—Necesitaremos más ayuda. Voy a decirle.

Tadesse consultó con los hombres del pueblo y todos tomaron las armas de sus casas, examinaron el filo y el peso de sus espadas curvas, llamadas *shotel*, mientras que un hombre, Hadash, con cicatrices de batalla, trajo un hacha que había usado para fabricar los soportes de madera de la mina. Todos estuvieron de acuerdo en que este sería el mejor instrumento. La hoja tenía que atravesar el hueso sin hacerlo añicos, solo se podía confiar en un filo con el peso de esa hacha. Hadash pidió media hora para pulir el borde hasta lograr el máximo filo. Tadesse vaciló, luego les dijo que lo hicieran, pero que no tardaran más que eso.

Amber observaba mientras unos hombres hacían girar la piedra circular de afilar y pasaban la hoja por encima en un delicado arco. No se producían chispas, el metal solo parecía suspirar a medida que encontraba el filo. Amber se reunió con Ryder en su choza.

Iyasu todavía estaba inconsciente, y su piel había adquirido un color amarillento a la luz del farol. Amber llevaba tiras de cuero sobre un hombro, tela blanca sobre el otro y agua fresca en un cuenco en sus manos. Ryder notó que se detenía en la puerta, impresionada por el olor de la carne podrida, pero sin hacer el menor ruido, entró y ordenó lo que había traído.

—Ya están casi listos. ¿Y tú? —dijo ella.

—Sí, estoy listo. ¿Dónde está Saffy?

—En la iglesia con Leon. El sacerdote está dirigiendo las oraciones.

—Me alegro de que hayas venido con nosotros, al-Zahra —dijo Ryder.

Ella se volvió para mirarlo, y él sintió que era como si la estuviera viendo por primera vez. La recordaba como una niña pequeña bajo la protección de su padre en Jartum, pidiéndole golosinas y mostrándole sus vestidos de fiesta. Sus palabras la habían hecho feliz, y se dio cuenta de que no la había visto así desde el día anterior a la ruptura de su compromiso con Penrod. Ella se sonrojó y tomó una de las tiras de cuero del hombro y la ató con fuerza alrededor del punto más alto del brazo de Iyasu.

Iyasu gimió y, como en respuesta, escucharon un grito de advertencia desde afuera. Tadesse entró primero y detrás de él, Hadash. Este entregó el hacha a Ryder, luego se dirigió de inmediato a la cabecera de la cama para poder sostener los hombros de Iyasu. Tadesse tomo el brazo enfermo de Iyasu y lo ubicó en ángulo recto respecto de su cuerpo. Amber se inclinó y colocó un espeso montón de pieles curtidas debajo del brazo, donde iba a caer el golpe, luego agarró las piernas de Iyasu. El guerrero comenzó a resistirse y a gritar. Ryder sintió el peso del hacha, luego la balanceó por encima de su cabeza. El brillante filo trazó una línea en la penumbra mientras se movía hacia adelante, luego bajó el hacha con todo el peso de su cuerpo y toda su fuerza detrás de ella. La hoja cortó carne y hueso y se metió en las pieles. Los ojos de Iyasu se abrieron y dejó escapar un terrible gemido antes de que los ojos se le pusieran en blanco, y se le aflojó la mandíbula.

Tadesse tomó las arterias de la herida que sangraban y las cosió para cerrarlas, luego comenzó a vendar la herida con la tela blanca. Ryder dio un paso atrás.

Amber estaba ayudando a Tadesse, observándolo con atención y entregándole lo que requería. Ryder se alejó un poco más de ellos y se sentó con la espalda sobre la pared de su casa, los músculos de los hombros le ardían, y los observó mientras se ocupaban de la herida. Mientras ellos estuvieran trabajando, él sabía que Iyasu aún no estaba muerto.

Ryder debió quedarase dormido. Sintió que alguien le sacudía el hombro y se despertó sobresaltado. Era Amber. Le estaba ofreciendo un jarro y olió el grato aroma del café fuerte. El farol se había apagado y la cabaña estaba llena con la luz de un nuevo día. Miró a su alrededor mientras Amber se acomodaba en el suelo a su lado. El brazo amputado había desaparecido, al igual que el hacha. Tadesse estaba agachado junto a Iyasu, lo que le bloqueaba la vista a Ryder.

—Todavía está vivo —informó Amber, como respuesta a los pensamientos de él.

—Gracias por el café.

Ella se apartó el pelo de la cara, y Ryder notó que estaba pálida por la fatiga.

—Saffron te está esperando afuera con Leon. Por favor no le digas que te desperté.

Él se rio.

—No lo haré. Pero tú deberías descansar.

Ella bebió un largo trago de su jarro.

—Aún no. Quiero que Tadesse duerma un rato. Cuando él haya descansado, yo me iré a dormir. No antes.

Ryder se puso de pie, le dio unas palmaditas en el hombro y luego salió, con el jarro de café todavía en sus manos, calentándolas en el frío de la mañana. Su esposa saltó como un gato de su lugar en el sendero hacia el agua. Llevaba a Leon en la cadera y se arrojó sobre el pecho de él. Él la tomó y le levantó la cara para besarla con fuerza. Leon se movió entre ellos. Saffron lo dejó en el suelo y el niño se alejó valientemente gateando detrás de un pollo.

—Ryder, hemos recibido noticias de la gente de Ato Asfaw. Se ha ido a comprar ganado en el mercado de Adigrat. Le enviaron un mensaje, y nos enviaron tres ovejas y un gran tonel de miel. El envío es de su hijo Fassil, creo.

—Un regalo generoso.

—Un regalo adecuado —precisó Saffron, a la vez que se apartaba y se alisaba las faldas—. Le salvaste la vida a Iyasu.

Él terminó su café y ella le recibió el jarro.

—Saffy, no sabemos si vivirá todavía, y si alguien lo salvó fue Tadesse.

—¡Bah! —exclamó ella. Saffron nunca iba a creer que su esposo fuera nada menos que el héroe y salvador de cualquier situación en la que se encontrara.

—Bueno, tú salvaste a Tadesse, así que es lo mismo de todos modos. Los hombres no sabían qué hacer con el brazo, así que lo metieron en una caja y se lo dieron al sacerdote. Este rezó por él, cosa que todos sintieron que era lo correcto, y luego se lo llevaron a alguna parte.

Estaban sentados juntos en los bancos de troncos frente a la iglesia. Ryder quería ir a la mina y ver qué avances estaban haciendo. Quería hablar con Patch y los trabajadores mayores sobre la madera, y resolver qué reparaciones se necesitaban en los canales que conducían su preciosa agua a través de los lugares de trabajo. También quería asegurarse de estar en el pueblo cuando llegara Ato Asfaw.

—Ryder, ¿de verdad Iyasu dijo que el emperador Juan está

muerto? —susurró Saffron.

—Eso dijo.

—Entonces, ¿quién va a gobernar? ¡Su único hijo ya está muerto! ¿El emperador Juan murió luchando contra los italianos? Será mucho más difícil traer cosas de Massawa si estalló la guerra.

Ryder miró al otro lado del valle que fluía, a la ladera de la colina que conducía a la meseta donde habían descubierto a Iyasu el día anterior, y más allá de los picos color púrpura en dirección a Adigrat y Axum. Podía sentir el éxito, justo más allá del alcance de su mano, como una picazón en la sangre. Si tan solo pudieran mejorar el proceso de extracción de la plata del mineral, ese goteo doloroso del tesoro que albergaba la mina se iba a convertir en un flujo constante. Lo único que necesitaba era más tiempo y otro ingeniero de minas para reemplazar a Dan. Se preguntó si Iyasu era el presagio de un peligro mayor que se aproximaba, algo que iba a terminar con ellos y con todas sus instalaciones.

Saffron le tocó el hombro y señaló al otro lado del río.

—Mira, ahí viene Ato Asfaw.

Durante dos días observaron a Iyasu para ver si iba a sobrevivir o no. Hasta que, a la tercera mañana, abrió los ojos y reconoció a su padre. Tadesse ordenó a las mujeres que prepararan una papilla de *teff* y le agregaran su propia mezcla de hierbas y flores, y se la dio a comer a Iyasu con una cuchara de cuerno, como una mamá pájaro les da de comer a sus primeros pichones.

Cuando los trabajadores regresaron de la mina y las familias cenaron, Ryder fue llamado a la cabecera de Iyasu para escuchar su historia.

Iyasu estaba recostado sobre una pila de almohadas rellenas de paja. Su piel se veía reseca y gris, pero reconoció a Ryder y le sonrió. Ato Asfaw se puso de pie cuando entró Ryder y lo abrazó.

—Un asiento para el señor Ryder, Tadesse, muchacho. Aquí, a mi lado. —Los ojos de Asfaw se abrieron y se tapó la boca con la mano—. ¡Perdóneme! ¡Lo estoy invitando a sentarte en tu propia casa!

Ryder se rio.

—Mientras Iyasu esté aquí, mi amigo, esta es tu casa.

Tadesse trajo un taburete y los dos hombres se sentaron,

mientras Tadesse se acuclillaba al otro lado de la cama de Iyasu y observaba como un halcón.

—Buenas noches, señor Ryder —saludó Iyasu—. ¿Usted está bien?

—Gracias a Dios, estoy bien. ¿Y tú?

—Gracias a Dios, estoy bien. —Iyasu suspiró y se movió un poco, luego hizo una mueca cuando su muñón rozó las almohadas sobre las que yacía. Tadesse se levantó de un salto con el ceño fruncido y movió las almohadas y los cobertores para que se sintiera más cómodo.

—Es demasiado pronto para hablar —dijo Tadesse malhumorado —. Debes abrir la boca solo para comer o para tomar agua, nada más.

Ryder pensó que Tadesse podría tener razón, pero él estaba muy ansioso por saber qué había ocurrido.

—Tranquilo, hermanito —dijo Iyasu con voz débil—. Sabes que debo contarle esto.

Tadesse asintió con un rápido movimiento de cabeza y luego volvió a su posición de observador vigilante. Iyasu dirigió la mirada a su padre y a Ryder.

—He estado con el emperador Juan durante dos años —dijo—, bajo la bandera de Ras Alula de Tigray. El año pasado nos llevó cerca de los italianos, pero Juan y Alula son hombres sabios. Vieron que los italianos estaban firmemente atrincherados en sus sitios en Saahati, y nosotros no teníamos ni hombres ni armas para empujarlos de vuelta al mar. Juan escuchó rumores de que Menelik de Shoa se ofrecía para luchar a nuestro lado. —Hizo una pausa y Ryder observó mientras Tadesse vertía *tej* de una jarra de barro a un vaso y lo llevaba a los labios de Iyasu. Mientras este bebía, Asfaw habló.

—¿Conoce al rey Menelik, señor Ryder?

Ryder asintió.

—Convirtió a su reino dentro de Etiopía en una gran potencia, y parece que es un hombre cuidadoso.

Iyasu cerró los ojos por un momento y comenzó a hablar de nuevo.

—El emperador Juan se sentía muy desdichado. Se deprimió mucho desde que había muerto su hijo mayor. Hasta se rumoreó

que había pensado incluso en abandonar el trono, pero sus consejeros, Ras Alula entre ellos, le sugirieron que no podía abandonar sus sagrados deberes. Pareció recuperar otra vez las fuerzas y caminó entre nosotros con la cabeza en alto. Se detuvo y nos miró de frente. Allí proclamó la guerra contra los derviches: «Sus ataques contra la frontera norte ya no se van a tolerar más», dijo. «Deben ser expulsados de nuestro territorio como los perros que son». —Iyasu sonrió—. Sus palabras dieron calor a nuestros corazones, y nos levantó el ánimo. Nos dirigimos a Metemma y atacamos con gran furia. Ras Alula nos condujo por el flanco y, aunque les habíamos avisado de nuestra llegada, no pudieron resistirnos.

—Son luchadores valientes —apostilló Ryder—. He visto a los derviches cuando atacan, y son como una inundación o una tormenta de fuego. Son pocos los que pueden resistirse.

Los ojos de Iyasu brillaron.

—Son mejores en una carga. No les gusta defender una posición. Y usted no ha visto pelear a los etíopes, señor Ryder. Con nuestros príncipes y nuestro emperador entre nosotros, podemos hacer que los derviches chillen y lloren como niños.

Ryder imaginó la batalla, la carne desgarrada, las lanzas de los abisinios y las flechas de los derviches, los rifles que cada uno había conseguido de los ejércitos europeos, comprados o saqueados, una guerra antigua y moderna que se producía en un lugar y entre dos ejércitos que no temían a la muerte y eran devotos de sus líderes. Debió haber sido una matanza terrible.

—Los teníamos. Los derribamos como si fuera paja. Luego… Luego fue como si una terrible maldición cayera sobre nosotros. Desde el centro del combate, apareció un derviche con un turbante verde montado en un corcel negro, un animal que seguramente fue engendrado por el mismo diablo. Galopaba entre nosotros, y ni uno de nuestros disparos o lanzas pudo tocarlo. En la mano derecha portaba una espada, ensangrentada desde la punta hasta la empuñadura, y en la otra, en lo alto para que todos pudiéramos verla, llevaba la cabeza del emperador Juan.

Ryder pensó que sabía quién era ese derviche en particular. Osman Atalan. El señor de la guerra que había tenido cautivos a Amber y Penrod, y que aún retenía a su propia cuñada, Rebecca

Benbrook, como su concubina.

Tadesse puso más *tej* entre los labios de Iyasu.

—Suficiente. —Iyasu lo apartó con suavidad y volvió la cabeza hacia Asfaw y Ryder—. Eso quebró nuestro espíritu. Ver a ese demonio con la cabeza del buen emperador agarrada de los cabellos. Nuestros guerreros se desmoronaron. Los derviches se enardecieron y, en ese momento, la batalla cambió y nos dispersamos. —Se tocó el vendaje en el pecho—. Me hirieron un momento después de verlo, y esto —se tocó el muslo—, un minuto después. Allí donde un momento antes yo estaba peleando con mis hermanos, en ese momento caí entre sus cadáveres. Un hombre se abalanzó sobre mí y logré levantar mi escudo para detener su golpe, luego otro vino por la izquierda y me cortó la muñeca. Pensé que eran mis últimos momentos en este mundo. Pero luego pensé en mi hogar y en mi padre, y me envolví la herida con la tela de la ropa de uno de mis compañeros. Traté de llegar a Ras Alula, pero cayó la noche. Me caí al suelo, y cuando desperté, mi única compañía eran los muertos. El ejército había huido.

El fuego detrás de ellos crepitaba.

—¿Cómo llegaste hasta aquí? —inquirió Ryder al fin.

—Caminé un día, luego otro. Yo no sabía adónde se había ido el ejército y solo pensaba en mi hogar. Me encontré con un pastor que me lavó las heridas y quería que me quedara con él más tiempo, pero después de un día de descanso, me sentí más fuerte y seguí caminando. Luego el dolor en la muñeca se hizo más intenso, y me di cuenta de que la herida empeoraba. Pero pensé que aún podía tolerar el dolor.

—¿Ras Alula todavía vive? —preguntó Ryder—. ¿Quién es ahora el emperador?

Los ojos de Iyasu se cerraron de nuevo.

—No lo sé —susurró.

—Suficiente —intervino Tadesse—. Debe dormir, señor Ryder.

Ryder le puso una mano sobre el pecho al muchacho.

—Descansa ahora, Iyasu. Y gracias por la información y por el dolor que sufriste para contármela. Ato Asfaw, ¿hablarás de estas cosas conmigo? Creo que tengo que ver a Ras Alula en Axum. Si está vivo, debe estar allí.

El hombre mayor se puso de pie.

—Me alegra que vayas, y sí, tenemos que hablar. Sé que Tadesse se va a ocupar de mi hijo mientras hablamos.

Salieron. La noche ya estaba avanzando.

Ryder llegó a Axum tres días después, y era obvio que la noticia de su viaje había llegado antes que él. Cuando llegó a la última cresta y miró abajo, a la llanura donde la ciudad se levantaba en medio de la dorada meseta cubierta de cultivos, entre llamativas montañas cónicas de color rojo y púrpura, un grupo de guerreros ya estaba en camino para encontrarse con él. Eran de la casta superior. Ryder pudo darse cuenta de ello, incluso a esa distancia, por el brillo tenue de la plata que decoraba sus escudos de cuero, y las pieles —de leopardo y de león— que llevaban sobre los hombros. Algunos, notó Ryder, portaban fusiles y llevaban cinturones con cartucheras. Otros llevaban las altas lanzas de hoja plana que eran el arma de los guerreros abisinios desde la época de la reina de Saba.

Ryder ordenó detenerse. Viajaba con solo dos mulas de carga y, para su protección contra los bandidos, lo acompañaban Geriel y Maki. Ryder no quería hacer un gran despliegue, y cada movimiento que hizo, incluyendo el de esperar ahí, muy por encima de la ciudad, estaba diseñado para no transmitir nada más que respeto y amistad. Llevaban consigo la primera docena de lingotes de plata de la mina a modo de ofrenda, y cuatro ovejas gordas se movían junto a su pequeña caravana. Ryder había calculado el regalo con sumo cuidado. Llevar muy poco sería insultante —Alula era gobernador de toda la región y su autoridad debía reconocerse —, pero llevar demasiado podría parecer arrogancia. Ryder también llevaba a Tadesse, quien había ofrecido sus servicios por su propia voluntad para atender a los heridos entre los seguidores de Ras Alula. Saffron había querido acompañarlos, por supuesto, pero el nuevo embarazo le producía náuseas y, al final, hasta estuvo de acuerdo en que el viaje a Axum sería demasiado para ella.

Los guerreros los alcanzaron con el calor de la primera hora de la tarde, y Ryder intercambió saludos formales con ellos, les pidió noticias sobre Alula y ofreció sus regalos. Los guerreros no les dieron ninguna noticia, por supuesto, pero aceptaron los obsequios

con digna aprobación y les dijeron que estaban acondicionando un campamento en Axum perteneciente al mismísimo Ras para ellos. El príncipe les pedía que lo visitaran esa noche.

Ryder había visitado Axum muchas veces como comerciante, pero nunca dejaba de asombrarlo. Las viviendas eran las habituales chozas redondas y con techo de paja, hechas de madera o de piedra, dispuestas en grupos, y una amplia área abierta en el centro de la ciudad que servía como mercado casi todas las mañanas, a la sombra de higueras y acacias. Pero Axum era más que una ciudad de provincia. Alguna vez había sido la capital de uno de los mayores imperios africanos, y los gobernantes axumitas que habían ejercido el poder allí durante quinientos años habían dejado sus monumentos. Enormes columnas de granito tallado marcaban sus tumbas, columnas que se elevaban hasta una altura de unos veinticinco metros, como los grandes obeliscos del antiguo Egipto. Al oeste de la ciudad, se encontraban las ruinas descoloridas y gastadas de un gran palacio donde la gente del lugar aseguraba que la mismísima reina de Saba había vivido alguna vez.

Ryder pudo contar docenas de hombres heridos que miraban desde los portales o que yacían inconscientes en la sombra antes de llegar a las instalaciones que Alula había seleccionado para ellos. Vio la expresión tensa y preocupada del rostro de Tadesse y puso una mano en el hombro del muchacho.

—Debes hacer lo que puedas, Tadesse, pero no trates de salvarlos a todos. Comienza con los que se pueden salvar, no con los que están más graves. ¿Me entiendes? Diremos que Geriel y Maki son tus hermanos. Irán contigo y se asegurarán de que se respeten tus decisiones.

—Gracias —dijo el chico en voz baja—. Pero no es necesario. Tengo amigos aquí.

Y se fue antes de que Ryder tuviera tiempo de discutir, así que Geriel y Maki llevaron a los animales al recinto reservado para ellos.

Se acercaba la noche, y delante de algunas puertas ya se habían encendido los fuegos para cocinar. El ambiente era lóbrego. Se podia percibir una incómoda mezcla de confusión y derrota mientras Ryder se dirigía al encuentro con Ras Alula. La sala de audiencias propiamente dicha era parte de una gran construcción

de piedra y, cuando entró, Ryder vio a un grupo de hombres, los principales consejeros de Ras Alula, reunidos en el extremo más lejano. Eran hombres de edad madura, y aunque todos estaban vestidos con los mismos sencillos caftanes, pantalones y túnicas blancos que usaban todos los hombres de la región, los pequeños detalles de su vestimenta, adornos en los hombros y accesorios de plata en las caderas los distinguían como un grupo de élite. Cuando entró Ryder, quedaron en silencio y se apartaron para dejar ver a Ras Alula sentado en una plataforma elevada sobre la pared del fondo. Era un hombre de unos cincuenta y tantos años, bajo y fornido, con una nariz larga y recta, y la piel color bronce profundo. Su barba era más blanca que negra, y su rostro mostraba profundas arrugas, pero la sensación de poder físico que de él emanaba era inconfundible. Llevaba un caftán bordado púrpura y verde, terminado en la garganta y las muñecas con fibras de oro. El taburete en el que se sentaba estaba tapizado en púrpura y decorado con adornos de plata, incluida una serie de campanas de plata. Su escudo, también decorado con plata, estaba apoyado contra este trono a su izquierda y tenía el rifle, inclinado, al alcance de su mano derecha.

Apenas vio a Ryder, se puso de pie y, de inmediato, bajó de su plataforma y caminó hacia él con los brazos bien abiertos. Cuando estuvo junto a Ryder, le puso las manos en los hombros y ambos se inclinaron hasta que se tocaron las frentes.

—Te agradezco las hermosas barras de plata, amigo mío.

—Me alegra que te gusten —respondió Ryder.

Y decía la verdad. La buena estima de Alula no solo era útil, sino que también era importante para él. Alula era quizás el único militar por el que Ryder sentía genuina admiración. Había sido pobre en su juventud, y a la élite de Tigray le molestaba su posición como mano derecha del emperador Juan y gobernador de la región. Su lealtad y valentía lo habían hecho acreedor de esa posición. Y la mantenía usando su ingenio tanto como sus músculos. Además, conocía y amaba cada centímetro de su tierra.

En ese momento, puso el brazo sobre los hombros de Ryder y lo condujo hasta uno de los largos bancos de barro al final del salón, y despidió a sus consejeros con un gesto de la mano. Estos se alejaron y, en pocos momentos, Ryder se encontró sentado a solas con Alula

en el silencio de la cámara vacía.

—Nuestro dolor por la muerte del emperador Juan es profundo —dijo Ryder al fin—. Y mucho más porque sabemos la pérdida que has sufrido.

Alula se inclinó hacia delante, con los codos sobre las rodillas.

—Lo sé, y lo agradezco ¿Cómo es que te enteraste de nuestros problemas tan rápido?

Ryder le contó sobre la llegada de Iyasu al pueblo y su relato de la muerte del emperador Juan.

—El rey de reyes tuvo una premonición la noche anterior a la batalla —recordó Alula cuando Ryder terminó—. Convocó a su consejo y nos dijo que, si lo mataban, el hijo de la esposa de su hermano debía convertirse en emperador.

—¿Ras Mengesha? —dijo Ryder, frunciendo el ceño—. Es muy joven.

Alula se puso un poco tenso, pero ignoró el comentario de Ryder.

—Le juramos lealtad, por supuesto, porque ¿quién se iba a oponer al rey de reyes? Pero nunca creímos que los derviches pudieran vencernos. El emperador Juan me envió un mensaje cuando nuestra victoria parecía completa, en el que me decía que yo tenía razón al no tener fe en su sueño, que la batalla estaba ganada. El mensajero estaba pronunciando esas palabras cuando ese diablo del infierno cabalgó por entre nuestros hombres con la cabeza cortada del emperador en alto. —Se echó el chal sobre los hombros—. Nuestros hombres se sintieron angustiados, los derviches recuperaron el ímpetu de la batalla y nos dispersamos. Ya ves que son pocos los que regresaron con nosotros. Esperamos que otros hayan regresado a sus hogares. Muchos más alimentan a los carroñeros en Metemma.

Ryder no dijo nada, pero la noticia lo perturbó sobremanera. Ras Mengesha era un niño y, por lo que Ryder podía recordar, no particularmente impresionante. Mimado y sin formación alguna, era difícil que fuera un hombre apto para ser líder en el momento en que Etiopía enfrentaba el desafío de los italianos por un lado y de los derviches por el otro.

—Menelik, rey de Shoa, se ha declarado rey de reyes —continuó Alula—. Él todavía está en Wuchale, negociando un tratado con los

italianos.

Las noticias eran más sombrías de lo que Ryder había pensado. Varias facciones reclamaban el trono. Ryder sabía que Menelik era un líder poderoso que había abierto rutas comerciales en el sur al tiempo que se oponía al emperador Juan. Ryder había oído rumores de que los italianos le habían vendido un gran número de rifles, con lo que esperaban ganarse su apoyo y su aprobación a la expansión de la presencia italiana en la zona de Massawa. Ryder sintió que su corazón se cargaba de temores. Su complejo minero en el valle, su esposa embarazada y su hijo, los trabajadores que habían confiado en él, estaban muy cerca de aquellos reyes que competían entre sí y del ejército italiano. Y todo esto cuando parecía que estaban a punto de arrancar de la tierra alguna recompensa por su trabajo y su sacrificio.

Alula pareció leer sus pensamientos.

—Deberías haber comprado ganado en lugar de excavar la tierra —observó con voz ronca—. Cuando un hombre invierte su dinero en ganado y el viento cambia, puede vender sus bestias o llevarlas a otro lugar. Pero tú estás atado a tu mina.

—¿Y tú?

—Yo también estoy atado a mi tierra y a mi príncipe.

—¿Entonces no te vas a someter a Menelik? —aventuró Ryder.

Era una pregunta peligrosa. Alula se enderezó y alisó las mangas bordadas de su caftán. Se lo veía grave. Ryder observó su perfil a la luz parpadeante de las antorchas. Se parecía a los retratos de las monedas axumitas que se podían encontrar esparcidas cerca de los monumentos antiguos de la ciudad.

Respondió con un gruñido bajo.

—Ya te lo dije. Menelik todavía está negociando con los italianos. Los mismos italianos que han enviado tropas a mis tierras una vez más. Se atrincheraron en Asmara mientras yo luchaba contra los derviches junto a mi emperador.

Ryder asimiló la noticia en silencio. Alula no tenía el armamento necesario para desalojar a un ejército europeo moderno de una posición bien fortificada, por valientes que fueran sus guerreros. Si Menelik estaba dispuesto a dejar que los italianos mantuvieran ese territorio a cambio del apoyo a su intención de erigirse en el gobernante de toda Etiopía, dejaría que Alula se debilitara. Ryder se

dio cuenta de que Alula lo observaba con perspicacia.

—Los italianos son mis enemigos, Ryder. Ellos eran los enemigos del emperador Juan. Son los enemigos del hijo y heredero de Juan, mi señor Ras Mengesha, así que no, no me someteré a Menelik. —Alula escupió las palabras. Su voz era grave, poderosa, y pareció llenar aquella cámara vacía—. Tu mina está fallando, Ryder. ¿Crees que no sé lo que te han costado esos lingotes? ¿Crees que soy un anciano ciego? Incluso cuando la sangre derviche aún no se había enfriado en mi espada, he seguido cada una de tus dificultades. Los hombres que no quieren trabajar para ti, tu ingeniero asesino, la pérdida y el derrame de tu mercurio.

Ryder entrecerró los ojos. Sabía que los comerciantes que pasaban por el valle llevaban información a Ras Alula, pero ¿cómo podía saber tanto? Ras Alula lo estaba mirando y se rio. Su risa fue áspera y grave. Luego golpeó las manos. Uno de sus guerreros entró en la tienda empujando a Tadesse delante de sí.

—¿Tadesse? —murmuró Ryder—. ¿Has sido un espía en mi propia casa?

El chico solo miraba al suelo ante él.

—¿Qué? —La cara de Alula se tensó—. ¿Pensaste que iba a dejar que tomaras la tierra e hicieras tu voluntad sin que yo tuviera los ojos puestos en ti, Ryder? Le ordené a Ato Bru que enviara a un sirviente para estar cerca de ti, y eligió a Tadesse cuando vio que el chico ya gozaba de tu confianza. No somos tontos. De modo que así es, conozco todos tus problemas. Vete a casa, Ryder. Vuelve a El Cairo. Deja de escarbar el suelo. Tu presencia es una complicación que no me gusta.

—¡Este es mi hogar! —Ryder alzó la voz—. Dices que eres un leal servidor del emperador Juan… él me concedió la tierra y el derecho a trabajar en ella, y en su nombre te exijo honrar ese acuerdo.

—¡Tu acuerdo! —replicó Alula con brusquedad—. ¿Qué significan esas palabras en la boca de un hombre blanco? —Levantó un dedo y su el rostro se oscureció—. ¿Sabías que los británicos prometieron entregar Massawa al emperador Juan a cambio de su ayuda para salvar a tus propios soldados de los derviches? Ellos lo prometieron. Y luego, cuando sus soldados estuvieron todos seguros, dijeron: «Oh, lo siento, ya se la dimos a Italia». ¿Por qué?

¿Tal vez porque los italianos simplemente lo pidieron de manera más cortés, tú crees?

En ese momento, el dolor, la ira y la pasión que debía haber estado acumulándose en Alula desde la muerte de Juan estallaba y brotaba como un torrente.

—Entonces los italianos dijeron: «No, solo queremos quedarnos aquí junto al mar, no les traeremos problemas». Y después encontré que enviaban a sus soldados a las tierras altas. «No, no, no se preocupen», nos dijeron, «solo lo hacemos para proteger nuestras caravanas de esos crueles bandidos salvajes de ustedes, los *shifta*». ¡Todas mentiras!

Ryder esperó y no intentó interrumpir al anciano todavía. Tenía que dejar que este fuego explosivo se extinguiera, pero no debía agregarle combustible.

—¡Y también van a engañar a Menelik! —Alula agarró el borde de su asiento hasta que sus nudillos palidecieron—. Él cree que puede lidiar con ellos. Pero ¡no! Todos ustedes son unos *mentirosos*.

—Mi señor —dijo Ryder con firmeza.

El guerrero que había traído a Tadesse se tensó, en posición de firmes, y el anciano miró a Ryder a los ojos sin pestañear. Luego apartó la mirada y levantó la mano. El guerrero relajó su postura.

—Gran príncipe… —intervino Tadesse en voz baja—. ¿Puedo hablar?

La mano levantada de Ras Alula se convirtió en un gesto de autorización.

—El señor Ryder no se va a detener por su propia voluntad, mi señor. Él va a seguir adelante, salvo que lo golpeen hasta dejarlo sin sentido y se lo lleven. Va a luchar por su plata hasta que él, su esposa y la señorita Amber se arruinen, o hasta que su corazón se detenga, e incluso entonces seguirá un poco más, probablemente sin darse cuenta. El león no puede decidir dejar de cazar; la lluvia no puede decidir dejar de caer. Él no puede *decidir* abandonar esta mina.

El príncipe asintió con un gesto.

—Continúa, muchacho.

—El señor Ryder trata bien a sus trabajadores y los trata con honor. Aunque creo que el trabajo de este tipo con el metal es… está contaminado, si hay alguien que pueda usarlo para traer

riqueza a nuestro país, es él. Su amor por nuestro país no es fingido. Su respeto por nuestras costumbres es sincero.

Ras Alula volvió a mirar a Ryder y alzó una ceja.

—¿Es así, Ryder?

—He luchado a tu lado, mi señor. Sabes que es verdad.

Una vez que la pasión lo abandonó, Ras Alula pareció cansado.

—Muy bien, Ryder. No voy a impedir tu trabajo. Solo tengo una condición. Debes llevar a este chico contigo y saber así que tengo mis ojos puestos en ti. —Tadesse tragó saliva—. Trátalo bien. Por lo demás, eres nuestro huésped esta noche.

Se puso de pie y golpeó dos veces las manos. A la vez, las pesadas puertas del salón se abrieron y sus invitados y sirvientes comenzaron a entrar. Mujeres con brillantes vestidos y chales de ricos colores portaban grandes fuentes de comida. Alula mantuvo su mano en el hombro de Ryder.

—Esta noche comeremos como los amigos y vecinos que somos. Mañana te acompañaré parte de tu camino de regreso a casa, luego, que Dios nos proteja a los dos, amigo mío.

Cuando Ryder se despertó por la mañana y comenzó a preparar las mulas con Geriel y Maki, se dio cuenta de que el rostro de Tadesse estaba pálido por la fatiga. El chico intentó hablar con él, pero Ryder le dio la espalda y le dijo con brusquedad que fuera a sentarse junto al fuego.

Mientras desayunaban, llegaron dos de los consejeros de Alula con regalos de su anfitrión y sus buenos deseos. Él enviaba un brillante paño tejido para Saffron y Amber, y brandy local para Ryder. Eran regalos de consideración y Ryder se mostró agradecido.

Una vez terminado el desayuno, el propio Alula llegó con media docena de sus hombres. Al ver que Ryder no tenía caballo, envió al suyo de regreso a los establos. Alula jamás continuaría el viaje a caballo si su invitado caminaba, y así salieron de Axum uno al lado del otro, caminando junto a los monumentos de otras épocas y a la higuera milenaria junto a la catedral donde, según decía la tradición, estuvo escondida el Arca de la Alianza, oculta de los ojos humanos y protegida por los sacerdotes de Axum.

Ryder y Alula evitaron seguir hablando de política y, en su lugar, intercambiaron historias de cacería en el primer ascenso y descenso del camino escarpado.

Ambos hombres eran fuertes e, incluso a esa altitud y escalando tales caminos, no necesitaron hacer una pausa en el flujo de su charla. Pero cuando llegaron al fondo de un estrecho desfiladero, dejaron que las mulas de carga bebieran en la corriente helada y, durante una hora, antes de partir de nuevo, disfrutaron de la fresca sombra que ofrecía un grupo de enebros de olor dulce que crecían junto al agua.

El camino los llevaba hacia el sur, a lo largo del desfiladero sombreado por unos cinco o seis kilómetros, para luego volver a una empinada subida que los llevaba más al este. Ryder miró atrás y notó que Maki, que conducía una de las mulas de carga, se ponía rígido y fruncía el ceño mirando a las alturas por delante. En el

mismo momento en que percibió la mirada de sorpresa de Maki, él vio algo en la pared este del desfiladero detrás de ellos. Una nube de polvo y un hilo de guijarros sueltos que caían de una alta saliente que jamás habría notado si no hubiera estado mirando directo a ese lugar. Sintió un escozor animal de inquietud en las tripas. Con gran serenidad, se excusó con Alula y redujo el ritmo de la marcha. El resto del grupo comenzó a adelantársele, y pronto estaba caminado al lado de Maki.

—¿Qué fue lo que viste? —le preguntó.

—No estoy seguro, señor Ryder. Apareció de golpe y casi de inmediato desapareció. Fue simplemente un leve movimiento en los arbustos espinosos. Cincuenta metros más adelante, a tres cuartas partes del camino cuesta arriba. —Habló en voz baja y sin señalar el lugar.

Ryder miró con gesto indiferente a uno y otro lado del serpenteante valle. Los abruptos lados del desfiladero mostraban manchones de matorrales bajos que tenían sus raíces en las estrechas salientes de arenisca. El sendero junto al arroyo era lo suficientemente amplio como para que dos hombres caminaran uno al lado del otro, y el río mismo tenía unos seis o siete metros de ancho y era poco profundo. Durante las lluvias era un torrente peligroso y veloz, pero en esa época del año, tan solo brindaba frescura y descanso a los viajeros que elegían esa ruta. Apenas un minuto antes, el desfiladero había parecido un lugar tranquilo y sosegado; pero, en ese momento, Ryder lo vio con nuevos ojos. Era el lugar perfecto para una emboscada. Una pequeña fuerza atacante que tomara posiciones al norte y al sur de ellos podría disparar contra su grupo, que quedaría atrapado en la base de las abruptas laderas y con toda posible vía de escape cerrada. Ryder vaciló. Quizá solo habían visto los movimientos de algunos animales en las paredes del desfiladero. Como las cabras montesas salvajes que podían pastar en la cara de un acantilado. Además, el hecho de que estuvieran en el lugar ideal para bandidos con planes de ataque podría ser simplemente una coincidencia. Pero el instinto de Ryder le decía lo contrario. Tenían que ponerse a cubierto y tenían que hacerlo antes de que los hombres que los acechaban desde las paredes del valle se dieran cuenta de que habían sido descubiertos y abrieran fuego.

A cien metros delante de ellos, el río y el sendero doblaban bruscamente al oeste. El ataque debía producirse antes de que llegaran a ese punto. Ryder pensó con rapidez. A unos veinte metros por delante de la cabeza de su columna había un desprendimiento de rocas reciente. En su base, crecía un par de higueras jóvenes y, alrededor de ellas, un grupo de framboyanes. Estos árboles tenían un denso follaje, con hojas como plumas de color verde brillante y salpicados con flores color carmesí. Eso tendría que ser suficiente.

—¿Ves el desprendimiento de rocas? —dijo Ryder en voz baja a Maki, y el joven asintió con la cabeza—. A cinco metros antes de llegar a él, corta la cuerda de la carga de la mula. Entonces grita por eso. Quéjate. Dime que es mi culpa por dejar beber a los animales y desequilibrar su carga. No toques tu rifle hasta que nos disparen.

—¿Cuántos, señor Ryder? —Los ojos de Maki se abrieron grandes, pero mantuvo su voz firme—. Creo que veo otro adelante.

—No lo sé. Ahora ríete como si yo acabara de decir algo muy gracioso.

Maki lo hizo. Ryder sonrió y le dio una palmada en el hombro. Luego alargó un poco el paso hasta que estuvo de nuevo al lado de Alula.

—Mi señor, creo que están a punto de emboscarnos —informó Ryder, con voz tensa y urgente—. Maki vio dos delante de nosotros. Yo vi dos atrás. Debemos ponernos a cubierto de inmediato. Si nos atacan en campo abierto nos matarán a todos.

Alula lo miró como si estuviera loco.

—Nadie se atrevería a atacarme a mí o a quienes viajan conmigo tan cerca de mi casa, amigo mío. Tus ojos te están jugando una mala pasada.

Antes de que Ryder pudiera abrir la boca para responderle, escucharon un ruido fuerte detrás de ellos, y Maki comenzó a maldecir a la mula y a su amo. Tal vez la treta no era muy buena, pero Maki era un actor impresionante. Le gritó a Ryder que viniera a ver el desastre por sí mismo, y arrojó la carga de la mula hacia el borde del barranco. Alula y Ryder se dieron vuelta para ver el extremo final de la columna.

—Vamos —ordenó Alula a sus hombres. Tres los siguieron enseguida, los otros, probablemente pensando que ocuparse de los

animales de carga era algo por debajo de su dignidad, fueron más lentos. Ryder trotó hacia atrás por el sendero y apenas estuvo lo suficientemente cerca, ordenó con firmeza a Geriel y a Tadesse que se refugiaran entre los desprendimientos de rocas y las higueras. Tadesse parecía desconcertado, pero Geriel reconoció el tono de la voz de Ryder y se movió rápido. Agarró al muchacho y a la carga caída del animal para arrastrar a ambos al grupo de framboyanes cuando sonó el primer disparo. El ruido estalló y resonó por entre las paredes del valle a la vez que uno de los soldados de Alula caía. La bala le dio en la espalda y lo dejó tirado en el sendero, escupiendo sangre. El resto del grupo se lanzó en busca de refugio entre las rocas y las higueras. Los demás hombres de Alula se apresuraron a cargar sus rifles bajo la débil cubierta de las temblorosas hojas de aquellos árboles y las gruesas cargas de la mula. Ryder se aplastó contra la pared del valle. En un primer momento, los disparos parecían provenir de todas partes a la vez, con las balas que golpeaban en el suelo y levantaban pequeñas nubes de tierra mientras los fusileros en las paredes del valle evaluaban su alcance y escogían sus objetivos. Ryder se concentró en localizar sus posiciones. Había dos adelante, en las paredes este y oeste del desfiladero, y dos detrás, también uno a cada lado.

Ryder escuchó otro ruido sordo de bala en el tronco de la higuera detrás de él. El árbol se estremeció. El hombre de Alula caído en el sendero se esforzaba por respirar, ahogándose de a poco en su propia sangre. Las manos escarbaban en el polvo a la vez que se retorcía y hacía arcadas para vomitar, con los ojos muy abiertos por el miedo. No podían hacer nada por él; cualquier intento de llegar a él sería un suicidio. Tuvieron que verlo morir mientras las balas rasgaban el aire y escuchaban el esfuerzo húmedo de sus últimos alientos.

Otro de los hombres de Alula trataba de arrastrarse para acercarse al desprendimiento de rocas cuando un disparo de uno de los atacantes a su retaguardia le dio en la parte de atrás de la cabeza. Una lluvia de sangre cayó sobre las hojas verdes brillantes de los framboyanes, y el hombre dejó de moverse.

Ryder tenía el rifle en posición vertical frente a él, pero no tenía espacio para apuntar y disparar.

Las dos mulas rebuznaban y corcoveaban, asustadas por el ruido

y el olor a sangre, pero los fusileros en las laderas no les apuntaban a ellas. Eran demasiado valiosas. Solo querían matar a los hombres. Ryder sintió una oleada de ira que le corría por el cuerpo. Se concentró en las posiciones de adelante y giró la cabeza de modo que su cara presionara contra la arenisca roja y así tratar de ver la ubicación exacta en el lado este del valle donde se escondía el bandido. Hasta que, abruptamente, lo vio. Fue un movimiento inesperado de la rama de un matorral en una saliente del flanco del valle. Bajó su rifle despacio hasta que la mira estuvo en el objetivo. Esperó el siguiente movimiento del enemigo. Observó que la boca del cañón movía con cautela las ramas de la base del matorral. Ajustó apenas la puntería y apretó el gatillo. El matorral estalló en violentos movimientos y una forma humana rodó para quedar a la vista y comenzó a deslizarse por la ladera. Casi en el acto se metió en otro arbusto bajo y se movió allí, tratando de liberarse. Pero tenía las dos manos presionadas contra la cara y la sangre le brotaba entre los dedos. Ryder cargó otro cartucho en la cámara del rifle y disparó de nuevo. El hombre herido se sacudió y luego quedó mortalmente inmóvil.

Ryder volvió la cara hacia Alula, que permanecía cerca, contra el bajo cúmulo de rocas caídas, contemplando el valle.

—Planeaban emboscarnos allí. —Ryder señaló el sendero—. Donde el camino queda desprotegido junto a las paredes. Ahí es donde su fuerza principal estará esperando.

—El cerdo pérfido —murmuró Alula—. Que se pudran por toda la eternidad. —Escupió en el suelo—. Cobardes.

Otra bala golpeó las rocas a pocos centímetros por encima de la cabeza de Alula e hizo volar una lluvia de fragmentos, que cayeron sobre su chal blanco. Él los sacudió.

—Silas, Amlak, tomen posición en la retaguardia. Maten a los dos hombres detrás de nosotros. Silas, ocúpate del que está en el este, Amlak, tú te ocupas del que está en el oeste. Tamrat, cuando estén listos, ofrece a los francotiradores otro blanco.

Nadie cuestionó sus órdenes. Silas y Amlak se deslizaron sin hacer ruido hacia la cubierta verde, arrastrándose y avanzando con los codos. Siguió un minuto de silencio, luego los hombres hicieron chasquear la lengua suavemente. Otra bala dio contra el tronco del árbol, y Ryder sintió la fuerza del proyectil a través de la madera. Si

los dos tiradores enemigos de atrás disparaban contra Tamrat, los hombres de Alula podrían detectar sus posiciones y devolverles el fuego. Ryder esperaba que Amlak y Silas fueran tiradores excepcionales. Tenían que serlo para que los del grupo en el fondo del valle pudieran sobrevivir.

Tamrat se incorporó hasta quedar medio agachado en el borde trasero del escondite. Dos disparos resonaron muy cerca detrás de ellos. Tamrat se agachó de inmediato y, luego, los disparos de respuesta salieron de las armas de Amlak y de Silas. En la parte de atrás de la ladera oeste, un cuerpo cayó de una de las salientes cubiertas de matorrales, y se oyó un desagradable ruido en el camino detrás de ellos. Amlak había dado en el blanco. Silas, no. Ryder escuchó el clic y el ruido de la recarga. También el sonido del bronce del cartucho descargado que golpeaba en una piedra. Entonces Silas volvió a disparar y escucharon un grito detrás de ellos desde el este. El cuerpo no cayó, pero quedó atrapado en las espinas, y en ese momento pudieron verlo, visible a medias, colgando de las ramas color ceniza, inmóvil.

Ryder buscó a Tamrat, pero este ya se había arrastrado de nuevo en busca de protección, con el rifle agarrado contra el pecho y, en apariencia, sin daño alguno. Debía tener la suerte del diablo.

Pero aun con los fusileros de atrás muertos, no podían retirarse hacia el norte por el desfiladero. Los dos francotiradores delante de ellos los iban a tener a su alcance durante el tiempo suficiente como para dispararles a todos por la espalda antes de que encontraran algún lugar para protegerse.

Ryder le tocó el hombro a Alula y señaló el barranco, donde el desprendimiento de rocas había cortado una estrecha cuña en la empinada pared.

—Manténlos ocupados —le dijo.

Alula asintió y comenzó a susurrar órdenes. Los hombres cambiaron sus posiciones. Los dos francotiradores de adelante estaban aumentando la frecuencia de sus disparos, nerviosos después de que sus compañeros hubieran caído muertos. Los disparos no eran tan precisos, pero ellos estaban tan amontonados para aprovechar la escasa protección de ese lugar que, en ese momento los enemigos, solo necesitaban un poco de suerte.

Ryder tuvo que moverse rápido. Tenía que trepar por el costado

del cañón y eliminar a los francotiradores al frente y al este. El que atacaba al oeste iba a verlo, y la ancha espalda de Ryder sería un blanco excelente, a menos que el fuego proveniente de los hombres en el suelo del valle pudiera distraerlo.

Ryder ascendió cuesta arriba como un leopardo. La tierra estaba suelta y seca, y se movía peligrosa debajo de sus botas. Puso las manos en la roca, y se impulsó apoyado en las yemas de los dedos. Comenzaban a arderle los músculos, y sintió que la piel comenzaba a cubrírsele con gotas de sudor. Metió a la fuerza una bota en una grieta y sintió el fuerte tirón de la gravedad cuando soltó la mano, luego se estiró hacia arriba, con el pecho aplastado contra la escarpada roca, y siguió subiendo.

A las tres cuartas partes del camino cuesta arriba donde terminaba la estrecha protección del barranco, se movió hacia un lado para agarrarse de un arbusto bajo y espinoso, rezando para que las raíces fueran tan profundas como para resistir su peso. Sintió que las espinas le lastimaban la piel de las palmas de las manos, y levantó la pierna derecha para mirar adelante. El sol y el sudor casi lo cegaban. Los rifles de los hombres de Alula dispararon de nuevo en el barranco de abajo y, entonces, pudo ver al francotirador, a tres metros delante de él, y el ángulo de la pendiente allí implicaba que podía cubrir esos tres metros corriendo. Se puso en cuclillas justo cuando una bala se enterró en el suelo a su lado. El tirador del flanco opuesto lo había visto, pero demasiado tarde. Se lanzó hacia la posición del tirador, con el cuchillo ya en la mano.

El fusilero enemigo escuchó a Ryder cuando se acercaba en el último momento. Se dio vuelta y apuntó. Ryder se movía demasiado rápido. Y chocó con el hombro en el pecho del hombre. El rifle salió volando de las manos del hombre y cayó en una saliente más abajo. Ryder sintió que su cuchillo se deslizaba entre las costillas del hombre. Estaba acostado sobre él, y la empuñadura le lastimaba su propio hombro. Sintió que la sangre del hombre caía a chorros sobre ambos. Sus rostros estaban a un par de centímetros de distancia. Ryder vio la sorpresa y el *shock* en los ojos de su oponente, y luego la vida desapareció de ellos.

La fuerza de la caída los había arrojado a ambos fuera de su escondite. Otra bala levantó polvo cerca de la cabeza de Ryder. Rodó de modo que el cuerpo del hombre que acababa de matar

quedara encima de él. Sintió que otra bala golpeaba el cadáver y una repentina quemadura en un costado. Luego apartó el cuerpo del muerto y lo separó de su cuchillo. Se apresuró a volver a la estrecha protección de su guarida. Estaba casi sin aliento.

Geriel había aprovechado la oportunidad: mientras el francotirador de la orilla oeste le disparaba a Ryder, él corrió por el río poco profundo y trepó por la pendiente casi vertical, arrastrándose de saliente en saliente, con los músculos de sus hombros siempre tensos.

Ryder tomó el rifle del hombro y lo recargó. Sus movimientos eran rápidos y muy practicados, después de tantos años de caza. No esperó a poder apuntar con precisión. Tenía que impedir que el francotirador del otro lado viera el peligro del avance de Geriel. Disparó por instinto y escuchó una bala en respuesta que golpeó las rocas a su izquierda. Ryder observó que Geriel saltaba hacia arriba, como si tuviera alas, mientras sacaba el cuchillo del cinturón. Al mismo tiempo que Ryder escuchaba el grito del bandido, se dio vuelta y miró hacia el valle. Pudo ver mucho más lejos desde esta nueva posición. Había hombres esperando al otro lado de la curva del río. Ryder contó quince, a la espera de poder abalanzarse sobre cualquiera que hubiera sobrevivido al callejón de francotiradores que era la garganta. Se dio vuelta hacia su propio grupo y, por señas, les indicó el número, subiendo el puño tres veces.

¿Cuánto tiempo había pasado desde que Maki había cortado la cuerda de la mula? Cinco minutos, tal vez. Ryder no podía entender por qué esos hombres no habían atacado todavía. Parecían estar discutiendo. Ryder recargó, eligió un objetivo en medio del grupo, exhaló con mucha firmeza y apretó con cuidado el gatillo. Su hombre cayó como una marioneta a la que le cortan los hilos. Uno de sus compañeros se inclinó sobre él como si no pudiera entender lo que estaba sucediendo. Ryder recargó y disparó de nuevo. Fue un tiro limpio. El segundo hombre cayó encima del cadáver de su amigo.

Uno de los otros apuntó con lo que parecía un mosquete a Ryder y disparó. El arma no tuvo más efecto que una catapulta hecha por un niño a esa distancia. Ryder se dio cuenta de que los bandidos en el fondo del valle no tenían rifles modernos. Estos habían quedado sin duda en poder de los hombres en las laderas.

Volvió a apuntar. Los bandidos restantes comenzaron a correr por el fondo del valle en un último esfuerzo por dominar a Alula y sus hombres. Se lanzaron adelante con gritos de guerra desesperados, pero cuando dieron la vuelta a la curva del río quedaron expuestos al rifle de Geriel y a los de los hombres de Alula desde detrás del desprendimiento de rocas. Los fusiles abrieron fuego, y la emboscada se convirtió en un matadero. Ryder derribó a otro hombre antes de que se acercaran a la posición de Alula. Pareció que Geriel derribó a otros dos, a juzgar por el ángulo. Los hombres de Alula tuvieron tiempo de disparar, recargar y volver a disparar antes de que los hombres pudieran alcanzarlos y sus disparos tuvieran efecto. Uno tras otro de los enemigos fue cayendo mientras avanzaban corriendo, atrapados por el fuego certero de los hombres de Alula. Tres de ellos lograron atravesar la lluvia de balas. Maki tomó al de la derecha con su cuchillo, luego Ryder observó que Ras Alula se levantaba como un fantasma y, en el mismo movimiento, alzaba su espada curva con fuerza para clavarla en las entrañas de otro hombre. Su sangre salpicó las vestimentas del anciano, y las vísceras brotaron de su vientre como desde un balde de carnicero. Alula se dio vuelta y, con la gracia de un bailarín, movió la misma hoja para cortar el cuello del último agresor sobreviviente. El cuerpo se derrumbó de lado sobre la pendiente rocosa.

El valle quedó en silencio. Ryder solo podía escuchar el ruido del agua en el río. Se agachó para tomar el rifle del francotirador que él había matado y se lo puso al hombro, limpió el cuchillo y lo volvió a poner en la vaina, luego pateó el cuerpo inerte, que cayó y rebotó por la empinada pendiente delante de él. Y empezó su propio descenso. Al otro lado del desfiladero, Geriel hacía lo mismo.

Cuando Ryder llegó al sendero, Alula se inclinó ante él como si se saludaran por primera vez ese día.

—¿Estás herido, amigo mío?

Recién en ese momento, Ryder recordó la quemadura del disparo que sintió cuando usó el cadáver de su enemigo como escudo. Vio una mancha de humedad en la parte inferior de la camisa y en la cadera. Sintió olor a alcohol y dejó escapar una palabrota cuando levantó la camisa. La bala le había dado a su petaca. Ryder la desprendió del cinturón y la sacudió. La bala

resonó dentro, y algunos de los hombres se rieron.

—No se burlen de mí, caballeros —dijo—. Este es un whisky de los mejores. ¿Mi gente está bien?

Alula retrocedió para que Ryder pudiera ver a Tadesse, que se ocupaba de una herida ligera y limpia en el hombro de Maki, el roce de una bala de los francotiradores.

—No es nada —dijo Maki—. Mi hijito me hizo lastimaduras peores.

Alula miraba con desagrado la sangre que había salpicado su túnica blanca.

—Enterraremos a estos hombres aquí, y a mis hombres con ellos —anunció—. No quiero que los caminos de mis territorios estén sucios con sus cadáveres.

—Te ayudaremos —replico Ryder, pero Alula se negó moviendo la cabeza.

—No, no te demores. Si quieres llegar a tu casa mañana antes de que se haga de noche debes partir ya. Además, ahora no estoy de humor. Que estos bastardos *shifta* ataquen tan cerca de Axum… estoy furioso. Deja tranquilo a un viejo malhumorado y lleva contigo mis saludos a la señora Saffron.

Geriel ya estaba acomodando la carga en la mula.

—Si ese es tu deseo. —Ryder miraba los cuerpos de los hombres muertos. Se veían delgados. Se preguntó por qué los habrían elegido para la emboscada. La mayoría de los *shifta* esperaban hasta que alguna caravana con poca custodia se cruzara en su camino. ¿Por qué atacaron a un grupo tan bien armado como el de ellos? Incluso con su superioridad en número y el elemento sorpresa, era una jugada peligrosa. Olía a desesperación.

Alula le siguió la mirada.

—Eran débiles y lo sabían. No los lideraron bien.

—¿Por eso se atrevieron a lanzar el ataque, mi señor? —preguntó Ryder.

Alula se encogió de hombros. A pesar de toda su calma y autocontrol durante el ataque, era obvio que el hecho de la emboscada lo había alterado.

—Eso parece. Ahora vete. Debes regresar con tu esposa. Me dicen que está embarazada. ¿Es cierto?

—La calidad de su información siempre es impresionante, mi

señor —respondió Ryder y lanzó una mirada amarga a Tadesse.

Alula cerró los ojos y levantó la cabeza, como si ofreciera una plegaria. Luego miró a Ryder de nuevo. Relajó los hombros, y algo de la ira desapareció de sus grandes ojos oscuros, para ser reemplazada por una fatigada desesperanza.

—No te olvides de que el chico habló bien de ti, Ryder —dijo—. Ven, ¡abrázame!

Alula abrió los brazos, y Ryder se inclinó hacia adelante para que el viejo guerrero pudiera tomarle los hombros y, por un brevísimo instante se preguntó si iba a sentir el cuchillo de Alula entre sus costillas. Alula le puso la mano en la nuca. Fue un gesto cariñoso, paternal y resignado.

—No, Ryder. Has luchado a mi lado. Me trajiste plata de tu mina cuando podrías habértela guardado. Has sido honesto conmigo y un huésped cortés en nuestras tierras.

Tomó con sus manos el rostro de Ryder, luego pasó los dedos empapados de sangre a través del espeso cabello negro del comerciante. Este permaneció inmóvil. Sintió aquel gesto como la bendición que un viejo le da a su hijo cuando sabe que sus caminos se están separando.

—Ve ahora, amigo mío, y vete en paz —dijo Alula al soltarlo—. Y cuida bien a tu gente. Este es el comienzo de nuestros problemas, no su fin. Ojalá luchemos siempre codo a codo cuando comiencen las batallas.

—Eso espero, mi señor. —Ryder agarró el rifle que había tomado del bandido y se lo ofreció a Alula con una profunda reverencia.

El viejo guerrero lo tomó y lo examinó.

—Hecho en Italia, creo, como el tuyo, Ryder. Ahora, adiós.

Dicho esto, se dio media vuelta y se alejó. Tadesse, Geriel y Maki estaban listos, las mulas cargadas. Ryder los condujo por el campo de batalla en silencio rumbo al hogar.

Amber trataba de vigilar a su hermana sin que Saffron se diera cuenta. El embarazo de Saffron con Leon había sido sencillo, pero ella se asustó cuando llegaron los dolores de parto, y Amber nunca había visto a su hermana atemorizada antes de ese día. El parto fue rápido, y Saffron se mostró indiferente al dolor que había soportado tan pronto como terminó. Pero eso fue en El Cairo. Si algo hubiera

salido mal en la ciudad, Ryder y Amber podrían haber llamado a un ejército de especialistas, europeos o egipcios, para ayudarla. En Tigray, solo contaban con la ayuda de las otras mujeres de las viviendas del complejo. Pero a la mitad de ellas le gustaba entretener a Saffron con historias de madres agonizantes y monstruos nacidos muertos. Amber les pidió que no aterrorizaran a su hermana, pero ellas la miraron como si fuera una idiota y le dijeron que Saffron debía estar preparada. Tadesse les había dicho, con firmeza, que no sabía nada de partos, aunque Amber creía que no iba a abandonar a su hermana si algo salía mal.

—No es que algo vaya a salir mal —dijo en voz alta. Estaba moliendo pimienta para la cena y preguntándose cuál de los pollos debía elegir para la olla. Era una extravagancia matar otro animal, pero Amber tenía la fe de una inglesa en el pollo como una especie de cura universal. Por lo tanto, debía ser eficaz contra las náuseas matutinas. Lo iba a matar y cocinar mientras Saffron descansaba. Era difícil que su hermana se negara a comerlo si ya estaba muerto.

Por fin habían comenzado a producir plata, pero el proceso era muy lento y Ryder había tomado lo que habían producido para llevárselo a Ras Alula. Incluso lo poco que habían hecho desde entonces no valía más que las piedras en el lecho del río hasta que pudiera ser transportado y vendido y, por lo que habían podido saber por Iyasu, Amber no tenía idea de cuándo sería eso.

Echó con cuidado la pimienta molida en la cacerola para luego salir de la choza en busca de alguna gallina desafortunada. Los pollos andaban por el complejo residencial en perfecta libertad. Estos eran responsabilidad de los niños, de aquellos demasiado grandes como para pasar todo el tiempo con sus madres, pero demasiado jóvenes como para ser pastores o ayudar en el campo. Se ocupaban de los recipientes de granos y buscaban los huevos en los lugares donde a las gallinas les gustaba ponerlos. Amber consultó con una de las niñas sobre cuáles eran las mejores ponedoras, para salvarlas, y, con solemnidad, juntas eligieron para la muerte a una gallina gorda pero malhumorada que no había producido nada para su mantenimiento en toda una semana.

Amber amaba a los animales, pero no era sentimental en cuanto a sus muertes. Atrapó y mató a la gallina casi sin el menor alboroto. Puso a su pequeña cómplice a arrancarle las plumas y a prepararla,

y ella miró a su alrededor, pensando en la siguiente tarea doméstica que debía realizar. Un movimiento en la cresta sobre el complejo de chozas le llamó la atención y levantó la mirada, protegiéndose los ojos. Vio la silueta de un hombre y su corazón se aceleró. No esperaban a Ryder de regreso hasta por lo menos el día siguiente, pero tal vez había adelantado su viaje. Otra figura apareció en la cresta junto a la primera, luego otra. Ese no era Ryder, ni el otro era Maki, ni Geriel, ni Tadesse.

—¡Saffy! —la llamó con un grito agudo. Luego agarró a uno de los muchachos que andaba por allí—. Ve a buscar a Patch. Y a los demás.

El chico salió corriendo, y Saffron salió de su choza. Llevaba falda y blusa a la moda inglesa, pero ambas mujeres se habían acostumbrado a moverse descalzas entre las chozas y usaban el delgado velo de gasa, el *netela*, sobre el cabello. Se le acercó a Amber y entrecerró los ojos al mirar hacia arriba. Tal vez unos veinte hombres ya estaban alineados en la cresta. Amber pudo distinguir las formas de sus escudos y sus rifles, sostenidos a los costados, o colgados en la espalda. Sintió que Saffron le tomaba la mano. Pronto la cresta estuvo completamente llena de guerreros, en silencio y vigilantes. Luego los del centro se alejaron hacia los flancos y una nueva sombra apareció en el horizonte. Era un hombre a caballo.

—Saffy, ¿qué vamos a hacer? —susurró Amber.

En lugar de responder a su hermana, Saffron levantó la cabeza, ahuecó las manos a los costados de la boca y gritó en amárico. Usó la voz aguda y cantarina con la que los pastores y viajeros de las tierras altas solían intercambiar noticias y mensajes a varios kilómetros de distancia. Tenía una especie de ritmo de cántico que era hermoso y algo sobrenatural. El velo se le deslizó hacia atrás del cabello.

—Gran señor —vociferó—, baja y sé nuestro invitado, hónranos con tu presencia. Permítenos ofrecerte nuestra casa y lo mejor de nuestra comida y bebida. —Bajó las manos y esperó.

En el área ocupada por las chozas y en la loma nadie se movió ni habló. Hasta los animales parecieron sentir la fuerte tensión del momento y se quedaron quietos. El hombre a caballo se inclinó hacia adelante en su montura. El individuo con quien habló luego

dio un paso adelante hacia el borde de la ladera y se llevó las manos a los costados de la boca.

—Aquí llega. Menelik de Shoa, rey de reyes, el emperador de Etiopía se acerca —pregonó y, luego, el jinete desmontó, el vocero levantó los brazos y dejó escapar un grito. Eso hizo que Amber recordara los aullidos de las mujeres durante las ceremonias religiosas. Este también era devoto, pero guerrero y poderoso. Los otros hombres en la cresta levantaron los brazos y repitieron el grito para luego golpear los escudos con los puños. El sonido resonó como un trueno por todo el desfiladero. Ya un grupo se estaba separando del resto y comenzaba a bajar el empinado sendero hacia ellos.

Saffron se humedeció los labios.

—Amber, es posible que necesites otro pollo —le dijo.

Ryder llegó al complejo minero al día siguiente a última hora de la mañana. Habían avanzado rápido desde que se separaron de Ras Alula. Ryder siempre se movía presuroso cuando estaba pensando y apenas si vio o sintió los kilómetros de senderos, las empinadas subidas y los descensos sin huellas, los panoramas de montañas imposibles, los cráteres dorados de las mesetas altas, los grupos de pastores y agricultores que se movían en aquel paisaje.

Sintió que su corazón se aceleraba cuando llegó al paisaje conocido, a unos quince kilómetros de su hogar, y comenzó a buscar señales de piezas de caza, el rastro de los íbices y nyalas de montaña, las huellas de las patas del leopardo, tomando notas de ellas en su mente para la próxima vez que saliera con su rifle a buscar algo extra para los banquetes. Después de todo, tal vez los problemas políticos de Etiopía transcurrieran lejos de ellos.

Entonces, allí donde el camino hacia su casa se cruzaba con el camino que conducía desde Mekele en el sur hasta Adigrat en el norte, se detuvo en seco y llamó a Maki para que se le acercara.

Maki silbó entre dientes al examinar el suelo arenoso.

—Muchos hombres, señor Ryder, y se dirigen hacia nuestro poblado.

Señaló una marca con su bastón y la madera brilló a la luz del sol. Ryder miró al lugar donde el otro apuntaba. Una huella de pezuña, pisada por muchos hombres descalzos, pero ciertamente era una huella de pezuña, una pezuña de caballo, no de una mula o de un burro. Muy pocos hombres podían permitirse el lujo de montar a caballo en las tierras altas. Las mulas y los asnos eran mucho más seguros en aquellos senderos que saltaban, subían y bajaban. Solo los príncipes y los reyes montaban a caballo. Ryder sintió que se le erizaba la piel y se le secaba la boca.

—No son bandidos. Un hombre importante. Un hombre muy importante —precisó Maki, con voz grave y seria.

—¿Hace cuánto tiempo? —preguntó Ryder.

—Un día, y solo van hacia nuestro complejo minero. Ninguna huella en dirección contraria. Quienesquiera que sean, todavía están allí. —Maki se dio vuelta de nuevo hacia él, y sus palabras brotaron rápidas y con urgencia. Él también tenía esposa e hijos en aquellas chozas.

—Déjeme ir a ver, señor Ryder. Lo juro por María y San Jorge que solo voy a mirar y vuelvo. Vea lo que vea.

Ryder no respondió, simplemente comenzó a caminar más rápido por el sendero que subía por la ladera. Maki decidió que el silencio significaba consentimiento. Le arrojó su bastón a Geriel, quien lo atrapó en el aire y corrió delante de ellos con el paso grácil y fluido de un mensajero nato. Pronto lo perdieron de vista.

Ryder y los demás continuaron sin hablar. Cuando llegaron a la cima de la siguiente subida, larga y gradual, vieron los fuegos. Cuando Ryder vio el humo, su imaginación se llenó de horrores: Saffron muerta, todas las viviendas destruidas. Tuvo imágenes del pequeño Leon boca abajo en el río, de Amber destripada como el bandido en el desfiladero. Estaba a punto de echarse a correr cuando oyeron que alguien se acercaba. Era Maki. Este subía corriendo por la ladera hacia ellos y, a medida que se acercaba, Ryder trató de leer su expresión. Apretó los dientes para no pedirle información de inmediato.

Maki los alcanzó, jadeando después de subir corriendo. Se agachó y respiró hondo. Estiró la mano y la puso en el hombro de Ryder.

—Está bien, señor Ryder. ¡Todo está bien! Son fuegos encendidos para cocinar. Y es el propio Menelik quien está ahí, el nuevo emperador. Tiene cincuenta guerreros acampados en el acantilado, más los sirvientes con ellos. Él está en el pueblo con su guardia. Pero ¿por qué vino?

Ryder exhaló poco a poco, como si él también hubiera estado corriendo por los senderos estrechos y rocosos, y recordó el momento en que, sentado en el vapor, se preguntaba cuáles podrían ser los castigos por tener éxito en la mina.

—Creo que se enteró de que tenemos plata.

Ryder se cambió de ropa antes de seguir adelante. No porque alguna de sus ropas estuviera particularmente limpia, pero pensó que sería prudente no aparecer en el poblado con la camisa todavía

manchada con sangre. Tadesse, Maki y Geriel también se lavaron en una pequeña corriente de agua clara que bajaba hacia el valle. Ryder, mientras se lavaba la sangre de los brazos y manchaba de rosa el agua poco profunda, intentaba recordar todo lo que había oído decir sobre Menelik. Gobernaba Shoa desde hacía muchos años y abrió su territorio a los comerciantes antes que cualquiera de los otros gobernantes de las regiones de Abisinia. Los italianos en Massawa decían de él que era un político, pero lo hacían con el tono ligero y sonriente que un padre podría usar para hablar de un hijo precoz. Había llegado a alguna suerte de acuerdo con los franceses en Yibuti, y varios rusos habían viajado desde el corazón de su vasto imperio para ofrecerle sus respetos.

Ryder dejó que el sol le secara la piel y miró hacia el pálido cielo color turquesa. Si el pueblo de Etiopía tuviera que elegir entre Ras Mengesha, el hijo joven e inexperto del emperador Juan, y este hombre adulto, un gobernante con experiencia, naturalmente iban a elegir a Menelik, a pesar de lo que Ras Alula había dicho. Y Ryder podría incluso estar de acuerdo con ellos.

Tadesse le alcanzó una camisa de su mochila. Estaba un poco raída por tanto lavado, pero no estaba manchada de sangre.

«Así que eso es todo lo que sé sobre Menelik», pensó Ryder. «Pero ¿qué sabe Menelik de mí?», se preguntó. Alula había dicho que estaba negociando con los italianos en Wuchale. ¿Los italianos le habrían dicho algo sobre la Mina Courtney? Tal vez se había acercado solo por curiosidad, pero era un largo camino para recorrer por un simple capricho, y a Ryder no le parecía que Menelik fuera el tipo de hombre que hiciera algo porque sí.

Pronto los vieron los hombres acampados en la cresta, y Ryder se encontró intercambiando saludos con uno de los lugartenientes de Menelik. Este estaba acompañado por un árabe mientras caminaba hacia Ryder por el sendero, pero apenas se dio cuenta de que no había necesidad de un traductor, hizo regresar a su hombre con un movimiento de mano. Ryder y el hombre de Menelik se dirigieron uno al otro con cuidadosa formalidad.

Ryder notó que los hombres de Menelik se comportaban con gran dignidad, y todos llevaban adornos —brazaletes de cuero y plata, cuellos de piel y capas cortas de lana— que daban muestras de su estatus, pero no vio en ello muestra alguna de ostentación.

Tenían una especie de serena confianza en que Ryder los reconociera y los respetara.

Una vez que terminaron los intercambios iniciales de saludos, el enviado de Menelik se ofreció con una ligera reverencia para acompañar a Ryder al complejo de viviendas. El ofrecimiento era pura cortesía, pero estaba claro que no podía rechazarlo, por lo que Ryder se encontró que lo conducían, como si fuera un huésped, a su propia casa.

Ryder observaba la situación mientras iba por el sendero hacia el fondo del valle. En medio de la plaza central del grupo de chozas, entre la iglesia y el lugar donde encendían las fogatas, había un asiento y un dosel. En el asiento —el usual taburete de madera de cualquier jefe tribal, pero más grande y con muchos adornos tallados—, se hallaba un hombre vestido con un caftán tradicional y pantalones blancos sueltos, pero que, sobre los hombros llevaba una larga capa color púrpura. También llevaba el turbante blanco propio de sacerdotes y aristócratas. Ryder supo en ese momento que era el propio Menelik. El dosel sobre su trono era de paño color verde y oro, con largas borlas de plata en los bordes. Alrededor de él, había dos o tres hombres mayores de pie, todos vestidos de manera similar, aunque sin turbantes, y, formando un semicírculo alrededor de ellos, una media docena de guerreros con escudos decorados y modernos rifles en las espaldas. Delante del trono, y al lado de Menelik, a la derecha, se habían reubicado los bancos de troncos. Saffron, Amber y Patch estaban sentados en uno de ellos como si fueran escolares. En el otro, estaban sentados los jefes de la mina. Ryder se dio cuenta de que no se oían ruidos de gente trabajando en el valle. La falta del habitual retumbar de la roca al golpearla y desplazarla le daba a toda la escena un aire desconocido. Ryder pudo ver al resto de los hombres y mujeres del complejo minero, cada uno en su propia choza. Las mujeres seguían trabajando en sus tareas habituales. Los hombres tan solo estaban sentados a la sombra y miraban. Miró hacia arriba. Observó que se les había permitido a los niños llevar el ganado a pastar.

Cuando llegó a la base del valle, y siguió a sus guías por el camino y luego por el sendero hacia el sitio donde se alzaban las chozas, vio algo más. Había una serie de montones de rifles ordenados delante de la iglesia. Ryder estaba seguro de que se

trataba de los rifles que llevaban sus hombres por regla general. Esperaba que Menelik no le hubiera pedido a Amber que agregara el revólver de su padre a la pila.

Cuando Ryder entró en el poblado, Menelik se puso de pie. Ryder se dio cuenta de que el rey de Shoa era mucho más alto de lo que había supuesto al mirarlo de lejos. El ancho de sus hombros lo hacía parecer fornido cuando estaba sentado, pero cuando se puso de pie y abrió los brazos, Ryder notó que Menelik tenía un cuerpo muy parecido al suyo: ancho de hombros y musculoso, aunque de pie medía más de un metro ochenta. Su piel era más oscura que la de los habitantes de Tigray, pero tenía la nariz y los labios finos de los habitantes de las tierras altas.

Ryder podía sentir que su esposa lo observaba, pero no se atrevió a mirarla todavía.

Menelik sonrió.

—Señor Ryder, del Complejo Minero Courtney. En el nombre de nuestro Señor, de María la Madre de Cristo, y de San Jorge, te saludo.

Ryder se detuvo en el espacio de tierra desnuda entre Menelik y el sitio de las fogatas y se inclinó.

—Lo saludo, mi señor —replicó.

—Me dijeron que habla bien el amárico. No necesita un traductor para entenderme, ¿no?

—No lo necesito.

Menelik esperó un momento antes de volver a hablar:

—Esto resulta incómodo, ¿verdad, señor Ryder? Lo recibo como si fuera mi invitado, pero usted sabe que todo el valle es suyo. Invitarme a mí, un rey, a tomar asiento sería un gran insulto. Si yo le digo que se siente, y usted lo hace, entonces estoy usurpando su autoridad y usted se está sometiendo. Un verdadero intríngulis. —Parecía divertido, y apoyó la barbilla en una mano. Entonces su expresión cambió. Se volvió más seria, y su voz se hizo más grave —. Tiene un derecho sobre este lugar. Eso no lo niego, señor Ryder. Pero yo soy el rey de reyes. O su autoridad proviene de mí, o no tiene ninguna autoridad.

Ryder tomó su rifle del hombro. Menelik no se inmutó. Entre sus guardias se advirtió una repentina ola de movimientos, una serie de clics y chasquidos al cargar sus propias armas. Las llevaron a los

hombros y le apuntaron a Ryder. Este escuchó el gemido de Saffron, pero ella logró dominarse y lo convirtió en otro ruido. Ryder pudo imaginarla mordiéndose el labio hasta hacerlo sangrar. Casi pudo sentir el sabor metálico y cálido de la sangre en su propia boca.

Apartó los brazos del cuerpo y el rifle quedó colgando de su mano derecha. Luego, sin hablar, lo llevó hacia la pila de armas delante de la iglesia. Los guardias de Menelik seguían sus movimientos con los cañones de sus propias armas. Todavía con ambos brazos bien separados del cuerpo, Ryder colocó con cuidado su rifle encima del resto. Escuchó que Menelik daba una orden, y sus hombres bajaron sus rifles.

Ryder les hizo una señal a Maki y a Geriel. Estos siguieron su ejemplo, y Ryder vio que Tadesse se deslizaba hasta un lugar vacío al lado de Amber. Ella le puso el brazo alrededor de los delgados hombros. Entonces Ryder regresó a su lugar delante de Menelik. El rey de Shoa lo estaba observando, con la cabeza inclinada y una sonrisa que se asomaba por la comisura de la boca.

—Espero, mi señor, que haya disfrutado de la hospitalidad de mi familia.

Menelik abandonó la protección del dosel y le dio la mano a Ryder. Este la tomó. La palma estaba caliente y seca. El apretón fue fuerte.

—Sí, señor Ryder. —Señaló a Amber—. La señorita Amber hace un estofado de pollo casi tan bueno como una mujer abisinia. Y el señor Patch me mostró cómo es la mina.

—Me sorprende, mi señor, que los hombres no estén trabajando hoy —dijo Ryder.

Menelik se encogió de hombros.

—Están avergonzados. Los hombres deben trabajar en los campos o tomar las armas y servir a su señor en la batalla. Ellos no van a hacer este trabajo mientras su emperador esté entre ellos. Y usted, ¿encontró bien a Ras Alula?

Ryder tuvo cuidado de no mostrar señal alguna de sorpresa.

—Él está bien. En duelo por el emperador Juan.

Menelik todavía sostenía la mano de Ryder.

—No tiene por qué llorar por el emperador Juan. Él murió en batalla, defendiendo a su país. Es la mejor muerte que un hombre podría desear.

Ryder no respondió. Menelik estudió su rostro por un momento más, luego le soltó la mano.

—Usted desea saludar a su familia. Hágalo. Seguiremos hablando esta noche. Se sentará a mi lado mientras comemos. Por ahora, tengo otros deberes. Se ha corrido la voz de mi visita, y ya lo ve, mucha gente quiere verme.

Ryder se dio vuelta. Uno de los hombres de la ladera encabezaba una procesión de hombres y mujeres por el sendero. Eran, por su aspecto, campesinos. Sin lugar a duda, venían de varios kilómetros a la redonda. Todos portaban canastas en la espalda o en la cabeza. Eran ofrendas para su nuevo señor. Estos vecinos nunca habían visitado el complejo minero, convencidos de que los mineros estarían, al igual que los demás trabajadores del metal, contaminados por con el mal de ojo. Tal vez pensaban que la presencia de Menelik los hacía inmunes.

Ryder se dio cuenta de que el rey todavía lo estaba observando.

—Espero deseoso nuestra conversación, mi señor —dijo y se dirigió rápidamente a la choza que compartía con Saffron. Escuchó que su familia y los amigos se ponían de pie y lo seguían. No miró atrás, pero tan pronto como hubieron alcanzado la relativa intimidad del interior, se volvió y tomó a Saffron en sus brazos.

—¡Ryder, pensé que te iban a disparar!

Él metió el rostro en el cuello de ella, percibió su aroma, la suavidad de su piel, la calidez donde sus manos se aferraban a sus hombros.

—¿Dónde está Leon? —preguntó.

—Uno de los sirvientes de Menelik está jugando con él y los otros niños. ¡Tiene tantos sirvientes! Todo lo hace muy cortésmente, pero me da miedo. Lo mismo sucedió con los rifles. El hizo que todo sonara muy sensato y razonable, pero fue aterrador. Él llegó sin más, y nosotros no sabíamos qué hacer. Le ofrecí nuestra casa, pero tiene una carpa enorme en el acantilado. A veces parece muy amable, y luego, un momento después, tiene esa mirada en los ojos que me hace pensar que me va a cortar la cabeza. Tan solo no sé qué decir. ¡Oh, tuve tanto miedo! ¡Y estoy tan contenta de que estés de vuelta!

Todo esto fue dicho en un susurro amortiguado. Él le apartó el cabello del rostro, meciéndola suavemente como si estuviera

consolando a un niño. Le tendió la mano a Amber, quien la estrechó por un breve momento. Sus ojos azules habían envejecido por la preocupación. Luego se la dio a Patch, quien la tomó con firmeza.

—Es un hombre inteligente —le dijo Patch a Ryder—. No hay duda de eso. Quería saberlo todo sobre la mina y tenía a un tipo junto a él que todo el tiempo tomaba notas.

—¿Dónde está Tadesse? —preguntó Ryder.

—Lo envié a nuestra choza, Ryder —respondió Amber—. ¿Qué sucedió?

Ryder soltó a su esposa y se sentó con pesadez en uno de los bancos en el medio de la habitación.

—¿Qué dijo Ras Alula? —preguntó Amber—. ¿Cómo puede resistir a Menelik? —Señaló hacia la puerta—. Ya ves cómo es él. Mengesha y Alula *no* podrán enfrentarlo, y a la gente le gusta su aspecto. —Cruzó los brazos sobre el pecho—. Él ciertamente actúa como el rey de reyes, Ryder.

—Alula lo sabe —respondió Ryder—. Aunque no va a admitirlo. Prometió dejarnos en paz. Así que ahora todo depende de Menelik. Si trata de quitarme la mina, juro que tendrá que matarme primero. —Miró a las caras de sus amigos alrededor de él—. Y otra cosa. Tadesse ha sido los ojos y oídos de Ras Alula desde que llegamos aquí.

Saffron suspiró, y Amber se mordió el labio y se alejó mientras Ryder les contaba lo que había sucedido en Axum y la insistencia de Alula para que Tadesse se quedara con ellos. Cuando terminó, vio al muchacho en la puerta. Tenía un pequeño bulto envuelto en lona en las manos. Ryder no le dirigió la mirada. Tadesse miró a su alrededor y vio las miradas decepcionadas de las dos mujeres y los hombros caídos de Patch.

—¿Señor Ryder? —dijo en voz baja a la vez que le entregaba el paquete. Ryder no lo tomó ni le habló—. Cuando mataron al señor Rusty, y yo preparaba su cuerpo para la tumba, vi que su cuaderno de notas había desaparecido.

—Se lo pregunté a Dan después del juicio —intervino Patch, confundido—. Me dijo que lo había destruido.

Tadesse negó con la cabeza.

—Lo intentó. Lo escondió debajo de las rocas en uno de los canales de agua. Lo encontré antes de que el canal se llenara.

Los ojos de Ryder se abrieron muy grandes y le arrebató el paquete de las manos a Tadesse. Quitó la lona que lo envolvía y comenzó a hojear el grueso cuaderno. Estaba lleno de bocetos y detalladas notas, todo el genio ausente de Rusty perfectamente preservado en cada página. Ryder sintió una oleada de esperanza. Ahí podría estar la solución. La pieza faltante que podía convertir el goteo de plata que había logrado extraer de la montaña en un flujo constante. Descifrar las notas podía llevar semanas, pero valdría la pena. Levantó la vista para dirigirla a los rostros que lo rodeaban, luego a Tadesse.

—¿Me ocultaste esto?

Tadesse se apartó de él.

—Creía que la mina iba a matarlos a todos, señor Ryder. Pensaba que usted tenía que irse para salvar a su familia. Creía que el trabajo era una maldición.

Ryder apenas podía contener su rabia, pero Saffron le puso la mano sobre el muslo y se inclinó hacia delante.

—¿Ya no crees eso, Tadesse?

El chico negó con la cabeza.

—¿Por qué no?

Empezó a llorar. Ryder nunca había visto al chico dar ninguna señal de profunda emoción antes y sintió que su rabia se replegaba, al menos lo suficiente como para permitirle escuchar sus palabras.

—En Axum, traté de salvar a un hombre que estaba más allá de la salvación. Cuando dio el último suspiro, su familia me maldijo por ser un brujo. Se lo conté a Geriel y a Maki y ellos me dijeron: «No les hagas caso, hermanito. Son gente ignorante». Y pensé: «Ellos son buenos hombres, aunque trabajan en la mina suya». Ato Gebre, el que hizo el sello para sus lingotes, es amable, aunque ha trabajado el metal toda su vida. Pensé que tal vez yo había sido una persona ignorante. No volveré a traicionarlo, señor Ryder.

Saffron miró al muchacho y a su esposo.

—Tadesse, vete ahora —dijo ella—. Esas cosas no se perdonan enseguida, pero te escucho y no me olvido del bien que has hecho aquí.

El chico asintió con la cabeza y salió. Cuando se fue, Patch estiró la mano y Ryder le entregó el cuaderno. Hojeó las páginas y silbó.

—Esto podría cambiarlo todo. Si Menelik nos da la oportunidad

de usarlo.

Ryder sintió un toque en el hombro. Saffron le estaba ofreciendo un vaso de cuerno con *tulla*. Él se lo bebió, y ella se sentó a su lado.

—Ryder, trata de perdonar a Tadesse. Por mí.

—Por ti, Saffy, lo voy a intentar.

Amber y Patch ya habían tomado sus lugares alrededor del fuego. Ryder sintió que aquella cerveza del lugar, la *tulla*, le calentaba la sangre, también sintió el delgado brazo de Saffron que se deslizaba por su hombro, el toque de sus dedos en el cuello. Cerró los ojos por un momento para disfrutar de la promesa de aquel consuelo. Patch fruncía el ceño y se rascaba la cicatriz de la cara. Ryder ya sabía que eso era una señal de que quería preguntar algo, pero sabía que no le iba a gustar la respuesta.

—¿Qué pasa, Patch? —preguntó.

—¿Cuánta plata va a querer Menelik? Acabamos de entregarle toda la que teníamos a Ras Alula —explicó Patch.

Ryder siempre se olvidaba de que la mayoría de los europeos no tenían la menor idea de cómo se hacían los negocios en África. Esperaban pagar impuestos oficiales, permisos de compra y autorizaciones. Nunca se daban cuenta de que en una tierra de reyes y príncipes, en un mundo de guerreros y grandes distancias, todo era una cuestión de amistades y patrocinios, un sistema infinitamente complejo de influencias y favores. Ryder siempre supo que parte de su plata se gastaría en comprar esos favores y en ganar ese estatus. Pero era un sistema frágil. Las rivalidades de príncipes y reyes en peligro de estallar en más violencia podían romper toda esa red y dejarlos sin nada.

—Y nos ganamos la amistad de Alula con ella —agregó Ryder—. Pero si tenemos que sobrevivir aquí ahora que el emperador Juan está muerto, vamos a tener que llegar a algún tipo de arreglo con Menelik también.

Patch pareció dudar por un momento, luego asintió apenas con la cabeza y se quedó en silencio. Tal vez estaba aprendiendo algo de este mundo gracias a su nueva esposa abisinia después de todo.

Al ver que Patch había terminado, Amber habló:

—Ryder, no creo que conseguir trabajadores para la mina vaya a ser un problema de ahora en adelante. Creo que vamos a tener un montón de nuevos trabajadores en los próximos meses.

Ryder frunció el ceño.

—¿Por qué? Creo que siempre necesitaremos buenos hombres, en especial aquellos que estén dispuestos y sean lo suficientemente inteligentes como para hacer el trabajo en las instalaciones para procesar el mineral, pero sabes tan bien como yo lo difícil que es tentar a un abisinio para apartarlo de su tierra y de su ganado.

Vio que Amber miraba a su esposa y observó por el rabillo del ojo que Saffron asentía con un microscópico movimiento de cabeza.

—Fui con Ato Asfaw de regreso a su aldea para visitar a Iyasu. Se está recuperando bien y les dice a todos que tú y Tadesse le salvaron la vida —continuó Amber—. Ryder, el ganado se está enfermando. Peste bovina. Incluso si las lluvias de este año resultan buenas, no creo que a la mitad de los granjeros les queden bueyes para arar sus campos adecuadamente. Podrían morir de hambre, y algunas personas van a venir a nosotros. Quizá muchas personas.

Ryder pensó en los cuerpos delgados de los bandidos que lo habían atacado, el parpadeo en los ojos de Ato Asfaw cuando Ryder le preguntó por su ganado y sus campos como lo indicaban las convenciones. Enderezó la espalda.

—Muy bien. Amber, fíjate cómo vamos a arreglarnos si terminamos recibiendo refugiados en este complejo. Lo más probable es que no vengan hasta después de las lluvias, aunque debemos estar preparados. Pero primero trata de obtener más información con la gente de Menelik. Quiero saber qué acordó con los italianos antes de empezar a negociar con él, y no tener que esperar semanas hasta que se hagan las proclamas oficiales. Patch, empieza a trabajar en el cuaderno de Rusty. —Sintió los dedos de Saffron bajo el cuello de la camisa que le tocaban la cálida piel alrededor de la clavícula—. Ocúpate de que Menelik y sus hombres tengan todo lo que necesiten.

Patch y Amber asintieron con la cabeza y salieron de la choza sin decir nada más.

Una hora más tarde, Ryder se levantó de la cama y buscó su camisa. Saffron le puso la mano en el muslo.

—Te extrañé —dijo ella en voz baja y se acurrucó para poder besar el moretón en la cadera.

—Voy a ver si Patch ha podido avanzar con el cuaderno de notas de Rusty. Quiero tener una idea de lo que hay ahí antes de hablar

con Menelik.

—¿Tienes que ir?

Él cometió el error de mirarla, de encontrar la sonrisa sensual de ella, de ver su cabello color miel que le caía sobre los hombros desnudos. Ella lo miró a los ojos a través de las pestañas oscuras y se pasó la lengua por el labio inferior. Él gimió y la empujó de nuevo sobre la cama, quedó sobre ella y sintió que se endurecía. Ella arqueó la espalda y levantó los pechos hacia él. Estos ya estaban tensos. Él tomó uno, sopesándolo en su mano, y ella gimió con suavidad, luego, cuando él bajó la boca para besarlo, llevó la otra mano a la parte interna del muslo para luego subirla hasta encontrar la blandura de su monte de Venus. Ella jadeó, y él apartó la boca del pezón. Quizás a Patch le vendría bien un poco más tiempo a solas con el cuaderno de Rusty.

—En silencio, querida. No queremos molestar al emperador.

Ella se rio entre dientes y giró la cabeza a un lado para sofocar los sonidos de su excitación mordiéndose la carne del brazo. Él la acercó al pico de su excitación antes de ubicarse encima de ella. Saffron le agarró los hombros con firmeza y se mordió el labio mientras Ryder se deslizaba dentro de ella.

Amber fue a buscar al sirviente de Menelik, ese al que habían identificado como el escriba. Si alguien conocía los detalles del tratado con los italianos, era él y, por lo tanto, podría contárselos a ella. Decidió preguntarle cómo hacía su tinta. Ella se estaba quedando sin su provisión, y sus intentos de hacer un sustituto habían fracasado. Manchaban todo, menos el papel.

El hombre se mostró acogedor y respetuoso, y compartió gustoso los secretos de su oficio. Obviamente estaba complacido de hablar de su trabajo con una mujer joven tan hermosa y que hablaba tan bien el amárico. Él insistió en que aceptara una cantidad de su propia tinta, y Amber preguntó si podía ver algunos de sus trabajos. ¿El tratado, tal vez? Él dudó, pero Amber sonrió y le recordó que en unos días el tratado se leería ante el parlamento de Italia y también ante los príncipes leales a Menelik en Addis. Se sintió tranquilo y desenrolló con sumo cuidado el tratado que Menelik acababa de firmar con los italianos en Wuchale.

Amber siguió las letras con los dedos. A ella le encantaba la escritura en amárico, una serie de formas extrañas que parecían monumentos, cruces y cuadrados dispuestos en líneas claras sobre la vitela, como un mapa de alguna tierra antigua con fantásticas ruinas allí esparcidas. El escriba se sonrojó y se encogió de hombros ante los elogios de ella, luego fue a buscar a su caja de seguridad la versión italiana del mismo tratado. Él no sabía italiano, pero la escritura en cursiva, tan diferente de la suya, lo fascinaba. Ambos tenían la cabeza inclinada sobre el cuaderno de Amber, y ella le mostró cómo escribir su propio nombre en letras latinas, y compararon, riéndose, los intentos de él de reproducir la caligrafía italiana. Mientras lo hacían, Amber tomó cuidadosas notas acerca de las tierras otorgadas a los italianos como parte de su colonia de Eritrea. La Mina Courtney quedaba firme en el territorio controlado por Menelik.

De pronto, Amber frunció el ceño. Parpadeó y después pidió,

tratando de mantener su voz serena, ver de nuevo el artículo correspondiente de la versión en amárico. Leyó ambas varias veces hasta aprender las frases de memoria en ambos idiomas, luego, antes de que el escriba notara algo raro, volvió a hablar otra vez sobre plumas, papeles y tinta. Al retirarse, ella le dio una de sus plumas preferidas al escriba, regalo que hizo brotar lágrimas de los ojos de este, y se alejó con un humor sombrío para ir a buscar a Ryder.

Los guardias se sorprendieron al ver a Ryder y Amber aparecer en lo alto de la ladera a última hora de la tarde, pero se mostraron corteses y pronto se los condujo a la enorme tienda en el centro del campamento para encontrarse con el rey. Menelik estaba reclinado sobre un montón de cojines en medio de aquel espacio como un árabe. Los invitó a sentarse con él. Uno de sus sirvientes estaba tostando café en un pequeño brasero entre las ricas alfombras y los tapices colgados sobre las paredes. Aquel espacio cerrado se iba perfumando con esos oscuros y astringentes aromas. Hablaron corteses sobre los caminos y el clima hasta que les sirvieron el café, negro y espeso, en pequeñas tazas de porcelana, luego Menelik despidió al sirviente.

—Ahora pueden hablar libremente, mis amigos —dijo, sorbiendo su café—. Pensé que habíamos acordado negociar esta noche, señor Ryder. Espero que me convenza de que es de mi interés dejar que sus trabajos continúen.

—Espero con ansias nuestra conversación, señor. Vengo porque la hermana de mi esposa desea decirle algo que puede necesitar su atención —dijo Ryder, y Menelik volvió su mirada pensativa hacia Amber.

Amber había conocido a muchos hombres importantes y hablado con algunos de ellos cuando estuvo en Europa, pero se sentía nerviosa y temerosa ante Menelik. Había pasado la última hora pensando en las implicaciones de lo que había sabido, y eso la aterrorizaba. Pensó en sus padres y sus hermanas, y se dijo a sí misma que debía ser valiente.

—Estuve hablando con su escriba esta tarde, señor —comenzó ella con voz baja y clara—. Y me hizo el gran honor de mostrarme algunos de sus trabajos… como el tratado que acaba de firmar con el gobierno italiano.

Menelik tomó otro sorbo de café y continuó observándola.

—Sé algo del idioma italiano y vi algo que me preocupó. —Se le secó la boca.

—Continúe —dijo Menelik. Su voz era suave, pero nadie podía no reconocer el tono de mando con el que hablaba.

Amber desvió la mirada hacia la alfombra ricamente tejida a sus pies. Rojo y amarillo brillante, patrones que, aunque fueran abstractos, de alguna manera se resolvían en aves del paraíso, montañas y praderas.

—Mi señor —continuó, sin atreverse a levantar la vista—, el artículo diecisiete del tratado en amárico dice que usted, rey de reyes, puede, «si así lo desea», hacer uso del gobierno italiano y sus diplomáticos para comunicarse con las otras grandes potencias del mundo en Europa y más allá.

Menelik estudió el café que quedaba en su taza, inclinándola hacia adelante y hacia atrás, pero sin permitir que nada se derramara.

—Hasta que yo tenga hombres que pueda enviar como embajadores al mundo, señorita Amber, hacer uso de nuestros amigos italianos con ese fin es práctico y sensato. ¿No está de acuerdo?

Ella le dirigió una breve mirada y luego volvió los ojos hacia la alfombra.

—Sí, señor, por supuesto. Pero leí la versión italiana también. En ella se dice que usted *debe* tratar todos sus asuntos de política exterior a través de los italianos.

Amber sintió que su rostro se sonrojaba. Ella y Ryder habían hablado en susurros sobre el artículo en la choza del complejo minero. La cláusula italiana era como una declaración a toda Europa, y al mundo entero y más allá, de que Etiopía, todo el vasto territorio en ese momento bajo el control de la autoridad de Menelik, era en efecto el protectorado de Italia, y que no podía hacer sus propios acuerdos soberanos con potencias extranjeras. En la versión en amárico, Abisinia seguía siendo una nación independiente.

Menelik se quedó sin emitir sonido durante un buen rato. Amber había esperado que él se enfureciera, que su ira fuera precipitada y terrible, pero de alguna manera, aquel pesado silencio era más

aterrador de lo que habría sido una explosión de ira.

—No sé más que unas pocas frases en italiano —dijo al fin—. Pero leí el tratado escrito en mi propia lengua con gran cuidado. Está de acuerdo, señorita Amber, en que en mi idioma dice que *puedo* consultar.

—Sin duda, señor.

—Pero ¿está segura de que en italiano dice «debe»?

—Puede ser un descuido, un simple error de transcripción, señor, pero estoy segura, la versión oficial en italiano que lleva su firma y sello dice «debe».

Amber podía jurar que olió una tormenta. Las manos se le habían cerrado en apretados puños a su lado y no se atrevió a levantar la vista. Sintió que los fuertes dedos de Ryder se cerraban sobre los suyos y los apretó por un momento. Sintió una profunda gratitud por aquel consuelo en ese instante. Juró que nunca más lo iba a molestar, ni se iba a burlar de él.

Menelik se levantó, y Amber y Ryder hicieron lo mismo.

—Un error en la transcripción —dijo en voz baja—. Seguramente se trata de eso. Pensar que mis amigos italianos estén intentando algo… encubierto me alteraría mucho.

—Sí, señor —dijo Amber, con la mirada en la alfombra de nuevo.

—Le agradezco que haya llamado mi atención sobre este asunto, como dice usted. —Se volvió hacia Ryder—. Señor Ryder, estoy muy contento de haber decidido visitarle aquí. Me parece que usted y su gente son excelentes diplomáticos.

Ryder le dio las gracias con voz uniforme y serena.

—Puedo suponer, creo, que no se hablará de este error fuera de su familia, ¿verdad?

Ryder asintió con la cabeza.

—Bien —continuó Menelik—. Ahora, señor Ryder, a mis amigos italianos les gustaría mucho que sacara a Ras Alula del poder en esta región, y que acabara de una vez con las aspiraciones de Ras Mengesha a mi trono. Pero siento que ya he estado lejos de mi capital y de mi reina durante demasiado tiempo. Cuando haya disfrutado una noche más en el Complejo Minero Courtney y hayamos concluido nuestras negociaciones, llevaré a mis hombres al sur.

Ryder escuchaba con mucha atención, tanto las palabras como los niveles de significado debajo de ellas. Quería separar la paja del trigo. Menelik se alejó de ambos por un momento sin dejar de elegir sus palabras y el peso de estas con el mismo cuidado que ponían los poetas y juglares etíopes.

—Tengo el mayor de los respetos por Ras Alula —dijo Menelik, mirándolos otra vez a ellos—. Él quiere servir al emperador, que está muerto. Es un error, pero un error cometido por razones honorables. Ahora bien, como les he dado a los italianos el derecho a protegerse en el área circundante a Massawa, a eso él debe someterse. Pero usted puede, señor Ryder, decirles a Alula y a Mengesha que todavía tienen mi amor, porque los amo como un padre debe amar incluso a sus hijos más descarriados. Y puede decirle a Alula que, al menos por el momento, no haré ninguna jugada contra él. Si provoca a mis aliados italianos, las consecuencias deben caer sobre su cabeza. Pero si no se vuelve contra mí, no tiene por qué temer un ataque de los guerreros de Shoa.

—Entiendo, mi señor —aceptó Ryder.

Menelik golpeó con fuerza las manos. Tres sirvientes entraron en la tienda, y Amber pudo vislumbrar el crepúsculo detrás de ellos.

—En un rato nos reuniremos con usted en el poblado —dijo Menelik. Luego se dirigió a sus sirvientes y señaló la alfombra bajo sus pies—. Hay que llevar esto al Complejo Minero Courtney. Un regalo mío para la señorita Amber.

Amber jadeó.

—Gracias, señor. Es hermosa.

Menelik sonrió, y todo volvió a sentirse fresco y acogedor. Él le puso una mano en el hombro.

—Hermanita, mientras hablábamos parecía estar fascinada por la alfombra. Debe ser suya.

El banquete de esa noche fue un triunfo. Se colocaron esteras de paja recién tejidas en la plaza central y se encendieron antorchas y lámparas de aceite alrededor de la iglesia y a lo largo de las cercas que retenían al ganado, como si el combustible fuera tan abundante como la arena. El olor de la carne asada envolvía al complejo de viviendas, y Menelik llamó a sus músicos para que bajaran del acantilado y entretuvieran a todos los presentes. Las mujeres vestían

sus mejores galas, trenzaron y trataron sus cabellos con aceites perfumados y llevaban chales de gasa turquesa y dorada sobre los hombros. Las jóvenes ofrecían las cestas de mimbre *massob* cargadas con esponjosos panqueques agrios de *injera*, en el centro de los cuales había guiso de pollo y cordero especiados con pimienta aromática y salsa de frijoles. Los niños mayores se movían entre los invitados con pesadas calabazas llenas con *tulla*, colmando los vasos una y otra vez.

Menelik envió su dosel y taburete de vuelta a la colina, y se sentó junto a Ryder en uno de los bancos de troncos de árboles. Ryder le ofreció la cesta, y Menelik arrancó un trozo de *injera* y lo usó para tomar un poco del guiso del montículo central. Se lo llevó a la boca y masticó con los ojos apenas cerrados. Luego sonrió y aplaudió mientras tragaba.

—¡Excelente, excelente! —exclamó e hizo un movimiento de cabeza hacia Saffron. Esa era la señal para que todos los demás comenzaran y, pronto, todos estaban arrancando tiras de *injera* de las fuentes compartidas, comiendo o dándoles bocados a los niños que esperaban detrás de ellos. La conversación se generalizó, las voces se alzaron y los músicos comenzaron una nueva melodía con un ritmo tintineante y repetitivo que hizo que las llamas de la hoguera danzaran. La tensión de la tarde parecía haberse disipado a la luz del fuego y, cuando, Ryder miró a los rostros de toda esa gente a su alrededor, solo vio risas y orgullo.

Menelik tomó otro bocado y se inclinó un poco hacia Ryder.

—¿Cuántos lingotes tiene ahora?

—Muy pocos, mi señor —respondió Ryder con tranquilidad, y Menelik gruñó—. Le llevé a Ras Alula como tributo nuestra pequeña reserva de plata refinada.

—Tal vez debería quitarle esta tierra y ponerla en manos más hábiles —dijo Menelik—. Muchos extranjeros vienen a mi corte ahora, ingenieros y mineros entre ellos.

Ryder respiró con calma.

—He invertido mi fortuna en esta tierra y la conozco mejor que a mi propia cara. Por fin veo el camino delante de mí con claridad, y la riqueza que promete esta tierra está al alcance de mi mano. Puede que hoy ande vestido con harapos, pero deme tiempo, mi señor, y llenaré su tesoro de plata.

—Y sus propios bolsillos.

Ryder asintió con la cabeza.

—Sí. Pero yo me ocuparé de usted y de su pueblo con honestidad.

Era peligroso referirse a las diferencias en el tratado con los italianos de esta manera, y Ryder lo sabía, pero Menelik tenía que darle tiempo. Mantuvo la mirada en los juegos que hacía la luz de la fogata en la cara del rey de reyes. Ryder tenía la impresión de que se veía enojado, pero no podía precisar si ese disgusto estaba dirigido a él o a los italianos.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Menelik.

Sin demora, Ryder hizo el cálculo mental.

—¿Para llegar a plena producción? Cinco años.

Menelik resopló y agitó la mano.

—¿Cinco años? El arte de la señora Saffron y el libro de la señorita Amber las hicieron ricas. Váyase a su casa, y deje que su mujer compre camisas de seda para toda la familia.

Ryder estaba sorprendido, y eso seguramente se reflejó en su rostro. Menelik lo miró, y sus ojos brillaron satisfechos.

—Recibimos visitantes de Francia, de Rusia e incluso de Gran Bretaña, señor Ryder —continuó Menelik—. No vine aquí sin saber algo de su familia y de su historia. Voy a comprar una imprenta y la voy a montar en Entoto. Haré que se traduzca el libro de la señorita Amber.

Ryder controló su irritación. Él no estaba dispuesto a dejar su sangre y su fortuna en aquella tierra para poder mostrar solo un ejemplar del libro de su cuñada en amárico.

—Gran rey, no puedo ser reducido a ser el esclavo de mi joven esposa. No puede pedirme eso, señor. Usted asegura que me conoce, entonces debéis saber que cuando digo algo, lo digo en serio. Voy a extraer la plata de estas montañas y pagaré el tributo apropiado. Sí, cinco años parece mucho, pero ¿qué son cinco años en la historia de los reyes y los imperios?

Menelik se llevó el vaso a la boca y bebió un largo trago mirando al cielo salpicado de estrellas.

—¿Entonces ahora soy su gran rey? Bien. Muy bien. Puede continuar trabajando por ahora. Mi coronación se llevará a cabo después de las lluvias. Asista a ella, pues, y tráigame cien lingotes

de plata. Si hace eso cuatro veces al año durante cinco años, confirmaré su derecho a esta tierra y sus riquezas para siempre.

Ryder sintió que se le congelaba el corazón. Para producir una decena de lingotes había necesitado meses. Incluso si el cuaderno de Rusty les permitía quintuplicar la producción, eso sería casi imposible. ¿Además tendría que entregar a Menelik cada uno de los preciosos lingotes que produjera durante cinco años?

Su cabeza se llenó de imágenes de pérdida y sacrificio, del vapor, de Rusty. Pensó en los días y las semanas que pasó luchando contra la roca y el mineral junto a sus hombres, y apretó las manos. Si Menelik mantenía esa absurda exigencia, Ryder iba a dinamitar él mismo todas las instalaciones, para luego tomar su rifle e irse a luchar con Ras Alula hasta que los bandidos o las tropas de Menelik lo destriparan.

Menelik arrancó un poco más de *injera* y lo usó para servirse otra porción del estofado.

—Tráigame todo eso, señor Ryder, y lo venderé en Yibuti, en tu nombre. Yo me quedaré con veinte de cada cien lingotes. Tal vez los venda, tal vez solo haga un trono de plata para mi coronación.

Menelik estaba encantado con la jugada que le había hecho y pudo ver con satisfacción las emociones que corrían por el rostro de Ryder.

—Es una prueba, señor Ryder. Demuéstreme que puede arrancar riqueza de estas colinas y trabajaremos juntos. Desde este mismo momento le garantizo el tránsito seguro de su plata, y no pagará ningún otro diezmo a ningún otro gobernante ni funcionario de mi imperio. A cambio, me promete que solo venderá su plata por mi intermedio. Esto no es un asalto, amigo mío; es el comienzo, espero, de una sociedad. Bien, ¿está de acuerdo?

Ryder hizo una serie de rápidos cálculos mentales. Era un impuesto elevado, y no tenía en cuenta lo que había perdido en la empresa hasta el momento, pero sabía que cualquier vía que eligiera para comercializar su plata implicaría sobornos, multas y una creciente gama de impuestos en cada provincia por la que pasara. La ruta a Massawa significaba pasar entre la gente de Ras Alula y los italianos; la ruta por Entoto era más larga, pero con la protección de Menelik sería una ruta más segura. Eso, si podía producir la cantidad requerida por Menelik: cuatrocientos lingotes

al año, durante cinco años. Era imposible, pero tenía que hacerlo.

—Asistiré a su coronación, señor. Con cien lingotes.

Menelik se mostró satisfecho, pero Ryder vio la parpadeante amenaza en sus ojos.

—Asegúrese de que así sea, señor Ryder. O les daré estas tierras a hombres que puedan entregar lo que dicen que van a entregar.

La caravana de Menelik partió tarde a la mañana siguiente. Desmontaron las grandes tiendas y las acomodaron en innumerables carros ligeros.

Ryder estaba en la ladera con Saffron tomada de la mano a un lado y con un curioso Leon al otro. Patch, su esposa Marta y Amber estaban con ellos, y juntos vieron a la caravana real que comenzaba su majestuoso avance hacia el sur, hacia la capital de Menelik. Saffron se puso la mano libre sobre el vientre, que comenzaba a hincharse.

—¿Qué sucederá? ¿Podemos confiar en él, Ryder? —preguntó.

Ryder observó el polvo levantado por los caballos y las mulas, los carros, los guerreros y los sirvientes del séquito de Menelik.

—Eso espero, Saffy —respondió finalmente, luego se dio vuelta y los condujo de regreso al área de viviendas.

Tan pronto como estuvo de vuelta en su propio hogar, Amber se puso manos a la obra con su cuaderno de notas y se abocó a la cuestión de los refugiados que podrían llegar al complejo minero después de las lluvias. Inclinada sobre su cuaderno se puso a escribir una serie de listas muy ordenadas. Tadesse la iba a ayudar, y también el sacerdote. Usó la tinta nueva que le había dado el escriba de Menelik para dibujar un plano para otro huerto y otro jardín de frutas en el valle contiguo. Si se plantaba todo en las próximas semanas y lograban controlar el flujo de algunos de los riachos de ese flanco, la cosecha podía ser abundante. Cada tanto, los recuerdos de las masas hambrientas en Jartum le venían a la mente. Hombres y mujeres enloquecidos por el hambre y el miedo. Ella había sido testigo de la destrucción de las instalaciones de Ryder a manos de una turba enloquecida que creía que ahí se estaba almacenando comida y vio la matanza que siguió a pesar de todos los esfuerzos de Ryder para evitarla.

Cayó la noche. Encendió una lámpara y continuó con su trabajo.

Ryder y Patch pasaron los siguientes tres días estudiando el cuaderno de notas de Rusty, con el montón de papeles que había traducido Amber esparcido sobre la tosca mesa de la choza que ellos llamaban su oficina, cerca de las nuevas instalaciones. El proceso, las medidas, los mil detalles técnicos estaban explicados y registrados con la ordenada letra de trazo grueso de Rusty. Era como si hubiera salido de su tumba y les hablara.

Ryder hojeó las páginas. Era sobre todo un texto seco, técnico, pero de vez en cuando, en los márgenes, Rusty había escrito cosas más personales. Unas pocas palabras en amárico y sus traducciones, un diminuto boceto del propio Ryder golpeando lejos, en la ladera de la montaña. Ryder sintió un nuevo estallido de dolor por su amigo y lo volvió a ver tendido en el suelo con el azogue que le salía por las narices. Cerró el cuaderno.

Patch estaba sentado frente a él y rehacía sus cálculos en el reverso de las páginas de Amber según lo que habían descifrado hasta ese momento. Levantó la mirada.

—Parece que duele más, ¿no? —dijo—. Eso de tener su voz en nuestras manos de nuevo.

Ryder no dijo nada, y Patch trabajó un rato más antes de aclararse la garganta e intentarlo de nuevo.

—Tres días, y luego podremos hacer los cambios en la arrastra y construir el nuevo pozo de amalgamación. ¿Qué más?

—¿Viste su diseño para un horno de reverbero? —preguntó Ryder.

Patch negó con la cabeza. Ryder buscó la página y giró el diario para que su amigo pudiera verla. Patch frunció el ceño mientras leía las notas debajo del diagrama, luego silbó.

—Si tiene razón, esto podría ser la clave del éxito. Ahorraríamos en mercurio y en combustible. ¿Crees que funcionará con carbón?

Ryder sintió calor en la sangre.

—Rusty creía que sí, y yo confío en él. Pongamos a Ato Gebre aquí. Quiero que esto esté construido y probado antes de que termine el mes.

Patch recogió el cuaderno y lo besó con un sonoro chasquido de labios y, por primera vez en semanas, Ryder se echó a reír.

Era imposible precisar, al mirar hacia atrás, el momento en que Penrod comenzó a recuperarse. Se dio cuenta de a poco, a lo largo de muchas semanas, que, de vez en cuando, se olvidaba de estar enojado. Se movía a lo largo de los días de manera mecánica. Atendía a los enfermos, ingería la sencilla comida en el comedor y discutía temas del sufismo con el comerciante de seda como una diversión intelectual, al igual que jugaba innumerables partidas de ajedrez para poner a prueba la fuerza de su mente.

Entonces, un día salió de la enfermería y descubrió que se estaba riendo de algo que uno de sus pacientes había dicho. En otra ocasión, descubrió los placeres de provocar con delicadeza a la formidable Cleopatra. Luego llegó un momento, mientras limpiaba la herida ulcerada de un niño, en que se olvidó de sí mismo. Al ocuparse del niño asustado, ya no era Penrod Ballantyne, condecorado con la Cruz Victoria, el héroe que había derribado a un monstruo corrupto y salvado a las casas reales de Europa de un escándalo profundo y dañino, sino que era tan solo un medio para ayudar a este niño. Una sensación lo atravesó, aunque no pudo identificarla en ese momento. Fue como una luz repentina de una intensidad sorprendente, pero sin calor ni dolor. Agazapado entre las vendas, murmurando cosas sin sentido para calmar al niño mientras él seguía trabajando, lo golpeó con tal fuerza que sintió que el corazón parecía haberle explotado en el pecho.

Un tanto conmocionado, terminó lo que estaba haciendo y se fue para tirar el agua sucia y volver con agua limpia, la cabeza agachada. Cleopatra le envió al siguiente paciente y lo saludó. Era un mendigo anciano con fama de usar un lenguaje grosero, aunque pintoresco. Cuando Penrod se arrodilló y comenzó a quitarle los vendajes viejos y descoloridos, encontró el nombre a la sensación que acababa de experimentar: paz, pero era una paz más profunda que cualquier cosa que hubiera sentido antes. Eso lo desconcertó.

Trató de explicárselo al comerciante de seda esa noche mientras

jugaban una partida de ajedrez. El mercader capturó el peón del caballo.

—Te has liberado de tu corazón salvaje, Penrod. Eso es lo que has descubierto. Todavía podremos hacer de ti un sufí.

Penrod capturó la torre del anciano.

—No sé si creo en Dios.

El comerciante de seda enarcó las cejas.

—Eso es un poco grosero, amigo mío, dado que parece que lo acabas de conocer.

Estudió el tablero.

—Ahora aquí hay un bonito problema que tú me presentas. Deja que me concentre.

A medida que pasaban las semanas, Penrod comenzó a descubrir una ligereza que no había conocido nunca. Ya no sentía aquellos destellos que lo cegaban, sino que esa paz comenzaba a envolverlo. No pensaba en otra cosa que no fuera lo que estaba haciendo. Cuando tenía tiempo libre, leía el libro de Rumi que Farouk le había dejado y observaba a sus compañeros que se movían por la colonia. Una tarde, Farouk lo encontró sentado con el libro en el regazo. Al ver quién era, Penrod se puso de pie, pero Farouk le hizo un gesto y se sentó a su lado, en el suelo arenoso. Estaban a la sombra de una palmera joven, y las brisas ocasionales estaban cargadas con el aroma del jazmín. Era la primera vez que Farouk buscaba su compañía desde el día en que Penrod había salido del edificio del hospital.

Durante unos minutos permanecieron sentados en silencio. Algunos de los muchachos estaban jugando al críquet, en la medida en que sus discapacidades se lo permitían. Una o dos veces recurrieron a Penrod en busca de consejo o para decidir sobre alguna jugada. En todos los casos, él respondía bien dispuesto, y los chicos le dieron las gracias llamándolo «tío» para luego volver a su juego. Farouk vio lo que estaba leyendo y, por un rato, hablaron sobre algunas de las enseñanzas del libro. Luego Farouk se encogió de hombros y se volvió para mirar a los niños en sus juegos.

—Sin embargo, esas enseñanzas no contienen toda la sabiduría, Penrod —habló en inglés, y Penrod respondió en el mismo idioma. Las palabras se sentían extrañas en su boca. Había pasado mucho tiempo hablando solo en árabe.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que conoces la parábola de los talentos. Todavía eres un hombre joven. ¿No habrá llegado el momento en que deberías dejar este lugar y hacer uso de tus habilidades en el mundo exterior de nuevo?

La idea le pareció extraña a Penrod.

—Puede ser, pero no tengo ningún deseo de irme.

Farouk le palmeó la rodilla con afecto.

—Siempre tendrás un lugar entre nosotros hasta que mueras de viejo, amigo mío, pero creo que deberías pensar en esa parábola.

—Tal vez sea mejor dejar mis talentos enterrados —replicó Penrod—. Mis habilidades parecen ser para la muerte.

Farouk pareció pensarlo.

—Creo que hay más en ti que eso, Penrod. Eres un líder de los hombres, y un hombre de gran inteligencia. Los reyes y primeros ministros que controlan los destinos de personas como yo, de personas como estos niños, necesitan hombres como tú para guiarlos y aconsejarlos, y sí, a veces para pelear por ellos. Soy un hombre de paz, pero eso no significa que desprecie a los hombres dispuestos a luchar por su pueblo. Pero basta de esto. Tengo que pedirte un gran favor. He estado tratando a una dama estadounidense en El Cairo. Ahora está bastante recuperada y ha hecho una generosa donación a la colonia. Creo que podemos construir dos o tres casas familiares más y un dormitorio para algunos de los niños que llegan aquí solos. Me gustaría que supervisaras la construcción. ¿Harás eso por mí?

—Haré lo que me pidas, Farouk.

—Muy bien —dijo Farouk y de nuevo se puso de pie—. Ven a verme en mi oficina por la mañana y hablaremos del asunto.

Se metió las manos en los bolsillos y volvió al edificio de oficinas, dejando a Penrod con la mirada fija en las páginas que tenía ante sí, sin ver nada.

Los trabajos de la construcción tomaron un mes. Todos los días, Penrod dirigía al equipo y, desnudo hasta la cintura, trabajaba junto a ellos mezclando cemento y cal, moviendo los grandes bloques de piedra de los depósitos a su lugar y supervisando a los trabajadores. Se sintió cada vez más fuerte por el trabajo físico y descubrió, como había sugerido Farouk, que su capacidad de liderazgo no había

disminuido.

Mientras terminaban de techar los barracones, con el sol feroz que caía sobre sus espaldas, absorbido por la naturaleza repetitiva del trabajo, Penrod se limpió el sudor alrededor de un ojo y volvió a sentir aquel rayo de ligereza, una alegría más profunda que el placer. Esta vez duró más. Sintió que lo llenaba por completo, que les daba energía a los miembros. Cerró los ojos por un momento y se dio cuenta de que estaba ofreciendo una oración de gracias, y aunque no sabía a quién le rezaba, sintió que sus palabras eran escuchadas.

La construcción no estuvo libre de dificultades. Habían contratado obreros de la ciudad, y aunque la mayoría estaba bien dispuesta y conocían su oficio, Penrod sospechaba de uno y mantuvo una estricta vigilancia sobre él.

Cuando se terminó la construcción de los edificios, se hizo una celebración en la colonia. Se encendieron hogueras, se cantaron canciones, y los niños montaron una obra de teatro en la que se burlaban de los miembros mayores de la colonia. Una niña pequeña, vestida como Cleopatra, regañó a los demás por los vendajes y ungüentos, un niño se pintó la cara de blanco con harina y saltó sobre el escenario cargando cajas vacías que representaban bloques de piedra con elegante facilidad, mientras que sus amigos arrastraban los suyos muy lento y gemían. Penrod rio y aplaudió con los demás, y ya era tarde cuando se retiró y empezó a cruzar el patio rumbo a su celda.

Escuchó algo. Se oyó un grito. Provenía de atrás de las oficinas. Corrió para doblar la esquina, y uno de los niños de la obra de teatro se abalanzó sobre él. Penrod lo detuvo.

—¿Qué pasa, hijo?

—Hombres… están tratando de entrar en la oficina de Papá Farouk.

Una nube se alejó de la luna, y Penrod pudo vislumbrar la cara del niño, con los ojos muy abiertos y llorosos.

—Ve a buscar a los demás —le dijo Penrod, y el chico corrió en dirección al comedor.

Penrod se acercó en silencio al borde del edificio. Vio una vieja muleta apoyada contra la esquina, un solo palo con un soporte acolchado, pero con la resistencia suficiente como para soportar el

peso de un hombre. La tomó, le arrancó el travesaño acolchado y lo arrojó a un lado y, sopesando el palo en sus manos, dobló la esquina.

Eran tres hombres, y podía asegurar, por la silueta y el volumen del individuo, que uno de ellos era el trabajador de quien había desconfiado. Habían aprovechado la oportunidad que les brindaba la celebración para irrumpir y abrir la caja con el dinero. Ya estaban otra vez trepando para salir por la ventana de la oficina dispuestos a escapar. Penrod miró el muro del recinto. Estaba a apenas unos seis metros detrás de ellos y de él colgaba una cuerda. Sin duda los esperaba un cómplice en el otro lado. Penrod pensó en lo que había dicho Farouk, aquello de que a veces era necesario en el mundo un hombre con talentos como los suyos.

No había tiempo para esperar la ayuda de los demás. Penrod juntó los labios y comenzó a silbar… era una melodía de su juventud, algo sobre lagos y bellas doncellas. Salió para quedar en medio del espacio entre la oficina y el muro, donde lo iluminaba la luz de la luna.

Tres minutos más tarde, cuando Farouk, el comerciante de seda y una gran cantidad de otros miembros de la colonia corrían en su ayuda, Penrod seguía silbando la misma vieja melodía. A sus pies, yacían tres hombres. Uno estaba inconsciente. Otro, con un cuchillo todavía agarrado en la mano, estaba muerto. El tercero estaba acostado su espalda, gruñendo contra aquel cielo indiferente.

TERCERA PARTE

Noviembre de 1889

Las lluvias terminaron justo cuando estamparon el último de los primeros cien lingotes en la Mina Courtney. Ryder, Saffron y Amber partieron rumbo a Addis sin demora y, en la misma mañana en que llegaron a la capital, Ryder presentó su tesoro al mayordomo del emperador. Tuvo una profunda sensación de satisfacción cuando contaron y volvieron a contar los lingotes antes de colocarlos en cofres de teca, reforzados con aristas de metal. Sobre las cerraduras, se colocó el sello del emperador impreso en cera.

El mayordomo de Menelik le entregó a Ryder un pequeño cofre con táleros de María Teresa y le explicó que su amo le había dado instrucciones para que, si entregaba la plata según lo acordado, le pagara el precio de mercado de inmediato, menos el impuesto que habían negociado. El mayordomo también le entregó un montón de papeles, cargados de sellos, en los que le garantizaba el tránsito seguro para su plata por los próximos cinco años.

Saffron y Amber lo estaban esperando cuando él regresó al recinto que les habían asignado, y les mostró los papeles y los táleros con el ceño fruncido.

—¿No estás contento, Ryder? —le preguntó Saffron mientras arreglaba los pliegues del vestido que ella misma había hecho para la ceremonia de coronación. Se había negado a quedarse en la mina a pesar del avanzado estado de su embarazo. Al mirarla en ese momento, radiante de orgullo y de emoción, Ryder se alegró de que lo hubiera acompañado.

—Sí. Pero debemos hacer que el segundo filón quede abierto y funcionando si queremos continuar.

Sin el cuaderno de Rusty, el rápido salto en la producción no habría sido posible, y había que volver a dar un salto si querían alcanzar las metas que Menelik había propuesto. Abrir la nueva veta que había descubierto Dan era la clave, pero para eso necesitaban más hombres, y un ingeniero de minas para guiarlos.

Saffron le dio el brazo a su hermana.

—Pero hoy podemos disfrutar de la coronación, ¿verdad, querido? No todos los días uno ve coronar a un emperador, ¿no?

Ryder se inclinó ante las dos hermanas con una florida reverencia que las hizo reír a ambas.

—Sí, Saffy. Hoy celebramos.

La coronación de Menelik fue una ceremonia espectacular, una demostración de poder y autoridad sin precedentes en África, y Amber registró cada detalle en su cuaderno de notas. La multitud congregada que esperaba en la nueva catedral brillaba con las sedas y el oro. Las mujeres llevaban peinados altos, trenzados con hilo de plata. Los nobles etíopes llevaban capas cortas de color púrpura, sujetas con elaborados broches de plata, y collares y tocados hechos de melenas de león.

Dispersos en la multitud, podían verse otros europeos, algunos con uniforme del servicio diplomático italiano o ruso; otros, como Ryder, vestían ropas civiles. Amber le dirigió una mirada a su cuñado. Considerando que había pasado la mayor parte de su vida vestido con áspera ropa de trabajo, se lo veía muy cómodo con levita. Saffron había supervisado la confección, por supuesto, de modo que le quedaba perfecta sobre sus anchos hombros.

Fuera de los muros de la catedral, una gran masa compuesta por hombres, mujeres y niños veía llegar a los invitados mientras esperaban a Menelik y a su emperatriz Taitu. Se escuchaban versos de alabanza a Menelik que repetía la multitud, llamadas y respuestas que los hacían estallar en carcajadas o en aplausos que resonaban por entre los muros de la catedral y corrían por las laderas del monte Entoto en alegre coro.

La procesión del emperador empezaba con una docena de sacerdotes vestidos de blanco puro, invocando bendiciones para el nuevo rey de reyes. Detrás de ellos podía verse una colección de camellos, caballos y elefantes, leones y leopardos encadenados, osos con bozales y caminando erguidos junto a sus guardianes, luego una docena de jinetes, príncipes de los territorios de Etiopía con toda su pompa y esplendor.

Menelik llevaba vestimentas de un blanco deslumbrante y atravesaba su pueblo transportado en una litera abierta forrada de seda. Su emperatriz lo seguía en su propia litera, cargada por las mujeres de su corte. En la retaguardia, estaban las largas filas de la

guardia personal de Menelik, los mejores guerreros de la nación. Cada hombre llevaba un escudo ricamente decorado con complejos diseños repetitivos grabados en plata y bronce, y la luz del sol brillaba en las puntas en forma de hoja de sus lanzas y en las empuñaduras decoradas de los *shoteles* curvos que colgaban de sus caderas. Todos llevaban un rifle italiano nuevo y reluciente colgado del hombro.

Las voces de los sacerdotes llegaban a quienes estaban dentro de la catedral y el arzobispo de la Iglesia etíope estaba a la puerta para recibir al cortejo de la coronación. Los sirvientes corrían a tomar las riendas de los caballos cuando los príncipes desmontaban para luego llevarse a los animales. Los cánticos de la gente afuera alcanzaron un nuevo *crescendo* extático cuando la congregación se puso de pie para recibir a Menelik y a su esposa.

Amber absorbía todo, abrumada por el esplendor de aquello. Cuando pasó, ella podría haber jurado que Menelik la miró a la cara y le guiñó un ojo.

Después de la ceremonia, la nueva ciudad de Addis Abeba estalló en una fiesta gigantesca. Menelik ordenó que se ofreciera al pueblo una docena de bueyes asados enteros y grandes tinajas de *tulla*. El pan que le habían traído como ofrenda tradicional se le devolvió a la multitud y, a medida que el cielo se oscurecía, se fueron encendiendo las hogueras y la música se hacía más fuerte. Todo olía a carne asada, a humo de leña y de pólvora mientras se disparaban pistolas y rifles, una y otra vez, en honor a los nuevos gobernantes. La gente bailaba y celebraba, y los niños corrían de un lado a otro, buscando que sus mayores, muertos de risa, les dieran golosinas.

Amber deambulaba por todos lados, feliz de encontrarse otra vez en medio de semejante multitud. Los últimos meses habían sido duros. Todos los días habían estado llenos de trabajo agotador mientras ampliaba sus jardines y luchaba contra las lluvias que amenazaban con sobrepasar su cuidadoso sistema de presas y canales. Había discutido constantemente con Ryder y Patch, y pasaba los días batallando por la madera y la mano de obra que necesitaba para montar una gran cocina y una docena de refugios mientras ellos seguían lidiando con la construcción de los nuevos hornos y la producción de los cien lingotes de plata que necesitaban

para Menelik. Saffron encontraba que este embarazo era más difícil que el anterior, de modo que no estaba de humor para el papel de pacificadora. Al final, Amber había logrado lo que quería. Había engatusado, sobornado y ocasionalmente había pateado el suelo, pero consiguió lo que necesitaba. Incluso había construido un segundo piso en la choza que compartía con Tadesse, al que se podía llegar por una escalera exterior, y el suelo de su parte de la vivienda estaba cubierto con la magnífica alfombra que Menelik le había regalado. Era un santuario para ella, pero era húmedo y estaba lleno de humo. Cuando trataba de escribir, no dejaba de pensar en Penrod, en cómo su ayuda y su aliento habían hecho que su trabajo con *Esclavas del Mahdi* fuera placentero, y en que todavía sufría por él.

Mientras seguía deambulando, Amber esperaba que su cuñado hubiera logrado olvidar durante la ceremonia las preocupaciones por la mina por un rato. En ese momento, se dio cuenta de repente que no había visto a Saffron ni a Ryder en un buen rato. Caminó por entre las fogatas, entre los grupos que cantaban y que reían, buscando entre los rostros a la luz de las llamas. Por fin vio a Ryder, pero Saffron no estaba con él. Sin prestar atención en apariencia al baile y las canciones a su alrededor, Ryder estaba sumido en una conversación con un hombre europeo. Amber caminó hacia ellos y puso una mano en el brazo de Ryder.

—¿Dónde está Saffron?

—Pensé que estaba contigo —respondió Ryder preocupado, con el ceño fruncido.

Amber le dirigió una breve sonrisa tensa.

—No te preocupes. Seguro que no quería molestarte. Voy a buscarla.

El hombre con el que estaba hablando Ryder le dio la mano, y Amber la tomó, a la vez que miraba por encima de su hombro para intentar ver a su hermana en la multitud.

—Amber, este es Bill Peters. Es ingeniero de minas.

Amber lo miró como correspondía y sonrió.

—Oh, ¡qué maravilloso! —dijo casi sin aliento.

Era bastante mayor que Ryder; de hecho, el espeso cabello de su cabeza y la barba era casi blanco, pero solo tenía unas leves arrugas alrededor de sus ojos. Su apretón de manos fue firme y frío, aunque

tal vez le retuvo la mano un instante demasiado largo.

—Encantada de conocerlo —agregó, y luego volvió a meterse en medio de la multitud.

Amber odiaba cuando la gente decía que los mellizos tenían un vínculo particular, pero, de la nada, se estaba dirigiendo directo a su pequeña casa de piedra como si supiera lo que iba a encontrar. Todo estaba oscuro. Encendió el farol junto a la puerta y lo sostuvo en alto.

—¿Saffron?

Escuchó un gemido. Saffron yacía en medio del suelo, todavía con su hermoso vestido de la coronación, y grandes pliegues de tela verde y azul se arremolinaban a su alrededor sobre el suelo arenoso como las aguas de un oasis.

—¿Saffy? ¡Saffy, háblame!

—Grité —susurró Saffron, esforzándose para ponerse de pie—, pero los cánticos… nadie podía oírme. El bebé va a nacer, Amber.

Amber no perdió el tiempo en palabras. Corrió de regreso al borde de la multitud y tomó por el hombro a un niño que miraba los festejos desde una distancia segura. En un primer momento, el niño se quedó demasiado sorprendido al escuchar a una mujer blanca hablando amárico como para entender lo que ella estaba diciendo, pero apenas comprendió lo que decía, corrió hacia la oscuridad en busca de Ryder.

Amber volvió con su hermana. Estaba inclinada con las manos apoyadas sobre la tosca mesa en medio de la habitación, jadeando con dificultad.

—Este está viniendo rápido, Amber.

—Debemos sacarte el vestido. Hay que cortarlo.

—¡No, no hagas eso! —La cabeza de Saffron se levantó de golpe —. Lo vas a arruinar… —Luego, súbitamente, se inclinó hacia delante y cayó de rodillas, con la frente apoyada en la madera—. ¡Está bien, córtalo, córtalo!

Amber reaccionó con rapidez y tomó un cuchillo de su bolsa de viaje. Luego se agachó detrás de su hermana y cortó la cinta que lo ajustaba, y el vestido se abrió con un suspiro.

—Date prisa, apenas puedo respirar —la urgió Saffy con un grito ahogado—. ¿Dónde está Ryder?

—Ya viene, cariño —respondió Amber con firmeza y, luego,

liberó los brazos de Saffron sacándole las mangas ajustadas del vestido como si fuera una muñeca. La alzó a medias para terminar de quitarle el vestido, lo apartó con el pie y, así, permitió que Saffron cayera de rodillas de nuevo, vestida solo con una larga enagua blanca. Amber se quitó el chal de los hombros y se lo puso a Saffron.

Esta gimió de nuevo.

—Amber, algo no está bien.

Amber tomó a su hermana por los hombros.

—¿Quieres ponerte de pie?

—Sí. —Se apoyó en Amber quien trató de levantarla, y luego gritó de nuevo—. No, no… Déjame en el suelo. Amber, ¡algo no está bien!

Estaba lívida y tenía el pelo húmedo por el sudor. Una ola de dolor brutal la hizo gritar, y Amber contuvo un chillido cuando sintió que los dedos de su hermana le aplastaban los huesos de la muñeca. Durante otros cinco terribles minutos lo único que ella pudo hacer fue murmurar palabras tranquilizadoras. Saffron tenía una palidez horrible y respiraba con dificultad.

—¡Espera, cariño! Ya viene Ryder… Cuando llegue, voy a buscar un médico.

Apenas lo dijo, se dio cuenta de que no tenía idea de dónde podría encontrar uno. ¿Tal vez la emperatriz podría ayudarla? Se habían visto por un momento muy breve el día anterior, y ella se mostró bastante fría con ellos. Pero alguien en la corte sabría a quién buscar. ¿Cuánto tiempo le llevaría encontrar uno?

Saffron volvió a gritar, justo cuando Ryder llegó corriendo. Apenas él tomó a Saffron en sus brazos, Amber se puso de pie de un salto.

—¡Debo encontrar un médico!

Ryder solo asintió con la cabeza mientras sostenía a Saffron contra su cuerpo. En la puerta, ella casi choca con Bill Peters, el ingeniero con el que Ryder había estado hablando antes.

—Disculpe, tengo que encontrar…

—¿Un médico? —sugirió Bill—. Cuando supe lo que pasaba, me tomé la libertad…

Se hizo a un lado y Amber se dio cuenta de que él no estaba solo. Un hombre blanco de baja estatura con anteojos y traje

europeo estaba allí, a su lado, con una enorme valija de médico.

—Este es el doctor Yuri Alexandrovich Mishkin. Está acá como parte de la misión rusa.

—¡Oh, gracias! —exclamó Amber—. Por aquí, doctor. —Lo hizo entrar a la choza donde Saffron y Ryder estaban juntos al lado de la mesa—. Ryder, Saffy, este es el doctor Yuri Aleksándrovich Mishkin.

Ryder apenas saludó moviendo la cabeza. Saffron levantó la vista, y Amber sintió que se le congelaba el corazón cuando vio el miedo en los ojos de su hermana. El médico seguramente también lo vio.

—Señora Courtney —comenzó diciendo Mishkin con una amplia sonrisa, a la vez que dejaba su valija para luego quitarse la chaqueta—, he atendido cien partos de bebés sanos en humildes chozas de campesinos, y la mitad de ellos en medio de tormentas de nieve. Este lugar es un palacio en comparación. Usted está a salvo conmigo. Y ahora, lo primero es hacer que se sienta cómoda.

El hombre daba sus órdenes con precisión y seguridad. Amber corría a un lado y a otro para llevar ropa limpia y agua caliente, mientras Ryder permanecía con su esposa, sosteniéndole la mano entre las suyas mientras ella continuaba con sus dolorosas contracciones.

Una vez que la ropa de cama y el agua estuvieron listas, Amber se arrodilló al lado de su hermana y repitió las amables palabras de aliento del médico. Ya casi se había convencido de que sus miedos eran pura imaginación cuando Saffron jadeó, chilló y movió las caderas hacia los lados. Amber se dio vuelta para mirar a Yuri Alexandrovich Mishkin y lo escuchó murmurar entre dientes algo breve y punzante en ruso.

—¿Doctor?

—Un momento, debo comprobar la posición del bebé. Discúlpeme, querida. —Su tono era firme y claro. Se inclinó sobre Saffron. Ella gritó y se retorció para apartarse de él.

—Por el amor de Dios, ¿qué está pasando? —dijo Ryder.

—El hombro del bebé está atascado detrás del hueso de la pelvis —explicó el médico—. El niño no está recibiendo el aire que necesita. La señora Courtney debe tranquilizarse. No tiene que pujar.

La mirada de Saffy era salvaje e inquieta.

—¡Debo hacerlo, debo hacerlo, Amber!

Amber agarró el rostro de su hermana y lo giró hacia ella. La miró a los ojos y vio la luz de las hogueras de afuera que se reflejaba en ellos.

—¡Saffy! ¡Saffy, mírame! ¿Recuerdas cuando yo estuve enferma en Jartum?

Algo de sensatez reapareció en la expresión vidriosa de su hermana.

—Cólera. Te estabas muriendo.

—Eso es, pero te tenía a ti, y Ryder me salvó, porque hice lo que me decían que hiciera.

—Pero, Amber…

—¡Saffron Benbrook! ¡No hay excusas! ¡*No* pujes!

Saffron apartó la cabeza y gritó, los músculos y las venas del cuello se le hincharon mientras luchaba contra el impulso de pujar.

—Ya falta poco, Saffy, lo juro —dijo Ryder—. ¿Doctor?

La cara de Mishkin se veía rosada. Sus ojos parecían enormes y envueltos en agua detrás de sus gafas.

—Un momento, solo un momento. Casi lo tengo.

Saffron gimió, y Amber levantó la vista y vio el rostro de Ryder. El sufrimiento de la tensión en la cara de Saffron se reflejaba en los rasgos de él.

—¡Saffy! ¡Piensa en Ryder, piensa en Leon! —dijo Amber.

Sintió que los dedos de Saffron apretaban los suyos de nuevo. El medico se torció hacia un lado, y Saffron volvió a gritar.

—¡Ahora! —gritó Mishkin. Cuando empujó los anteojos hacia atrás en la nariz, los dedos le dejaron una mancha de sangre en la mejilla—. Puje. ¡Ahora, señora Courtney!

Saffron elevó las caderas y se levantó por encima de las ásperas mantas. Arqueó la columna con esfuerzo a la vez que pujaba. El grito que dio terminó con un gemido, y se desplomó de costado sobre el pecho de Ryder.

—¡Sí, señora Courtney! —exclamó Mishkin—. Otra vez.

El grito de Saffron fue animal, salió como arrancado de ella, con los dientes apretados. Ryder la agarró por los hombros como si fuera a escapársele para irse al infierno.

—¡Bien! Excelente —susurró Mishkin.

Amber podía oler la sangre y escuchó la resbaladiza ráfaga de carne y fluidos. Se dio vuelta y vio que el doctor acunaba algo en sus brazos, algo ensangrentado y quieto. Saffron suspiró y su cabeza volvió a apoyarse en Ryder.

—Vamos, mi pequeño —susurró Mishkin ante el repentino y terrible silencio, roto solo por la respiración entrecortada de Saffron. Limpiaba un poco la cara del bebé con su pañuelo—. Ven y únete a nosotros en este mundo, mi tesoro.

Una tos y luego un leve llanto. Amber vio que el bebé levantaba un puño, estirándose en el aire por primera vez. Mishkin tomó la manito, probando las extremidades del bebé, luego hizo un gesto de aprobación para sí mismo.

—*Ochin harasho*. ¡Muy bien!

—¿Está todo bien, doctor? —preguntó Amber, con un temblor que le crecía en la voz.

Él le sonrió con calidez.

—Señor y señora Courtney —dijo Mishkin con suavidad cuando los ojos de Saffron se abrieron—. Tienen una saludable hija.

Le entregó la bebé a su madre, luego cortó el cordón, y Amber dejó escapar un largo suspiro. Ryder ni siquiera intentó hablar, sino que miró con fijeza a la pequeña bebé acurrucada sobre el pecho de su esposa. Amber levantó el farol para poder verle el rostro. Sus párpados revolotearon al abrirse cuando la luz cayó sobre ellos, y dejó escapar un hipo entrecortado. Ryder había sentido un cambio repentino cuando su mundo se quebraba, reformado por su amor por la niña.

Mishkin arregló la enagua de Saffron y la cubrió con una manta. Luego se levantó, apoyándose con pesadez en la mesa desvencijada.

—¿Qué nombre le vamos a poner, Saffy? —preguntó Ryder.

Saffron solo podía hablar en un susurro.

—Doctor, ¿cómo se llama su madre? —le preguntó.

Amber acercó un vaso de brandy con agua a la boca de su hermana, y Saffy tomó un sorbo mientras esperaba la respuesta.

Mishkin ya estaba lavando y empacando sus instrumentos.

—Mi madre era inglesa, señora. Una pintora que llegó a la corte rusa y conoció a mi padre durante su estancia allí. Se llamaba Penelope.

Saffron miró a su esposo y él asintió.

—Penelope Courtney, entonces. Tiene todo nuestro agradecimiento, doctor.

—*Nichiva*, que en ruso significa «no hay de qué». Fue un placer traer a una niña tan bonita al mundo.

Amber lo acompañó a la puerta, pero no volvió a entrar a la casa de inmediato. Ryder y Saffron seguramente querrían estar a solas con Penelope por un ratito.

Algo se movió entre las sombras, y Amber se sobresaltó.

—Lo siento mucho, no quería asustarla. —Era Bill Peters—. Espero que todo esté bien.

Amber le tendió ambas manos.

—Sí, todo está muy bien, y todo gracias a usted. ¿Dónde encontró a ese hombre maravilloso?

Él rio.

—Yo vine aquí con la delegación rusa. Y cuando supe que la señora Courtney estaba de parto, pensé en Yuri.

Amber arrugó la nariz sorprendida.

—Creí que usted era inglés. Por el acento.

—Y soy inglés. Nacido en Inglaterra, luego comencé a viajar apenas terminé mis estudios. Minas de plata en Bohemia, luego comencé a trabajar en los Urales, pero el clima es implacable en esa región. Cuando me enteré de que algunos hombres de San Petersburgo iban a ver a Menelik, decidí unirme a ellos y probar mi suerte aquí.

Él le sonrió, y Amber sintió una extraña punzada de temor en el vientre, pero no pudo de ninguna manera precisar el por qué. Quizá fue porque la sonrisa no parecía llegar a los ojos de Bill, que permanecían fríos e inexpresivos. Era extraño. La hoguera más cercana a ellos de repente crujió y ardió con fuerza para lanzar un gran chorro de chispas. La gente reunida a su alrededor gritó y se rio. Luego la música comenzó de nuevo: melodías alegres y contagiosas, un coro de placer y nuevos comienzos.

Bill le ofreció el brazo a Amber con una ligera reverencia.

—Tal vez pueda aburrirla con toda la historia de mi vida mientras damos un paseo entre la gente, señorita Benbrook. ¿Le parece?

Estaba pensando tonterías. Seguro que solo había sido un engaño de la noche, del humo y de las emociones del día.

Puso la mano sobre el brazo de él con suavidad.
—Puedes llamarme Amber. Me encantaría, Bill.

A la mañana siguiente, cuando Ryder les dijo que le había pedido a Bill que trabajara con ellos y se instalara en el Complejo Minero Courtney, Amber estaba decidida a ser amable. Estaban desesperados tener un ingeniero en minas y en ese momento les había caído uno como regalo del cielo. Se las arregló para dejar de lado su extraña reacción ante la sonrisa de Bill y solo recordar la deuda que todos tenían con él por encontrar al maravilloso doctor Yuri. Su compañía había sido muy agradable. Bill le había contado todo acerca de sus viajes y le hizo preguntas sensatas sobre Jartum y el rescate del harén. Sin embargo, ella sentía una molestia en algún rincón de su mente que no podía precisar. Tal vez fue la simple fluidez con la que Bill le contó sobre su propia vida. Ella era una narradora profesional y percibió algo en su relato que le parecía no del todo correcto, como cuando la cuerda de un instrumento está desafinada y ese tono falso sigue apareciendo, más allá de la habilidad del instrumentista. Se dijo que eran fantasías suyas y se dispuso a cocinar algo para que Saffran comiera.

La emperatriz Taitu tuvo la amabilidad de ser la madrina de Penelope, y Ryder gastó buena parte del dinero que había recibido del mayordomo de Menelik al invitar a todos los hombres, mujeres y niños que se acercaron a felicitarlos. Menelik envió regalos para toda la familia, entre ellos, pinturas al óleo y lienzos para Saffron, que estuvo encantada, y una máquina de escribir para Amber. Las hermanas se abalanzaron sobre estos tesoros con gritos de alegría, y Saffron inmediatamente envió una nota a la emperatriz pidiéndole permiso para pintar su retrato apenas se recuperara del parto. Permiso que fue gentilmente otorgado y para cuando el retrato estuvo terminado, tanto Saffron como Amber habían llegado a querer a la emperatriz pequeña y feroz, y ella a su vez les hizo saber a las hermanas que estaban bajo su protección particular.

A Menelik lo vieron muy poco, y no supieron de ninguna discusión por el tratado mientras estuvieron en Addis. El enviado

italiano parecía muy a gusto en la corte. Una noche, Amber le preguntó a Ryder lo que pensaba mientras todos estaban sentados juntos frente a su hogar temporario. Entre los regalos del emperador había un conjunto de sillas de campaña muy cómodas, enviadas, según parecía, directo desde Harrods.

—¿A Menelik no le importa? ¿O crees que está dispuesto a aceptar que Etiopía sea un protectorado de Italia?

Ryder desabrochó el botón superior del cuello y estiró las piernas. Saffron le dio su vaso de whisky y acomodó a Penelope en el hombro de él, acariciándole la diminuta espalda.

—Sí, le importa. Y nunca aceptará la «protección» de Italia —respondió Ryder—. Pero él está jugando una partida de largo plazo. Y los italianos están tan interesados en evitar que él se queje del tratado y de su nueva colonia, Eritrea, que le están vendiendo todos los rifles que él quiera comprar.

—La emperatriz nos dijo que está gastando su parte de tu plata en armas —comentó Amber y bebió un sorbo de té. A ella no le gustaba el whisky y, en cualquier caso, Saffron nunca iba a permitir que nadie, salvo Ryder, se sirviera esa bebida.

—Por lo que conozco a Menelik —continuó Ryder—, cuando tenga suficientes armas, las va a usar para lidiar con cualquiera que desafíe su autoridad en Etiopía. Incluidos los italianos.

Ryder dejó de hablar, y su rostro se transformó en una amplia sonrisa. Una mujer con un denso velo se acercaba a ellos por entre la gente, y a su lado iba un hombre blanco que llevaba ropa respetable, pero se lo notaba incómodo con su ropa elegante. Los cabellos grises de su cabeza apuntaban en todas direcciones, lo que lo volvía parecido a un perro pastor alarmado. Amber lo reconoció de inmediato. Alguna vez había trabajado para Ryder como ingeniero naval de su barco, el *Ibis Sagrado*, y había sufrido los horrores de Jartum a su lado.

—¡Vaya, Jock! —gritó ella y corrió hacia él para abrazarlo y besarlo con fuerza en su rostro rosado y afeitado.

Él se sonrojó con intensidad.

—¿Eres la pequeña señorita Amber? Vaya. Te has convertido en una bella mujer. Venimos a visitar a tu hermana. Supimos que había tenido un bebé y queríamos felicitarla.

Saffron dio un grito de alegría.

—Oh ¡qué maravilloso!

Le entregó el bebé a Amber y se puso de pie con un poco de torpeza, pues era su turno de incomodar a Jock con un beso.

Ryder le dio una palmada en el hombro y le estrechó la mano con fuerza.

—Jock, ¡qué bueno verte! ¿Cómo está el *Ibis Sagrado*? ¿Cómo estás tú?

Jock parecía a la vez complacido y avergonzado por la calidez de su recibimiento, y respondió con su fuerte acento escocés, que tantos años de aventura en África no habían logrado alterar.

—Oh, yo estoy muy bien. Y el *Ibis Sagrado* sigue siendo el mejor vapor pequeño del Nilo Azul, aunque ahora se llama Durkhan Sama, sabes. La señora paga un buen salario.

Ryder se volvió hacia la dama cubierta por el velo, que observaba esos encuentros con mirada amistosa, e hizo una profunda reverencia.

—Bakhita, me enteré de tu enfermedad y me alegro de verte bien de nuevo —dijo.

Ella inclinó la cabeza.

—Gracias a Alá, el más misericordioso, he sido bendecida. La enfermedad se llevó toda mi belleza y mi vanidad con ella.

Amber parpadeó rápidamente. Así que esta era la famosa Bakhita, comerciante de antigüedades, una mujer que había logrado amasar una gran fortuna e influencia en un mundo de hombres violentos y peligrosos. Alguna vez fue amante de Penrod y había ayudado a rescatarlos a ambos de las manos de Osman Atalan. Una parte de Amber le estaba agradecida y lamentaba que hubiera perdido tanto, pero otra parte de ella se alegraba de que Bakhita ya no fuera hermosa, porque ella sabía lo que era estar con Penrod, pasar sus manos por el cuerpo de él para atraerlo hacia ella. La sola idea de aquello hizo que los ojos de Amber se llenaran de lágrimas calientes, cargadas de celos.

Se las arregló para hacer una reverencia y la saludó con una voz bastante ahogada.

—Estoy encantada de conocerla. Usted ayudó a salvarme. Gracias.

Bakhita le tomó la mano, y Amber levantó la mirada para mirar profundamente a sus grandes ojos oscuros. Sea lo que fuese que la

viruela le hubiese hecho a su famoso y encantador rostro, aquellos ojos seguían siendo hermosos.

—Y yo me alegro de conocerte a ti, al-Zahra. Te va bien ese nombre, y yo haría cualquier cosa por servir a un amigo de Penrod Ballantyne.

—¿Sabe usted…? —Amber habló en voz muy baja—. ¿Sabe usted algo de él?

Bill Peters se acercó a la choza de los Courtney una hora más tarde. Buscaba a Ryder. Encontró a Saffron sentada afuera con la bebé en brazos. Estaba charlando tranquila con algunas de las damas del séquito de Bakhita, encantadas de hablar árabe de nuevo e intercambiando historias de bebés y de cómo cuidarlos. Ellas también tenían algunas ideas excelentes sobre cómo recuperarse de un parto difícil.

Bill esperó a una cierta distancia hasta que ella lo vio y levantó la vista con una sonrisa de bienvenida.

—Vengo a buscar a su marido, señora Courtney. Lo siento. No era mi intención molestarla.

—Oh, de ninguna manera —respondió Saffron con gran alegría. Penelope estornudó en sus brazos, luego suspiró feliz y cerró de nuevo los ojos—. Ryder se encontró con un viejo amigo y andan por ahí poniéndose al día. Hoy ya no lo volveremos a ver. Y nuestra amiga Bakhita le está contando a Amber historias de Penrod Ballantyne, lo cual las está haciendo llorar a ambas, así que ellas siguen adentro, mientras nosotras pasamos una agradable velada aquí.

Bill frunció el ceño.

—Ballantyne. Conozco ese nombre.

Saffron puso a la bebé en el hombro y le palmeó la espalda.

—Sí, fue un héroe de guerra y de todo tipo de situaciones. Él y Amber estuvieron comprometidos por un tiempo antes de que viniéramos a la mina.

—Pensé que tenía la intención de casarse con la hija de un aristócrata —comentó Bill a la ligera.

—¿Quién… Lady Agatha? No, él nunca estuvo enamorado de ella. Penrod también tuvo algo con Bakhita, pero Amber es la única mujer a la que ha amado, creo.

La bebé comenzó a inquietarse, y Saffron dirigió su atención a su

hija, maravillada ante la perfección de la pequeña, ante sus espesas pestañas y la suavidad de su pelo. Cuando volvió a levantar la vista, Bill ya se había ido.

Bakhita reapareció un poco después y se llevó a su séquito con ella. A Saffron le sorprendió que Amber no saliera para despedirla, así que fue a buscarla. Encontró a su hermana acurrucada contra la pared de la choza, tratando de sofocar sus sollozos con el pañuelo.

—¡Amber! ¿Qué te pasa? ¿Estás enferma?

Amber tragó saliva y miró a su hermana, que tenía los ojos muy hinchados.

—¡Ay, Saffy! ¡Bakhita dice que Penrod está muerto!

Saffron sintió que sus piernas perdían fuerza y se sentó con dificultad en el suelo junto a su hermana. Sostenía el frágil peso de Penelope con una mano mientras buscaba los dedos de su hermana con la otra.

—¡Después de que arruinó al duque, desapareció en El Cairo, y personas en las que ella confía le dijeron a Bakhita que él murió en uno de los fumaderos de opio! —dijo Amber, llorando—. Ojalá yo hubiera vuelto cuando tuve la oportunidad… Podría haberlo salvado.

—¿Volver? —exclamó Saffron asombrada—. ¿Qué quieres decir?

Reconstruyó la historia a partir del relato lleno de lágrimas de Amber: cómo había comprado un billete y abordado el barco, pero había vuelto cuando descubrió que Dan era un traidor.

—Pensé que apenas la mina estuviera a salvo, iba a regresar. Pero ¡ahora es demasiado tarde!

—Ay, Amber. Cuánto lo siento —dijo Saffron, y dejó que sus lágrimas cayeran con las de su hermana sobre el suelo de tierra apisonada—. Pero tú nos salvaste… a mí, a Ryder y a la mina. Siento mucho que no pudieras salvar a Penrod también.

Amber tragó saliva.

—Sigo pensando en las palabras de esa novela italiana, *Los novios*: «*Questo matrimonio non da fare, né domani, né mai s'ha*
». Esas palabras me atormentan.

—¿Qué significan? —preguntó Saffron, se inclinó para acercarse hasta que sus frentes se encontraron.

—«Este matrimonio no se realizará, ni mañana, ni nunca». —

Amber se apartó y se cubrió la cara con las manos—. Oh, Saffy, no era mucha, pero tenía alguna esperanza, y ahora ni siquiera eso.

Pasaron varias semanas en Addis, durante las cuales Saffron terminó de recuperarse del parto, pintó el retrato de la emperatriz y gastó algunos de sus preciosos dólares. La ciudad se iba llenando con todo tipo de atractivos artículos importados por comerciantes emprendedores, y mientras Amber permanecía tranquila en los lugares asignados para ellos, Saffron recorría los mercados en busca de ollas de cocina baratas, faroles de mano y una caja de whisky a un precio razonable. El resto de su dinero lo gastarían en mercurio.

Saffron recuperó las fuerzas poco a poco, pero Amber se veía enferma y pálida, y su hermana la sorprendió varias veces llorando cuando creía que nadie la miraba. Saffron les contó a Ryder y a Bill que Penrod había muerto, y les pidió que regresaran a la mina a un ritmo suave. Amber necesitaba tiempo para recuperarse de esas noticias, y esperaba que la paz del viaje y el paisaje de aquellas florecientes tierras recuperadas de la lluvia le proporcionaran algún consuelo. Bill se ofreció a partir de inmediato para comenzar a trabajar, y Ryder lo envió con su agradecimiento.

A un día de camino de la mina, escucharon a los pastores que se llamaban unos a otros con la voz aguda y cantarina con la que solían comunicarse a grandes distancias. Estaban difundiendo la noticia de su llegada e informaban que la señora Saffron había tenido una niña.

Patch fue a encontrarse con ellos. Acarició a la bebé y parecía estar encantado con el relato de Saffron sobre la coronación, pero el primer pensamiento de Ryder fue sobre la mina. Patch pudo informar que Bill ya estaba instalado y demostraba valer su peso en plata pura. Ya habían abierto la segunda veta y estaba produciendo un mineral de excelente calidad. Cuando Ryder le dijo que tenían el dinero para más mercurio, Patch aplaudió.

—¡Podremos lograrlo todavía, señor Courtney! Puedo partir para Massawa mañana mismo —exclamó—. Tres días de cada cinco aquí nos hemos estado volviendo locos intentándolo, pero al final creo que usted podría tener razón. —Vaciló—. Por cierto, tenemos suficientes hombres dispuestos a empuñar un pico ahora, cuando tienen la fuerza para ello.

—¿Qué quieres decir, Patch? —inquirió Ryder.

—Me he estado preguntando cómo decírselo, señor Courtney —dijo y se rascó la barbilla—, pero lo verá usted mismo en un minuto. La plaga del ganado se ha extendido desde Asmara a Adua, y la cosecha fue mala. No quedaron suficientes bestias para arar la tierra adecuadamente. La gente se muere de hambre.

Amber puso la mano en el brazo de Patch.

—¿Alguno de ellos ha venido a nosotros?

Si Patch se había dado cuenta de que eso fue lo primero que ella había dicho desde que se encontraron, o si vio las sombras debajo de sus ojos, no hizo ningún comentario al respecto.

—Compruébelo usted misma, señorita Amber.

Mientras hablaba, subieron la cuesta que los conducía a la gran meseta sobre la mina y el complejo minero.

—Oh, Santo Cielo —exclamó Amber.

Delante de ellos, alrededor del edificio de la cocina y los refugios que Amber había construido durante la temporada de lluvias, y a lo largo de la amplia ladera de la colina, había pequeños grupos de hombres, mujeres y niños entre los ondulantes pastizales. Cuando Amber y los demás aparecieron en el horizonte, todos levantaron sus miradas. Se veían confundidos, demacrados y exhaustos. Algunos de los niños tenían el vientre hinchado. Otros yacían sin moverse, como si ya no les quedaran fuerzas ni siquiera para levantar la cabeza. Ella calculó que serían al menos cien.

Amber escuchó que Saffron suspiraba, y sus propios ojos ardían con lágrimas ardientes. Pensó en los lujos de Addis, aquellos bueyes asados, la abundancia en el mercado, y sintió una cálida oleada de indignación y vergüenza. Tigray sufría y se moría de hambre mientras las flores brotaban a su alrededor con tanta belleza. Aquello le pareció muy cruel.

Amber reconoció a la esposa de Patch, Marta, y a otras mujeres del poblado que se movían entre ellos, ofreciéndoles abundante pan de sus cestas y llenando vasos con agua de los cueros que llevaban en los hombros.

—Comenzaron a llegar hace una semana, señorita Amber, de todas partes de Tigray, y siempre con la misma historia: bandidos o soldados que les quitaban toda la comida que tenían, y los rebaños que se iban muriendo —contó Patch, rascándose la barba crecida debajo de la barbilla—. El joven Tadesse y mi señora han estado

organizando la ayuda hasta que usted regresara. Y se lo digo ahora, lamento cada palabra indebida que usé cuando usted me robaba madera de los puntales para levantar esos refugios y era estricta con las provisiones. Las mujeres han estado horneando pan toda la noche por turnos, y el sacerdote reza aquí con ellos todos los días. Parece que eso les da algo de consuelo.

Amber no le respondió, sino que avanzó por la hierba baja para unirse a Marta. Ninguna ayuda vendría de Addis mientras Menelik y Ras Alula estuvieran en desacuerdo. Todo dependía de ellos.

Saffron vio que su hermana se alejaba. Ni por un momento pensó que ocuparse de aquellas personas iba a evitar que su hermana dejara de llorar por Penrod, pero al menos la mantendría ocupada, y eso iba a evitar que se hundiera por completo en ese dolor. Por un momento, se sintió agradecida por la plaga, luego se recuperó y sacudió la cabeza. La bebé la necesitaba.

—A veces, Penelope, tu madre no es una buena persona para nada —le susurró a la niña. Luego, con Ryder y Patch, siguió a Amber hacia el poblado.

Penrod abandonó la colonia, sin decir nada, al día siguiente de derrotar a los tres hombres que trataron de robarles. Solo se despidió de Farouk, quien le dijo que se quedara con la traducción de Rumi, y del comerciante de seda, quien le entregó la reina de marfil de su juego de ajedrez. Los hombres pronunciaron pocas palabras de despedida, pero con gran calidez de ambas partes.

Penrod caminó los quince kilómetros hasta El Cairo pensando en la violencia del día anterior. Sus habilidades como luchador no parecían haber sufrido por la falta de uso, y sentía que su mente estaba más clara y sus sentidos más agudos que nunca. No sintió miedo durante la pelea y mató al hombre que amenazaba su propia vida sin placer ni culpa. Había actuado como debía para defender a las personas que amaba, y eso lo había hecho más fuerte. La furia latente, que durante tanto tiempo había sido su compañera, lo había abandonado, su orgullo se había templado por la compasión y veía al mundo a su alrededor con una nueva claridad. Cuando llegó a la ciudad, sin embargo, y escuchó el parloteo de voces a su alrededor, el asalto de ruidos y colores a sus sentidos, sintió de nuevo la alegría que había experimentado en la enfermería y en la azotea al sol. Esto lo hizo sonreír. Echó su hatillo sobre el hombro y fue a buscar a Yakub.

Penrod lo abrazó y se sorprendió al ver a su viejo amigo que estallaba en lágrimas. Entonces apareció Adnan, preguntándose qué era aquel ruido, y Penrod se sorprendió al ver que el chico al que había perseguido por los tejados era en ese momento un joven alto y delgado, con un cabello negro azabache bastante largo.

Una vez que estuvieron seguros de que no era un fantasma, pusieron manos a la obra para hacer que Penrod pareciera un europeo otra vez. Yakub conservaba un baúl con sus antiguas posesiones que lo esperaban, incluyendo unos cuantos objetos de valor. Gemelos para los puños y alfileres de corbata de oro, y el reloj de bolsillo de media saboneta de 18 quilates que le había

regalado Amber. Penrod se quedó con el reloj. Y le pidió a Adnan que vendiera el resto. Luego usó el dinero para comprar equipos para jugar críquet y una bonita lata de dulces de agua de rosas para Cleopatra, e hizo que enviaran todo a la colonia para que sus amigos supieran que seguía pensando en ellos.

Yakub insistió en hacer él mismo de barbero con Penrod, y cuando le puso adelante un espejo de mano de caoba, Penrod se miró sorprendido. Estaba mirando a un extraño conocido.

Yakub se limpió los cabellos sueltos del cuello de sus ropas.

—Pues bien, *effendi*, ¿ahora qué?

Esa noche, el coronel Sam Adams estaba en el club como de costumbre. Había pasado el día sumergido en telegramas e informes de Londres, tratando de ver en qué dirección soplaban los vientos políticos en Europa y, en ese momento, estaba ansioso por dejar de lado semejantes preocupaciones. De todos modos, todavía parpadeaban en su mente mientras bebía su primer cóctel en el bar. Uno de sus oficiales subalternos trataba de impresionarlo con sus propias ideas sobre el clima de aquel tiempo en África, las últimas reuniones cumbre en Berlín, las ambiciones de los franceses y la situación actualizada en Sudán. Sam trataba de mantener una imagen respetable, fingiendo gruñidos corteses a la vez que ignoraba al hombre, cuando sintió una presencia a su lado. Era otro oficial subalterno recién salido del barco, pero se lo veía demasiado nervioso. Sam se dio cuenta de que la inquietud del joven se debía a algo más que el hecho de encontrarse en medio de aquella multitud de oficiales superiores. Sam levantó la mano para detener la cháchara del otro hombre.

—¿Qué pasa, Patterson?

—Señor, un hombre desea verlo. No quiere entrar. Dice que ya no es miembro. —Patterson se pasó la mano temblorosa por el cabello, y su voz se redujo a un susurro—. Señor, dice que se llama *Penrod Ballantyne*.

Sam dejó su vaso sobre la barra de mármol y siguió de inmediato a Patterson por el pasillo. Fueron más allá de las fuentes y los helechos, por entre mujeres envueltas en joyas y hombres de uniforme o con traje de noche, en medio de los estallidos de los corchos de las botellas de champán y el alboroto de presuntuosas

conversaciones, hasta el fresco vestíbulo y afuera al sendero de entrada.

Había un hombre de pie en las sombras del otro extremo del sendero. Sam apuró el paso hacia él, al principio con cierto escepticismo, pero luego, cuando vio otra vez esa cara y esa figura bien conocidas, casi echó a correr. Se detuvo a un metro del hombre. Era él, aunque a Sam le pareció ver algo diferente en su actitud general. Parecía mayor y era delgado, pero su cabello y su bigote estaban recortados con esmero y su vestimenta, un traje de estilo europeo bien cortado pero sin pretensiones, era impecable.

—¡Penrod! —lo saludó Sam—. ¡Creía que estabas muerto!

Penrod se rio.

—Estuve cerca, Sam. —Extendió la mano y su mirada se volvió seria—. He venido a pedirte perdón, Sam. Intentaste ayudarme y yo te traté muy mal.

No dijo nada más y no se justificó por lo hecho. En su voz ya no quedaban rastros de aquella arrogante burla que hacía que una disculpa careciera de sentido. Solo exhibía un tono sincero y la mano abierta.

Sam le tomó la mano y arrastró a Penrod a un fuerte abrazo, luego lo tomó por los hombros con los brazos extendidos. Se sorprendió al sentir que se le apretaba la garganta y se le quebraba un poco la voz cuando respondió:

—Me alegro de que estés vivo, Penrod.

—Eso es mucho más de lo que merezco, amigo mío. Ahora me encuentro sin nada qué hacer. ¿Podrías tú o Su Majestad, tal vez, hacer uso de mis servicios?

Las antorchas que bordeaban el camino de entrada parpadeaban con las ligeras brisas del atardecer y sus luces movían sombras en los rostros de ambos. Sam pensó en las pilas de papeles en su escritorio, en las extrañas corrientes que se movían persiguiéndose unas a otras por toda Europa y toda África, y en los informes que había estado leyendo sobre la relación entre el gobierno de Roma y el nuevo emperador de Etiopía, un interesante rey guerrero llamado Menelik.

—¿Así que has vuelto? —reflexionó Sam—. ¿Y quieres ponerte un uniforme otra vez? ¿Servir como mi oficial de inteligencia?

—He vuelto. Y sí, quiero hacerlo, si me aceptas.

Golpeó a Penrod en el hombro.

—Te acepto, mi querido capitán. Por supuesto que te acepto.

El coronel Sam Adams primero tocó el tema de la caída del duque de Kendal con Penrod unos días después de su reencuentro. Penrod se negó a confirmar que hubiera estado de alguna manera involucrado. Sam lo incitó, lo tentó con rumores exagerados, lo halagó y pidió el mejor champán de las bodegas, pero aun así Penrod permaneció impasible. Al fin, Sam aceptó la derrota y levantó las manos.

—¡Guarda tus secretos, entonces! Dios mío, podrías enseñarle a una ostra a mantener la boca cerrada.

Estaban sentados en un rincón tranquilo de la terraza en el Hotel Shepheard, con una botella de Krug perfectamente helada, envuelta como un bebé en impecable tela blanca, en la hielera de plata entre ambos. Afuera, más allá de los sillones de mimbre y los manteles de lino, los dramas habituales de El Cairo pasaban junto a ellos en explosiones de color y una babel de lenguas compitiendo unas con otras.

—Por cierto, la discreción no es algo malo en un oficial de inteligencia —dijo Penrod, afable.

—Es verdad —gruñó Sam—, pero supongo que, aunque no tengas ninguna conexión personal con el caso, es posible que te interese el relato de un testigo sobre el hallazgo del cuerpo del duque, ¿no?

—Supongo que es posible —respondió Penrod y levantó su copa para examinar el estallido de burbujas con ojo experto. Rumi consideraba que el exceso de riqueza era una enfermedad sutil, pero el poeta también recomendaba vivir la vida con entusiasmo, y la cosecha de 1881 había sido soberbia.

Sam le contó todo lo que había visto: la destrucción de la casa, la oficina cerrada, la caja fuerte vacía y el cadáver desfigurado. El rostro de Penrod mantuvo una expresión de cortés interés todo el tiempo.

—¿Y encontraste al secretario, Carruthers?

—Ni rastros de él —respondió Sam mientras estiraba las piernas y cruzaba los tobillos—. Lo buscamos, y no fuimos los únicos. No tenía vida de familia, y aunque vigilamos algunos de los lugares que él frecuentaba y también a sus conocidos en París y en Londres,

nunca apareció.

—Extraño —reflexionó Penrod en voz baja—. ¿Y me dices que la caja fuerte estaba completamente vacía?

—Así fue. ¿Por qué lo preguntas?

Penrod bebió su champán, saboreando los complejos sabores de mineral y fruta con la debida atención.

—Simple curiosidad, Sam. Eso es todo.

Después de un mes en El Cairo, Penrod viajó a Inglaterra para visitar a su hermano, el *baronet*, y a su cuñada, Jane. Ellos lo recibieron con gran felicidad al ver que estaba vivo y le perdonaron su largo silencio con una presteza que le dio una lección de humildad. Durante algunas semanas, Penrod fue retenido en Londres por conversaciones en el Ministerio de Guerra sobre la situación en Sudán y cenas con oficiales superiores y políticos. Finalmente lograron escapar a sus propiedades escocesas para ir de caza, y Jane aprovechó la oportunidad para preguntarle por Amber.

—Le tomé mucho cariño a la señorita Benbrook —dijo mientras él levantaba su arma—. ¿Sabes algo de ella?

—No sé nada —respondió y disparó. Fue el único tiro que falló en todo el día, y Jane no insistió sobre el tema.

Cuando regresó a El Cairo, unos meses después, fue convocado a las oficinas del comandante en jefe, el general Kitchener. Cuando se presentó, encontró a Sam Adams en la oficina del general y les entregó a ambos su informe sobre el estado actual del cuerpo de caballería de camellos, junto con sus sugerencias para una mejor capacitación. Kitchener aprobó sus sugerencias sin comentarios.

—Muy bien. En descanso, mayor.

Penrod juntó las manos a la espalda.

—Mayor Ballantyne, ha hecho usted un buen trabajo con estos hombres, pero su comportamiento no siempre ha sido el que yo esperaría de un hombre de su rango y su experiencia. El coronel Adams me dice que puedo confiar en usted y tengo una tarea para la que usted es el único adecuado. Se requiere un hombre en quien yo pueda confiar que actúe de manera independiente, pero no como un maldito renegado. ¿Es usted ese hombre?

—Lo soy, señor.

Sintió la mirada penetrante del general sobre él. Kitchener era

un comandante audaz y decidido en el campo y un espléndido líder. Era exigente, pero también era leal y confiaba en sus instintos. Penrod sabía que la decisión que ese hombre, un verdadero gladiador puro músculo, iba a ser el factor decisivo de su futura carrera militar. Descubrió, para su sorpresa, que sí quería volver a ocupar su lugar en el centro de los acontecimientos. Farouk tenía razón.

—Muy bien —dijo finalmente Kitchener—. Lo necesito en Massawa. Quiero saber qué están haciendo los italianos en Eritrea y qué están planeando. Necesito una evaluación de la fuerza y liderazgo mahdista en el sur de Sudán y quiero saber si nuestros amigos en Adén y Somalilandia deben preocuparse por este nuevo emperador Menelik. Quiero informes frecuentes y espero que usted obtenga la mejor información posible de los altos funcionarios italianos. ¿Lo entiende?

—Sí, señor.

—Estará solo. Nuestro acuerdo con nuestros amigos italianos es que usted los va a aconsejar en sus batallas contra los derviches y va a intercambiar información sobre la contratación y formación de tropas nativas. Están de lo más orgullosos de sus *askari*, como llaman a sus guerreros nativos. Veamos si podemos aprender algo útil para nuestras propias fuerzas. Y deme esa información también.

—Señor.

—Tengo entendido que usted tiene amigos en los círculos reales. Los italianos no se mostrarían muy acogedores con ningún otro oficial —agregó Kitchener. Miró un documento informativo sobre el escritorio pulido delante de él. El texto tenía la caligrafía clara y pesada de Sam Adams.

—¿Qué diablos es la Orden de los Guardianes de Roma?

—Tengo entendido que puedo vender queso de cabra en el foro, señor —respondió Penrod—. Pero solo algunos sábados.

La boca de Kitchener se torció en una extraña sonrisa.

—Excelente. Partirá hacia Massawa el viernes.

Penrod hizo los arreglos para su partida. Yakub y Adnan dedicaron mucha atención a su equipaje, y el lugar donde se alojaba se llenaba de órdenes y maldiciones cuando encontraban alguna prenda de vestir que fuera menos que perfecta.

La nueva función de Penrod iba a ser algo entre un oficial de inteligencia y un diplomático. Debía observar y aconsejar a los italianos, pero más que eso, debía darle a Kitchener sus propias opiniones sobre las corrientes cambiantes en Eritrea. El hecho de hablar un árabe fluido, y también el italiano, le iba a dar la oportunidad de conocer bien el terreno y la gente, y estaba seguro de que la claridad y la profundidad que había descubierto en la colonia le iban a resultar igualmente ventajosas.

Además, iba a estar más cerca de Amber. Nunca había dejado de estar en sus pensamientos, y su antigua y arrogante suposición de que ella era suya por derecho todavía le dolía. Nunca iba a amar a otra mujer como la había amado a ella, y esperaba que si sus caminos volvían a cruzarse otra vez, ella vería que él había cambiado. Mientras tanto, él deseaba de verdad que ella fuera feliz y se preparó para su misión con serena diligencia.

La cantidad de refugiados desesperados que llegaban al Complejo Minero Courtney en busca de ayuda fluctuó en los meses siguientes. Apenas recuperaban sus fuerzas, la mayoría trataba de regresar a sus tierras de cultivo o se dirigía al sur, hacia zonas que aún no hubieran sufrido la peste bovina ni la sequía. Algunos se quedaban. Los hombres pedían trabajo en la mina, y sus familias construían hogares más permanentes cerca de la iglesia. La población del complejo minero crecía, y la riqueza de la segunda veta era mucha, por lo que había trabajo para cualquiera que lo quisiera.

No todas las familias llegaban a tiempo. Más de una vez, una madre, demacrada y exhausta, ponía a su hijo en los brazos de Amber, se sentaba en el suelo y nunca más se levantaba. El pequeño cementerio se iba llenando.

Los refugiados eran alimentados con pan, leche de cabra, frutos secos y frutas. Era una dieta bastante pobre, pero les daba un respiro y la oportunidad de recuperar sus fuerzas. Aunque Ryder había dejado en claro que había que alimentar a los trabajadores primero. El hambre llevaba a los hombres a ser descuidados, y en el mundo castigador de la mina, eso conducía a los accidentes y a la muerte. Y todos tenían que tensar bien los tendones para poder alcanzar los objetivos de Menelik. Las familias de los trabajadores también debían estar bien alimentadas. Si los hijos de un hombre tenían hambre, él iba a compartir su ración con ellos, por lo que era vital que todos estuvieran bien abastecidos, sin importar las necesidades de los refugiados. De todas maneras, Ryder notó que algunos de sus trabajadores parecían estar perdiendo peso, y descubrió con rabia que las mujeres seguían llevando raciones a los refugiados. Fue entonces cuando decidió entregar a cada hombre y a cada joven un rifle y municiones de la armería del campamento. Cuando no estaban trabajando en la mina, los mandaban a cazar. Llevaban las aves de caza y los ciervos pequeños que mataban a la cocina de los refugiados para convertirlos en caldos y sopas

nutritivas. La moral mejoró muchísimo, y los hombres comenzaron a jactarse de su destreza con el rifle.

Los meses se convirtieron en un año, luego en dos. Viajeros y comerciantes se detenían de vez en cuando en el campamento y les traían noticias del mundo exterior. Menelik presentó una protesta oficial ante el rey italiano Umberto sobre la cláusula en disputa en el tratado, mientras que Ras Alula y Mengesha negociaron una paz incómoda con Italia. Una vez recibieron una carta de Bakhita. En ella les decía que había visto a su hermana Rebecca, que ella era la esposa favorita de Osman Atalan, y que ahora tenía dos hijos: un varón y una niña tan valiente y hermosa como lo había sido ella alguna vez. Pero la salud de Bakhita se estaba deteriorando y era probable que no volvieran a saber de ella.

Amber iba a cazar también en las gargantas y valles cerca del campamento. Las responsabilidades que había asumido pesaban sobre ella, pero descubrió que podía olvidarlas por un tiempo cuando seguía las huellas en las profundidades de las montañas. Tadesse era el acompañante que por lo general llevaba con ella. Él nunca trataba de distraerla con parloteos y no tenía ningún interés en la caza. El muchacho buscaba plantas y hierbas que podía usar para curar. Todavía se mantenía alejado de Ryder y trabajaba principalmente con Amber entre los refugiados.

Una tarde, hacia el final de la estación seca, se habían alejado del campamento más de lo habitual, siguiendo un amplio arco en una sección de las montañas que no conocían. Al llegar a la cima de una cresta, Amber vio un *tukul* aislado a menos de un kilómetro de distancia de la siguiente elevación. Se lo señaló a Tadesse.

—No hay humo, no hay gente, señorita Amber. Deberíamos mantenernos alejados. Puedo oler la muerte desde aquí.

Amber dudó, luego negó con la cabeza.

—Ven conmigo o no. Como tú quieras. Pero yo iré. Tal vez haya todavía alguien vivo dentro, demasiado débil como para salir.

Tadesse puso los ojos en blanco.

—No hay animales, y el campo está sin arar. Están muertos y lo han estado durante algún tiempo. No quiero verlo. Bastante muerte llega al campamento todos los días.

El temperamento de Amber se encendió.

—Quédate aquí entonces —replicó ella—. No podré descansar si

no voy a ver.

Tadesse se sentó, y Amber salió echando pestes sin darse vuelta para mirarlo. Su irritación la llevó al barranco arenoso y a la subida que llevaba a la estrecha meseta donde se alzaba la choza redonda con techo de paja. Apenas llegó al suelo llano, su corazón se estremeció. Tadesse tenía razón. Se podía sentir el sufrimiento en el aire. Los setos de espinas construidos para proteger el ganado estaban caídos y rotos. Unos pocos huesos de animales, desparramados por los animales depredadores y los carroñeros, yacían en el polvo. Y el silencio… era tan profundo, era tan especial que Amber supo que aquello significaba que estaba en presencia de la muerte. Miró atrás. Tadesse estaba sentado en el suelo, con las rodillas pegadas al pecho, jugueteando con la hierba pálida y seca junto a sus pies. Amber sintió un destello de ira, pero no contra Tadesse. Este era un lugar terrible para establecerse y para cultivar. La tierra era pobre y la vegetación escasa. Se sorprendió al pensar en cómo habían esperado sobrevivir allí a la estación seca incluso en un buen año. Se abrió camino a través de los setos de espinas y gritó a modo de saludo. No hubo respuesta. Incluso los ruidos naturales del viento y el canto de los pájaros parecían haberse reducido a nada. Se detuvo en la puerta de la choza cuando le llegó una oleada de olor dulzón y polvoriento y se tapó la boca con el pañuelo que llevaba al cuello. Tres cuerpos yacían en medio del suelo de tierra, a medias momificados por el aire seco. A juzgar por lo que quedaba de su ropa, era una familia: un hombre, una mujer y un niño. Yacían muy juntos, la madre abrazada al niño y el hombre con el brazo alrededor de ambos, llevándolos hacia él con sus últimas fuerzas. Ambar se preguntó si ya estarían muertos cuando el hombre tomó su lugar junto a ellos.

Los animales que se habían alimentado con los cuerpos del ganado habían dejado tranquilos a estos tres. Amber pronunció algunas palabras de la ceremonia fúnebre de la Iglesia copta —Dios sabía que ella las había escuchado con bastante frecuencia desde que los refugiados comenzaron a llegar—, luego salió por la puerta y empujó los arbustos espinosos para volverlos a su lugar. Seguro eran jóvenes, demasiado jóvenes como para pagar por buenas tierras de cultivo, pero se habían casado de todos modos. Los imaginó llegando a ese lugar, llenos de esperanza con uno o dos

bueyes, y cómo esa esperanza debió haberse convertido en desesperación cuando los animales enfermaron de repente y murieron.

Comenzó a caminar de regreso por el sendero, perdida en sus imaginaciones acerca de aquella familia muerta, y no fue hasta que estuvo a mitad de la cuesta que levantó la vista y vio a Tadesse que le hacía señas. Se preguntó por qué no le gritaba. Tal vez un antílope *dik-dik* o una cabra salvaje se escondía en la maleza, en el fondo del barranco. Se quedó quieta, tomó el rifle que llevaba en el hombro y lo cargó, luego miró a Tadesse de nuevo y esperó que le señalara dónde podría estar su presa. Se preguntó de qué manera el muchacho iba a identificar con señas lo que estaba escondido en la maleza. Tal vez iba a agitar los brazos si se trataba de una perdiz de montaña o a imitar cuernos con las manos si era un kudú, aunque era poco probable que alguna de esas criaturas le hubiera permitido llegar tan cerca. Tadesse extendió los dedos e hizo la mímica de una gran garra abierta.

Amber se quedó helada. Tadesse señalaba hacia abajo y a la derecha. En ese mismo momento, escuchó un gruñido bajo y se dio vuelta. Era una leona a menos de tres metros de distancia, con las orejas hacia atrás, los labios encogidos que dejaban ver los colmillos de varios centímetros de largo, con la cabeza hacia abajo y los hombros levantados, lista para saltar hacia adelante. El tiempo se detuvo cuando la gran bestia dio el salto, un borrón de movimiento, piel leonada, músculo y luz, y el destello de esos terribles ojos amarillos. Amber disparó desde la cadera, la bala atravesó el hombro anterior de la leona, pero el animal siguió en el aire por el impulso de su salto. Amber dio un paso hacia atrás, justo fuera del alcance de las garras, y la leona cayó despatarrada delante de ella. Sus enormes patas escarbaron la tierra en un esfuerzo por ponerse otra vez de pie. Amber volvió a cargar y disparó por segunda vez, apuntando con cuidado entre los brillantes ojos amarillos de la leona. La criatura se echó hacia atrás y se desplomó sobre un lado.

Amber sintió que le flaqueaban las piernas y descubrió que estaba sentada en el sendero. Un repentino escalofrío la recorrió como si la hubieran rociado con agua fría. Tadesse corrió cuesta abajo hacia ella, pero cuando él llegó, Amber no pudo hacer otra cosa que mirarlo con la boca abierta.

—¿Qué…? —jadeó Tadesse.

Le puso una mano en el hombro mientras ella seguía temblando.

—¿Señorita Amber?

—*Dehina nenyi*… Estoy bien, Tadesse —le respondió y tomó la cantimplora con agua, pero los dedos le temblaban tanto que no pudo desenroscar la tapa. Él se la sacó de las manos, la abrió y se la entregó, luego se dio vuelta hasta que ella pudiera recuperar la compostura.

Bebió un largo rato, y el borde de la cantimplora golpeteó contra sus dientes.

Tadesse estaba agachado y acariciaba el cálido flanco de la leona con gran reverencia. Amber se puso de pie. Matar a un león era una insignia de gran honor en Tigray. Los leones lo habían aprendido y mantenían una distancia prudente de los humanos, a menos que estuvieran enfermos o hambrientos, e incluso así, solo cazaban animales sueltos en las afueras de los pueblos. Amber no podía entender por qué la criatura había atacado. Tuvo una repentina visión de los dientes y las garras otra vez y, temblando, tomó su rifle.

—Shh… —susurró Tadesse, y señaló hacia los arbustos que se movían. Amber trató de volver a cargar, pero a sus dedos les faltaba agilidad y ella apenas podía ver. El mundo se convirtió en una confusión de luz en sus ojos empañados. Luego vio que Tadesse se relajaba y parpadeó con fuerza para aclarar su visión. Una cachorra, de apenas unas pocas semanas de vida, apareció en el borde de la maleza y los observó, con la cabeza ladeada y sacudiendo las orejas negras. Ellos no se movieron, y la leoncita avanzó y empujó con el hocico los flancos de su madre muerta. Jadeó y maulló, luego se sentó con bastante torpeza y estornudó.

—Mátela, señorita Amber —dijo Tadesse—. Es mejor desperdiciar una bala que dejar que se muera de hambre aquí.

Amber miró a la cachorra. Se había vuelto a parar sobre sus cuatro patas, con la cola de punta negra sobresaliendo detrás de él. Gruñó y gimió cuando empujó con la nariz en el costado de su madre, y no recibió respuesta del cadáver que se enfriaba. Amber se pasó la mano por su propio cabello dorado, mirándolo. Era una bestia pequeña, sola en el desierto.

—No. Es mía, me la llevo a casa.

Tadesse la miró de reojo.

—Al señor Ryder no le va a gustar. Va a matar a las gallinas y asustará a las mujeres.

Amber levantó la barbilla.

—La llamaré Hagos y la llevaré arriba, al huerto. Le enseñaré a cazar. El señor Ryder no es mi esposo. No puede decirme lo que debo hacer.

—¿Hagos… la va a llamar «felicidad»? Está loca, señorita Amber —observó Tadesse.

—Necesito un poco de alegría, Tadesse, y tal vez estoy loca, pero ahora soy una dama loca con una leona.

Amber llevó sus cosas al terreno sobre el huerto esa misma tarde, montó una tienda de campaña y se instaló allí con su leoncita. Hagos lloró la primera noche, maullidos y pequeños jadeos que le rompieron el corazón a Amber, y se negó a comer, pero poco antes del amanecer se metió en la cama plegable de Amber y aceptó tomar leche de cabra por la mañana.

Pasaron dos días antes de que Amber se atreviera a volver al complejo de chozas y afrontar las consecuencias. Encontró a Saffron con sus hijos en la orilla del río cubierta de guijarros. Leon se había mostrado un tanto celoso de la bebé cuando regresaron de Addis. Pensaba que Penelope era otro regalo, como las pinturas de Saffron y la máquina de escribir de Amber, y les decía una y otra vez que la devolvieran. En los últimos meses, sin embargo, se había vuelto bastante protector con la niña y se había mostrado casi tan feliz como sus padres cuando ella había dado sus primeros pasos.

Penelope, claro está, pensaba que su hermano era una especie de dios y lloraba cuando él se escapaba con sus amigos más rápido de lo que ella podía gatear tras él. En ese momento, lo tenía para ella sola mientras él le mostraba los secretos de la orilla del río y Saffron observaba desde una distancia prudente. Amber llegó y se sentó al lado de su hermana.

—¿Ryder está muy enojado conmigo, Saffy? —preguntó después de un momento.

Saffron no se dio vuelta, pero Amber vio su sonrisa.

—Sí, bastante. Dice que es otra de tus artimañas. No te preocupes, van a probar un nuevo método para ahorrar más mercurio en la arrastra mañana, y no podrá pensar en otra cosa que

eso durante una semana o dos. Solo asegúrate de mantener a Hagos fuera de su camino.

Amber torció el borde posterior de su fino pañuelo de cabeza entre los dedos.

—Lo siento.

Saffron se encogió de hombros.

—A mí no me importa. Pero tú insistes en seguir luchando con él, Amber. Y pelear con Ryder es tarea *mía*.

Se movió en el lugar donde estaba sentada para poder mirar a su hermana. Amber levantó un poco el hombro, tratando de esconderse de esa mirada tan inquisitiva.

—No querrás casarte con Bill, ¿verdad? Entonces podrías pelear con él.

Amber negó con la cabeza, pero Saffron insistió.

—¿Está segura? Es un poco viejo, pero sabe de libros y tú necesitas a alguien que pueda hablar contigo sobre esas cosas. Además, le gustas. He visto cómo te mira; todos lo hemos visto.

Amber se agachó y recogió uno de los guijarros grises y suaves del río y le dio vueltas y más vueltas en la palma de la mano.

—No. No me gusta la forma en que mira, Saffy. Hay algo en él que me resultaba raro. ¿A ti no? Dice todo lo que hay que decir y se comporta de la manera correcta, pero es como si estuviera hecho de papel. Siento que podría atravesarlo con un dedo. ¿A Ryder le gusta?

Saffron se inquietó.

—No mucho. Él dice casi lo mismo que tú, aunque no de una manera tan literaria.

Se quedaron en silencio por un rato. Leon le dio una piedra a Penelope y ella lo miró con fijeza, paralizada por la gratitud, mientras él se alejaba un poco. Amber dejó la piedra que tenía en la mano y se recostó en la orilla.

—No puedo evitarlo, Saffy. A menos que conozca a otro hombre como Penrod, creo que tendrás que soportarme. Además, no creo que yo sea una esposa etíope muy buena.

Saffy soltó una risita gutural.

—No, estarías tecleando en tu máquina de escribir mientras el guiso se quema y pasarías tanto tiempo mirando las estrellas que nunca te levantarías lo suficientemente temprano como para hacer

el desayuno. —Puso la mano sobre la de su hermana—. Piensas en Penrod todo el tiempo, ¿no?

Amber no apartó la mirada del agua.

—Sí.

—Pero tú lo sabes, aun cuando hubieras regresado a El Cairo, no podrías haberlo salvado del opio, ¿verdad?

—Lo sé, Saffy. Me duele, pero sé que Penrod era el tipo de hombre que necesita hacer su propio camino. Aunque supongo que siempre esperé que ese camino volviera a mí. Una parte de mí nunca va a aceptar que se haya ido. —Saffy le apretó los dedos, y Amber enderezó la espalda—. Hagos y yo nos quedaremos arriba, en el huerto. Seguiré cuidando los jardines y a los refugiados, y he empezado a escribir de nuevo, Saffy. Estoy escribiendo de verdad.

Saffron suspiró con fuerza.

—Eso es bueno, supongo. No te vas a convertir en una solitaria, ¿no?

Amber se rio.

—Te veré todos los días, querida. Entonces, no. No me voy a convertir en una solitaria.

Cuando Penrod llegó a Massawa, encontró que el puerto de la nueva colonia de Eritrea era bullicioso y seguro. Los colonos italianos habían comenzado a cultivar la tierra alrededor de Asmara. El puerto mismo tenía muchos edificios nuevos, y las calles estaban llenas de uniformes italianos. Fue primero a la residencia del gobernador para presentar sus credenciales y las cartas de presentación. Una de estas últimas era de Lucio, y si Penrod hubiera necesitado alguna vez una demostración del poder y la influencia de su compañero de escuela, la habría encontrado en la reacción ante su firma y su sello. Condujeron a Penrod a la presencia del general Baratieri, gobernador militar y civil de la nueva colonia.

Terminadas las formalidades y organizado su alojamiento, Penrod salió a caminar por la ciudad, observando a la gente y saboreando el ánimo de la ciudad tal como un conocedor cata el vino. El sol proyectaba un brillo plateado sobre toda la escena. Los árabes negociaban en voz alta con los comerciantes de piel de ébano del interior. Mujeres con el cabello bien trenzado y muñecas y tobillos que tintineaban con delicados brazaletes y pulseras de plata bromeaban con los vendedores y, con gritos, saludaban y devolvían saludos en árabe, amárico e italiano. Oficiales blancos caminaban por el mercado, del brazo con mujeres del lugar, y toda mujer que estuviera del brazo con un oficial también tenía un sirviente que la seguía con una sombrilla con flecos de colores brillantes. Una belleza en particular vio que él la miraba y levantó sus delicadas cejas, curiosa. Él hizo un movimiento de cabeza microscópico y apesadumbrado, que ella devolvió con un encogimiento de hombros también pequeño y una sonrisa perezosa. Fue un coqueteo completo en el espacio de diez metros. De modo que los habitantes del lugar, al menos esa había sido la sensación que tuvo, estaban listos para aprovecharse de los recién llegados y vivir de manera pacífica con ellos, al menos en ese lugar.

Penrod escuchó que lo llamaban por su nombre y vio a un grupo

de oficiales italianos sentados bajo el toldo de un café cercano. Se unió a ellos y encontró que uno, el capitán Toselli, compartía su alojamiento. Cuando se sentó, el camarero escuchó que lo identificaban como inglés, y la desangelada orquesta en el interior del café se lanzó en un valiente intento de canción patriótica británica.

Los oficiales se rieron y brindaron con buen humor con Penrod por su reina y su país, antes de explicar que la banda expresaba esa cortesía con todos los recién llegados, aunque el himno nacional italiano era la especialidad del momento.

—¿Así que ya conoce a Baratieri? —dijo Toselli. El hombre era un poco más bajo que la estatura media y con un cabello tan grueso y negro y pestañas tan largas que parecía casi femenino, pero había en él una energía como la de un perro de caza.

—Lo conozco —replicó Penrod—. Aunque intercambiamos apenas un poco más que algunos cumplidos.

Toselli hizo un breve asentimiento de cabeza.

—Es un hombre de visión. Este país tiene tanto potencial. ¡Hará rica a Italia!

Los otros hombres alrededor de la mesa gruñeron, pero Toselli los rechazó con un movimiento de la mano y habló más fuerte.

—¡Tiene potencial! Estos tipos son unos idiotas. Ignórelos. Le digo que la tierra aquí es excelente. —Se besó la punta de los dedos, como si alabara una buena cena—. El suelo de Italia está agotado, lo hemos cultivado durante cinco mil años, pero este es un lugar donde nuestros campesinos pueden venir y cultivar buenos alimentos, buenas vides. Los vinos de Eritrea serán la envidia del mundo. ¡Y los franceses irán al canal de la Mancha para arrojarse desesperados!

Eso, al menos, arrancó una ovación de sus compañeros oficiales.

—¡Y las mercancías que vienen del interior! Civeta, almizcle, el mejor café de la creación, y todo llega aquí muy abundante y muy barato. Por el precio de una taza de café en Roma, uno puede comprar suficientes chauchas como para cargar un camello.

A Penrod le sirvieron un vaso. Lo recibió con un gesto de agradecimiento y bebió. El vino era barato y áspero, pero había en él una especie de pureza sin pretensiones.

—Toselli —habló—, ¿es usted por casualidad Pietro Toselli? ¿El

autor de *Pro Africa Italia*?

Los oficiales vitorearon y Pietro agitó los brazos en un gesto amplio, como si quisiera juntar los aplausos.

—¿Lo ha leído?

—Si. Lo leí. Me lo regaló mi amigo Lucio. Usted es un defensor apasionado.

—Lo soy —respondió Pietro con gran orgullo—. ¿Y tiene alguna pregunta, mayor, después de haber leído mi humilde ofrenda?

—Solo una —dijo Penrod—. ¿Qué piensan los nativos de sus planes?

Pietro sonrió.

—¡Están encantados de que estemos aquí! Ellos están cansados de todos los reyecitos y señores de la guerra que se pelean por sus granjas. Nosotros traemos estabilidad, civilización.

Un oficial mayor, del mismo rango que Toselli, pero con el doble de su edad, gruñó. Penrod lo miró de soslayo, y se preguntó si había sido incompetencia o falta de contactos adecuados lo que habían detenido su avance en el ejército. Estaba sin afeitar y su piel y los ojos tenían el matiz enfermizo del borracho desilusionado.

—Eres un tonto, Toselli. Únicamente conoces a los reclutas que quieren su lira y media al día, los comerciantes del mercado o las mujeres que te quieren meter la mano en el bolsillo.

—Hablo con muchas muchas personas, Marco —respondió Toselli con cómica indignación y, luego, agregó por encima del hombro mirando a Penrod—. Marco Nazzari, nuestro detractor residente.

El hombre mayor sacudió la gran cabeza y puso las manos carnosas sobre la mesa.

—Yo estaba con Baldesseri cuando metió la pata en Tigray. Te lo aseguro, uno puede sentirlo. Uno sabe cuando monta un caballo sin domar, una bestia grande y hermosa, e incluso si está quieto a tu lado, uno puede sentirlo, puedes sentirlo en los huesos que te odia, que solo espera su oportunidad para de tirarte al suelo y aplastarte la cabeza, si puede. Eso era lo que se sentía cada día que estuvimos en el otro lado del río Mareb. Tus *askari* son buenos tipos, pero son de aquí, cerca de la costa, donde los comerciantes han estado yendo y viniendo durante mil años. La mitad de ellos son musulmanes y la mitad de ellos habla árabe. Pero en las tierras altas —señaló con la

cabeza hacia el interior—, no quieren nada de lo que nosotros vendemos, aparte de rifles, y ya han comprado muchos.

Penrod calculó que era probable que hubiese sido la tendencia de Nazzari a decir lo que pensaba lo que había frenado su avance en las filas del ejército. Y eso, en particular, significaba que tal vez fuera una excelente fuente de información. Penrod registró el nombre en su mente.

Pietro se encogió de hombros aparatosamente.

—Lo único que puede molestarnos en Tigray es Alula, el viejo bandido, y lo hemos forzado a la paz. Yo diría que también tenemos que preocuparnos por los derviches, pero ahora tenemos al mayor Ballantyne con nosotros, y él puede decirnos cómo derrotarlos. —Se apartó del hombre mayor y miró con los ojos muy abiertos a Penrod —. Tú estuviste en la batalla de Abu Klea, ¿no? ¿No nos contarías cómo fueron las cosas?

Penrod se mostró encantado de complacerlo. La mesa se convirtió en un mapa del *wadi*, es decir, el río seco, y las jarras y vasos se convirtieron en la Columna del Desierto, que formaba un cuadrado bajo el fuego de los francotiradores derviches, representado por los saleros, hasta que el cuadrado fue emboscado por una enorme fuerza mahdista conformada por tenedores.

Penrod describió bien la acción y dio respuestas rápidas a la avalancha de preguntas de los hombres alrededor de la mesa. Para el momento en que llegó al relato del ataque final, cuando los derviches irrumpieron en el cuadrado antes de ser expulsados por las tropas de la retaguardia, la mayoría de los clientes del café estaban escuchando con atención y estiraban el cuello por encima de los hombros de los hombres de uniforme a fin de ver las etapas finales de la batalla.

Penrod proporcionó un final dramático al barrer a los derviches de la mesa, y los oficiales y los demás presentes lanzaron vítores y la poco afinada orquesta irrumpió en un bis de *Dios salve a la reina*.

A la mañana siguiente, después de una cena muy aburrida en la residencia de Baratieri, donde una mujer, esposa de un general Albertone, llena de perlas e ignorancia, lo sermoneó largo y tendido sobre la hermosa sencillez del alma africana, Penrod se despertó

temprano y ya había desayunado cuando apareció Marco Nazzari.

—Hoy tengo que ver a los nuevos reclutas —explicó Nazzari—. Pensé que podría interesarle ver cómo los manejamos. Le estaré muy agradecido por sus ideas.

Penrod se alegró de haber invitado a Nazzari a tomar unos tragos la noche anterior.

Cabalgaron juntos hasta un campo de entrenamiento polvoriento en las afueras de Massawa. Más o menos un centenar de hombres, adultos y muchachos, descalzos y ataviados con las túnicas y pantalones holgados de la región, estaban de pie bajo el sol. Se presentaban como candidatos para unirse a uno de los batallones nativos. A Penrod le sorprendió ver tantas personas, y así lo dijo.

—Ah. Lo que ocurre es que hemos sufrido lluvias en exceso en los últimos uno o dos años, además de una plaga del ganado —explicó Nazari—. Muchos de los agricultores lo han perdido todo y esperan recuperar la fortuna de sus familias estando a nuestro servicio. Dejamos que vivan con sus familias, y la paga es suficiente, si son sobrios y cuidadosos, como para que después de un año o dos con nosotros, puedan comprar algunas tierras y animales.

Nazzari caminó a lo largo de las filas de reclutas, con la espalda recta y expresión severa. Se detenía cada vez que le parecía que un recluta era demasiado joven o viejo, o demasiado consumido por la enfermedad o el hambre como para aceptarlo. Los hombres a los que rechazaba no mostraron su decepción ni intentaban discutir. Simplemente daban media vuelta y regresaban a sus inciertos futuros.

Una vez que Nazzari redujo a los aspirantes a aproximadamente la mitad del número original, le hizo una seña a su sargento *askari*, un hombre de ojos brillantes de la edad de Penrod, que llevaba la faja del batallón sobre su túnica y pantalón blancos.

El sargento saludó, pronunció unas cuantas frases breves y cortantes dirigidas a los hombres que habían quedado, para luego salir del campamento a un trote constante. Los hombres lo siguieron.

—¿Adónde los lleva? —quiso saber Penrod.

—El sargento Ariam los llevará por las laderas del norte, luego, en un amplio zigzag, estarán de vuelta aquí. Lo hará tantas veces como sea necesario, hasta que solo queden unos veinte. Esos serán

nuestros reclutas de hoy —respondió Marco. Hablaba con satisfacción. El hombre podía ser escéptico en cuanto a las ambiciones de Pietro Toselli para la colonia, pero no cabía duda de que él estaba orgulloso de los soldados nativos.

—¿Y qué distancia es eso?

—Unos treinta kilómetros, tal vez. Depende del calor del día.

Penrod observó el cuerpo de hombres que se alejaban rápido por un angosto sendero hacia las montañas envueltas en niebla. Sintió una punzada de envidia. Cuando estuvo cautivo de Osman Atalan, lo obligaban a correr junto al caballo de su torturador. Lo que comenzó como una tortura se convirtió en un placer.

—Casi los envidio —afirmó.

Nazzari lo miró con el ceño fruncido, pero no dijo nada.

Hablaron de cuestiones de entrenamiento y disciplina hasta que el sargento Ariam volvió con los hombres restantes al campo de entrenamiento tres horas después. Nazzari los reclutó de forma oficial para el ejército italiano y los envió a la intendencia a que les dieran sus uniformes.

Penrod pasó el resto del día haciendo algunas amistades elegidas con sumo cuidado en el mercado. Los árabes estaban encantados de escuchar su idioma hablado con tanta fluidez por un hombre blanco, y Penrod estaba seguro de que uno o dos de ellos podrían resultar útiles como fuentes de información.

Fue mucho más tarde cuando Penrod descubrió que su comentario acerca de envidiar a los *askari* reclutados había corrido como reguero de pólvora entre los blancos de la colonia. La esposa del general Albertone había dicho públicamente que le regalaría sus famosas perlas al inglés si este podía seguir a la par a los reclutas, y repitió su desafío tan a menudo, que el general se vio obligado a buscar a Penrod en el Café Griego. Los oficiales saltaron a la posición de firmes. Albertone saludó y los invitó a volver a sus asientos. Se inclinó ante Penrod.

—Pido disculpas por el desafío de mi esposa, mayor Ballantyne. Estoy seguro de que usted lo dijo sin pensar. Con mucho gusto le explicaré a ella que el comentario fue hecho en broma. A los italianos también nos encanta jactarnos.

La mesa había quedado en silencio. Penrod estudió al hombre con cuidadoso interés. Ya sabía que Albertone no era popular entre

sus oficiales, y pensaba que a Baratieri tampoco le gustaban mucho sus actitudes de patricio. Poner un poco en su sitio al general, bajo la apariencia de una apuesta deportiva amistosa, podría servirle a Penrod para ganar algunos nuevos amigos y animar a otros a expresar sus opiniones con mayor apertura. Estaba seguro de que muchos de los altos oficiales italianos estarían encantados de ver cómo eliminaba aquella sonrisa de suficiencia del rostro del general.

—No hay nada de qué disculparse. Estoy encantado de aceptar la apuesta —afirmó Penrod—. ¿Digamos mañana por la mañana?

El general dejó de sonreír, pero aceptó. Y se fue en medio de irónicos vítores. Penrod se quedó hasta tarde en el café y no escatimó gastos.

Toda la población blanca de la ciudad estaba presente cuando Penrod llegó al patio de armas la mañana siguiente, y una gran parte de los pobladores nativos y los comerciantes también había acudido a participar de la diversión. A Penrod le divirtió escuchar en árabe las apuestas en su contra mientras atravesaba aquella multitud. Pietro se había nombrado a sí mismo como segundo de Penrod y caminaba delante de él, despejando ostentoso el camino para que pasara el «inglés loco que quiere morir corriendo contra un *askari*», como él lo expresaba. No era de extrañar que las apuestas no favorecieran a Penrod. Vio al dueño del Café Griego en la multitud y le hizo señas para que se acercara.

—Amigo, haz una apuesta en mi nombre. —Sacó el reloj de oro que Amber le había regalado y lo puso en la mano del hombre—. Úsalo como mi apuesta, pero cuídalo mucho.

—¿Quiere que apueste a que vivirá? —repitió el hombre y luego silbó al ver la calidad del reloj.

—Apuesta a que terminaré con los reclutas —respondió Penrod de manera abrupta—. Y recuerda, no debe tener ni un rasguño cuando regrese.

El dueño del café pareció dudar, pero estuvo de acuerdo, y Penrod le dio las gracias antes de retirarse al cuartel para quitarse el uniforme y ponerse los pantalones cortos hasta la rodilla que le habían prestado, un chaleco de manga corta y zapatillas de tenis donadas por los oficiales que compartían su alojamiento.

Volvió al patio de armas a tiempo para ver a Nazzari haciendo la primera selección de reclutas de ese día. Se detuvo a mirar por un minuto, luego frunció el ceño y se acercó.

—Nazzari, ¿qué estás haciendo?

Nazzari juntó sus pobladas cejas e infló las mejillas.

—Mi deber, mayor Ballantyne.

—No. Te equivocas —dijo Penrod con simpleza—. Ese último hombre que rechazaste está en la flor de la vida y este tipo… —

señaló a uno de los reclutas que Nazzari había seleccionado para la carrera— debe tener al menos sesenta años. Capitán Nazzari, esto no es un acto de amistad. Insisto en que selecciones a los hombres que van a correr tal cual como lo harías cualquier otro día.

—Ah, muy bien —replicó Nazzari con el ceño fruncido—. Pero estarás muerto o humillado al final del día si lo hago.

Penrod miró detrás de sí al general Albertone y a su esposa. Se los veía elegantes y confiados en la luz de la mañana. Los acompañaba Baratieri, que parecía más preocupado. Sin duda le preocupaba el destino de Penrod y lo que Lucio pudiera tener que decir al respecto. Cada tanto lanzaba miradas irritadas a Albertone, y Penrod estaba seguro de que su evaluación de la relación entre los dos hombres había sido correcta.

—Confía en mí, Nazzari —aseveró.

Los corredores partieron entre ruidosos vítores, aunque un tanto irónicos. Los reclutas y el sargento Ariam iban descalzos, como siempre. La mayor parte de los potenciales nuevos reclutas parecían más divertidos que cualquier otra cosa con la compañía de Penrod. Los hombres blancos, en su experiencia, no corrían. Un joven de piernas bien musculosas, que corría enojado e inclinado hacia adelante, trató de empujarlo cuando el camino se estrechó en la primera subida suave. Penrod lo esquivó, luego, poco menos de un kilómetro más adelante alcanzó al hombre en una curva y lo empujó con el hombro, lo que le hizo dar un incómodo tropezón. Abandonó poco después y los otros reclutas dejaron de prestarle atención a Penrod para concentrarse en su propia resistencia.

A los primeros cuatro o cinco kilómetros de subida constante desde la llanura seca alrededor del puerto y hacia las colinas, los músculos de Penrod le comenzaron a doler. No le preocupó demasiado. Estaba acostumbrado al dolor y confiaba en que pronto este se desvanecería cuando su cuerpo comenzara a comprender lo que se esperaba de él. Tenía razón. Después de otros veinte minutos, los calambres y el ardor pasaron y comenzó a divertirse. Levantó la cabeza y dio una profunda inspiración para llenar los pulmones e hizo que su pecho se expandiera. Dos o tres potenciales reclutas más ya habían abandonado, pero el resto parecía estar bastante cómodo. El sargento Ariam miró hacia atrás y era claro que había llegado a la misma conclusión, porque aumentó el ritmo.

Penrod recordó lo que era correr de esa manera y se mantuvo relajado aun cuando aumentaba la velocidad. La respiración del hombre junto a él se volvió irregular y jadeante. Cuando llegaron a una curva del sendero, Penrod miró atrás, al patio de armas. Tal vez ya habían recorrido unos ocho o nueve kilómetros, tomando amplias y lentas curvas en la altura. El puerto estaba muy por debajo de ellos, como un montón de piedras desparramadas junto al mar Rojo, que brillaba como una joya. El sargento tomó un sendero angosto hacia el norte y, por un momento, Penrod tuvo que avanzar mirando el suelo frente a él para evitar perder el equilibrio.

—*Effendi, effendi*… —Uno de los otros corredores lo estaba llamando—. Hablas el lenguaje del Profeta, la paz sea con él, ¿no es así?

—Sí —respondió Penrod.

—¿Cómo te llaman en nuestro idioma?

—«El que nunca vuelve atrás».

El hombre se rio con ganas y tradujo el nombre al amárico para los otros corredores cercanos. El grupo se había reducido. A unos cien metros detrás de ellos, un grupo de rezagados disminuía la velocidad para seguir en una marcha ya desesperada. Era una excelente manera de descubrir cuáles hombres eran aptos para largas marchas, pensó Penrod, mirando a derecha e izquierda. Los hombres que corrían con él en ese momento tenían la resistencia y la fortaleza sostenida que eran los atributos de un soldado ideal. Se preguntó cómo sus guerreros del desierto tomarían la idea de correr de esa manera. No muy bien, pensó. Eran jinetes, hombres de a caballo. Correr así sería una humillación. Penrod sintió una repentina oleada de placer. Estaban equivocados. Sintió una pureza y un propósito en el ejercicio y se deleitó en él.

Casi a los veinte kilómetros, la ruta los llevó en una curva muy abierta de regreso al puerto. El sargento había mantenido un ritmo de castigo, pero la respiración de Penrod seguía siendo profunda y regular. Sacudió los brazos y estiró los hombros. A la sazón, solo quedaban poco más de treinta corredores, y varios de ellos estaban agotados. Penrod sintió una calma como de ensueño. Pensó en Agatha y en Amber, en Farouk y sus libros de poesía de Rumi y Dante. Dejó que sus pasajes favoritos flotaran en su cabeza, y su

cuerpo encontró el ritmo de los versos.

El sargento miró por encima del hombro y asintió para sí. Penrod salió de su bruma y vio que ya había ganado su apuesta, pues solo quedaban veinte reclutas. En ese punto, el sargento había cumplido con su deber y reducido el montón a la cantidad adecuada, no había necesidad de empujar a esos hombres hasta el agotamiento. Redujo un poco la velocidad, y Penrod sintió una punzada de decepción. El patio de armas estaba a la vista. El hombre que le había hablado en árabe todavía estaba a su lado. Se veía un poco gris, pero enfrentaba estos últimos dos o tres kilómetros con tenaz determinación.

—Traduce lo que voy a decir —le pidió Penrod—. Quiero hablar con el sargento, pero no hablo tigriña. —Le complació saber que todavía tenía aliento suficiente para esas palabras.

—También hablo árabe, señor —intervino el sargento Ariam, frenando un poco para correr al lado de Penrod. El amigo de Penrod parecía encantado de que él pudiera mantener su propio ritmo de respiración mientras corría.

—Todos estos hombres lo consiguieron, ¿verdad? —dijo Penrod, resoplando las palabras mientras exhalaba—. Pase lo que pase, los va a llevar al batallón de los nativos, ¿no?

—Eso haremos.

—Entonces, ¿puedo hacerles una oferta a todos ustedes? Quiero hacer una carrera. Pagaré diez liras a quien acepte competir, y cien liras al que me gane. Si el sargento está de acuerdo.

Los ojos del sargento brillaron.

—¡De acuerdo!

Tradujo al tigriña para el resto del grupo, y lanzaron una áspera ovación. Quedaba alrededor de un kilómetro y medio por recorrer. Inmediatamente se lanzaron hacia adelante, todos los hombres encontraron reservas insospechadas de energía en sus miembros.

Penrod levantó la cabeza y movió las piernas, haciendo que sus zancadas fueran más largas y rápidas. Después de cien metros él, el sargento y otro más se habían separado del resto. Penrod balanceaba los brazos. El camino entre ese punto y el patio de armas era llano y ancho; los pies levantaban nubes de polvo del terreno. Penrod sintió que le empezaban a doler los pulmones. Una sospecha le revoloteó en la mente.

—Ariam, vas a correr con todas tus fuerzas… —aspiró una bocanada de aire caliente y salado—, si no lo haces así, te muelo a golpes con mis propias manos.

El sargento agachó la cabeza y empezó a acelerar, con fuerza.

Penrod ya podía oír los vítores de la multitud, gritos de asombro y silbidos. Levantó al máximo la cabeza para que sus pulmones aspiraran todo el aire que pudieran. El corazón le latía a un ritmo imposible en el pecho. El dolor le atravesó todo el cuerpo con fuerza renovada. Sabía que sus pies estaban sangrando y que a su cuerpo le estaba faltando oxígeno. Cada fibra de su ser le gritaba que se detuviera, pero él se decidió por un placer contrario y desobedeció a su corazón y a sus pulmones. Solo existían el sargento y él en ese momento. Ya iba a respirar más tarde.

Delante de sí vio a Marco Nazzari y Pietro Toselli. Cuando observaron lo que estaba pasando, buscaron un trozo de cinta de algún lugar y la estiraron a lo ancho de la entrada al patio de armas. La multitud, de pie, gritaba en una docena de lenguas. El sargento empezó a adelantarse un poco, pero Penrod tenía una ventaja crucial. Obligado a correr por las arenas del desierto, atado al cabestro del semental de Osman Atalan con las muñecas atadas y ensangrentadas, él sabía con precisión lo que su cuerpo podía soportar y sobrevivir. Aceleró, ignorando el sufrimiento de sus músculos y su corazón a punto de estallar, y sacó pecho hacia adelante para tocar la cinta una fracción de segundo antes que el sargento. Redujo la velocidad a un trote y respiró lento y profundo.

La multitud se abalanzó para felicitarlo. Sintió que Pietro lo palmeaba entre los omóplatos y que innumerables extraños apretaban su mano derecha. Se limpió el sudor de los ojos y le dio la mano al sargento antes de que los separara una multitud de admiradores. Penrod permitió que lo levantaran en andas algunos oficiales, que lo llevaron al centro del patio de armas, donde la signora Albertone esperaba con su marido y el general Baratieri. Ella tenía un estuche de terciopelo bajo el brazo y su expresión era de tristeza. Baratieri sonreía de oreja a oreja.

Una vez que los oficiales depositaron a Penrod delante de ellos, Baratieri levantó las manos para pedir silencio a los presentes.

—La competencia terminó, y como gobernador de Eritrea, me complace anunciar que nuestro invitado inglés, el mayor

Ballantyne, es el ganador, ¡y ganó muy claramente! Como distinción de su singular éxito, ¡me complace otorgarle el rango de mayor honorario en nuestro Octavo Batallón Nativo!

El patio de armas estalló en risas y aplausos, y Penrod hizo una profunda reverencia a todos los allí presentes.

—Pero —agregó Baratieri en voz alta, levantando de nuevo el dedo para pedir silencio—, aunque la competencia terminó, ¡la apuesta sigue en pie! Signora Albertone, usted hizo una apuesta, que fue aceptada. Y usted perdió.

La signora parecía descompuesta, y Penrod sintió una punzada de compasión. Ella abrió el estuche, y Penrod y todos los demás fijaron la vista en la gruesa hilera de perlas. Valía por lo menos mil libras.

El general Albertone parecía casi tan enfermo como su esposa. La signora puso el estuche en manos de Penrod, quien lo tomó con un silencioso agradecimiento, luego se dio la vuelta lentamente y lo alzó por encima de su cabeza en medio de gritos y aplausos, a la vez que tomaba una decisión. Podía sumar otra ventaja en ese momento. Se volvió hacia el general Albertone y su esposa, y le devolvió el estuche a la mujer.

—No es mi deseo quitar un adorno tan maravilloso a una tan bella hija de Italia —dijo en voz alta y clara.

Por un momento ella no lo entendió y miró confundida a su marido. Luego, con la mirada baja, tomó el estuche que el ganador devolvía. Los vítores alcanzaron niveles exultantes.

—Estoy en deuda con usted —dijo el general Albertone en voz baja.

—Así es —respondió Penrod con la misma tranquilidad—, y yo siempre cobro mis deudas al final, general.

Los demás oficiales levantaron otra vez a Penrod en andas y lo llevaron con muchos cánticos y risas todo el camino hasta el Café Griego. En vano protestó, diciendo que primero quería darse un baño, pero no le hicieron caso. Estaban todos decididos a brindar primero por su victoria.

Cantaron el himno *Dios salve a la reina* con entusiasmo y precisión variable al doble del volumen habitual, y Penrod descubrió que la reserva de champán del propietario había sido saqueada y distribuida en su honor. No era Krug, pero por cierto

resultó refrescante después de su carrera. Cuando terminó la primera ronda de brindis, el propietario se acercó y le entregó a Penrod su reloj, junto con una bolsa de cuero muy llena.

Penrod la abrió y enarcó las cejas.

—Esto es mucho más de lo que esperaba.

El griego se tocó un lado de la nariz.

—Ahh, cuando lo vi en ese último kilómetro no pude evitarlo: aposté el doble o nada a que usted ganaba.

Cuando Penrod apostó su reloj por su éxito, tenía una confianza total. Sabía que podía correr a la par de los reclutas, pero la idea de que podría haber perdido en esa última parte de la carrera hizo que se le congelara la sangre en las venas por un instante. No importaba hacía cuánto tiempo no veía a Amber Benbrook; mientras tuviera el reloj sentía que todavía existía un lazo que los unía, un lazo que ni el tiempo ni la distancia podían destruir. El reloj era, de alguna manera, un testigo de que él se estaba convirtiendo en un hombre mejor. La idea de que podía haberlo perdido gracias a la bravata bienintencionada del dueño del café hizo que el mundo girara y se sintiera enfermo por un segundo. Nada de esto se reflejó en el rostro de Penrod. Miró al radiante rostro del griego y luego levantó su copa de champán para brindar por él de todo corazón.

Amber había desarrollado una rutina. Temprano por la mañana visitaba el campamento de refugiados, y pronto los reclusos se acostumbraron a ver a Amber y Hagos que bajaban por la pendiente hacia ellos justo cuando se estaban encendiendo los fuegos para la primera comida de la mañana. Amber había robado un trozo de la lona que había comprado en Addis para hacer un ronzal para Hagos, cuidadosamente elaborado con correas ajustables para permitir su rápido crecimiento. La leona lo odiaba, pero odiaba más cuando Amber se alejaba de ella, de modo que se sometió. A unos cien metros del borde del campamento, Hagos permitió que le pusieran el ronzal sobre los hombros musculosos, fingiendo un cansado desdén por la maniobra, y dejó que la ataran al tronco de un árbol cercano. Se las arregló para dar la impresión de que ese era el lugar que ella había elegido para detenerse, de todos modos.

Luego, Amber se unió a Marta y Tadesse, y pasaron una hora o dos hablando con los refugiados sobre sus hogares, su recuperación y sus planes para el futuro. Revisó los suministros, tomó notas y dio instrucciones para luego regresar junto a Hagos. Llevó a la leona a cazar con ella, hacia el norte y el oeste del campamento, donde sabía que había buenas posibilidades de encontrar presas, pero sin riesgo de encontrarse con gente. No porque Hagos hubiera hecho algún daño. Estaba acostumbrada a los humanos y no los veía como comida. De vez en cuando, algún recién llegado al campamento de refugiados se asustaba y protestaba al ver a una leona adulta descansando tan cerca, pero alguno de los residentes más antiguos le explicaba y señalaba tanto al ronzal como el hecho de que la excéntrica *ferengi* que tenía a ese animal como mascota era la que estaba ocupada salvando sus vidas y la vida de sus hijos.

Los relatos sobre Amber se extendían por todo Tigray a medida que los refugiados encontraban la fuerza para seguir adelante. Ella se estaba convirtiendo rápido en la nueva y exótica patrona de los hambrientos y desposeídos. La llamaban «La dama del león». Ella le

construyó a Hagos un patio de recreo de cuerdas y columpios de troncos en el claro junto a su choza y la observaba durante horas, acechando por instinto las sombras en movimiento para abalanzarse sobre ellas con un salto de sus cuartos traseros, afilando las garras en la corteza de los árboles. Amber les pagaba a los agricultores locales para que le trajeran sus cabras a fin de alimentar a la leona que iba creciendo, pero se aseguraba de que fueran sacrificadas y preparadas en el campamento, de modo que Hagos nunca pudiera asociar a los animales que balaban en los corrales con la excelente carne provista para su cena. Amber quería asegurarse de que Hagos nunca viera a las cabras y al ganado como presas. La leona tenía que saber que los animales venían en dos tipos: por un lado, los humanos y las bestias del complejo de chozas entre los que ella vivía en paz y, por el otro, las presas que ella y Amber atrapaban en sus cacerías. Con el tiempo, Amber cambió su estrategia. Si Hagos no lograba acechar y matar a un animal durante la caza, no comía esa noche, y Amber, atenta a no provocarla con olores de cocina, tampoco comía. Cuando la cacería era exitosa, cenaban juntas. Les tomó algún tiempo y algunos días de hambre durante los cuales Amber se mantuvo bien lejos del complejo, pero al final, funcionó.

Un día, ya avanzada la mañana, cuando Hagos ya era casi adulta, Amber y la leona se relajaban a su manera después de una exitosa cacería. Hagos hundió la cara en el vientre desgarrado del antílope y comenzó a comer con un ronroneo de satisfacción.

—Tienes uno modales horribles en la mesa —dijo Amber mientras observaba a la leona que desgarraba a su presa, con el hocico ya rojo de sangre. Hagos la ignoró.

Amber bebió de su cantimplora, luego estiró las piernas y se apoyó en los codos para disfrutar del sol. Algo le llamó la atención. Un destello de luz reflejada hacia el oeste. Se preguntó si no sería Bill de nuevo, en busca de más pájaros exóticos, y sintió un conocido escalofrío de disgusto. Ella sospechaba que él la estaba siguiendo en sus andanzas de caza con Hagos, pero cuando ella le mencionó a Saffron haberlo visto, esta le dijo que compartía la pasión por la flora y la fauna locales con Ryder, y ya que el trabajo en la segunda veta avanzaba sin problemas, había comenzado a explorar más lejos en busca de nuevos animales y plantas. Sí, allí estaba él en medio de un grupo de marchitos arbustos espinosos,

pálidos esqueletos de sí mismos entre los pastos altos hasta las rodillas. Se preguntó de nuevo si él había salido a buscarla, y esperaba que no hubiera visto a Hagos y la matanza. Tal vez él se iba a alejar antes de que ella tuviera que reconocer que lo había visto.

Se echó un poco más hacia atrás sobre los codos para que la hierba alta y pálida la protegiera, sin por ello dejar de mirar en dirección a él y deseando que se fuera. Entonces se dio cuenta de que él estaba hablando con alguien. Había un hombre con él en el bosquecillo de espinas, un abisinio, pero no era alguien que Amber pudiera reconocer. Entrecerró los ojos, tratando de ver con más claridad mientras una brisa agitaba los tallos a su alrededor. El abisinio vestía una *shamma* bastante sucia con bordes verdes y llevaba un rifle en el hombro. Después de unos minutos de conversación, hizo una reverencia y se alejó. Bill permaneció donde estaba por un rato y, después, se fue caminando también en la dirección opuesta con pasos ágiles y seguros.

Cuando Amber y Hagos regresaron a su tienda en lo alto del acantilado esa misma tarde, encontraron a Tadesse, que las esperaba. Estaba sentado a la sombra con las piernas cruzadas y, cuando escuchó que se acercaban, se puso de pie y salió a la luz del sol.

El muchacho visitaba a Amber varias veces a la semana para organizar lo necesario para los refugiados y entregarle las cifras de muertos, de sobrevivientes, de los que llegaban y de los que se iban. Hagos caminó hasta la tienda, ocupó su lugar habitual fuera de ella junto a la silla de Amber y comenzó a acicalarse con su lengua larga y flexible. Amber y Tadesse intercambiaron saludos y ella invitó al joven a sentarse a su lado. Él lo hizo con cautela, sin apartar los ojos de Hagos. La leona se detuvo para ver cuando se sentaba, luego parpadeó con sus ojos amarillos y volvió a acicalarse.

En ese momento, había tres huérfanos en el complejo de viviendas: dos niñas y un niño para los que tenían que encontrar padres adoptivos. Siempre había alguna familia de la zona que quería a un muchacho más para trabajar en el campo y cuidar de los animales, pero las niñas eran más difíciles de ubicar. Había que encontrar una familia dispuesta a tener un par de manos adicionales

en el hogar, pero que no tratara a la niña como a una esclava. Una de aquellas niñas presentaba un problema particularmente difícil. Era bizca y no había dicho nada desde que había llegado al complejo minero. Amber se inclinaba a pensar que todavía estaba demasiado aturdida por los horrores de su viaje como para hablar, pero la niña se estaba ganando la reputación de ser idiota.

—Alguien la va a ayudar. Estoy segura de que con amabilidad ella se va a recuperar.

—Tal vez, señorita Amber. —Apoyó la cabeza en las manos y suspiró—. Por ahora nadie se ocupa de ella. Me temo que los bandidos se la van a llevar si no le encontramos un lugar seguro pronto.

—¿Bandidos? —reaccionó Amber. El tono de su voz perturbó a Hagos, que levantó la cabeza y produjo un sonido bajo de advertencia en la garganta. Tadesse no dijo nada, hasta que Amber se inclinó y le acarició la cabeza a la leona con los nudillos y le rascó el hocico. Hagos resopló tranquilizada.

—Escuché algunos relatos en el complejo —dijo Tadesse—. Algunos *shifta*, que andan entre este lugar y Axum, se llevan niños de los grupos que vienen aquí en busca de ayuda. Harán que los muchachos peleen, supongo, y las muchachas serán sus esclavas.

—¿Por qué nadie me ha dicho nada de eso? —preguntó Amber, pero lo dijo con calma, pues no quería que Hagos se agitara de nuevo.

—La gente tiene miedo. No quieren que los culpen por no defender a los niños —respondió él con una sonrisa triste.

—Yo no los culparía. Apenas tienen fuerzas para llegar hasta nosotros ¿Cómo podrían luchar contra los bandidos? Pero ¿tú crees que están en peligro incluso en nuestro poblado?

—Ellos están cada vez más cerca y el campamento de refugiados se está haciendo más grande. Creo que deberíamos bajar las provisiones de las laderas. Ningún bandido se atrevería a atacar al Complejo Minero Courtney, y podríamos trasladar a las familias con niños al centro del resto de las chozas. —Chasqueó la lengua contra el paladar—. Pero me temo que no todos querrán trasladarse. Quieren tener su privacidad, incluso aquí.

—Haz lo que puedas, Tadesse —indicó Amber.

A la mañana siguiente, Amber llegó a las chozas a la hora habitual, le puso el ronzal a Hagos y bajó para unirse a los demás. Tenía la intención de hablar con Tadesse sobre la chica huérfana con estrabismo, pero pronto quedó atrapada entre las últimas tragedias y victorias de los refugiados. Una nueva familia había llegado justo después del amanecer. Los dos niños mayores se veían fuertes, pero la madre y su hijo menor tenían problemas para respirar. Amber arregló para que alguien se ocupara de los niños mayores y dejó que el padre se ocupara de su esposa y del bebé. Estaba tan concentrado en ellos que rechazaba cualquier intento de hacerlo descansar. Le dio de comer a su esposa con su propia mano y, según le pareció a Amber, ponía hasta las últimas gotas de su propia fuerza restante en su deseo de que ellos vivieran.

Esa imagen la hizo sentir un poco hueca y sola, y no fue hasta que tomó a Hagos y caminó casi un kilómetro desde el complejo que se acordó de la huérfana.

—Maldita sea —exclamó en voz alta y se detuvo. Hagos volvió su hermosa cabeza hacia su ama y sacudió el mechón negro de la cola cuando Amber se dio vuelta para volver sobre sus pasos.

—Por favor, Hagos —le dijo ella. La leona sacudió la cabeza y estornudó, luego la siguió. Cuando Amber la volvió a atar, se arrodilló en el polvo, y Hagos, en un estado de ánimo indulgente, le puso sus grandes patas sobre los hombros y apoyó la cabeza en el pecho de Amber. Esta perdió el equilibrio y cayó de espaldas bajo el peso de la leona. Se rio mientras le rascaba el cuello al animal y le apartaba el hocico. Sabía que ya la había perdonado por retrasar la cacería y entonces se puso de pie y estaba a punto de salir en busca de Tadesse cuando notó que no estaban solas. Allí estaba la niña huérfana, un poco alejada, mordiéndose el costado del pulgar y balanceándose de un lado a otro mientras miraba los juegos de Amber y Hagos.

—No toques al león —le ordenó Amber.

La niña la miró como si pensara que la mujer estaba totalmente loca, lo cual, tuvo que admitir Amber, era probable que fuera justo. Se estaba preguntando si debía decir algo más, cuando escuchó el disparo de un rifle, abajo de donde estaban. Miró hacia las chozas. Una suerte de enfrentamiento se estaba produciendo en el borde del terreno llano al pie de la pendiente más cercana a ella. Eran tres

hombres, todos extraños y todos armados. Dos tenían tomados por las muñecas a niños refugiados y los arrastraban. El tercero aún apuntaba con su rifle, y Amber pudo ver a un hombre caído en la hierba. Uno de los niños estiraba los brazos y gritaba:

—¡Papá, papá!

—¡Quédate aquí! —le gritó Amber a la niña y corrió pendiente abajo.

Algunos de los refugiados escapaban de los hombres armados tomando a sus niños, pero otros salían de la tienda de la cocina para ayudar.

Los hombres no esperaban un ataque desde esa dirección.

Amber agarró a uno de los niños, una niña pequeña, y la arrancó de las garras del bandido que la sujetaba. La indignación de ella y la sorpresa de él le dio una repentina y breve ventaja.

—¡Cómo te atreves! —le gritó.

El hombre armado cambió su agarre del fusil y lanzó hacia arriba la culata, que golpeó a Amber en la mandíbula y la hizo volar hacia atrás. Aterrizó con pesadez al lado del padre asesinado. Vio sus ojos, vacíos y sin vida, clavados en los de ella y sin ver. El otro hombre trató de agarrar de nuevo a la niña, pero esta fue demasiado rápida para él y corrió a toda velocidad hacia su madre que lloraba.

El hombre del fusil estaba recargando. Amber trató de levantarse, pero el golpe la había aturdido y se movió muy lento. Ella le vio el rostro cuando levantó el arma; vio el borde verde de su *shamma*.

—¡No! —Era la voz de Bill.

El bandido vaciló, luego sus ojos se endurecieron y Amber vio el dedo cuando apretaba el gatillo. Ella trató de retroceder, pero las manos se le resbalaron en la sangre del hombre asesinado. Todo lo que ella pudo oír fue el sonido del llanto, los gritos de Tadesse y los gritos histéricos del niño aún cautivo.

Entonces vio a Hagos. La leona se acercaba a ellos dando grandes y ágiles saltos. El bandido con el niño gritó una advertencia, y el pistolero se volvió. Hagos saltó en el aire cuando disparó, pero el tiro salió desviado. La leona torció la cabeza en el aire y fue directo a la garganta de él. Los enormes dientes blancos se clavaron en el cuello del bandido. Él gritó y trató de herirla en

los ojos mientras la leona gruñía y lo sacudía. Cuando ella lo soltó, un chorro de sangre brotó de la herida en el cuello del hombre. Entonces la leona retrocedió, con un profundo gruñido en la garganta, y con un golpe de la pata le abrió el vientre.

Sus dos secuaces dieron media vuelta y se echaron a correr. Dejaron que el chico cayera llorando al lado de su padre. Su madre corrió y lo alzó. Él chico pataleó y gritó, pero ella no dejó que se alejara de nuevo, y se lo llevó con sombría determinación lejos de la sangre y del león.

La víctima de Hagos seguía gritando. Era un grito ahogado y gorgoteate. Hagos gruñó, luego inclinó la gran cabeza y le arrancó la garganta. El cuerpo quedó inerte, y Hagos lo arrastró a una corta distancia.

Tadesse y Bill ya habían llegado hasta Amber, pero cuando estiraron las manos hacia ella, Hagos levantó la vista del cadáver y rugió. Tadesse tomó a Bill por el brazo y lo apartó.

—No me toques —dijo Bill y se deshizo de él. Aunque no intentó volver a acercarse.

Hagos caminó alrededor del cadáver, moviendo la cola y con las orejas hacia atrás, soltando un gruñido bajo y constante que parecía hacer temblar el suelo.

Amber comenzó a hablarle en un tono suave y tranquilizador. Los refugiados, Bill y los demás seguían observándola desde una prudente distancia.

—No la miren fijo —dijo Amber, lo bastante alto como para que pudieran oírla, aunque siempre con una ligera voz cantarina—. Por favor, aléjense, pero no le den la espalda.

Los gruñidos se hicieron más suaves, y la cola de Hagos dejó de moverse tan rápido, si bien mantuvo un ritmo regular.

Amber miró a su derecha. La huérfana todavía estaba allí, en lo alto de la pendiente, no lejos de donde Amber la había dejado. Seguía mordiéndose el costado del dedo pulgar, y en la otra mano colgaba suelta a un lado la atadura de Hagos. Amber se dio cuenta de que la niña había liberado a la leona para que pudiera atacar al bandido y salvarlos a todos de esas garras humanas.

La leona dejó de da vueltas y se dirigió a Amber. Esta tuvo que armarse de valor para extender la mano. Fue como si la tierra y el cielo estuvieran conteniendo la respiración.

—Hola, querida —saludó Amber—. Hola, hermosa bestia.

La gran gata resopló y empujó las mandíbulas ensangrentadas contra la mano de Amber, luego se sentó pesadamente a su lado y apoyó la barbilla en el regazo de la muchacha.

—Tadesse —llamó Amber—. Creo que ya puedes venir a buscar los cuerpos.

Enterraron al bandido y al hombre que había asesinado esa misma tarde, y la niña huérfana fue adoptada por la madre viuda. Amber se preocupó en un primer momento, pues parecía insensato que la mujer tuviera otra boca para alimentar cuando había perdido a su marido, pero ella insistió. La niña había demostrado que era inteligente y valiente, dijo la viuda; había salvado a su hijo y había vengado a su esposo asesinado cuando su sangre aún estaba caliente. Con cierta reticencia, Amber estuvo de acuerdo.

Mientras el sacerdote leía la oración por los muertos, Amber permaneció detrás de los allí presentes. Hagos estaba atada de forma segura a una cierta distancia, pero la leona todavía estaba inquieta, y Amber quería estar segura de estar siempre a la vista del animal.

Bill se ubicó al lado de Amber. Ella lo ignoró al principio, pero cuando él se inclinó hacia adelante para susurrarle su alegría de que ella estuviera a salvo, ella se alejó de él.

—Conocías al bandido —dijo.

Él parpadeó y sacudió la cabeza con lentitud.

—Te vi —insistió ella— hablando con él ayer mismo mientras yo estaba cazando con Hagos.

Ryder seguramente los vio, porque de repente estaba junto a ella. Bill se apartó un poco hacia atrás, y Amber se sintió más segura de inmediato.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ryder.

Amber se le acercó un poco más.

—Bill estaba hablando con el bandido ayer —explicó ella sin más—. Yo lo vi.

—¿Y bien? —dijo Ryder dirigiéndose a Bill.

Bill dejó escapar un leve murmullo y observó el cielo por encima de la cabeza de Ryder.

—Me encontré con un joven ayer mientras estaba caminando por ahí. Dijo que iba en una peregrinación, en busca de una de las

iglesias en las montañas al sur de aquí. Le indiqué el camino a la carretera. ¿Era ese el mismo hombre que atacó el campamento? ¡Que terrible! Me temo que todavía no puedo diferenciarlos.

—¿Por qué un peregrino tendría un rifle? —preguntó Ryder con rudeza.

—¿Para cazar, tal vez? —respondió Bill, parpadeando—. Lo siento. Por supuesto que avisaré si vuelve a ocurrir algo similar.

Amber miró a Ryder. Parecía ligeramente disgustado, pero no desconfiado.

—Me sorprende que pudieras darle indicaciones. Tú apenas si hablas amárico, y no muy bien. Geriel te necesita en la segunda veta. A él sí puedes reconocerlo, ¿o no? —señaló Ryder.

Bill mostró otra sonrisa inexpresiva y se fue. Ryder le puso una mano en el hombro a Amber y suspiró. Esperaron hasta que el sacerdote terminara sus oraciones y, luego, Ryder caminó con ella hasta donde estaba Hagos. La leona se sentó sobre las patas traseras cuando se acercaron y bostezó un largo tiempo. Ryder se agachó y le rascó el hocico. Hagos levantó una pesada pata y se la puso en la muñeca, mientras le empujaba con el hocico la palma de la mano. Ryder era la única otra persona en todo el complejo minero a la que Hagos le permitía tocarla y él, muy a su pesar, se había encariñado con ella.

—Coqueta —dijo Amber, y la leona estornudó. Luego la desató y los tres caminaron lento de regreso a la tienda en la que Amber acampaba. Después de haber caminado en silencio un trecho, Amber habló en voz baja—: Ella no se lo comió, Ryder.

Él se rio.

—¿Pensaste que iba a decir que deberíamos matarla? No, ella te estaba defendiendo, todos lo sabemos. Iba a decirte que le pedí a Ato Gebre que funda una campana. Servirá como alarma en caso de que alguien vuelva a atentar contra los refugiados, y pondré media docena de hombres para custodiar el poblado, noche y día.

—Gracias —respondió ella con suavidad.

—Aunque no creo que los bandidos vuelvan a atacar cuando la historia de Hagos se difunda por todas partes —agregó.

Cuando llegaron a la tienda de Amber, ella y Ryder se sentaron juntos mientras Hagos se echaba a sus pies y resoplaba satisfecha. Ryder vio la máquina de escribir de Amber en la mesa de campaña

y el grueso montón de páginas mecanografiadas junto a ella, sujeto con una piedra para protegerlas de las traviesas brisas de aquellas alturas.

—¿Cómo va el entrenamiento de la leona? —preguntó Ryder.

—Muy bien —dijo Amber, con una súbita y deslumbrante sonrisa—. Ya dejó de perseguir presas como si no fuera más que un juego y está aprendiendo a esperar a que la presa llegue a ella. Es fascinante observarla. Justo estaba escribiendo sobre eso esta mañana, antes de…

—Se acerca el momento en que tendrás que liberarla, Amber.

Tocó el montón de páginas escritas a máquina, y sus hombros se encorvaron un poco.

—Me doy cuenta de eso. Pero no la soltaré, Ryder —aseveró. Ella vio la mirada de desaprobación de él—. No, no es mi intención retenerla tampoco. Creo que ella elegirá cuándo debe irse. Sospecho que no pasará mucho tiempo antes de que ella decida que es hora de encontrar un compañero. Tan solo me despertaré una mañana, y ella se habrá ido.

—Y cuando llegue ese momento, ¿regresarás a las chozas del complejo minero?

—Sí, claro.

Lo dijo con firmeza, pero Ryder sabía que no le iba a resultar fácil. Ella se había vuelto independiente ahí; volver a la vida doméstica de abajo sería un verdadero desafío.

—Yo venía a preguntarte si quieres que despida a Bill antes de que regreses. Sé que sus atenciones te hacen sentir incómoda. ¿Y de verdad sospechas que tiene algo que ver con el ataque de esta mañana?

—Eres muy amable —habló ella con lentitud. Pensó en la forma en que Bill le había dicho que «no» al pistolero, como si fuera una orden—. Pero ¿qué beneficio iba a obtener de trabajar con los *shifta*? Es mucho más probable que el hombre estuviera explorando la zona y se hiciera pasar por un peregrino cuando se lo encontró a Bill, tal como él dijo. —Ella echó la cabeza hacia atrás y dejó que los últimos rayos del sol cayeran sobre ella como una bendición—. No sé qué decir, Ryder. No confío en Bill y odio la forma en que me mira a veces… Pero te es útil, ¿no?

—Sí —confirmó Ryder sin más—. Yo nunca hubiera podido

cumplir con los requisitos de Menelik todo este tiempo sin él, pero tampoco me gusta mucho, así que no me molestaría despedirlo si eso te complace, al-Zahra.

Amber se cruzó de brazos.

—Es extraño. Tú y Patch, ustedes dan las órdenes, pero nunca le escapan a hacer el trabajo ustedes mismos. Los he visto a ambos usando el pico mil veces. Pero Bill nunca lo hace.

—Tiene manos suaves para ser ingeniero, ciertamente —coincidió Ryder—. Sin embargo, conoce su trabajo y las órdenes que da son las adecuadas.

—Gracias, Ryder, por tu ofrecimiento, pero cuando Hagos se vaya, regresaré al complejo minero, y Bill puede mirar todo lo que quiera. Te tengo a ti para protegerme. No perderás la mina por mi culpa.

La comisura de la boca de él se torció en una sonrisa.

—Nunca la habríamos conservado tanto tiempo sin ti.

—Gracias, Ryder.

—Muy bien —dijo él, y se aclaró la garganta—. Y otra cosa. ¿Puedes arreglártelas sin Tadesse durante una semana o dos? Quiero enviarlo a Addis con la carga de plata de este trimestre.

—Claro que puedo. ¿Lo has perdonado por ser el espía de Ras Alula, Ryder?

Él estiró las piernas y suspiró.

—Lo he aceptado. Y cada vez que usamos el cuaderno de Rusty, recuerdo que fue gracias a la rapidez mental de Tadesse que no fue destruido, aun cuando nos lo ocultó por un tiempo. —Se frotó la barbilla. Dado que se había revelado que Tadesse era hombre de Ras Alula, el flujo de información había circulado al menos en dos direcciones—. Él me dice que Ras Alula ha decidido ceder ante Menelik. No tengo ninguna duda de que será recibido como un hijo pródigo en Addis. Sin embargo, perdonar es algo difícil. ¿Te has enterado de que cierto hombre santo se ha instalado en las colinas entre este lugar y Adua?

Amber se sonrojó.

—Ah, sí. Es Dan. ¿Alguna vez me perdonarás por liberarlo, Ryder?

—A él nunca lo voy a perdonar. A ti, al-Zahra, te perdoné hace mucho tiempo ya. Te agradezco que no me hayas ordenado que

echara a Bill Peters del complejo.

Levantó la mano a modo de despedida y la dejó sonriendo. La idea de que alguien le ordenara a Ryder que hiciera algo era ridícula. Ella estiró la mano y le rascó la oreja de la leona, lo que provocó un gruñido que pareció un ronroneo.

Hagos la dejó tres meses después. Durante una semana se estuvo ausentando por períodos cada vez más largos durante el día y volvía a caminar en círculos alrededor del campamento de Amber por la noche, como si no pudiera decidir qué hacer. Hasta que, una mañana, Hagos ya no estaba cuando Amber se despertó y ella supo que era para siempre. Regresó al complejo minero con Saffron y Ryder esa misma tarde.

La noticia de que Ras Mengesha y Ras Alula habían ido a rendir homenaje a Menelik en Addis le llegó a Penrod y a los oficiales coloniales italianos en noviembre de 1894. El general Arimondi, comandante del Segundo Cuerpo Operativo, puso los ojos en blanco ante esas noticias y afirmó que era imposible mantenerse al día con las cambiantes alianzas de los príncipes etíopes, y predijo que Mengesha volvería y pediría favores antes de que terminara el año. La red de informantes de Penrod entre los comerciantes y sus amigos entre los *askari* veían las cosas de otra manera. Mengesha y Alula habían cargado pesadas piedras sobre sus hombros cuando se acercaron al emperador. Era un acto formal y sagrado de sumisión que no debía confundirse con las alianzas más informales del pasado.

Penrod envió un informe a El Cairo que detallaba lo que había averiguado y viajó a Asmara al día siguiente para hacer un balance de la situación. Pasó algún tiempo con el capitán Nazzari, observando los ejercicios del batallón nativo y sugiriendo algunas mejoras para su entrenamiento con bayoneta, que Nazzari aprobó.

—Cuanto más hagamos ese tipo de trabajo, mejor —aseguró con voz grave—. Los altos mandos quieren añadir a todo Tigray a la colonia. Demasiado codiciosos. No tenemos los hombres para sostenerlo.

Penrod regresaba del campo de entrenamiento cuando fue convocado a la oficina del mayor Toselli. Pietro tenía un telegrama en la mano.

—De Baratieri —dijo, agitándolo en el aire con un elegante movimiento—. Las líneas de telégrafo a Saganeiti han fallado y el viejo está nervioso. Ha logrado convencerlo de que la rebelión es inminente.

—Es una posibilidad —admitió Penrod—. Aunque no pensé que Batha Agos sería quien iba a causar problemas.

Batha Agos era el gobernante abisinio del área alrededor de

Saganeiti, muy buen cliente de los italianos y nada amigo de Alula o de Mengesha. Penrod observó el mapa de Eritrea y Tigray clavado en la pared de la oficina de Toselli. Estaba marcado con alfileres que mostraban las posiciones de las tropas italianas y aliadas, fuertes y pueblos defendibles. Era imposible no darse cuenta de las grandes distancias entre ellos.

—¿Su hombre en la ciudad informa de algún indicio de problemas? —preguntó Penrod.

—Ninguno. —Pietro se encogió de hombros—. Creo que pensaba invitar a Batha a cenar esta semana. De todas maneras, nosotros iremos a ver, pero lo haremos con el pretexto de una marcha de entrenamiento. ¿Qué tiempo nos va a llevar prepararla? Son unos ochenta kilómetros, tal vez un poco menos.

—Lo tendré todo listo —aseguró Penrod.

Estaban a menos de veinte kilómetros de la ciudad cuando les llegó la información de que Batha Agos había tomado al residente italiano, un teniente Sanguineti, como rehén. Pietro comenzó a negociar de inmediato para que el hombre fuera liberado mientras planeaba un ataque al amanecer.

—Déjame ir a echar un vistazo —propuso Penrod mientras, juntos en un terreno elevado en las afueras del pueblo, observaban el crecimiento disperso de los edificios bajos. Toselli lo miró como si estuviera loco, pero cuando Penrod se presentó vestido como un comerciante árabe una hora más tarde, lo autorizó.

Penrod entró solo al pueblo ya entrada la noche, con el revólver escondido entre los pliegues de su *galabiya* y una rústica mochila cargada con mercancías prestadas en la espalda. El pueblo estaba muy tranquilo. Cada tanto se podía ver el fuego dentro de algunas de las casas donde estaban cocinando, pero no vio grupos de hombres armados. Penrod se quedó convencido de que Batha ya se había ido. No tenía la habilidad ni la astucia para ocultar una fuerza de combate de manera tan efectiva. Cuando Penrod encontró la casa del teniente italiano, el único edificio de piedra del mercado desierto, vio que nadie la vigilaba y tan solo entró. Esperaba encontrar a Sanguineti muerto, pero el joven estaba en el comedor vacío, amordazado y atado a una silla.

Penrod lo soltó y puso fin a sus atropelladas palabras de gratitud

con una rápida orden de hacer silencio. Luego lo llevó de regreso por las calles oscuras y silenciosas, y llegaron al campamento italiano justo cuando amanecía y Pietro les estaba dando las órdenes a sus oficiales subalternos.

Pietro lo miró y luego estalló en carcajadas.

—¿Quién necesita a mil quinientos hombres cuando tienes a Penrod Ballantyne? —exclamó, dirigiéndose a todos en general.

Los oficiales alrededor de la mesa del campamento se sumaron a las risas, luego hicieron silencio cuando Pietro puso una bota bien lustrada sobre un banco de campaña y con voz serena le pidió al teniente que diera su informe. Penrod también escuchó, apoyado contra uno de los postes de la tienda con los brazos cruzados.

—Le pregunté a Batha por qué se había puesto en contra de nosotros, ya que Italia es una gran potencia —tartamudeó el hombre—. Y él dijo que Etiopía era más grande, y aunque uno puede recuperarse de la mordedura de la serpiente negra, la mordedura de la serpiente blanca siempre es fatal.

—¡Un acertijo para niños! —exclamó uno de los oficiales italianos, recién bajado del barco de Nápoles.

Pietro miró a Penrod.

—¿Qué opinas, Ballantyne?

—Batha va donde sopla el viento. Y parece que cree que ahora está soplando en la dirección de Menelik. ¿Dónde podría atacar? ¿Dónde podría intentar ganar una victoria fácil contra las fuerzas italianas?

El rostro de Pietro se ensombreció.

—Pero tenemos el control total de la región. —Sin embargo, miró atentamente los mapas dispuestos en la mesa que tenía adelante—. Halai. Es un fuerte pequeño en el norte con una sola compañía al mando del capitán Castellazzi. Es vulnerable.

—Seguramente Batha va a refugiarse en las colinas, ¿no? —sugirió un oficial joven en un tono bastante lastimero.

—No me voy a arriesgar a otra matanza allí —afirmó Pietro—. Partimos hacia Halai en una hora.

Para cuando Penrod escribió su siguiente informe desde Adigrat, los oficiales estaban mareados con los dos éxitos contra los hombres de Batha en Halai en diciembre y contra las fuerzas de Mengesha en Coatit el mes siguiente, dejando de lado el hecho de que ambos

líderes habían logrado escapar de los italianos con la mayor parte de sus fuerzas intactas.

Baratieri actuaba como si ya hubieran agregado a Tigray a la colonia de Eritrea y envió un documento bastante pomposo al gobierno en Roma, en el que pedía los fondos y el personal necesarios para ocupar y colonizar la región. Lucio le escribió en secreto a Penrod para pedirle su opinión, y Penrod le respondió que la campaña se había parecido a un hombre que golpea el agua con la espada y se declara rey del mar. A Baratieri lo llamaron a Italia para consultar con él en persona y, según los pocos periódicos que llegaban a Adigrat, lo recibieron como a un héroe conquistador. Penrod recibió grandes elogios de Londres y de El Cairo por sus informes, y le dijeron que aconsejara o ayudara a los italianos como mejor le pareciera. Penrod estaba contento de poder mantener informado a su propio gobierno y, a la vez, de ser útil para sus amigos italianos, aunque tenía la sensación de que sus éxitos en el terreno los estaban tentando a actuar con una falta de precaución peligrosa. El avance de las tropas italianas también lo acercaba a la Mina Courtney. Podía sentir la cercanía de Amber Benbrook como una carga eléctrica en el aire.

—No es nada bueno, mi amigo. O vas, o te vuelves loco. Y si te vuelves loco, entonces tu amigo Lucio me va a culpar a mí. Y ya sabes lo importante que se ha vuelto en estos días, está siempre cerca del rey, según dicen. Entonces ve.

Pietro y Penrod estaban jugando a las cartas juntos en el cuartel general de la compañía, confinados por las fuertes lluvias de la tarde. Penrod juntó las cartas y empezó a barajarlas, disfrutando de la cascada de colores al hacerlo. Cortó y mezcló el mazo.

—No tengo idea de qué estás hablando.

Pietro se echó hacia atrás y cruzó las piernas, observando cómo Penrod manejaba las cartas con placer.

—Lo sabes bien. Eres mi amigo, pero también eres el oficial de una potencia extranjera. ¿De verdad pensaste que yo no iba a tomar medidas para saber un poco sobre ti antes de que nos hiciéramos tan amigos? Sabes tan bien como yo que tu exprometida, la famosa señorita Amber Benbrook, vive en algún lugar de las colinas al oeste de aquí. Veo que miras en esa dirección como si ella fuera a aparecer en cualquier momento. Veo cómo miras a la gente en el

mercado, por si se diera el caso de que ella hubiera venido a la ciudad a comprar provisiones. Probablemente, también sabes que ella mató una leona y crio a su cachorro antes de devolverlo a la naturaleza, y que la consideran una especie de santa por la ayuda que ha brindado a los hambrientos de la región durante las malas cosechas de los últimos años. Y también que su cuñado está a punto de volverse rico como un rey gracias a su mina de plata, pero todavía vive en una choza de madera.

Penrod habló con mucha serenidad.

—Mi relación con la señorita Benbrook es historia antigua.

Empezó a repartir rápidamente, haciendo volar las cartas sobre la mesa con un movimiento rápido y seco.

Pietro enarcó las cejas.

—Aunque todavía llevas el reloj que ella te regaló.

Penrod dejó de repartir las cartas por un momento y levantó la vista.

—Miré lo que hay grabado en él un día mientras entrenabas con la compañía —admitió Pietro—. Tal vez yo debería ser un oficial de inteligencia.

Penrod no dijo nada. Pietro tuvo el buen sentido de no seguir con el tema y, pronto, se dio cuenta de que iba a necesitar su máxima concentración para no perder toda su paga con su amigo inglés.

Penrod se despertó a la mañana siguiente con un súbito deseo de fumar opio. Lo sintió con tanta fuerza que el impulso parecía quitarle el aire del cuerpo. Pietro tenía razón. Necesitaba ver a Amber. Quería saber si ella todavía lo odiaba o si el tiempo había suavizado su rabia. Si ella seguía siendo hermosa. Se preguntó si caería de rodillas ante ella para pedirle perdón. No. El perdón había que ganárselo y brindarlo libremente, y no arrancárselo a alguien con lágrimas. Él estaba dispuesto a reconocer de buena gana el mal que había hecho, aquello de seducir a su hermana y ocultar el hecho, para luego retirarse. Se vistió con especial cuidado y, luego, después de dejar un mensaje para Nazzari en el que decía que se había ido de cacería y que quizá pasaría la noche acampando en las colinas, partió con un sirviente hacia el Complejo Minero Courtney.

Las lluvias habían convertido las tierras altas en una serie de agradables pasturas llenas de flores púrpuras y blancas, y el aire

enrarecido de la altura estaba cargado de su suave perfume. El amárico que hablaba Penrod era suficiente para saludar a los campesinos con los que se cruzaba en los senderos, y estos le dieron las indicaciones para llegar al Complejo Minero Courtney que lo pusieron en el camino correcto.

Cuando pensó que estaba a una distancia de ataque razonable, dejó su caballo y le dijo a su sirviente que preparara el campamento para la noche, luego caminó los últimos dos o tres kilómetros de un terreno en constante ascenso hasta que se encontró mirando abajo, a un amplio valle. Le llegaban los lejanos ruidos de la mina, pero desde donde estaba solo podía ver las viviendas familiares agrupadas alrededor de la iglesia. Vio jardines y huertos llenos de flores y, en las altas colinas, había campos arados en los que ya se veían nuevos brotes.

Levantó los binoculares y los movió lento en un amplio arco que le permitió divisar otro campamento al sur, aunque parecía apenas ocupado. Sin duda, allí era donde Amber había estado ocupándose de los desplazados de sus tierras por el hambre y la enfermedad.

Un destello dorado llamó su atención, y miró hacia el complejo de viviendas. Era ella. Lo supo sin necesidad de levantar los prismáticos hasta sus ojos. Observó su esbelta figura cuando cruzaba el espacio abierto frente a la iglesia para reunirse con una mujer, una nativa que estaba moliendo grano delante de una de las chozas. Le pareció que conversaban y se reían. Amber se volvió y miró hacia el río, y Penrod levantó los prismáticos. Su cara estaba otra vez de frente a él. La había visto todos los días desde que se habían separado, pero en esa imagen, ella nunca envejecía, seguía siendo una niña de dieciséis años. Varias veces se había preguntado cómo se vería ella en la actualidad, pero nunca había esperado esto. Era más hermosa de lo que él podría haber imaginado. Una mujer joven, segura y elegante, que reía cómoda con una amiga. Un hombre se dirigía hacia ella, un hombre blanco con un sombrero de ala ancha, pero, sin dudas, no era Ryder. Penrod habría reconocido su cuerpo de toro a cualquier distancia. Este era un hombre de una constitución parecida a la suya. Ella le sonrió al extraño, y Penrod sintió que se le encogía el corazón. Un súbito destello de luz corrió por el lugar hacia ella. Una niña, una pequeña con la densa melena rubia de Amber. Se inclinó y alzó a la criatura en brazos para

hacerla girar, e incluso desde aquella distancia, Penrod creyó oír la risa encantada de la niña.

Penrod bajó los binoculares y volvió a descender por la pendiente hasta llegar a la sombra de un sicómoro de poca altura. Ella tenía una hija. Por supuesto que se había casado, y él se alegraba de que así fuera. Ella merecía ser feliz, y Penrod no iba a perturbar esa felicidad con su presencia. No tenía ningún derecho sobre ella y nunca lo tendría. Solo deseaba lo mejor para ella. Examinó sus sentimientos y tomó una decisión. Si alguna vez llegaba a ver a otro hombre tocándola, lo mataría. Nada de lo que él había pasado en los años desde que se vieron por última vez podría cambiar eso, ni siquiera su deseo de que ella fuera feliz. Así que debía permanecer lejos de ella.

Escuchó un clic metálico y se quedó helado, escuchando.

—Alto. ¿Qué hace aquí?

Reconoció la voz. Levantó las manos hasta la altura de los hombros y se dio vuelta.

—Courtney. Un placer, como siempre.

Ryder emergió de la hierba alta, y se detuvo para mirar a Penrod por un buen rato. Luego colgó el rifle en el hombro mientras se acercaba. No había cambiado mucho, notó Penrod. Sus músculos no se habían convertido en grasa; en todo caso parecía más fuerte de lo que parecía en El Cairo. La piel se había asoleado hasta adquirir un color bronce permanente, y su pelo espeso y rebelde seguía siendo negro como la brea.

—Ballantyne. Nos dijeron que habías muerto.

—Les informaron mal.

Ryder estaba ya a apenas un metro de él, y Penrod se sintió observado muy de cerca. Dejó que Courtney lo mirara. Penrod tenía algunas arrugas más sobre los ojos, pero aparte de eso, estaba seguro de pasar la prueba. El cabello rubio y el grueso bigote no mostraban señales de gris. Sus botas de montar estaban lustradas y brillantes y, a pesar de la caminata, el polvo y el calor, su uniforme seguía elegante como siempre. La última vez que los dos hombres se habían visto fue en el vestíbulo del Hotel Shepheard, con sangre y rabia, jadeando entre los restos de la araña destrozada.

Ryder le dio la mano, y Penrod se la estrechó.

—También nos dijeron que hundiste al duque de Kendal, antes

de tu supuesta muerte. Ese hombre nos causó mucho daño, así que te agradezco por eso. A menos que estemos mal informados sobre eso también, ¿no?

—Estoy por volver con mi sirviente. ¿Tomas una taza de café conmigo con un cigarro?

—¿Así nomás? —dijo Ryder—. Bueno, respeto a un hombre que se guarda esas cosas solo para sí mismo. Acepto el café y el cigarro.

Cruzaron la meseta y entraron en el siguiente barranco, donde el sirviente de Penrod había acampado. Al ver a otro hombre blanco acercarse con su amo, puso otro banquito de campaña para él y, casi enseguida, Penrod y Courtney estaban bebiendo café y fumando un par de cigarros excelentes mientras el aire iba enfriándose.

—¿Qué te trae por aquí, Ballantyne? —preguntó Ryder, mirando a su alrededor—. Yo diría que tu equipo y tu sirviente vienen de Massawa. ¿Estás trabajando con los italianos?

Penrod cruzó las piernas y expulsó una nube de humo antes de explicar, brevemente, su misión diplomática en Eritrea.

—Tengo noticias de Rebecca —contó Ryder cuando hubo terminado—. ¿Quieres escucharlas?

—Sí.

—Es la primera esposa de Osman Atalan y madre de dos hijos. Su gente la trata con respeto.

—Eso mismo me han dicho —repuso Penrod—. Espero que haya encontrado un poco de paz, pero los británicos eventualmente recuperarán Sudán y cuando eso ocurra, buscaré a su marido y lo mataré.

—Entiendo —replicó Ryder.

Ambos observaron el paisaje delante de ellos en silencio.

—Entonces dime lo que piensas, Courtney —dijo al fin Penrod —. Los italianos están convencidos de que será algo sencillo apoderarse de Tigray y obligar a Menelik a aceptar un protectorado sobre Etiopía.

Ryder gruñó.

—Los únicos que pueden pensar eso son los que nunca lo han conocido.

Penrod enarcó una ceja.

—¿Crees que están equivocados? La victoria en Coatit fue

sencilla. Los combatientes etíopes son numerosos, lo admito, pero no pudieron resistir la disciplina de las tropas europeas, o de las tropas *askari* entrenadas por los italianos.

Ryder miró el extremo encendido de su cigarro.

—Tú y yo tuvimos nuestros desacuerdos en el pasado, Penrod. Pero sé que no eres tonto. La batalla de Coatit fue una escaramuza con un gobernante local. Pero si los italianos buscan imponer por la fuerza una reivindicación sobre más territorios, deberán tratar con el propio emperador. Los *askari* son buenos, pero los que tienen no son suficientes. Las tropas del emperador son igualmente rápidas, igualmente disciplinadas, igualmente bien armadas. Y son muchos más que ellos.

Penrod se mostró escéptico.

—¿Igualmente bien armadas? La mitad de los hombres de Mengesha en Coatit solo tenían lanzas y espadas.

—Menelik no le iba a proporcionar a su rival lo mejor de su arsenal. Todavía no. La última vez que estuve en Addis, vi cajas de rifles nuevos en los depósitos que ni siquiera se habían molestado en abrir todavía. Además, los franceses y los rusos estarán encantados de suministrar armas a Menelik cuando los italianos decidan que ya no desean hacerlo. La agresión italiana unirá al país. Entonces Menelik compartirá su arsenal con Mengesha y Alula.

—Los informantes italianos les dicen que Menelik no puede reunir más de treinta mil hombres.

Ryder se rio.

—Los italianos no deben creer nada de lo que no vean con sus propios ojos. La intriga es un deporte nacional por aquí, y ellos son maestros en eso. —Luego se puso más serio—. Y una cosa en la que todos los etíopes están de acuerdo es que nunca se puede confiar en un hombre blanco. Cantan una canción que dice: «De la mordedura de la serpiente negra, uno puede recuperarse, pero la mordedura de la serpiente blanca es fatal». No solo traicionarán a los italianos por el poder y el prestigio de Menelik, lo harán con alegría como un deber patriótico.

—He escuchado esos versos antes.

—Se está convirtiendo rápidamente en un proverbio nacional. A mi gente no la molestan aquí porque estamos bajo la protección de Menelik. Y pronto ningún otro hombre blanco estará a salvo en

Tigray.

—¿Cuántos hombres crees que podría reunir Menelik? —quiso saber Penrod.

—¿Contra los italianos? —Ryder se rascó la barbilla—. Unos cien mil por lo menos.

Penrod silbó.

—Eso parece poco probable.

Ryder sintió una explosión de irritación, pero tomó un sorbo de café.

—Puedes creerme o no, como mejor te parezca. Los italianos lo descubrirán tarde o temprano, entonces deberán firmar la paz y retirarse de Tigray.

Penrod exhaló una voluta uniforme de humo.

—No. Eso les haría perder demasiado prestigio en Europa y en casa. Es una cuestión de orgullo nacional.

—Entonces morirán muchos hombres valientes —respondió Ryder. Su aversión por las actitudes de los militares lo abrumaba—. Italia ha logrado lo que ni siquiera Menelik pudo lograr. Ha unido a Etiopía contra ella. ¿Te quedarás y lucharás junto a los italianos?

—Eso haré —respondió Penrod y no hizo más comentarios.

Ninguno de los dos habló durante un rato. En el pasado, Penrod lo habría provocado a propósito, pero resistió la tentación. Ryder tenía buenos sentimientos por este país después de tantos años de residencia, y Penrod, con cautela, había tomado nota de su opinión.

—Vi a Amber y a la niña —mencionó.

Ryder entendió de inmediato. Penrod había visto a Amber con Penelope y había supuesto que la niña era suya. Lo pensó. Podía decirle a Penrod la verdad y llevarlo al complejo de viviendas. La noticia de que Ryder lo había recibido llegaría muy rápido a Ras Alula y a Menelik, y bien podrían llegar a la conclusión de que él estaba tratando de hacer algún trato secreto con los italianos. Amber había sufrido mucho cuando creyó que Penrod había muerto; ¿qué bien podría hacerle saber que él estaba vivo, justo en el momento en que estaba a punto de luchar contra Menelik con sus amigos italianos? Era mejor dejar que Penrod creyera que Penelope era de Amber, si eso lo enviaba a él de regreso a los italianos y la dejaba a ella en paz.

Mantuvo su voz uniforme.

—Amber está bien. ¿Viste el campamento en la ladera opuesta y los huertos?

—Si, los vi.

—Todo eso es trabajo de ella. Ha salvado muchas vidas en estos últimos años.

Penrod no habló, y Ryder sacudió la ceniza de su cigarro.

—Penrod, tú y yo nunca seremos amigos, pero Amber te quiso en algún momento, así que, por su bien, te daré este consejo: regresa a Massawa; vuelve a El Cairo. Pelear con los italianos en este país es un suicidio.

Ryder miró de soslayo la tensión en la mandíbula de Penrod. No esperaba poder persuadirlo para que se alejara de los italianos y los dejara librados a su suerte. Pero por el bien de su cuñada, hizo un último intento.

—Amber encontró un cachorro de león cuando era débil y pequeño —continuó—. Lo alimentó, lo cuidó, le enseñó a cazar. Pero ella no es tonta. A la postre lo soltó en lugar de tratar de retenerlo con una cadena de plata. Ella reconoció la fuerza del animal.

—Creo que esta gente te ha contagiado el amor por los acertijos —dijo Penrod con un tonito burlón—. Sospecho que estás haciendo algún paralelo. ¿Me estás diciendo que los italianos pensaron que podían tratar a Menelik como a una mascota?

Ryder dejó que el delicioso humo del cigarro se filtrara por entre sus labios.

—Eso es lo que me parece. Mira este país, Penrod. —Estiró el brazo hacia el horizonte—. Es vasto, orgulloso. La idea de que Italia pueda llegar a ejercer control sobre él con unos pocos miles de hombres es una tontería Es como si Menelik enviara una docena de etíopes a

St James's

Park y se proclamara gobernador de Inglaterra. Es ridículo e insultante.

Penrod no dijo nada, a pesar de que había enviado esa misma opinión a Roma y a Londres en varias ocasiones.

—Si fuera por ti, Courtney, ningún ejército debería salir jamás de sus propias costas.

—Eso es verdad. ¿Ya te has casado, Penrod?

—No. —Se aclaró la garganta—. Has construido algo notable aquí, Courtney.

Ryder vació su taza de café y se levantó.

—Casi, Penrod. Lo que he construido es casi notable. Y ahora todas las noches ruego a Dios que la codicia de tus amigos italianos no lo destruya, justo cuando empieza a dar resultados. Adiós.

—Adiós, Courtney. Y buena suerte —respondió Penrod y dirigió otra vez la mirada al horizonte.

El día después de que Ryder se encontró con Penrod en las tierras altas, estaba acostado con Saffron, envuelto en la neblina soñolienta que seguía al calor de haber hecho el amor, cuando ella levantó el torso para apoyarse sobre un codo y lo miró con su expresión más severa.

—Ryder, ¿en qué estás pensando? Sé que algo te está molestando y creo que es hora de que me lo digas, ¿no?

Él se recostó sobre las mantas y contempló la densa paja del techo mientras Saffron terminaba de sentarse y se acomodaba la enagua sobre los hombros y se recogía el cabello. Luego él se sentó y buscó la camisa.

—Ayer me encontré con un viejo conocido nuestro mientras cazaba —dijo al fin.

Ella se estaba ajustando la falda a la cintura y, poco a poco, iba pasando de ser su amante a ser su esposa, la madre de sus hijos.

—¿Alguien del pueblo de Ato Asfaw?

—No. Penrod Ballantyne.

Ella se dio vuelta hacia él con la mano sobre la boca.

—¡Oh, Dios mío! ¿Penrod está vivo? ¿Por qué no lo trajiste al poblado? ¿Ya se lo dijiste a Amber? Debo encontrarla de inmediato.

Él la agarró por las muñecas y la obligó a sentarse en la cama, a su lado, y le contó lo que Penrod había dicho, palabra por palabra, a la vez que observaba la serie de emociones en el rostro de ella. Saffron se mostró pensativa y serena, pero tan pronto como él le soltó la mano, esta voló hacia arriba y lo abofeteó, rápida como una serpiente.

—¡Dejaste que creyera que ella estaba casada!

Volvió a levantar la mano, pero esta vez él la agarró y la llevó hacia él.

—¡Saffron! ¡Escúchame! No podía recibir en este complejo minero a Penrod. Él está trabajando con el Estado Mayor italiano —susurró—. No justo en este momento, cuando estamos a punto de

alcanzar los niveles de producción que le prometimos a Menelik para garantizar nuestra seguridad en esta región. —Ella frunció el ceño y trató de alejarse, pero él la retuvo—. ¿Cómo podemos ir a Addis y esperar que Menelik crea en nuestra palabra si hemos recibido a un aliado de los italianos en nuestro complejo minero? Por el amor de Dios, Saffy, Penrod Ballantyne solo le ha causado dolor a tu hermana y, si está con los italianos, de todos modos, es lo mismo que si estuviera muerto. Hice lo que era mejor.

—¡Hiciste lo que era mejor para ti, Ryder! Sabes que Amber no lo ha olvidado. ¡No puedes sacrificar su oportunidad de ser feliz en nombre de este lugar!

Ryder la miró fijo a los ojos centelleantes.

—¿Y qué hay de nuestro sacrificio? ¿Qué pasa con el sacrificio de Rusty? ¿Qué hay de los sacrificios de Amber? ¿Permitirías que yo lo arriesgue todo en aras de un reencuentro sentimental? Él piensa que ella está casada; ella piensa que él está muerto. ¡Pues que todo siga así!

La respiración de ella comenzó a serenarse y, por un momento, bajó la cabeza.

—Tienes razón. Todos hemos sacrificado muchas cosas. —Saffron estaba temblando—. ¿Hemos salvado la mina, Ryder?

Él le soltó las manos, tratando de evaluar el profundo énfasis en la voz de ella.

—Si… Si podemos llevar el envío final de lingotes a Addis cuando cesen las lluvias y podemos defender este complejo minero hasta que Etiopía vuelva a estar en paz, entonces sí, habremos salvado la mina.

Ella clavó en él los ojos, que brillaban en las sombras.

—Entonces eso es lo que haremos. Y luego nos iremos.

—¿Irnos? —reaccionó Ryder, con una suerte de rugido peligroso, y se alejó de ella.

Saffron lo siguió y le puso las manos sobre los hombros. Él pudo sentir que todavía le temblaban los nervios en las yemas de los dedos.

—Te conozco, Ryder Courtney. En el momento en que nuestro capital y la mina estén seguros, necesitarás otro desafío. ¿Por qué esperar? Y quiero llevar a Amber de vuelta a El Cairo. Si Penrod sobrevive y se ha vuelto digno de ella, entonces les daremos nuestra

bendición. Si él no está vivo, la mejor oportunidad que tiene Amber de volver a ser feliz está allí, no aquí. Se lo debemos a ella. Sabes que es así.

Ryder la observó durante un largo rato antes de hablar.

—Lucharé hasta mi último aliento para salvar este lugar, Saffron. Pero si logramos ese milagro, pondré a Patch a cargo y te llevaré a ti y a Amber de vuelta a El Cairo.

—Gracias —dijo ella mientras Ryder la tomaba en sus brazos.

Una hora más tarde, Saffron le dijo a Amber que Penrod estaba vivo y que Ryder lo había visto. La noticia pareció golpearla como un puñetazo físico, y durante todo un minuto, no pudo pronunciar una sola palabra. Saffron le acarició el hombro.

—Me enojé mucho con Ryder, Amber. Pero él no quería que un aliado conocido de los italianos visitara el complejo minero, y Penrod pensó que tú estabas casada, así que…

—¡Saffy, basta! Solo explícamelo todo de nuevo.

Así lo hizo. Le susurró a su hermana todos los detalles que podía recordar sin apartarse de ella. Lamentaba no poder hacerse cargo ella misma de parte del dolor y la confusión de su hermana.

—Me pregunto si ha cambiado, Saffy —dijo Amber al fin.

—¿Por qué dices eso, querida mía?

—Llegó hasta aquí y luego se fue para no molestarme cuando pensó que yo estaba casada. Pero cuando estuvimos en El Cairo la última vez, hizo alarde de su aventura con lady Agatha por toda la ciudad.

—Supongo que es posible —aceptó Saffron en voz baja—. ¿Todavía lo sigues amando, Amber?

Amber se secó los ojos.

—Creo que sí, Saffy. Aun después de todos estos años. Intenté todo para que no fuera así.

Amber supo con absoluta certeza cuál había sido el momento en que Penrod la estaba mirando. Estaba frente a la iglesia hablando con Marta, cuando la pequeña Penelope, quien, a pesar del cabello oscuro de sus padres, había heredado la melena rubia de los Benbrook, se había lanzado corriendo hacia ella. Bill también estaba en la plaza y habían hablado por un momento cuando ella tenía a Penelope en brazos. Mientras sostenía a su sobrinita, había sentido una sensación de luz y calor, y luego de repente, la oscuridad. Se

volvió por instinto para mirar hacia arriba, a la ladera sobre el poblado, pero ya no había nadie. El sentimiento de pérdida la había seguido como un fantasma toda la noche. Se esforzó por entender lo que sentía. Estaba enojada con Ryder, enojada con Penrod por no haber caminado tan solo hasta las chozas y hablado con ella, pero, al mismo tiempo, sintió algo más. Esperanza.

Se apartó de la pared.

—Voy a pensar un rato, Saffy.

—Ve. Me ocuparé de la cena —replicó Saffron y la vio alejarse —. Penrod Ballantyne —dijo entre dientes—. Si haces que te maten ahora, nunca te lo perdonaré.

—¿Dijiste Ballantyne?

Saffron se sobresaltó. Bill Peters había aparecido de la nada, un molesto hábito que él tenía.

—Sí, un viejo conocido nuestro. Penrod Ballantyne.

Bill parpadeó con rapidez.

—Creía que estaba muerto.

—Sí, todos lo creíamos. Pero no, él está en alguna misión diplomática con los italianos. —De repente, Saffron se sintió cansada. No quería estar cerca de Bill, con sus manos suaves y sus extrañas miradas inexpresivas. Y se alejó sin decirle nada más.

El último lingote estuvo listo justo cuando las lluvias comenzaron a amainar. Con suerte llegarían a Addis justo a tiempo para cumplir el acuerdo con Menelik y, así, obtener a perpetuidad el derecho a aquellas tierras. También iban a recibir el dinero que se les debía por la plata enviada a la capital durante los últimos dieciocho meses, con lo que podrían reabastecer la mina. Las hostilidades entre Menelik y los italianos iban a cerrar las rutas comerciales habituales y no se sabía cuándo volverían a abrirse otra vez.

Bill pidió viajar con ellos, y Saffron quería que Amber también los acompañara para que la ayudara con las decisiones sobre lo que podrían necesitar si llegaban a encontrarse sitiados de alguna manera. Partieron tan pronto como pudieron, impulsados por la sombría determinación de llegar a Addis lo más rápido que pudieran. Su ruta habitual iba por el territorio más bajo a lo largo de la cadena montañosa que separaba la mayor parte de Etiopía de la costa y del mar Rojo, pero Ryder decidió que usarían los senderos que serpenteaban entre las colinas. La ruta era más difícil y larga,

pero el ejército italiano ya había ocupado varios puntos estratégicos entre Adigrat y Mekele, y Ryder sintió que sería más seguro evitar enredos con los militares siempre que fuera posible.

Llevaban media docena de mulas cargadas con lingotes de plata y varias más con lo necesario para acampar. Penelope y Leon caminaban con ellos o iban a caballo cuando se cansaban, parloteando con los guardias o con su familia, según quién estuviera dispuesto a prestarles atención en ese momento.

Ryder mantenía un ritmo agotador. Mientras la plata no estuviera en el tesoro de Menelik, él era vulnerable, y además sabía que todavía estaban en peligro por las lluvias tardías, pero ya no podía retrasarse más. Avanzaron muy bien los primeros tres días, sin embargo, a última hora de la tarde del cuarto día, Geriel le tocó el hombro a Ryder y señaló al oeste. El cielo se había vuelto color púrpura y estaba marcado por nubes de lluvia. Ryder maldijo entre dientes al ver aquello. Su ruta los había llevado a un barranco de laderas empinadas y base ancha y llana. Ryder dio algunas órdenes, y Geriel se adelantó al convoy a paso firme.

—¿Qué está pasando, Ryder? —quiso saber Amber.

Cuando respondió, él habló con el volumen suficiente como para que todo el grupo lo escuchara.

—Viene una tormenta fuerte del oeste y podría inundar el valle de repente. Tenemos que llegar a un terreno más alto y establecer el campamento allí, y tenemos que hacerlo rápido. Geriel se ha adelantado para ver si puede encontrar un lugar donde podamos salir del fondo del valle antes de desviarnos del camino principal.

Nadie perdió el tiempo con preguntas o exclamaciones. Ryder cargó a Leon sobre los hombros, Bill cargó a Penelope, y partieron por aquel sendero. El aire aún se sentía fresco y seco, pero todos habían visto las nubes detrás de ellos.

Menos de un kilómetro más adelante siguiendo ese camino oyeron a Geriel que los llamaba. Había encontrado una senda que conducía desde una curva en S en el curso del río hasta una meseta que se ensanchaba más o menos a la mitad de la altura de las paredes del valle. El suelo estaba inclinado y desparejo, pero era bastante grande como para montar las tiendas y atar a los animales. Ryder asintió con la cabeza y comenzaron la subida, arreando y conduciendo a las pacientes mulas con ellos. Incluso las que iban

cargadas con los lingotes de plata lograron superar la subida con el notable estoicismo propio de esos animales.

Amber trepó junto a una de las bestias cargadas con los equipos para acampar. El aire enseguida se estaba volviendo más frío, y la brisa empezó a tironearle la ropa. El animal se resistió y luego saltó por la escalera rocosa que era el camino. Ella se arrastró detrás de él. Tuvieron suerte. Como la lluvia venía del oeste, la curva en el curso del río implicaba que las paredes del barranco les darían algo de protección. Tan pronto como llegaron al terreno elegido, ayudó a descargar y a armar las tiendas mientras Ryder clavaba estacas en el suelo para atar a los animales.

La pesada lona comenzó a flamear en el aire, y Amber tuvo que gritar para hacerse oír por encima de las ráfagas de viento. Un estallido de luz fue seguido por un sordo retumbar de truenos que resonó en el valle detrás de ellos. Amber dirigió la mirada hacia abajo, hacia el río poco profundo. Ya se estaba haciendo más hondo y comenzaba a cubrir el camino en el que habían estado apenas unos momentos antes.

Ella estiró los tensores y trató de clavar en el suelo las estacas de la tienda a martillazos. Pero el suelo estaba seco y suelto. Imposible afirmar nada en él.

—¡Los árboles! —gritó Ryder, y ella entendió. Las acacias y los enebros esparcidos por la meseta habían estado metiendo sus raíces en las rocas durante años. Llevó las cuerdas tensoras hacia ellos y las ató lo más rápido que pudo. Maki se acercó para ayudarla, y pronto sintieron las primeras gruesas gotas de lluvia que comenzaban a caer.

Saffron metió rápido a los niños en la tienda, mientras Amber iba a buscar el saco de lo que ella consideraba las raciones de emergencia, que cargaba una de las nerviosas bestias: gruesos panes, que habían horneado antes de abandonar las chozas, y frutas secas. No era mucho, pero era algo. Ya no podían encender el fuego para cocinar. Una súbita ráfaga de viento le hizo revolotear las faldas con una fuerza tan abrupta y violenta que casi la arrojó al suelo.

Geriel estaba descargando con Ryder los lingotes de las otras mulas.

—Ponte a cubierto, al-Zahra —le gritó Ryder.

Antes de que ella tuviera tiempo de obedecer, otro destello de luz iluminó el cielo y, en el mismo momento, Amber quedó ensordecida por el estallido de un trueno. La lluvia comenzó a caer en un torrente repentino, levantando columnas de polvo del suelo. Ryder y Geriel quedaron empapados de inmediato, pero siguieron trabajando como si el viento desgarrador y los latigazos de la lluvia no fueran nada para ellos.

—¡Ahora! —gritó Ryder de nuevo, y Amber entró corriendo para reunirse con Saffron y los niños.

Leon y Penelope estaban acurrucados sobre una pila de mantas que los envolvía. Cuando Amber entró y se apartó el cabello mojado de la cara, le sonrió con gesto valiente a Leon.

—Yo no tengo miedo —dijo el niño en voz alta—. Pero a Penelope no le gustan los truenos.

—Por suerte ella te tiene a ti para cuidarla —replicó Amber.

Los costados de la tienda se estremecían y se sacudían, aunque las cuerdas seguían firmes. Amber desempacó la mitad de sus raciones y, luego, se preparó para salir corriendo de nuevo y llevar la otra mitad a la tienda donde dormían los hombres, pero Saffron la llamó.

—¡Amber! Lleva estas mantas extra para los hombres.

Amber cargó todo en los brazos y corrió los pocos pasos hasta la otra carpa. El suelo ya estaba resbaladizo. Los árboles bajos silbaban y se sacudían. Se agachó y le entregó las mantas y la comida a Maki, quien tomó todo y le agradeció. Ryder, Geriel y Bill la siguieron adentro.

—¿Cómo están los niños? —preguntó Ryder.

—Leon se muestra valiente y se ocupa de su hermana —respondió ella, y Ryder asintió con la cabeza, orgulloso, pero sin querer demostrarlo.

—Vuelve con ellos y gracias por la comida.

—¿Y las mulas?

—No están contentas —aseguró Bill—. Pero están seguras y a sotavento de la ladera, para que tengan algún reparo.

Bill se había quitado la camisa empapada y se estaba secando con una de las mantas. Amber nunca había notado antes lo bien definidos que tenía los músculos del pecho y de los brazos. Él notó que ella lo observaba y sonrió. Esa mirada hizo que ella se

estremeciera, y se alegró de que la tormenta y la lluvia pudieran borrar esa sensación en ella antes de volver a reunirse con Saffron y con su sobrina y su sobrino.

La violencia de la tormenta no dejaba de aumentar y hacerse más intensa. Los destellos de los relámpagos eran tan rápidos que parecían una luz constante que parpadeaba, y todo parecía un solo trueno en una serie de estallidos sucesivos. La tienda se hundía bajo el peso de la lluvia y aprisionaba a las dos hermanas, a Leon y a la pequeña Penelope. Una y otra vez pensaron que lo peor ya había pasado, solo para escuchar de inmediato el cañonazo del trueno que volvía a comenzar, más cerca y con mayor ferocidad.

Amber dormitó de a ratos y toda esa noche se convirtió en la sensación de ser un sueño. Creyó ver guerreros derviches en los flashes de luz y que las hambrientas hordas de Jartum irrumpían en la tienda. O que estaba mirando a los ojos enojados de Penrod en el momento en que ella rompió su compromiso. O que estaba en el bote salvavidas, viendo caer cuerpos en llamas por el costado del barco de vapor, con la sangre de Saffron pegada en los dedos. O que el cuerpo de Rusty estaba en la tienda con ellos, sangrando azogue.

De repente, se despertó. Bill le sacudía el hombro y le susurraba.

—Amber, los animales se soltaron. Necesito ayuda.

Si hubiera estado totalmente despierta o, al menos, no obnubilada por los fantasmas de su pasado, ella habría sospechado y despertado a Saffron, habría hecho algunas preguntas, pero reaccionó todavía un tanto aturdida y salió a los tropezones de la tienda. La lluvia seguía cayendo con fuerza. Bill tenía un farol que luchaba contra la densa y húmeda oscuridad, pero apenas arrojaba una luz turbia alrededor de él. Un relámpago parpadeó.

«¿Dónde está Ryder?», pensó Amber. «¿Dónde están Maki y Geriel?»

Bill ya estaba yendo a grandes zancadas hacia el sector protegido donde habían atado a los animales. Ella lo siguió. Su mente todavía estaba aturdida. Otro relámpago, y el viento se hizo más fuerte y le lanzó la lluvia contra el rostro con tal fuerza que tuvo la sensación de que le estaban arrojando grava. Las mulas estaban todas donde debían estar: asustadas y apretadas unas contra otras, pero atadas. Pero ella vio que habían cargado dos con algunas de las cajitas que contenían los lingotes de plata de la mina.

—¿Qué está pasando, Bill? —gritó ella por encima del trueno y de la lluvia. El viento llevó lejos las palabras de ella—. Los animales no están sueltos.

—Todavía no —gritó por encima del hombro, y ella vio horrorizada que él comenzaba a desatar las cuerdas que ataban y maneaban a los animales sin carga.

Corrió hacia él, tratando de tomar las cuerdas. Él le dio un golpe de revés en la cara que la envió despatarrada al lodo color óxido.

—Es hora de que me vaya, Amber —dijo— y te llevaré conmigo. Ven ahora.

—¿Ir adónde? ¡No voy a ir a ninguna parte contigo! ¿Estás loco?

Las mulas se mostraban confundidas por su repentina libertad, pero no mostraban señales de querer escapar y permanecían agrupadas.

—¡Ryder! —gritó Amber—. ¡Ryder!

Bill la miró con una especie de desdén y lástima, y le dio una fuerte palmada a una de las mulas. Esta se encogió, pero no salió corriendo.

Amber trató de ponerse de pie y volvió a gritar llamando a Ryder, esperando que por algún milagro los demás pudieran escucharla por encima de la tormenta.

—Animales estúpidos —exclamó Bill, casi para sí mismo. Tomó el revólver de la cintura y disparó un tiro justo por encima de las cabezas de las mulas. Fue suficiente. Las bestias rebuznaron, corcovearon y corrieron en un estado de pánico y caos hacia el campamento, o treparon pendiente arriba, según les dictara su instinto. Amber tuvo que saltar hacia atrás para no ser arrollada por esa huida frenética. Sintió que Bill la agarraba por la parte superior del brazo con fuerza indisimulada y la arrastraba hacia los dos animales todavía atados y cargados con la plata. Los desenganchó sin soltarla. Bill se movía con serena confianza, como si la lluvia y el viento no existieran para él.

Amber comenzó a pelear y a gritar, pero la férrea fuerza de él la retenía. Y entonces sintió la fría presión del cañón de su arma en la parte baja de la espalda.

—No te detengas —le ordenó.

Saffron salió sobresaltada de su sueño inquieto para entrar a un mundo de caos súbito. Podía oír a los animales que rebuznaban y a Ryder que gritaba.

Leon estaba despierto y la miraba fijo, con ojos muy abiertos y asustados. Amber se había ido.

—Leon, ¿vas a ser un muchacho valiente por mí?

El niño asintió con la cabeza.

—Bien. Necesito que te quedes aquí y mantengas a Penelope contigo. Solo abríguense y no se muevan. Es muy importante.

—Quiero ayudarte a ti y a papá.

Era un niño tan fuerte que ella sintió un repentino orgullo y extendió la mano para tocarle la mejilla suave.

—Con esto nos estás ayudando a mí y a papá. Nos está ayudando mucho. Cuida a tu hermana.

Parecía convencido.

—Eso haré, mami.

—Gracias —dijo ella. Luego se inclinó y los besó a ambos, con firmeza y rapidez en la parte superior de las cabezas, antes de zambullirse bajo la lluvia.

El relámpago brilló, y Saffron vio a Ryder. Tenía la camisa empapada y pegada a los anchos músculos del pecho y los hombros. Ya tenía agarradas a dos de las mulas y les gritaba órdenes a Geriel y a Maki.

Geriel estaba trepando hacia una cornisa estrecha donde uno de los animales asustados se había quedado atascado. Ryder lo agarró por la cuerda de su atadura, pero el animal coceó con ambas patas traseras, golpeó a Geriel en el hombro derecho y lo arrojó hacia atrás. Este cayó y se deslizó hasta el borde de la estrecha cornisa. Ryder saltó hacia delante y, luego, se arrojó cuan largo era sobre el barro a la vez que tendía la mano hacia Geriel. Este lo vio y se estiró hacia la mano extendida de Ryder, tratando también de poder afirmarse en el barro. Saffron gritó. Geriel estaba a punto de caer

por el borde; era imposible detenerlo, se movía muy rápido. Hasta que Ryder agarró la muñeca de Geriel. Eso lo frenó y evitó su caída. Cuando Ryder lo soltó, pudo ponerse en cuclillas, jadeando y sosteniéndose el hombro. Ryder ni siquiera hizo una pausa. De inmediato se puso de pie, recogió las ataduras de las mulas y las llevó de regreso a su refugio. Maki fue hacia Geriel, pero Geriel sacudió la cabeza y se puso de pie y fue detrás de la mula en la cornisa otra vez.

Saffron podía sentir que la ropa comenzaba a adherirse a su piel y luchó por ordenar sus pensamientos. Faroles. Eso era lo que necesitaban. Entró primero a la tienda de los hombres, pero solo para encontrar que el farol de ellos se había caído y estaba destrozado. Fue de nuevo a su propia tienda. Leon la miró con atención. Penelope estaba acurrucada con fuerza contra el pecho de él.

—Mi querido muchacho —dijo Saffron tan tranquila como pudo —, necesito el farol para ayudar a papá.

Él entendió de inmediato.

—No nos preocupa la oscuridad, mami —le aseguró él.

Ella lo tomó y se alejó bajo la lluvia hacia el lugar donde se ataban los animales. Ryder le quitó el farol sin decir palabra.

—¿Dónde está Bill? ¿Y dónde está Amber? —preguntó Saffron.

Ryder miró a su alrededor.

—¿Amber no está con los niños?

—Leon está cuidando a su hermana, están perfectamente bien — afirmó con más confianza de la que sentía.

Antes de que Ryder pudiera responder, Geriel surgió de la oscuridad. Tenía cortes y rasguños en un lado de la cara y estaba muy agitado.

—Señor Ryder, todavía faltan dos mulas y creo… creo que parte de la plata ha desaparecido.

—¿Bill? —exclamó Saffron con asombro—. Ryder, no puede ser.

—¿Viste otro camino que bajara desde aquí, Geriel? —inquirió Ryder—. ¿Uno que no atraviese el campamento?

—Un sendero de cabras, por ahí. —Señaló más allá del lugar de amarre de las mulas.

—Ata a los otros animales. Iré a buscar mi arma —dijo Ryder.

Apenas se dio vuelta, Saffron se precipitó hacia él.

—¡Saffron!

—Se está llevando a Amber —gritó ella por encima de los nuevos aullidos del viento—. ¡De prisa!

El sendero era empinado y estaba resbaladizo por la lluvia. Con los destellos de los relámpagos que seguían produciéndose en ráfagas regulares y hacían que el cielo se volviera púrpura y gris, Amber pudo ver cómo esa huella llevaba hacia el fondo del valle. Un nuevo ruido la sorprendió. Era el torrente de agua. La plácida corriente junto a la que ellos habían pasado más temprano aquel día ya se había convertido en un río, marrón oscuro y moteado de espuma.

—Has trabajado con nosotros durante años y ahora te has convertido en un ladrón —gritó Amber—. ¿Por qué?

—Solo estaba esperando para tomar lo que yo quería, querida —respondió él.

Amber avanzaba lo más despacio que podía. Se movía con seguridad después de años en las tierras altas, pero en esa ocasión se movía con la cautela de una anciana.

—Entonces toma la plata y suéltame.

Él le apretó más la estrecha boca del revólver en la espalda.

—Oh, no, Amber. No podría irme sin ti. Tengo los planes más maravillosos para nosotros una vez que nos reunamos con mis amigos.

—¿Quiénes son tus amigos?

Él se rio entre dientes.

—Creo que lo sabes. Cuando tu leona se fue, resultó mucho más fácil encontrarse con ellos de vez en cuando. Ofrecerles algunos consejos de amigo.

—¡Los bandidos! Entonces sí *estabas* hablando con ellos.

—Obviamente.

Ella se dio vuelta y lo miró a los ojos. La lluvia los había empapado hasta la piel; el agua corría por los altos pómulos de él, y sus ojos parecían más oscuros y feroces de lo que habían sido hasta ahora. Ya no eran inexpresivos y sin brillo, sino que estaban bañados por una luz grisácea. Ella sintió una repugnancia instintiva y profunda, y miedo. Él se le acercó para que ella pudiera sentir el calor de él contra el cuerpo. El arma dura y fría seguía apretada contra el vientre de ella.

—No me amas —habló ella—. ¿Por qué corres este riesgo de llevarme contigo?

—Ya verás. El destino te puso en mis manos, querida. ¿Cómo podría yo rechazar un regalo tan perfecto? —Le apretó el arma con más fuerza sobre el vientre—. Ahora deja de ganar tiempo, señorita Benbrook, o tendré que enojarme.

Ella se alejó de él y dio otro paso por el sendero. Bill era un buen tirador. Se preguntó cuánto tendría que alejarse para tener la oportunidad de que él fallara. Miró a derecha e izquierda, buscando un refugio en la oscuridad.

—¡Amber!

Era la voz de Saffron, débil por encima del ruido del viento y la lluvia torrencial. Él ni siquiera miró a su alrededor, sino que la empujó hacia adelante. Por el rabillo del ojo lo vio envolviendo las cuerdas de las mulas con mayor firmeza alrededor del antebrazo.

—¡Amber!

El grito sonó más fuerte, más cercano. Ella escuchó algo más, una nota más profunda en el rugir del agua que corría por el cauce del río, pero no tuvo tiempo de preguntarse qué podría ser. Si Saffron la estaba buscando, también debía estar Ryder, y ambos eran tiradores de primer orden. Se atrevió a mirar por encima del hombro y deseó que estallara un relámpago.

Bill arrojó su farol en un amplio arco. Un disparo sonó detrás de ellos, y el farol se hizo añicos en el aire. El rugido que venía de más arriba en el valle aumentaba el volumen, y la temperatura del aire de repente pareció descender. Un fuerte relámpago parpadeó al otro lado del desfiladero y, en esa breve iluminación, Amber vio y comprendió. El torrente del río subía cada vez más. Obligada a avanzar, parpadeó en la oscuridad y vio una pared de agua oscura y agitada que corría hacia ellos. Bill también la vio.

—¡Arriba! ¡Muévete! —le gritó él.

Amber cayó de rodillas y comenzó a trepar con las manos por las piedras resbaladizas por el barro. Las mulas rebuznaban y tiraban hacia atrás con sus ataduras. Amber avanzó con desesperación más arriba en la pendiente a medida que el rugido del agua se acercaba. Otro parpadeo de luz, y vio a Ryder por encima de ella en el sendero principal, con el rifle levantado. Ella estaba entre él y Bill. Ryder apenas movió el rifle y disparó.

Amber se dio vuelta a tiempo para ver cómo su disparo derribaba a una de las dos mulas cargadas. El animal cayó, y el peso repentino en la cuerda causó que Bill se sacudiera con brusquedad hacia atrás. El otro animal trató de avanzar más allá de ellos. Bill rugió y se lanzó hacia adelante. Amber sintió que los dedos de él le tomaban el tobillo.

La primera ola de la súbita inundación la envolvió y la arrastró lejos del borde del camino. Se agarró de la raíz leñosa de un arbusto espinoso justo encima de su cabeza y sintió que de inmediato comenzó a ceder. La mano de Bill en el tobillo no se aflojó, pero como la fuerza de la corriente de agua lo empujaba, Amber sintió que el peso del hombre tiraba de ella cada vez con más ferocidad. Sintió que se le estaban destrozando las articulaciones. Ella gritó, y la boca se le llenó de barro y agua, y la basura que arrastraba el río la golpeó en el costado, y todo se volvió sufrimiento y confusión.

—¡Amber! —La voz de Saffron sonó fuerte y cercana.

Amber trató de moverse, luego sintió los brazos delgados y fuertes de su hermana que la agarraban por el pecho, tratando de sacarla de las aguas turbulentas. Amber levantó la cabeza por encima del agua, gritó y pateó con fuerza para golpear con el talón del pie libre la mano de Bill. Una vez, dos veces, hasta que de repente se soltó, y Saffron la arrastró fuera de las aguas.

Durante un minuto, las dos hermanas permanecieron juntas a orillas del torrente, jadeando. Luego Saffron se incorporó y se sentó. Arrastró a Amber hacia ella con un gemido.

—¿Saffy?

—¡Ryder! Estamos aquí. Las dos.

Un segundo después, él estaba junto a ellas. La repentina inundación comenzó a disminuir, y las aguas corrían por la parte baja de la ladera de la quebrada. La lluvia había cesado, y el repentino amanecer africano ya estaba casi con ellos. La tormenta estaba pasando, y siguió su rumbo hacia el sur y el oeste hasta que su furia se desvaneció en el ancho cielo. De Bill y las dos mulas, no había señales.

—¿Está muerto? ¿Por qué intentó llevarte? —preguntó Saffron.

—Ese fue un tiro brillante, Ryder —observó Amber mientras los abrazaba a ambos y los apretaba bajo la lluvia suave—. No lo sé, Saffy. Dijo que tenía planes para mí. —Se estremeció—. Y dijo que

había hablado con los bandidos. Pero no entiendo nada.

De repente, Saffron extendió una mano y tomó la de su esposo.

—¡Ryder! ¡Ya no tenemos la carga de plata completa! ¿Menelik nos concederá la tierra igual?

—Debe hacerlo —respondió Ryder—. Debe hacerlo.

Menelik se enteró de su llegada y envió hombres a encontrarlos. En la atmósfera reinaba una cierta excitación que Ryder no pudo identificar. A medida que ingresaban en la ciudad y se dirigían a la casa que Menelik les había asignado, Ryder vio a representantes de todos los pueblos etíopes entre la multitud. Le hizo un comentario a su escolta sobre lo que haba visto, pero este solo sonrió y dijo que tal vez las lluvias habían sido mejores este año de lo que habían sido durante algún tiempo, y que esperaba que lo peor de la plaga del ganado hubiera ya pasado.

Ryder dejó a Amber, a Saffron y a los niños en la casa para luego ir al nuevo palacio y ver allí cómo contaban la plata en la tesorería de Menelik. Cuando el conteo dio una cifra menor a la esperada, con toda serenidad pidió una audiencia con el rey de reyes. Y le fue concedida. Ryder llevó a Geriel y Maki consigo. No los condujeron a la sala principal de audiencias, sino a una pequeña cámara lateral, donde encontraron a Menelik solo, sentado en un taburete tapizado en terciopelo, y la mesa a su lado cubierta de papeles. Geriel y Maki pusieron una rodilla en tierra y Ryder hizo una profunda reverencia.

—Así que al final no pudo llegar a la cantidad prometida, señor Ryder —dijo Menelik—. Perdió su tierra.

—Mi señor —replicó Ryder con firmeza—, le pido que escuche el testimonio de estos dos hombres.

Menelik asintió y, después de intercambiar miradas nerviosas, Geriel y Maki le contaron al rey de reyes sobre la traición de Bill Peters y juraron por el exacto número de lingotes que llevaban cuando dejaron la Mina Courtney.

El monarca escuchó con atención y luego los despidió. Le pidió a Ryder que se quedara y lo invitó a sentarse frente a él.

—Hace bien en ofrecerme a mi propia gente como testigo, Ryder —observó Menelik cuando estuvieron solos—. Espero que la señorita Amber no esté herida.

—Gracias a Dios, ella está bien. Mi señor, tengo una petición. Si el préstamo de mi parte de esta última carga de plata puede ser de alguna utilidad para usted, le ruego que lo acepte. Naturalmente, no pediría ningún interés en estos tiempos difíciles. También deseo informarle que una vez que la concesión a perpetuidad sea concedida, y la nación esté en paz, mi intención es volver a El Cairo con mi familia y dejar la gestión de la mina en manos de Tom Western, a quien llamamos Patch.

Menelik lo estudió con cuidado.

—Usted es un hombre astuto. Un hombre con tacto. Si yo pensara que la vida de cortesano pudiera ser de interés para usted, lo mantendría en Addis. Y sí, el préstamo de su plata será útil. Aunque insisto en que conserve en dinero en efectivo la cantidad que sea necesaria en los próximos meses.

Menelik hizo una pausa, y Ryder observó su rostro. El emperador se mostraba serio.

—Pero no puedo concederle la tierra —continuó—. Estoy vigilado por todos lados a la espera de alguna debilidad y no puedo mostrar ninguna. Hoy no es el día en que yo pueda renegociar sin ventaja con un hombre blanco.

—No puede quitarme la mina —reaccionó Ryder con ferocidad y se levantó.

Menelik se puso de pie y estiró la mano, en un gesto grande y amplio que pareció rasgar el aire.

—¡No le diga a un emperador que «no puede», señor Ryder! —exclamó en un rugido—. No recibo órdenes suyas.

Ryder se balanceó hacia atrás sobre sus talones, pero se mantuvo firme.

—¿Es esto justicia? —preguntó escupiendo las palabras.

Menelik dio dos largas zancadas hasta que sus caras quedaron a pocos centímetros de distancia. Ryder podía sentir su aliento caliente en el rostro mientras se miraban a los ojos.

—Si lo digo yo —sentenció Menelik, lento y claro—, es justicia, es ley y es verdad. —Se dio vuelta y levantó las manos.

Ryder se dio cuenta de que la audiencia llegaba a su fin. Tenía que encontrar las palabras adecuadas de inmediato, antes de que Menelik golpeara las manos para llamar a sus sirvientes, o lo perdería todo.

—Deme tiempo entonces —pidió Ryder, y Menelik se detuvo expectante—. Va a llamar a mis hombres para que peleen a su lado, como es su derecho y el deber de ellos. Cuando regresen, después de su victoria, a su hogar en la mina, deme un mes para compensar el faltante.

Menelik dejó caer las manos y no respondió de inmediato. Volvió a sentarse en el taburete elevado. Las campanas de plata en los bordes del tapizado de terciopelo sonaron con su característica suavidad.

—Si pierdo esta guerra, señor Ryder —comentó con más delicadeza—, quienquiera que ocupe mi lugar no le dará otro mes. Va a tomar su mina y toda la plata que esté sin vender en mi tesoro.

—Pero usted *no* va a perder, mi señor —respondió Ryder.

Menelik lo miró.

—¿Está apostándolo todo por mi éxito? ¿No está tentado de correr hacia los italianos y tratar de refugiarse bajo su ala?

Ryder negó con la cabeza.

—El emperador Juan me otorgó el sello de Salomón y de Judea, y lo he llevado con orgullo cada día desde entonces. No lo voy a traicionar, ni a la memoria de él, ni a usted. Concédame un mes después de su victoria, señor.

Menelik apoyó el codo en la mesa.

—Ha alimentado a mucha gente en tu campamento minero durante la plaga del ganado, ¿no es así?

Ryder vaciló.

—Eso fue obra de la señorita Amber, señor.

Menelik sonrió.

—¡El honesto Ryder, incluso en este momento! Yo sé que fue obra de ella, pero usted no ahuyentó a los refugiados. La dejó hacer lo correcto, incluso cuando le costó mano de obra, madera y tiempo. Así que le devuelvo ese tiempo.

Ryder sintió que su respiración se estabilizaba.

—Tendrá su mes, pero no más. Tendré que ser firme en la victoria, si Dios me concede la victoria, pero yo le daré ese mes.

Amber, Saffron y Ryder estaban con los niños en el mercado cuando los tambores de guerra comenzaron a sonar. Saffron cargó a Penelope en la cadera, y Ryder caminó con Leon sobre los hombros,

y juntos se unieron a la multitud emocionada que avanzaba hacia el centro de la plaza.

El jefe de la guardia personal del emperador esperó a que las masas se acercaran. Iba montado en un semental alazán y llevaba puestas sus mejores galas: un tocado de piel de león y una capa con un panel de cuero decorado que le cubría el pecho. Debajo de la capa, llevaba una túnica de ondulante seda verde y pantalones de un blanco puro. Su escudo estaba decorado con bronce y, además de su espada, llevaba un fusil M1870 Vetterli al hombro.

A cada lado de él, un hombre hacía sonar un *negarit*, el enorme tambor de guerra, cuyo ritmo profundo y resonante convocaba a la gente a dejar sus negocios, sus casas, sus campos. Cuando la multitud estuvo congregada, el hombre a caballo dio una orden y los tambores dejaron de sonar. El repentino silencio resultó casi sobrecogedor.

Ryder bajó a Leon de sus hombros, pero mantuvo agarrada su manita cuando el hombre a caballo comenzó a hablar.

—Soy la voz de su emperador Menelik, rey de reyes, león de Judá. ¡Escúchenme!

La atención de la multitud era tan completa que parecía que hasta había dejado de respirar para escuchar.

—Un enemigo ha venido del otro lado del mar. Ha atravesado nuestras fronteras para destruir nuestra patria y nuestra fe. Le permití apoderarse de mis posesiones y entré en largas negociaciones con él con la esperanza de obtener justicia sin derramamiento de sangre. Pero el enemigo se niega a escuchar. Continúa avanzando. ¡Basta! Con la ayuda de Dios defenderé la herencia de mis antepasados y haré retroceder al invasor por la fuerza de las armas. ¡Que todo hombre que tenga suficiente fuerza me acompañe! Y si no puede, ¡que rece por nosotros!

Apenas el heraldo de Menelik terminó de hablar, tomó las riendas de su caballo y, seguido de los tambores, se abrió paso entre la multitud hacia el palacio. La multitud se dispersó rápido. Hombres a pie o a caballo ya se estaban dirigiendo a las capitales regionales y los pueblos mercantiles con copias de la proclama y detalles sobre dónde y cuándo debían reunirse.

—Así que finalmente hemos llegado a esto —observó Amber.

—Era inevitable desde el momento en que le contaste a Menelik

sobre el tratado —sentenció Ryder.

Antes de que Amber pudiera protestar diciendo que no era justo culparla a ella por toda una guerra, escucharon que alguien llamaba a Saffron. Vieron a un hombre blanco bastante anciano que se les acercaba desde el otro lado de la plaza. Fue Saffron quien lo reconoció primero.

—¡Yuri Alexandrovich! Penelope, mi amor, este es el médico que ayudó a mamá la noche en que naciste.

Penelope tuvo un repentino ataque de timidez y ocultó el rostro en el cuello de su madre.

—¡Doctor, me alegro de verlo! —saludó Saffron.

—Yo también me alegro de verla. A usted y a ti, pequeña Penelope. —Extendió un dedo para acariciarle la mejilla a la niña y esta lo recompensó con una sonrisa breve y deslumbrante—. Pero debo hablarles a todos ustedes. He oído rumores en San Petersburgo de que su ingeniero, Bill Peters, no es el hombre que creíamos que era.

—Lo sabemos —replicó Amber sin más—. Trató de secuestrarme y se robó nuestra plata, pero murió en el intento.

El médico parpadeó sorprendido.

—Bill Peters sí existió —explicó—, pero murió en Bohemia hace algunos años, al parecer.

—Venga con nosotros, doctor —invitó Ryder—. Y cada uno dirá todo lo que sabe.

El ejército de Menelik obtuvo su primera victoria tres meses después. El mayor Pietro Toselli y sus hombres, que se habían adelantado cuarenta y cinco kilómetros y se habían alejado del resto de las tropas italianas, fueron atacados en Amba Alagi por la guardia de avanzada de Menelik y fueron aniquilados. Penrod atribuyó la derrota al general Arimondi por sus órdenes poco claras y culpó a los oficiales de telégrafos italianos por hacerlas más confusas todavía. Culpó a Pietro por mantener su posición con mil hombres cuando se dio cuenta de que la guardia de avanzada del ejército de Menelik era de al menos veinte veces ese número. Pero Toselli estaba esperando refuerzos y creía que sus órdenes eran mantener su posición. La marcha de Arimondi y sus hombres, que avanzaron hacia Amba Alagi y luego hicieron una retirada táctica de regreso a Mekele con los traumatizados restos de las fuerzas de

Toselli, fue un acto notable de habilidad y valentía militar.

Penrod habría volado el fuerte de Mekele para continuar la retirada hasta que Arimondi pudiera unirse a las fuerzas de Baratieri, pero el general no estuvo de acuerdo. Mekele estaba llena de valiosos suministros, y él creía que el fuerte sería una base perfecta para futuras acciones ofensivas contra los nativos.

Dejó una guarnición de mil doscientos hombres al mando del capitán Galliano.

—Volveremos en unos días —aseguró y se fue.

En una semana, el vasto ejército de Menelik los había rodeado.

De vuelta en la Mina Courtney, la Navidad llegó y pasó. El complejo minero estaba extrañamente tranquilo, ya que la mayoría de los hombres se habían ido a pelear con Menelik. Ryder entrenó en el uso de los rifles a los hombres demasiado jóvenes o viejos como para unirse a su emperador y, con frecuencia, enviaba patrullas que se movían en amplios arcos alrededor de su tierra. Todos los días se escuchaban rumores de que llegaban de Italia refuerzos de miles de soldados y, a principios de febrero, un anciano de una aldea a cuatro o cinco kilómetros al oeste los visitó con la noticia de que habían tomado el fuerte Mekele.

—Los italianos pelearon como leones —les relató mientras dibujaba un plano del fuerte en la tierra, delante de la iglesia—, de modo que Menelik ordenó que se les permitiera retirarse con todos los honores militares. ¿Por qué creen ustedes que hizo eso?

Los niños y niñas pequeños del complejo que se habían agrupado alrededor él, Leon y Penelope entre ellos, sacudieron las cabezas.

—¡Se lo diré! Nuestro emperador es astuto. ¡Ahora miren! Los perros italianos están aquí. —Trazó una línea. Era la ruta inglesa que atravesaba todo Tigray y llegaba hasta Addis Abeba. Y clavó su bastón donde los italianos ocupaban una posición fuerte en Adagamus—. Pero ¡Menelik no quiere luchar contra ellos entre esas colinas! Él quiere dar batalla en el oeste —giró el bastón hacia Adua —, donde tiene espacio para moverse. Pero él no quiere mostrarles su punto débil al pasar. Podrían dispararle. —El bastón se convirtió en un rifle—. ¡Bang, bang!

Los niños chillaron y se rieron.

—Entonces, ¿qué hizo, abuelo? —intervino Leon.

—Bueno, mi pequeño cachorro, él hizo que todos esos valientes italianos de Mekele marcharan junto a él, así que ahora, cuando se vuelva hacia Adua, donde quiere estar…

—¡Los italianos no podrán dispararle! —gritó Leon—. ¡Podrían

dispararles a sus propios soldados!

—Así es, muchacho —respondió el anciano.

Ryder y Saffron estaban observando a unos pocos pasos de distancia. Saffron miró a su marido.

—Esto no puede durar mucho más, ¿verdad, Ryder? Los hombres de Menelik pronto se van a quedar sin alimentos.

Ryder sostuvo el delgado cuerpo de Saffron cerca de él, pero no le respondió. No había olvidado lo que le había dicho Menelik. Si el rey de reyes perdía esta guerra, ellos perderían la mina.

La alarma despertó a Saffron en medio de la noche. El repique de una campana resonó en la ladera. De repente, el tintineo rápido se interrumpió. Antes de que ella abriera los ojos, Ryder ya había saltado de la cama y se estaba poniendo los pantalones. Tomó el rifle del soporte junto a la puerta y salió. Saffron hizo lo mismo, pero antes de poner la mano en el pestillo, escuchó un golpeteo de pasos detrás de ella. Leon se había despertado.

—Mamá, ¿adónde vas? ¿Por qué llevas tu arma?

—Quédate aquí y protege a tu hermana, Leon —le dijo deprisa.

—Pero ¡siempre yo tengo que cuidarla!

Saffron se agachó para poder mirarlo a los ojos.

—Leon, algún día será tu obligación salir corriendo de la casa cuando suena la alarma, sé que así será, pero por ahora, tu trabajo es cuidar a Penelope para que papá y yo podamos hacer lo nuestro. Y ese es un trabajo muy importante. ¿Lo entiendes?

—Creo que sí.

—Gracias, Leon.

Él retrocedió un paso, y Saffron se fue.

Las mujeres y los niños del poblado, despertados por la campana, habían salido trastabillando al frío amanecer. Ryder no podía ver nada por la neblina que se levantaba del río. Les ordenó a Patch y a los muchachos más grandes que tomaran rifles y municiones y se refugiaran detrás de los pesados bancos de troncos. La mayoría de los rifles buenos habían ido a la batalla con los hombres. Las mujeres llevaban cuchillos. Él les ordenó entrar a la iglesia con los niños.

Bandidos. Los bastardos habían visto su oportunidad, pero Ryder todavía tenía una decena de hombres, trabajadores calificados demasiado viejos como para alistarse en el ejército y soportar los

rigores de la marcha, pero criados con el orgullo marcial de su gente.

Cuando los bandidos se dieran cuenta de que había algunos hombres armados en el complejo minero, iban a retirarse en busca de presas más fáciles. Ryder estaba irritado, pero no sorprendido ni asustado. Todo guerrero etíope digno de ese nombre estaba con Menelik o atacando las rutas de provisiones de los italianos. Quienquiera que se ocultara en la neblina no podía representar una amenaza real ni para él ni para su gente.

—¡Aquí no van a encontrar carne fácil, chacales! —gritó a la oscuridad.

Ryder dio la orden, y los defensores del complejo dispararon todos juntos una sola vez a manera de advertencia.

—¡Ahora corran como los cobardes que son, o los próximos disparos darán en el blanco!

Ryder esperaba escuchar los ruidos de la retirada de inmediato, pero no se escuchó nada. En cambio, desde la neblina, la respuesta fue una descarga cerrada. Los disparos fueron disciplinados y bien dirigidos. El polvo delante de la iglesia saltó en docenas de ordenadas columnas.

Oyó un clic a su lado. Era su esposa, todavía despeinada y somnolienta, cargando con tranquilidad su revólver.

—¿Qué demonios? Ryder, esos deben ser unos veinte rifles.

Una voz habló desde la neblina, en inglés.

—Buenos días, Courtney —saludó.

—¡Bill Peters! ¡Y yo que esperaba que estuvieras muerto! —exclamó Saffron. Ella dio un paso adelante y le disparó a la niebla. Escucharon que la bala golpeó una piedra.

—¡Y la señora Saffron está aquí! —Bill se rio.

Saffron miró indignada a su marido.

—¿Cómo supo que fui yo?

—Nadie más aquí iba a disparar sin que yo lo ordenara, y yo no haría un disparo directamente a la neblina como un idiota —respondió Ryder.

Saffron frunció los labios.

—Él suena diferente, ¿no?

El acento de Bill, lento y elegante, resonó en la plaza.

—Aun así, por hermoso que sea conversar, uno de mis hombres

tiene un mensaje para los miembros de este complejo minero.

Una voz fuerte comenzó a hablar en amárico.

Patch corrió hasta ellos agachándose.

—¿Qué dice? No puedo entenderle.

Ryder tradujo, sintiendo un frío cada vez mayor en las tripas.

—Está diciendo que no quieren matar a sus compatriotas ni a las mujeres. Si nuestra gente les entrega a los blancos a ellos, no les harán daño. Si se resisten, entonces nos matarán a todos.

—Maldito sea. ¿Qué posibilidades tenemos?

—Confío en nuestra gente —dijo Ryder, con los ojos oscurecidos por la ira.

Era fácil decirlo, pero tenían una docena de rifles para proteger a cincuenta mujeres y a casi otros tantos niños. Si Bill tenía veinte rifles a sus órdenes, aquello podría convertirse en una masacre.

Un movimiento llamó la atención de Ryder. Las mujeres salían de la iglesia escabulléndose para perderse entre las sombras.

—¿Cuál es su respuesta, hombres de Tigray? —preguntó la voz en la neblina.

Fue Tadesse quien respondió desde el otro lado de la plaza.

—¡Un minuto, estamos decidiendo!

—¡Lo mataré! —susurró Saffron.

—Tráelos al frente —respondió la voz.

Tadesse se acercó a ellos con sigilo desde las sombras. Amber estaba con él.

—Señor Ryder, Balito, Agnes y Marta se han ido al camino del otro lado con sus hijos mayores. El viejo John y Simon están cruzando el río junto a la mina. ¿Puede hacer que Bill hable un rato más?

—Lo haré. Envía a Kassa y Adera al norte.

—Sí, señor Ryder.

La voz llegó desde la neblina otra vez.

—¡Ahora, abuelos e hijos de Tigray!

—¡Iremos! —gritó Ryder—. No quiero la sangre de las mujeres y los niños en nuestras manos. Pero ¿quién eres tú, Peters? ¿Quién eres en realidad? Sabemos que el verdadero Peters murió un año antes de que nos conociéramos.

La voz respondió, perezosa y clara.

—Él trabajó para mí por un tiempo, luego me di cuenta de que

yo quería sus documentos más que su trabajo.

—¿Cómo te llamas? —dijo Ryder en un rugido a través del aire húmedo de la mañana—. ¿Por qué nos engañaste durante tanto tiempo?

Ryder casi podía verlo, una forma de sombra y neblina.

—Ve con ellos —ordenó Peters en un amárico defectuoso—. Toma sus armas y átales las manos.

Por encima de ellos oyeron un grito repentino y el ulular de las mujeres. Habían sorprendido a uno de los pistoleros en el sendero alto con sus cuchillos.

Oyeron el grito de Bill:

—¡Cuidado con la señorita Amber! ¡No le hagan daño a ella! ¡Maten a los demás!

Amber se arrojó al suelo apenas los primeros disparos comenzaron a levantar el polvo a sus pies. A Patch le dieron en el hombro, y cayó con un grito ahogado. Dos de las mujeres del complejo corrieron hacia él, lo agarraron y lo arrastraron para ponerlo a cubierto. Ryder y Saffron fueron hacia la derecha y se agacharon detrás de los bancos de troncos. Más disparos, más gritos. Se escuchaban disparos de rifles por todos lados.

Al fin, la neblina se estaba levantando para ser reemplazada por cambiantes nubes de humo. Saffron disparó al lugar donde había visto el destello de un anticuado mosquete y alguien cayó al agua.

Ryder levantó su rifle y disparó. Otro de los bandidos en la orilla opuesta cayó y rodó por la pendiente hacia el río.

—Oh, Dios —exclamó Saffron.

Ryder miró hacia donde ella señalaba. Acababan de encender una fogata junto a donde estaba enterrado Rusty. Junto a ella había un arquero. Mientras miraban, el hombre puso una de sus flechas en las llamas, y ellos vieron cómo empezaba a arder. Ryder ya había visto antes flechas de fuego: se prendía fuego a una estopa empapada en aceite justo detrás de la punta un instante antes de que el arquero disparara. Las flechas con fuego no podían dispararse con precisión ni a gran distancia, pero el arquero no le apuntaba a Ryder o a su gente, sino a sus viviendas. La primera flecha dio en el suelo, a pocos metros de la choza de Ryder. Ryder apuntó al hombre y controló su respiración. El arquero encendió otra flecha y tensó del nuevo el arco. La flecha voló por el aire y

cayó antes de lo calculado. Uno de los niños gritó y le echó arena encima.

—¡Ryder, date prisa! —susurró Saffron.

Ryder apretó el gatillo y el arquero cayó de rodillas, pero su tercera flecha ya estaba en el aire. Voló con una gracia casi perezosa y se enterró en la paja del techo de su choza.

—¡Los niños! —Saffron se dio vuelta para correr y atravesar la plaza, pero una ráfaga de disparos la hizo retroceder.

Ryder pudo ver a Bolta, uno de los hombres de Patch, agachado del otro lado de la plaza.

—¡Bolta! —señaló—. ¡Cubre a la señora Saffron!

Ambos apuntaron sus armas a la orilla norte, y Saffron corrió hacia la choza, llamando a gritos a Leon. El techo de paja estaba seco como yesca. Ryder ya podía sentir el calor en la espalda. Siguió disparando. Escuchó un terrible gemido detrás de él. Parte del techo se estaba derrumbando. Se dio la vuelta y, al girar, vio a Amber. Estaba de pie muy quieta en el centro del humo y la confusión. Por un momento se sorprendió, luego vio un brillo en la garganta de ella. Bill la sostenía por detrás, con un cuchillo en el cuello, y la arrastraba hacia atrás, al otro lado del río.

—¡Ryder! —Escuchó gritar a su esposa.

Amber lo vio. Ryder creyó ver que ella movía los labios, pero no pudo saber qué decía. Él se dio vuelta y corrió hacia su hogar en llamas. Saffron estaba en la puerta, tosiendo; en el centro de la choza, vio a su hijo y a su hija tomados de la mano. Penelope estaba llorando, y la cara de Leon estaba blanca. Entre ellos y la puerta había un montón de paja en llamas.

—¡Leon! ¡Toma a tu hermana y corre hacia mí!

—¡Pero, papá! —El niño estaba congelado.

Ryder saltó hacia adelante y sintió que se le chamuscaba el cabello, y tomó a ambos niños en sus brazos. Hubo otro choque y otra ola de calor detrás de él. No pudo evitar el fuego. Corrió hacia adelante, hacia la plaza. Sintió manos por todos lados alrededor de él. Alguien le quitó a los niños, alguien le arrojó una manta sobre él para sofocar las llamas y escuchó gritar a Tadesse. Luego lo hicieron caer hacia adelante y rodó pendiente abajo hacia el río. El frío le produjo un intenso *shock* por los brazos y la espalda, y luego comenzó a aliviar el ardor.

Los disparos habían cesado. Los habitantes del complejo minero volvían a la plaza. Algunas de las mujeres lloraban; eso quería decir que alguien había muerto. Comenzaban a dolerle los brazos y la espalda, pero podía ver a Saffron con los niños y oyó que los dos lloraban. Marta le estaba dando agua a Patch. Tadesse estaba a su lado en el río.

—¿La señorita Amber? —preguntó Ryder—. ¿Dónde está la señorita Amber?

La voz de Tadesse temblaba cuando respondió:

—Él se la llevó.

Mientras Tadesse alisaba una mezcla de aceite y hierbas sobre los antebrazos y los hombros de Ryder, donde el fuego le había quemado la piel, hicieron un plan. Ryder iba a rastrear a Peters lo mejor que pudiera, mientras que Tadesse y Saffron irían al campamento de Menelik cerca de Adua a pedir ayuda. Patch y Marta se ocuparían de los niños y los heridos.

Ryder se estremeció cuando los dedos de Tadesse tocaron las quemaduras y, cuando levantó la vista, vio a Patch que se rascaba la cicatriz en la mandíbula.

—¿Qué pasa, Patch?

—Fui a buscar al primo de Marta, Ryder. Estaba de patrulla anoche. Supusimos que podría haber sido él quien hizo sonar la alarma.

Ryder sintió un nuevo escalofrío en la sangre.

—¿Lo encontraste?

Patch encogió los hombros.

—Esperaba que se hubiera asustado y salido corriendo, pero no. Lo encontramos. Lo degollaron mientras tocaba la campana junto a los hornos.

—Lo siento, Patch.

—Lo sé. La cuestión es, señor Ryder, yo me pregunto: ¿por qué vinieron por ahí? Así que fui a investigar y… no hay límite para el despecho de este Bill Peters. Derribaron la Presa del León e inundaron el depósito de carbón antes de venir contra nosotros.

Ryder miró la tierra a sus pies. Así que era eso. Incluso si Menelik hacía retroceder a los italianos y todos sus trabajadores regresaban, ya no había forma de poder compensar el déficit de plata. La mina estaba perdida. Que así fuera. Ya había hecho y

perdido fortunas en África antes, pero no iba a permitir que le hicieran perder a Amber. Se levantó, tomó la camisa que Saffron le entregó y se la puso.

—Cuida a nuestra gente, Patch —ordenó.

Recogieron rápido su equipo de viaje y partieron cada uno en sus diferentes direcciones tres horas después de que el último disparo de rifle había sido disparado.

Durante la primera hora, el rastro que habían dejado los bandidos era claro. Ryder avanzó rápido, luego se dio cuenta de que había estado siguiendo una pista falsa. Dio media vuelta y redescubrió el camino correcto, pero lo perdió de nuevo a unos siete u ocho kilómetros del complejo minero. Estos bandidos eran astutos. Se obligó a descansar y pensar. Debían tener una base. Solo tenía que encontrarla. Dibujó un mapa en el polvo del suelo y marcó en él todas las incursiones de las que había oído hablar. A ellos les convenía tener algún lugar cerca de los mejores y más rápidos senderos, pero no demasiado cerca de sus áreas de caza preferidas. Dibujó un círculo en el polvo. En algún lugar cerca de Suria. Tenía que ser ahí.

Se puso de pie y se echó la mochila al hombro.

El ejército italiano, reforzado con nuevos reclutas, había estado acampado en Suria desde hacía ya dos semanas. Mientras caminaba a grandes zancadas hacia la tienda del general Baratieri, Penrod podía distinguir con facilidad a los recién llegados, pálidos y con los ojos muy abiertos, entre los hombres ya bronceados por el sol después de meses de estar en Tigray. Cuando Penrod tomó asiento en el círculo entre los generales al mando de las fuerzas italianas, junto a Baratieri, pero con su silla retirada un poco hacia atrás, Albertone lo miró con abierta hostilidad.

—¿Por qué está aquí el inglés? El mayor Ballantyne es un buen soldado, pero este asunto es nuestro. ¿Con qué derecho se sienta entre nosotros?

Penrod no dijo nada, pero le devolvió con calma la mirada a Albertone, que lo miraba fijo.

Baratieri habló rápido:

—Es mi invitado. Él está aquí a petición mía. Los consejos de Ballantyne sobre cómo repeler los ataques renovados de los derviches en la frontera sudanesa han sido invaluables. Él nos ha dado, sistemáticamente, mejor información que la mayor parte de nuestros exploradores de confianza y ha recorrido el área a caballo en varias ocasiones desde que acampamos aquí. Habríamos sufrido pérdidas mayores en estas escaramuzas perpetuas sin él.

Albertone resopló.

—¿De qué sirve eso? Yo mismo puedo dar esa información. Polvo, colinas y malos caminos. Todos hemos estado aquí el tiempo suficiente como para ver eso. Nuestro primer ministro tiene razón: estas escaramuzas no han sido más que un desperdicio militar, no una campaña. Es hora de actuar.

Penrod no mostró reacción alguna, pero estaba enojado. No le importaba que a Albertone le disgustara su presencia en el consejo, pero mostrar desprecio por Baratieri, su oficial al mando, delante de los otros generales de brigada era vergonzoso. Y lo que era peor,

Baratieri fingía ignorar la insubordinación. Se lo veía mal. A Penrod le pareció que tenía el aire de un hombre a punto de desmoronarse desde adentro. La matanza de Amba Alagi lo había envejecido veinte años, y la forma en que Menelik lo había engañado al usar a los prisioneros del fuerte de Mekele para dirigirse al oeste, dándole perfecta seguridad al flanco de su vasto ejército, lo había quebrantado y confundido. Luego vino el último telegrama amargo del primer ministro Crispi, que Albertone citaba en ese momento con tanto placer. Penrod creía que la estrategia de Baratieri había sido muy acertada. Si a alguien había que culpar por la situación actual, ese era Arimondi por su manejo de la situación en Mekele, y el hombre había ocupado su lugar en la mesa con la elegancia de un gato satisfecho de sí mismo.

Baratieri se aclaró la garganta y golpeó con un dedo su montón de papeles.

—La opción es simple, caballeros. Debemos avanzar o enfrentarnos a la perspectiva de retirarnos de Tigray y regresar a Eritrea sin haber dado batalla. Creo que deberíamos retirarnos.

El general Vittorio Dabormida dejó escuchar un ruido de disgusto entre dientes. Arimondi palideció y apretó la mandíbula. Albertone puso los ojos en blanco.

—Mis razones son las siguientes. Nuestras líneas de abastecimiento son demasiado extensas, y desde la deserción de Ras Sebath y de Agos Tafari para unirse a Menelik, los ataques a nuestras caravanas han aumentado de manera dramática. Solo tenemos comida suficiente para alimentar a nuestros hombres durante cuatro días, máximo, aunque reduzcamos las raciones todavía más. Mi segunda razón es que el ejército que ha reunido Menelik se está derrumbando bajo su propio peso. Ha vaciado al campo, y nuestros exploradores nos dicen que cada vez más y más de sus hombres están desertando para regresar a sus hogares. Es decir que no podrá perseguirnos si hacemos una retirada en orden. Regresaremos a las fronteras de Eritrea con nuestro ejército intacto. Y ahora, escucho sus ideas.

Fue Arimondi, el más antiguo de los generales, quien respondió primero. Con su gesto, un elegante movimiento de muñeca, manifestó su rechazo a lo dicho por Baratieri.

—No hemos venido tan lejos simplemente para regresar. Las

mismas razones que usted da para la retirada son las que yo propongo para atacar. Tenemos que dar un golpe decisivo contra estos salvajes mientras nuestros hombres estén todavía bien alimentados. Acabemos con el ejército de Menelik y con eso nos vengaremos por la matanza del mayor Toselli y sus hombres en Amba Alagi, y esta campaña finalmente nos dará un triunfo digno de nuestra gran nación.

Los otros generales asintieron solemnes moviendo las cabezas. Fuera de la tienda, Penrod podía escuchar los ruidos del campamento, risas ocasionales y llamados entre los hombres, el crujir de los carros y el taconeo de las botas de los grupos que se movían de un lado a otro, cavando zanjas defensivas alrededor del campamento, que no formaban parte de ninguna de las opciones que Baratieri había propuesto.

Albertone habló a continuación con su tono de superioridad.

—Ataque, señor. Ataque. Se dispersarán como ratas cuando les disparemos.

Todos los ojos se volvieron hacia Dabormida.

—He venido aquí a pelear. No para marchar por el país sin ningún motivo.

Al fin, el general Ellena miró a su alrededor, a los rostros serios de sus colegas.

—Mis hombres y yo vinimos a pelear también, y valoro lo que han dicho mis camaradas. Pero me interesaría escuchar lo que piensa el mayor Ballantyne.

Baratieri miró a Penrod y asintió con un gesto. Penrod se inclinó un poco hacia adelante y fue mirando a cada uno de los generales mientras hablaba.

—General Albertone, el ejército de Menelik no se desvanecerá como hicieron los que seguían a Ras Mengesha. Están mejor armados, mejor liderados, y ellos también recorrieron un largo camino desde sus hogares para buscar batalla con ustedes. Pero no quieren pelear con ustedes en posiciones atrincheradas. Están esperando poder sacarlos a campo abierto. Ataquen y ustedes estarán haciéndoles el juego a ellos.

Albertone frunció el labio superior.

—Apostaría por mis hombres contra los de Menelik incluso si ellos fueran veinte veces más que nosotros. Sus hombres son

campesinos.

—Los etíopes son agricultores, pero practican las artes de la guerra desde edades tempranas —comentó Penrod con tono urgente —. No crean ustedes que son tan primitivos y sin entrenamiento como lo sería un ejército de voluntarios en Europa. Son fuertes y rápidos, y no le temen a la muerte.

Ellena se frotó la larga nariz.

—Me inclino ante la experiencia de los generales Albertone y Arimondi. Los hombres de Menelik son solo campesinos, después de todo.

Baratieri no hizo ningún intento de defender su propia opinión.

—Muy bien —habló—. Avanzaremos hacia Adua y ocuparemos los terrenos altos. Menelik se verá obligado a atacar o retirarse. Si ataca, sus hombres tendrán que encontrarse con nosotros en el lugar donde el terreno va a canalizar a sus tropas hacia nosotros. Si se retira, será, en efecto, admitir la expansión de la colonia de Eritrea hacia Tigray. Les daré la ultimas órdenes mañana. Luego marcharemos al caer la noche. Lo primero que Menelik sabrá de nosotros será cuando amanezca y se encuentre con que nuestros hombres lo estarán observando desde las alturas.

Con una señal, indicó el final de la reunión. Baratieri permaneció donde estaba, inclinado sobre sus papeles. Penrod no trató de hablar con él y siguió a los generales afuera. Se alejaron en grupo, en animada discusión. Albertone parecía casi alegre. Penrod lo observó a la distancia con el ceño fruncido. El plan de Baratieri era obligar a Menelik a retirarse, no a lanzarse a una batalla, pero Penrod vio en el rostro de Albertone la expresión de un hombre que esperaba pelear.

Caminó de regreso a través del campamento y encontró a Nazzari trabajando en su diario y sus cartas. Saludó a Penrod con una sonrisa breve, pero siguió escribiendo. Penrod se echó en su catre con las manos detrás de la cabeza y fijó la mirada en el techo de lona.

Amber había dejado que Bill la llevara lejos del complejo minero sin resistirse. Solo había pensado en Saffron y los niños y en sus amigos en el complejo minero. Lo más importante era alejar a estos hombres de su familia; entonces, y recién entonces, iba a pensar en sí misma y en su huida.

Bill reagrupó a sus hombres a casi un kilómetro de distancia de la escarpadura. Todavía no había hablado con ella, solo la empujaba para que caminara más rápido por el sendero mientras subía para luego bajar de nuevo en una inclinación más gradual. Después de una media hora de caminata, Amber vio a los animales de carga del grupo que los había asaltado y a sus guardias. A ella la habían dejado desatada y, mientras los hombres intercambiaban noticias de bajas y de su propia valentía en la batalla, tuvo que luchar contra el impulso de huir de inmediato. Todavía estaban demasiado cerca del poblado como para correr el riesgo. Mantuvo los ojos bajos. Uno de los bandidos apartó una mula de montar para ella. Montó sin comentarios y sin ayuda, y contó rápidamente la cantidad de hombres y sus armas. Unos doce de ellos habían sobrevivido ilesos al ataque, y todos tenían modernos rifles de retrocarga. Caminaban con la arrogancia de hombres jóvenes habituados a infundir miedo por la fuerza y la amenaza de violencia.

Iba a esperar a que oscureciera y a que los hombres estuvieran borrachos y somnolientos después de comer. Dos mujeres viajaban con ellos. Tal vez fueran esposas de algunos combatientes, pero lo más probable era que fueran esclavas. Adivinó por la posición del sol naciente que se dirigían al oeste, pero no por senderos que ella hubiera usado alguna vez.

Bill cabalgaba a la cabeza de la columna y nunca miró hacia atrás, hacia ella. Los bandidos caminaban juntos y cruzaban unas pocas palabras. El calor seco comenzó a afectarla. Todo el terreno alrededor de ellos estaba reseco, a la espera de las lluvias en un

silencio desesperado. Sintió que los labios comenzaban a secársele y se tambaleó un poco en la silla. Bill le dijo algo a uno de los bandidos que trotaba a su lado. El hombre aminoró la velocidad y le ofreció una cantimplora. Ella hubiera querido arrancársela de las manos de un golpe, pero si quería conservar las fuerzas, tenía que beber.

No descansaron al mediodía y mantuvieron el mismo ritmo de marcha todo el tiempo en un terreno que subía y bajaba. Amber perdió todo sentido de dónde estaba. Su espalda y las piernas estaban cada vez más rígidas y doloridas, y le dolía el estómago de hambre. Los hombres a su lado no daban muestra alguna de fatiga, y en la mente confusa y errante de Amber a veces parecían demonios, espíritus oscuros que la conducían al infierno. En una de las subidas del terreno, ella se sacudió sus imaginaciones y miró a su alrededor. Al principio pensó que estaba soñando. Hacia el norte, donde debería haber visto campos de cultivo y cada tanto algún grupo de viviendas o una iglesia, vio lo que en un primer momento le pareció un mar interior. Una gran masa de actividad cambiante. Brillo de metal bajo el sol de la tarde, tiendas de lona blanca y muchos hombres. Entonces se dio cuenta: era el ejército italiano. Un vasto campamento de tiendas para las cocinas, depósitos, animales, soldados y civiles asociados al ejército. Una ciudad instalada de pronto en las vastas extensiones de las tierras altas de Tigray para enfrentar al ejército de Menelik.

El sendero se desvió, y la imagen desapareció, pero aquello le dio alguna esperanza. Si podía escapar de sus captores, la ayuda estaba más cerca de lo que había esperado. El ejército italiano o el etíope, cualquiera de los dos, le ofrecería refugio.

Al fin, Bill ordenó que se detuvieran. Uno de los sirvientes la invitó a desmontar y la condujo a un lugar a la sombra. Un bandido quedó de guardia a su lado, pero Bill no la miró ni se le acercó. Allá él. Si él decidía ignorarla, por el momento al menos, eso le resultaba útil. Le habían dado agua durante el viaje y seguro le darían de comer también. Luego llegaría la oscuridad de la noche y eso le iba a dar la oportunidad de escapar.

Cambió la guardia, y a Amber le dieron pan y estofado recién hecho. Comió con avidez y luego le dijo al sirviente que tenía que hacer sus necesidades. El sirviente consultó con Bill y después

regresó con una cuerda. Se la ató alrededor de la cintura, pero tenía la extensión suficiente como para darle cierta privacidad en la maleza a cincuenta metros del campamento. Se puso en cuclillas en la oscuridad. El matorral daba paso a árboles y arbustos espinosos delante de ella en la pálida luz de la luna. Dejó que el sirviente la guiara de regreso, ya sabiendo dónde iba a encontrar protección para ocultarse cuando huyera.

Su oportunidad llegó apenas unas horas después. La noche era tranquila, y la luna se veía plena y clara en el cielo salpicado de estrellas. Amber se había acurrucado en el suelo con una manta de lana sobre ella e hizo que su respiración fuera suave y regular. Poco a poco, todo ruido de actividad en el campamento cesó. Habían encendido un farol de mano que quedó cerca de ella. Entreabrió los ojos. Su guardia todavía estaba allí, junto a ella, apoyado en su lanza como si esta fuera una muleta. Tenía el rostro inclinado, mirando hacia otro lado. Estaba casi segura de que estaba durmiendo en esa posición.

Había considerado tratar de salir de la luz con cautela, en silencio, pero cuando pusieron el farol a su lado, decidió que la única posibilidad sería moverse rápido y tratar de perderse en la oscuridad antes de que sus captores reaccionaran. El corazón comenzó a latirle con fuerza en el pecho.

«Ahora», se instó a sí misma en silencio. Imágenes de rifles y puntas de lanza, cuerdas y sangre desfilaron por su mente, pero tensó los músculos y se negó a pensar en ellas. Pensó en su padre, en sus hermanas, en Ryder y en Penrod. Les pidió que la ayudaran a ser valiente, luego se puso de pie de un salto y se lanzó hacia la oscuridad.

—¡Salió corriendo! —El grito se oyó en el momento en que ella se movió, cuando ya se acercaba al grupo de acacias y eucaliptos azules donde la habían llevado atada apenas unas horas antes. Se dio cuenta de que el grito de advertencia no manifestaba ninguna sorpresa o alarma. Un farol apareció casi enfrente de ella y la encandiló. Corrió hacia la izquierda y escuchó risas. Otra luz. El estómago se le retorció y sintió que un miedo amargo y enfermizo le recorría todo el cuerpo, el cual parecía espesarle la sangre y lentificarle los miembros. Aquello era un juego. Estaban jugando con ella.

—¡Por aquí no, pequeña! —le indicó una voz, y se dio cuenta de que casi había tropezado con uno de los bandidos. Él se inclinó hasta que pudo mirarla directo a los ojos—. ¡Huye!

Sintió que un sollozo se le ahogaba en la garganta y, aunque ya sabía que su posibilidad de escapar había sido una ilusión todo el tiempo, se precipitó a correr entre las implacables espinas. Había muchas voces que la llamaban desde la derecha y desde la izquierda. La estaban llevando por los matorrales como a un ave de caza.

Tropezó y se cayó fuera del bosquecillo y sobre el sendero que ella había esperado que la llevara a un lugar seguro, y levantó la cabeza. Otro par de faroles de mano arrojaron de repente su enfermiza luz amarilla sobre ella. Eran faroles con cubiertas. La habían estado esperando, riéndose de ella. Tal vez ella tan solo estaba destinada a ser un juguete para toda una banda de asesinos y ladrones. Un hermoso regalito rubio para todos ellos. La rabia por la trampa que le habían tendido reemplazó al miedo. Bill la estaba esperando con sus hombres armados a ambos lados. Amber saltó hacia él. La oportunidad de escapar había desaparecido, pero ella le iba a arrancar los ojos si podía. Ellos también estaban preparados para eso. Bill ni siquiera se inmutó. Unos brazos fuertes la agarraron por las muñecas y la detuvieron mientras otro hombre la sujetaba por la cintura. Se las arregló para patear a un tercero en la mandíbula cuando él se inclinó para agarrarle las piernas, pero otro hombre ocupó su lugar y la levantaron del suelo. Sus frenéticos movimientos no le sirvieron de nada.

—Sabía que te ibas a escapar, mi querida Amber —dijo Bill—. Me habrías decepcionado bastante si no lo hubieras intentado. Pero debes aprender que este tipo de obstinación conlleva castigos.

—¿Por qué, Bill? —le gritó, tratando de escapar de sus captores —. ¿Por qué me llevaste?

—Todo a su debido tiempo, Amber. Te prometo que no morirás sin saberlo.

Bill tomó un farol de uno de sus compañeros y avanzó. Mientras seguía tratando de soltarse, ella le vio el rostro, bien afeitado, el cabello cepillado prolijo hacia atrás desde la frente. La miraba con una expresión de amable piedad.

—No te sirve de nada, querida niña. Entrégate. Alivia tu

sufrimiento. —Entonces él dio un paso atrás—. Átenla, amordácenla y tráiganla de vuelta al campamento.

La dejaron dormir en el suelo frío con las manos atadas en la espalda, torciéndole los hombros, y tenía los tobillos atados con una cuerda delgada que le lastimaba la carne. La mordaza le dejó la boca seca, y cada respiración era un esfuerzo. Hasta pensó que podría asfixiarse. Se le había acelerado el corazón y ramalazos de dolor le quemaban los brazos y el pecho. Se esforzó para controlar la respiración, pero en vez de luchar contra el sufrimiento, dejó que este la envolviera. Perdió el conocimiento, pero el dolor en los hombros la despertó casi de inmediato. El tiempo pasaba y se preguntaba si no iba a enloquecer antes del amanecer.

Le dieron agua con las primeras luces y no volvieron a ponerle la mordaza, un milagro que casi la hizo llorar de gratitud. Ya habían levantado el campamento y a ella la pusieron como si fuera un saco de semillas sobre la parte trasera de la mula que había montado el día anterior. Se le agolpó la sangre en la cabeza. Oleadas de náuseas y dolor hacían estremecer su cuerpo. Amber esperaba volverse loca, cualquier cosa con tal de escapar del dolor, aunque más no fuera por un momento. Entonces, de repente, recordó haber visto a Penrod atado al *shebba* en la corte de Osman Atalan. Pensar en que él también había sufrido de esa manera le produjo un repentino destello de coraje. Apartó el dolor y lo apretó en una bola ajustada y ardiente en su corazón para poder pensar, solo por un minuto. Entrégate, le había dicho Bill. Él esperaba que ella se rindiera, que dejara de resistirse. Tal vez si ella hacía eso, aunque fuera apenas un poco, la próxima vez él no iba a estar tan preparado para su huida. Bill esperaba dominarla. Ella iba a hacer que él, por un tiempo, creyera que lo estaba logrando.

Amber comenzó a llorar, y esta vez ella quería que la vieran.

Pasó el tiempo. La mula dio un paso en falso y una bola ardiente de dolor le estalló en la espalda. Se convirtió en toda su conciencia. Ya no era Amber, solo era un ser que sufría. Era imposible pensar; se desmayó, y gritaba cuando se despertó. Le quitaron la cuerda que le amarraba las muñecas y le ataron las manos adelante. Mientras la sangre fluía a través de los brazos y en las manos, tenía la sensación de que sus dedos estaban sumergidos en lava. Una oleada de dolor

al rojo vivo le recorrió la espalda, luego una liberación que la adormeció. El alivio fue abrumador. Sus entrañas se contrajeron y vomitó antes de volver a caer en un semisueño.

El sendero comenzaba a subir. Alguien le dio agua y le limpió la boca. Amber comenzó a temblar con el aire cada vez más ligero y frío. Un momento después, le arrojaron encima una manta de lana.

«Quizá muera antes de que ellos lleguen a donde sea que estemos yendo», pensó, y la idea le dio una especie de paz. Lo único que lamentaba era no haber dormido nunca en los brazos de Penrod.

Una voz irrumpió en su mente. Un intercambio de palabras entre sus guardias. Volvió la cabeza y le pareció ver a alguien por encima de ellos, a unos cien metros de distancia. Un hombre blanco.

«¿Habrá venido Penrod a llevarme al cielo?», se preguntó y levantó un poco más la cabeza. La manta se le cayó hacia un lado.

—¿Señorita Amber? —oyó una voz con acento estadounidense. Toda su conciencia volvió a inundarla en un solo instante.

—¿Dan? —preguntó y, luego, gritó—: ¡Dan! ¡Ayúdame!

Ella se retorció contra las ataduras. Dan corría hacia ella.

Ella lo llamó de nuevo:

—¡Dan, oh Dan!

Uno de los bandidos arrojó su lanza. Amber vio el arco mortal. Golpeó a Dan en el costado, y este cayó hacia atrás. Dos de los bandidos corrieron hacia él. Amber luchó contra el dolor, tratando de levantarse para ver si Dan todavía estaba vivo, pero Bill le bloqueaba la vista. Él la agarró por un mechón de sus cabellos y le arrastró el rostro hacia él. El rostro de Bill estaba blanco de rabia, y la saliva de él le salpicó las mejillas y los labios. Ella gritó.

—Ya te lo dije, señorita Benbrook, o te sometes, o serás castigada. —Los ojos le brillaban, febriles.

«Oh Dios», pensó ella. «Está completamente loco».

Lo vio apretar el puño y echar el brazo hacia atrás, sin soltarle el cabello grueso y enredado. Ella trató de esquivar el golpe, pero no pudo liberarse. Él era demasiado rápido. Demasiado fuerte. Sintió un destello de dolor y luego el mundo se oscureció.

Saffron y Tadesse compraron caballos en Adigrat, por un precio que equivalía al costo de un par de hectáreas de buenas tierras de cultivo, y luego cabalgaron tan rápido como se atrevieron, para detenerse solo cuando fue necesario para evitar el agotamiento de los caballos. Siguieron un círculo hacia el sur hasta llegar a las puertas del campamento de Menelik treinta y seis horas después.

Los seguían miradas curiosas y hostiles mientras se movían entre la masa de gente. Guerreros, sirvientes, mujeres y niños se desplazaban alrededor de ellos. El campamento del ejército era más grande que cualquier ciudad del país, pero estaba dispuesto a lo largo de líneas lógicas. La tienda de terciopelo rojo del emperador estaba en el centro de todo y el campamento de Ras Alula debía estar cerca.

Abandonaron sus caballos y caminaron deprisa, con determinación. Saffron se mantenía cerca de Tadesse y se envolvió el cabello y la cara con el chal. A medida que se acercaban al centro del campamento, ella miraba a su alrededor, desesperada por ver alguna cara conocida entre la multitud. La mayoría de los mineros se había unido a los hombres de Alula, pero ellos eran solo cuarenta hombres en aquella fuerza de diez mil. Tal vez podrían llegar a la tienda del emperador. Alguien de su séquito o del séquito de la Emperatriz la iba a reconocer.

Saffron podía ver la pared de tela que rodeaba el conjunto de tiendas de Menelik delante de ella. La esperanza le alentó el corazón, y entonces sintió una mano en el brazo.

—¿Adónde vas, *ferengi*? —El guerrero que la había agarrado llevaba la insignia de Alula.

Saffron se mantuvo muy erguida.

—Soy la señora Saffron Courtney. Necesito ver al emperador. Es un gran amigo mío.

El guerrero se le rio en la cara.

—¡Ella es una dama muy importante, del Complejo Minero

Courtney! —explicó Tadesse.

—Nunca he oído hablar de ese lugar, hermanito —dijo el hombre.

Tadesse lo intentó de nuevo.

—¡Es la hermana de la dama del león!

Esta vez el guerrero vaciló y miró a Saffron con una mirada algo más respetuosa.

—Se la llevaron los bandidos —expuso Saffron—. He venido a rogarle al emperador que me ayude.

El guerrero dio un paso atrás y se inclinó.

—Vengan, señora, hermanito. Yo los llevaré.

Llegaron hasta la sala de audiencias y se les ordenó esperar. En el otro extremo de la gran tienda, Saffron pudo ver a Menelik y a sus generales en una acalorada discusión, aunque no podía escuchar lo que decían. Por fin, la reunión pareció terminar, y el guerrero que los había traído se acercó a Alula, al emperador y a la emperatriz y les habló.

Los miraron e intercambiaron algunas palabras. Menelik y Alula salieron de la cámara y, al verlos irse, Saffron soltó un pequeño gemido. Pero la emperatriz se acercó a ellos.

—Señora Saffron, ¿se encuentra bien?

Saffron estaba temblando, pero no vaciló e hizo una profunda reverencia.

—Gracias a Dios, estoy bien. ¿Y usted está bien?

—Estoy bien, gracias a Dios. Lamento saber lo de su hermana, pero no podemos ayudarla. —Ella le dio la espalda de inmediato, y Saffron gritó.

—Pero ¡señora, mi hermana!

Taitu volvió a mirarla con expresión feroz.

—¡Es mi país, señora Saffron! —Se pasó una mano por la cara y volvió a hablar en voz más serena—. Necesitamos a todos los hombres, hija mía, a todos los hombres. El futuro del imperio está a punto de decidirse. Bien sabe que nosotros no podemos ayudarla ahora.

Saffron trató de parpadear para contener las lágrimas.

—¿Qué está pasando, señora?

—Nuestro ejército tiene que buscar cada vez más lejos las provisiones. Si los italianos no salen a campo abierto, estamos

perdidos. Los príncipes quieren que mi marido lance un ataque de inmediato, pero nuestros hombres serían destruidos en los pasos entre este lugar y Suria. Él no va a sacrificarlos. —Ella apretó los puños—. Vamos a resistir aquí hasta el último momento posible. Tenemos dos días como máximo y luego debemos retirarnos hacia el oeste de Axum o el ejército se morirá de hambre.

Saffron había comenzado a llorar; no pudo evitarlo.

—¿Qué puedo hacer? ¡Me volveré loca esperando sin hacer nada por Amber!

Taitu se inclinó hacia ella.

—Haga lo que yo hago. Rece para que los italianos ataquen. Y cuando lo hagan, la llevaré con mi séquito. Llevará agua y comida a nuestros guerreros con las otras mujeres, y cuando los invasores sean aplastados, Ras Alula le dará hombres para buscar a su hermana. Eso es todo lo que puedo hacer. Eso es todo lo que se puede hacer.

Saffron bajó la cabeza en señal de sumisión.

—¿Y tú quién eres, hermanito? —quiso saber la emperatriz mientras se volvía hacia Tadesse.

Este cayó de rodillas.

—Me llamo Tadesse, señora.

—¿El sanador del Complejo Courtney? ¿Los ojos y oídos de Ras Alula? Él ha hablado de ti. Quédate aquí. Te encontraré trabajo. Ahora, señora Saffron, voy a ir a la iglesia. Le sugiero que venga conmigo.

Los italianos recibieron sus órdenes a las ocho y media de la noche, después de la reunión de los generales, y a las nueve en punto las columnas ya estaban en movimiento. Dejaron una fuerza en Suria para proteger las provisiones, pero la mayor parte de las fuerzas italianas se movieron en cuatro columnas. Los mapas provistos eran toscos, pero las intenciones de Baratieri eran claras. Iban a avanzar en silencio y al amparo de la oscuridad para ocupar las alturas de Rebbi Arienni, a unos doce kilómetros de Adua. Menelik y los príncipes que luchaban junto a él iban a despertarse para encontrar al ejército italiano atrincherado en posiciones ventajosas, directamente delante de él. Menelik se iba ver obligado a atacar justo en ese punto del paisaje donde la superioridad de sus fuerzas le sería menos útil, o iba a tener que retirarse y ceder el campo de

batalla a los italianos, y con él, Tigray.

La luna estaba alta y brillante, y mientras las tropas italianas se abrían paso por los senderos detrás de sus guías nativos, podían mirar hacia el cielo tachonado de estrellas, interrumpido por las sombras de los contornos fantásticos de las altas cumbres. El ejército marchaba en silencio. El único ruido era el ocasional arrastre de las botas europeas sobre la arena y grava de las empinadas huellas. Los *askari* iban descalzos y no hacían ningún ruido.

Penrod permaneció con Baratieri y sus colaboradores durante la marcha. El general parecía más tranquilo en ese momento que la noche anterior. Cada tanto se acercaban mensajeros, trotando a lo largo de los senderos, pasando junto a las tropas regulares para entregar instrucciones a las diversas columnas, tanto escritas como verbales.

Albertone había tomado el camino equivocado, y Arimondi se vio obligado a detener su propia columna durante más de una hora mientras los otros pasaban. Fue una molestia, pero tales errores eran tal vez inevitables en los confusos y estrechos senderos, y más aún en la oscuridad. Baratieri vio a Arimondi que iniciaba su despliegue en la pendiente oriental de Rebbi Arienni, para luego comenzar a subir, con bastante trabajo, la ladera del monte Belah, que él había elegido para tener la mejor vista del campo de batalla.

A medida que ganaban altura, Penrod empezó a ver las fogatas del ejército etíope en el otro extremo del gran valle en forma de cuenco. Estaban dispersos en una vasta área.

—Un espectáculo para calentar la sangre, ¿no?

Penrod se volvió. Uno de los nuevos capitanes se había unido a él.

—Espero que ataquen.

Penrod no respondió.

—Tengo un mensaje para usted —continuó el oficial—. Se informa desde el campamento que han tomado a un hombre. Dicen que es un espía de Menelik, aunque sea blanco. Dijo que usted puede dar fe de él. Su nombre es Ryder Courtney.

—¿Qué diablos está haciendo Courtney aquí?

—¿Lo conoce entonces?

—Es un comerciante, ahora se dedica a la minería en las colinas

sobre Adigrat. Si ha venido en busca de noticias, ha elegido un pésimo momento para ello. Pero sí, respondo por él.

El capitán pareció disculparse.

—De nada sirve que responda por él ante mí, mayor. Son algunos de los hombres de Albertone los que custodian su equipo en Suria. No van a liberar a este Courtney sin la autorización del general. Dicen que tiene los ojos locos.

—¿Quién lo tomó prisionero?

—Algunos de los muchachos nuevos de Nápoles.

Si alguna de las brigadas nativas hubiera apresado a Ryder, este habría podido explicarles en alguno de los cuatro idiomas que hablaba de qué se trataba su negocio y estaría todo en orden. Pero Penrod dudaba que Ryder hubiera necesitado hablar italiano alguna vez.

—Lo siento, amigo, pero tendrás que ir y hacer que Albertone diga que lo liberen.

Penrod maldijo con fluidez y en varios idiomas, y luego comenzó a regresar por la serpenteante columna hasta el punto donde podía tomar el sendero que lo iba a llevar hasta la posición de Albertone. A mitad de camino por la senda empinada y zigzagueante, se salió de ella para dejar pasar una mula cargada con piezas de uno de los cañones de campaña. Uno de los oficiales italianos de menor graduación con los que había hablado una o dos veces en el campamento se apartó de la columna y se le acercó. Tendría apenas veinte años y, delgado como era, el uniforme le quedaba un poco suelto. Aunque estaba tratando con valentía de dejarse crecer un bigote, Penrod había visto muestras más impresionantes en las esposas de los generales retirados.

—Mayor, ¿puedo preguntarle algo? Algunos de los muchachos están diciendo que si estos negros te atrapan, ellos… bueno… usted sabe… —Se señaló compungido la ingle e hizo un movimiento cortante con la mano derecha.

—Entiendo que eso es parte de la cultura local —respondió Penrod, y el chico empalideció—. Será mejor que no te dejes atrapar, jovencito.

El muchacho asintió con tristeza y volvió a su compañía. Penrod lo vio alejarse en la oscuridad y se preguntó si él alguna vez había sido tan joven. Después siguió por el sendero y tomó el camino que

lo llevaba a donde esperaba encontrar a Albertone desplegándose por Kidane Mehret.

Pero no encontró señal de despliegue alguno, solo la retaguardia de la columna que llevaba provisiones para el desayuno de la columna. Detuvo a un oficial del cuerpo de abastecimiento.

—¿Dónde está Albertone?

El hombre lo miró como si estuviera loco e hizo un gesto hacia adelante.

—Allá. Una hora por delante de nosotros por lo menos.

Penrod sintió unas leves náuseas en el estómago. Una hora de marcha por esa ruta podría poner a Albertone kilómetros fuera de posición y en un lugar perfecto para que lo encerraran las tropas de Menelik.

—Necesito un caballo. Ahora.

El oficial se encogió de hombros.

—Eso es imposible.

Penrod lo agarró por el cuello y lo levantó.

—Un caballo. Ahora.

El oficial gritó por encima del hombro y un *askari* que se reía con disimulo les llevó un buen animal. Penrod abrió su reloj y tomó buena nota de la hora, luego montó el caballo y lo espoleó para ir al galope con la cabeza gacha.

Saffron pensó que podría haber rezado hasta quedarse aturdida. Los sacerdotes cantaban en cadencias lentas y ascendentes. Poco después de la medianoche, se dio cuenta de que el *tabot* sagrado sobre el cual los sacerdotes oraban no era una réplica del Arca de la Alianza, como la que se guardaba en todas las iglesias de Etiopía. Esta era el Arca verdadera. La leyenda, aceptada como un hecho por todo hijo o hija de Etiopía, era que el hijo del rey Salomón y la reina de Saba la había llevado a Axum desde Jerusalén hacía muchos siglos. En esa ocasión, los sacerdotes de la antigua capital la habían traído para guiar y proteger a la familia imperial. Saffron no estaba segura de si era por su cansancio o por su miedo y frustración, pero podía haber jurado que el Arca parecía brillar.

Escuchó un grito en la parte trasera de la iglesia:

—¡Ahí vienen! ¡A las armas! ¡Vienen los italianos!

El emperador se puso de pie y ayudó a su esposa, que estaba

arrodillada, a ponerse de pie. Hizo una profunda inclinación ante los sacerdotes y el Arca. Todo estaba en silencio. Luego se dio vuelta y se dirigió al campo de batalla.

Saffron se espabiló y siguió a la emperatriz.

Cuanto más galopaba en la oscuridad previa al amanecer, más intenso se le hacía a Penrod el dolor en la boca del estómago. Dos, tres, cuatro kilómetros por el sendero más recto y ancho del valle Mai Agam, y el camino se fue llenando con la retaguardia de la columna de Albertone. Penrod se apeó de su sudoroso caballo y echó a correr hacia el grupo de uniformes oscuros, fajas brillantes y blancos rostros que mostraban la posición de Albertone en las alturas delante de él.

Los oficiales se dieron vuelta para mirar cómo se acercaba con expresiones de diversión y un cierto desdén. Penrod fue directamente al general.

—Está a varios kilómetros de su posición. Debe retroceder hasta Kidane de inmediato.

Albertone tomó a Penrod del brazo y se lo llevó lejos del resto de sus colaboradores con una ligera risa. Tan pronto como estuvieron fuera del alcance de sus oídos, el rostro de Albertone se convirtió en una máscara de enojo.

—¿Te atreves a darme órdenes, inglés?

—Señor, solo estoy confirmando un hecho. Está por lo menos cinco kilómetros más adelante de donde debería estar. ¡Está prácticamente en el campamento de Menelik! Debe volver a la línea, a la posición que se le ordenó, antes de que el enemigo lo descubra y ataque. Lo van a rodear aquí.

Albertone no mostró sorpresa ni preocupación. En todo caso, Penrod pensó que parecía bastante satisfecho, como un niño pequeño cuya rebelión contra sus mayores había tenido éxito.

—Lo dudo, mayor Ballantyne. He elegido mi posición. El enemigo no puede tomar las alturas a mi izquierda ni a mi derecha, sino que se verá forzado a avanzar hacia el fuego de los cañones. Unos cuantos cañonazos y saldrán volando como los cuervos en un maizal cuando el granjero sale con su escopeta.

—¿No va a retroceder para tomar la posición que se le ordenó defender?

—No estoy de acuerdo con su interpretación de mis órdenes.

Según entiendo, me dieron instrucciones para ocupar este punto, y eso es lo que hice.

—Le repito, las otras columnas están cinco kilómetros más atrás.

Albertone empezaba a verse aburrido.

—Estoy seguro de que muy pronto se unirán a nosotros. No querrán perderse la diversión.

Penrod estuvo tentado de sacar su revólver y matar al hombre en el acto. Solo se lo impidió el hecho de saber que hacer tal cosa implicaría su propia e inmediata ejecución, y no el despliegue de las fuerzas en la posición correcta. La noche se retiraba.

Oyeron disparos de fusil dispersos provenientes de un punto a menos de un kilómetro delante de su posición. Albertone le entregó su jarro de café a uno de los sirvientes.

—Bien, Turitto ya los despertó.

Dio sus órdenes. Las baterías de montaña aún no habían llegado al terreno elevado, pero Albertone ordenó al Sexto Batallón Nativo a la izquierda que retuviera el flanco sur de su posición, mientras que el Séptimo, al mando del mayor Rodolfo, fue enviado a la derecha. El Octavo iba a mantener el centro.

Penrod observó cómo los artilleros descargaban los cañones de 75 milímetros de los lomos de las mulas y comenzaban a ensamblarlos, mientras que otros miembros de la compañía hacían que los animales se alejaran y subieran la pendiente.

La luz llegó rápidamente. Penrod pronto pudo ver una masa de fuerzas etíopes que avanzaban por el valle hacia ellos. Un mar de hombres. El sol de la primera hora de la mañana arrancó chispas de las decoraciones en sus escudos. No iban a la carga, sino que avanzaban en buen orden directo hacia su posición. Penrod hizo un cálculo rápido. Diez mil hombres ya estaban en el terreno, y su número seguía creciendo. Los etíopes comenzaron un trote relajado, y el suelo entre ellos y la posición de Albertone pareció desvanecerse. El ruido de disparos de rifle localizó la vanguardia, o lo que pudiera quedar de ella. Su posición ya había sido superada.

Penrod apretó los dientes cuando la batería del capitán Henry comenzó a cargar. Los etíopes ignoraban los flancos y avanzaban contra el centro. Henry dio la orden, y los cañones escupieron humo y llamas con una oleada de chasquidos que resonaron por todo el valle. Estaban disparando cargas de metralla directamente en medio

de los guerreros que se aproximaban. Los artilleros apenas tenían que apuntar. Las tropas que venían contra ellos eran ya tan numerosas que llegaban en una sola ola y no en grupos. Los cuerpos desaparecían en una niebla de sangre y polvo arrasado, y la ola retrocedió por un brevísimo momento para volver a formar y avanzar de nuevo.

Momentos después, lo que quedaba de la vanguardia de Turitto se abría camino cuesta arriba al amparo de los cañones. Dos *askari* iban arrastrando entre ambos a un oficial blanco herido. Penrod fue a ayudar al hombre. Era un capitán, estaba tirando de la banda azul sobre su hombro derecho. Su brazo derecho colgaba inerte y ensangrentado, con el antebrazo aplastado por una bala de fusil. Penrod pidió camilleros mientras el capitán herido se estremecía y murmuraba para sí mismo.

—Nos encontramos de golpe con ellos —repetía el capitán—. Nos encontramos de golpe con ellos. No tuvimos tiempo de tomar posiciones. Ellos tenían francotiradores. Yo creía que no sabían cómo manejar armas, pero primero derribaron a todos nuestros oficiales. A todos los oficiales.

Un par de camilleros se lo llevaron al trote. Penrod trató de calcular cuánto tiempo iban a demorar para volver a la fuerza principal del ejército y al hospital de campaña, más allá en el campamento principal. El hombre no tenía la menor oportunidad de sobrevivir. Estaría muerto mucho antes de llegar al hospital.

Las cuatro baterías de montaña ya estaban operando. El valle debajo de ellos se había convertido en una imagen del infierno, compuesta de carne y polvo y los gritos de los heridos. Cada ola de ataque se acercaba más. Penrod levantó sus prismáticos. Los etíopes habían enviado escuadrones de fusileros a derecha e izquierda, abriéndose paso para quedar cubiertos y derribar a los oficiales y a los artilleros. Los fusileros de avanzada de los Batallones Sexto y Séptimo estaban haciendo un buen trabajo y los mantenían a raya, pero aún seguían avanzando centímetro a centímetro.

Albertone observaba la acción con un grupo de sus colaboradores de mayor rango, dando órdenes para reforzar posiciones en los flancos, un modelo de serena autoridad. Notó que Penrod lo miraba y le hizo señas para que se acercara. Penrod caminó hacia él sobre la meseta, con rostro impasible.

—Creo que tiene un caballo, mayor Ballantyne.

—Lo tenía, general. Estoy seguro de que puedo encontrarlo de nuevo.

—Quizá podría llevarle esto a Baratieri, entonces —dijo Albertone mientras escribía una breve nota en su cuaderno de guerra, luego la dobló y se la entregó.

—Desde luego, general —respondió Penrod. Las armas tronaban con pesados y lentos ruidos. Parecían tener un montón de municiones, pero sin importar los estragos que causaban en las líneas etíopes, el enemigo no mostraba señales de interrumpir el ataque. El resultado era inevitable. Para tranquilizar su conciencia, Penrod hizo un último intento.

—General, una retirada táctica, incluso en esta etapa, podría salvar a la mayoría de sus hombres y le permitirá seguir luchando.

Albertone sacudió la cabeza como un maestro ante un estudiante particularmente irritante.

—Mayor, estos salvajes se desgastarán en poco tiempo más. Somos la roca contra la que se romperá ese ejército. No les voy a negar a mis hombres el honor de someterlos.

Penrod no saludó. Recién en ese momento recordó la razón por la que se había acercado a Albertone en primer lugar.

—General, un conocido mío tropezó con algunos de sus hombres en Suria y requieren una nota suya para liberarlo. Creen que es un espía de Menelik.

—¿Y es un espía?

—No, es un comerciante y minero. Ryder Courtney.

Albertone todavía parecía estar observando un patio de armas en lugar de un campo de matanza.

—No tengo tiempo para ocuparme de eso ahora.

—¡Señor! —Esperó hasta que Albertone se volviera hacia él—. Usted tiene una deuda conmigo.

—Así que esa carrera y la tonta apuesta de mi esposa han vuelto para atormentarme por fin, ¿verdad? —Bajó los prismáticos y escribió rápido otra nota—. Lo he puesto en libertad condicional bajo su responsabilidad, mayor.

—Gracias, señor.

Penrod encontró su caballo entre las mulas que habían cargado los cañones de montaña. La bestia parecía bastante indignada de verse

entre acompañantes de tan baja estofa y recibió a Penrod con un movimiento de cabeza.

Saltó a la silla de montar y, apenas se alejaron de las bestias de carga, lo animó a trotar. Detrás de él, todavía podía escuchar los ruidos regulares de los disparos y el eco de los cañones.

Penrod dejó su caballo donde el camino se convirtió en un sendero de montaña, y el resto de la subida la hizo a pie, sorteándola con la facilidad de un nativo. La estribación donde Baratieri había establecido su puesto de mando tenía una buena vista del terreno directamente frente a él, pero las curvas del suelo del valle hacían que la posición de Albertone quedara fuera de la vista.

Penrod encontró a Baratieri observando todavía el despliegue de la brigada de Arimondi en el flanco occidental de Belah. Estaba sentado en un escritorio de campaña bajo un trozo corto de lona que le proporcionaba algo de sombra. Levantó la vista cuando Penrod se acercó.

—Mayor Ballantyne, ¿qué son esos cañonazos?

Penrod le entregó la hoja doblada de Albertone y permaneció de pie con las manos entrelazadas atrás, concentrado en algún punto de la neblina de la mañana a media distancia.

—¿La guardia de avanzada muy comprometida y los refuerzos serían bienvenidos? —leyó Baratieri—. A mí me gustaría un baño frío y pollo para la cena, pero eso no significa que los necesite. Su informe, mayor.

Penrod siguió mirando directo al frente mientras hablaba.

—El general Albertone está desplegado a unos cinco kilómetros delante de esta posición, señor. Los batallones nativos Sexto, Séptimo y Octavo están todos luchando contra numerosas tropas de infantería. Estimo que se enfrentan a veinte mil guerreros etíopes en el campo, y el enemigo está colocando sus cañones de campaña en posición. En este momento, Albertone está repeliendo sucesivas oleadas de ataque frontal con sus baterías de montaña y fusiles.

Baratieri apretó la mandíbula. Apartó los papeles en los que estaba escribiendo para que el mapa del terreno entre Suria y Adua quedara visible.

—Muéstreme.

Penrod se inclinó.

—Los cañones de montaña están aquí y aquí, en terreno alto.

—¿Y estas alturas?

—El general Albertone está seguro de que son demasiado empinadas como para que los etíopes lleguen a ellas.

—Lo hicieron en Amba Alagi. Son rápidos como las cabras montesas —murmuró Baratieri.

Penrod no se había tomado el tiempo de considerar qué efecto podrían tener las noticias sobre el comandante italiano. Estaba en una posición vulnerable y ampliamente superado en número y, para entonces, todo su plan había sido destruido con obstinación por las acciones de uno de sus oficiales de mayor rango. Podría haber maldecido contra Albertone, pero no lo hizo. Llamó a sus mensajeros y comenzó a dar órdenes.

—Mensaje rápido a Arimondi. Se le ordena que avance hacia el este para proteger el flanco derecho de Albertone y darle cobertura para que se retire. —El oficial al que le dio las instrucciones saludó y se alejó corriendo—. Albertone debe retroceder a su posición con el apoyo de Arimondi. Vaya de inmediato. —Y el siguiente mensajero partió veloz.

Recién entonces, la calma de Baratieri se quebró por un momento. Se cubrió los ojos con una mano temblorosa, luego se quitó los quevedos y los limpió con vigor con el pañuelo. Un nuevo estallido de disparos resonó hacia el suroeste. Un ruido nuevo, distinto de los cañones de montaña de la brigada de Albertone. Ambos sabían lo que eso significaba. La artillería etíope estaba en posición y había comenzado a disparar.

Baratieri miró a Penrod y habló en voz baja.

—Mayor Ballantyne, tengo entendido que tiene cosas que hacer en Suria.

Era el permiso para retirarse, dicho con tanta firmeza como discreción. Penrod entendió. Él no querría un testigo extranjero en semejante situación. Extendió la mano.

—Permítame desearle a usted y a sus hombres la mejor de las suertes, general.

Baratieri le estrechó la mano con firmeza.

—Igualmente a usted, mayor.

Penrod recuperó su caballo una vez más y siguió su camino por los senderos vacíos que el ejército había recorrido durante su marcha

silenciosa la noche anterior. Su impulso era tomar un rifle y pelear donde pudiera, pero los italianos no lo querían. Y en ese momento, tenía que ir a rescatar a Ryder.

No tardó mucho en encontrarlo. Penrod pudo escuchar a Ryder bramando de frustración a cien metros de la tienda.

Penrod encendió un cigarro en el umbral. Parecía que Ryder había persuadido a uno de los guardias nativos de que no era un espía. El hombre estaba tratando de hablar con sus camaradas blancos en un torpe italiano, pero los dos jóvenes que custodiaban a Ryder parecían tercos y a la defensiva.

—¡Penrod, gracias a Dios! —estalló Ryder—. Diles a estos idiotas que me suelten de una vez, o te juro que me soltaré y los mataré a ambos con mis propias manos.

Aunque los guardias no entendieron sus palabras, sí algo de sus intenciones, y se estremecieron cuando Ryder los miró furioso.

Penrod enarcó las cejas. Ryder estaba en mangas de camisa, sentado en un taburete de campaña, con las manos atadas a la espalda. Sus guardias habían usado una gran cantidad de cuerda para amarrarlo.

—Siempre supe que tu total incapacidad para parecer un caballero iba a ser tu perdición al final —lo ridiculizó—. Los italianos piensan que eres un salvaje de las colinas, han oído rumores de la existencia de una criatura así, y también que eres un espía de Menelik. No puedo decir que los culpo.

Ryder tiró de sus ataduras, y las cuerdas crujieron de modo siniestro. Uno de los guardias empezó a buscar a tientas su rifle y casi lo deja caer. Penrod se rio.

—¡No tenemos tiempo para esto! —gritó Ryder.

Su tono acalló la risa en la garganta de Penrod. Les dio a los guardias la nota de Albertone en la que liberaba a Ryder bajo su custodia y les ordenó que fueran a buscar las cosas de Ryder con unas pocas frases cortas. Luego, con el cigarro apretado entre los dientes, fue a desatar las cuerdas él mismo. Los esfuerzos de Ryder habían fusionado y apretado el nudo en una masa densa. Penrod sacó el cuchillo y comenzó a cortar. Las muñecas de Ryder estaban magulladas y de un color morado oscuro, y los antebrazos mostraban señales de quemaduras recientes.

—¿Qué pasó?

—Se llevaron a Amber.

El corazón de Penrod se detuvo en el pecho por un momento. Se inclinó de nuevo sobre las cuerdas y cortó las últimas fibras.

—¿Quién se la llevó?

Ryder se liberó de los últimos jirones.

—Gracias. —Y agarró su abrigo y el cinturón con cartucheras de manos de los acobardados guardias.

—¿Puedes conseguirme comida, agua y más municiones para el rifle?

—Sí. ¿Quién se llevó a Amber? —La voz de Penrod se mantuvo firme.

Ryder miró directo a Penrod por primera vez.

—Contraté a un ingeniero. Bill Peters. Nunca me gustó mucho, pero conocía su trabajo. Luego trató de secuestrar a Amber en nuestro último viaje a Addis, durante una inundación repentina, aunque se perdió en las aguas. Esperaba que estuviera muerto, pero lidera un grupo de bandidos en las colinas y atacó el complejo minero para llevarse a Amber. No tengo idea de quién es realmente, pero sé que está obsesionado y loco por ella.

Penrod saltó hacia adelante, empujando a Ryder contra el poste, en el centro de la carpa. Todo tembló y los vientos crujieron. Los guardias comenzaron a protestar con voz aguda en fluido italiano, pero Penrod y Ryder los ignoraron.

—¿Dejaste que él se la llevara?

Ryder le devolvió la mirada, pero no intentó soltarse.

—*Ella* dejó que él se la llevara, para salvar a Saffron y a los niños. ¡Penrod, escúchame!

Penrod respiró hondo, controlando su rabia, tratando de escuchar las palabras de Ryder en medio del rugir de su sangre.

—Estoy seguro de que su campamento está cerca —continuó Ryder— y vine aquí buscando información, pero los etíopes creen que soy un espía de los italianos y, como ves, viceversa. Pero no me importa si tengo que buscar en cada cueva y colina por cientos de kilómetros. Voy a encontrar a Amber. ¿Me vas a ayudar?

Penrod lo soltó.

—Sí. Habla con ese hombre. Él es uno de los exploradores, aunque creo que también ha estado trabajando para Menelik. —Se volvió hacia los guardias que farfullaban y habló en italiano—:

Agua, raciones y municiones. Rápido.

Salieron corriendo de la tienda y Ryder habló con el explorador nativo y, luego, él también los dejó.

—¿Y bien? —quiso saber Penrod.

—Él trabaja para Menelik y por fortuna trabaja para Ras Alula también, y tenemos amigos en común. Me dijo lo que sabe y va a hablar con sus compañeros y ver si puede averiguar algo más.

Los italianos regresaron a la tienda y dejaron caer lo que habían conseguido delante de los dos hombres. Mientras ambos seleccionaban lo que querían de la pila de cantimploras y municiones, Penrod les dijo en unas pocas frases cortas lo que había sucedido y adónde se dirigían. Uno le ofreció sus propias raciones de su mochila. Penrod le agradeció, pero no aceptó. Salieron de la tienda, murmurando disculpas.

—Tenemos otro problema —dijo Ryder, mientras se llenaba los bolsillos con municiones.

—¿Qué pasa?

—El pueblo se levanta contra los italianos y no vamos a poder detenernos a explicar que somos súbditos de Su Majestad la reina Victoria. Cualquier lugareño que veamos intentará matarnos. Es su deber.

—¿No podría darnos un salvoconducto tu amigo Alula?

—Tiene otros asuntos que atender hoy. No voy a perder tiempo arrastrándote por el campo de batalla hasta su campamento. Incluso si sobrevivimos, pasarán horas antes de que pueda prestarnos algunos hombres.

Penrod se cambió para ponerse ropa de civil. El explorador regresó a la tienda y tuvo otra conversación más breve en amárico con Ryder, luego le estrechó la mano y desapareció.

—Entonces, ¿sabes adónde se la llevó?

—Ha oído rumores sobre un bandido blanco cerca de las Tres Hermanas. Ese debe ser él. Es más que lo que yo tenía, de todos modos. Además, él le dirá a Alula adónde vamos para que pueda enviarnos hombres cuando termine con este asunto con los italianos. ¿Estás listo?

—Listo —respondió Penrod. De pronto se puso tenso—. Escucha. —Había oído el ruido de disparos de rifle a la distancia.

Penrod salió de la tienda y miró hacia el valle, hacia los pasos

que flanqueaban el puesto de mando de Baratieri y el despliegue de Arimondi. Dejó escapar algunas maldiciones. Grupos de *askari* obstruían los caminos. Los heridos estaban siendo llevados de regreso al campamento en orden, pero doscientos metros detrás de ellos había una masa de cuerpos, hombres que perseguían y otros que eran perseguidos, desesperadamente mezclados. Los dos guardias italianos habían desaparecido.

Penrod levantó sus binoculares. Una pequeña escena atrajo su mirada en lo alto de la pendiente, por encima del camino: un oficial blanco y un grupo de *askari* disparando para ofrecer cobertura a la retirada. Era Nazzari y algunos de sus hombres del Octavo Batallón. Mientras Penrod observaba, el escuadrón mantenía un ritmo asombroso de fuego, lo que les daba a algunos de los *askari* suficiente cobertura como para bajar corriendo junto a ellos y seguir cuesta abajo, hacia el campamento. Los fusileros etíopes tomaron posiciones en el lado opuesto del desfiladero y comenzaron a concentrar su fuego en ellos. Nazzari aún se mantenía en su posición.

—Ya has hecho suficiente, Nazzari, retrocede —murmuró Penrod con la mandíbula apretada.

Tres de los hombres de Nazari habían caído. Uno estaba muerto, sin dudas, y uno de los otros dos seguía disparando lo mejor que podía mientras yacía caído en la pendiente.

Más etíopes se acercaban a su posición desde arriba. Aun así, ni Nazzari ni sus hombres se movieron. Mientras Penrod observaba, Nazzari eliminó a tres de los atacantes con su revólver. Estaba a punto de que lo superaran. Penrod dio un paso adelante y Ryder lo agarró del brazo.

—Está demasiado lejos. No puedes ayudarlo.

La lanza de uno de los soldados de infantería etíopes se hundió en el muslo de Nazzari. Este se tambaleó, levantó el revólver y se voló los sesos.

Penrod bajó los binoculares y luego estiró la mano en medio de los hombres que comenzaban a arremolinarse por el campamento y agarró a un *askari* por el hombro.

—¿Qué pasó?

El hombre dijo algo que Penrod no pudo entender. Ryder tradujo su parloteo asustado en un tono monótono.

—Dice que el flanco izquierdo de Albertone fue abatido. Todos los oficiales están muertos o fueron capturados. El general Dabormida se fue hacia el norte, por lo que no hay protección. La caballería etíope rompió el centro.

Penrod lo soltó.

—Van a masacrar a estos hombres, a menos que hagan una retirada táctica.

—Y nos matarán con ellos a menos que salgamos de aquí —replicó Ryder—. ¿Vienes?

Penrod bajó los binoculares.

—No. Aún no.

—¿Y Amber? —dijo Ryder.

Penrod sintió su nombre como una marca a fuego en su corazón. Miró a los hombres que avanzaban hacia ellos, tropas que huían y entraban al campamento. Algunos de los suboficiales *askari* les ordenaban a sus hombres que formaran alrededor de ellos, pero con poco éxito. Otros transportaban a sus oficiales heridos y moribundos desde el campo. Parecía que ningún oficial había sobrevivido. Donde ellos estaban, las fogatas y los carros de equipaje del séquito de Albertone eran un baluarte contra la oleada de hombres que intentaban retroceder y salir del campo de batalla y de sus perseguidores.

Penrod comprobó su revólver.

—Puedes seguir, o quedarte, pero yo no me iré de aquí. Todavía no.

Ryder vaciló. Penrod pudo adivinar sus pensamientos. Ryder sabía que tenía muchas más posibilidades de rescatar a Amber con su ayuda.

—Muy bien —dijo al fin con un gruñido.

—Trata de no meterte en mi camino —dijo Penrod y, entonces, agarró a uno de los *askari* que corrían a su lado—. ¿Hablas italiano? ¿Árabe?

No hablaba ninguno de los dos idiomas. Penrod empujó al hombre de vuelta al grupo de soldados en movimiento, luego escuchó que lo llamaban por su nombre. Un hombre se abría paso hacia él por entre la multitud, y Penrod alargó la mano y tiró de él para apartarlo. Era Ariam, el sargento con el que había corrido en Massawa. Tenía una herida profunda en la mejilla y el brazo

izquierdo le colgaba en un extraño ángulo. La piel estaba de color ceniza por el agotamiento, y su chaqueta blanca estaba sucia de polvo. Penrod pudo leer la historia de su batalla en las heridas, la amplia mancha en su pecho, del mismo color rojizo que su faja, donde había cargado a un hombre herido.

—¡Ariam! El capitán Nazzari está muerto.

El sargento bajó la cabeza. El dolor y la extenuación le pesaron como una piedra.

—Yo esperaba… *Effendi*, él era el último. Todos los oficiales han muerto. Somos como una serpiente con la cabeza cortada.

—¿Y ahora qué? —preguntó Ryder.

—Estos *askari* lucharon en Kassala y Coatit —explicó Penrod deprisa—. Solo necesitan un momento para tranquilizarse. Sargento, ahora tú vas a reunir a los suboficiales supervivientes y a los hombres del Octavo Batallón. Sigue mis órdenes y aún podremos salvar a algunos de ellos de esta derrota. ¿Está dispuesto?

El sargento ya parecía estar recuperando sus fuerzas. Escuchó las instrucciones de Penrod con atención, y su respiración se estabilizó. Apenas Penrod hubo terminado, saludó y comenzó a gritar órdenes. Llamó por sus nombres a algunos de los hombres que huían en el montón. Algunos de los guerreros etíopes ya estaban en el límite del campamento y se enfrentaban a los *askari* derrotados.

—¿Listo, sargento?

—¡Listo, *effendi*!

El sargento había logrado sacar a unos cincuenta hombres de aquel montón. Sus heridas parecían ser leves, y a Penrod le alegró ver a cuatro o cinco suboficiales entre ellos. Los hombres fueron divididos en cuatro grupos y recibieron sus órdenes.

La masa de los etíopes que los perseguían estaba ya casi sobre ellos, dando cuchilladas a los *askari* que obstruían el camino delante de ellos como si estuvieran abriéndose paso entre arbustos espinosos. La persecución era tan desorganizada y sin líder como la retirada.

—¡Fijen las bayonetas! —gritó Penrod y desenvainó su sable de caballería. La hoja pareció cobrar vida en su mano.

Ariam lo observaba con ojos de halcón, sus heridas olvidadas y todo su cuerpo tenso y dispuesto.

—Espéralo, espéralo —espetó Penrod. Los derrotados se iban

dividiendo alrededor de ellos. No podía hacer nada por los hombres que huían por el límite norte del campamento, pero si tenían suerte, los *askari* que huían por este sendero del sur podrían tener una oportunidad de salvarse. La masa de la vanguardia etíope se acercaba a ellos.

—¡A la carga! —gritó Penrod.

Condujo a unos cuarenta *askari* con él contra los flancos de una fuerza de al menos tres veces ese número, pero los etíopes estaban demasiado concentrados en su presa como para ser conscientes de la amenaza. Estaban bloqueados por los carros de equipaje y por las empinadas laderas del sur que convertían el camino en un campo de exterminio. Penrod eligió a un oficial por su tocado de melena de león y lo atacó con un tajo que le cortó la arteria carótida justo debajo de la oreja izquierda. A ambos lados de él, los *askari* dieron amplias muestras de su entrenamiento, empujando sus hojas de acero en vientres y pechos.

El aire apestaba a sudor y sangre, y los etíopes, sorprendidos por la fuerza y ferocidad del ataque, retrocedieron. Penrod giró a la derecha. Un destello de acero brilló a su izquierda. Se inclinó hacia atrás y sintió que la hoja curva del *shotel* le rasgaba la tela de su chaqueta. Detuvo golpes en el muslo y el hombro mientras su atacante aprovechaba los imposibles ángulos de ataque que ofrecía la hoja curva y giraba para alejarse del amplio contraataque de Penrod. Este también llevaba un cuello de piel de león.

Penrod se lanzó hacia adelante y movió el sable hacia arriba con tal fuerza que el etíope no pudo desviar el golpe con su escudo. La brillante punta de acero lo desgarró desde la ingle hasta las costillas. Cayó al suelo. Penrod cambió de mano y clavó el sable en el corazón del hombre.

Al retirar la hoja, Penrod sintió un movimiento a la izquierda. Un infante con espada cayó sobre él, su *shamma* salpicada con sangre onduló detrás de él. La espada de Penrod se trabó por un segundo fatal entre las costillas de su enemigo muerto. La hoja que iba a matarlo se estaba balanceando hacia su cuello. Entonces el hombre cayó hacia atrás sobre el polvo. Penrod se volvió a tiempo para ver a Ryder Courtney que bajaba su rifle.

—¡Todos conmigo! —gritó, y los *askari* se separaron de lo que quedaba de los atacantes etíopes. Los *askari* que no habían sido

parte del ataque dispararon una andanada constante con sus rifles. Su número había aumentado con los hombres que habían escapado de la precipitada derrota.

La masa de las tropas etíopes, al encontrar el camino obstruido, giraba hacia el norte del campamento. Pero, obstaculizado por las tiendas, las fogatas, los animales y los sirvientes, su avance se estaba deteniendo. No se hizo ningún intento coordinado para flanquear la posición de Penrod. Cada vez más hombres, algunos de ellos ayudando a camaradas heridos, iban encontrando su camino de regreso detrás de la protección de los rifles de Penrod.

Ariam formó a los hombres en dos pelotones y comenzaron a retirarse en orden. Penrod llamó al sargento.

—Cuando estés libre de toda persecución, dispersa a tus hombres en grupos pequeños. No uses las rutas de suministro. Viaja de noche, coloca guardias durante el día y llega a Asmara lo más rápido que puedas.

El sargento saludó y, luego, con una ligera vacilación, estiró la mano. Cuando Penrod se la estrechó, dijo:

—Gracias, *effendi*.

—Ve con Dios —respondió Penrod, y Ariam fue a reunirse con sus hombres.

—¿Has terminado de ganar tu nueva Cruz Victoria? —preguntó Ryder, con su mochila ya en los hombros—. Porque creo que es hora de que irnos de aquí.

—El rey Umberto no entrega Cruces Victoria. Tendré que olvidarme de tener un par que combine —respondió Penrod con frialdad.

Un proyectil de rifle levantó una nube de polvo entre ellos. Los etíopes que habían superado a Nazzari y sus hombres habían ubicado el foco de resistencia y su fuente, y estaban probando su puntería.

Penrod recogió la mochila.

—Ahora podemos irnos.

Después de dos horas, Ryder se detuvo bajo un enebro solitario. La sombra les iba a proporcionar tanto un refugio ante el sol de la tarde como un escondite para ellos de cualquier banda de etíopes que estuviera en busca de sobrevivientes de la batalla.

—No necesito descansar —dijo Penrod.

Ryder le ofreció la cantimplora.

—¿Tenías amigos en la batalla?

Penrod tomó la cantimplora y bebió un sorbo de agua. Hizo buches antes de tragar y luego se sentó en el polvo junto a Ryder.

—Conocía a muchos de los oficiales.

Ryder no ofreció condolencias ni se arriesgó a recordarle a Penrod lo que pensaba de los ejércitos europeos en sus aventuras coloniales. En cambio, bebió y tapó cuidadosamente la cantimplora.

—La niña rubia que viste en el complejo minero era mi hija… mía y de Saffron. Amber no está casada.

Penrod no reaccionó de inmediato, pero cuando habló, su voz era helada.

—¿Crees que es más probable que la salve al saber eso?

Ryder suspiró profundo.

—No. Creo que harías cualquier cosa para salvarla, casada o no. Pero nos enfrentamos a probabilidades de al menos seis contra uno, a juzgar por el ataque a mi complejo minero. Si vamos a morir tratando de salvar a Amber, debes saber que se mantuvo fiel a ti, incluso cuando ella pensó que estabas muerto.

—Muy bien. ¿Qué me puedes decir de este hombre que la secuestró? —preguntó Penrod al fin.

Ryder le dijo lo poco que sabía. Cómo había conocido a Bill en Addis y que había encontrado en él una incorporación útil y hábil para el complejo minero, pero nunca le había gustado ni había confiado en él. Hizo una breve descripción de su ataque en el camino a Addis antes de la gran reunión, y las revelaciones del médico.

Penrod escuchó con atención.

—Así que este hombre que se llama a sí mismo Peters ¿apareció por primera vez en Bohemia?

—Según el doctor, sí —confirmó Ryder y guardó la cantimplora en la bolsa de su cinturón—. ¿Por qué?

Penrod se limitó a sacudir la cabeza y se pusieron de pie, pero una sospecha oscura y aparentemente imposible había comenzado a florecer en su corazón.

—¿Le dijiste a él que yo estaba vivo y en Tigray? —preguntó.

—¿Tú? No. Le dije a Saffron que estabas vivo y ella se lo dijo a

Amber, así que supongo que él puede haberse enterado de que tú y yo nos encontramos aquí. ¿Por qué?

Penrod se limitó a mover la cabeza.

En la cima de la siguiente pendiente, Penrod se volvió y miró hacia atrás, hacia la llanura de Adua. En un primer momento, le pareció ver una gruesa neblina que subía por las laderas a ambos lados del campo de batalla. Levantó los prismáticos y miró. No era neblina, sino humo. Los etíopes estaban expulsando a los soldados italianos que quedaban en el campo de batalla prendiéndoles fuego a la hierba y la vegetación. Penrod podía imaginar la escena, heridos que no podían morir en paz entre sus compañeros, sino que se veían obligados a ponerse de pie por el humo asfixiante, deambulando en medio del horrible cuadro de la muerte para caer en manos de sus enemigos.

Amber abrió los ojos. Le dolía la cabeza y, en un primer momento, solo pudo distinguir formas de luces y sombras. Estaba acostada en una especie de cama. Trató de moverse. No estaba atada, y hasta donde podía ver, sus extremidades estaban enteras. Estaba dolorida y temblorosa. Además, le dolía la cabeza con una intensidad que casi la enceguecía. Se incorporó y apretó los ojos cerrados cuando la envolvió una nueva ola de dolor. Luego, con mucho cuidado, se pasó los dedos sobre la parte posterior de la cabeza, donde el dolor parecía peor. No pudo sentir hinchazón alguna y no había sangre.

«Solo un chichón», se dijo con firmeza. Abrió los ojos otra vez con cuidado y, apenas moviéndose un poco, miró a su alrededor.

Era una choza redonda tradicional, aunque pequeña, de menos de seis metros de diámetro. El último medio metro de la pared antes de llegar al techo de paja estaba hecho de mimbre y dejaba entrar un chorro de luz a la habitación, que producía profundas sombras.

Cuando la visión de Amber se ajustó, pudo distinguir las formas de cajas y cestas, rollos de tela apoyados contra las paredes, sacos de arpillera ásperos, llenos de grano, cofres pequeños con correas y baúles de viaje. En el centro no había nada. Sobre el rústico suelo de tierra había una pequeña mesa de palisandro y un par de elegantes sillas de comedor. Palpó la sábana de la cama en la que estaba sentada: algodón suave. Y también era una cama propiamente dicha, con cabecera y pie de cama, un colchón y un edredón de seda. La puerta estaba cerrada. Junto a la estufa había un lavabo de caoba completo con una jarra y un cuenco de porcelana decorados con pequeñas rosas rosadas.

Amber se levantó temblorosa y se acercó al lavabo. Encontró agua limpia en la jarra, y vertió un poco sobre las manos y se mojó la cara antes de mirarse en el espejo y apartarse el pelo de la cara. Entonces comenzó a explorar el lugar. Era una cueva de delicias robadas. La búsqueda al menos le sirvió para distraer la mente del dolor de cabeza palpitante y de las extremidades doloridas. Arrastró

una de las sillas hasta el final de la cama y se subió temblorosa. Se puso en puntas de pie y miró por el mimbre. El aire inmóvil era frio. Pudo distinguir las cimas de las montañas distantes, color púrpura contra el cielo pálido. Apoyó la planta de los pies y se recostó contra las paredes de su prisión. Era de noche cuando había visto a Dan… la noche del segundo día de su captura. ¿Lo habrían matado? Rezó para que no fuera así.

En ese momento era de día. Fuera lo que fuese lo que Bill había planeado para ella, obviamente no era la ejecución inmediata. ¿Qué quería de ella? ¿Por qué arriesgarse a un ataque?

Más o menos una hora más tarde, escuchó que la barra que cerraba la puerta se movía. Entró una niña de no más de catorce años. Amber pudo ver el mundo exterior por un breve momento: un patio polvoriento, la silueta de otros edificios, dos guardias con sus rifles en las manos, de pie junto a su puerta.

—Espero que estés bien —le dijo a la niña.

—Gracias a Dios, estoy bien —respondió la niña—. ¿Y usted?

—Gracias a Dios, estoy bien.

La chica tenía consigo una cesta de pan y un vaso con alguna suerte de líquido tibio. Echaba un poco de vapor. Por un momento, Amber no pudo reconocer la fragancia que competía con el olor ácido de la levadura de la *injera*, luego se dio cuenta, con los ojos muy abiertos por la sorpresa, que era el olor del té Earl Grey. La niña ya se dirigía de regreso a la puerta.

—Hermana —dijo Amber en voz baja, pero con urgencia—, ¿dónde estamos?

La chica parpadeó.

—En las montañas —susurró con voz ronca y luego desapareció de nuevo en la luz del sol antes de que Amber pudiera preguntar cualquier otra cosa.

Pensó en tirar el té al suelo y moler el pan con el talón, pero estaba demasiado hambrienta. Fuera lo que fuese que le deparaba el día, decidió que sería mejor para ella si lo enfrentaba con el estómago lleno. Recién cuando estaba comiendo notó una cajita de madera pulida en la mesa de al lado. La abrió con sumo cuidado. La caja contenía en su interior una hermosa talla de marfil con forma de máscara de la cara de un hombre.

Después de comer, Amber escuchó un golpe en la puerta. Dado que estaba cerrada por afuera, aquello casi la hizo reír, luego vio que aparecía un sobre por debajo. Esperó un momento, pero ningún otro sonido vino del exterior, así que dejó su asiento y fue a recoger el sobre. Era de un papel grueso y pesado, y su nombre estaba escrito en él con una elegante caligrafía. Regresó a su silla y se puso lo que quedaba de la *injera* en la boca antes de romper el sello y desplegar las páginas. Era una nota breve. Su anfitrión se disculpaba por haber tenido que tomar medidas tan extremas para ganar su conformidad. Amber casi se ahogó. La nota continuaba diciendo en un lenguaje asimismo formal que iba a cenar con ella esa noche. Él le iba a estar agradecido si ella aprovechaba la ocasión para vestirse para la cena y le informaba que toda la ropa femenina y las joyas en la habitación estaban a su disposición.

Durante un largo rato, Amber contempló la penumbra de su prisión y pensó en la carta que sostenía suelta en la mano. Entonces tomó la decisión y comenzó a abrir los cofres y cajas que la rodeaban. Ella tomó el lenguaje formal de la nota como una indicación y eligió una falda larga y pesada de seda color escarlata, y un corsé azul cielo con mangas sueltas adornadas con encaje, atado en la parte delantera. Mientras se vestía, se preguntó a quién habrían pertenecido aquellas ropas. A la esposa o la hija de un oficial italiano, quizá.

El corsé le quedaba un poco ajustado en el pecho, pero la medida era bastante adecuada. La falda colgaba hasta el suelo, y encontró un par de zapatos de terciopelo, sin talón, adornados con hilo de plata. Le quedaban perfectamente. Se debatió pensando si debía cambiarlos por un par de botitas, pero estas le quedaban un poco grandes en sus pies pequeños. Estas podían parecer más resistentes, pero con los otros podría correr más rápido. Luego dirigió su atención al cabello para cepillarlo y recogerlo arriba, asegurándolo en su lugar con algunas peinetas de plata pequeñas que había descubierto. Al mirarse en el espejo, sintió algo de orgullo, luego se echó a reír. Recordó cuando iba al Club Gheziera en El Cairo y se sentía muy incómoda y atrapada en ropas como esas. En ese momento, estaba vestida tan formal como siempre, a punto de cenar con su secuestrador asesino, pero sintiéndose muy tranquila. Sus años lejos de la vida mundana le habían dado de

alguna manera el equilibrio y confianza de una joven duquesa. Entonces, adelante. Comenzó a probar la rigidez de los hombros, y trató de moverse sin hacer muecas de dolor.

Hacia la media tarde se levantó la barra de la puerta y la sirvienta volvió a entrar con otra niña, aún más joven. Amber no intentó hablar con ellas y, en cambio, observó, fascinada, mientras ponían un mantel de lino sobre la mesa y añadían candelabros, platos, cubiertos, vasos, servilletas y toda la parafernalia de las buenas comidas europeas presentada en la cima aislada de una colina en medio de las tierras altas de Tigray.

Ryder se detuvo en el borde de una parcela de jardín, con arbustos frutales altos hasta el pecho. Desde hacía unos veinte minutos sentía una especie de comezón en la nuca, con la sensación de que era observado, pero no vio señales de que alguien lo estuviera siguiendo.

—¿Y bien? —preguntó Penrod.

Ryder señaló una serie de montes estrechos y fantásticos de cima plana a un poco más de un kilómetro delante de ellos, más allá de un terreno elevado, con frondosos árboles dispersos y esqueletos de sicómoros a la espera de las lluvias.

—Esto es lo más lejos que nos llevarán las instrucciones del explorador. Le dijeron que los *shifta* con el líder blanco tienen su campamento permanente encima de una de esas tres *amba* en medio de la cordillera… Esas son las Tres Hermanas, pero nada de lo que me dijo indica cuál.

Penrod las examinó una por una con los prismáticos.

—No puedo decir si alguna de ellas está habitada. Y tampoco veo humo.

Ryder se protegió los ojos.

—Apostaría a que se puede encontrar una iglesia o un monasterio en uno u otro de ellos. Si no fuera por ese maldito ejército, podríamos preguntarle a cualquiera de los campesinos en tres kilómetros a la redonda y nos lo dirían.

—Si no fuera por los exploradores del ejército, estarías aquí sin la menor pista y sin nada de agua —precisó Penrod—. Tú eres cazador. Seguramente podemos seguirles el rastro, ¿no? Animales de carga con mucho peso encima, grandes grupos de hombres… —

Penrod estaba cada vez más impaciente, pero Ryder sacudió la cabeza.

—Los *shifta* también son cazadores. Si quieren cubrir sus huellas, tienen mil maneras de lograrlo: hacen rastros falsos, borran las huellas que van dejando. Ellos ya me han engañado antes.

—Entonces subamos cada uno por separado. Tendremos que esperar hasta que oscurezca, o sería lo mismo que anunciar nuestra llegada con una corneta. —Penrod volvió a observar las cimas planas de aquellas montañas. El paisaje estaba lleno de excelentes fortalezas naturales—. Tendremos que acercarnos en silencio. Un acercamiento frontal sería inútil —agregó.

—De acuerdo —respondió Ryder—. Aunque juro por Dios que veré muerto a ese hombre hoy mismo, aunque me cueste mi propia vida hacerlo.

—Tenemos un arma secreta, por supuesto.

—¿Cuál? —preguntó Ryder.

—Amber.

Amber pudo percibir que su apariencia lo complacía. Sintió la lenta mirada de apreciación de él, pero mantuvo sus ojos bajos.

—Qué placer, querida, verte bien vestida —expresó él.

Ella no respondió y solo se tocó el cuello, como si apartara algún mechón perdido de su cabello dorado.

—¿Quieres sentarte y tomar una copa de vino? Ya les dije a los criados que nos vamos a servir nosotros mismos.

Movió la silla del comedor para que ella se sentara, y una vez que ella terminó de acomodar los pesados pliegues de la falda, ocupó su lugar frente a ella. Sobre la mesa había un decantador de cristal abierto. El hombre sirvió el vino en la copa de Amber y el fuerte aroma frutado de un excelente Borgoña se liberó como una brisa sutil en el aire. Ella mostró una breve sonrisa y le dio las gracias, y cuando él habló de nuevo, su voz se había endurecido un poco.

—Estás inusualmente callada, señorita Benbrook.

Empezó a servir comida en el plato de ella, tomada de las fuentes allí dispuestas. Cabrito, puré de porotos, pero todo servido como si fuera *côte de bœuf* y *gratin dauphinois*.

—Estaba pensando que te ves muy diferente ahora; no es el

hombre que se presentó en el complejo minero.

Él se mostró algo divertido.

—Ah, en ese momento yo tenía que interpretar un papel. Bill Peters, el ingeniero. Un muchacho de clase baja que logró ascender en la sociedad gracias a su cerebro y que luego lo poseyó la pasión por viajar. Creo que lo interpreté bastante bien.

—Nos engañaste a todos durante años.

Él cortó un trozo de carne y lo levantó. Lo examinó bajo la luz. Amber casi esperó que llamara al camarero y le enviara sus felicitaciones al chef.

—Sí, así fue ¿verdad?

Amber tomó un bocado de puré de porotos. Había estado muerta de hambre apenas unos minutos antes, pero comer frente a este hombre hizo que la comida supiera a ceniza. Se obligó a tragar.

—Nos encontramos con un hombre en Addis. Dijo que tú no eres Bill Peters. —Levantó la vista—. ¿Quién eres?

Él pareció sorprendido por un momento ante la fuerza de la mirada de ella.

—Eres más hermosa aún de lo que era mi hija. Extraordinario.

Amber volvió a mirar su plato. El roce de los cubiertos sobre la porcelana pareció irritarle los nervios casi al límite.

—¿Entonces no me dirás cómo te llamas?

—Puede llamarme James. —De pronto, se inclinó hacia adelante y la agarró de la muñeca con tanta fuerza que ella dejó caer el cuchillo. El hombre tiró de ella con brusquedad.

—Recuerda dónde estás, Amber. En la cima de una montaña, y el único camino es tan empinado en algunos lugares que una mula apenas puede trepar por él. Un paso en falso y caerás treinta metros por el aire, y tu bonita cara quedará aplastada, convertida en pulpa. Estás rodeada de veinte de los mejores luchadores que uno pueda pagar. Deja de planificar tu fuga, niña. Es inútil. Tu destino está sellado, me temo. Y si intentas huir antes de que yo esté listo, te entregaré a mis hombres para que te usen como su juguete.

Ella lo miró fijo.

—James, me estás lastimando.

Él la soltó de inmediato.

—Querida, lo siento mucho. —Cortó otro pedazo de carne y lo comió con evidente deleite—. De todos modos, recuerda bien lo que

te he dicho.

Habían borrado el rastro. En el polvo donde el camino se dividía en dos, solo se veía una cuidadosa confusión de cascos y huellas humanas. Escalar cada ladera tomaría al menos una hora, y tomar la decisión equivocada en ese momento podría costarles no solo tiempo, sino también, si no tenían suerte, podría eliminar el elemento sorpresa.

Penrod se decidió por el sendero que conducía al noroeste. Era más ancho y menos profundo, al menos en ese punto. Si los *shifta* por lo general llevaban su botín cuesta arriba, con seguridad iban a optar por este, y no el camino escarpado y angosto de la ruta que había elegido Ryder. Estaban discutiendo en voz baja cuando Ryder se puso rígido de repente y levantó la mano. Penrod sintió que lo observaban y tuvo un hormigueo que le estremeció el cuero cabelludo. Percibió un movimiento en la maleza en el sur. Ryder sacó su revólver de la funda muy lento y se dio vuelta. En el límite del bosquecillo detrás de ellos había un anciano abisinio. Estaba encorvado y apoyado en su pesado bastón, su cabello tan blanco como la *shamma* que le colgaba de los hombros. Cuando vio que lo estaban mirando, chasqueó la lengua contra los dientes. El matorral se estremeció y una docena de jóvenes —unos armados con antiguos rifles de avancarga, otros con lanzas— salieron de su escondite.

Ryder les dijo algo en amárico. Penrod había aprendido lo suficiente del idioma como para adivinar que les estaba diciendo que ellos eran ingleses, no italianos, y aunque no eran enemigos, no iban a dejar que los tomaran prisioneros sin oponer resistencia.

El anciano levantó la mano y sacudió la cabeza. Penrod no pudo entender la respuesta, pero Ryder susurró una traducción mientras el anciano hablaba.

—El anciano se llama Gabre; estos son sus nietos, que eran demasiado jóvenes para alistarse en el ejército. Dice que un hombre santo en su aldea desea hablar con nosotros.

—No tenemos tiempo para consultar con un hombre santo.

—Espera. Ese hombre se ha referido a nosotros por nuestro nombre. Dice que ha visto a Amber.

Penrod ya había guardado el revólver en su funda y se dirigía

hacia el anciano antes de que Ryder hubiera terminado de hablar.

La aldea no estaba muy lejos, oculta en una hondonada poco profunda del terreno. Los campos a su alrededor se veían bien cuidados y, ocultos de las vías principales, parecían haber escapado a las requisiciones del ejército.

Penrod y Ryder pasaron entre un grupo de mujeres y niños pequeños que los miraban con atención mientras los conducían hasta el *tukul* central del complejo. Una mujer estaba arrodillada junto a un lecho de tierra en la parte trasera de la choza, ofreciéndole *tula* en un vaso de cuerno al hombre que yacía en ella. Los ojos de Ryder se adaptaron pronto a la penumbra. Cuando la mujer se apartó, el hombre en la cama se incorporó sobre un codo y habló.

—Señor Courtney.

—Dan —habló Ryder con voz cortante e irritada—. Así que eres un hombre santo ahora, ¿verdad?

Dan había envejecido mucho desde que había asesinado a Rusty y había dejado el complejo minero. El rostro estaba demacrado y muy bronceado, cubierto con una densa red de arrugas. Tenía el pecho desnudo, ahuecado y pálido. Los músculos que había obtenido cavando en busca de tesoros en dos continentes se habían consumido. La barba era espesa y blanca como la nieve, al igual que el cabello. Si no hubiera hablado, Ryder no lo habría reconocido. Tenía un vendaje atado alrededor de la cintura, con una mancha de sangre en el lado derecho.

—¿Se conocen? —preguntó Penrod, mirando a los dos hombres.

—Nos conocemos —respondió Dan, su acento todavía perceptible, pero débil como un eco lejano.

—Eres estadounidense —dijo Penrod.

Ryder no pudo seguir mirándolo; ni siquiera podía hablar. Fijó la mirada en el suelo de tierra. La rabia por la muerte de Rusty lo consumía como si hubiera sucedido esa misma mañana.

—Maté a un buen hombre en el Complejo Minero Courtney —estaba diciendo Dan—. La señorita Benbrook prefirió soltarme antes que verme colgado. Me dijo que hiciera penitencia por mis pecados, y así lo he hecho. Lo hago ahora.

Penrod no estaba dispuesto a escuchar esa historia.

—La señorita Benbrook ha sido secuestrada. ¿Qué nos puede

decir?

Dan se movió y gimió por el dolor en el costado, pero habló rápido entre los dientes apretados.

—Se la llevaron a la segunda hermana. Yo vivo en los flancos más empinados de la primera, es más alta, pero en la cima solo hay espacio para mi choza. Varios hombres han estado viviendo en la segunda hermana desde hace algunos meses. Dejan a la gente del lugar en paz, pero se sabe que son bandidos. Su líder es blanco.

—Lo sabemos —dijo Ryder—. Es Peters, el hombre que contratamos para reemplazarte en la Mina Courtney.

—¿Viste a Amber? —preguntó Penrod, muy impaciente por irse.

—Sí. La vi —respondió el hombre herido—. Yo había ido a visitar a Ato Gabre para buscar provisiones y orar con las esposas de sus hijos que han ido a pelear. Mientras caminaba de regreso, vi a los bandidos que volvían y noté que llevaban consigo a una mujer. Al principio no sabía quién era ella, luego vi su cabello.

—¿Estaba herida?

—Inconsciente. Grité y corrí hacia ellos. Fue una estupidez. No llevo armas, aunque no pensé en esas cosas. La vi que despertaba y comenzaba a forcejear. Ella gritó, pero los hombres ya estaban sobre mí. Uno de los bandidos me golpeó una vez con una lanza. El hombre blanco, Peters, les ordenó que me dejaran.

—¿Por qué no te mataron? —preguntó Ryder, con su voz aún densa.

—Quizá creyeron que me habían matado. Tal vez temieron que la gente del lugar se volviera contra ellos si me asesinaban.

—¿Hay alguien aquí que pueda mostrarnos el camino para subir a la segunda hermana? —inquirió Penrod.

Dan asintió.

—El mayor de los muchachos aquí te mostrará el camino. Rezaré por la protección de ella y por tu éxito.

—No quiero tus oraciones —replicó Ryder.

—De todos modos, las tienes. —Dan respiró con mucho dolor—. Pensé que el líder de ellos debía ser el diablo que regresaba para atormentarme una vez más. Su nombre… —Su voz se estaba debilitando.

—¿Qué quieres decir, Dan? —preguntó Ryder.

—Lo vi solo de lejos, allá en El Cairo, y ha cambiado. Pero luego

escuché su nombre. El nombre con el que la gente de aquí lo llama. Ras Shama.

—¿Qué?

La voz de Dan era vacilante.

—Ras Shama.

Nadie habló por un buen rato.

—No puede ser… Ese hombre está muerto. Se voló la cabeza —dijo Ryder.

—¿De quién hablan? —quiso saber Penrod.

Ryder se pasó la mano por los ojos.

—Ras Shama. Significa príncipe o duque de la candela.

Penrod sintió que los engranajes de su mente giraban. El cuerpo en El Cairo con el rostro destrozado por el disparo; la máscara de marfil que Penrod había dejado atrás y que faltaba de la caja fuerte. Penrod estaba seguro de que el duque estaba muerto, pero ¿y si hubiera decidido escapar, mantener un bajo perfil y lamer sus heridas en uno de los rincones más remotos del mundo? El duque había administrado minas y operaciones mineras durante años; podía hacerse pasar por ingeniero.

—El duque de Kendal —repuso Penrod.

—¿Es él? —Ryder se dio vuelta para mirar a Penrod—. ¿Sabía él que amabas a Amber? ¿Kendal atacó el complejo y se apoderó de Amber para vengarse de ti?

Penrod no le respondió.

—Nos vamos ahora —ordenó, luego se acercó a la cama donde yacía Dan y le dio la mano. Dan la tomó—. Y aunque Courtney no va a aceptar tus disculpas y tu arrepentimiento, yo sí lo haré. A cambio, te agradezco.

Dan levantó la mano en señal de bendición, y Ryder y Penrod se marcharon dejándolo en manos de su cuidadora.

La cena continuó en silencio. El único sonido era el del cuchillo de James al cortar la carne. Afuera, Amber podía oír los chillidos y silbidos de los estorninos azules en busca de su propia cena. Tomó un sorbo de vino. James miró el plato de ella.

—Intenta comer un poco más. Después de todo, es tu última cena.

Amber puso un poco de puré de porotos en su tenedor y tragó de forma mecánica. Él la miró y pareció aprobar.

—Me gusta tu máscara —habló ella, señalando con la cabeza la caja de palisandro en la mesa.

—Me alegro —contestó él—. Es del César, ¿sabes? Un recordatorio de una vida anterior y del hecho de que los grandes hombres pueden caer y luego levantarse otra vez. —Tomó la caja y se la metió en el bolsillo.

—¿Cómo sobreviviste a la inundación? —preguntó Amber.

—He desarrollado un talento para la resurrección —respondió y no hizo más comentarios.

Amber lo miró por debajo de las pestañas. En el complejo minero, por momentos le recordaba a una serpiente, una combinación de la forma en que movía la cabeza a veces y de la inexpresividad de sus ojos oscuros. Pero una serpiente es una criatura reptante y maliciosa y, en ese momento, en su reino, James estaba feliz de mostrar su fuerza y su poder. «Una cobra», pensó Amber. Levantada hacia ella con su capucha abierta y la lengua en movimiento probando el aire.

—Hacía mucho tiempo que no comía así —lo tanteó de nuevo—. Años de años. ¿Cómo te las arreglaste para traer todas estas cosas aquí?

—Las caravanas a lo largo de la costa producen muchos tesoros, como el vestido que llevas puesto.

Amber miró los encajes blancos alrededor de su propia garganta y de sus muñecas.

—Los colores son un poco atrevidos para mí —comentó ella.

James apartó el plato, luego cruzó las piernas y tomó su copa de vino.

—De ninguna manera. A mi hija Agatha le gustaban los colores fuertes, y la consideraban un ejemplo entre la gente a la moda.

Un frío profundo heló el corazón de Amber.

—¿Lady Agatha? —preguntó.

Él la miró con una sonrisa apretada y vacilante, como si ella fuera una mascota que acababa de lograr un truco nuevo y entrañable.

—Felicitaciones, señorita Benbrook. Estoy esperando noticias de la batalla. Cuando termine, le enviaré un mensaje a Penrod Ballantyne, diciéndole que estás aquí y en mis manos. Él correrá a rescatarte y te encontrará muerta con esa máscara de marfil a tu lado, y yo ya estaré lejos.

—¿Ese fue siempre tu plan, James?

Él se rio con suavidad.

—Oh, no, querida, he tenido mi ojo puesto en la Mina Courtney durante años. Ya sabes que hice que uno de mis hombres saboteara el vapor hace ya muchos años, luego chantajeé a Dan para asegurarme de que la empresa fracasara. Iba a comprarla sin más cuando Ryder terminara de arruinarse. Pero entonces Penrod me arruinó a mí. Al final, llegué hasta aquí, y mi nuevo plan era usar a mis amigos bandidos para tomar la mina cuando me conviniera. Lo ideal hubiera sido que fuera después de que el matón Courtney regresara a El Cairo, pero luego… —se inclinó hacia delante, agitando el cuchillo para la carne como una varita mágica—… me enteré de que Penrod Ballantyne todavía estaba vivo, y vengarme de él se volvió algo muy muy importante para mí. Matar a la mujer que él amaba mientras él estuviera cerca, pero no demasiado, me pareció una forma ideal de hacerlo. Y solo para no dejar cabos sueltos, entre mi robo en el camino y un pequeño sabotaje más antes de ir a buscarte, es seguro que Ryder va a perder la mina. La tomaré cuando el bandolerismo empiece a aburrirme.

—Has sido muy inteligente, James —dijo Amber con voz hueca. Todo estaba perdido: Penrod, la mina, su propia vida.

—Sí, estoy muy satisfecho —comentó antes de tragar su vino con placer.

—Me gustaría ir afuera. —Ella habló sin pensar. Solo sabía que permanecer un momento más en aquella habitación, en aquella cueva de tesoros de sangre y perfidia, la volvería loca.

—Ya te he hablado sobre cualquier intento de fuga, querida.

Ella dejó el cuchillo y el tenedor con mucho cuidado, obligándose a sí misma a moverse con lentitud.

—Me dijiste que me vas a matar de todos modos. ¿Por qué no debería huir?

La sonrisa de él era de comprensión.

—Querida señorita Benbrook, compórtate bien y te prometo una muerte rápida. Corre y sufrirás todos los horrores del infierno en tus últimas horas.

Amber se estremeció. Tenía que hacerle creer que ella le tenía miedo y estaba demasiado asustada como para correr, pero no debía exagerar su jugada. Parpadeó con rapidez y dejó que una sola lágrima resbalara por su mejilla.

—Entonces déjame sentir el sol en la cara por última vez, James. No saldré corriendo.

Él se rio y sacudió la cabeza, como hacen los hombres ante los caprichos de mujeres hermosas. Luego se puso de pie y le ofreció el brazo.

Amber se levantó de su silla y colocó la mano sobre el antebrazo de él con suavidad. Luego, cuando él se dirigió hacia la puerta, ella estiró la mano por detrás de la espalda de él para tomar el cuchillo para trinchar de la mesa y deslizó la hoja grasienta en una manga.

Ya se habían construido otras dos cabañas entre los árboles de la cumbre llana de aquella *amba*. Además, se veían varias tiendas de campaña y dos de las esclavas se ocupaban de un fuego para cocinar. Las mulas estaban en un pequeño corral situado un poco más atrás de las viviendas de los humanos.

Amber pudo ver humo a la distancia, una gruesa columna de humo que parecía una nube caída.

—Los italianos sufrieron una aplastante derrota en Adua —informó el duque de Kendal en tono solemne.

—¿Esto te agrada? —preguntó Amber, quien había notado su tono de satisfacción.

—Oh, sí —respondió él y le dio unas palmaditas en la mano que

había apoyado sobre su manga. Ella se contuvo y no se apartó—. Menelik llevará su ejército a los cuarteles, y mis amigos y yo tendremos mayor libertad para actuar en todo Tigray. Tu muerte hará que Penrod vuelva a entregarse al opio. Ryder y Saffron regresarán a El Cairo, destrozados por tu pérdida, y yo tomaré la mina a su debido tiempo.

Amber miró al suelo delante de ella, incapaz de responder, pensando en la familia asesinada de Dan, en Rusty, en todas las historias de chantaje y corrupción que había leído en el periódico. Estaba asqueada, todo eso le repugnaba.

—¿Sabes que después de mis problemas en El Cairo, leí tu librito y llegué a la conclusión de que tengo mucho en común con Osman Atalan? —continuó Kendal con alegría—. Puedo imaginar que algún día nos vamos a encontrar de igual a igual. Va a ser interesante. Después de todo, ambos le hemos robado a una de las hermosas hermanas Benbrook al mayor Penrod Ballantyne.

Amber levantó la cabeza. La noche estaba llegando. Que él visite todos los horrores del infierno; ella no se iba a someter a este monstruo, sin importar lo que eso le costara. Sacó con cuidado el cuchillo para trinchar de su manga. Sintió el acero tibio, el borde aserrado para desgarrar la carne animal, lista para hacer lo que tenía que hacer.

—Tienes algo más en común con Osman Atalan.

—¿En verdad, querida? ¿Y qué es eso? —preguntó. Y se inclinó hacia ella con una sonrisa indulgente.

—Algún día, Penrod Ballantyne los matará a ambos.

Giró y le clavó el cuchillo para trinchar en un ojo. Él gritó y cayó de rodillas. Y Amber se lanzó desde el borde de la montaña.

Penrod y Ryder se miraron cuando el grito de dolor llegó como un eco hasta ellos.

—Obra de Amber —dijo Penrod con sombrío orgullo.

—Probablemente —replicó Ryder—. Pero nos quitó el elemento sorpresa.

—En absoluto —dijo Penrod y sacó el revólver de su funda para revisarlo—. Ella va a huir. La van a perseguir. Eso implica que se dispersarán y estarán demasiado ocupados buscándola como para darse cuenta de que los vamos a estar eliminando uno por uno. Es la distracción perfecta.

—Ella no va a bajar por el sendero principal —dijo Ryder con un gruñido.

—No —coincidió Penrod—, lo que significa que podría encontrarse en un callejón sin salida. Sugiero que atravesemos el campamento y sigamos las huellas. El objetivo es seguirla a ella y no perder el tiempo matando a los bandidos que estén todavía en el campamento. Así que movámonos rápido, sumémonos a la confusión y continuemos hasta que la alcancemos.

—¡De acuerdo! —dijo Ryder, y empezaron a correr cuesta arriba por la empinada ladera.

Para cualquiera que no fuera Amber, habría parecido un suicidio. Aquella *amba* parecía caer en ángulos mortales, y la vía principal era la única ruta posible hacia y desde la cima, pero Amber hacía años que cazaba y exploraba todo el territorio alrededor del Complejo Minero Courtney. Había aprendido que las montañas de Tigray eran más indulgentes con aquellos que las conocían bien: los acantilados eran escaleras secretas de ascenso y descenso, la piedra desgastada se había convertido en mil asideros, siempre se podían encontrar salientes cubiertas de enredaderas y ángulos suaves y poco profundos donde alguien podía descansar mientras subía o demorar el descenso. Lo importante era mantenerse cerca del suelo, atento a posibles trampas ocultas, confiar en uno mismo para encontrarlas, y nunca, nunca mirar hacia abajo.

Amber se deslizó y cayó más de diez metros por la pendiente antes de que pudiera detener su descenso, luego comenzó a avanzar de costado lo más rápido que pudo. Encontró restos de un viejo sendero, erosionado casi en su totalidad en su mayor parte, algún sendero antiguo abierto por algún ermitaño olvidado, pero suficiente para ella. Podía oír, por encima de ella, la voz de Kendal que gritaba órdenes y pedía cuerdas y su rifle. Ella esperaba que él sufriera un terrible dolor. Por el tono de su voz, parecía que así era. Continuó su descenso a medias controlado, tratando de ignorar los ruidos de sus perseguidores detrás de ella. La senda desaparecía por completo ahí, y se vio forzada de nuevo a moverse de costado, por sobre la suavidad de la roca pulida por la lluvia. Su pie derecho encontró una fisura, pero mientras buscaba otra con el izquierdo, la punta del zapato se enganchó en un grupo de rocas y se le salió.

Antes de que pudiera contenerse, giró la cabeza y lo vio caer. Desapareció en una caída de treinta metros, rebotando y girando entre las paredes escarpadas hasta que fue solo un destello rojo, para luego perderse de vista por completo. Sintió que el corazón le latía más rápido, y que sus manos comenzaban a sudar y a tener calambres. Tenía que moverse, tenía que encontrar en algún lugar la fuerza para hacerlo. Oyó de nuevo la voz de Kendal que gritaba órdenes en su amárico terrible. Inspiró y exhaló con suavidad, como si se estuviera preparando para disparar su rifle, luego soltó el sostén de la mano izquierda y la estiró en busca de otro agarre. Encontró uno, sólido bajo su mano, y se empujó hacia arriba, luego comenzó a moverse en diagonal hacia arriba, lento al principio, luego con creciente confianza y velocidad a medida que el dolor y el pánico se desvanecían, hasta que atravesó la cara pulida del acantilado y cayó sobre otro resto de la senda. Ya podía estar de pie sin pegarse a la pared. Se detuvo por un momento y esperó que el corazón se le calmara. Por encima de ella, escuchó el estallido rápido de algunos disparos, una oleada, pero sonaban demasiado distantes como para ser disparos contra ella.

Penrod y Ryder casi chocaron con tres bandidos que habían sido enviados por la senda principal. Los *shifta* estaban vestidos con una mezcla de ropa tradicional y chaquetas militares, rifles sobre los hombros y grandes cuchillos en los cinturones. Estos pasaron su último momento en la tierra mirando estupefactos a esos dos hombres blancos que avanzaban por un camino en el que no tenían derecho a estar. Uno tenía los hombros anchos como un buey joven, el otro se movía con la gracia ágil de un guepardo.

Ryder y Penrod dispararon dos veces, y los tres *shifta* cayeron hacia atrás sobre el polvo, con un agujero limpio en el centro de la frente. Su sangre y los restos de cerebro salpicaron la senda detrás de ellos. El hombre del centro murió con dos balas en el cerebro.

Cuando llegaron, el campamento era un caos. Una niña esclava los vio y gritó. Penrod y Ryder levantaron sus revólveres de nuevo y derribaron a los guerreros a ambos lados de la muchacha. Otros dos, protegidos por las sombras proyectadas por las chozas y carpas de lona, lograron hacer algún disparo cada uno antes de volver a sus escondites. Un disparo salió desviado, y Ryder sintió que la

segunda bala le rozó el cuello, un corte limpio, pero se dio cuenta de que el disparo no había causado grandes daños. Ni siquiera levantó la mano para tocarse la herida.

—¡Mira! —gritó Penrod, señalando el borde de la meseta donde habían clavado estacas en el suelo, con cuerdas atadas a ellas. Él ya corría hacia ese lugar. Ryder enfundó su revólver y lo siguió.

Esta sección medio erosionada de la senda bajaba desde la saliente. La esperanza se apoderó del corazón de Amber. Pateó el zapato que le quedaba. Esta vez no esperó a verlo caer y bajó corriendo por el camino empinado. Escuchó un grito detrás de ella. Uno de los *shifta* que no había podido encontrar el modo de cruzar la roca pulida del acantilado. Deseó que fuera alguno de los hombres que se habían burlado de ella cuando intentó escapar la primera vez y miró atrás mientras apuraba el paso. El pie de adelante no encontró tierra sólida, sino aire. Si bien el impulso la llevaba hacia adelante, torció la parte superior del cuerpo con fuerza y buscó algo de donde agarrarse, cualquier cosa. Se agarró de las raíces de un arbusto espinoso y logró echarse hacia atrás. Cayó pesadamente y sintió un dolor agudo cuando se torció el tobillo. Aturdida, se aferró al terreno firme por un momento, luego levantó la cabeza y miró a su alrededor. Había terminado en una ancha cornisa de granito, un capricho de la geología que sobresalía unos tres metros en una pared del acantilado. La piedra a la que se aferraba era muy lisa, casi pulida. Por encima de ella pudo ver una hendidura profunda y estrecha que corría desde la parte superior de aquella *amba*, y en el lugar en que la saliente y la pared del acantilado se unían, el lado del acantilado se había desgastado hasta formar un cuenco poco profundo. Se dio cuenta de que cuando llegaban las lluvias la hendidura se convertía en una cascada, y el lugar donde estaba había quedado como un nido de águila, alto y aislado, mientras las rocas más blandas se desgastaban a su alrededor.

Se incorporó, y el dolor en el tobillo se le disparó por toda la pierna, lo que la hizo jadear y agarrarse de la pared de arenisca a su lado. Miró por encima de la saliente. La montaña había decidido traicionarla después de todo. No había ningún sendero oculto que bajara en un ángulo manejable desde aquel lugar. Era solo una caída pura e implacable al suelo rocoso e irregular del valle allá

abajo, salpicada con grandes bloques de piedra labrados por la acción del viento y el agua.

Si tuviera tiempo, o al menos una cuerda, aunque fuera corta, podría encontrar un camino para bajar. Se asomó un poco más en busca de algún posible punto de apoyo para las manos o los pies, y cuando aumentó el peso sobre el tobillo, este amenazó con ceder debajo de ella. Eso era lo único que necesitaba saber. No tenía ninguna posibilidad de salir de esa cornisa, a menos que fuera con Kendal, su captor, o saltando hacia su propia muerte. Escuchó los pasos de él que se acercaban por el último trecho de camino que quedaba del sendero olvidado antes de desaparecer por completo en ese precipicio. «Que así sea», pensó, y con una mano en la pared del acantilado para aliviar su tobillo y nada más que el aire fresco de Tigray a su espalda, esperó a que él la encontrara.

Fue apenas un minuto, pero en ese tiempo pensó en Saffron, en Ryder y en los niños, y les envió su amor y les deseó felicidad. Hizo lo mismo por Rebecca y los hijos que había tenido con Osman Atalan. Y luego pensó en Penrod. Rogó que hubiera sobrevivido a la batalla y que no llorara por ella mucho tiempo. A pesar de todo el dolor que ella había sufrido, nunca se iba a arrepentir ni por un instante, de haberlo amado. Esperaba que Saffron encontrara alguna manera de explicarle eso. Pensar en él le hizo brotar lágrimas en los ojos y parpadeó para enjugarlas, decidida a ver con claridad en los últimos momentos de su vida. Pensó en el libro que había escrito y en lo que había hecho por el complejo minero y por los refugiados que habían llegado a ella hambrientos, pero se habían ido con nuevas fuerzas y esperanzas. Pensó en sus huertas y en que pronto iban a llegar las lluvias y todo iba a florecer. Sus abejas se iban a poner a trabajar una vez más para llenar sus colmenas. Pensó en Hagos y se preguntó si la leona estaría criando sus propios cachorros en alguna parte. Finalmente pensó en su madre, muerta hacía tanto tiempo que ya era solo un recuerdo vago y perdido, y en su padre. Estaba lista para reunirse con ellos.

Kendal descendió lento los últimos metros del sendero. Estaba solo. Tenía un vendaje tosco en el ojo derecho, y había manchas de sangre en su ropa.

—Señorita Benbrook —saludó e hizo una reverencia, como si se encontraran en casa de algún amigo común para tomar el té.

—Su Excelencia —contestó Amber.

Él fijó la mirada en ella por un rato, con la cabeza ligeramente inclinada.

—Así que has elegido el infierno —habló él al fin—. Muy bien. O quizá te voy a poseer aquí y ahora. Si me complaces, tal vez te deje vivir unas horas más. Si no lo haces, yo mismo te arrojaré al precipicio, y Penrod podrá encontrarte allí.

Ella no se estremeció, ni se sonrojó, ni se dio vuelta.

—Déjame ahorrarte el esfuerzo —afirmó en cambio y dio un paso atrás.

—¡No! —masculló Kendal, estirando la mano hacia ella. Amber pudo ver que estaba temblando—. ¡Morirás por mi mano! ¡Eres mía! ¡Si te matas, voy a despellejar a los hijos de Ryder y Saffron delante de ellos!

«Qué extraño», pensó ella. «No le gusta que le quiten los juguetes». Fue una pequeña recompensa ver cuánto lo enojaba la idea de su suicidio. Se permitió el lujo de disfrutar por un momento la desesperación de él.

—¡Verteré plata fundida en las gargantas de todas las mujeres del complejo minero y cazaré a tus refugiados por deporte! —masculló de nuevo.

Él se estaba acercando demasiado. Era el momento de que ella diera el salto. Las palabras de él significaban poco o nada para Amber. Ryder iba a proteger a su familia y a sus amigos, y apenas Penrod se enterara de que el duque todavía estaba vivo, iba a rastrear a esta serpiente hasta matarla. Ella ya estaba deslizando el pie hacia atrás sobre la piedra lisa. Sintió el borde debajo de los dedos del pie. Entonces miró por encima del hombro de Kendal y vio a alguien… ¡No! Eran dos las personas en el sendero que avanzaban rápidas y silenciosas hacia ellos. Reconoció los anchos hombros de Ryder, luego sus labios se abrieron en un suave jadeo. El segundo hombre era Penrod.

Apartó los ojos azules del rostro del hombre que amaba y los fijó en el duque.

—Kendal, ¿recuerdas que te dije que Penrod Ballantyne te iba a matar?

Él todavía estaba tratando de alcanzarla; ya quedaban apenas unos centímetros entre ellos.

—¡Sí, y eso es prueba de que eres una chica soñadora!

—Bueno, pues él te va a matar ahora mismo —anunció ella. Y sonrió con dulzura.

Kendal puso los ojos en blanco cuando escuchó el ruido de un revólver al ser amartillado. Se dio vuelta y encontró a Penrod detrás de él, con el revólver Webley apuntándole al pecho y un dedo en el gatillo.

—¡No! —farfulló—. ¡Es imposible!

—Pero aquí estoy —respondió Penrod con tranquilidad.

—¡No tú! ¡Todavía no! ¡Maldito seas, Ballantyne! —Kendal se lanzó hacia Penrod, con las manos en alto, como si pudiera atrapar la bala en el aire.

Penrod apretó el gatillo, y el revólver saltó en su mano. Un chorro de humo y fuego salió disparado del cañón. La bala atravesó los dedos abiertos del duque y entró en su pecho. Mientras se tambaleaba hacia atrás y trataba de mantener el equilibrio, Amber se hizo a un lado con gracia, y él se tambaleó en el borde del abismo, moviendo los brazos como un molino de viento.

—Adiós, Su Excelencia —saludó Penrod, antes de hacer un segundo disparo. Este empujó a Kendal de espaldas al vacío. Los tres quedaron inmóviles en el silencio que siguió y luego volvieron a respirar cuando les llegó el ruido del cuerpo de Kendal al golpear contra las rocas decenas de metros más abajo.

Amber se sintió de repente muy muy cansada. Las piernas se le doblaron y cayó al suelo. Ryder corrió por la saliente hacia ella y cayó de rodillas a su lado para tomarla en un feroz abrazo de oso.

—¡Dios mío, Amber! ¿Estás herida? Dime que no estás herida. Si lo estás, mi esposa nunca me volverá a hablar.

Ella soltó una risa ahogada y llorosa, a la vez que entrelazaba los brazos alrededor del cuello de él.

—Estoy bien, Ryder. Solo que me temo que algo le hice a mi tobillo. Gracias por venir por mí.

Él le dio un beso en la cabeza como un hermano cariñoso.

—Tú sabías que lo iba a hacer. Y tuve algo de ayuda, por supuesto. —Ambos volvieron la cabeza y miraron a Penrod Ballantyne, que estaba todavía de pie en el mismo lugar donde había disparado los tiros, con la pistola humeante en la mano derecha.

—Hola, Penrod —saludó Amber.

Penrod nunca olvidaría ese momento. Ver su rostro, no a través de sus prismáticos, sino con sus propios ojos por primera vez en años, con el esplendor del paisaje de Tigray que desaparecía en la neblina detrás de ella.

—Amber —respondió y, por un momento, no pudo decir nada más.

—¿Puedes ponerte de pie? —preguntó Ryder con voz ronca, tomando distancia, era claro, de ese gran encuentro romántico.

—Apenas, pero no puedo caminar. Lamento ser tan inútil. El sendero termina aquí, y no creo que pueda volver a subir por donde vinimos, ni siquiera con tu ayuda. —Frunció el ceño y luego se iluminó de pronto—. Ryder, tal vez podrías ir a buscar una cuerda, y levantarme desde aquí directamente hasta la cima. Estoy segura de que Penrod cuidará de mí mientras no estés.

—Un excelente plan —observó Penrod mientras enfundaba el revólver.

—Al demonio con el excelente plan —exclamó Ryder—. Vaya uno a saber cuántos de los bandidos de tu amigo están todavía en esta zona, sin mencionar que hay que trepar de costado unos cien metros más. —Bajó la mirada hacia Amber—. No tengo idea de cómo te las arreglaste para cruzar con esa falda ridícula. Debes tener algo de mono en ti.

Ella soltó una risita.

—A mí me gusta esta falda.

—Estoy seguro de que un par de bandidos y esa subida no te van a dar ningún problema, Ryder —dijo Penrod, alegre.

—Ya que te sientes tan seguro, ve tú mismo.

Amber suspiró feliz y se sentó con más comodidad sobre la piedra fría. A partir de allí, ellos se iban a ocupar de resolverlo todo. Ella había hecho su parte, y Penrod estaba ahí. Se sintió como la reina de infinitos mundos.

Ryder seguía con la mano en el hombro de ella.

—Hemos perdido la mina, al-Zahra. Kendal destruyó la Presa del León la noche en que te secuestró. No podemos producir lo que necesitamos para cubrir el déficit de plata en un mes, y no creo que Menelik nos dé nuevas prórrogas. Lo siento.

Ella le sonrió.

—¿No puedes tan solo darle a Menelik la plata que robó Kendal, Ryder? Está todo allí arriba en la cabaña. Supongo que él no pudo venderla en medio de esta guerra.

Ryder la agarró por los hombros, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué? ¿Está allá? ¿Está todo ahí?

Ella sonrió.

—Sí. Yo la conté. La encontré mientras buscaba este estúpido corsé.

Ryder dejó escapar un grito de alegría, que resonó entre las montañas junto con la música de la repentina risa de Amber.

—¡Oiga, señor Ryder! ¡Señorita Amber! ¿Están bien?

Miraron hacia arriba y muy por encima de ellos, Amber vio un rostro que miraba hacia abajo y una mano que se agitaba.

Ryder se puso de pie de un salto.

—Es uno de mis hombres, de la mina —le explicó rápido a Penrod y luego gritó en amárico—: ¡Griel! Gracias a Dios, estoy bien. ¿Qué estás haciendo aquí? Y cuida tu espalda, no creo que hayamos liquidado a todos los *shifta*.

La franca risa de Geriel rodó hacia ellos.

—La señora Saffron convenció a Ras Alula para que le enviara ayuda tan pronto como ganara la batalla. Me envió a mí, a Maki y a otros veinte. Ya no quedan bandidos, se lo aseguro.

—Entonces será mejor que busques algunas cuerdas, amigo mío.

Ni Amber ni Penrod iban a irse de allí sin antes haber visto el cuerpo del duque, de modo que pasaron la noche en el campamento de los bandidos. Ryder recuperó sus lingotes de plata y los contó más veces de lo que Penrod creía necesario, mientras que los tesoros que habían acumulado los *shifta* en sus meses de saqueo fueron requisados en silencio por los hombres de Alula. A Penrod y a Ryder les ofrecieron parte de los lujos europeos que había acumulado el duque en su corta carrera como bandido, pero nada de todo eso tenía valor alguno ni para ellos ni para los abisinios. Amber insistió en llevarse las joyas con la esperanza de poder encontrar a sus legítimos dueños en algún momento. Después de un poco de lucha con su conciencia, decidió quédate con la falda y el corsé, además de las peinetas enjoyadas para su cabello.

Las mujeres y niñas esclavas que habían estado a las órdenes de

los bandidos ofrecieron de inmediato su devoción y servicio a Geriel y a Maki. Ryder estaba seguro de que las iban a tratar bien.

Cuando amaneció, el grupo empezó a bajar con cuidado por el camino de regreso. En las partes en que Amber no podía cabalgar, Penrod la llevaba en brazos. Ryder sospechó que él lo hacía por más tiempo del estrictamente necesario. Al llegar abajo, rodearon la base de aquella *amba* hasta encontrar el cadáver destrozado del duque de Kendal. Ryder se quedó con los hombres y los animales mientras Penrod y Amber se acercaban al cuerpo.

—¿Sabías que él todavía estaba vivo? —preguntó Amber mientras observaban el cadáver, tendido sobre la arenisca.

—Lo sospeché —afirmó— cuando Sam Adams me dijo que no pudieron encontrar a su secretario Carruthers y que la cara del cadáver en la residencia de El Cairo estaba completamente destrozada. Pero no pude encontrar ni rastros de él en Europa, sin embargo… apenas un fugaz rumor una vez en Bohemia, eso fue todo. Supongo que vendió la máscara de César en algún mercado de pulgas para financiar su escape.

Amber frunció el ceño.

—¿Una máscara de marfil? ¿Una talla?

—Sí.

—No la vendió. Me la mostró. La tenía en un bolsillo.

Penrod se inclinó sobre el cuerpo y buscó en la chaqueta, y luego sacó la cajita de palisandro. Dio un paso atrás al lado de Amber y la abrió. El rostro del César les devolvió la mirada, intacto. Amber extendió la mano y tocó los labios del antiguo romano con la punta de un dedo.

—Creo que se parece a ti, Penrod. Deberías quedártela.

Él cerró la cajita.

—Gracias, al-Zahra, pero la voy a vender. El rey de Italia alguna vez estuvo interesado en comprarla.

Ella le tomo el brazo.

—Siento mucho lo que les pasó a tus amigos italianos, Penrod.

—Yo también lo siento. Eran hombres valientes.

Ryder gritó, soplando el pesado humo de su cigarro al aire húmedo de la mañana.

—¿Vamos a enterrar a Kendal o se lo dejamos a las hienas?

—A las hienas —respondió Penrod también a los gritos. Luego

condujo a Amber por el áspero terreno hasta donde los demás estaban esperando.

Quedaba una despedida más. Cuando Amber supo que Dan había sobrevivido y que había enviado a Ryder y a Penrod a rescatarla, no quiso irse sin verlo antes. Estaba con fiebre, pero la reconoció y le agradeció a Dios por su rescate. El anciano y su nuera tenían la esperanza de que sobreviviera.

Amber se quitó las peinetas enjoyadas del cabello y, con apenas una mínima sensación de pesar, se las entregó para pagar por haber cuidado a Dan. Ellos las rechazaron al principio, pero ella insistió con suavidad. Al menos, la familia iba a poder comprar semillas y adquirir bueyes para poder arar los campos cuando llegaran las lluvias.

Llegaron al campo de batalla de Adua a última hora de la mañana. Penrod les había brindado su propio relato de la batalla la noche anterior, pero nada podría haber preparado a Amber para el horror que les esperaba. En un primer momento, cuando llegaron a la cima de la colina, Amber pensó en los parques de Londres a finales de otoño. La llanura estaba salpicada de montones de lo que parecían hojas caídas, rastrilladas y amontonadas. Pero pronto, con un sobresalto en el pecho, se dio cuenta de que aquellos eran montones de cuerpos. Miles de soldados etíopes y *askari* yacían juntos en la muerte. Entre tantos cuerpos negros, se destacaban los grupos más pequeños de infantería blanca, o los cuerpos solitarios de los oficiales italianos que dirigían los batallones nativos. Estos habían sido despojados de todo hasta quedar desnudos bajo la mirada inexpresiva del sol naciente.

Los grupos de enterradores etíopes estaban desparramados por la llanura, cavando pozos profundos en el suelo arenoso, llevando a sus muertos desde los montones de cadáveres para ponerlos a descansar. Revisaban los cuerpos de los *askari* y de los italianos en busca de algo de valor que hubiera quedado, para luego ser apartarlos y dejarlos a un lado.

Mientras el grupo seguía el sinuoso camino hacia el valle, era observado con tranquila desconfianza, pero la presencia de los hombres de Alula hizo que no los amenazaran ni se les acercaran. Amber vio que algunos de los cuerpos habían sido mutilados.

Apartó la mirada, con los ojos ya saturados de muerte.

Ryder y Penrod no hicieron ningún comentario, y aunque era claro que la victoria del ejército de Menelik había sido aplastante, Geriel y Maki no se jactaban ni se pavoneaban. Demasiados de sus propios hombres habían muerto arrojándose contra la artillería italiana.

Mientras se abrían paso en medio de aquel horror, Geriel empezó a hablar, y Amber tradujo en voz baja para Penrod.

—Nos enviaron contra la brigada de Albertone —relató—. Nos enviaron a mí y a los que estaban mejor entrenados con los rifles al lado de las paredes del valle, y vimos que disparaban proyectiles al centro de nuestras líneas. Había hombres que desaparecían destrozados, que dejaban solo sangre. Fue un momento terrible. Hasta que pude llegar a un lugar lo suficientemente cerca como para dispararles a los artilleros, lo único que yo podía hacer era contar esas explosiones de humo y fuego, y luego ver cómo se abrían grandes espacios en las filas. Pensé: el emperador no puede tener más hombres; por grande que sea nuestro ejército, no puede tener más hombres. Pero aun así, seguían llegando, sabiendo que se dirigían a su muerte. Había un hombre blanco de pie junto al cañón, dirigiendo al equipo artillero. Veinte veces, mientras yo me acercaba arrastrándome, tiró del cordel para disparar, para luego ordenar la recarga y ajustar la puntería. Veinte veces ese cañón convirtió a nuestros hombres en nada más que sangre y huesos rotos antes de que yo pudiera estar a la distancia adecuada y lo pudiera matar. Uno de los artilleros saltó para ocupar su lugar y logró disparar dos veces más antes de que yo lo matara a él también.

—Yo llevaba los mensajes entre Alula y el emperador —dijo Maki con el mismo tono suave y triste—. Vi a la propia Taitu que dirigía nuestras armas contra ellos. La vi volverse hacia Menelik, toda ella pura pasión, para decirle que enviara a sus hombres tras los de Alula. Llegaron descansados y rápidos, tal como se los necesitaba y, cuando avanzaron, la caballería de los oromo atravesó el centro. En ese momento supe que los italianos estaban muertos. No tenían otra opción más que decidir qué precio estábamos dispuestos a pagar por sus cadáveres.

—Pidieron un alto precio —reflexionó Amber. Y mientras

hablaba, levantó la mirada y vio el cuerpo de un oficial italiano. Su cuerpo desnudo estaba mutilado y desgarrado. Las piernas eran un desastre de huesos y músculos expuestos. Una profunda herida de espada le atravesaba el vientre, y las entrañas se mostraban moradas y obscenas. El rostro, sin embargo, estaba sin marcas: un muchacho joven y guapo, de piel demasiado pálida para ser italiano. Tenía los ojos y los labios cerrados, y su expresión era de paz, como si solo estuviera durmiendo bajo el sol africano y soñando con algún amor en su pueblo.

Geriel le respondió.

—Efectivamente, señorita Amber. Ellos pidieron un alto precio.

—¿Se tomaron prisioneros? —preguntó Penrod, y Ryder tradujo la pregunta.

—Muchos —informó Geriel—. Muchos de ellos lucharon hasta morir, pero a algunos los sorprendimos o los rodeamos. Menelik nos dijo que aceptáramos la rendición, que le lleváramos hombres vivos y que no les hiciéramos daño a los que pudiéramos tomar con vida. Que no… —Mientras hablaba, hizo un rápido y fugaz movimiento de corte en el aire.

Amber conocía la tradición de castrar a los enemigos muertos y a los prisioneros. Era la prueba de que un guerrero había tomado a un hombre, y le robaba su poder para engendrar otra generación de luchadores. Se sintió contenta de que Menelik hubiera ordenado abandonar esa práctica, aunque a juzgar por los cuerpos que ya había visto, no había sido aquella una orden que todos sus hombres hubieran respetado.

Por fin estuvieron libres de todo eso. El campo de batalla quedaba atrás y se dirigían al campamento de las fuerzas de Menelik. El tamaño de este ejército superaba la imaginación de Amber. Era una ciudad entera que se extendía por todo el camino que llevaba a Adua. Los niños corrían de una tienda a otra, vigilando con atención a los rebaños de cabras flacas. Había mujeres sentadas en pequeños grupos moliendo *teff*, y otras se movían entre las tiendas y las fogatas con cestos tejidos en la cabeza. Sus vestimentas y rostros procedían de todas partes de Etiopía, y cada tribu se mantenía bastante unida en las cercanías de las tiendas más grandes de sus comandantes y príncipes, las que, a su vez, se agrupaban alrededor de las enormes tiendas del

emperador. La caballería de los oromo llevaba sus robustos caballos, con profusión de adornos de plata, a pastar; grupos de sacerdotes cantaban sus oraciones al aire libre y los guerreros observaban la actividad a su alrededor con expresiones graves y formales. Algunos llevaban revólveres italianos en las caderas o cinturones Sam Browne cruzados sobre su vestimenta tradicional. De vez en cuando, alguien le gritaba a Geriel:

—¿Quiénes son tus prisioneros?

—Huéspedes ingleses —respondía Geriel cada vez, pero Amber sentía que las miradas que les dirigían guardaban una hostilidad ardiente.

También vieron prisioneros en pequeños grupos vestidos con uniformes desgarrados y sucios, todos juntos y custodiados. Los *askari* y los italianos estaban separados, pero sus expresiones eran las mismas. Amontonados y sentados en el suelo, demasiado exhaustos y con miedo hasta de levantar la vista cuando pasaban sus captores.

Al acercarse a la gran tienda roja de Menelik, Amber vio que se habían instalado algo así como hospitales de campaña. Varios hombres yacían en filas en el suelo, pero debajo de una lona. Algunas mujeres se movían de un lado a otro entre ellos.

Desde las sombras escuchó un grito de alegría y, de repente, apareció Saffron que corría hacia ellos. Geriel ayudó a Amber a bajar de la mula para que estuviera lista cuando su hermana se abalanzara sobre ella.

—¡Saffy! ¡Ay! No, es solo el tobillo, pero estoy bastante bien. Bill está muerto. ¡Ah, y además recuperamos la plata!

Saffron se volvió hacia su esposo con un chillido de placer. Recién después de estar segura de que ambos estaban ilesos, vio a Penrod. Vaciló y miró a Amber, quien se sonrojó un poco y asintió. Saffron saltó de inmediato hacia adelante, puso las manos sobre los hombros de Penrod y, ya de puntillas, lo besó en la mejilla.

—Penrod, me alegro de que estés vivo. Nos dijeron que estabas con los italianos, y tuve miedo… —Hizo un movimiento con el brazo que abarcó a los prisioneros y a los heridos, y más allá del campo de batalla.

—Señora Courtney —saludó él—. Me alegro de verla de nuevo.

Ella arrugó la nariz, mirándolo a los ojos.

—No has cambiado en nada. —Y entonces inclinó la cabeza—. Quizás un poco. Tus ojos son más amables, creo.

Penrod le sonrió.

—¿Qué hay de nuevo, Saffy? —quiso saber Ryder.

Ella le tomó la mano y se puso seria de pronto.

—A Ras Alula le gustaría perseguir a los italianos y empujarlos al mar, pero no creo que Menelik lo haga. Tigray ya casi no tiene más forraje, y podría convertirse en una masacre. Él sabe que los diarios europeos quieren dar la imagen de que es un salvaje, pero él quiere ser un estadista.

—¿Qué hay de los prisioneros? —preguntó Penrod—. ¿Qué pasará con ellos? ¿Lo tomaron prisionero a Baratieri?

Ella sacudió la cabeza.

—No. Se escapó. Menelik va a repartir a los prisioneros italianos entre los jefes, pero los hace responsables de su seguridad. Ahora están discutiendo sobre los *askari*. La mayoría de los príncipes dicen que son traidores.

—Eso significa que les cortarán la mano derecha y el pie izquierdo —dijo Ryder.

—Me gustaría hablar en su defensa, si puedes hacer los arreglos para yo me encuentre con Menelik —intervino Penrod, pero Saffron frunció los labios y sacudió la cabeza.

—No debes decirle nada delante de sus asesores —le advirtió—. Y el querrá verte a ti, Amber. Eso podría darte la oportunidad, Penrod. A mí me ha tenido dibujando y pintando, y Amber va a tener que escribir un relato de… bueno, de todo, creo.

—¡Ni siquiera estuve en la batalla! —protestó Amber, pero ya estaba preguntándose cómo describir al público inglés el campamento y las personalidades de Menelik y de Taitu.

—Entonces será mejor que busques papel y empieces a hablar con la gente que sí estuvo —señaló Saffron con firmeza—. Tu amigo el escriba está en el campamento, en alguna parte. Él te va a ayudar.

—Necesitaré un bastón —dijo Amber con un suspiro.

—Tadesse te encontrará uno. ¡Dios mío, tu atuendo! Es bastante espléndido, pero tal vez algo menos llamativo sería mejor para el campamento, ¿no?

Ryder y Penrod dejaron a las mujeres con sus cosas. Ryder encontró al mayordomo de Menelik y le entregó los lingotes que faltaban. Parecía sorprendido de verlos, pero sin dudas esa era la cantidad y cada uno llevaba el sello de la Mina Courtney. Condujeron a Ryder a la sala de audiencias, y Menelik puso en sus manos el rollo de vitela, salpicado de sellos y cintas, que le otorgaba el título de propiedad de la tierra, en presencia de todos sus príncipes.

—Lo tenía preparado hace algunas semanas —informó el emperador—. Tenía fe en usted, señor Ryder.

—Como yo la tenía en usted, señor —respondió Ryder e hizo una reverencia.

—Así es —admitió Menelik—, y su fe ha sido recompensada. Cuando lea los documentos que ahora posee, verá que el impuesto sobre la plata se reduce al quince por ciento.

Ryder hizo algunos cálculos mentales rápidos y gratificantes. Menelik levantó la voz para que la élite de sus guerreros y los príncipes allí reunidos pudieran oírlo.

—Cuando yo era niño, cuidaba el rebaño de mi padre. Cuando era joven, araba los campos que alimentan a mi pueblo. Cuando me convertí en hombre, luché para proteger esas tierras y acrecentar mi patrimonio. Ahora agradezco a mi amigo, Ryder Courtney, por demostrar que esta nueva actividad, que enriquecerá aún más a mi pueblo, es tan honorable como la del granjero o la del guerrero. Que nadie vuelva a hablar en contra de esta ocupación ni rechace a los hombres que elijan trabajar con el metal en mis tierras. —En ese momento, Menelik se inclinó hacia adelante y preguntó en voz baja —: ¿Quién soy yo, Ryder Courtney?

Ryder se arrodilló.

—Su Majestad Imperial Menelik II, león conquistador de la tribu de Judá, rey de Sión, rey de reyes de Etiopía y el elegido de Dios.

Menelik sonrió y se levantó de su trono. Extendió la mano, y Ryder la estrechó con calidez mientras se ponía de pie.

—Eso soy. Ahora, vaya en paz, señor Ryder.

Penrod convenció a Geriel para que fuera su guía y fue a donde estaban los prisioneros italianos, y les dio todo el consuelo que pudo. Además, llenó su libreta con nombres para hacerles saber a sus familias que estaban vivos y eran prisioneros. Fue una tarea sombría. Escuchó historias de heroísmo y confusión en el campo de batalla. El general Dabormida no pudo ayudar a Albertone y, en lugar de ello, llevó a sus hombres casi hasta el campamento enemigo en el flanco norte. Algunos hombres escaparon en orden de combate del cerco que siguió, pero el joven general, tan ansioso por ver su primer combate, murió en batalla. Muchos de los italianos parecían aturdidos, medio muertos por el agotamiento y por la aplastante certeza de su derrota. Penrod los animó a tener esperanza.

El cielo ya comenzaba a oscurecerse cuando se encontró con Albertone. Le habían arrancado de la chaqueta los galones de su jerarquía. El rostro y las manos todavía estaban manchadas con sangre seca. Miró a Penrod con una expresión de profundo odio y no le habló.

Al fin, un joven abisinio lo encontró y le dijo a Penrod en un inglés con delicado acento que lo esperaban en la tienda de Menelik. El joven se presentó como Tadesse, y Penrod se dio cuenta de que este era el joven amigo de Amber.

Geriel regresó al campamento de Alula para buscar comida y descanso, y mientras avanzaban entre la gente, Penrod le preguntó a Tadesse si pensaba regresar al Complejo Minero Courtney.

—No, señor Penrod —respondió—. El emperador me ha invitado a Addis Abeba. Debo ir. Él tiene planes para un nuevo hospital en la ciudad. Podré aprender mucho y servirle mejor.

—¿Ya se lo has dicho a la señorita Amber?

—Sí. Me ofreció enviarme a Inglaterra para estudiar medicina, pero este es mi hogar. No quiero olvidarlo y llenarme la cabeza con sus maneras y costumbres. Les dije lo mismo a la señora Saffron y al

señor Ryder. Ellos son mi familia, pero es hora de que nuestros caminos se separen.

Habían llegado a una de las entradas de la tienda imperial escarlata. Los guardias saludaron con un movimiento de cabeza a Tadesse, y este le indicó a Penrod que entrara.

—Entre. Lo están esperando. —Vaciló—. Señor Penrod, la señorita Amber es mi gran amiga. Usted le causó mucho dolor.

—Comprendo, Tadesse. No lo volveré a hacer.

El joven asintió con la cabeza y se hizo a un lado.

Penrod pasó al cuerpo principal de la tienda, aunque era más bien un palacio de lona, alfombrado y recubierto con coloridas telas de seda. En el otro extremo de la sala, Menelik estaba en su trono. Se inclinaba hacia un lado, hacia Amber. Ella permanecía de pie junto a él, apoyada en un pesado bastón y vestida con la sencilla ropa blanca de las mujeres abisinias, con un fino velo sobre el cabello. Le había preguntado algo al emperador y en ese momento tomaba notas de su respuesta. Penrod aprovechó la oportunidad para estudiar a Menelik, este rey que los italianos habían pensado que era más un mito que un hombre. Hablaba con Amber en voz baja y uniforme, haciendo dibujos en el aire. Aún sin conocer bien el idioma, Penrod se dio cuenta de que estaba describiendo la acción de la batalla y no vio en él ni rabia ni orgullo exultante, solo la narración neutra de un comandante experimentado.

Menelik miró a un lado y vio a Penrod que esperaba. Terminó lo que le estaba diciendo a Amber, luego miró a Penrod con frialdad y habló. Amber tradujo.

—Me dijeron que deseabas hablar conmigo.

—Sí, señor —respondió Penrod con una reverencia, ni servil ni insolente—. He aprendido a admirar las tropas de los batallones nativos de los italianos. Espero persuadirlo para que no sean mutilados, sino tratados de la misma manera que sus prisioneros italianos.

Menelik permaneció en silencio por un momento y cuando respondió, su voz sonó oscura y gruñona. Luego Amber tradujo las palabras en sus propios tonos dulces y claros. Era, pensó Penrod, como estar comunicándose con algún antiguo oráculo a través de su sacerdotisa virgen.

—Entonces te has propuesto una tarea difícil, mayor. Conoces,

supongo, cuál es la forma tradicional de castigo para los traidores como ellos. A los que sobrevivan a su castigo se les permitirá volver a sus amigos italianos como puedan; en Eritrea ellos ya no serán una amenaza ni un peligro para mí. El gobierno italiano va a pagar para que les devuelvan a sus soldados blancos, pero no puedes pensar que soy tan tonto como para creer que van a pagar rescate por los prisioneros de piel negra. ¿Por qué debería salvarlos, entonces?

Él podía tener razón. Era imposible saber lo que el gobierno italiano iba a hacer cuando les llegara la noticia de la derrota.

—Señor, no niego lo que usted dice —replicó Penrod—. Pero yo creo que, aunque no esté dispuesto, el gobierno podría verse obligado a reconocer su responsabilidad por sus hombres, cualquiera sea su color. Sin embargo, si continúa permitiendo este castigo, ellos se deleitarán calificándolo a usted de salvaje.

Era un riesgo, y Penrod vio que la expresión de Menelik se hacía más feroz y oscura cuando Amber tradujo sus palabras en tono vacilante.

—¿Salvaje? Dime, mayor, ¿qué harías con los traidores británicos?

—Yo los fusilaría, señor. Pero yo soy un soldado. Usted ahora debe ser reconocido como emperador de un estado africano soberano. Usted es un soldado también, pero también debe convertirse en un estadista.

Esta vez, la comisura de la boca de Menelik se torció en una sonrisa. Sabía que lo estaba halagando.

—Te he escuchado y consideraré lo que dices. —Su rostro volvió a ponerse serio—. ¿Sabes lo que sucederá después de las lluvias, mayor Penrod?

—No, Majestad.

Menelik se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas.

—Entonces te lo diré, y entenderás las formas de actuar de los guerreros salvajes como yo. Me sentaré ante mi palacio, rodeado de mis hombres. Se abrirán las puertas, y los ancianos, las mujeres y los niños, después de caminar muchos kilómetros, vendrán uno a uno para detenerse frente a mí. Nos saludaremos, los miraré a los ojos, y ellos me mirarán a mí, y luego se irán. ¿Quiénes son estas

personas? Son las esposas, las madres, los padres y los hijos de los hombres que fueron asesinados ayer. Voy a mirar a cada uno de ellos, me verá cada uno de ellos. Durante tantos días como sea necesario. Me sentaré en mi trono durante las horas de luz, y ellos verán al hombre por quien murieron sus seres amados. Y yo los miraré a los ojos y sabré que sus hijos, sus esposos, sus padres han muerto por mí. He leído que los europeos siempre hablan del recuento después de una batalla, pero no hacen esto, ¿no? Ellos no miran a la cara a las familias de los muertos.

—No, señor, no lo hacen.

—Sin embargo, nosotros somos los salvajes. —Menelik suspiró —. Puedes irte, mayor Penrod. Puedes hablar con los prisioneros como quieras y viajar como quieras con mi autorización. No tengo nada en contra de los británicos. Dile eso a tu reina.

Se quedaron en el campamento durante dos días más mientras Amber reunía relatos de la batalla y conversaba con los príncipes etíopes, los soldados y los prisioneros italianos, y Saffron dibujaba con furia. Luego, con los mineros ya liberados de su servicio en el ejército de Menelik, atravesaron el campo de batalla rumbo al oeste, hacia las montañas, hacia el Complejo Minero Courtney. Fueron recibidos con alegría y con dolor. No todos los hombres habían regresado.

Al día siguiente, todos se reunieron fuera de la iglesia para ver a Amber escribiendo a máquina el acuerdo de transferencia de la administración de la Mina Courtney a Patch. Las mujeres le llevaron la mesa y la silla al centro de la plaza y discutieron hasta estar seguras de que ambas estaban bien niveladas.

Patch, Marta, Saffron y sus hijos ocuparon sus lugares delante de Amber cuando Ryder empezó a dictar. Los dedos de Amber bailaban sobre las teclas y las mujeres estiraban el cuello para ver que lo escrito aparecía en la página, murmurando sus felicitaciones.

Era un documento simple. La Mina Courtney quedaba bajo el control de Patch, quien ya tenía una participación oficial en la empresa con Ryder. Continuaría el acuerdo con Menelik y, a partir de esa fecha, él era responsable de toda decisión sobre el funcionamiento de la mina, del complejo en su totalidad y de los suministros. Lo aconsejaría un grupo de seis hombres elegidos entre los trabajadores de mayor antigüedad, pero su decisión sería la

palabra definitiva. Debía compartir las ganancias de la mina con Ryder, con una participación del sesenta por ciento para Ryder, y enviar esas ganancias a sus banqueros en El Cairo cuando correspondiera.

Amber sacó el papel del carro con un gesto ampuloso, y los dos hombres lo firmaron.

Marta organizó una fiesta para celebrar la firma, y todos se sintieron felices de tener una excusa para levantar los ánimos.

Cuando los Courtney y Amber comenzaron a empacar sus pertenencias, lo hicieron al son de las ceremonias que se celebraban en la iglesia, tanto en acción de gracias como en duelo. Las familias de los que habían muerto se mostraban con inmenso orgullo: sus hijos y maridos se habían sacrificado para salvar y unir a Etiopía, y aquella era una victoria que llevaban muy dentro de sí, una cálida llama en medio del frío de su dolor.

Ryder y Patch hicieron arreglos para que se pagaran los salarios acumulados y las pensiones a las familias de los fallecidos, y además les hicieron saber que podían seguir viviendo en el complejo minero si así lo deseaban. Algunos lo hicieron. Otros volvieron a sus antiguos hogares.

Para Amber, a pesar del dolor que sentía por dejar el complejo minero y la gente que conocía, cada momento estaba iluminado por la alegría de la presencia de Penrod. Ella le mostró su casa y sus jardines, sus presas, huertas y colmenas, y estaba encantada por los elogios y el interés que mostraba. Penrod había cambiado. Estaba más tranquilo, más dispuesto a sonreír, más gentil en su lenguaje y en el trato a quienes lo rodeaban. El pequeño Leon lo adoró apenas lo vio, y cuando Penrod le dijo que sería un buen soldado, casi enloqueció de emoción.

La segunda tarde después de su regreso estaban solos en lo alto de la ladera sur de las colinas que daban al complejo minero. El lugar donde Amber había criado a su cachorro de león y donde había comenzado a escribir otra vez. El aire era seco, y todo Tigray parecía yacer ante ellos, un horizonte irregular de montañas color leonado y profundas gargantas en sombras.

—Amber —dijo Penrod en voz baja—. Tengo que hablar contigo.

Un terror repentino se apoderó del corazón de Amber. No quería

pensar en el pasado, en lo que él había dicho o hecho para que ella rompiera el compromiso. Le aterrorizaba que volvieran a discutir y que él desapareciera una vez más de su vida. Esos pensamientos eran dolorosos. Pero se serenó, tal como había hecho al trepar las rocas pulidas de aquella *amba*. Había que enfrentar el peligro. Respiró hondo.

—Te escucho, Penrod.

Su voz sonaba ronca, como si estuviera forzando las palabras con gran dificultad.

—Seduje a Rebecca por vanidad y porque sabía que lo quería a Ryder. Yo quería vencerlo, probarme a mí mismo que yo era el mejor. Eso, y mi propio placer, era lo único en lo que yo pensaba. Luego le hablé mal de ella a lady Agatha porque hirió mi orgullo que Rebecca recurriera a Ryder en busca de consuelo cuando yo me alejé.

Los nombres de sus amantes fueron como golpes físicos para Amber, pero se negó a dar muestras de ello.

—Mi mayor pecado, sin embargo, fue que no te dije a ti la verdad —continuó—. Pensé que explicarte mis actitudes era rebajarme. Dejé que creyeras una mentira y, por eso, lo siento, muy sinceramente lo siento. —Él le tomó la mano—. Sabes que nunca he dejado de amarte. Siempre seré orgulloso, pero he aprendido a controlar ese orgullo. Siempre tendré el impulso de servir a mi país, pero mi intención es hacerlo de manera honorable, y te prometo, si quieres ser mi esposa, que nunca más te mentiré ni te mantendré en la ignorancia. ¿Es esto suficiente?

Ella se dio cuenta de que no podía hablar, pero logró asentir con la cabeza.

Él se dejó caer sobre una rodilla y la miró.

—Amber Benbrook, mi querida niña, ¿quieres casarte conmigo?

¿Cuántas veces en estos últimos años se había imaginado justo ese momento? Penrod la encontraba, Penrod borraba todo el dolor que ella alguna vez hubiera sentido, Penrod le ofrecía amarla para siempre. Mil veces, diez mil, pero la intensidad de su alegría y alivio seguía siendo una epifanía.

—¡Sí, sí, Penrod! Me casaré contigo.

Él se puso de pie y la tomó en sus brazos, y ese primer beso después de tanto tiempo de separación hizo que Amber floreciera

como una rosa del desierto en la lluvia. Ella se estremeció en su abrazo y mientras él la abrazaba, la tierra dejó de girar y el tiempo los esperó.

Por fin se separó de ella, sin saber si sería capaz de controlarse por más tiempo si no lo hacía.

—No tengo anillo para ti, querida —le dijo con una risa temblorosa—. Te prometo que te compraré un diamante del tamaño de tu puño cuando volvamos a El Cairo.

Amber se sonrojó.

—No necesitas hacer eso, Penny.

Ella tomó una simple cadena de plata que llevaba al cuello y la sacó. Colgado de la cadena y brillando a la luz de la tarde, estaba el anillo de compromiso que él le había dado en la fiesta de su decimosexto cumpleaños en el Hotel Shepheard hacía ocho años. Ella lo había conservado a pesar de todos sus sufrimientos y de su soledad, tal como él había hecho con el reloj que ella le había regalado. Buscó a tientas el cierre y él se acercó para ayudarla. Sus dedos le rozaron el cuello cuando abrió el broche, y el fogonazo de sentimientos que se produjo entre ellos pareció un presagio de las tormentas y relámpagos de las lluvias de verano que se avecinaban.

Él sacó el anillo de la cadena y lo sostuvo un momento en la palma de la mano, antes de tomarle a ella la mano izquierda y ponérselo en el dedo. Todavía estaban allí, tomados de la mano, cuando llegó Belito, con una canasta de esquejes para la huerta en la cadera. Ella los miró a ambos y se rio a carcajadas. Luego, para sorpresa de Penrod, dijo en italiano:

—Il matrimonio s'ha da fare!

Amber se sonrojó y pasó su brazo por el de Penrod.

—Sí, Belito, este matrimonio se realizará.

De regreso al complejo minero, recibieron las felicitaciones de todos sus amigos, y si Ryder no estaba seguro de querer tener un hombre del ejército en la familia, tuvo el buen sentido de ocultarlo. El banquete de despedida se convirtió en una celebración del compromiso, y los cantos y los bailes duraron tanto esa noche que no tenía mucho sentido irse a dormir.

Cuando amaneció, Saffron estaba controlando una vez más que su equipo de pintura estuviera embalado de forma segura y que los

niños no fueran a perder sus juguetes favoritos otra vez. Ryder vino a buscarla y, por un momento, ignoraron sus deberes para mirar el próspero complejo de viviendas y la mina de plata.

Saffron se apoyó en el hombro de su esposo, y él le puso el brazo en la cintura.

—Construiste algo asombroso, Ryder —afirmó ella.

—Ambos lo hicimos, ¿no?

Saffron, nunca sentimental por mucho tiempo, le sonrió y sus ojos brillaron.

—Olvidé preguntártelo: ¿volvimos a ser ricos ahora?

—Lo somos. Menelik pagará el préstamo que le hicimos, y las ganancias del resto de la plata que ha pasado por Addis en los últimos cinco años nos están esperando en El Cairo. Somos, de hecho, obscenamente ricos.

—Bien —aprobó ella—. Pues voy a necesitar un vestido nuevo para la boda de Amber.

—Puedes tener una habitación llena de vestidos nuevos —respondió él, y ella lo besó antes de apartarse y ponerse una mano sobre el vientre.

—Es posible que no pueda caber en ellos en un tiempo. Leon y Penelope van a tener… un hermanito esta vez, creo.

Ryder la levantó en el aire y la hizo girar hasta que ella se quedó sin aliento por la risa.

Su caravana avanzó a buen ritmo hacia la frontera con Eritrea y, mientras viajaban, se les unió una decena de *askari* y soldados italianos que habían estado escondiéndose en las colinas desde la batalla. Les ofrecieron protección, comida y bebida a aquellos sobrevivientes hambrientos y aterrorizados, y si Ras Alula o sus hombres alguna vez supieron algo de esa extraña caravana que pasaba por su territorio, no hicieron ningún intento de detenerlos.

Acababan de cruzar el río Mareb hacia Eritrea y se dieron vuelta para echar un último vistazo al lugar que había sido su hogar durante tanto tiempo, cuando Amber se quedó sin aliento y señaló. En un promontorio bajo, al otro lado del río, pudieron distinguir la silueta de una leona adulta mostrándose contra el horizonte.

—¿Es Hagos? —preguntó Saffron, con asombro y deleite a la vez.

—Sí —confirmó Amber, protegiéndose los ojos.

La leona rugió, inspeccionó su territorio y luego se alejó caminando orgullosa hasta perderse de vista.

El tiempo de Penrod con las fuerzas italianas había llegado a su fin con la Batalla de Adua, y supo por una carta de Sam Adams que Kitchener estaba muy satisfecho con su trabajo. Mientras esperaban en Massawa el barco de regreso a El Cairo, Penrod fue llamado a presentarse en la mansión del gobernador. La noticia de la derrota en Adua había causado consternación en Europa. El gobierno de Crispi cayó, y Baratieri estaba esperando un consejo de guerra bajo arresto domiciliario en Asmara.

Penrod dejó a Ryder enviando telegramas a sus banqueros en El Cairo, y a Amber y Saffron trabajando mucho, escribiendo y pintando, y fue de inmediato a responder a la convocatoria.

Se encontró en la misma estancia de techo alto con vista al puerto donde Baratieri lo había recibido por primera vez cuando llegó.

Había un hombre sentado detrás del magnífico escritorio de Baratieri, pero este tenía los pies apoyados en el mármol de arriba, cruzados a la altura de los tobillos, y el rostro estaba oculto por un periódico italiano. El titular decía: «Humillación del Ejército. Desastre en África».

Las puertas se cerraron detrás de Penrod, y el hombre bajó el periódico.

—¡Lucio! —exclamó Penrod.

Su amigo saltó para saludarlo y se abrazaron.

—Debí haber sabido que el rey te enviaría a ti —dijo Penrod, tomando a su amigo con los brazos extendidos—. Te ves cansado.

—Y tú tienes muy buen aspecto, Penrod. Entiendo que hay que felicitarte, ¿no?

Penrod lo confirmó y vio un verdadero deleite en el rostro bastante agobiado de su amigo.

—Ahora, Penrod, te necesito. Los informes que estoy recibiendo de la batalla y de la acción y las estrategias de Baratieri, son tan confusos, tan llenos de horror, que es imposible entenderlos.

Necesito que me digas lo que sucedió en realidad.

—Lo haré y con mucho gusto —aceptó Penrod—. ¿Tienes mapas de la zona?

Lucio señaló unas mesas cerca de las ventanas que daban al balcón, y Penrod vio las pilas ordenadas de papeles en ellas.

—Excelente, pero primero tengo en mi libreta una lista de nombres de prisioneros con los que hablé después de la derrota. Les prometí que iba a intentar avisarles a sus familias.

—Gracias, amigo.

Penrod vio que los ojos de su amigo se llenaban de lágrimas. Lucio se dio vuelta y golpeó las manos. El sirviente que respondió al llamado fue enviado a buscar un amanuense y refrescos, y los dos amigos se pusieron a trabajar.

Era medianoche cuando Penrod se fue. Le había dado su sincera opinión sobre el comportamiento y las acciones de Baratieri y los hombres bajo su comando. Lucio pensó que liberarían a Baratieri de algunas acusaciones en su contra, y que la conclusión sería que un exceso de celo en un país peligroso y las provocaciones del primer ministro caído en desgracia habían conducido al desastre. Cualquier sugerencia de que uno de los generales de Baratieri había desobedecido las órdenes sería suprimida con sumo cuidado.

Amber trabajó a la velocidad del rayo y para cuando llegaron a El Cairo, su manuscrito estaba listo. Ella lo llamó *Sueños y horrores africanos* y se lo envió a su abogado en Londres horas después de su llegada a la ciudad. Se hizo conocido como el relato definitivo de la Batalla de Adua, así como también un retrato único de los gobernantes y el pueblo del reino independiente de Etiopía.

Los dibujos y pinturas de Saffron fueron grabados para los periódicos y se vendieron como una serie de láminas impresas. Pronto fueron famosas en toda Europa.

La máscara de marfil del César fue vendida al rey de Italia con mucha discreción, y su precio hizo posible que Penrod comprara una gran villa junto al río Nilo en El Cairo para él y su futura esposa. Ryder accedió a comprar otra no lejos de allí.

La cuñada de Penrod, Jane, se reunió con ellos en El Cairo a tiempo para asistir a la boda de Penrod y Amber en la catedral, y se quedó con las hermanas cuando Penrod partió con las fuerzas de la

campaña para recuperar Sudán, en manos de los derviches mahdistas, y participó de la acción en Firket y Atbara.

Ryder se ocupó de abastecer al ejército de Kitchener con trigo para hacer el pan, y su fortuna creció todavía más, pero hasta él comenzaba y terminaba el día preguntándose si Penrod encontraría a Osman Atalan en Sudán y qué podría averiguar del destino de Rebecca Benbrook. Era casi lo único en que pensaban Saffron y Amber.

En la tarde del 2 de octubre de 1898, Penrod regresó sin ceremonia a El Cairo desde Sudán. Amber escuchó que la llamaba y corrió con la premura y ansiedad de un niño por la amplia escalera de su casa para encontrarse con él. Aquel beso tenía sabor a arena y calor.

Ella metió la cara en el pecho de él mientras sus dedos agarraban los fuertes hombros, a la vez que sentía las manos de Penrod en la parte baja de la espalda que la apretaban contra él. Sintió el regreso de él al hogar como un nuevo milagro, tan dulce y pleno como el del día de su boda.

—Oh, mi amor, estoy tan contenta de que estés aquí. —Quería preguntarle por Rebecca de inmediato, pero las palabras se le atascaron en la garganta como espinas.

—Ven a sentarte conmigo en la galería, Amber —invitó él con suavidad y la condujo a la parte trasera de la casa con su vista a los jardines y al caudaloso Nilo. La hizo sentar en uno de los sillones de mimbre y acercó el suyo lo más que pudo. Luego le tomó la mano.

—Llegaron noticias desde Omdurmán —dijo ella enseguida y apartó la mirada—. Una gran victoria. Sudán recuperado. Todo el mundo dice que finalmente el general Gordon ha sido vengado y el Mahdi destruido como fuerza de combate. ¿Es cierto, Penrod?

—Es verdad, querida.

—Estoy tan feliz. ¿Y Osman Atalan? Y… —Su voz se ahogó—. Rebeca… ¿Sabes algo de Rebecca? —Su respiración era cada vez más rápida, como si pudiera leer toda la triste historia en el rostro de él.

Él le acarició el dorso de la mano con el pulgar, sintió el ligero temblor de sus dedos.

—Estuve por fin cara a cara con Osman, Amber. —Ella le apretó con más fuerza la mano—. Yakub y yo lo rastreamos después de la

batalla hasta el oasis de Gedda y nos encontramos allí.

—¿Luchaste contra él solo? —susurró ella.

El asintió con un movimiento de cabeza.

—Y peleó bien.

Cuando cabalgó con Kitchener para recuperar Sudán, Penrod sabía, de alguna manera, que el destino le iba a deparar una confrontación final con el hombre que lo había torturado hacía tantos años, y sería un combate a muerte. Su esposa no tenía por qué conocer los detalles de cada estocada desviada, del destello de la espada de Osman. Lo que él recordaba con mayor intensidad era la mirada de cólera y odio en los ojos de Osman al morir. Esa furia, ese odio había hecho que Osman cometiera su único error en la pelea entre ellos. Su afán por destruir a Penrod hizo que, por un segundo crucial, fuera predecible. Penrod había comprendido ese odio y había podido controlar su propia ira y su rabia, lo cual le dio la ventaja que necesitaba. Compasión y control, esas habían sido las herramientas que le había dado su maestro sufi, Farouk, mientras se recuperaba de su adicción al opio, y las había usado.

—¿Y Rebecca? —dijo, por fin.

—La vi, Amber. Efectivamente, se había casado con ella, la había elevado por encima de todas sus otras mujeres. —Le fue difícil encontrar las palabras que necesitaba para decirle a su esposa lo que había sucedido cuando su hermana, alguna vez una bella muchacha, había emergido de las sombras de la mezquita de Gedda y lo había visto a él de pie junto al cuerpo de su marido muerto.

—Ella se suicidó, ¿no? —murmuró Amber, y pudo ver la respuesta en los ojos de Penrod. Una lágrima le corrió por la mejilla y la secó con el dorso de la mano libre—. Está bien, Penrod. Nunca pensé que volvería a verla. Saffron tenía razón: al final, Rebecca pertenecía al desierto.

Él le puso la mano en el rostro y recordó la primera vez que la había visto, cuando era una niña en Jartum, luego una jovencita incómoda con su nueva fama en el Club Gheziera y, en ese momento su esposa, una mujer que había criado a un león y había estado al lado del rey de reyes.

—Amber, Rebecca no estaba sola.

En ese momento, la voz de una mujer resonó en la sala.

—¡Al-Zahra! Ven a saludar a tu vieja niñera.

Amber lanzó un chillido y se puso de pie de un salto.

—¡Nazeera!

Ella volvió a entrar corriendo a la casa, y Penrod la siguió con un ritmo más mesurado, pero igual llegó a tiempo de ver cómo su esposa abrazaba a la mujer que había sido casi una madre para ella en su niñez en Jartum.

Un niño y una niña estaban junto a ella. Eran los hijos de Rebecca y de Osman Atalan, ambos de piel aceitunada y cabello cobrizo. Y vigilando desde la puerta abierta estaba Yakub, con el equipo de Penrod a sus pies.

—¿Qué es todo este alboroto?

Penrod se dio la vuelta y vio que Saffron entraba por la parte trasera de la casa.

—Ah, Penrod, estás de vuelta. Cuánto me alegra. —Se puso en puntas de pie para besarlo en la mejilla, luego vio al grupo que estaba la sala—. ¡Espera! ¡Esa es… Nazeera! —Y corrió para sumarse al abrazo.

Penrod decidió dejar que las mujeres compartieran sus noticias, sus risas y sus lágrimas, y volvió a la galería, donde encontró a Ryder fumando un puro y mirando al río.

—¿Mataste a Osman? —le preguntó Ryder.

—Sí.

—Bien. —Ryder abrió su cigarrera y le ofreció un cigarro a Penrod. Este tomó uno, pero no lo encendió de inmediato. Tenía los ojos fijos en el horizonte y en los colores cambiantes del río.

—¿Y Rebecca? —preguntó Ryder.

—Se suicidó y dejó a sus dos hijos a nuestro cuidado. El mayor, un varón, no me gusta, pero la hija pequeña tiene toda la belleza y el espíritu de las mujeres Benbrook.

Ryder exhaló el humo. Sus hijos estaban jugando en el césped del frente de su residencia vecina bajo la atenta mirada de sus sirvientes.

Penrod encendió un fósforo y, cuando tuvo el tabaco encendido, lo tiró en el cenicero de cristal de la mesa delante de él.

—Rebecca era una mujer notable —dijo Ryder.

—Lo era —concordó Penrod—. También lo son sus hermanas.

Se quedaron viendo la puesta de sol en silencio, escuchando las voces de las mujeres que resonaban dentro de la casa detrás de

ellos.